



**RECOPILACION DE TEMAS DE
HISTORIA DE MEXICO**

LIC. SERGIO R. SALCIDO G.

DR. MARIO RODRIGUEZ R.

C 20 . 5
F 1225

PILLACION DE TEMAS DE HISTORIA DE MEXICO



1080065455

UNANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

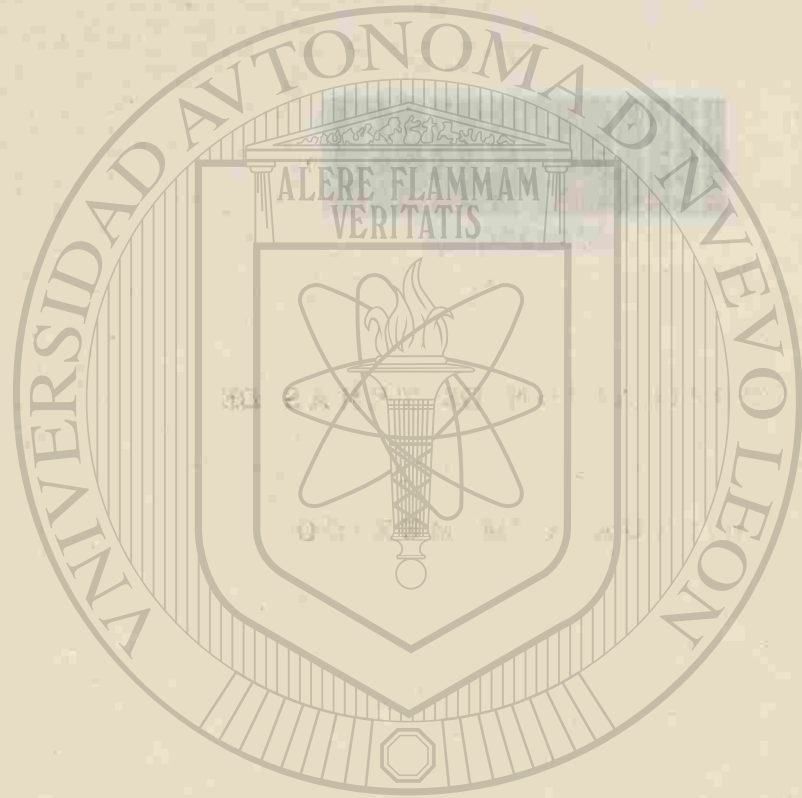
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dr. Mario Escobedo Rodríguez
Calle 10, No. 10, México 20000
Código de barras completo
de la Proposición No. 1
"Código Civil" U.A.N.L.
2011

F1225.5

R6

F1225.5
R6



RECOPILACION DE TEMAS DE

HISTORIA DE MEXICO



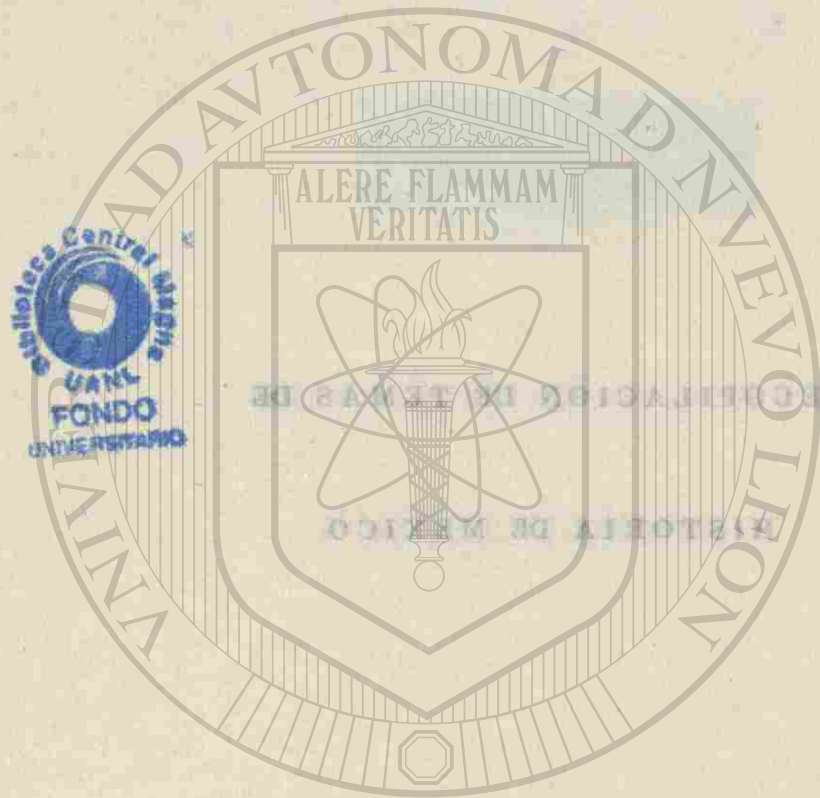
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Dr. Mario Rodríguez Rodríguez
 Lic. Sergio R. Salcido Gómez
 Catedráticos de tiempo completo
 de la Preparatoria No. 1
 "Colegio Civil" U.A.N.L.
 1a. Edición

F1225.5

R6



PRESENTACION

La tarea que por más de 13 años ha realizado la Preparatoria No. 1 en forma ininterrumpida, para proporcionar a sus maestros y alumnos los textos más adecuados para la cotidiana labor de la enseñanza, ve hoy coronado el viejo anhelo, de contar con un libro que aborde las épocas de la Historia de México.

Cuando el maestro publica el fruto de su investigación, trasciende su labor pedagógica extra - muros, pues cada uno de sus lectores, se convierte prácticamente en su alumno.

Es por ello que nos felicitamos por el esfuerzo de nuestros profesores, que con entusiasmo acometen esta difícil, pero grata encomienda.

Esperamos y deseamos que este texto sirva a los profesores de la especialidad para encauzar adecuadamente las inquietudes de sus estudiantes y se interesen más por la Historia nacional.

Monterrey, N.L. Agosto de 1985.

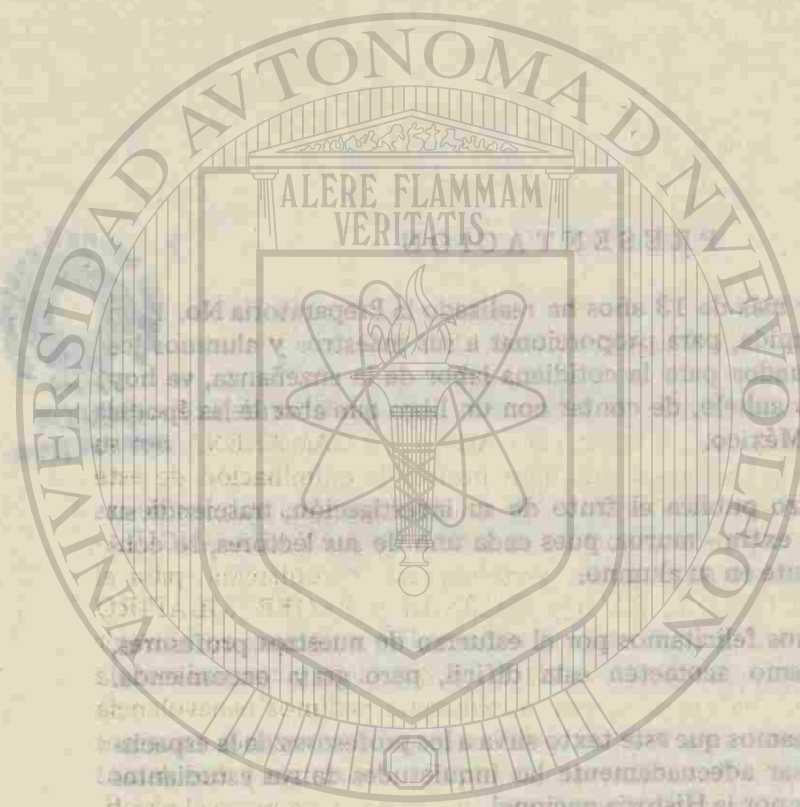
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIC. ERNESTO CARRILLO CAMARENA
DIRECTOR



Dr. Mario Rodríguez Rodríguez
Lic. Ernesto Carrillo Camarena
Director de la Preparatoria No. 1
Colegio UANL, U.A.N.L.
La Sabiduría

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PALABRAS UNIDAS

Estadística histórica.

Este espacio que presentamos contiene el programa de Historia de México, aprobado por el Consejo Universitario.

Debido a la extensión de los objetivos propuestos y al tiempo necesario para desarrollar los temas, solamente hemos incluido los conocimientos más importantes de los acontecimientos históricos de cada época de nuestra historia, propiciando así el estudio de los hechos y profundizar en nuestra cultura y valores, al partir de lo básico, por:

AGRADECIMIENTO

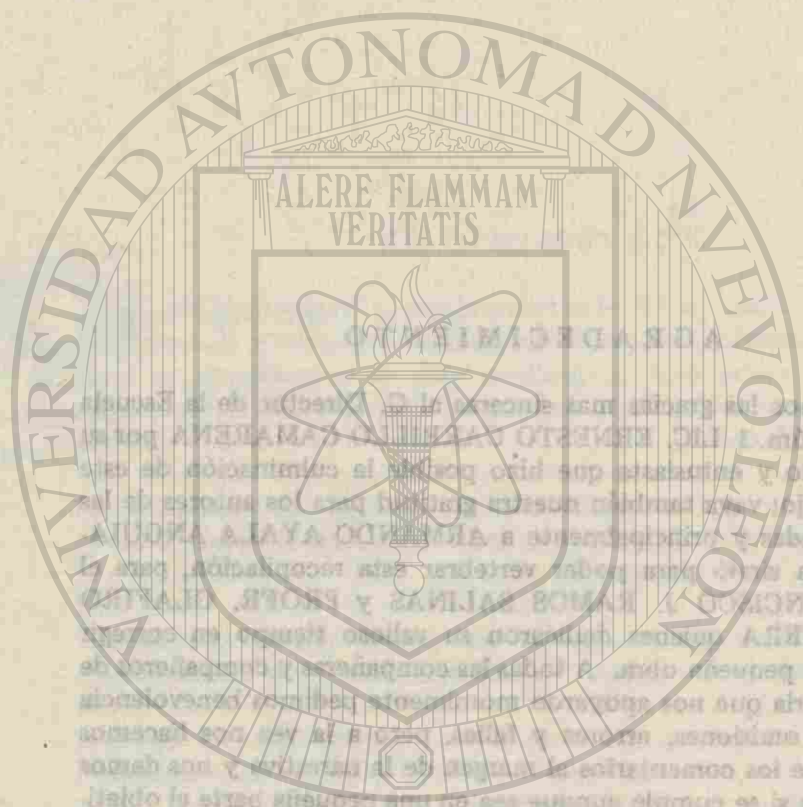
Expresamos las gracias más sinceras al C. Director de la Escuela Preparatoria Núm. 1 LIC. ERNESTO CARRILLO CAMARENA por su apoyo decidido y entusiasta que hizo posible la culminación de este modesto trabajo; vaya también nuestra gratitud para los autores de las obras consultadas y principalmente a ARMANDO AYALA ANGUIANO cuya obra sirvió para poder vertebrar esta recopilación, para el C. LIC. FRANCISCO J. RAMOS SALINAS y PROFR. GLAFIRO GARCIA RIVERA quienes dedicaron su valioso tiempo en corregir y ordenar esta pequeña obra. A todas las compañeras y compañeros de esta Preparatoria que nos apoyaron moralmente pedimos benevolencia para nuestras omisiones, errores y fallas, pero a la vez nos hacemos responsables de los comentarios al margen de la narrativa y nos damos por satisfechos si se cumple aunque sea en una pequeña parte el objetivo buscado.

Gracias

Dr. Mario Rodríguez Rodríguez

Lic. Sergio R. Salcido Gómez





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Los Autores

PALABRAS INICIALES

Estimados alumnos.

Estos apuntes que presentamos contienen el programa de Historia de México, aprobado por el H. Consejo Universitario.

Debido a la extensión de los objetivos propuestos y al tiempo semestral tan limitado para desarrollar los temas, solamente hemos destacado los conocimientos más importantes de los acontecimientos básicos de cada época de nuestra historia, propiciando que el educando pueda ampliar y profundizar su acervo cultural sobre nuestro pasado, al partir de lo básico, pero a la vez lo fundamental.

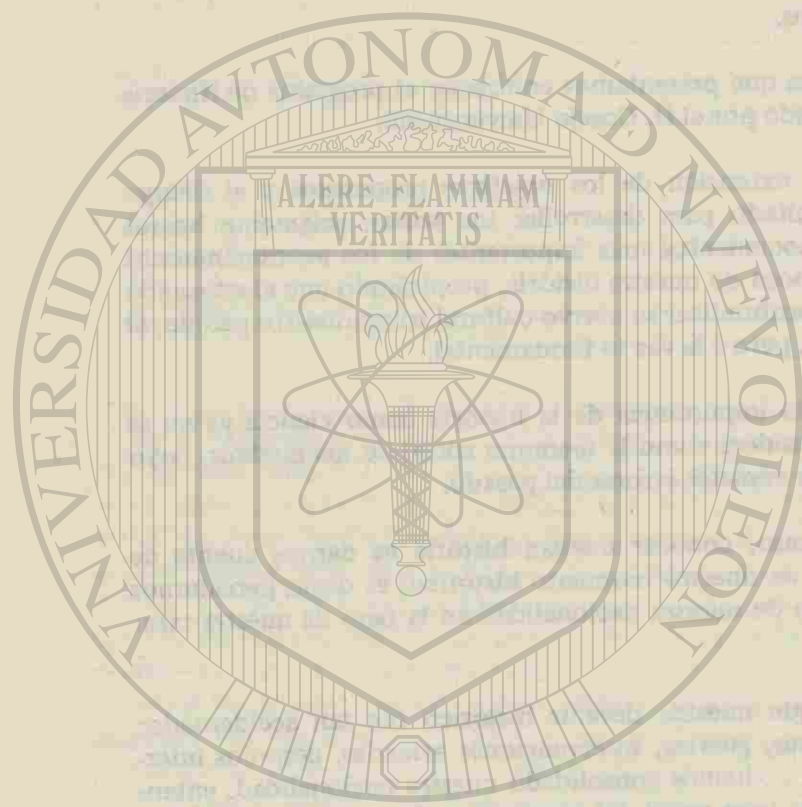
Ahora bien, la importancia de la historia como ciencia ya no se discute y se le considera como la memoria social de los pueblos, cuyo conocimiento evita cometer errores del pasado.

En nuestro caso, conocer nuestra historia es darnos cuenta de nuestra realidad y de nuestro momento histórico; es decir, percatarnos de la consolidación de nuestra nacionalidad en la base de nuestra raza: el mestizaje.

A pesar de que nuestro devenir histórico fue tan accidentado: conquista, dictaduras, guerras, intervenciones armadas, despojos internacionales etc , hemos consolidado nuestra nacionalidad, entendiendo ésta como la base racial del mestizaje, y los aspectos culturales de unidad, como son el mismo lenguaje, tradiciones, pasado común, principios y valores sociales, así como leyes internacionales surgidas de la experiencia y sufrimientos de nuestro pueblo, que defendemos en los foros mundiales.

Darnos cuenta de nuestra realidad presente para buscar una sociedad más justa e igualitaria determinada por principios que nuestro pueblo consagró en sus leyes, es la verdadera enseñanza, el verdadero aprendizaje de la Historia.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN ASPECTO DIDACTICO

Estimados Lectores:

Estos apuntes son una recopilación de temas de Historia de México y tienen como finalidad presentar una visión cronológica de nuestro pasado. Nos hemos esforzado (tal vez sin conseguirlo), en describir el hecho histórico de manera sencilla y de fácil interpretación, desde dos facetas complementarias.

a).- Causas y factores que motivaron o influyeron en el acontecimiento histórico. Los hemos enumerado de manera muy somera debido a que conceptualmente son muy extensos y no sería posible presentarlos en su totalidad en este trabajo, por lo cual sugerimos al lector recurrir a fuentes bibliográficas ya que hay bastantes en existencia.

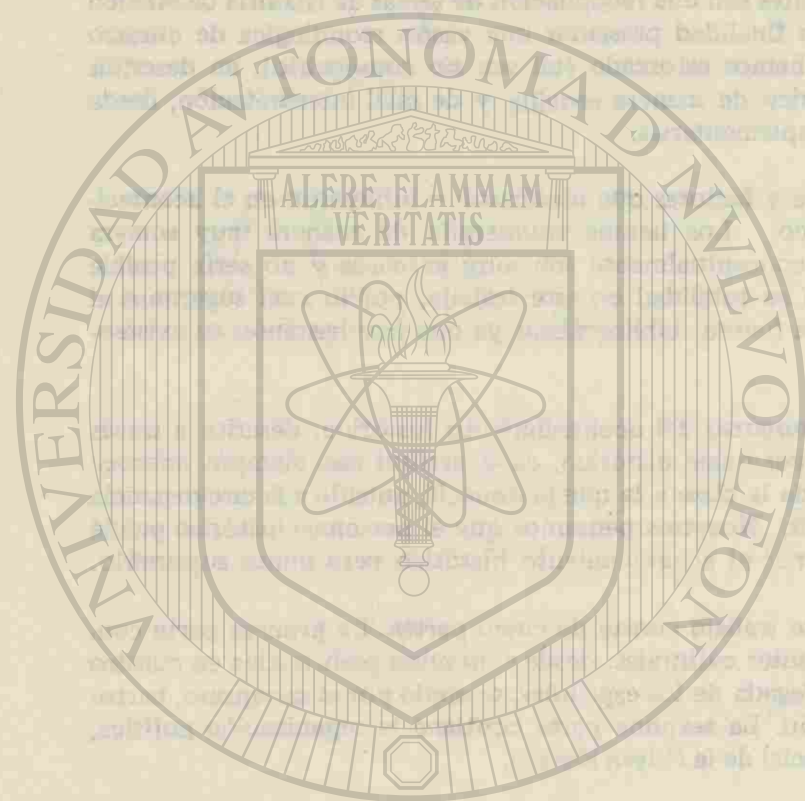
b).- El transcurso del acontecimiento histórico, descrito a través de la vida del personaje histórico, cuya actitud casi siempre obedece a los intereses de la clase a la que perteneció, aunado a la circunstancia que le tocó vivir. Nosotros pensamos que el personaje histórico puede acelerar o detener el acontecimiento histórico pero nunca suprimirlo.

El presente trabajo consta de cinco partes: La primera parte contiene los horizontes culturales, desde el hombre prehistórico en nuestro país, hasta la llegada de los españoles, pasando por el salvajismo, barbarie y civilización. La segunda parte contiene la organización política, económica y social de la Nueva España.

La Tercera parte: las causas externas e internas de la Guerra de Independencia y México independiente, a través de tres personajes que cubren todo el siglo XIX: Antonio López de Santa Ana, Benito Juárez y Porfirio Díaz.

La Cuarta parte: Las causas de la Revolución Mexicana, sus iniciadores y etapas así como su culminación con la promulgación de la Constitución de 1917.

La Quinta Parte: los gobiernos postrevolucionarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

CONTENIDO.

Palabras iniciales I
 Un Aspecto Didáctico II

PRIMERA PARTE: MEXICO PREHISPANICO

1.- La Historia Universal y la Historia de México 1
 2.- El Hombre abandona la cueva 3
 3.- Hipótesis del Hombre Americano 4
 4.- Los Horizontes Culturales 6
 5.- El Horizonte Prehistórico 8
 6.- El Horizonte Arcaico 10
 7.- El Horizonte Preclásico. El Ministerio de los Olmecas 13
 8.- Las Primeras Pirámides 16
 9.- El Horizonte Clásico. El Esplendor de Teotihuacán 23
 10.- Los Totonacas 28
 11.- Los Zapotecas 30
 12.- Los Mayas 34
 13.- El Horizonte Postclásico. Los Toltecas 39
 14.- El Horizonte Histórico. Los Aztecas o Mexicanas 43
 15.- A la llegada de los Españoles 51
 16.- El Descubrimiento de América 54
 17.- La Conquista 59

SEGUNDA PARTE: LA ERA VIRREINAL

1.- Organización Económica, Política y Social de la Colonia 103
 2.- El Régimen laboral 108
 3.- Sistema de Gobierno 110
 4.- Población Novohispana 111

TERCERA PARTE: MEXICO INDEPENDIENTE (27 SEPTIEMBRE 1821)

1.- Antecedentes de la Guerra de Independencia 119
 2.- La Guerra de Independencia 124
 3.- La Segunda Etapa de la Guerra de Independencia 138
 4.- Consumación de la Independencia (27 Sep. 1821) 154
 5.- El primer Imperio 157
 6.- El Santanismo 163
 7.- La Guerra de Texas 169
 8.- La Guerra de los Pasteles 179



9.- La Invasión Norteamericana	189
10.- El Juarismo	205
11.- La Revolución de Ayutla	213
12.- La Intervención Francesa	225
13.- El Segundo Imperio	235
14.- Restauración de la República	248
15.- El Porfirismo	251
16.- El Porfiriato	270

CUARTA PARTE: LA REVOLUCION MEXICANA

1.- Causas de la Revolución Mexicana	279
2.- Etapas de la Revolución Mexicana	280
3.- Los Iniciadores de la Revolución Mexicana	281
4.- La Caída de Cd. Juárez. Renuncia de P. Díaz	295
5.- El Gobierno Contrarrevolucionario de Fco. León de la Barra ..	296
6.- El Gobierno de Fco. I. Madero	297
7.- La Decena Trágica	303
8.- El Gobierno de Victoriano Huerta	308
9.- El Ejercito Constitucionalista. El Plan de Guadalupe	311
10.- El Ejercito Constitucionalista del Noroeste	324
11.- La Convención de Aguascalientes	331
12.- La Batalla de Celaya	340
13.- Gobierno de Venustiano Carranza. La Constitución 1917 ...	346

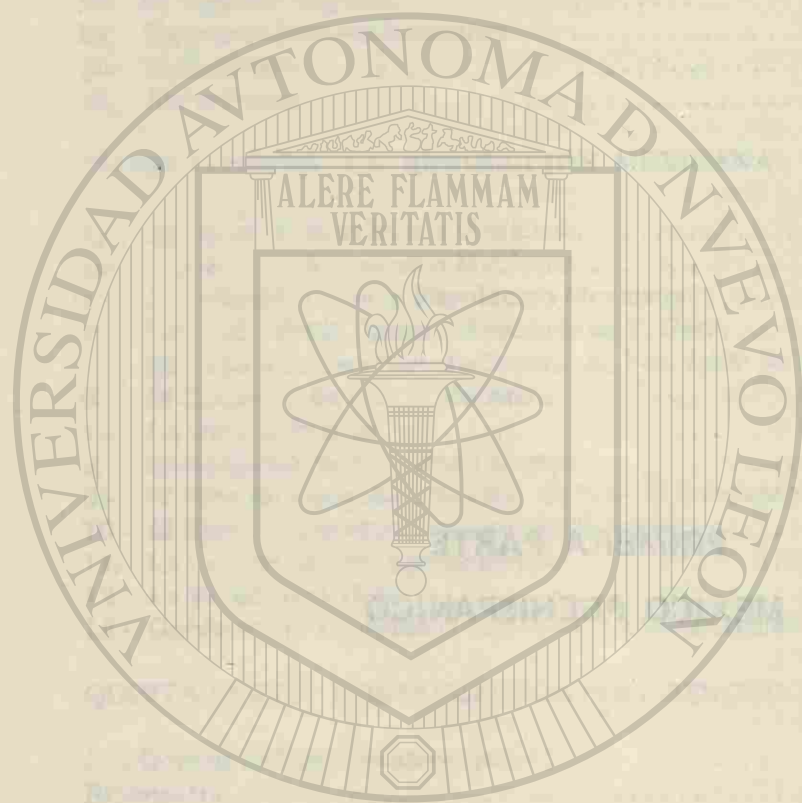
QUINTA PARTE: LOS GOBIERNOS POST-REVOLUCIONARIOS

Los Gobiernos Post-Revolucionarios	359
Bibliografía	361
Nota Bibliográficas	363

**PRIMERA PARTE
MEXICO PREHISPANICO**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

PRIMERA PARTE. MEXICO PREHISPANICO

1. LA HISTORIA UNIVERSAL Y LA HISTORIA DE MEXICO.

Sabemos que la Historia se ha dividido en Prehistoria e Historia propiamente dicha, que comprende la Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea.

El criterio de clasificación de las épocas o períodos de la historia no es una decisión arbitraria de los historiadores, como no pocas veces se les atribuye, sino que dicho criterio está reforzado, porque en cierto tiempo fundamentalmente la sociedad europea, cambió por completo su estructura económica, política y social, por ejemplo en la edad media a la época moderna la transformación de la sociedad europea fue extraordinaria, claro, esto no aconteció de la noche a la mañana, por el contrario los hechos históricos tienen sus causas, su paulatina o acelerada transformación y por supuesto sus consecuencias; es por esto que la Historia es una ciencia porque analiza un hecho histórico, determinando sus causas, su transformación y sus consecuencias y concluye con una interpretación del acontecimiento histórico.

Así, la Historia se divide en Prehistoria e Historia propiamente dicha, como ya lo mencionamos; entre una y otra se introduce con frecuencia el estudio de la protohistoria.

La Prehistoria y la Historia son separadas por el conocimiento de la Escritura. La Prehistoria abarca desde el período pleistoceno de la era cuaternaria donde tuvo lugar la aparición del hombre, hasta el conocimiento de la escritura, que inicia la historia.

La Prehistoria suele dividirse, a su vez, en paleolítico (vieja edad de piedra, o edad de la piedra tallada), neolítico (nueva edad de piedra pulida), edad del cobre y edad del bronce.

La historia se divide en antigua, media, moderna y contemporánea. Época Antigua: desde el conocimiento de la escritura hasta la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476 d. C.; la Edad Media abarca de ahí hasta la caída del Imperio Romano de oriente (caída de Constantinopla en manos de los Turcos, 1453) o, para otros, hasta el descubrimiento de América en 1492; la Edad Moderna termina con la Revolución Francesa en 1789, y la contemporánea hasta nuestros días.

La Historia de México por supuesto es diferente; sin embargo, también existe un criterio de clasificación de etapas o períodos de

acuerdo con el grado cultural y la transformación completa de la sociedad.

Analizaremos el siguiente cuadro comparativo entre la clasificación de Historia Universal y la Historia de México.

HISTORIA	
H. UNIVERSAL	HISTORIA DE MEXICO
PREHISTORIA	HORIZONTE CULTURAL
A. del H. Era Cuaternaria	PREHISTORICO:
El conocimiento de la escritura	11,000 a de J.C.
	5,000 a. C.
ANTIGUA	ARCAICO
C. de la escritura hasta 476 d. J.C.	5000 a. C.
	1800 a. J.C.
MEDIA	PRECLASICO:
476 d. J.C.	1800 a. de C. a 100 a. d. C.
HISTORIA	CLASICO
Conocimiento de la escritura hasta nuestros días.	100 a. C. a 850 d.C.
MODERNA	MAYA, TEOTIHUACAN
Inicia 1453 d. J.C.	MIXTECO ZAPOTECA,
1493 d. J.C.	TOTONACA.
Termina 1789.	
	POST - CLASICO:
	850 d. J.C. a 1250 d. J.C.
EPOCA	Los Toltecas
CONTEMPORANEA	HISTORICOS
	de 1250 f. J.C. a 1521 d. C. Los Mexicas.
1789 La Revolución Francesa hasta nuestro días.	1521 Epoca Colonial
	1821 México Independiente.

2.- EL HOMBRE ABANDONA LA CUEVA.

Hace un par de millones de años emergieron del oceano, la Península de Yucatán y las tierras bajas de Chiapas y Tabasco, que habían estado cubiertas por las aguas, al grado de que a través de ellas se unían el Atlántico y el Pacífico; con esto, el contorno geográfico de lo que hoy es la República Mexicana, adquirió aproximadamente la forma que presenta en la actualidad, pues el resto del territorio había emergido desde mucho tiempo antes. En aquel entonces los sistemas montañosos de México, ya presentaban una configuración semejante a la actual, pero no la misma; basta recordar que apenas en 1943, surgió el volcán Parícutín en Michoacán.

Cuando el sureste de México emergió del Océano, en Africa merodeaba el Homo Hábilis el descendiente más conocido del género Homo (hombre), según lo reveló el estudio de los esqueletos aparecidos en excavaciones arqueológicas. El simiesco Homo Hábilis caminaba bastante erguido, no le era indispensable apoyarse en las manos al caminar, poseía un cerebro que apenas llegaba a la mitad del que tiene el hombre moderno, pero cuya región especializada en el lenguaje ya esta lo suficiente desarrollada, como para permitirle comunicarse por medio de palabras con sus congéneres. El hecho de no tener que usar las manos para desplazarse permitió al Homo Hábilis cargar objetos con ellas, lo que representaba una ventaja muy grande por sobre los otros animales; además y sobre todo, las manos son un instrumento maravilloso que ha permitido al hombre hacer desde objetos utilitarios, hasta obras de arte; precisamente el Homo Hábilis debe su nombre a que sabía elaborar los utensilios de piedra llamados hacha de manos.

Hace 100,000 años la evolución ya había desembocado en el Homo Sapiens u hombre moderno, el cual se dispersó primeramente por Africa, Europa y Asia. Heredero de la cultura de sus antecesores; el hombre mono, y dotado de un cerebro mucho más avanzado; el Homo Sapiens original, sabía trabajar la obsidiana y fabricar cuchillos y puntas de lanzas que hacían de él un cazador más eficaz y le permitían destazar limpiamente los animales y elaborar ropa o cobijas con las pieles, así como agujas con los huesos e hilos con los tendones.

Cada cultura tiene ciertas maneras peculiares de hacer sus cosas hoy día; por ejemplo, la cerámica de Puebla es muy diferente de la que se produce en Michoacán. Si en una cueva era encontrada cerámica michoacana por una excavación en Puebla, legítimamente podría decirse que existía cierto intercambio entre ambas comarcas.

El hecho resulta particularmente valioso al estudiar las antiguas culturas de México.

3.- HIPOTESIS DEL HOMBRE AMERICANO.

Hace años en el Valle de México, fueron hallados unos huesos de mamut y cerca de ellos una punta de flecha. En el primer momento del hallazgo se tomó como prueba irrefutable el hecho de que los hombres de aquellas épocas, cazaban el mamut para vivir; poco después fueron localizados cerca del mismo sitio, los restos de un ser humano, que rápidamente fueron llamados "El hombre de Tepexpan" y sin más averiguaciones se concluyó que el hombre de Tepexpan era un cazador de mamut. Sólo años después, alguien observó que la punta de flecha de la excavación era demasiado pequeña para traspasar la dura piel de un gran elefante y por el análisis de carbono 14 se demostró que el hombre de Tepexpan tenía una antigüedad de 6,000 años cuando mucho, o sea, que correspondía a una época en que los mamut llevaban varios milenios de haberse extinguido. Asimismo se llegaba a la consideración de que todos los indígenas de América tuviesen un origen común cabría esperar, que sus características físicas fueran básicamente iguales, pero en realidad, el indio norteamericano es muy distinto del indígena del antiplano de México y a su vez, son ambas distintas, digamos, de los montilones de Sudamérica.

Hay indios de rasgos mongoloides, otros de rasgos negroides y más aún de rostros que sugieren la ascendencia árabe o europea meridional; hay indios gigantes, como los patagones e indios pigmeos, como los de algunas tribus de Venezuela y Brasil. Muchos antropólogos consideran imposible que todas estas diferencias se hayan producido en los 50,000 años transcurridos, desde que el hombre cruzó el Estrecho de Bering; además diversos descubrimientos de última hora, han convencido aún a los más recalcitrantes, de que los indígenas son una mezcla de individuos procedentes de diversas regiones del globo.

Recientemente fueron encontrados documentos que parecen indicar que los navegantes chinos, llegaron a la Costa guerrerense 10 siglos antes que Colón. En Ecuador, fue descubierta una cerámica igual a la que se producía en Japón en un pasaje remoto.

Los lingüistas han encontrado un parecido muy grande entre algunas palabras de dialectos sudamericanos y otras que pertenecen a ciertas lenguas de Oceanía. Por encima de todo, está el hecho de que la mayoría de los indígenas americanos apenas se distinguen de los mongoles de Siberia; con base en esto, ahora se cree generalmente que los siberianos constituyen el grueso de la migración, aunque otros grupos también llegaron en diversas épocas, cuando ya se fabricaban barcos capaces de emprender la travesía de los océanos; aún más, la discusión sigue agitada por un problema adicional, pues ni siquiera puede tenerse la seguridad de que los hombres que pasaron de Siberia a América,

fueron mongoles, pues algunos antropólogos más respetados afirman que la diferencia racial en negros, blancos, amarillos y cobrizos se plasmó hace apenas 15,000 años y se sabe apenas con cierta seguridad que las migraciones siberianas a América datan de hace 50,000 años, como mínimo.

El paso del hombre de Siberia a América fue utilizando un tipo de botes pequeños, tuvo lugar en el Estrecho de Behring aprovechando el fenómeno climático de las glaciaciones. Durante la mayor parte de su existencia, la tierra estaba libre de hielos en las regiones polares al grado de que, inclusive, en las más altas latitudes han crecido plantas que se conocen como tropicales, pero en el último millón de años o algo así, cosa que los científicos no han logrado dilucidar plenamente, se formaron grandes masas de hielo en los Hemisferios norte y sur.

Por espacio de decenas de miles de años, extensas regiones de Alaska, Canada y E.U., estuvieron cubiertas por capas de hielo hasta de 3 Km. de espesor; luego se presentaron períodos inter-glaciales igualmente prolongados durante los que se retiró parte del hielo y se produjeron cambios espectaculares. Si se fundieran los millones de Kms. cúbicos de hielo que cubren actualmente las regiones polares, el nivel del mar subiría de 60 a 90 metros y las tierras bajas quedarían anegadas; inversamente si volviera a ocurrir una glaciación para formar los nuevos hielos se sustraerían volúmenes inmensos de líquido del océano y el nivel de las aguas bajaría, muchas tierras hoy sumergidas, emergerían a la intemperie. Por supuesto las glaciaciones afectaron notablemente la configuración del territorio mexicano, cuyo contorno actual data de hace 10,000 años más o menos. Durante la última glaciación, el nivel del mar bajó cosa de 60 metros y como consecuencia creó un corredor terrestre que unía a Siberia con Alaska por el Estrecho de Behring; las glaciales de Alaska cubrieron las tierras elevadas, pero los terrenos bajos estaban relativamente libres de hielo y en ellos vivían los hombres y animales que se desplazaban entre Asia y América y viceversa; sus movimientos quedaban circunscritos a ese corto territorio, pues al sur de Alaska los hielos cubrían nuevamente la tierra.

Hace una decena de miles de años se produjo un derretimiento y quedó abierto un corredor que seguía en las faldas de las montañas rocallosas; por ahí penetraron las manadas de animales y el hombre que vivía de cazar y de recolectar plantas silvestres, se vio impulsado a emigrar por su comida, avanzó cada vez más al sur y en cierto momento el agua volvió a cubrir el corredor de Behring y los hombres de América quedaron sin comunicación con el Viejo Mundo.

No se sabe que idioma hablaban los primeros hombres que llegaron a lo que hoy es la República Mexicana ni que nombre daban a su grupo, ni si se agrupaban en clanes o tribus.

4. LOS HORIZONTES CULTURALES'

Los historiadores y sociólogos han precisado que en el desarrollo de toda sociedad humana se distinguen tres etapas: salvajismo, barbarie, y civilización.

El Salvajismo.- Es la etapa en que el hombre vive de la naturaleza sin modificarla, vive de productos naturales; frutos, raíces de la caza y de la pesca.

La Barbarie.- En esta etapa adquiere cultura, en adaptación al medio ambiente y a la lucha por la vida; es recolector semisedentario, cultiva las plantas, adora a sus dioses, construye chozas etc.

La Civilización.- En esta etapa son sedentarios, construyen centros ceremoniales, disponen de un sistema de escritura, numeración y calendarios, son agricultores y comerciantes etc....

Así mismo han separado la prehistoria y la historia desde un punto de vista cultural el conocimiento de la escritura. Entonces la prehistoria se inicia con la aparición del hombre en período pleistoceno de la era cuaternaria y termina con el conocimiento de la escritura.

La historia se inicia con el conocimiento de la escritura.

Debemos apuntar también se han determinado diferentes épocas de acuerdo con el desarrollo de la cultura:

La época de la piedra tallada o "paleolítico"

La época de la piedra pulimentada o "neolítico"

Las épocas iniciales del cobre y el bronce.

La historia prehispánica de México pasó por estas etapas y épocas culturales así como por períodos de florecimiento y decadencia.

Los historiadores mexicanos han clasificado las grandes etapas del progreso de los pueblos indígenas, de acuerdo con los rasgos culturales dominantes de cada uno de ellos, y se les ha dado el nombre de horizontes culturales.

HORIZONTE	E P O C A	CARACTERISTICAS CULTURALES.
Prehistórico	abarca 22,000 a 5.000 a. de J. C.	fueron nómadas cazadores y recolectores.
Arcaico	Abarca de 5,000 a. 1,800 a. J. C.	Iniciaron la cultura y la cerámica. (consecuencia del descubrimiento de la agricultura).
Preclásicos	Abarca de 1,800 a de J. C. a 100 a. C.	Pueblos agrícolas sedentarios. Los Olmecas, cultura formativa y enigmática.
Clásico	Abarca de 100 a. de J. C. a 850 d. de J. C.	Grandes civilizaciones teocráticas, conocimientos de matemáticas, astronomía arquitectura, escultura etc. Cultura Tehotihuacana. Totonaca, Maya y Mixteco-Zapoteca.
Postclásico	Abarca de 850 a 1250 d. de J. C.	Las Sociedades teocráticas se convierten en militares, aparecen las primeras fuentes históricas de México. Conocimiento de la metalurgia, Cultura Tolteca.
Histórico	Abarca de 1,250 a 1,521 d. de J. C.	Las Sociedades militares forman estados. Sometiéndose a tributaciones como consecuencia de la conquista y de la guerra, Cultura Mexica.

5. HORIZONTE PREHISTORICO

(Abarca de 22,000 a 5,000 años de J. C.)

Habíamos determinado algunos sitios de nuestro territorio donde fueron encontrados restos prehistóricos. "En Tlapacoya, en el estado de México, y Caulapan, en el estado de Puebla, han sido dotados por el método C_{14} , dando con absoluta seguridad el resultado de 21,000 años antes del presente".

La mujer de Tepexpan, es posterior en antigüedad a los restos antes mencionados, pero su importancia radica, en que fueron encontrados, con huesos de animal prehistórico o sea el mamut, determinándose con ello que el hombre prehistórico de América fue contemporáneo de los últimos animales prehistóricos. Después con la prueba carbono 14, se comprobó que la mujer de Tepexpan solamente tenía 6,000 años de antigüedad, y los animales prehistóricos ya se habían extinguido milenios atrás.

En México se ha dedicado mucha investigación a las culturas superiores y los grandes centros ceremoniales, descuidando las etapas más antiguas, como son el prehistórico y el arcaico; por esto la historiadora Lorena Miram-Bell afirma: "para ellos la arqueología tiene como finalidad el estudio de las grandes pirámides con ricas tumbas y piezas de valor estético. Dar un enfoque de este género a la arqueología significa tener una concepción deficiente, pues la finalidad de la ciencia no es la que ellos pretenden, sino el estudio de todos los cambios habidos en el mundo material, producto de la actividad humana, teniendo presente que son tecnológicos, sociales culturales etc. . . , y todo ello basándonos en los restos que nos han quedado de las obras del hombre".

Así la investigación y los estudios de la prehistoria en México, continuó, aunque en forma deficiente, pero buscando una metodología y tratando de seguir y situar lo hallado en las tres dimensiones de la arqueología: la espacial, la temporal y la cronológica. La primera es situarlos en el espacio, la otra en el tiempo y la tercera, es el sistema de dotación radio-cronológica, concretamente por C_{14} , método fácil de usar desde fines de la década de los cuarenta, aunque con el problema de su costo elevado.

Etapa Lítica: Consiste en estar representada por artefactos fundamentados en un criterio tecnológico. La etapa lítica abarca de 22000 a J.C. a 7000 a J.C.

La etapa Lítica o sea el período denominado también arqueolítico consiste en artefactos obtenidos mediante la técnica de talla de piedra, lascas, navaja de piedra, raspadores. Los sitios más importantes; en la cueva del diablo, Tamaulipas. "Complejo Diablo y Tlacoya".

Etapa nueva Lítica o Cenolítico. Abarca de 14,000 a J. C. a 7,000 a J. C.; de este período existe abundante material que ha sido encontrado en diecinueve o más sitios. Aparece además de la piedra tallada, la técnica por presión, empleando para ello una asta de venado o hueso previamente preparado. Aquí poseemos: sacas, navajas, puntas de piedra, primeros implementos de molienda, duelas y morteros; además, elaboración de materiales con fibras vegetales, tales como redes de carba, bolsas, cordeles.

Su economía basada en la caza, sobre todo de animales pequeños, (los últimos animales prehistóricos ya se habían extinguido) tales como conejo, venado; también productos vegetales: aguacates, maíz o teosinte frijol, etc. . .

6.- HORIZONTE ARCAICO

(5000 a 1800 a J. C.)

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo hacia 1960, en el Valle de Tehuacán, región semidesértica que abarca la parte sur del estado de Puebla y la faja septentrional de Oaxaca, aportaron muchos pormenores acerca del lento y trabajoso camino que recorrieron los primitivos para forjar las esplendidas civilizaciones prehispánicas. Hace alrededor de 12,000 años, habitaban en el Valle de Tehuacán, una cuantas decenas de nómadas recolectores de plantas silvestres y los que de ellos eran cazadores, usaban trampas para cazar y construían cuchillos y proyectiles; es decir, su tecnología seguía siendo prácticamente la misma que trajeron de Siberia.

En el período que va de 6,800 a 5,000 años, la población del Valle de Tehuacán, aumentó hasta llegar a un promedio de 15 bandas compuestas de 4 a 8 individuos cada una. Seguía siendo nómadas, pero en la primavera y durante la temporada de lluvias establecían campamentos en los que varias familias hacían vida comunal, lo cual facilita la transmisión de conocimientos de un grupo a otro, sobre todo en esa época se asentaron las bases de un descubrimiento de trascendencia enorme: la agricultura, actividad mediante la que el hombre deja de ser un parásito de la naturaleza y se convierte en gente en activo para hacerla producir; el preagricultor obligado a perseguir a los animales de caza y buscar intensamente los sitios donde existen plantas silvestres para comer, llevaba una vida azarosa y llena de angustia, especialmente en los períodos de sequía y cuando se presentan inundaciones graves. Con la agricultura la vida humana se torna más amable, pues el hecho de disponer de esas reservas alimenticias relativamente seguras deja al hombre algún tiempo libre para idear modos de vida más avanzados y la necesidad de conseguir que las siembras sean más productivas, lo induce a fabricar utensilios nuevos o a perfeccionar lo que ya posee

La agricultura incrementa la cantidad de alimentos disponibles en una comarca y con ella hace posible el crecimiento demográfico. Por supuesto no se sabe exactamente cómo se realiza el descubrimiento de la agricultura, tal vez cuando alguien observa que una planta se desarrolla mejor al retirarse las hierbas parásitas que crecen en su derredor.

Antes o despues, alguien nota que al dejar caer al suelo una semilla, nace una planta y alguien más observa que la humedad adecuada mejora el rendimiento de los cultivos. Es probable que cada descubrimiento se

realice en varios sitios a la vez y que finalmente la suma de conocimientos se difundan en una comarca muy amplia. Como quiera que sea, en las capas de terreno correspondiente a los años 5,000 a de C. a los 4,000 A. de C., en el Valle de Tehuacán aparecen ya semillas de aguacate, chile y de una variedad de calabazas que los científicos llaman Cucurbita mixta, que según algunos arqueólogos provienen de plantas cultivadas y no silvestres.

Pero hacía falta encontrar un cultivo que pudiera servir de base a la alimentación y en el Valle de Tehuacán, como en muchas partes de América, crecía una hierba silvestre como un esbozo de mazorca de 2 a 3 cms. de largo, que se recolectaba para comer; el maíz silvestre; el grano cultivado se distingue del silvestre, en que no puede reproducirse sin ayuda humana, porque las hojas envuelven la mazorca e impiden la germinación de la semilla y para el año 3,000 a de C. los habitantes del Valle de Tehuacán ya consumían maíz precultivado, como se aprecian en las mazorcas halladas en las excavaciones.

Tras varios siglos de cosecha de cruzamientos accidentales y de progreso en la técnica agrícola, el tamaño de la mazorca creció notablemente así como el rendimiento de cada planta; gracias a esto, los pobladores del Valle de Tehuacán pudieron aumentar su dieta de plantas cultivadas, que ya para el año 2,500 a. de C. formaba el 30% del total consumido, según la cifra que parece aún reducida, pero en el caso del hombre primitivo podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Los hombres seguían vagabundeando en busca de frutos silvestres y animales de caza, pero siempre regresaban a sus aldeas donde se estrechaban los lazos de la convivencia humana, se intensificaba el intercambio de conocimientos al imitarse las bandas unas a otras y el ritmo de progreso se aceleraba. Por principios de cuentas, se cultivaron más plantas entre ellas, el nutritivo frijol, hubo necesidad de crear utensilios para el trabajo agrícola: azadones primitivos, etc., y las cosechas se guardaban en estas cada vez más grandes y más finamente trabajadas. El paso siguiente fue el descubrimiento de la alfarería, quizá derivado de la necesidad de contar con un gran número de recipientes para almacenar agua y semillas; tal vez alguien descubrió que cubriendo las cestas con barro, resulta posible el almacenamiento de líquidos.

Como quiera que haya sido, por el año 2,000 a de C. los pobladores del Valle de Tehuacán empleaban una cerámica muy tosca, vasijas de varias formas y una que otra figurilla de rasgos humanos o animales.

Con el tiempo los utensilios de barro fueron más usados que los de

piedra, la invención de la alfarería representó un avance notable; por principio de cuentas, las ollas y vasijas, hicieron posible el enriquecimiento de la dieta con alimentos cocidos y no solo asados como tenían que ser antes; esto hizo posibles la creación de antojitos como el tamal, y con el tiempo de la invención de los comales de barro vendría la tortilla.

Por el año 1,500 a de C. el Valle de Tehuacán sustentaba una población 40 veces mayor que la de 10,000 años antes; la vida se había diversificado, la calidad de los productos que aparecieron en las excavaciones revelan un mejoramiento notable en la tecnología.

Tehuacán comenzaría a cultivar el maíz en los últimos segundos de la jornada y ya casi sin solución de continuidad vendría el surgimiento de las grandes civilizaciones clásicas y la conquista española de América.

En resumen: Este horizonte es sumamente importante porque durante esta etapa el hombre realiza un descubrimiento trascendental: logró domesticar varias plantas, esto es, descubrió la agricultura.

Este hecho trajo extraordinarias consecuencias como son las siguientes:

- 1.- El hombre deja de ser nómada y se convierte en sedentario
- 2.- Establece las primeras aldeas.
- 3.- Nace la propiedad privada (posesión que se realiza por la Ley del más fuerte).
- 4.- Se inicia la vida social.
- 5.- Organiza las primeras formas de gobierno.
- 6.- Nacen las primeras ideas religiosas.
- 7.- Los primeros instrumentos agrícolas.
- 8.- Se establece la esclavitud.

Al convertirse en sedentario, es decir se establece en un sólo lugar para el cuidado necesario de la producción agrícola, empieza su vida social, con todas las implicaciones económicas (la posesión de la tierra por dominio de la fuerza) las sociales propiamente dichas (la esclavitud por ejemplo), como resultado de lo anterior. Los historiadores sitúan este acontecimiento en México al derredor, aproximadamente de 5,000 a J. C. los preagrícolas, y 3,500 los ya agricultores.

7. HORIZONTE PRECLASICO

EL MISTERIO DE LOS OLMECAS

Los arqueólogos llaman preclásico al período comprendido entre los años 1,500 a de C. y 100 a de C. Al iniciar este período, todos los grupos humanos que residían en el territorio que ocupa la República Mexicana, mostraban un grado de desarrollo comparable o ligeramente inferior al de sus contemporáneos del V. de Tehuacán; gradualmente algunos grupos progresaron más que otros y se colocaron a la vanguardia.

Según indican las exploraciones arqueológicas realizadas hasta la fecha, durante casi todo el Preclásico, la región más adelantada fue la que se extiende al sur de Veracruz meridional, para abarcar las amplias zonas de Tabasco, Oaxaca y Chiapas. En esta región, la faja menor estudiada en una sección costera de 200 Kms. de largo por 50 de ancho, que se localiza entre los Ríos Papaloapan y Grijalva se da un ámbito de maleza, pantanos y bosques tropicales infestados de alimañas y fieras.

Las ruinas más espectaculares que se conocen en dicha faja, están en la Venta y un islote de 5Km. cuadrados que conforman los Ríos Blasillo y Chicozapote, tributarios del Tonalá, el cual al estrangular una loma que sobresale en los pantanos de Huimanguillo, Tabasco, consta de una especie de calle orientada más o menos del norte a sur y formada por plataformas de corta altura hechas de tierra compacta. Cerca de unos de los extremos hay un montículo de barro, que sobrepasa los 30 metros de altura y que parece prefigurar una pirámide, aunque su forma sugiere más bien una gelatina de molde, como los que se venden en las ferias.

Lo más llamativo de la Venta son sus 4 cabezas de piedra colosales, de las que 3 fueron encontradas en el extremo norte y la cuarta en el extremo sur.

La mayor de ellas mide 2.46 m., pesa más de 30 toneladas, se ignora qué funciones desempeñarían estas cabezas. Un conocido arqueólogo ha dicho que sirvieron de señales astronómicas, otros suponen basándose en la especie de casco que soportan las cabezas, que conmemoraban las hazañas de los jugadores de pelota a quienes ciertos pueblos prehispánicos acostumbraban cortar la cabeza, cuando perdían un partido; y por supuesto abundan los chiflados de la pseudo ciencia ficción, que creen ver en las cabezas la figura de un cosmonauta extraterrestre de los que supuestamente civilizaron a los antiguos pobladores de América.

Cualquier conjetura resulta tan bien fundada, como cualquier otra tan enigmática como la de que las cabezas son los altares; grandes bloques de basalto que llegan a pesar 30 toneladas, fueron encontrados en varios sitios de la Venta; se les llama así porque hacen pensar en los altares de las Iglesias Católicas, pero nadie sabe a ciencia cierta para qué servían; pudieron quizá ser tronos o plataformas para los altos dignatarios.

Los altares aparecen cubiertos de bajorelieves; labrar con utensilios de piedra esas colosales obras en basalto, representa una hazaña notable, pero haber acarreado las enormes rocas originales a donde fueron instalados los monumentos, raya en lo fabuloso, pues alrededor del islote sólo hay pantanos y piedras aluviales; las canteras más cercanas se localizan en San Martín Pajapa, Veracruz, que distan de la Venta 130 Km. en línea recta. Hasta el momento ha sido imposible averiguar qué idioma hablaban los constructores de la Venta o qué nombre dieron al notable grupo arquitectónico; ni siquiera ha sido posible entrever cómo denominaban ellos a su grupo. Se le llama Olmeca solo por costumbre y comodidad, pero en rigor, no les corresponde esa denominación; hasta finales del siglo pasado, nadie sospechaba la existencia de los Olmecas, apenas en 1871, fue descubierta la primera cabeza colosal en la rancharía veracruzana de tres zapotes, un centenar de kilómetros al oeste de la Venta.

En 1884 un erudito escribió un informe acerca del hallazgo; era muy poco lo que se sabía de las viejas culturas americanas y el mundo científico de la época, explicó la presencia de las gigantescas esculturas, como resultado de una importación que llegó del viejo mundo. Más tarde al sur, en Chiapas y Guatemala, han aparecido indicios de que en la gran época de la Venta hubo asimismo, otros pueblos llamados Olmecoides, con desarrollo cultural semejante. * Algunos especialistas están convencidos inclusive de que en un tiempo existieron relaciones de intercambio entre los olmecas y la cultura de Chamin, la más antigua de las culturas peruanas, cuyo rasgo característico es la presencia obsesiva de un dios felino, en sus estatuillas y motivos decorativos; si esto fue así, resulta difícil explicar, porque se interrumpieron los contactos entre México y Sud - América en años posteriores.

Los aztecas y los Incas del siglo XVI ignoraban mutuamente su existencia. En el área delimitada por los ríos Papaloapan y Grijalva hubo durante la gran época de la Venta diversos asentamientos humanos que alcanzaron un alto grado de desarrollo: Cerro de las Mesas, San Lorenzo, Río Chiquito, Potrero Nuevo, Tres Zapotes y otros. Tres Zapotes era inclusive un poco más extenso que la Venta, pero esto no

*El término olmeca, es una voz nahuatl que significa habitantes del país del hule

quiere decir gran cosa, ya que con las comunidades citadas no parece haber tenido ni siquiera 10,000 habitantes.

La Venta fue tal vez de mayor importancia; se calcula que la empezaron a construir por el año 1,200 a de C. y que alcanzó su mayor esplendor hacia el año 600 a de C.: tal vez haya sido al principio una especie de santuario, donde había un ídolo deidad con fama de muy milagroso donde acudían los habitantes de las rancherías cercanas a rezarle y a dejarle prendas; en este caso no es difícil que el sumo sacerdote asumiera también las funciones de principal funcionario político como ocurrió en otros lugares. Probablemente la Venta fue un centro civil religioso en el que sólo recidían los sacerdotes y los principales funcionarios; no hay restos de palacios o mansiones elegantes en la Venta, ni en ninguno de los demás asentamientos olmecas; quizá los jefes vivían en chosas amplias bien cuidadas y bien abastecidas, pero en lo general semejantes a los que servían de moradas al pueblo común, chozas de varejones, troncos y lodo, con techos de ramas y asentados sobre plataformas bajas; no hay restos de estas viviendas, ya que la humedad las destruye en un tiempo breve.

La conservación y el mantenimiento de la Venta debió de requerir los servicios de un nutrido grupo de individuos que seguramente vivían desparramados en pequeñas rancherías cercanas y tal vez llegaban al centro ceremonial, usando pequeñas embarcaciones. Entre los altos sacerdotes y el populacho, debe haber habido una élite especialista, es inconcebible que las esculturas monumentales fueran realizadas por artesanos de tiempo parcial; también debe haber habido un grupo de ingenieros capacitados para dirigir el transporte de los grandes monolitos y quizá también había empleados que llevaban los registros astronómicos y los interpretaban. Toda esta gente vivía de los productos alimenticios y de ornato que producía la gente del común y para obligar a ésta a pagar impuestos, se necesitaba una organización social lo bastante avanzada como para permitir alguna división del trabajo. La Venta fue abandonada y se despobló en los albores de la era cristiana. Algunos arqueólogos sugieren que los primitivos olmecas fueron aniquilados por una invasión guerrera, pues al parecer la Venta fue destruida deliberadamente, dado que de sus grandes 40 monumentos escultóricos, 24 presentan huellas de mutilación intencional, como la que se lleva a cabo cuando se pretende destruir los poderes de los ídolos; también es probable que dos grupos poderosos se disputaron el poder hasta aniquilarse mutuamente y con ellos, a la enigmática ciudad. Los olmecas habían sido absorbidos entonces por otros grupos humanos que ocuparon su lugar; en todo caso, otros pueblos que empezaron a florecer en México y en Centroamérica recogieron la herencia cultural de los olmecas.

8.- LAS PRIMERAS PIRAMIDES

Al norte de las tierras olmecas habitaban durante el preclásico, diversos grupos humanos de menor desarrollo cultural, pero que ya habían dejado muy atrás la etapa del nomadismo. Vivían en pequeñas aldeas y practicaban una agricultura rudimentaria; mientras los olmecas decaían, algunos grupos de éstos, progresaron hasta instalarse en la primera fila del desarrollo. Los grupos en cuestión ocupaban una faja territorial que abarca desde el centro y norte de Veracruz, por el éste hasta Colima, por el oeste comprendía buena parte del altiplano central; la población de dicha faja cultivaba maíz, frijol, chile, calabaza, y sus alfareros se distinguían por producir cantidades enormes de figurillas femeninas especialmente los del antiplano central Chupicuaro, Guanajuato y el Opeyo Michoacán. Es en el llamado Valle de México que en realidad se trata de una cuenca o sea que carece de salida para las aguas, lo cual sí tienen los valles auténticos, donde mejor han sido estudiadas estas comunidades y que el Valle de México llegó a servir de asiento a estos grupos rectores de la época posterior (más que por la importancia excepcional que haya tenido esta región durante el Preclásico, que no la tuvo), es por lo que conviene que hagamos énfasis en su estudio.

Nómadas cazadores empezaron a ocupar el Valle de México, unos 20 mil años antes de que se iniciara la era cristiana y hacia el año 1,500 a de C. ya había progresado lo suficiente para establecer pequeñas comunidades permanentes de 100 a 200 habitantes a los que pudiera darse el nombre de rancherías.

Las rancherías permanentes más antiguas que se conocen son las del Arbolillo y Zacatenco, cuyas huellas arqueológicas, se encuentran cerca de la actual Villa de Guadalupe y la de Tlatilco en la cercanía de Tacuba. No se han encontrado restos de las primeras habitaciones, pero como por el rumbo no hay cuevas, ni refugios naturales se cree que la gente vivía en chozas, las que probablemente se hacían con palos enterrados en el suelo recubiertos de lodo y con techo de paja.

El paisaje del Valle era muy distinto del actual; las partes bajas estaban cubiertas por un lago que en su época de mejor caudal, medía más de 75 kilómetros de largo por 35 kilómetros de ancho y que cubría una superficie de casi 3,000 kilómetros cuadrados; por el norte llegaba a las estribaciones de la Sierra de Pachuca y por el sur hasta las actuales poblaciones de Xochimilco, Chalco y por el oriente se extendía a las

proximidades de Teotihuacán y Texcoco y por el poniente hasta Azcapotzalco y los alrededores de Tlanepantla.

La parte actual de la ciudad de México se levanta en terrenos que formaban parte del gran lago y hoy día son cerros, algunas prominencias que en su tiempo fueron islotes: el de la Estrella, el Peñón de los Baños y el Peñón del Marqués. El Valle de México ofrecía hasta hace poco, paisajes que entusiasmaban a los poetas y cuando se formaron el Arbolillo, Tlatilco y Zacatenco, su belleza era indudablemente mayor; las orillas del lago estaban cubiertas de lirios, juncos, carrizales y gran variedad de hierbas acuáticas, los encinos, los ahuahuetes, los pinos y los juniperos, formando bosques tupidísimos. Gran número de ríos arrojaron sus aguas al lago: el Hondo, el Tlanepantla, el Cuautitlán, el Tacubaya, Teotihuacán.

Como guardianes; el Valle tenía las cumbres nevadas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl; el primero de los cuales, había arrojado de vez en cuando fumarolas y humos vaporosas, pero con inofensivos ruidos subterráneos. Los habitantes de las primitivas rancherías, andaban desnudos; esta puede haberse debido a que el clima templado del Valle les permitía prescindir de las ropas, o bien, que por su penuria tan grande no alcanzaban a vestirse pues nunca se ha encontrado restos de vestidos o pieles que pudieran haber abrigado a los habitantes del Valle de México de esa época.

Aquellas gentes eran muy parecidas a los indígenas de nuestros días, delgados de pelo lacio, nariz recta y boca de labios finos; sus esqueletos revelan que los hombres medían como promedio 1.63 y las mujeres 1.53.

Al principio las labores agrícolas deberían de haberse llevado a cabo exclusivamente en tierra de aluvión, contiguas a los lagos y ríos. pues hay pocas evidencias de hacha y otros instrumentos que permitieran el desmonte de terrenos boscosos; el agua proporcionaba a los demás una gran parte del sustento y en sus orillas las gentes atrpaban tortugas patos y otras aves acuáticas.

En sociedades como las del Preclásico del Valle de México. lo común es que la fuerza del trabajo está constituida por los hombres, mujeres y niños, sin excepción, ni privilegio; todos los brazos útiles, son indispensables para producir los materiales de asistencia y subsistencia; seguramente la mujer intervenía a lado de los varones en las faenas agrícolas y aún en el arreglo de la tierra y su cuidado, y debía atender igualmente las tareas de la choza, el cuidado de los niños y la

preparación de los alimentos, para luego unirse a los hombres en sus ratos libres y ayudarles a modelar en barro, ollas, cántaros, platos, cucharas, cazuelas y estatuillas, si es que efectivamente no fuese la única alfarera.

Aparentemente las relaciones entre las primitivas comunidades fueron bastante amistosas, no hay indicios de riñas en gran escala, ni de guerras y las armas usuales como las lanzas y el lanza dardos se presentan más para la caza que para fines bélicos; sin embargo todos los conglomerados humanos han tenido sus individuos agresivos; cerca de las primitivas rancherías, han aparecido piezas en tierra, de cabezas sueltas, que bien pudieron ser trofeos de guerra. No existieron diferencias marcadas de oficios o especialidades en el ceramista y el fabricante de utensilios era simultáneamente cazador, agricultor y pescador; faltaba el artesano especializado, con tiempo suficiente para perfeccionarse en la ejecución de una labor determinada; sin embargo eran capaces de forjar piedras, molcajetes, raspadoras de piedra, cuchillos y puntas de proyectil de obsidiana, punzones de hueso, dardos y seguramente canastas, lazos, redes y otros utensilios de material percedero.

Hacia el año 1,000 a. de C. continuaban funcionando las aldeas originales del Arbolillo, Tlatilco y Zacatenco, pero ya no eran las únicas.

Nuevos vecinos se habían instalado a orillas del lago, habitaban en otras comunidades Atoto Coatepec, Xalostoc, Lomas de Becerra, Copilco, Azcapotzalco, Tetelpan y Tlapacoya; por entonces tal vez, habitaban ya en el Valle de 4,000 a 5,000 personas, en ese tiempo los conocimientos tecnológicos se habían enriquecido, los agricultores adoptaron el sistema de roza para el desmonte, lo que permitió extenderse el área de los cultivos e hizo posible el establecimiento de aldeas de mayor tamaño; los instrumentos de trabajo de época parecen fabricados con más esmero y mejor material, nativo mucho y de importación otro; traficantes de espíritu aventurero, había abierto brechas y comerciado con otros pueblos de los valles vecinos de la Costa del Golfo de México y la del Pacífico.

Corrieron los siglos, comerciantes iban, comerciantes venían, mientras el agua era surcada por canoas y balsas de ramazon y maderas en las que se realizaba el comercio interlacustre; mejor alimentación, mayor conocimiento de la medicina herbolaria, más atención sanitaria alargaban la vida de los hombres; los cementerios, en esa época, ya formaban lugar aparte, contienen más proporción de esqueletos de niños y más huesos de ancianos, aparecen los entierros del hombre y la mujer.

Entre los años 800 y 600 a de C. llegaron al V. de México algunos hombres de filiación olmeca, no se sabe si eran misioneros, comerciantes o guerreros o gente que buscaba una nueva morada. Es posible que hayan sido también artesanos de ronda, o sea, individuos que venían de la zona olmeca y se establecían en alguna aldea para mostrar sus productos y cuando se saturaba el mercado continuaban su viaje a otros pueblos que requirieron sus servicios; el hecho es que su presencia revolucionó la tecnología del Valle.

Los olmecas se habían establecido en Tlatilco y a su llegada, algunos de los viejos tlatilquenses trasladaron sus chozas a la vecina Loma de Actoto; pueden haber sido lanzados de sus tierras o quizá simplemente chocaron con el nuevo estilo de inmigrantes y prefirieron continuar aislados, la tradición de sus mayores de Atoto.

Bajo el impacto olmeca Tlatilco vió fortalecerse su economía y realizó notables progresos, además de la obsidiana que se trabaja desde épocas muy remotas, comenzaron a utilizar en el pueblo, la serpentina y el jade; la alfarería reflejo los cambios de manera muy particular y para comenzar se fabricaban ya no las figurillas solas, sino huecas de facturas más finas, más expresivas y mejor trabajadas.

Hacia el año 600 a de C. el Valle de México tenía ya una población de varias decenas de miles de habitantes.

Las primitivas comunidades habían crecido tanto por la multiplicación de los habitantes originales, como por la inmigración; además de los olmecas de Tlatilco llegaron al Valle otros grupos procedentes del Valle de Chupicuaro y el Opeyo, siguiendo el curso del Río Lerma; se establecieron en Zacatenco donde los arqueólogos han observado sus huellas.

Surgieron y crecieron en San Cristóbal de Ecatepec Ticomán, Azcapotzalco, Lomas de Becerra, Cuicuilco, etc.

Hacia el año 500 a. de C. nació un pueblo en el sitio ocupado por Teotihuacán, la ciudad que un milenio después se contaría entre las más esplendorosas del mundo de su tiempo.

El transcurso de los siglos había dejado un sedimento de progreso, atrás quedaron los tiempos en que hombre y mujeres una vez recogida la cosecha, terminada la caza y preparada la carne para uso común se congregaban en las puertas de sus casas a modelar las lozas y figurillas y a decantar piedras. Para fabricar los utensilios de trabajo, comenza-

ron ha aparecer los especialistas, el elfarero ya no tenía que cultivar su propio maíz, consagraba todo su tiempo al oficio y obtenía su sostenimiento, su alimentación, su vestido y su división del trabajo de otros especialistas: canteros, albañiles, y administradores, comerciantes y dirigentes políticos, sacerdotes, sirvientes y laboradores; todos estos especialistas fueron necesarios en la más avanzada sociedad que estaba surgiendo.

En Cuiculco dieron un gran salto cultural al erigir la pirámide redonda, uno de los primeros edificios.

Uno de los primeros edificios de proporciones monumentales que se levantaba en América, comenzaba a ser un Basamento redondo de tierra al que los cuiculquenses recubrieron con piedras sueltas; al principio era sólo dos cuerpos, después añadieron otros dos y la pirámide alcanzó sus proporciones definitivas: 132 m. de diámetro y en la base 25 m. de alto, dos rampas permitían subir hasta la cúspide, donde había un jacal templo, con altar de barro y piedras de río pintado de rojo; el templo estaba dedicado a Huehuetéotl o dios viejo de fuego la primera deidad personificada que se conoce en el país; el dato, se tiene por el hallazgo de una estatua de Huehuetéotl en Cuiculco.

Los arqueólogos han dado el nombre de Mesoamérica al área formada por las regiones culturalmente avanzadas de México y la prolongación del territorio Maya, a través de Guatemala, Honduras y la Republica del Salvador. Esta área estuvo ocupada durante el Clásico por un mosaico de pueblos que hablaban idiomas distintos y tenían costumbres que variaban ampliamente de una región a otra, pero que al mismo tiempo estaban ligados por una serie de rasgos comunes a todos; construían pirámides; la base de su alimentación era el maíz, el frijol y el chile.

Algunos escritores han comparado a Mesoamérica con Europa, en el sentido que le integraron un conjunto heterogéneo de naciones, pero con todos sus partes ligadas por una cultura común.

Los mesoamericanos no poseían bestias de carga, ni conocían plantas, como la pimienta, el trigo, y el melón, que trajeron los europeos; en cambio tenían el jitomate, cacao, cacahuates, aguacate, calabazas y calabacitas, piña, guayaba, maíz chile, frijol y muchas otras plantas desconocidas en el viejo mundo. Los únicos animales que aprendieron a domesticar fueron el perro, el guajolote y ciertas abejas; pero como agricultores tal vez fueron más hábiles que los europeos contemporáneos y por lo menos tan competentes como los asiáticos; el hecho

de que lograran establecerse en las tupidas selvas del sur, constituye una hazaña de primer orden, aunque no hay que olvidar que durante el Clásico esas tierras estaban libres de la viruela, la fiebre amarilla y otras enfermedades terribles que llegaron con los conquistadores.

La misma ruina de esas ciudades revelan el adelanto que alcanzaron los mesoamericanos, durante el Clásico; sin embargo, de estas ciudades se ignoran cuestiones tan elementales, como el idioma que hablaban los constructores de Teotihuacán, el nombre verdadero de esa ciudad y de casi todas las épocas e inclusive el nombre de mayas se refiere únicamente a los Yucatecos.

Bien, pues los mesoamericanos del Clásico no conocieron el uso de los metales, de modo que su cultura cae dentro de lo que los antropólogos europeos denominaban la Edad de Piedra; aparentemente tampoco usaban el arco y la flecha y si bien fabricaron unas figurillas de barro montadas en ruedas, tal vez hayan sido juguetes; jamás se emplearon la rueda para facilitar el transporte de hombre o mercancías. A pesar de estas desventajas los mesoamericanos lograron realizaciones que dejan atrás a las de algunos pueblos que vivían en la Edad de los Metales; el sistema de numeración que emplearon resulta muy ilustrativo; con el era fácil hacer un gran número de operaciones matemáticas, en tanto que los europeos contemporáneos sudaron hasta con hacer la más sencilla suma con los números romanos en uso; los avances matemáticos facilitaron el estudio de la Astronomía y gracias a ello, los mesoamericanos pudieron predecir los eclipses y realizar hazañas tan notables como la de medir el ciclo de Venus.

Los avances de la Astronomía también permitieron la elaboración de un calendario asombrosamente exacto en el Clásico; no aparece en una piedra como ocurre con el famoso Calendario Azteca, pero, los arqueólogos han podido reconstruirlo estudiando diversas descripciones y relacionándolo con las crónicas de los conquistadores.

Los mesoamericanos del Clásico tenían ideas muy extrañas acerca de la belleza: las piernas torcidas les parecían muy hermosas y acostumbraban deformárselas a sus niños; el estado bisco les resultaba a alguno de ellos un rasgo envidiable y se les producía el estrabismo, colocando en los ojos de los bebés algunas bolillas de cera que les obligaba a torcer la mirada; también se tatuaban el cuerpo y se producían escoriaciones de adorno y se perforaban los cartílagos para usar narigueras, orejeras y resortes; acostumbraban deformarse el cráneo, el estilo más usual les dejaba la cabeza en forma de aguacate.

Hablar de todas las deidades excede con mucho los fines de este

trabajo, pero cabe señalar a los más importantes, que estuvieron relacionados con el agua y la vegetación: el dios de la lluvia llamado Tlaloc en el Antiplano Central, Tajin entre los Totonacas, Cosijo entre los zapotecas y Chaac entre los Mayas; este último parece haber sido el más importante, tal vez en la virtud de la ansiedad con que se esperaba las lluvias en un territorio repleto de gente que necesitaba para subsistir una cosecha generosa. No se sabe con exactitud como es que los Mayas mesoamericanos desaparecieron tan súbitamente se ha pensado en guerras, se ha pensado en epidemias, se ha pensado en una revolución de las clases económicamente débiles que en un momento dado se levantarán en contra de la dictadura, en contra de la represión de sus clases dirigentes, pero no hay hasta ahora absolutamente dato que haga pensar lo correcto, lo exacto.

No ha quedado de ello más que grupos dispersos en todas las selvas de Mesoamérica, pero sin un relieve cultural de trascendencia, pues ya cuando llegaron los españoles, los mayas o mesoamericanos habían desaparecido del panorama, es decir, carecían absolutamente de relieve cultural como se dijo anteriormente.

Sin embargo todavía las ruinas de Chichén Itzá, las ruinas de Uxmal, causan asombro a nivel mundial, aún más, los Mayas han sido conocidos en el mundo a través de estas ruinas. De todos los restos de la cultura, más que ninguno de los mesoamericanos son los Mayas y junto con los Incas los más conocidos actualmente en todo el mundo por sus adelantos en la medicina, la astronomía, en las matemáticas. En la ciencia son todavía motivo de asombro en todo el orbe.

9.- HORIZONTE CLASICO:

El esplendor de Teotihuacán.

El viajero de hace 1,500 años que llegaba al Valle de México debió maravillarse al contemplar unas de las más impresionantes urbes del mundo de su tiempo, Teotihuacán. No lejos de las márgenes del Gran Lago, hasta su vista se extendía una ciudad con templos, palacios, casas de religiosos, edificios públicos y viviendas alineadas en calles y manzanas de trazo perfecto. La etapa cultural de la Venta de Cuicuilco en que se contaba con centros ceremoniales, pero el caserío aparecía disperso sin ningún ordenamiento urbanístico, había sido superada ampliamente en Teotihuacán; aquí las construcciones se sujetaban a un plano regulador, con Avenidas anchas y majestuosas o callejuelas angostas que formaban una retícula similar a la de la ciudad moderna. Se calcula que en su apogeo, Teotihuacán tuvo una población de 200,000 habitantes. Lo que hoy queda de ella, las ruinas situadas lo largo en la Avenida de los muertos (4 kilómetros de largo con 45 metros de ancho) constituye una parte mínima de lo que fue.

Por entre las milpas, los maguallales y los caseríos, la avenida de los muertos se prolonga varios kms. al sur, al punto del sector reconstruido y parece que existió otra gran avenida que tenía su centro en la Pirámide del Sol y estaba orientada en dirección de éste a oeste; el eje de la avenida de los muertos sigue aproximadamente la dirección, norte, sur. Indudablemente el viajero de hace 1,500 años admiró con asombro los edificios pintados de rojo, azul, amarillo y verde turquesa, que se apiñaban en la parte central de la ciudad. Difícilmente puede imaginarse que con el tiempo desaparecería casi todo el recubrimiento multicolor de las construcciones, como también desaparecieron las arboledas que cubrían los áridos cerros del rumbo y el Río San Juan, hoy un arroyo seco, casi todo el año comunicaba la ciudad con el lago.

El actual visitante de Teotihuacán se encuentra apenas con un fragmento de lo que fue la urbe, pero este fragmento basta para maravillarlo. Iniciando un recorrido por el sur, se observa uno de los edificios más importantes la Ciudadela, un cuadrángulo de 400 mts. de largo, formado de plataformas con escalinatas. Las plataformas sirven de sostén a 15 pequeñas pirámides, 4 en cada uno de los lados, norte, sur y oeste y 3 en el lado este, al fondo la parte oriental dentro del patio del cuadrángulo, hay otra pirámide de grandes proporciones pero entre todas las cosas lo que llama la atención poderosamente más que nada, es la Pirámide del Sol, hoy un poco menos grande de lo que en su tiempo, porque quienes la reconstruyeron a principios de este siglo, cometieron

el error de atribuirle dimensiones más reducidas que las que tuvo en realidad. Originalmente medía 2.25 mts. por lado o sea metro y medio menos que la pirámide de Keops, con la cual se le compara a menudo; su altura total incluyendo el templo que debía coronar su cima que ya no existe, era de 175 mts., (la pirámide de Keops es casi dos veces más alta, 144.3 mts). La otra pirámide que también llama en seguida la atención es la de la Luna que a través de las majestuosas hileras de pirámides forman la avenida de los muertos llega a su término en la plaza de la luna, un espacio abierto de 250 x 137 mts. , en cuyo centro hay un altar cuadrangular sobre el que seguramente escenificaron ceremonias cívico - religiosas.

Por el año 500 a. de C., Teotihuacán era simplemente una de las muchas rancherías que existían en el Valle de México; su ascenso a gran metrópoli, se produjo a partir de la construcción de la Pirámide del Sol y de la Luna. Los primeros grandes edificios que fueron erigidos en alguna fecha, situada entre los años 100 a. de C. y 100 D. de C. La Pirámide del Sol tiene un volumen de un millón de metros cúbicos y la de la Luna de 350 metros cúbicos.

Las pinturas teotihuacanas implican una proeza técnica de primer orden; los murales han permanecido bajo tierra más de 1,000 años, expuestos a los escurrimientos de agua de lluvia, la acción demoledora de animales que hace vida subterránea y una infinidad de factores destructivos. Sin embargo, cuando los desentierran, sus colores todavía aparecen bastante brillantes y firmes y poca tinta de fabricación moderna serían capaces de soportar una prueba semejante.

Teotihuacán y Montealbán fueron las primeras grandes ciudades que hubo en Mesoamérica, la mayoría de los especialistas consideran que Teotihuacán, fue en su tiempo la más importante; la ciudad pasó por 4 etapas principales:

La Inicial.- En que la aldea con características del Preclásico, construyó las pirámides del Sol y la Luna; los arqueólogos sitúan este acontecimiento entre los años 500 a. de C. y 100 d. de C.

La Segunda.- Epoca que data del año 100 y 150, durante la cual se construyeron más monumentos a pesar de una sequía tremenda que sufrió el Valle, tal vez se explica el culto, obsesivo de las deidades de la lluvia.

La Tercera.-Data del año 250 a 700, en que Teotihuacán ejerció poderosas influencias en toda Mesoamérica.

La Cuarta.- Que data 700 y 850 d. de C. en que fué construída y ocupada por invasores desconocidos.

Ni los aztecas del siglo XVI, ni sus antecesores los toltecas, sabían nada de los Teotihuacanos, sólo conocían las ruinas de una ciudad fabulosa y como no podrían concebir que la hubiera construído, los hombres inventaron la leyenda en que había sido edificada por gigantes, los dioses mismos habían sido creados en esa ciudad legendaria; de ahí su nombre en el idioma de los aztecas.

Teotihuacán significa, lugar en donde los hombres se convierten en dioses. Todos los nombres ligados a Teotihuacán, pirámides del Sol y de la Luna, avenida de los muertos y ciudadela, se originaron entre los aztecas o los españoles o los arqueólogos modernos, se ignoran los nombres originales. Circulan varias teorías acerca del origen de los teotihuacanos.

Para algunos de los especialistas eran los primitivos habitantes de Cuicuilco, que emigraron después de la erupción del Xitle; para otros la presencia del Jaguar en las decoraciones de las primeras épocas indican que los teotihuacanos era una rama de los olmecas de la Venta; otros más, apoyándose en ciertos relatos históricos opinan que los constructores de teotihuacán fueron Totonacas Olmetizados del sur de Veracruz, que emigraron al Valle de México durante los primeros años de la era, debido al empobrecimiento de las tierras.

Ninguna teoría goza de aceptación general y por lo tanto sólo pude decirse que la filiación de los teotihuacanos sigue siendo un enigma y dilucidar el misterio resulta un tanto más difícil cuando no se han encontrado cementerios en la ciudad, pues, el estudio de los huesos revelarían muchos datos interesantes. Pero algunos entierros aislados hacen suponer que los teotihuacanos incineraban a sus muertos, o por lo menos a los principales. Las pinturas solo dejan entrever las apariencias de aquellas gentes, por supuesto era indígenas comunes y corrientes; los hombres del populacho, vestían taparrabo, los jerarcas corroboraron estos datos grandes cantidades de estatuillas de barro encontradas en Teotihuacán y representan a personajes de rasgos vigorosos que han sido llamados "figuras Retrato".

Es altamente improbable que Teotihuacán haya funcionado como ciudad aislada y sin ejercer influencia política sobre otros territorios de Mesoamérica. Aparte los fuertes indicios de que tenían un régimen teocrático, los datos de la organización política de los mesoamericanos del Clásico, son sumamente escasos: sin embargo la importancia de portaban además lujosas capas y se adornaban con grandes penachos.

Teotihuacán es tan evidente que algunos especialistas creen muy posible que funcionaba en su época un imperio teotihuacano, tal vez un estado potificio en el que los principales funcionarios eran sacerdotes no soldados. Hay muy pocas representaciones de individuos con tipo de militar o quizá una especie de meca hacia la cual miraban todos los mesoamericanos y le enviaban generosas limosnas para sostener su lujoso tren de vida.

En concreto, puede apuntarse que la influencia teotihuacana se dejó sentir hasta Chimecla, Sinaloa y la Quemada, Zacatecas, por el Noreste, y hasta la región huasteca por el Noreste. Muchos estudiosos consideran que Tajín la deslumbrante ciudad, era un vástago dotado de Teotihuacán; Cholula parece haber sido una colonia teotihuacana en Montalbán. La influencia teotihuacana es abrumadora; hacia la primera mitad de la época, lo más sorprendente de todo es que no se sabe a ciencia cierta cuál es su origen y como desaparecieron los teotihuacanos, pues no faltan chiflados, que han dicho que el origen de los teotihuacanos está en núcleos dispersos que quedaron después del hundimiento de la atlántida, es decir, que son descendientes de los Atlantes.

Hacia fines del siglo XVII cesaron los contactos de Teotihuacán con el resto del mundo mesoamericano; sus palacios quedaron abandonados y fueron ocupados por intrusos tremendamente incultos, que poco a poco acabaron con la ciudad. La Hipótesis más favorecida sostiene que los destructores fueron otomíes, grupos bárbaros que apenas empezaban a hacer vida agrícola y que vivían un poco al norte de la gran ciudad; la burda cerámica que se produjo en teotihuacán en los años posteriores a su caída, parece hecha por gente que comenzaba a aprender las técnicas alfareras; el hecho de que hace siglos se hablaba la lengua otomí en áreas muy próximas a Teotihuacán, viene a apoyar la hipótesis.

Se cree que el colapso de Teotihuacán se debió a una guerra civil; los suburbios de la gran ciudad eran un enorme hacinamiento de casuchas miserables; quienes allí vivían, tal vez se cansaron un día de que los altos jerarcas los hicieran trabajar intensamente sin compartir con ellos los beneficios de progreso. Prendió la revolución, los jerarcas huyeron y fueron ejecutados y al perder a su élite intelectual, Teotihuacán se desmoronó. En las ruinas de algunos edificios han aparecido vigas destruidas por el fuego, lo que podría indicar que Teotihuacán fue incendiada.

Otros especialistas creen que la destrucción de la ciudad se debió

conjuntamente a una invasión bárbara y al levantamiento de la población miserable. Pero, ¿Que ocurrió con los teotihuacanos?, un conocido etnólogo ha opinado, que como los judíos a la caída de jerusalem, sus castas se dispersaron, algunos grupos pequeños marcharon hacia el occidente y otros más numerosos se desplazaron hacia el gofo de la región maya; otros se quedaron en Azcapotzalco en el mismo Valle de México o marcharon al vecino Valle de Puebla o a su ciudad Cholula.

Por ahora todo esto no es más que una hipótesis que los hechos pueden confirmar o desechar, pero la cultura teotihuacana, más duradera que los hombres que la produjeron, se proyectó en la historia y renació tolteca y azteca, que en la mayoría de los aspectos fueron siempre copia de la teotihuacana; en realidad la influencia de los teotihuacanos ha llegado hasta nuestros días; la gran Tenochtitlán se estableció en el Valle de México por el prestigio con que los teotihuacanos revistieron a la comarca; Hernán Cortés quiso aprovechar ese prestigio renovado por la capital azteca y fundó su ciudad en las ruinas de Tenochtitlán, donde todavía se encuentra la capital del México moderno.

10.- LOS TOTONACAS:

El país totonaca ocupa la parte central de Veracruz, desde el Río Cazones (cerca de Tecolutla) por el norte, hasta el Río Papaloapan (cerca de Alvarado) por el sur; hacia el oriente abarca pequeñas fajas del pueblo de Oaxaca en un territorio esencialmente selvático, pero también hay amplias zonas de clima frío, cubiertas de coníferas y una región semidesértica de clima caliente de lluvias escasas y vegetación en la que predomina el mezquite y el nopal. Algunos utensilios de piedra, hacha, morteros, a los que se atribuyen antigüedad de 4,000 años, permiten suponer que el territorio Totonaca estuvo habitado desde tiempos muy remotos; esta suposición se refuerza con el que podría llamarse un fósil cultural, encontrado en las rancherías de Palo Amarillo. La costumbre de cocer el pescado en vajillas de madera llenas de agua, que hace hervir introduciendo piedras calientes en el líquido, es típico en los pueblos totonacas, que todavía no conocían la alfarería y que por supuesto no pueden poner los recipientes de madera directamente al fuego.

Hacia el siglo XII a de C. vivían por el rumbo de Remojadas, una ranchería semidesértica que se encuentra como a 100 Kms. al oeste del Puerto de Veracruz, algunas comunidades que ya conocían la agricultura y fabricaban las figurillas de barro típicas del preclásico, y se nota en ellas cierta influencia de los vecinos del sur, los Olmecas y como característica especial tienen el de estar pintadas frecuentemente con chapopote.

El florecimiento del Clásico llegó a la zona árida Totonaca desde los primeros años del primer milenio; uno de los inicios más claros de este florecimiento son las cabecitas sonrientes de Remojadas y otros del rumbo, obras de arte en barro ejecutados con tal perfección, que denota que sus autores solo pudieron pertenecer a una comunidad sumamente adelantada.

La expresión de la sonrisa es un fenómeno tardío en la historia del arte; entre los antiguos pueblos de América, ninguna llegó a dar a este rasgo, un carácter tan acabado y vivaz como los totonacas. La sonrisa de algunas cabecitas rivalizan con la Gioconda, al decir de los conocedores; según la hipótesis más aceptada de la actualidad las cabecitas representan dioses de la danza, la alegría y la música. Se les llama caritas sonrientes, pero en realidad se trata de figuras de cuerpo entero que en la mayoría de los casos se encontraron mutilados. De la organización política de los totonacas durante el clásico no se sabe casi nada; en épocas posteriores parece que vivían agrupados en 3 señoríos,

uno al norte, otro al sur y otro en la sierra, pero aparentemente nunca hubo un gran estado Totonaca. Con fines defensivos llegaron a formar alianza hasta 30 pueblos gobernados por un cacique que heredaba el gobierno por la línea familiar masculina.

Las casas de los principales era de planta cuadrada, estaban hechas de piedra o de adobe y se asentaban sobre plataformas de tierra; de la gente común era de planta ovalada de varas y de techo de palma; entre estos últimos, los hombres andaban desnudos y las mujeres llevaban enaguas y faja, las que de vez en cuando se cubrían el pecho con una especie de pañoleta. Los nobles en cambio vestían mantas tilma, taparrabos y sandalias y se adornaban con Bezotes, orejeras y narigueras, por lo que respecta a los hombres; las mujeres usaban enaguas, faja, collares, cinturones y orejeras. La dentadura se la adornaban con incrustaciones de jade o se la ennegrecían con chapopote.

La mayoría de los totonacas vivían dispersos por el campo o se agrupaban en poblados de un centenar de habitantes; por lo que se la única ciudad imponente que tuvieron durante el preclásico fue Tajín y sólo empezaron a reconstruirla cuando Teotihuacán comenzaba a declinar. Tajín significa rayo o trueno en Totonaca. La ciudad fue, indiscutiblemente, uno de los centros culturales del Clásico, inclusive siguió viviendo hasta el siglo XII. En su apogeo la ciudad tuvo una extensión de casi 1000 hectáreas; sus monumentos principales (se conocen alrededor de un centenar, aunque la mayoría están cubiertos por la vegetación), ocupan 60 hectáreas por lo menos y su construcción empezó hacia el siglo V; el más conocido de los edificios, la pirámide de los Nichos, data del siglo VII.

Los totonacas abandonaron Tajín en los años 1180 y 1230; los arqueólogos han descubierto huellas de guerras, e incendios en la ciudad; después del abandono, la selva se tragó los edificios y no volvió a saberse de Tajín sino hasta 1785, año en que fue redescubierta; los destructores fueron tal vez los chichimecas bárbaros.

11.- LOS ZAPOTECAS:

Encaramada en la cúspide de un cerro de 600 metros sobre el Valle de Oaxaca, la gran plaza Montealban parece, según dijo un escritor una fantástica ofrenda que se quisiera acercar a los dioses del cielo. No sólo la plaza sino en la totalidad de la capital zapoteca del Clásico, ofrece en efecto uno de los espectáculos más impresionantes que se puede contemplar en cualquier parte del mundo; la plaza está prácticamente esculpida en el cerro, la tarea de aplanar el piso seguramente requirió una infinidad de años para completarse y se llevó a cabo rellenando aquí una depresión, recortando allá una saliente rocosa o bien ocultando las prominencias con un edificio que se construyó sobre ellos. La plaza mide 600 mts. de largo por 200 de ancho, está rodeada de templos y palacios y tiene en el centro cuatro grandes esculturas, entre las que destaca el observatorio astronómico más antiguo que se conoce en América.

En su tiempo las cúspides de los cerros vecinos albergaban muchos otros edificios y las faldas de las montañas estaban cubiertas de chozas de ramas y adobe, en las que vivían la mayor parte de los 100,000 habitantes de la "urbe; erigida en el gran espinazo del mundo," como se le ha llamado al sector reconstruido. Se reduce a la Gran plaza hoy día, perdido el revestimiento multicolor que tenían los basamentos piramidales y desaparecidos los templos que lo coronaban.

Esta urbe majestuosa fue construida obedeciendo a móviles, desconcertantes por lo imprácticos: a) carecen de abastecimientos naturales de agua, por lo cual el líquido que consumían los habitantes, descontando a los 4 o 5 meses de las temporadas de lluvia, debe haber sido transportada por un ejército de aguadores que bajaban hasta los arroyos y los manantiales del Valle, para llenar sus cántaros; b) Tampoco posee depósitos adecuados para el almacenamiento de agua, lo cual descarta la posibilidad de colocar sitios adecuados, por lo tanto es sólo una coincidencia que Montealban sea una fartaleza natural; c) su ubicación sólo pudo obedecer a propósitos estratégicos, como lo corroboran el hecho de que no se haya localizado en la ciudad ningún vestigio de armas para la guerra ¿poque, entonces, los zapotecas no construyeron su ciudad en las ricas tierras de la parte baja que tiene agua en abundancia y ofrece toda clase de facilidades, para la agricultura y el desarrollo urbanístico?

Algunos especialistas creen que el algún tiempo, las tierras bajas estuvieron cubiertas por un lago, al cual se secó al abrirse la salida en el cerco montañoso del sur por el efecto de un fuerte terremoto; otros

especialistas rechazan esta hipótesis arguyendo que ni siquiera ha sido demostrada la existencia del lago; un móvil religioso, opinan también, pudo haber sido el factor determinante de la impráctica localización de Montealban; para el creyente de las antiguas religiones, pudo haber sido muy satisfactorio aplanar las montañas y cubrirlas de edificios como una ofrenda a las deidades.

Alla en lo alto de la ciudad, el individuo que se coloca en el centro de la soberbia plaza sólo tenía que levantar la cara al cielo azul de Oaxaca, para sentir que comulgaba con los dioses.

Los zapotecas vivieron tanto tiempo en Oaxaca que decían haber nacido de las cuevas de la comarca. En realidad según la han determinado los arqueólogos, su llegada a Montealban ocurrió por el año 800 a de C. cuando su cultura estaba emparentada muy cerca con la de los Olmecas de la Venta. Un poblado llamado Xaguixte, (hoy Teotitlán del Valle,) rivalizaba en un principio por la importancia con Montealban e inclusive se piensa que fue la primera capital de los zapotecas. Xaguixte estaba formada por jacales de madera y piedras; su patrono era el Dios Xaguixa, (constelación celeste), de quien se decía que periodicamente bajaba a la tierra para responder, a preguntas de los sacerdotes. Xaguixte se estancó, al tiempo que creció la importancia de Montealban.

Es probable que durante la segunda época, haya sido la gente de armas la que estuvo al mando de los pueblos zapotecas; en éste caso el paréntesis militar fué breve, ya que al iniciarse el clásico; el poder había vuelto a manos de los sacerdotes. Como sucede con frecuencia, los conquistadores tal vez aprendieron; se fundieron con la población autóctona y se produjo en Montealban una cultura unica formada por las aportaciones de conquistadores y conquistados. Pues por el año 400 llegaron gentes nuevas a Oaxaca que procedía al parecer de Chiapas y Guatemala y conquistaron el Valle y se apoderaron de Montealban; eran también de filiación Olmecoides. Mientras Teotihuacan se eclipsaba, Montealban siguió su existencia independiente.

A partir del siglo XV se observaban influencias mayas en la cultura zapoteca, pero se trata de influencias de tono menor: el juego de pelota que hay en Montealban está visiblemente emparentado con las construcciones de este tipo que se encuentran en la zona maya y algunas piezas de jade tienen factura mayoide. La capital Zapoteca tambien tuvo contactos con Tajin como parecen indicar, por un lado unas extrañas hachas de dos vistas que tal vez proceden de la región totonaca y que han sido encontradas en Montealban, y por otra parte un relieve

con glifos indudablemente zapotecas que se encuentran en Tajín; en varias regiones de Mesoamérica hay también piezas de cerámica de inconfundible estilo zapoteca.

Los zapotecas se llaman así mismos benigoloza, que significa habitantes del país de los zapotes; lo mismo que zapoteca en náhuatl, el nombre original de Montealbán se olvidó desde hace muchos siglos. Desde su primera época Montealbán tuvo dioses individualizados y con atributos especiales; de esto se han reconocido hasta la fecha siete distintos, todos masculinos; las diosas aparecen en épocas posteriores. Algunos especialistas opinan que los primeros zapotecas adoraban a un dios superior que no había sido creado, que no tenía principio ni fin y se manifestaba bajo formas múltiples. Se cree que estaba relacionado con el jaguar, el animal totémico de los Olmecas. Hacia fines del Clásico se define claramente la figura terrible de Xipe - Totec que se reviste con la piel de un sacrificado.

En pequeña escala, según parece, los zapotecas realizaban sacrificios humanos de diferentes tipos; el más usual consistía en arrancar el corazón a la víctima o decapitarla. A Cocigo le ofrecían niños; cuando se registraban eclipses era usual sacrificar enanos, a los que se les consideraban hijos del sol; si fallecía un gran personaje, se sacrificaba un perro, ya que sólo este animal, cuya alma serviría de acompañante a la del difunto, era capaz de nadar en un lago que debería cruzarse en el peregrinar.

Escasean los datos acerca de las prácticas religiosas del grupo zapoteca durante el clásico, pero no es difícil que en esencia hayan sido las mismas que registraron en época posterior los cronistas españoles. Los zapotecas fueron el pueblo más avanzado del clásico oaxaqueño, pero de ninguna manera los únicos que vivían en el actual estado de Oaxaca; lo rodeaban diversos grupos de cultura inferior, entre los cuales uno, el de los mixtecas, llegó a revalorizar en importancia con los constructores de Montealbán.

Los idiomas Mixteco y Zapoteco provienen del mismo tronco lingüístico, aunque ya son muy distintos. Esta y otras circunstancias han hecho surgir la hipótesis de que en un principio, zapotecas y mixtecas formaban un mismo grupo olmecoide que llegó a Oaxaca por el año 800 a. de C.; una parte del grupo se estableció en los Valles Centrales y otros se instalaron en la mixteca, una región que ocupa el sector noreste del estado de Oaxaca y pequeñas porciones de Puebla y Guerrero; se trata de un territorio de serranías abruptas y hoy día terriblemente erosionadas y pobres, en las que se encuentran unos cuantos valles de

tamaño muy reducido. Hay una mixteca baja y cálida cerca de la Costa y una mixteca alta de clima templado; el río Atoyac hace las veces de frontera entre las zonas mixteca y zapoteca.

La primera capital de los mixtecas fue Montenegro, contemporánea de Xaguixte, la primera capital zapoteca y muy semejante a ésta: jacales de madera, lodo y paja contruidos sobre plataformas bajas de tierra y piedra. La cerámica de ambos lugares es prácticamente igual: vasijas de color crema y café, con adornos raspados, que representan figuras geométricas simples e imágenes de animales o dioses.

Mixteca significa, habitante del país de las nubes; más o menos lo mismo que el nombre auténtico de estos pueblos, quedaron estancados y se convirtieron en una sociedad tipo aledano, en él mezclaban influencias de Montealbán y Teotihuacán. A finales del Clásico, los mixtecas rivalizaban en importancia con los zapotecas; esto se ha observado en Teotihuacán, que durante la mayor parte del clásico fue satélite cultural de los zapotecas quienes por el siglo VIII empezaron a sucumbir por influencia de los hombres y del país de las nubes. Se fusionan con ellos poco a poco van desapareciendo y son eliminados por las emigraciones sucesivas que llegan del norte de México.

12.- LOS MAYAS:

Es en Palenque donde alcanza su máxima expresión la cultura del área central Maya. Es un territorio semideshabitado que abarca las selvas de Tabasco, Campeche, Chiapas, Guatemala y parte de Honduras; aparte del templo de las inscripciones, el más alto de Palenque, destacan entre los numerosos edificios de la ciudad los templos del Sol, de la Cruz y de la Cruz Foliada, construidos los 3 sobre una misma plataforma.

La estructura más llamativa es la del Palacio, que parece a simple vista una construcción española, una hilera de cuartos colocados sobre una plataforma del tamaño de una manzana de ciudad moderna, con una torre cuadrada con apariencia de campanario, en la que muy probablemente funcionaba los observatorios astronómicos; los edificios están adornados con crestería, una especie de penachos de piedra con que los mayas del área coronaban frecuentemente sus construcciones.

Las ciudades más extensas del área fueron, Tical; (en Guatemala) que llevó a rivalizar en importancia con Teotihuacán; Palenque parece haber sido la tercera ciudad en importancia del área. Otra urbe digna de mencionarse es Yaxchilan (Chiapas), que se encuentra en la margen izquierda del Río Usumacinta; su estructura arquitectónica, apenas estudiada, se extiende un metro y medio a lo largo de la rivera, hay 8 colinas dentro de los límites de la ciudad, cada una coronada por un templo.

Xaxchilan es famosa sobre todo por sus dinteles tallados donde destacan entre otros motivos: penitentes perforándose la lengua con espinas, un individuo recibiendo un casco en forma de tigre.

Bonampak, a 27 kilómetros de Yax - chilan, posee un centro ceremonial de 11 edificios y una plaza de 83 por 112 metros. Tiene importancia excepcional por los murales de vivos colores que decoran el templo de las pinturas, escenas guerreras, ceremonias religiosas, fiestas o procesiones en las que participan músicos tocando diversos instrumentos. La abundancia de representaciones de temas bélicos en las partes mexicanas del área central parecen indicar que se registraron frecuentes luchas civiles y guerras al finalizar el Clásico y cuando florecieron estas ciudades.

El apogeo de Tical, comenzó por el siglo IV, en el florecimiento del Clásico del área central. Se inició aparentemente con anterioridad al resto de la región maya; no fué sino hasta el siglo VI cuando en el área norte se abandonaron las formas aldeanas del Preclásico, para entrar de lleno a las de la época siguiente. Esta última región abarca los rales bosques chicleros de Campeche, Quintana Roo y Belice y las llanuras de piedra caliza de Yucatán, cubiertas por una delgada capa de

tierra fértil en la que crece una vegetación chaparra pero abundante. Es un país que parece formado únicamente por roca viva, como dijo un cronista español. La mayor concentración urbana del área norte se localiza en el Puuc la palabra significa sierra, en maya, una faja de terreno formada por colinas y un centenar de metros de altura, que se encuentra en los límites de Yucatán y Campeche. Ante la pobreza de los suelos de esa región, el observador se pregunta si acaso los mayas tenían una extraña predilección por los lugares poco propicios para la vida humana.

Otras ciudades importantes del Puuc fueron Kaabha Labná y Sayl. En la primera existe un edificio de 46 metros de largo, con la fachada totalmente cubierta con mascarones del dios de la lluvia, algo así, como una serie de plegarias en piedra, para implorar a la deidad sus dones particulares en una tierra carente de Dios.

Hacia el noreste en Campeche en la comarca denominada de Chenes (por que en ella hay muchos pueblos con nombres terminados en chen, que significa pozo en maya), se encuentra las ruinas de Hochob caracterizados por el recargamiento de los decorados de la fachada de uno de los edificios; representa entera una enorme y fantástico mascarón de Chac. Su boca coincide con la puerta central que está encuadrada con las fauces de serpiente. La lista de ciudades podría alargarse más y más; bastaría con citar los nombres de Edzma a corta distancia de Campeche, Dzibilchaltun cerca de Mérida, Tulún encaramada sobre los acantilados del caribe en la Costa de Quintana Roo, y sobre todo Chichen Itzá geográficamente fuera del Puuc, pero en un tiempo instalada en su esfera de influencia. Chichen - Itza llegó a ser una de las ciudades más importantes del México prehispánico, pero como durante el clásico tuvo relativamente poca importancia, se hablará de ella después.

Hasta hace poco se tuvo a los mayas por un pueblo consagrado a la práctica de la moral, el pacifismo, la belleza, la honradez y el amor a la ciencia; inclusive se llegó a decir que ellos solos habían creado todo lo que tuvo de admirable la civilización mesoamericana y por supuesto, se afirmaba que no practicaban los sacrificios humanos como sus vecinos del norte. Para hacer encajar a los mayas en este recuadro superhumano, se recurría a toda clase de malabarismos, por ejemplo aunque las crónicas reportaban que los mayas de las tierras altas utilizaban en sus guerras bombas de avispa, se buscaban argumentos de toda clase para negar veracidad al dato; se afirmaba en primer lugar que los mayas no eran pueblo guerrero y en segundo que la tarea de lanzar un arma de este tipo contra el enemigo no solamente sería muy complicado, sino que supone riesgos de una catastrófica explosión prematura por lo que

seguramente la bomba jamás existió. La investigación arqueológica ha probado que la civilización maya se desarrolló a partir de un conjunto de poblados muy semejantes a los que había en el Valle de México y en el de Oaxaca durante el preclásico.

La invención del calendario y la escritura jeroglífica durante mucho tiempo atribuida a los mayas, ha resultado ser patrimonio de los olmecas de la Venta o los zapotecas de la primera época de Montealbán. Pero aún reducidos a la categoría de seres humanos con vicios y defectos, virtudes y cualidades, los mayas destacan por haber sido el pueblo que llevó a las mayores alturas los adelantos de la civilización mesoamericana; el número asombroso y refinamiento de sus ciudades son la mejor demostración de lo anterior.

Hasta hace unos cuantos años se hablaba frecuentemente de un imperio maya; las investigaciones arqueológicas indican que ese imperio no existió jamás, sino que cada ciudad se gobernaba independiente y cuando mucho, gobernaba a las comunidades pequeñas de su rumbo.

¿Cómo se produjo y de dónde llegó el impulso que permitiría a los mayas dejar atrás la cultura aldeana del Preclásico adoptar los adelantos del Clásico y llevarlos hasta un grado sin paralelo en que los demás pueblos mesoamericanos? Hasta hace poco se pensaba que el proceso arrancó en el seno mismo de la sociedad maya, la que supuestamente no había recibido influencias extrañas; ahora probando ya que Teotihuacán y Montealbán iniciaron su apogeo siglos antes que centros mayas, se supone que el primer impulso, partió quizá del antiplano central, tal vez de los valles centrales de Oaxaca, o bien de algún centro hasta ahora no descubierto y que pudo haber funcionado en las tierras altas de Guatemala.

Hay teorías para todos los gustos, pero el hecho de que la civilización, maya, esté endeudada con sus vecinos no disminuye sus méritos; aún el hombre moderno tiene sus dificultades para establecer un medio selvático y el hecho de que los mayas tomaran la selva del sur y se impusieran a la hostil geografía del Puuc, seguirá considerándose por mucho tiempo, como una de las grandes hazañas de la humanidad. Los mayas tienen fama de haber sido los intelectuales del nuevo mundo; aparentemente ellos inventaron algunos usos del cero; mil años antes de que los árabes transmitieran este adelanto a los europeos, su sistema de escritura les permitía escribir operaciones completas, cosa que no hacían ni siquiera los aztecas del siglo XVI.

Lo más cercano que se tiene en historia maya, son los libros de Chilam Balam, escritos en maya, pero con alfabeto español y el Popol Vuh, la llamada biblia de los mayas en el que se transcriben las ideas que tenían los Quichés sobre el origen del mundo y de la raza humana,

Los cálculos calendáricos del clásico abarcaban millones de años hacia el pasado y hacia el porvenir; aparentemente los sacerdotes vivían obsesionados por el estudio del tiempo; para ellos los días no eran una simple división del calendario, sino que era alguien, el dios del día. Las divisiones del tiempo se concebían como un fardo que el dios correspondiente llevaba a costas cargándolo con un mecapal apoyado en la frente, al terminar el día dejaba caer la carga y aparecía otro dios cargando el fardo de la fecha siguiente y así hasta el infinito.

Igual que Teotihuacán y Montealbán, muchos centros ceremoniales de la zona maya dejaron de funcionar hacia fines del clásico; algunos parecen haber sido destruidos intencionalmente y otros se cree que fueron abandonados y por falta de atención se desmoronaron piedra por piedra. En algunas zonas, las estelas marcan de manera bastante precisa las fechas en que ocurrió la catástrofe; Copán dejó de levantar monumentos, calendarios por el año 800 y Tikal en 869, las últimas inscripciones conocidas hasta ahora son las de la muñeca, Camp que registran en el año 909 y su centro contiguo San Lorenzo con una tosca estela que registra el equivalente al año 928 de nuestra era.

El abandono en que caían muchas ciudades mesoamericanas en los últimos siglos del primer milenio plantea una incógnita apasionante: ¿qué factor o factores pudieron determinar el ocaso de las urbes que por siglos y siglos marcharon a la vanguardia de la civilización mesoamericana? Las teorías abundan, algunos investigadores creen que hubo epidemias terribles que redujeron la población en un grado catastrófico, otros hablan de terremotos, erupciones o cambios climáticos que alteraron el régimen de lluvias o consideran que la tierra se agotó como consecuencia de una actividad agrícola desenfrenada y de la deforestación causada por la gran cantidad de madera que se empleaba como combustible o para construir los edificios. Se habla también de la decadencia de la clase dirigente, de supersticiones que propiciaron el abandono de las ciudades, etc., ninguna teoría ha de resistir intacta el análisis de sus opositores, pero de las discusiones comienza a surgir la creencia de que la desintegración urbana del clásico no fue producto de un solo factor, sino de un conjunto de factores, tanto internos como externos.

La situación que prevalecía en el norte de México, tuvo fuertes repercusiones en Mesoamérica; en esa amplia región vivían innumerables grupos de cultura atrasada, desde nómadas, cazadores y recolectores de plantas silvestres, hasta agricultores rudimentarios; todavía en tiempos de la conquista, algunos de estos grupos seguían modelando a mano las figurillas de mujeres bonitas, típicas del preclásico.

Algunos de estos bárbaros llegaban hasta las inmediaciones de las grandes urbes mesoamericanas y no es difícil imaginar la mezcla de admiración y envidia con que contemplarían la riqueza y los adelantos de aquellos afortunados, de vez en cuando saqueaban alguna población poco protegida. Ya para terminar el primer milenio, se recrudeció la sequía tradicional de las tierras norteñas, el hambre impulsó a los bárbaros a aumentar sus ataques; parecen haber sido guerreros excelentes y las ciudades mesoamericanas desprotegidas y con poca milicia tal vez sucumbieron sin oponer gran resistencia. Además los bárbaros contaban con una arma, cuyo uso desconocían los mesoamericanos: el arco y la flecha. No se sabe si ellos inventaron esta arma o la recibieron de algunos grupos del norte que estuvieran en contacto con los pueblos de Siberia.

13.- EL HORIZONTE POST CLASICO. LOS TOLTECAS.

Mixcóatl fue el personaje que acudilló a los Toltecas cuando llegaron al Valle de México, esto ocurrió en el año 900 D. C. (Mixcóatl significa serpiente de nubes. Los toltecas completaron un siglo de peregrinaciones; había salido de su lugar de origen, la mística ciudad de Huehuetlapallan, (que en realidad no fue al parecer, sino un campamento situado al sur de Zacatecas o al norte de Jalisco), después de guerrear por espacio de 21 años con las tribus vecinas; se supone que estas contiendas fueron resultados de un cambio de clima que provocó hambre en gran escala por el norte. Con las guerras, una oleada de grupos humanos tras otra, avanzó hacia el sur buscando condiciones de vida menos difíciles. Los toltecas que eran aún una más de las tribus nómadas que se conocían por el nombre colectivo de chichimecas, (cupa sangre), una mezcla de pueblos semibárbaros unidos por un idioma común, el Náhuatl, hábiles cazadores y guerreros feroces, desconocían la piedad; cuando un anciano o un enfermo, era incapaz de seguir acompañando a las tribus en sus marchas le clavaban una flecha en su garganta y abandonaban el cadáver. En sus fiestas religiosas se embriagaban con peyote, una cactácea que produce alucinaciones, acostumbraban ponerse en la cabeza tiras de piel adornadas con plumas, a menudo vivían en cuevas; de algún modo aprendieron a labrar la turquesa para hacer joyas.

Las llamas que consumieron Teotihuacán en el siglo VII había marcado la iniciación de dos o tres siglos de agonía cultural en el Valle de México.

Hacia el año 900, estas tierras estaban ocupadas por un puñado de descendientes de los teotihuacanos, quienes recordaban muy poco de la ciencia de sus antepasados y por varios grupos de otomíes bárbaros que señoreaban el valle y comenzaban a volverse sedentarios; cuando se produjo la espantable erupción tolteca, Mixcóatl y sus hordas emprendieron una serie de guerras que culminaron con la conquista del Valle de México y del mezquital; los toltecas establecieron su capital en Culhuacán, al sur de la actual ciudad de México, en un terreno situado a las orillas del lago y al pie del cerro de la Estrella en el que abundan las cuevas. Aparentemente Mixcóatl hizo construir un palacio, pero se sentía a disgusto con él y con frecuencia se mudaba a alguna caverna del rumbo.

De este modo, entró en la historia un pueblo que extendería su influencia hasta ambos océanos, sobre un territorio que llega por el norte a la parte meridional de Sonora y Tamaulipas y por el Sur hasta

Algunos de estos bárbaros llegaban hasta las inmediaciones de las grandes urbes mesoamericanas y no es difícil imaginar la mezcla de admiración y envidia con que contemplarían la riqueza y los adelantos de aquellos afortunados, de vez en cuando saqueaban alguna población poco protegida. Ya para terminar el primer milenio, se recrudeció la sequía tradicional de las tierras norteñas, el hambre impulsó a los bárbaros a aumentar sus ataques; parecen haber sido guerreros excelentes y las ciudades mesoamericanas desprotegidas y con poca milicia tal vez sucumbieron sin oponer gran resistencia. Además los bárbaros contaban con una arma, cuyo uso desconocían los mesoamericanos: el arco y la flecha. No se sabe si ellos inventaron esta arma o la recibieron de algunos grupos del norte que estuvieran en contacto con los pueblos de Siberia.

13.- EL HORIZONTE POST CLASICO. LOS TOLTECAS.

Mixcóatl fue el personaje que acudilló a los Toltecas cuando llegaron al Valle de México, esto ocurrió en el año 900 D. C. (Mixcóatl significa serpiente de nubes. Los toltecas completaron un siglo de peregrinaciones; había salido de su lugar de origen, la mística ciudad de Huehuetlapallan, (que en realidad no fue al parecer, sino un campamento situado al sur de Zacatecas o al norte de Jalisco), después de guerrear por espacio de 21 años con las tribus vecinas; se supone que estas contiendas fueron resultados de un cambio de clima que provocó hambre en gran escala por el norte. Con las guerras, una oleada de grupos humanos tras otra, avanzó hacia el sur buscando condiciones de vida menos difíciles. Los toltecas que eran aún una más de las tribus nómadas que se conocían por el nombre colectivo de chichimecas, (cupa sangre), una mezcla de pueblos semibárbaros unidos por un idioma común, el Náhuatl, hábiles cazadores y guerreros feroces, desconocían la piedad; cuando un anciano o un enfermo, era incapaz de seguir acompañando a las tribus en sus marchas le clavaban una flecha en su garganta y abandonaban el cadáver. En sus fiestas religiosas se embriagaban con peyote, una cactácea que produce alucinaciones, acostumbraban ponerse en la cabeza tiras de piel adornadas con plumas, a menudo vivían en cuevas; de algún modo aprendieron a labrar la turquesa para hacer joyas.

Las llamas que consumieron Teotihuacán en el siglo VII había marcado la iniciación de dos o tres siglos de agonía cultural en el Valle de México.

Hacia el año 900, estas tierras estaban ocupadas por un puñado de descendientes de los teotihuacanos, quienes recordaban muy poco de la ciencia de sus antepasados y por varios grupos de otomíes bárbaros que señoreaban el valle y comenzaban a volverse sedentarios; cuando se produjo la espantable erupción tolteca, Mixcóatl y sus hordas emprendieron una serie de guerras que culminaron con la conquista del Valle de México y del mezquital; los toltecas establecieron su capital en Culhuacán, al sur de la actual ciudad de México, en un terreno situado a las orillas del lago y al pie del cerro de la Estrella en el que abundan las cuevas. Aparentemente Mixcóatl hizo construir un palacio, pero se sentía a disgusto con él y con frecuencia se mudaba a alguna caverna del rumbo.

De este modo, entró en la historia un pueblo que extendería su influencia hasta ambos océanos, sobre un territorio que llega por el norte a la parte meridional de Sonora y Tamaulipas y por el Sur hasta

Yucatán y la república de El Salvador. La hazaña se realizó en el espacio de sólo tres siglos. Mixcóatl puso en marcha el proceso tan pronto como se estableció firmemente en Culhuacán y pudo conquistar los valles vecinos.

Aparece otro centro poblacional, llamado Xochicalco; está situado a 50 kilómetros de Cuernavaca; sus edificios descansan en varias terrazas que se erigieron en lo alto de una montaña y sus muros de contención formados por toscas piedras le dan aspecto de fortaleza. En realidad, Xochicalco es un centro ceremonial abierto al cual daban acceso amplias calzadas.

Mixcóatl intentó matar en una ocasión a una mujer desnuda; esa mujer recibió el nombre de Chimalma que significa mano oscura. Convencido de que la mujer era invencible, Mixcóatl se desquitó tomándola por mujer, de allí nació un hijo llamado Ce Acatl Topiltzin, quien después adoptaría el célebre nombre de Quetzalcóatl. Mixcóatl gobernó Culhuacán durante toda la infancia de Ce Acatl Topiltzin, el muchacho fue enviado a Xochicalco para que siguiera la carrera religiosa.

Xochicalco contiene entre sus construcciones una pequeña pirámide cubierta de relieves que conmemoran un congreso de astrónomos, celebrado por los años 800. Hay también relieves de serpientes emplumadas que representan a Quetzalcóatl, el dios principal de Xochicalco. Con el tiempo Ce Acatl Topiltzin llegó a ser el principal sacerdote de Quetzalcóatl y siguiendo la costumbre, añadió a su nombre propio, el nombre del dios. Cierta día visitaron a Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, varios legitimistas que deseaban instalar al joven Ihuitímal sacerdote en el Trono de su padre; de algún modo lograron convencerlo de que aceptara ponerse al frente de una conjura y pronto marchó en secreto a Culhuacán, el usurpador fue muerto en un encuentro.

Ce Acatl Topiltzin pasó a ser jefe de los toltecas; uno de sus primeros actos, consistió en elevar a su padre a la categoría de dios de la caza.

Ce Acatl Topiltzin implantó en Tula el culto a Quetzalcóatl; este dios descendiente de la serpiente emplumada que adoraban en Teotihuacán como una divinidad de la fertilidad de la tierra, cobró gran importancia en Xochicalco y otras ciudades en donde le añadieron diversos atributos: pasó a ser al mismo tiempo el dios del cielo nocturno, el del planeta venus y el dios del viento.

El viento predominante procedía del este; por ello se le representaba vestido o a la usanza huasteca, lo adoraban en templos redondos que se originaron entre las huastecas.

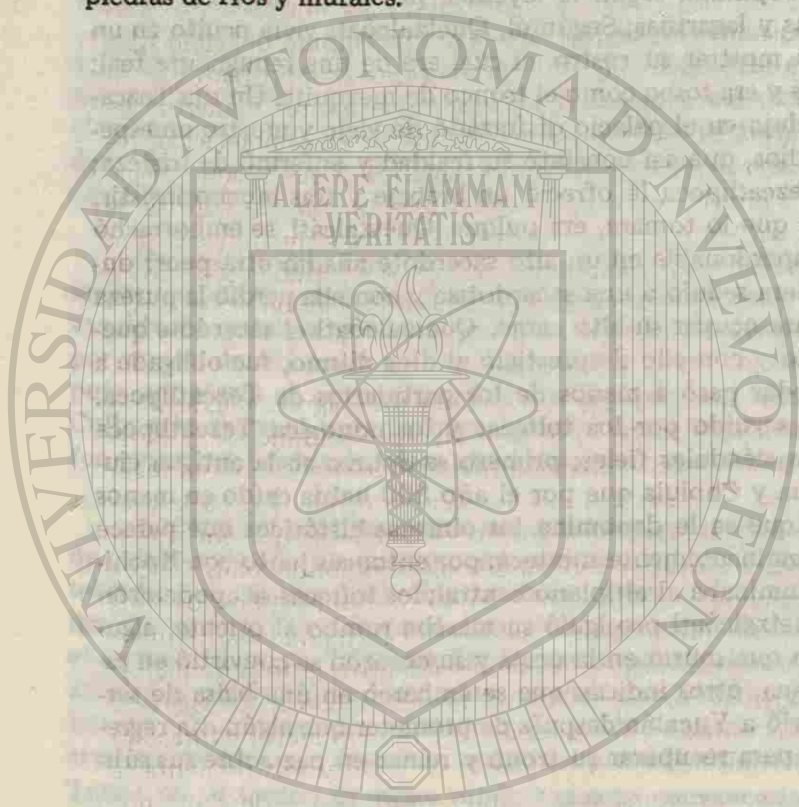
El soberano quiso que su dios tuviera preferencia sobre el sanguinario Tezcatlipoca, favorito de los toltecas, quien requería la celebración de sacrificios humanos en gran escala.

Ce Acatl Topiltzin, según la leyenda, pretendió sacrificar únicamente mariposas y lagartijas; Según él, Quetzalcóatl vivía oculto en un palacio para no mostrar su rostro, el cual era de una repugnante fealdad usaba barba y era tosco como el tronco de mezquite. Un día Tezcatlipoca se introdujo en el palacio disfrazado de viejo y mostro un espejo al sacerdote-dios, que así constató su fealdad y enfermó de tristeza; para curarlo, Tezcatlipoca le ofreció un brebaje y tras mucho insistir, lo convenció de que lo tomara, era pulque. Quetzalcóatl, se emborrachó y a esa falta imperdonable en un alto sacerdote añadió otra peor: durante la borrachera sedujo a una sacerdotiza y con ella perdió la pureza indispensable para ocupar su alto cargo. Quetzalcóatl el sacerdote quedó desprestigiado y con ello desprestigió al dios mismo, fue obligado a abdicar y el poder pasó a manos de los partidarios de Tezcatlipoca. Abandonó Tula seguido por los toltecas y los nonoalca. Tezcatlipoca que continuaban siéndoles fieles; primero se detuvo en la antigua ciudad Teotihuacana y Cholula que por el año 800 había caído en manos de un grupo al que se le denomina los olmecas históricos que parece haber sido predominantemente mixteca; por entonces junto con Xochicalco, Cholula dominaba al altiplano central; los toltecas se apoderaron de Cholula y Quetzalcóatl prosiguió su marcha rumbo al oriente, algunos relatos dicen que murió en la costa y su corazón se convirtió en estrella de la mañana, otros indican que se embarcó en una balsa de serpientes y se dirigió a Yucatán después de prometer que algún día regresaría por el este para recuperar su trono y reinar en paz sobre sus súbditos.

La mayor importancia de los toltecas, reside en el terreno político, pues fueron ellos quienes impusieron el patrón socio-político que prevaleció en mesoamérica hasta la llegada de los españoles, estados militaristas en los que el caudillo asumía también las funciones sacerdotales; algunos especialistas creen que la leyenda de Quetzalcóatl y su lucha con Tezcatlipoca refleja el estallido de una guerra entre partidarios de la teocracia y los del régimen militarista.

Tula está situada en la frontera que separaba a la barbarie de la civilización; muy cerca de la capital tolteca comienza en las llanuras de caza donde merodeaban los chichimecas bárbaros y la ciudad misma se encontraba a mediados del territorio de los otomíes medio salvajes. En Tula vivían individuos de orígenes muy diversos; entre otros pueden citarse los aztecas que por entonces eran simplemente una tribu chichi-

meca más, dedicada a ejecutar trabajos humildes; también estaban los huastecos quienes ya para terminar el clásico empezaron a cobrar importancia especial en Tamuín San Luis Potosí; tenían una ciudad que cubría unas 17 hectáreas con edificios hechos de barro y cubiertos con piedras de ríos y murales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

14.- HORIZONTE HISTORICO: LOS MEXICAS O AZTECAS.

Los chichimecas se apoderaron del Valle de México el primer tercio del Siglo XIII, pronto fundaron su primera capital: Tenayuca y al contacto con los toltecas que vivían en Culhuacán abandonaron gradualmente sus costumbres bárbaras. En la primera mitad del siglo XIX trasladaron su capital a Texcoco, uno de los centros importantes en la época de la conquista española. Nuevos grupos humanos siguieron llegando a la región media de México; en Michoacán se establecieron los tarascos, un pueblo cuyo origen se ignora; algunos de sus productos parecen de estilo chichimeca, pero su lengua está emparentada con las de Perú. En el Valle de México se sucedieron las oleadas chichimecas, uno de los grupos importantes fue expulsado del Valle y fundó el señorío de Tlaxcala, otro, uno de los más humildes de cuantos llegaron era el de los aztecas.

En los últimos años del siglo XII cuando Tula agonizaba, a la capital de los toltecas llegó un grupo de individuos andrajosos, y hambrientos que se hacían llamar aztecas o sean nativos de aztlán*, un lugar cuya ubicación precisa hasta ellos mismos habían olvidado. Los aztecas eran uno más de los innumerables grupos chichimecas que emigraron del norte miserable al altiplano central en busca de condiciones de vida menos hostiles; peregrinaron más de medio siglo, acampando por años o meses en lugares que juzgaban propicios y luego reanudaban la marcha espoleados por el hambre o expulsados por otros grupos humanos; para evitarse contratiempos en cada sitio abandonaban a los viejos, a los impedidos, a los niños y aún a las mujeres. Su conductor había sido un brujo llamado Huitzilopochtli, sumamente cruel y según cuenta la leyenda era ducho en artes mágicas y quien murió cerca de Tula, por especial veneración que le tenían, los aztecas incineraron el cadáver y guardaron las cenizas en un bulto que cargaban reverentemente cuatro sacerdotes en las migraciones posteriores.

No se sabe que harían los aztecas en Tula; sus crónicas sólo mencionan el asombro que experimentaron al contemplar los refinamientos de la urbe tolteca, pero algunos especialistas consideran probable que hayan participado en la destrucción y saqueos finales de la ciudad. En todo caso, un buen día los sacerdotes anunciaron que Huizilopochtli les había ordenado que prosiguieran la marcha hacia el Valle de México y así lo hicieron. Por el año de 1267 ya se habían establecido en el Cerro de Santa Isabel, cerca del monumento de los indios verdes en el extremo norte de la ciudad de México; las riberas lacustres hervían de

* Aztlán: "Lugar de las garzas o de la blancura".

meca más, dedicada a ejecutar trabajos humildes; también estaban los huastecos quienes ya para terminar el clásico empezaron a cobrar importancia especial en Tamuín San Luis Potosí; tenían una ciudad que cubría unas 17 hectáreas con edificios hechos de barro y cubiertos con piedras de ríos y murales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

14.- HORIZONTE HISTORICO: LOS MEXICAS O AZTECAS.

Los chichimecas se apoderaron del Valle de México el primer tercio del Siglo XIII, pronto fundaron su primera capital: Tenayuca y al contacto con los toltecas que vivían en Culhuacán abandonaron gradualmente sus costumbres bárbaras. En la primera mitad del siglo XIX trasladaron su capital a Texcoco, uno de los centros importantes en la época de la conquista española. Nuevos grupos humanos siguieron llegando a la región media de México; en Michoacán se establecieron los tarascos, un pueblo cuyo origen se ignora; algunos de sus productos parecen de estilo chichimeca, pero su lengua está emparentada con las de Perú. En el Valle de México se sucedieron las oleadas chichimecas, uno de los grupos importantes fue expulsado del Valle y fundó el señorío de Tlaxcala, otro, uno de los más humildes de cuantos llegaron era el de los aztecas.

En los últimos años del siglo XII cuando Tula agonizaba, a la capital de los toltecas llegó un grupo de individuos andrajosos, y hambrientos que se hacían llamar aztecas o sean nativos de aztlán*, un lugar cuya ubicación precisa hasta ellos mismos habían olvidado. Los aztecas eran uno más de los innumerables grupos chichimecas que emigraron del norte miserable al altiplano central en busca de condiciones de vida menos hostiles; peregrinaron más de medio siglo, acampando por años o meses en lugares que juzgaban propicios y luego reanudaban la marcha espoleados por el hambre o expulsados por otros grupos humanos; para evitarse contratiempos en cada sitio abandonaban a los viejos, a los impedidos, a los niños y aún a las mujeres. Su conductor había sido un brujo llamado Huitzilopochtli, sumamente cruel y según cuenta la leyenda era ducho en artes mágicas y quien murió cerca de Tula, por especial veneración que le tenían, los aztecas incineraron el cadáver y guardaron las cenizas en un bulto que cargaban reverentemente cuatro sacerdotes en las migraciones posteriores.

No se sabe que harían los aztecas en Tula; sus crónicas sólo mencionan el asombro que experimentaron al contemplar los refinamientos de la urbe tolteca, pero algunos especialistas consideran probable que hayan participado en la destrucción y saqueos finales de la ciudad. En todo caso, un buen día los sacerdotes anunciaron que Huizilopochtli les había ordenado que prosiguieran la marcha hacia el Valle de México y así lo hicieron. Por el año de 1267 ya se habían establecido en el Cerro de Santa Isabel, cerca del monumento de los indios verdes en el extremo norte de la ciudad de México; las riberas lacustres hervían de

* Aztlán: "Lugar de las garzas o de la blancura".

gente. Todas las tierras estaban ocupadas y los aztecas, los últimos en llegar fueron hostilizados del primero momento a más de los antiguos pobladores; ya no deseaban nuevos inmigrantes; los aztecas eran despreciados por belicosos y por sus tendencias a robar las mujeres de sus vecinos.

En torno a los lagos existían docenas de pueblos de mediana importancia, así como una infinidad de aldeas y rancherías; durante siglos los diversos asentamientos se habían disputado el dominio del Valle, por medio de guerras, traiciones, alianzas y contralianzas, sin que ninguno lograra imponerse en definitiva. Entre los pueblos más agresivos y poderosos, destacaban Azcapotzalco y Culhuacán. Azcapotzalco, el centro más importante de la margen occidental del lago, era sede de un grupo que hablaba Matlatzinca un dialecto otomí y que estaba relacionado con los habitantes del Valle de Toluca. Culhuacán dominaba un amplio sector de la margen oriental y estaba habitado fundamentalmente por toltecas, antiguos residentes y refugiados ahí, a la caída de Tula; con el tiempo las luchas por el dominio total del Valle se polarizaron en estas dos ciudades. Los aztecas anduvieron de paracaidistas en diversos terrenos, propiedad de unos y otros, hasta que a principios del siglo XIV consiguieron que Azcapotzalco los aceptara como tributarios y les permitiera avvicinarse en terrenos de Chapultepec; ahí se dedicaron a labrar la tierra. Más no habían olvidado sus malos hábitos y en toda oportunidad robaban alimentos, ropas y mujeres a los pueblos vecinos. Llegó el día en que los gobernantes de Azcapotzalco y Culhuacán cansados de recibir quejas de sus súbitos, suspendieron momentáneamente sus luchas y se aliaron para expulsar a los aztecas de Chapultepec; sacarlos por la fuerza habría sido una tarea larga y sangrienta, de modo que recurrieron a un ardid, un día de 1319, el soberano de Azcapotzalco reunió a los caudillos aztecas y les dijo que necesitaba su ayuda y la de todos sus guerreros para luchar contra Culhuacán, los aztecas acudieron en masa al llamado y cuando estaban lejos del bosque, los ejércitos de Culhuacán los atacaron por sorpresa y los tomaron prisioneros.

El siguiente problema era deshacerse de los cautivos; se resolvió conduciéndolos en masa hasta Tizapán, un pueblo situado en las cercanías del Pedregal de San Angel famoso por su abundancia de víboras ponzoñosas; se pensó que los reptiles exterminarían a los indeseables o por lo menos los impulsarían a abandonar el Valle, pero las culebras eran para los aztecas un manjar exquisito y lejos de angustiarse, hicieron grandes asados con los reptiles; resignados ante el desenlace, los de Culhuacán acabaron por dejar a los aztecas el pedregoso terreno, que de todos modos nadie ambicionaba, tal vez los habían dejado en paz de-

finitivamente, si los aztecas no hubieran reanudado sus robos de mujeres, realizando incursiones hasta la propia Culhuacán. Desde su permanencia en Tula, los aztecas profesaban una fanática admiración por los toltecas y aparentemente buscaban emparentar con ellos, por la vía femenina.

Como castigo los de Culhuacán les ordenaron enfrentarse a sus temibles enemigos, los xochimilcas, los aztecas que sumaban escasamente un millar, debían tomar 8,000 prisioneros xochimilcas como mínimo y presentarlos a sus amos o serían obligados a desalojar Tizapán. Los aztecas vencieron sorpresivamente a los xochimilcas y como eran muy pocos captos para tantos cautivos, desorejaron a los presos y arrojaron a los pies del soberano de Culhuacán 16,000 orejas, la prueba de que ellos habían cumplido con su parte del trato; impresionado el soberano los tomó como mercenarios.

Aparentemente los aztecas llevaron a cabo un número de conquistas en beneficio de su señor, como recompensa solicitaron al monarca de Culhuacán que les concediera una hija para llevarla a Tizapán, tenerla ahí como reina, venerarla como diosa; el monarca accedió, la princesa fue conducida a su nueva morada en medio de un ambiente de fiesta; entonces los cargadores de las cenizas de Huitzilopochtli anunciaron que el viejo hechicero les había hablado para darles una orden monstruosa: matar y deshollar a la doncella y cuando la hayan deshollado, vestidle con el pellejo de algún sacerdote, luego ir a llamar a su padre. La orden fue cumplida al pie de la letra, al cabo de unos días el monarca de Culhuacán visitó el templo donde supuestamente veneraban a su hija; un cuarto tan oscuro y lleno de humo de copal, que no se podía ver lo que sucedía adentro, piadosamente el monarca inició los sacrificios a su dios, degollando codornices y ofrendando flores, cuando hacía fuego para quemar copal, la claridad le permitió descubrir frente a él a un sacerdote, que vestido con la piel sangrante de la muchacha se contorsionaba grotescamente; el monarca profiriendo gritos de espanto corrió fuera del templo a convocar a sus soldados.

Se ignora qué móviles tenían los aztecas para actuar en la forma que lo hicieron, algunos especialistas creen que habían adoptado el culto a Zipetotec, a quien se veneraba consagrándole la pie de los sacrificados, otros piensan que los dirigentes de la tribu estaban preocupados por que sus seguidores comenzaban a cobrar afición por la vida sedentaria de Tizapán, sin gloria pero tranquila y decidieron sacudirlos desatando una guerra. Como quiera que haya sido la represalia de los ejércitos de Culhuacán no se hizo esperar, los aztecas huyeron a distintos lugares hasta establecerse finalmente en un pequeño islote lleno de carrizales, tulares que se encontraba en el sector occidental del gran lago frente a

Azcapotzalco; en este sitio inhóspito había un pantano donde sobresalían unas cuantas rocas; los aztecas encontraron un águila posada en un nopal y devorando una serpiente; según la leyenda Huitzilopochtli profetizó que el lugar donde vieran estos signos, tendrían su morada definitiva. Algunos especialistas sitúan la fundación de la capital azteca en el año 1318, otros en el de 1325 y otros en 1370; la ciudad fue llamada Tenochtitlán en honor de Tenoch el sacerdote que acaudillaba a los aztecas y sus habitantes adoptarían con el tiempo el nombre de Tenochcas.

Para alimentarse en la tierra prometida por Huitzilopochtli, los Aztecas recolectaban plantas acuáticas, raíces y animalejos del lago; no había tierras de cultivo, pero tuvieron la fortuna de encontrar un manantial de aguas cristalinas en un punto situado en las cercanías del actual zócalo de la ciudad de México y gracias a esto, pudieron dedicar tiempo a la tarea de levantar unos cuantos jacales, una de sus principales preocupaciones fue construir un templo a Huitzilopochtli, para esto necesitaban piedra y madera.

Gobernaba por entonces en Azcapotzalco un político implacable, astuto, paciente, adulator e inescrupuloso que había conquistado para su ciudad un pueblo tras otro en la margen occidental del lago, en sus adquisiciones del territorio, lo mismo se valía de la guerra que de las adulaciones, la traición, el asesinato, las dádivas y el robo, una de sus estrategias favoritas era invitar a sus enemigos a un banquete y envenenarlos, se llamaba Tezozómoc.

Para esto los aztecas se habían dividido en dos grupos, unos de Tenochtitlán y los otros que habían fundado Tlatelolco.

El encumbramiento de los aztecas se inicia al combatir con Culhuacán. Tras una serie de sangrientas luchas al finalizar el siglo XVI sucumbió la ciudad Tolteca y Azcapotzalco quedó como principal urbe del valle de México.

El triunfo dio cierto prestigio a los Tenochcas, quienes pronto alimentaron el deseo de ascender en la escala social del valle. Para ello les resultaba indispensable tener su propio Tlatoani, que quiere decir "rey de estirpe noble tolteca"; Con este fin se acercaron al afligido monarca de Culhuacán, le pidieron perdón por lo que habían hecho sus antepasados con la princesa y de algún modo lo convencieron de que les diera como Tlatoani a su hijo Acamapichtli.

Acamapichtli murió en 1397 y lo sucedió su hijo Huitzilihuitl.

Para entonces Tezozómoc se sentía lo bastante poderoso como para emprender la conquista de regiones situadas fuera del valle. Se lanzó contra Cuernavaca, y el fiel mercenario Huitzilihuitl combatió con tal vigor que Tezozómoc lo premió dándole en matrimonio a una de sus hijas.

Huitzilihuitl murió en 1416, lo sucedió su hijo Chimalpopoca el nieto favorito de Tezozómoc.

Tezozómoc murió en 1427, a la edad de 106 años. Reinó 83 años en total y hasta al fin de sus días conservó vigorosa la mente, aunque su cuerpo tembloroso vivía confinado en una canasta y envuelto en plumas y algodón de pochote para que no se le fuera el calor del cuerpo; cargado de poder y riquezas quizo disfrutar en paz sus últimos años y fue menos cruel con sus súbditos.

Al morir Tezozómoc designó para sucederlo Azcapotzalco a su hijo menor. Esto desató la ira del primogénito, Maxtla, quien gobernaba en Coyoacán. Maxtla mandó sus ejércitos contra Azcapotzalco, se apoderó de la ciudad y asesinó a su hermano; los seguidores del monarca después huyeron a refugiarse en el cercano pueblo de Tacuba.

Maxtla quizo entonces castigar a los Tenochcas y mandó que les fueran retirados todos los privilegios concedidos por Tezozómoc. Nuevamente deberían pagar tributos y serían tratados como vasallos comunes y corrientes de Azcapotzalco. Maxtla sería el único gran señor de todo el Valle de México. Maxtla cae y entre la caída de Maxtla y la llegada de los españoles transcurrió menos de un siglo. Este breve período bastó para que Tenochtitlán dejara de ser una población modesta y se convirtiera en la metrópoli de un gran imperio. Varios especialistas adjudican a Tlacael el honor de haber sido el arquitecto del meteórico ascenso.

El triunfo sobre Azcapotzalco había llenado de orgullo y de confianza en sí mismos a los tenochcas; Vieron la posibilidad de emular a Tezozómoc e inclusive superar sus hazañas y forjar un imperio como el que había levantado siglos atrás los admirados toltecas. Semejantes pretensiones debían apoyarse en un mito capaz de electrizar a un pueblo y parece que Tlacael concibió el proyecto de convertir a los aztecas nada menos que en el pueblo encargado de hacer posible la salida del sol.

Para entender cómo nació este mito extraordinario, hay que pasar revista a la vieja leyenda mesoamericana según la cual la viuda Coa-

tlicue, la vieja diosa de la tierra, vivía una vida de retiro y castidad en Tula, dedicada por entero a cuidar un templo.

Cierto día, mientras estaba barriendo las gradas de la pirámide vio caer del cielo una bola de plumas probable símbolo del alma de un difunto que guardó en su seno; más tarde quiso ofrendar a los dioses el plumón celestial, pero el artefacto había desaparecido y la mujer sintió en el acto que estaba embarazada.

Parece que los nombres de aztecas y tenochcas (que le recordaban sus humildes orígenes) llegaron a ser poco gratos al pueblo encargado de hacer posible la salida del sol. Por ello empezaron a darse con mayor frecuencia la designación de mexicas palabra derivada de Mextli, el nombre de un héroe cultural identificado con Huitzilopchtli, el sol.

Los aztecas se convertían en una tribu cada vez con más impulsos imperialistas; primero vino la conquista y saqueo de una infinidad de pueblos pequeños y mediana importancia en el Valle de México.

El período de hambre aguda que se inició en 1450 impuso una tregua de 4 años.

Usualmente los aztecas no imponían autoridades en las regiones conquistadas, sino que dejaban a las mismas de antes con tal de que se comprometieran a pagarles el tributo convenido. Sólo se dejaba en cada región un calpique, funcionario azteca que se encargaba de vigilar el exacto cumplimiento del trato por parte de los conquistados.

Entre los monarcas aztecas destaca Moctezuma Ilhuicamina que fue un constructor incansable. Para perpetuar su gloria mandó esculpir su efigie en una enorme roca de Chapultepec (su ejemplo fue seguido por los tlatoanis que le sucedieron, pero las esculturas quedaron destruidas por el tiempo). Después de la sequía tuvo que enfrentarse al periódico problema de las inundaciones y mandó construir un sistema de diques para proteger al islote de los desbordamientos. El dique principal tenía una longitud de 16 kilómetros.

El índice de la influencia creciente de los aztecas fue el hecho de que obligaron Netzahualcóyotl, rey de texcoco, a construir un templo a Huitzilopchtli a pesar de que el monarca tenía por falsas las deidades aztecas y las consideraba espíritus malignos.

Netzahualcóyotl murió en 1472 con lo que facilitó a los aztecas la tarea de lograr el control total de la triple alianza.

A la muerte de Moctezuma quedó en el trono el príncipe Axayácatl nieto de Izcóatl, la primera hazaña de éste fue someter a los vecinos de Tlatelolco, quienes milagrosamente habían conservado su independencia. Tlatelolco monopolizaba el gran comercio del valle con el resto de mesoamérica. Dueño del principal monopolio comercial mesoamericano Axayácatl pasó a conquistar los pueblos matlaxincas, náhuatl y otomíes del Valle de Toluca y quiso continuar hacia el oeste para apoderarse de los territorios tarascos, pero el pueblo Michoacano derrotó a los aztecas en la batalla de Tajimaróa, en la línea divisoria de los actuales estados de México y Michoacán.

Los campesinos usufructuaban la tierra, a través de un sistema parecido al ejidal, el calpulli, que a cambio de que se les permitiera cultivarla adquirirían la obligación de pagar tributos y prestar diversos servicios al monarca. Los militares y burócratas distinguidos recibían como premio tierras y cuadrillas de peones para cultivarlas, pero el monarca los podía privar de todos estos bienes en caso de considerarlo conveniente; sólo él decidía quién iba a vivir con holgura y quién no.

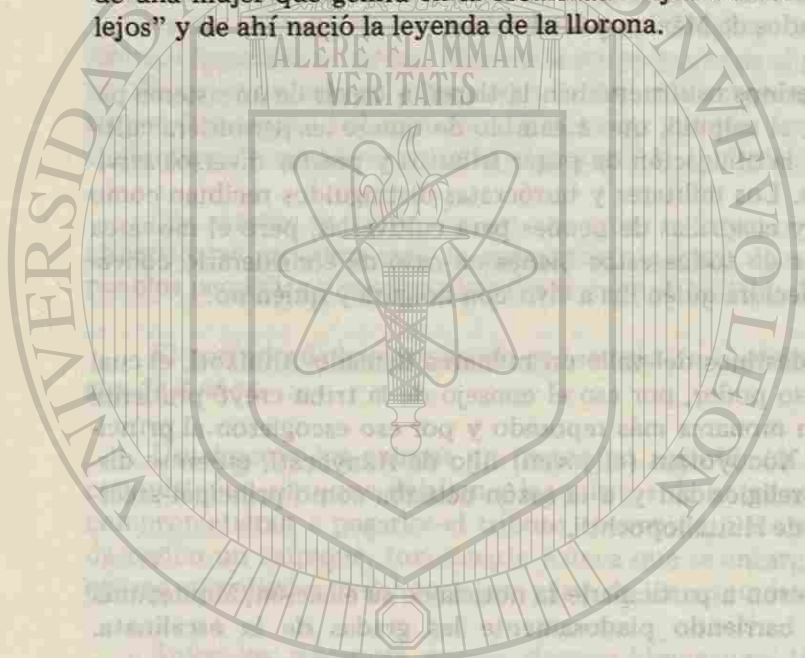
Regía los destinos del valle un monarca llamado Ahuizotl, el cual tenía un inmenso poder, por eso el consejo de la tribu creyó prudente seleccionar a un monarca más reposado y por eso escogieron al príncipe Moctezuma Xocoyotzin (el joven) hijo de Axayácatl, quien se distinguía por su religiosidad y a la sazón actuaba como principal sacerdote del templo de Huitzilopchtli.

Cuando fueron a participarle la noticia de su elección, Moctezuma se encontraba barriendo piadosamente las gradas de la escalinata.

El fanatismo religioso de Moctezuma iba a ser su perdición. En 1511 llegaron a Yucatán unos náufragos españoles que venían de las antillas y a partir de 1517, la costa del golfo empezó a recibir la visita cada vez más frecuente de navíos en los que viajaban hombres blancos y barbados. Al recibir noticias al respecto Moctezuma le dió inmediatamente un sentido religioso, Yucatán era el sitio al que había emigrado Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl cuando lo derrotaron los toltecas partidarios de Tezcatlipoca y una antigua profesía daba como inevitable su regreso al altiplano para imponer nuevamente la religión de la serpiente emplumada.

Temeroso de que los españoles fuesen enviados de Quetzalcóatl y la emprendieran contra los adoradores de Huitzilopchtli un dios parecido en muchos aspectos a Tezcatlipoca. Moctezuma se angustió visiblemente, de inmediato comenzó a observar presagios funestos. Primero

vió como una espiga de fuego, angosta de vértice y ancha de asiento que apareció en el cielo rumbo al éste y se esfumó al salir el sol. Otro día un templo ardió sin motivo aparente y mientras más agua arrojaban para apagar el incendio, más alta se levantaban las llamas. En ocasión posterior cayó un rayo sobre otro templo sin que nadie escuchara el trueno. Seguidamente apareció un cometa, más tarde se agitaron las aguas del lago sin que soplara viento alguno y hubo inundaciones catastróficas. Poco después comenzó a escucharse por las noches voces de una mujer que gemía en la oscuridad "hijos míos tenemos que irnos lejos" y de ahí nació la leyenda de la llorona.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TOLUCA

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

15.- A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES.

La evolución de los pueblos en nuestro territorio nacional se inicia con el horizonte prehistórico, pues como ya lo determinamos en su oportunidad, se han encontrado en más de 19 sitios hallazgos líticos, incluyendo algunos a los cuales se les ha aplicado la prueba de carbono 14, como sucedió en el caso de Tlapacoya (Edo. de México). En esta etapa la civilización se encuentra en estado de salvajismo,

Se ha precisado también que el hombre americano llegó de Asia, Africa y Europa, pues los hallazgos arqueológicos demuestran que en estos continentes la antigüedad del hombre prehistórico es muy superior a la del hombre americano, pues éste solamente tiene una antigüedad de 30,000 a 50,000 años antes de Cristo.

Se admitió también que fueron llegando en diferentes épocas y de diversas partes, por ejemplo de Australia con similitud de caracteres con los indígenas de Patagonia.

Existen muchas incógnitas sobre la hipótesis del hombre americano. Es necesario realizar estudios, como lo señala atinadamente la historiadora Lorena Miriam Bell "Que los historiadores y arqueólogos mexicanos han descuidado el horizonte prehistórico y arcaico"

Al transcurrir los siglos el hombre conoce la agricultura, es decir transforma la naturaleza, penetra a la barbarie. Al volverse sedentario al cuidado de los cultivos, nacen las primeras aldeas y la vida social se inicia.

En el horizonte preclásico aparece en la Venta, Tres Zapotes y San Lorenzo una de las culturas más enigmáticas: La Olmeca. De esta cultura no se ha podido precisar cómo adquirieron el conocimiento del cero, su calendario tan perfecto, así como en qué forma se realizó el traslado de los grandes monolitos. Se afirma que esta cultura enigmática ha sido la cultura madre que influyó en las grandes civilizaciones clásicas.

Las grandes civilizaciones clásicas: teotihuacana, totonaca, maya y mixteca - zapoteca, fueron extraordinarias; su cultura se componía de conocimientos de astronomía (observatorios, precisión en llegada de cometas, etc.), matemáticas (sistema bigesimal, conocimientos del cero), arquitectura (construcción de ciudades perfectamente delineadas, con una simetría perfecta, construcción de pirámides), pintura (las pinturas murales), calendarios civil y religioso (más perfectos que los europeos, etc.).

En el período clásico se cree que practicaban excepcionalmente los sacrificios humanos. Su sociedad estaba formada por clases sociales; dependían fundamentalmente de la agricultura y utilizaban el sistema de roza en los cultivos. No utilizaron bestias de carga, ni conocieron la rueda ni los metales, así como el arco y la flecha.

Las grandes civilizaciones clásicas fueron destruidas por las tribus bárbaras del norte: Los chichimecas. De aquí surgió una cultura híbrida: la tolteca, una mezcla de cultura bárbara que se civilizó al contacto con las clásicas pero sin alcanzar su grado de civilización. Su conocimiento básico fue en la metalurgia, y su estructura social y política fue de expansión militar.

Los aztecas, siguieron dependiendo fundamentalmente de la agricultura y del comercio, pero formaron estados militares e impusieron tributos y los constantes sacrificios humanos a las tribus vecinas, es decir, las llamadas guerras floridas.

Su organización en castas obedecía a su forma de estado militar.

A pesar de sus conocimientos de matemáticas, astronomía, arquitectura etc., los españoles eran superiores en armamentos; el uso de la rueda y la utilización de las bestias de carga.

El poder azteca se consolidó en todo el Valle de México y la costa del Golfo de México.

Así, este pueblo belicoso venido de Aztlán funda una de las ciudades más hermosas y asombrosas de la tierra: Tenochtitlán, que dejó maravillados a los conquistadores por su belleza impresionante. Tenochtitlán contaba con 300 mil habitantes, cuya organización social mexicana estaba dividida en clases sociales y con una estructura eminentemente militar. Mientras la vida en el Valle de México transcurría, al otro lado del Océano Atlántico, en Europa, se iniciaban los descubrimientos geográficos, acontecimientos que para los mexicanos iba desembocar en el descubrimiento de América y su conquista.

A la llegada de los conquistadores a Mesoamérica se encontraban con diversos grupos indígenas que según su desarrollo económico y social, podríamos clasificar de la siguiente manera:

- a). Recolectores: constituían grupos nómadas de cultura primitiva. Su técnica lítica correspondía al paleolítico inferior. Tribus que habitaban en Sinaloa, Sonora y Baja California.

- b). Agricultores atrasados: eran grupos semisedentarios en las actividades principales era la caza y la pesca y la agricultura. Estas tribus habitaban al norte y noreste de nuestro país.

- c). Agricultores avanzados: Fueron los de mayor desarrollo social, económico y político. Su actividad fundamental fue la agricultura, pero también la caza, la pesca y practicaban la cría de ciertos animales.

Realizaban un comercio interior y exterior de la tribu, donde un grupo de mercaderes vendían lo que producían sus industrias textiles y cerámicas.

Su régimen social correspondía a un sistema de desigualdad en el reparto y disfrute de los bienes de consumo. Constituían verdaderos estados imperialistas militares.

16.- EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

El descubrimiento de América fue un acontecimiento histórico de extraordinaria importancia por las consecuencias tan profundas que trajo consigo.

Es considerado el hecho que marcó el advenimiento de la época moderna y por enormes repercusiones económicas, políticas y sociales transformaron la sociedad del mundo.

En la Historia Mínima de México, Ignacio Bernal afirma: "hubo varios descubrimientos de América; unos realizados en la inconsciencia y otros en la ignorancia. De todos ellos, sólo dos produjeron resultados de trascendencia. El primero en tiempo, del que nos ocuparemos más adelante, pobló al continente; el último y más conocido, lo hicieron Colón y sus marineros a fines del Siglo XV en las tres célebres carabelas; Colón creyó que había descubierto el extremo oriental de Asia o más bien las islas cercanas a él".

La llegada de Cristóbal Colón al nuevo Continente no fue el resultado de la casualidad, sino la consecuencia de factores de índole económica, social y científicos que se gestaron paulatinamente en Europa.

Antecedentes Científicos y Económicos del Descubrimiento de América

Los factores que intervinieron se deben a una serie no interrumpida de motivos e intereses económicos que nacen con las cruzadas y terminan con las actividades geográficas del siglo XV.

1.— Los factores económicos fueron el comercio entre China, India, Persia, Arabia, Costas de Fenicia, Palestina y Asia Menor, con Europa, teniendo el Monopolio comercial los puertos de Génova y Venecia; se comerciaba con productos como, las especias (canela, clavo, nuez moscada, pimienta, etc.) así como sedas, tapetes, tapices, tejidos, marfiles, joyas y perfumes orientales.

Las ciudades medievales dejaban una economía cerrada (producir lo que se consume), para abrir paso a una economía comercial:

La expansión de los turcos otomanos en el Asia Menor, Costas del Mar Negro y el Mediterráneo oriental, que interrumpió los caminos del comercio europeo con el oriente. Los europeos buscaron un camino más corto a la India.

2.— Los factores científicos que influyeron en los descubrimientos fueron:

- a). Las doctrinas acerca de la esfericidad de la tierra (Toscanelli, Pedro de Aliaco).
- b). Longitud de la circunferencia de la tierra entre los sabios griegos.
- c). Elementos náuticos como: la burbuja, la carabela, el compás y el astrolabio.
- d). Narración y viajes de Marco Polo.

Las consecuencias de los descubrimientos geográficos fueron:

- a). Creación del mercado mundial: Nuevos puertos y rutas comerciales.
- b). Acumulación primitiva de capital, metales preciosos.
- c). El progreso extraordinario de la economía monetaria.
- d). La expansión del crédito, de los bancos y de las bolsas.
- e). La revolución de precios en Europa.
- f). El comercio en las nuevas tierras estimuló el rápido crecimiento de la burguesía mercantil, (inicio del capitalismo mercantil) y la declinación de la antigua nobleza territorial.
- g). Aceleró las investigaciones científicas; en la biología, física, la química y la antropología al contacto con las nuevas razas descubiertas.
- h). Se estableció el mestizaje en algunas regiones descubiertas, con la mezcla de europeos y tribus indígenas.

Cristóbal Colón buscaba otras rutas para dar una nueva salida a la producción europea y que se establecieran otra vez los vínculos comerciales entre Europa y Asia. Este proyecto había sido ya presentado a Portugal, Inglaterra y Francia y había sido rechazado; una serie de viejos mitos mantenían a los navegantes europeos atados al mediterráneo. No recorrían los mares del sur de Africa porque según la leyenda circulante hacia el ecuador la temperatura era tan alta que los mares ardían y los hombres eran incapaces de resistir. Cruzar el Atlántico hacia el

oeste era igualmente imposible, al decir de la leyenda, pues este mar estaba poblado de dragones, serpientes gigantescas, hombres de un solo ojo, unicornios y monstruos por el estilo. La técnica, que avanzaba con rapidez, resultó un magnífico instrumento para liquidar los mitos. Los portugueses crearon la carabela, el mejor de los barcos de la época y perfeccionaron la brújula y otros instrumentos de navegación. En 1486 el portugués Bartolomé Díaz llegó hasta la punta sur de África y encontró que las aguas hirvientes eran inclusive más mansas que las del mediterráneo.

Díaz dobló el cabo de Buena Esperanza y se disponía a continuar hacia el oriente hasta la India, pero tuvo que regresar a Lisboa cuando se le amotinó la tripulación.

Europa dejaba atrás la Edad Media y reclamaba más especias para sazonar las duras carnes de la época; exigía más sedas y telas finas para vestir a los nobles, más joyas para el adorno.

Asia, incomparablemente más refinada, producía todos estos lujos y los enviaba a los europeos por medio de caravanas de camellos que atravesaban el dilatado continente oriental hasta llegar al Asia Menor; de ahí el cargamento seguía por la vía marítima hasta los puertos de Italia para su posterior distribución con toda Europa.

Si era posible hacer el viaje navegando hacia el oriente probablemente también lo sería cruzando el Atlántico, lo que Colón ignoraba era la gran distancia que tenía que recorrer; los cálculos en que basó su plan de viaje atribuían al globo terráqueo unas dimensiones mucho más reducidas de las que tiene en realidad de modo que la distancia de Europa y Asia oriental resultaba 9,000 kilómetros menor que la verdadera.

Los expedicionarios cruzaron el Atlántico y lo primero que encontraron fue una de las 36 islas que forman el archipiélago de las Bahamas a la cual dieron el nombre de San Salvador. Luego pasaron a Cuba y a la isla que ocupan actualmente Haití y Santo Domingo.

El asombro de los primeros astronautas que llegaron a la luna probablemente no fue mayor que el experimentado por Colón al ver las paradisíacas islas del Caribe. Acerca de una de ellas escribió: "Es muy verde y llana y fertilísima; vide muchos árboles muy disformes de los nuestros y de ellos muchos que tenían las ramas de muchas maneras y todo en un pie y un ramito es de una manera y otro de otra", así sucesivamente fue describiendo todo lo que miraba.

"Yo estaba atento y trataba de saber si había oro" escribió Colón "y así partí, que serían las 10 hrs., con el viento sureste para pasar a otra isla cuando estos hombres que yo traigo de San Salvador hacen señas de que hay mucho oro y que lo traen en los brazos en manillas y a las piernas y las orejas, a la nariz y al cuello.

Así trajeron a Colón de isla en isla el oro siempre se encontraba en la isla de más allá.

En realidad sólo obtuvo un puñado de polvo dorado y unas toscas orejas y narigueras, sin embargo optó por regresar a España para dar cuenta de su descubrimiento; a fin de que levantaran algunas casas y siguieran buscando oro, dejó en Santo Domingo a un grupo de 39 hombres.

Colón llegó a España y atravesó el país al frente de un pequeño grupo compuesto por sus marineros y algunos indígenas temblorosos de frío que habían sido arrancados de sus islas para que los conocieran los reyes católicos; Colón vivió entonces sus mejores días.

Llegó luego el momento de poner los pies sobre la tierra ¿Qué beneficios tangibles había reportado la expedición? En lugar de ciudades con grandes palacios Colón encontró aldeas de 10 a 20 chozas de paja.

El oro era poco y los indígenas andaban desnudos en vez de portar fastuosas vestiduras. Colón opinó que quizá podía obtenerse algún dinero vendiendo a los indígenas como esclavos, pero la reina tan generosa como mezquino fue su marido, se horrorizó ante la sugestión y dio orden de poner en libertad a los infelices.

A los 4 meses de su llegada a España, Colón regresó a las Antillas al frente de una gran expedición compuesta por 1500 hombres y 17 embarcaciones.

Entre los expedicionarios había clérigos, artesanos y aventureros de toda clase. Traían semillas y animales para establecer en Santo Domingo un pueblo que sirviera de escala en el viaje al Japón.

Santo Domingo les reservaba una sorpresa desagradable. El asentamiento anterior había sido destruido y muerto los 39 españoles. Pero Colón no se acobardó, dejó en la isla a nuevos colonos y sin pérdida de tiempo prosiguió la búsqueda de los reinos fabulosos que confiaba encontrar. Solamente llevó a cabo un recorrido más amplio por Cuba y otras Antillas, luego regresó a Santo Domingo.

Los colonos de Sto. Domingo transmitieron a España una serie de quejas y como resultado llegó un visitador que hizo todo lo posible por amargarle la vida a Colón.

Urgido de aclarar las cosas Colón regresó a España 1496. Encontró bastante frialdad en la corte pero que le permitieran emprender un tercer viaje. En 1498 tocó tierra americana en la isla de Trinidad, frente a Venezuela. No quiso reconocer que había encontrado un nuevo continente y al ver la desembocadura del Orinoco declaró tajantemente que se trataba de uno de los ríos que nacen en el paraíso terrenal. Después se enfiló a Santo Domingo con el propósito de asumir sus funciones de gobernador.

Los colonos estaban furiosos con él, el oro escaseaba y para colmo los indígenas, exasperados por las constantes exigencias de mujeres, esclavos y alimentos se habían revelado y habían dado muerte a cientos de indígenas.

Colón quiso apaciguarlos y para eso ordenó que se hiciera un repartimiento, esto es entregó un determinado número de prisioneros indígenas a cada español que los pondría a trabajos forzados.

Las grandes exploraciones de América fueron obras de otros individuos. En 1497 los Italianos Juan y Sebastián Cabot al servicio del Rey de Inglaterra llegaron a la gélida costa septentrional de Canadá y un año después recorrieron gran parte del litoral de Estados Unidos. Los portugueses tomaron posesión legal de Brasil en 1500.

En 1512 Juan Ponce de León descubrió Florida y en 1513 Vasco Núñez de Balboa cruzó el istmo panameño y descubrió que al otro lado del continente había un océano más. Curiosamente a pesar de su cercanía a las Antillas, México no fue descubierto sino varios años después.

17.- LA CONQUISTA.

Generalmente se entiende por Conquista solo al aspecto bélico, guerrero entre las dos civilizaciones, sin embargo para nosotros su significado es más extenso debería abarcar el dominio y la colonización.

Los españoles portaban los gérmenes de infinidad de enfermedades que azotaron a Europa durante la Edad Media, viruela, sarampión y diversas fiebres y pestes. Estas enfermedades eran desconocidas en América, los indígenas carecían de defensas naturales contra ellas y cuando se presentaban epidemias morían en cantidades pavorosas al grado de que en muchas islas se extinguieron por completo.

Casi un cuarto de siglo después del primer viaje de Colón que se habían realizado en 1492 cuando ya se conocía la mayor parte de la Costa oriental americana, los españoles aún ignoraban la existencia de México. La dirección desfavorable de las corrientes marítimas, así como la pronunciada curva que describe el territorio mexicano en el Golfo de México son las razones que reducen con mayor frecuencia la demora del descubrimiento.

Un burócrata astuto y empeñoso, Diego Velázquez, obtuvo la concesión de poblar la isla de Cuba. En la promesa de darles tierras e indios atrajo gran cantidad de colonos de tal modo que pronto no quedó nada por repartir y la isla se llenó de españoles frustrados que vagaban de un lado a otro sin ocupación.

En 1511 habían llegado a Yucatán 15 españoles pero no tuvieron la oportunidad de comunicar su experiencia a los colonos de las Antillas. Viajaban de Panamá a Santo Domingo y el barco que los conducía naufragó en el trayecto. El mar los arrojó a Yucatán y 13 de ellos murieron o fueron sacrificados.

Los otros 2, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, se las ingeniaron de algún modo para conservar la vida; Guerrero, casado con una india que le dió 3 hijos fue el fundador de la primera familia mexicana mestiza.

Pasemos ahora al actor principal del drama de la conquista, Cortés tenía por aquel entonces 33 años de edad, había nacido en Medellín, un pueblo de la árida provincia de Extremadura. Su familia poseía una modesta fortuna acumulada principalmente por el padre, quien había obtenido el grado de capitán de artillería. Cuando era un adolescente debilucho, Cortés fue enviado a la famosa Universidad de Salamanca para que

Los colonos de Sto. Domingo transmitieron a España una serie de quejas y como resultado llegó un visitador que hizo todo lo posible por amargarle la vida a Colón.

Urgido de aclarar las cosas Colón regresó a España 1496. Encontró bastante frialdad en la corte pero que le permitieran emprender un tercer viaje. En 1498 tocó tierra americana en la isla de Trinidad, frente a Venezuela. No quiso reconocer que había encontrado un nuevo continente y al ver la desembocadura del Orinoco declaró tajantemente que se trataba de uno de los ríos que nacen en el paraíso terrenal. Después se enfiló a Santo Domingo con el propósito de asumir sus funciones de gobernador.

Los colonos estaban furiosos con él, el oro escaseaba y para colmo los indígenas, exasperados por las constantes exigencias de mujeres, esclavos y alimentos se habían revelado y habían dado muerte a cientos de indígenas.

Colón quiso apaciguarlos y para eso ordenó que se hiciera un repartimiento, esto es entregó un determinado número de prisioneros indígenas a cada español que los pondría a trabajos forzados.

Las grandes exploraciones de América fueron obras de otros individuos. En 1497 los Italianos Juan y Sebastián Cabot al servicio del Rey de Inglaterra llegaron a la gélida costa septentrional de Canadá y un año después recorrieron gran parte del litoral de Estados Unidos. Los portugueses tomaron posesión legal de Brasil en 1500.

En 1512 Juan Ponce de León descubrió Florida y en 1513 Vasco Núñez de Balboa cruzó el istmo panameño y descubrió que al otro lado del continente había un océano más. Curiosamente a pesar de su cercanía a las Antillas, México no fue descubierto sino varios años después.

17.- LA CONQUISTA.

Generalmente se entiende por Conquista solo al aspecto bélico, guerrero entre las dos civilizaciones, sin embargo para nosotros su significado es más extenso debería abarcar el dominio y la colonización.

Los españoles portaban los gérmenes de infinidad de enfermedades que azotaron a Europa durante la Edad Media, viruela, sarampión y diversas fiebres y pestes. Estas enfermedades eran desconocidas en América, los indígenas carecían de defensas naturales contra ellas y cuando se presentaban epidemias morían en cantidades pavorosas al grado de que en muchas islas se extinguieron por completo.

Casi un cuarto de siglo después del primer viaje de Colón que se habían realizado en 1492 cuando ya se conocía la mayor parte de la Costa oriental americana, los españoles aún ignoraban la existencia de México. La dirección desfavorable de las corrientes marítimas, así como la pronunciada curva que describe el territorio mexicano en el Golfo de México son las razones que reducen con mayor frecuencia la demora del descubrimiento.

Un burócrata astuto y empeñoso, Diego Velázquez, obtuvo la concesión de poblar la isla de Cuba. En la promesa de darles tierras e indios atrajo gran cantidad de colonos de tal modo que pronto no quedó nada por repartir y la isla se llenó de españoles frustrados que vagaban de un lado a otro sin ocupación.

En 1511 habían llegado a Yucatán 15 españoles pero no tuvieron la oportunidad de comunicar su experiencia a los colonos de las Antillas. Viajaban de Panamá a Santo Domingo y el barco que los conducía naufragó en el trayecto. El mar los arrojó a Yucatán y 13 de ellos murieron o fueron sacrificados.

Los otros 2, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, se las ingeniaron de algún modo para conservar la vida; Guerrero, casado con una india que le dió 3 hijos fue el fundador de la primera familia mexicana mestiza.

Pasemos ahora al actor principal del drama de la conquista, Cortés tenía por aquel entonces 33 años de edad, había nacido en Medellín, un pueblo de la árida provincia de Extremadura. Su familia poseía una modesta fortuna acumulada principalmente por el padre, quien había obtenido el grado de capitán de artillería. Cuando era un adolescente debilucho, Cortés fue enviado a la famosa Universidad de Salamanca para que

estudiara Leyes. Asistió irregularmente a clases por espacio de 2 años; al cabo de ese tiempo se aburrió y regresó a Medellín en calidad de estudiante fracasado para vagar por el pueblo sin oficio ni beneficio.

Inicialmente quiso salir de ocioso incorporándose al ejército español que triunfaba en Italia; en eso corrió la noticia del descubrimiento de América y Cortés expresó vivos deseos de trasladarse a las nuevas tierras; iba a embarcarse en el viaje de Nicolás de Ovando cuando se le presentó un serio contratiempo: cierta noche se derrumbó la barda que escalaba para visitar a una dama casada con quien Cortés tenía amoríos y quedó sepultado entre los escombros. Como resultado necesitó encamarse y perdió el barco.

Al fin partió en 1504 a la edad de 19 años en uno de tantos barquichuelos que salían de España a Santo Domingo. Ahí consiguió una buena dotación de tierras e indios que las trabajasen gratuitamente.

Participó en gran número de expediciones al interior de la isla para someter a los indígenas rebeldes o capturar esclavos y llegó a reunir una pequeña fortuna. En 1511 se sumó al grupo que acompañó a Diego Velázquez a la conquista de Cuba. Cuando Velázquez fue nombrado gobernador de la Isla, Cortés obtuvo el puesto de secretario. Entre aquellos aventureros ignorantes Cortés despertaba la admiración porque era latino, es decir, por sus breves estudios universitarios y gracias a esto pudo destacar en la escala social de las islas.

En la isla había un grupo de descontentos que conspiraban contra Velázquez; se quejaban de sus malos manejos y se sentían defraudados por que no les daba tierras e indios en la proporción que creían merecer. Alejado del gobernador, Cortés se convirtió gradualmente en cabecilla del grupo. Un día resolvieron mandar a Santo Domingo un mensajero encargado de informar a las autoridades sobre las actividades ilícitas de Velázquez, y Cortés fue designado para desempeñar la misión.

Velázquez no tardó en enterarse de la conjura; Cortés fue aprehendido y encarcelado; cayó en desgracia y quedó en la pobreza más completa. Después por circunstancias que no han aclarado los historiadores, Velázquez perdonó al revoltoso.

Cortés se casó con Catalina y aunque no recuperó el puesto de secretario del gobernador, obtuvo el nombramiento de alcalde del puerto de Santiago en el sureste de Cuba. Consiguió que le dieran tierras e indios, se consagró por entero a la ganadería y explotación de minas y poco tiempo después había reunido ya otra fortuna considerable.

Cuando se hizo necesario enviar una nueva expedición, pocos pensaron que el latino de Medellín sería puesto a la cabeza de ella. Por otra parte Cortés aceptó hipotecar sus bienes e invertir hasta el último centavo en preparar la expedición. Aparentemente Velázquez no invirtió casi en nada, pues obligaba a Cortés a comprar en las tiendas de su propiedad a precios exorbitantes los alimentos, las armas y las municiones.

Cortés reunió 6 barcos y de 35 a 50 voluntarios que también hipotecaron sus fortunas para acompañarlo. Después de entregar el 20^o/o a la corona española, la riqueza obtenida se repartía entre todos proporcionalmente a lo que cada uno había invertido y a la importancia de los cargos que hubiese desempeñado.

El capitán general era toda actividad. Pronto adquirió los modales de un gran personaje.

Mandó hacer 2 estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales y una cruz en cada parte con un letrero que decía "Hermanos y compañeros sigamos la señal de la cruz con fe verdadera que con ella venceremos".

Velázquez se inquietó al enterarse de semejantes alardes. Sus familiares le hicieron ver que Cortés se estaba creciendo demasiado y lo convencieron a medias de que revocase los poderes dados; Cortés se enteró de lo que ocurría y ordenó que se reunieran todos los soldados y que la expedición partiera de inmediato. Velázquez lo sorprendió en esta maniobra pero Cortés no le dio tiempo de reflexionar, lo abrazó sin inmutarse y se despidió de él con un largo discurso en el que prometió hacerlo rico y poderoso. Corría el 18 de noviembre de 1518.

El 18 de marzo de 1519 once navíos españoles llegaron a boca del río Grijalva y los ocupantes decidieron desembarcar. A causa de la poca profundidad del río las embarcaciones mayores quedaron nuevamente ancladas lejos de tierra; los expedicionarios se acomodaron en navíos chicos y en varios botes de remos para emprender la lenta navegación río arriba.

Cortés deseaba efectuar un reconocimiento del terreno. La tarde estaba ya muy avanzada pero no tenía temor de pernoctar en aquel sitio donde Grijalva encontró gente hospitalaria el año anterior. Fue una sorpresa para él descubrir entre las palmeras de la rivera una multitud de indios que blandían desafiantemente sus macanas y sus lanzas, al tiempo que lanzaban amenazas.

Poco antes de llegar al pueblo interceptó a los españoles una canoa repleta de guerreros.

Por medio de un intérprete Cortés preguntó la razón de por qué los recibían de manera tan poco amistosa y les aseguró que sus intenciones eran pacíficas. Tras mucho discutir se supo lo que había ocurrido: cuando los tabasqueños comerciaron con Grijalva sus vecinos los acusaron de cobardía. Ahora estaban dispuestos a restaurar su honor.

Cortés se esforzó vanamente por calmar los ánimos de los indígenas; sus palabras melosas siempre tropezaron con la misma respuesta: "Si tocan tierra morirán".

El primer punto que tocó la expedición de Cortés en México fue Cozumel.

Durante la travesía, el barco de Pedro de Alvarado se adelantó a los demás debido a que sus tripulantes no advirtieron que el resto de la flota se había detenido para auxiliar a un velero cuyo timón se averió; Cortés había ordenado que si uno llegaba antes a Cozumel debía esperar a los demás para desembarcar todos juntos; Alvarado y su piloto desobedecieron las órdenes y procedieron a bajar a tierra en cuanto anclaron frente a la isla.

Dos días más tarde Cortés llegó a la isla y montó en cólera al enterarse de la desobediencia. Mandó poner grillos al piloto y reprendió a Alvarado; si no se atrevió a más fue porque en esos momentos no se sentía lo bastante poderoso frente a sus hombres o tal vez porque comprendía la utilidad que podían reportarle los servicios del sanguinario Alvarado. Ordenó que libertarán a los indios presos y por medio de un intérprete pidió a éstos que fueran al monte a llamar a sus compañeros fugitivos.

Después de Cozumel los expedicionarios no tocaron tierra sino hasta Grijalva. Al pasar frente a Champotón no faltó quien pidiera que desembarcaran para castigar nuevamente a los indígenas, pero como las tierras eran pobres en oro se resolvió que lo más provechoso era continuar el viaje.

En los días que siguieron a la primera batalla de Cortés en México, los españoles exploraron los márgenes del Río Grijalva tratando infructuosamente de establecer contacto pacífico con los indios. Cierta día una columna española fue atacada por sorpresa en un monte; los europeos rechazaron fácilmente la agresión y consiguieron hacer

3 prisioneros, por quienes se supo que los tabasqueños estaban preparando un ejército de grandes proporciones para expulsar definitivamente a los intrusos.

Los indios estaban mejor preparados en esa ocasión. Portaban grandes penachos y venían con las caras pintadas de rojo, blanco y negro; estaban armados de arcos, flechas, lanzas, hondas, garrotes erizados de navajas de obsidiana, escudos de cuero y gruesas ropas de algodón. Sus gritos y silbidos se mezclaban con las roncadas notas de los caracoles.

Pero desconocedores de la táctica guerrera de los europeos, atacaban en filas apretadas sin darse cuenta de que así ofrecían un fácil blanco a la artillería. Además solo podían atacar de lejos con sus flechas y sus piedras pues en el combate cuerpo a cuerpo se imponía el acero de las espadas españolas; sin embargo los indios formaban grupos tan numerosos que sus bajas parecían insignificantes. Poco a poco fueron cercando a los españoles.

El combate llevaba más de una hora y los españoles empezaban a desfallecer cuando apareció la caballería de Cortés por el otro lado de la llanura.

Los indígenas tardaron en advertir la presencia de los nuevos atacantes; los jinetes cayeron por sorpresa sobre ellos haciendo destrozos tremendos con sus lanzas y sus espadas.

Aquella era la primera vez que los tabasqueños veían un caballo; de momento pensaron que hombre y bestia formaban un solo monto. El pánico acabó con su furor guerrero y huyeron despavoridos a ocultarse en unos montes cercanos.

Al día siguiente llegaron al campamento varios indios bien vestidos que les entregaron un presente de alimentos y fruta y pidieron permiso de enterrar y quemar a sus muertos; en seguida se anunciaron que al otro día llegarían sus jefes a negociar la paz.

Los españoles empezaron a preparar el escenario donde se celebrarían las negociaciones. Sabedores del pánico que causaron entre los indios los caballos y los cañones, metieron una yegua en el recinto donde Cortés debía parlamentar con los caciques para que el sitio tomara el olor del animal; así mismo cerca de ahí instalaron el mayor de los cañones bien cargado; poco antes de que llegaran los emisarios indígenas sacaron la yegua y se la llevaron lejos.

Cierta mañana les entregaron un regalo particularmente valioso: perrillos comestibles, patos, algunas joyas de oro y 20 doncellas; Cortés las hizo bautizar y las repartió entre sus capitanes. Una de ellas, llamada probablemente Tenepatl, fue bautizada con el nombre de Marina; los indios dieron por llamarla Malintzin y los españoles Malinche. Como era la más hermosa y desenvuelta del lote, Cortés la regaló a Alonso Hernández Puerto Carrero su favorito del momento.

Esta mujer extraordinaria era hija de los caciques de un pueblo de habla náhuatl denominado Painalá, cabecera de un amplio territorio. Muy pequeña quedó huérfana de padre y su madre contrajo segundas nupcias con un ambicioso joven. La nueva pareja tuvo un hijo y para que él heredara el cacicazgo sin problemas, la niña fue entregada a unos mercaderes ambulantes que la llevaron a Tabasco y la vendieron como esclava a los mayas.

La Malinche podía conversar en Maya con Aguilar; más tarde cuando entraron en contacto con los pueblos de habla náhuatl, Marina transmitía las palabras de Cortés traducidas al maya por Aguilar. Poco después la Malinche aprendió el español y Cortés percatado de su utilidad extraordinaria, convenció a Puerto Carrero de que se la cediera y la tomó en calidad de concubina.

La Malinche adoptó con fervor la religión de los conquistadores y desempeñó un papel fundamental en la conquista. De ahí siguieron hasta San Juan de Ulúa (21 de Abril de 1519).

De inmediato erigieron un campamento fortificado con una estacada y con habitaciones para guarecerse del sol, los mosquitos y las alimañas.

Inmediatamente llegaron algunos indios del rumbo a ayudarles y a cambiar alimentos y algunas piecillas de oro, por cuentas de vidrio.

El domingo al medio día se presentó en el campamento un calpique de Moctezuma.

El dignatario indígena se conducía con desenvoltura. Después de la interminable ceremonia de presentación Cortés lo invitó a comer y para presionarlo hizo que le sirvieran los mejores manjares y los mejores vinos de que disponía. El indio inspeccionaba todo con curiosidad sin perder la altivez. Al terminar la comida preguntó quién era Cortés y sus compañeros y qué buscaban en aquellas tierras.

Cortés se declaró súbdito de un poderoso monarca que tenía por vasallos a muchos reyes y príncipes situados al otro lado del mar. Afirmó que su soberano había tenido noticias del poderoso Moctezuma y lo había mandado a él con un mensaje que debía entregar personalmente al señor de los aztecas. El dignatario indígena se mostró sorprendido ante semejante atrevimiento. ¿Cómo, dijo, apenas llegas a estas tierras y ya quieres entrevistarse con nuestro señor?.

Aceptó sin embargo mandar mensajeros para que transmitieran a Moctezuma las palabras de Cortés.

Moctezuma poseía un servicio de mensajeros asombrosamente rápido a base de vigorosos corredores de relevos. Por toda costa tenía apostados vigilantes y pronto se enteró de que los españoles estaban nuevamente en San Juan de Ulúa. Lleno de ansiedad se puso a esperar mayores informes y cuando llegaron los mensajeros con los regalos y el recado de Cortés y le presentaron los apuntes que tomaron los dibujantes, Moctezuma se alarmó todavía más. Las palabras que siguieron fueron escritas por un cronista indígena.

“Mucho espanto le causó el oír como estalla el cañón, cómo retumba su estrépito y cómo se desmaya, se le aturden a uno los oídos”.

Luego intervinieron los consejeros para hacer notar al monarca que debía ser más cauteloso, informarse de manera más precisa de los recién llegados. Sobre todo no debía permitirles por ningún concepto llegar hasta él.

Más confundido que nunca Moctezuma hizo que partiera la comitiva con los regalos y al mismo tiempo mandó decir a los españoles que no estaba en condiciones de recibirlos, pero que deseaba ser amigo del Rey Carlos y deseaba estar en paz con él.

Una semana después del primer encuentro llegó a San Juan de Ulúa una caravana formada por 100 cargadores y sus jefes que de inmediato fueron conducidos ante Cortés. Los jefes del grupo besaron la tierra en señal de respeto y sumaron al capitán español con copal para después darle la bienvenida en nombre de Moctezuma. Seguidamente los esclavos extendieron en el suelo un petate de fina manufactura que recubrieron con un mantel de algodón bellamente bordado y so-

bre él desplegaron los regalos del monarca. La totalidad de los objetos fueron enviados a Flandes donde se encontraba Carlos I, y muchos de los principales artistas, políticos y sabios europeos más refinados, fueron invitados a ver el tesoro.

El célebre Benvenuto Cellini permaneció horas enteras tratando vanamente de descubrir cómo pudieron los orfebres indígenas soldar escamas de oro a la figura de un pez de plata. El famoso Alberto Dureno anotó en su diario: "Las cosas que trajeron al rey desde la nueva tierra del oro eran tan hermosas que sería maravilla ver algo mejor; a lo largo de mi vida no he visto algo que me haya alegrado tanto como esas cosas". La vista de un tesoro como el que envió Moctezuma no podía menos que avivar la codicia de los españoles, al grado que no les importaría jugarse la vida por intentar apoderarse de las riquezas de aquel país fabuloso. A la distancia parece increíble la ingenuidad del monarca azteca que creyó comprar la amistad de los españoles con regalos, pero en realidad hizo lo que haría cualquier otro gobernante convencido de que los dioses habían llegado a las costas de su patria.

Era una osadía inconcebible la de que medio millar de aventureros intentaran imponerse en un país tan poderoso como el de los aztecas, pero el tiempo iba a darles ocasión de averiguar que no estarían solos en la tarea.

Todo comenzó cierta mañana que se acercaron sigilosamente a los centinelas españoles 5 individuos que portaban orejeras y bezotes y tenían la cabeza deformada (los aztecas gustaban poco de estos adornos); les hablaron con una lengua extraña para después darles a entender que deseaban ser escuchados por Cortés. Ante el capitán general quien tenía de traductor a la Malinche dijeron en náhuatl que eran totonacas y pidieron perdón por no haber venido antes de presentar sus respetos, pero en verdad tenían mucho miedo de sus odiados amos los aztecas.

Los totonacas tenían motivos de sobra para odiar a los aztecas. Vivían como los mayas en plena decadencia recordando apenas el esplendor que alcanzaron sus antepasados los constructores de Tajín, la gran ciudad que ya llevaba siglos de abandono en la selva.

Los 5 totonacas llevados ante Cortés eran enviados del cacique del más importante centro totonaca de aquel tiempo; Cempoala. El dignatario indígena pedía perdón por no haber ido personalmente a presentarle sus respetos, pero ocurría que según dijeron sus enviados era tan gordo que no podía desplazarse a grandes distancias. Encarecidamente

rogaba a Cortés que se dignara a visitarlo en Cempoala donde le haría una recepción digna de su persona. Los totonacas habían observado las atenciones que los aztecas dispensaban a los españoles y quisieron ganarse su amistad creyendo que podían librarlos de sus opresores. Jamás imaginaron que su suerte en manos de aquellos recién llegados iba a ser más lamentable todavía.

Llegó el momento en que Cortés decidió trasladar su campamento. Sus partidarios ya comenzaban a abordar los barcos para emprender el viaje cuando se interpusieron los amigos de Velázquez; había llegado la hora de volver a Cuba —dijeron— y rendir cuentas de la expedición. Como aliados tenían a los neutrales.

Hartos ya de las incomodidades y anhelosos de volver a disfrutar de sus posesiones en Cuba y de los tesoros que habían ganado en México Cortés se vió obligado a dar contraorden y hacer que sus partidarios bajaran de las naves.

Esta medida provocó el malestar previsible que luego se acentuó mediante una serie de rumores que hizo circular el propio Cortés. Los partidarios de Velázquez querían regresar a Cuba para que el gobernador organizara otra expedición en la que los advenedizos y los favoritos obtendrían los cargos más provechosos; los que habían arriesgado sus vidas en la batalla de Tabasco quedarían relegados y sus trabajos solo beneficiarían a Velázquez y su camarilla.

Alarmados por la fuerza que cobraron los rumores, los partidarios de Velázquez se presentaron en masa ante Cortés para acusarlo de deslealtad. Este los desarmó mostrándose conciliador, mostrándose fiel ante Velázquez. Para demostrar su inocencia dijo "En este mismo instante giraría la orden de regresar".

Inevitablemente la noticia electrizó a los partidarios de Cortés; la inquietud contagió a muchos neutrales que se negaron de acatar las órdenes de la partida. Se le amotinaron, exigieron a Cortés que revocara las órdenes y que procediera de inmediato a fundar un municipio con autoridades que velaran por el bienestar de los expedicionarios. Nadie retenía a los que quisieran regresar a Cuba.

A continuación Cortés realizó una maniobra de leguleyo genial: entregó a las flamantes autoridades los poderes de Velázquez, renunció al cargo de capitán general y se puso a las órdenes del municipio. Seguidamente se reunió el Cabildo y Cortés fue informado de que la municipalidad, actuando directamente en nombre de Carlos I y haciendo

a un lado a Velázquez, lo nombraba Capitán General y Justicia Mayor de la colonia.

Cempoala tenía probablemente de 20 a 30 mil habitantes. De arquitectura muy pobre en comparación con la de los grandes centros del clásico, maravilló de todas maneras a los españoles, quienes hasta entonces sólo habían visto poblados mucho más pequeños. Sobre todo les produjo admiración la gran cantidad de flores que adornaban las calles y no faltó soldado que pensara al ver las casas con un fino aplanado de cal, que los edificios eran de plata.

El cacique, una masa de carne que efectivamente apenas se podía mover apoyándose en 2 robustos criados, los recibió dentro de la población y los condujo a un fresco palacio donde ya estaba servido un banquete succulento.

Los hambrientos españoles no veían la hora de empezar a hartarse. Muy discretamente el cacique se retiró para dejar a sus huéspedes que comieran a sus anchas.

Al día siguiente tras una noche de sueño tranquilo Cortés marchó hasta el palacio del cacique para pagarle la visita. El jefe indígena preguntó a Cortés cuál era el motivo de su viaje. El capitán español respondió que había sido enviado por Carlos I para castigar a los malvados.

En cuanto escuchó esto el cacique empezó a suspirar: "Ningún pueblo es más malo que los aztecas, gimió, roban a los totonacas sus joyas y su oro se llevan hombres, mujeres y niños para sacrificarlos, les hacen la guerra y les arrancan tributos".

Cortés confirmó de este modo que el mundo indígena estaba profundamente dividido; adoptó un aire paternal y dijo al cacique que no se preocupara, él lo desagraría, pero que por el momento debía proseguir la marcha.

Al amanecer del día siguiente partieron Cortés y sus hombres auxiliados por 400 cargadores totonacas que les proporcionó el cacique.

En ese preciso momento llegaron unos mensajeros a decirle al cacique gordo que venían 5 enviados de Moctezuma. El infeliz palideció y empezó a temblar. Se apartó discretamente de Cortés y dio órdenes a sus criados para que prepararan el recibimiento a los aztecas una enramada para que estuvieran frescos, un gran banquete, etc.

Los funcionarios aztecas vestían ricas mantas y bragueros. Al caminar aspiraban el perfume de una flor mientras varios esclavos los abanicaban. Sin dignarse a mirar siquiera a los españoles marcharon directamente hasta el cacique gordo y con palabras fuertes le anunciaron que había agraviado seriamente a Moctezuma al brindar su hospitalidad a los extranjeros. Para desagrararlo debía entregar 20 doncellas y 20 muchachos que serían sacrificados.

La Malinche tradujo todo lo que se decía; Cortés comprendió lo difícil de la situación. Cuando los aztecas se retiraron a descansar ordenó al cacique gordo que los pusiera presos.

El cacique quedó espantado pero ante la firmeza con que Cortés le hablaba se sometió a cumplir las órdenes. A continuación Cortés le mandó que de ahí en adelante dejara de pagar tributos a Moctezuma.

Los totonacas quedaron tan asombrados de que hubiera seres capaces de desafiar al monarca azteca que de inmediato empezaron a llamarles tehúles, es decir, dioses. A continuación sintiéndose protegidos por aquellos seres sobrenaturales pasaron del terror al atrevimiento y quisieron sacrificar a los recaudadores pero Cortés se lo prohibió.

Más tarde Cortés hizo llevar secretamente a su presencia 2 de los presos, fingió que no había tenido conocimiento de que iban a aprehenderlos y se declaró amigo de Moctezuma. Luego los ayudó a huir enviando 6 marineros que los sacaron del territorio totonaca para que pudiera informar a sus soberanos lo que había ocurrido. Les prometió que más tarde ayudaría a los 3 restantes a recobrar la libertad.

Mientras tanto en la gran Tenochtitlán la gente no hablaba de otra cosa que de los poderosos extranjeros. Decían que Quetzalcóatl regresaba a castigarlos y se registraron escenas de pánico similares a las que aparecen en las novelas de ficción científica cuando se relata la llegada a la tierra de invasores marcianos. Pronto llegaron mensajeros con la noticia de que los totonacas azuzados por los españoles habían hecho prisioneros a los caciques aztecas, es decir, a los emisarios.

No había delito que los aztecas castigaran con mayor rigor que la agresión a sus recaudadores de impuestos o mensajeros o emisarios.

Aún por faltas insignificantes como el de tratarlos con descortesía acostumbraban enviar expediciones militares contra el pueblo rebelde y lavar la afrenta con sangre de sacrificados. A pesar del pánico que sentía Moctezuma cedió a las presiones de sus consejeros que le pidieron

enviar contra los españoles un poderoso ejército; permitir que la ofensa quedara impune significaría el fin del dominio azteca; los pueblos sometidos se envalentonarían y pronto estallarían rebeliones en todos los rincones del imperio. El ejército estaba a punto de iniciar la marcha cuando llegaron los 2 recaudadores y recibió con alegría al escuchar sus informes

En lugar de soldados inmediatamente envió a Cortés a una comitiva encabezada por dos sobrinos suyos que le presentarían nuevos saludos y regalos modestos del emperador.

Sentirse protegido por aquel hombre a quien Moctezuma enviaba embajadores tan distinguidos era para el cacique gordo de Cempoala la esencia de la felicidad. Constantemente andaba tras de Cortés, adulándolo y colmándolo de atenciones. Cierta día se quejó de la gente de un pueblo situado a dos días de Cempoala, que agredía a sus súbditos y les destruía sus sembradíos. Pidió a Cortés que fuera a ese pueblo a castigar a los malvados.

Cortés captó la oportunidad que se le presentaba para impresionar todavía más al cacique. Le contestó que no era necesario que se desplazara él y sus hombres; con un solo español bastaría y sobraría para someter a los enemigos.

Llamó entonces a un tal Heredia "El Viejo", soldado de facciones duras y tupida barba, tuerto, cojo y con el rostro marcado por cuchilladas; decían que parecía ídolo y por eso atemorizaba a los totonacas de manera especial y se puso de acuerdo con él para que representara un sainete. En medio del infinito asoro de los totonacas, Heredia "El Viejo" marchó solo en dirección del pueblo enemigo disparando al aire su escopeta y contrayendo rabiosamente la boca.

Cortés lo dejó avanzar lo suficiente para que corriera la noticia por el rumbo de que un español iba solo por los montes a castigar a los enemigos del cacique gordo. Luego mandó un mensajero a caballo para que lo hiciera regresar y dijo al cacique que como prueba de su amistad y como favor muy especial él mismo y un puñado de sus hermanos irían a desempeñar la misión punitiva.

En Cempoala el cacique gordo trató de apaciguar a Cortés agasajándolo de manera muy especial. Por principio de cuentas le regaló ocho mujeres, la más fea de las cuales era sobrina del cacique y fue entregada a Cortés, entre ellas había una muy hermosa que fue cedida a Puerto Carrero, apartentemente Cortés ya se había interesado en la Malinche y quería resarcir de la pérdida a su favorito.

El cacique estaba tan nervioso que Cortés vio la oportunidad de someterlo de una vez por todas. Para aceptar a las mujeres puso como condición que primero fueran bautizadas porque dijo que los cristianos no podían tener relación con idólatras.

Tras titubear un poco el cacique aceptó colocándose de este modo en la posición ideal para recibir el golpe definitivo. Cortés le informó que el principal objetivo de su misión era arrancar a los indios de la idolatría y que por lo tanto debía convertirse al cristianismo y destruir a sus dioses.

Cortés estaba seguro de que los totonacas serían incapaces de contrariarlo. Sin pensar más, envió a medio millar de soldados que subieran por las escalinatas de las pirámides hasta los templos y destruyeran los ídolos. Cuando los vieron subir los sacerdotes comenzaron a dar chillidos de horror y azuzar a la muchedumbre para que dieran muerte a los españoles.

Los cristianos fueron rodeados poco a poco; Una multitud de guerreros totonacas parecían dispuestos a liquidar a los profanadores. La carnicería parecía inevitable cuando de pronto se impuso la voz de la Malinche. A gritos presentó a los totonacas un razonamiento terrible. Ya habían ofendido mortalmente a Moctezuma quien los defendería si ahora se enemistaban con los soldados españoles.

De la muchedumbre totonaca brotaron gemidos de impotencia; Cortés aprovechó la oportunidad para ordenar a los soldados que arrojaran los ídolos por la escalinata de las pirámides.

Gradualmente la misma escena se fue repitiendo en otros pueblos del rumbo. En cada sitio desconocían a Moctezuma juraban obediencia a Carlos I. Los ídolos se quebraban al rodar por las escalinatas de las pirámides y en las cúspides de los templos se instalaban cruces pintadas de blanco para un Dios nuevo y misterioso.

Los repetidos triunfos de Cortés frente a los indígenas no bastaron para calmar el malestar que persistía entre sus hombres. Cada día resultaba más difícil contener a los partidarios de Velázquez que no cesaban de señalar la insensatez de permanecer más tiempo en aquellas tierras. De regreso, en la Villa Rica de la Vera Cruz, agravó la situación la llegada de un barco de Cuba capitaneado por un aventurero de apellido Saucedo que hizo el viaje por cuenta propia para unirse a las fuerzas de Cortés y trajo la noticia de que Diego Velázquez ya había obtenido la autorización real de colonizar el Continente.

Todo parecía perdido; las fatigas, las luchas, los trabajos todos de la expedición beneficiarían exclusivamente al taimado Velázquez. Pero ni Cortés ni sus partidarios habían de darse por vencidos. Sin pérdida de tiempo realizaron otro motín para exigir a Cortés que en bien de los intereses del rey de España prosiguieran la marcha hasta la ciudad de Moctezuma.

Cortés sabía que si se mostraba blando los partidarios de Velázquez y muchos timoratos neutrales acabarían por estropearle todos sus planes. Lo mejor sería acabar radicalmente con la tentación de regresar. Para ello resolvió junto con un grupo de sus partidarios deshacerse de las naves. Secretamente mandó retirar de los barcos, las velas, las anclas, los cables y hasta los clavos; hizo guardar los botes de remos que serían útiles para la pesca y antes que nadie pudiera evitarlo los cascarones de los navíos fueron echados a pique.

Se produjo gran algabarría entre los descontentos. Unos aceptaron gradualmente la idea de que no les quedaba más remedio que seguir adelante. Aún en el centenar de marineros que tripulaban las embarcaciones se vieron obligados a seguir a Cortés.

Pero el capitán general no se conformaba con arrancar a sus hombres una actitud pasiva, necesitaba reavivar el entusiasmo y para ello hizo reunir a todos los expedicionarios y les dirigió un discurso tan encendido y vehemente acerca de las glorias que iban a ganar para el cristianismo, para la Corona Española y para ellos mismos, que al terminar sólo se escuchaba entre los expedicionarios un clamor: ¡a México! ¡a México!

Por consejo de los totonacas Cortés trazó su ruta a través de Tlaxcala; los tlaxcaltecas eran enemigos tradicionales de los aztecas y Cortés cometió el error de pensar que ellos también sucumbirían al efecto hipnótico de las armas y los animales de los tehules o dioses y que los recibirían tan hospitalaria y dócilmente como los de Cempoala.

Sin contratiempo llegaron dos días después a Jalapa. El país totonaca terminaba en aquel poblado pequeño fincado a orillas de una hermosa barranca y rodeado de un tupido bosque de Hoyameles y flores.

El clima era deliciosamente templado, acostumbrados al calor de Cuba y al de la costa mexicana, los españoles, vestidos de ropa delgada y alpargatas, comenzaron a sentir frío, en tanto que los totonacas semidesnudos debían apretujarse unos con otros para darse un poco de calor.

Habían pasado por Xico y Jalancingo; continuaron por Tecihuatlán y muchos otros pueblos de habla náhuatl y otomí de pequeña y mediana importancia, donde eran recibidos con una mezcla de frialdad, curiosidad y temor. Conseguían provisiones y cargadores y seguían adelante; a medida que avanzaban, el horizonte se alisaba de nopaleras y magueyales; atrás de los sembradíos de maíz y los bosquecillos de frenos surgían el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. La novedad del paisaje y su clima templado como de primavera europea no cesaba de maravillar a los expedicionarios.

Casi al terminar agosto llegaron a las cercanías de Tlaxcala; Cortés envió cuatro dignatarios totonacas para avisar que sus intenciones eran pacíficas y deseaban pasar por el poblado en tránsito a Tenochtitlán.

Los de Tlaxcala eran una especie de parientes pobres de los aztecas. Originalmente fueron una de más de las tribus chichimecas que emigraron por el siglo XII a la meseta central procedentes del norte. Adquirieron alguno de los adelantos culturales logrados por los toltecas.

El territorio de Tlaxcala estaba protegido al norte y al sur por murallas de piedra que alcanzaban 3 metros de alto y 6 de espesor y se extendían a lo largo de 8 kilómetros hasta apoyarse en unos cerros. No se sabe con certeza si la muralla fue obra de los tlaxcaltecas o la construyeron los aztecas para aislar a sus enemigos.

La ciudad contaba con varias decenas de miles de habitantes. Estaba formada por una infinidad de jacales miserables y unos cuantos edificios públicos pobremente construidos. Se dividía en cuatro barrios perfectamente delimitados por medio de cercas. Cada barrio era autónomo y estaba gobernado por un cacique que celebraba conferencias con los demás solamente cuando debía tratar problemas bélicos o disputas de carácter civil.

Tras aguardar vanamente el regreso de los mensajeros a los dos o tres días Cortés decidió internarse en el territorio de Tlaxcala. La muralla tenía una estrecha entrada y por ahí pasaron tranquilamente los españoles ya que por algún motivo no había resguardo en aquellos momentos.

Avanzaron varios kilómetros hasta tropezar con una treintena de guerreros indígenas (probablemente otomíes) que hacían gestos amenazantes y blandían sus lanzas y sus macanas. Varios jinetes se lanzaron a galope tras ellos y pronto se desató una pequeña batalla en la que los indígenas no parecían preocuparse mucho por los caballos y las armas de sus enemigos.

Apartadamente los cuatro caciques de Tlaxcala habían celebrado una conferencia. Lejos de quedar impresionados por los relatos del poderío de los tehules o dioses que les hicieron los totonacas, temieron que los españoles fueran aliados de los aztecas y que tramaran una traición. Xicotécatl "El Joven", hijo de Xicotécatl "El Viejo", cacique de uno de los 4 barrios, se mostró especialmente decidido a liquidar a los intrusos. Se cree que los caciques optaron por dejar actuar. Si triunfaban lo recompensarían y en otro caso si era derrotado arrojarían sobre él la culpa de lo que ocurriera.

Al amanecer el 2 de septiembre los españoles reanudaron la marcha. Poco tiempo después se encontraron a dos de los mensajeros aztecas. Habían sido encarcelados y consiguieron huir y con terror informaron que una multitud de tlaxcaltecas aguardaban a los españoles en pie de guerra.

Los españoles recibieron la noticia con resignación. No quedaba otra cosa que prepararse para la guerra y encomendarse a Santiago apóstol y seguir adelante. Junto con los cempoltecas y otros indígenas capturados en el camino, los efectivos españoles ascendían a más 3000 individuos.

A continuación siguió una batalla terrible. Las armas de fuego y las espadas de acero de los españoles hacían innumerables bajas entre los tlaxcaltecas, pero éstos no perdían el ánimo y causaban estragos en el bando español, sólo que su bravura resultaba poco eficaz ante el concepto que tenían de la guerra: su objetivo no era matar el mayor número de enemigos posibles, sino capturarlos vivos para ofender su corazón a los dioses. Gran número de tlaxcaltecas perecieron al tratar de apoderarse de un caballo que destrozaron en el mismo campo de batalla para repartir los pedazos como trofeo en los pueblos vecinos. Además, para evitar que sus muertos cayeran en poder del enemigo, desperdiciaban muchas vidas, tiempo y esfuerzo en recoger sus cadáveres.

El siguiente día a la batalla, transcurrió sin novedades importantes. El día 4 Cortés mandó mensajeros a repetir que sus intenciones eran pacíficas y que sólo deseaba pasar por Tlaxcala en tránsito a Tenochtitlán. No tardaron los mensajeros en regresar con la noticia de que Xicotécatl, El Joven, amenazaba con sacrificar a todos los españoles si osaban seguir adelante y que estaba organizando un ejército numerosísimo para dar la batalla final.

El espantoso grito de guerra indígena se dejó oír en cuanto los es-

pañoles fueron avistados. Estos siguieron adelante encomendándose a Santiago apóstol y cuando estuvieron a distancia conveniente cayó sobre ellos una granizada de flechas y piedras. Los disparos de arcabuz y cañón no bastaron para impedir que se acercara a los españoles una oleada de tlaxcaltecas con lanzas y macanas. El fuego y el acero seguían abriendo surcos de cadáveres en las compactas filas tlaxcaltecas, pero los muertos eran prontamente sustituidos por otras oleadas de guerreros que eran como una pesadilla. Los españoles y sus aliados pasaban grandes apuros para conservar sus posiciones.

Los del bando español estaban exhaustos, Cortés comprendió que con otra batalla como esa quedarían aniquilados. Envió por lo tanto a una nueva embajada para reiterar que sus intenciones eran pacíficas y que estaban dispuestos a perdonar a los tlaxcaltecas si prometían conducirse correctamente en el futuro.

Los tlaxcaltecas también habían sufrido pérdidas enormes y la llegada de los nuevos mensajeros dividió a los gobernantes. Algunos se mostraron decididos a negociar la paz. El grupo belicista encabezado por Xicotécatl, el joven, obtuvo sin embargo la autorización para llevar a cabo un nuevo asalto. Los hechiceros le habían dicho que sólo de noche era posible derrotar a los españoles y Xicotécatl realizó poco después un ataque nocturno con aproximadamente 10,000 guerreros.

Grave error; entre los indios del altiplano era desconocida la guerra nocturna y en cambio los españoles dormían con sus armas al lado. Sus centinelas advirtieron con oportunidad la inminencia del ataque y los españoles tuvieron tiempo de ocupar la mejor de sus posiciones para esperarlo ventajosamente. Los tlaxcaltecas quedaron paralizados con la sorpresa de ver que los aguardaban. Los españoles les hicieron una matanza tremenda hasta hacerlos huir.

Mientras tanto, el campamento de Cortés había recibido la visita de varios embajadores aztecas. Moctezuma estaba perfectamente enterado de lo que ocurría en Tlaxcala. Al principio alentó la esperanza de que los tlaxcaltecas aniquilarían al ejército de Cortés y cuando corroboró que los españoles proseguían la lucha, perdió el ánimo y envió a la embajada con regalos y la súplica de que los españoles se abstuvieran de llegar a Tenochtitlán, en vista de que la gente estaba muy agitada y de que el monarca no podía garantizar la seguridad de los extranjeros. Cuando Cortés reiteró su propósito de continuar el viaje los embajadores le anunciaban a Cortés que Moctezuma estaba dispuesto de convertirse en vasallo de Carlos I y sólo deseaba conocer el monto del tributo anual en metales y piedras preciosas que debía pagar. Como única

condición para aceptar el vasallaje proponía que los españoles se abstuvieran de llegar a Tenochtitlán.

Estaba Cortés en plena conferencia con los embajadores aztecas cuando le avisaron que se acercaba la delegación tlaxcalteca a celebrar negociaciones de paz. El propio Xicoténcatl, el joven, pidió perdón por los ataques realizados y prometió obediencia a los españoles y a su rey. Después de esto, los embajadores aztecas no volvieron a insistir en que Cortés desistiera de sus propósitos de visitar su ciudad.

El 23 de septiembre de 1519 los españoles entraron en Tlaxcala bajo arcos triunfales y agasajados con una lluvia de flores. Los caciques les ofrecieron un banquete lo más lucido que pudieron en medio de sus estrecheces y les obsequiaron varias doncellas.

Cholula se encuentra a unos 5 kilómetros de la ciudad de Puebla en un valle fértil denominado por la silueta del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Ahí se habían refugiado varios dignatarios toltecas después de la destrucción de Tula. A la llegada de los españoles era una de las ciudades más ricas y florecientes de Mesoamérica. Situado a algunas millas del camino de Tenochtitlán a Oaxaca, a Centroamérica y al Golfo de México era un centro comercial cuya prosperidad era envidiada por toda la comarca. Sus artesanos se especializaban en la manufactura de vasijas de barro extraordinariamente bellas que se habían convertido en las favoritas de los potentados aztecas.

Dignatarios y sacerdotes de Cholula recibieron amistosamente a Cortés y los suyos; no había un mandatario principal, más al notar que llegaban acompañados de millares de tlaxcaltecas se mostraron ofendidos, y dijeron que no permitirían la entrada a sus enemigos. Cortés aceptó que sus aliados acamparan en las afueras de la ciudad y sólo conservó a los que cargaban las piezas de artillería.

El 14 de octubre de 1519 Cortés convocó a los principales dignatarios cholultecas a reunirse en la gran plaza de la ciudad. El pretexto de la reunión fue que la llevaran cargadores para proseguir el viaje. Tres mil cholultecas se reunieron pacíficamente en la plaza sin advertir que los soldados españoles habían ocupado los sitios más estratégicos y cerraban las tres puertas que daban acceso al lugar. Cuando cesaron de llegar, Cortés les dijo por intermedio de la Malinche que se había enterado de que le preparaban una traición y que por lo tanto los iba a castigar.

Seguidamente hizo disparar un arcabuz; ésta era la señal convenida para que los soldados españoles hicieran funcionar sus armas de fuego y

empezaran a tasajear con sus espadas y cuchillos a los indefensos cholultecas; uno con espadas, no con cuchillos hicieron frente a los españoles; nomás por perfidia fueron muertos; nomás como ciegos murieron; nomás sin saberlo murieron" dejó escrito un cronista indígena. En breve tiempo la plaza quedó cubierta con los cadáveres de tres mil cholultecas en una masa informe de carnes ensangrentadas y penachos de plumas destrozadas.

¿Por qué realizó Cortés una matanza tan grande y aparentemente sin sentido?. La cuestión ha dividido a los historiadores. Cortés y sus partidarios sostienen que los cholultecas tramaban efectivamente una traición y que tenían preparado un ejército enorme para aniquilar a los españoles. Al descubrir la conjura Cortés no tuvo más remedio que actuar sin piedad. Otros opinan que fue una medida tomada a sangre fría: Cortés necesitaba cubrir su retaguardia en su viaje a Tenochtitlán y no podía dejar sin asegurar a una ciudad tan importante como Cholula. Necesitaba además paralizar a Moctezuma y por ello, cosa frecuente entre conquistadores, inventó lo de la conjura para tener pretexto de aniquilar a los cholultecas.

Los vencedores se estacionaron 14 días en Cholula y después reanudaron la marcha hacia la ciudad de Moctezuma. Hicieron una breve escala en Huejotzingo y luego continuaron entre los caseríos regados por las faldas del Popocatepetl y ascendieron por la sierra para llegar al punto conocido hoy como paso de Cortés.

Cortés apenas se dignó rechazar el último requerimiento que le hizo Moctezuma para que se abstuviera de llegar a Tenochtitlán. Los expedicionarios implacables prosiguieron su marcha. En las cercanías de los pinales de Amecameca cayó una nevada y con el paisaje cubierto de blanco llegaron hasta el punto donde termina la cuesta y se divisa el hermoso panorama del Valle de México, con sus lagos que reflejaban al cielo de un azul intenso y la infinidad de pueblos y ciudades que existían en la rivera; en aquella época el valle tenía una población calculada entre uno a tres millones de personas.

Cuando Moctezuma se convenció de que Cortés no desistiría por ningún motivo de llegar a Tenochtitlán mandó una comitiva encabezada por su sobrino Cacamatzin rey de Texcoco, para que diera la bienvenida a los extranjeros.

El 8 de noviembre de 1519 (habían pasado 9 meses desde que salieron de la Habana), llegó por fin el momento de conocer a Moctezuma. La escena sirvió a Bernal Díaz del Castillo para escribir una de las páginas más emotivas de la literatura española.

El encuentro entre Moctezuma y Cortés tuvo lugar en el sitio donde hoy se levanta el hospital de Jesús a unos centenares de metros del Zócalo metropolitano. Bernal Díaz del Castillo observó la escena. Esta es la descripción que hace Bernal Díaz del Castillo: "Ya que llegamos cerca de México se apeó el gran Moctezuma de las andas y traían en el brazo aquellos grandes caciques debajo de un palio muy riquísimo a maravilla y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas. Y el gran Moctezuma venía ricamente ataviado y calzado con las suelas de oro y con muy preciada piedrería por encima y los 4 señores le traían del brazo y venían otros grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas y otros muchos señores que venían delante del gran Moctezuma barriendo el suelo por donde había de pisar y le ponían mantas para que no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban a la cara sin los ojos bajos".

"Y como Cortés vio y entendió que venía el gran Moctezuma se apeó del caballo y desde que llegó cerca de Moctezuma a una se hicieron grandes acatos".

"Moctezuma le dió la bienvenida y Cortés le respondió con Doña Marina que él fuera muy bien estado y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a la mano de unas piedras de vidrio que se dicen margaritas que tienen dentro de sí muchas labores y diversidad de colores y venía ensartado con unos cordones de oro con amizcle por que diesen un buen olor y se lo hechó al cuello el gran Moctezuma y cuando se lo puso Cortés lo iba a abrazar y aquellos grandes señores que iban con Moctezuma le tuvieron el brazo a Cortés por que lo tenían por menosprecio.

Y luego Cortés por la Lengua de Doña Marina le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto a un tan gran príncipe y que le tenía en gran merced la venida de su persona al recibirle. Entonces Moctezuma dijo otras palabras de buen comedimiento. Quiero ahora decir, la multitud de hombres, de mujeres y muchachos que estaban en las calles y azoteas y en canoas en aquellas astedas que no salían a mirar; ahora que lo estoy describiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó". Estas son transcripciones del relato de Bernal Díaz del Castillo.

El islote en que se levantaban Tenochtitlán y Tlatelolco de forma más o menos cuadrangular y unos tres kilómetros de lado, ocupaban buena parte de lo que ahora constituye el centro de la ciudad de México.

Tenochtitlán pareció a Cortés tan grande como Sevilla y Córdoba. No se sabe exactamente cuál sería su población; los cálculos de los especialistas arrojan cifras oscilan entre cien mil y un millón de habitantes y la de 300 mil es la más aceptada. Cualquiera que haya sido la cifra, en términos modernos resulta poco impresionante pero la extensión de la capital azteca asombró a los españoles por que en su continente los centros principales urbanos como Londres, Polonia, Florencia y Sevilla albergaban como máximo 100,000 habitantes.

Por otra parte Tenochtitlán era una ciudad airada, limpia y llena de verdor, en contraste con la sucesión de callejones tétricos y pestilentes que formaban las ciudades europeas. Los palacios de Mármol de Florencia y Venecia probablemente eran más suntuosos que los que había en Tenochtitlán, pero tal vez en la capital azteca la gente disfrutaba de condiciones de vida más amables que el común de los europeos.

Durante los 4 primeros días de estancia en Tenochtitlán los españoles se limitaron a hacer el corto recorrido entre su cuartel general y el palacio de Moctezuma. De inmediato sintieron la necesidad de efectuar un reconocimiento más amplio del Islote y Cortés solicitó el permiso para visitar la ciudad en compañía de varios lugartenientes. La petición fue resuelta favorablemente; Moctezuma deseoso de vigilar el buen comportamiento de sus huéspedes anunció que los esperaba en lo alto de la gran pirámide de Tlatelolco.

Con sus grandes espacios abiertos dominado por los templos gemelos de Huizilopchtli y Tezcatlipoca, el núcleo cívico religioso impresionó más a los españoles que el de Tenochtitlán donde el apiñamiento de edificios era tal, que dificultaba apreciar la magnificencia del conjunto. Pero la sorpresa mayor aguardaba a los españoles en el gran mercado de Tlatelolco, tan grande como dos veces la plaza de la ciudad de Salamanca, según Cortés, donde una colorida multitud compraba y vendía productos traídos de todos los rincones del imperio.

Moctezuma sin embargo parecía estar muy lejos de concebir la posibilidad de lanzarse contra los españoles. Ya Cortés le había dicho personalmente que ni él ni sus hombres eran tehules, pero también le había advertido que su rey era muy poderoso y no permitiría que nadie maltratara a sus súbditos y si medio millar de españoles habían sido capaces de realizar las hazañas que lo llevaron a Tenochtitlán ¿qué podía hacer Moctezuma contra el gran ejército que sin duda enviaría el poderoso monarca en caso de que Cortés y sus hombres fueran atacados? La noche de su llegada los españoles celebraron el acontecimiento poniendo a funcionar sus cañones en el palacio de Axayácatl y Moctezuma

recordaba muy bien el pavor que causó el estruendo entre los Tenochcas.

Cortés se tranquilizó al punto de atreverse a pedirle a Moctezuma que le permitiera instalar una imagen de la Virgen María frente a los templos de Huizilopochtli y Tezcatlipoca, no imaginó que la petición pondría fuera de sí al monarca cuyo temor por sus dioses era mayor que el que podían inspirarlo los españoles.

Tajantemente reprochó a Cortés su falta de delicadeza y el capitán español tuvo que disculparse. Luego Cortés recuperó la iniciativa solicitando permiso para construir un altar cristiano en el palacio de Axayácatl a lo que accedió prontamente el monarca si bien tenía por favorito a Huizilopochtli, los aztecas reverenciaban a todos los dioses de todos los pueblos.

El altar se construyó a gran prisa:

Mientras avanzaba la obra, Cortés se veía preocupado cavilando constantemente sobre lo difícil de su situación estratégica. Entre sus hombres corría el rumor de que los aztecas preparaban un ataque. La tirantez que había adquirido las relaciones con Moctezuma aumentaba su intranquilidad.

Hubo una junta de los principales españoles y como acuerdo se resolvió tomar como prisionero a Moctezuma y tenerlo como rehén.

Pero como obviamente tenían que actuar por sorpresa, Cortés solicitó una inocente audiencia a Moctezuma, se la concedió sin demoras. El día en que se celebró la audiencia los españoles llevaban una semana escasa de haberse instalado en Tenochtitlán.

Cortés se hizo acompañar por la Malinche y por sus principales lugartenientes. Una vez dentro del salón real, actuó sin titubear. Tenía un magnífico pretexto para descontrolar a Moctezuma; un cabecilla azteca de Veracruz había atacado y dado muerte a varios españoles de la Villa Rica; Cortés tuvo conocimiento del hecho por intermedio de unos mensajeros totonacas. Moctezuma también sabía lo ocurrido pero se había cuidado de comunicarlo a los españoles.

De este modo Cortés pudo iniciar la entrevista reclamando al monarca el mal comportamiento de sus hombres y mostrándose ofendido de que Moctezuma no le informara al respecto; acorralado Moctezuma se limitó a negar que él hubiera ordenado el ataque. Cortés replicó que

en tal caso el agresor debía ser traído a Tenochtitlán para que lo castigaran los españoles, Moctezuma cedió.

Inmediatamente partieron rumbo a Veracruz varios mensajeros encargados de hacer cumplir el arreglo.

En cuanto se alejaron, Cortés informó a Moctezuma que debía acompañarlo al palacio de Axayácatl como garantía de que nada tramaban.

¿Pero cuándo se ha visto de que un soberano como yo abandone el palacio para rendirse prisionero? dijo Moctezuma estupefacto.

La discusión se prolongó por más de 2 horas. Los acompañantes de Cortés empezaron a hablar con voz alterada y Moctezuma preguntó a la Malinche qué significaba todo aquello y la hábil mujer dijo al monarca que lo querían matar. Añadió que Cortés era su amigo y no permitiría tal cosa pero que tenía que acompañarlo al palacio de Axayácatl para que los ánimos se serenaran. Esto decidió a Moctezuma enviar por la litera que lo conduciría al cautiverio.

Hubo alarma en el palacio cuando los aztecas vieron que Moctezuma abandonaba apresuradamente el lugar, rodeado por Cortés y sus hombres. Moctezuma calmó personalmente a sus súbditos.

Moctezuma, según Bernal Díaz del Castillo, aparentaba unos 40 años de edad, de buena estatura, esbelto y bien proporcionado, tenía rostro alegre y ojos muy expresivos.

En 1502 había escogido Tlatoani; como tal acrecentó los dominios aztecas por medio de conquistas y recrudesció la imposición de tributos a los pueblos sometidos.

Moctezuma reclamaba de todo a sus súbditos; aún de los más allegados, un sometimiento total; para entrevistarse con él debían reemplazar sus vestiduras de lujo por prendas muy modestas y limpias. Antes de dirigirle la palabra debían hacer 3 reverencias al tiempo que decían: Señor, mi Señor, mi gran Señor y permanecer con la mirada baja, pues nadie podría mirar directamente el rostro del soberano; cuando se retiraban lo hacían de espaldas sin levantar los ojos.

La vida de Moctezuma se parecía mucho a la de los sultanes; tenía 2 esposas legítimas que le dieron 19 hijos y una legión de concubinas con las que tuvo descendencia sin cuenta.

Pronto llegó la comitiva con el cabecilla que había atacado a los españoles de Veracruz. Lo acompañaban su hijo y 15 subordinados. Después de un juicio sumarísimo el cabecilla y sus acompañantes fueron condenados a ser quemados vivos.

Bajo el tormento el cabecilla declaró que había actuado por órdenes de su Tlatoani. Esto dió a Cortés la oportunidad de asestar a Moctezuma un golpe psicológico contundente. Mandó poner grilletes al monarca mientras se celebraba la ejecución como un castigo simbólico y Moctezuma se sometió tembloroso al ultraje.

Terminada la quema de los condenados, Cortés quitó en persona los grilletes de Moctezuma, éste le dió humildemente las gracias.

Intimamente sin embargo Cortés seguía preocupado. Vagamente sospechaba que no todos los cabecillas aztecas podían ser tan faltos de ánimo como Moctezuma. Subsistía la posibilidad de que los atacaran y al cortar los puentes les impidieran llegar a tierra firme y los doblegaran por hambre. Decidió por lo tanto mandar a hacer 4 bergantines que en caso necesario le servirían para la fuga.

Moctezuma parecía resignado y hasta contento de estar en manos de los españoles. Sorpresivamente Moctezuma regaló a Cortés 3 de sus hijas 2 de ellas en calidad de concubinas y una de ellas para que el capitán español fuera su padrino de bautizo. Cortés tuvo descendencia con las 3.

El comportamiento de Moctezuma llenaba de indignación a los dirigentes indígenas. No tardó en brotar una rebelión. Encabezados por Cacamatzin rey de Texcoco, los caciques de varios pueblos del lago formaron un gran ejército cuyo propósito aparente era el de rescatar al monarca cautivo; trataron de convencer a los guerreros tenochcas de que se les unieran pero éstos contestaban que nada harían sin órdenes expresas de Moctezuma.

Cortés se enteró de lo que pasaba. Aquello era precisamente lo que más temía y sin pérdida de tiempo decidió aprovecharse una vez más de Moctezuma. Le dijo que Cacamatzin intentaba derrocarlo y se declaró dispuesto de enviar sus ejércitos contra él; Moctezuma contestó que no era necesario, varios funcionarios Texcocanos estaban a sueldo del soberano Tenochca y a una orden de éste tomaron prisionero a Cacamatzin y a sus principales aliados y los condujeron al palacio de Axayácatl, donde quedaron bajo la custodia de una fuerte guardia de españoles. La rebelión había sido limpiamente sofocada.

Ya nadie intentaría liberar a Moctezuma ni combatir a los españoles. Sin saberlo el soberano azteca se había entregado él mismo a sus enemigos; Cortés se llenó de alegría al advertir el viraje que había dado la situación y sin pérdida de tiempo procedió a sacarle jugo: Anunció a Moctezuma de que había llegado el momento de jurar fidelidad a Carlos I y declararse su vasallo.

Aturdido al principio, Moctezuma cayó gradualmente en la cuenta de que no podía hacer otra cosa; así como él había sometido y humillado a tantos pueblos, no tenía ahora más remedio que someterse a un señor extraño y desconocido. Recordó la famosa profecía de que unos hombres confusamente relacionados con Quetzalcóatl gobernarían un día a los aztecas y no tuvo voluntad para oponerse a lo que él creía que era su destino.

Cortés le aclaró que no sólo él sino también los caciques de los pueblos tributarios de los aztecas tenían que hacer el juramento.

Aletargado, Moctezuma despachó mensajeros a todos los rincones de su imperio ordenando presentarse en Tenochtitlán a los caciques.

Todos los dignatarios con Moctezuma al frente se pusieron en fila y uno a uno fueron aceptando el vasallaje.

Llegó a continuación el momento de pedir a los flamantes vasallos que probaran su lealtad con un regalo digno de Carlos I; Moctezuma puso a disposición de los españoles el tesoro de su padre que estaba ahí mismo, en una de las habitaciones secretas de su antiguo palacio y que consistía en oro, objetos de plata, de jade y de pluma.

Fueron enviados mensajeros hasta las ciudades más lejanas del imperio azteca y pronto regresaron cargados de oro, joyas, ropa y adornos. Los españoles fundieron las joyas de oro para fabricar barras que serían más fáciles de transportar; el botín fue enorme.

El sometimiento de los aztecas a la corona española se había consumado sin necesidad de disparar un solo tiro. Cortés era ya dueño del tesoro y sin embargo no podía darse por satisfecho ni considerar terminada su misión hasta en tanto sus partidarios no consiguiesen que Carlos I revocara en su favor la concesión dada a Velázquez para colonizar a México. En espera de una resolución Cortés prolongaba su estancia en Tenochtitlán.

Lo común en aquel lugar y época era que los conquistadores aban-

donaran las tierras sometidas en cuanto los vencidos juraban fidelidad al nuevo amo.

Ante la demora, Moctezuma empezó a insinuar a Cortés la conveniencia de partir. Para alargar las cosas Cortés reclamó el derecho de levantar un altar cristiano frente a los templos de Huitzilopochtli y Tláloc. Moctezuma aceptó sin regateos con el propósito viviente de que Cortés liquidara sus asuntos y se marchara.

Moctezuma mostaba abiertamente su impaciencia ya que la presencia de los extranjeros minaba cada vez más su autoridad. Finalmente un día a fines de abril o principios de mayo de 1520, recibió informes de que habían llegado a Veracruz 18 navíos españoles. Pensando que venían a recoger a los conquistadores para llevarlos a su país, Moctezuma se alegró y mostró a Cortés las mantas con dibujos y jeroglíficos en que sus representantes le comunicaban la nueva.

Cortés se mostró muy complacido aunque interiormente se esperaba lo peor; no se equivocaba: como le informaron poco después sus propios mensajeros, la expedición había sido enviada por el gobernador de Cuba. Capitaneada por Pánfilo de Narváez uno de los hombres más hábiles y decididos de Diego Velázquez.

La expedición era la más poderosa de todas las organizadas hasta entonces en el nuevo mundo; alrededor de 1400 soldados entre ochenta de caballería, 80 arcabuzeros y 150 ballesteros.

Narváez disponía asimismo de un gran número de cañones. Las órdenes que traía era aplastar a Cortés.

Para evitar enfrentamientos públicos entre españoles que podían aprovechar sólo a los nativos Narváez redujo a un mínimo el grupo de emisarios que debían exigir la rendición de la Villa Rica.

Fueron éstos, un clérigo, un notario y 4 soldados. Si fracasaban en su misión el notario debía levantar acta, que los soldados firmarían como testigos.

Lejos de rendirse el comandante de la guarnición tomó como prisioneros a los enviados y los despachó a Tecnochtitlán. De este modo Cortés se vió en la necesidad de hacer uso de toda su astucia. En cuanto los vió llegar dejó en libertad a los prisioneros, los colmó de atenciones y les pidió disculpas por los malos tratos sufridos en la Villa Rica. Dijo estar muy contento de que hubieran llegado más españoles a compar-

tir los frutos de la conquista y entre fiestas y agasajos llevó al clérigo y sus acompañantes a que conocieran la ciudad de Moctezuma.

Muy pronto los recién llegados adoptaron entusiastamente aquel punto de vista. Para reafirmar su magnífica disposición Cortés les hizo un regalo en joyas y oro seguidamente los mandó de regreso a Veracruz.

En San Juan de Ulúa, Narváez y sus principales allegados se enfurecieron al ver que el clérigo volvía sin haber cumplido su misión y entusiasmado por los ofrecimientos de Cortés. Hubo quien pidiera el cese de las pláticas y un ataque inmediato a la guarnición de Villa Rica, pero por motivos legalistas convenía hacer otro requerimiento de su misión y se optó por despachar nuevamente al clérigo hasta Tenochtitlán con un ultimátum. Así se lograba de paso alejar a este personaje cuyas actividades molestaban profundamente a Narváez.

Las dádivas que había repartido y las maravillas que contó acerca del país azteca había producido serias divisiones entre la tropa.

El clérigo encontró a Cortés cerca de Cholula; tras haber decidido que debía enfrentar personalmente al enemigo, Cortés marchaba sobre San Juan de Ulúa con 260 hombres. En Tecnochtitlán había dejado una guarnición de 140 hombres españoles al mando de Alvarado.

Después de entregar su mensaje el clérigo informó que Narváez había trasladado su campamento a Cempoala reveló detalladamente las posiciones que ocupaba y sus planes de ataque y con orgullo dijo que muchos de los hombres de Narváez eran ya partidarios de unirse a los conquistadores de Tenochtitlán. Otros enviados de Narváez darían a Cortés informes aún más amplios.

Las fuerzas de Cortés eran apenas la cuarta parte de las que tenía Narváez. Sus esperanzas de triunfo se cimbraron en un ataque sorpresivo.

Prosiguió la marcha hasta la costa y cayó sobre Cempoala en la noche. Narváez alojado en el aposento del templo principal junto con varios de sus allegados apenas tuvo tiempo de levantarse y tomar las armas. A poco de levantarse la refriega, perdió un ojo, sus gritos hicieron saber a la tropa de su capitán había caído prisionero y todos se rindieron.

El triunfador seguramente no imaginó lo pronto que iba a necesi-

tar los refuerzos. Los mensajeros que envió a Tenochtitlán al día siguiente de su victoria para que les dieran la buena noticia, pronto regresaron con el informe de que los Tenochcas se habían levantado en armas y Alvarado estaba en peligro mortal.

Los aztecas celebraban a fines de mayo una fiesta en honor de Huitzilopochtli. El evento, danzas, plegarias y penitencias, tenía lugar en el atrio del templo mayor de Tenochtitlán y en él participaban los principales personajes militares y religiosos de la ciudad. Solicitaron permiso a Alvarado y éste lo concedió. Se reunieron así en el atrio 600 individuos desarmados, cuando menos lo esperaban Alvarado y sus hombres cayeron sobre ellos repartieron tiros de fúsil y tajos de espadas hasta que asesinaron a todos.

Se ignora qué motivos tenía Alvarado para llevar a cabo la matanza. Algunos historiadores creen que actuó impulsado exclusivamente por deseos de pillaje ya que los nobles asesinados fueron despojados de todos sus ornamentos de oro. Otro piensan que Alvarado se puso nervioso al escuchar rumores de que los aztecas planeaban atacarlos y quiso hacer un escarmiento a imitación del que su superior había hecho en Cholula. Sólo que en Tenochtitlán el populacho se reveló. Turbas enfurecidas arrojaron flechas y piedras sobre los españoles y los obligaron a repregarse en el palacio de Axayácatl; 4 ó 5 fueron muertos mientras huían.

Alvarado se vio en la necesidad de recurrir a Moctezuma para que aplacara a los rebeldes. Intervino el monarca y los ataques cesaron pero en torno al palacio quedaron guardias que impedían salir a los españoles así como patrullas que cortaban todo abastecimiento. Cuando descubrían a alguien tratando de pasar víveres de contrabando sin miramiento lo mataban a pedradas ó macanazos. Otro nutrido grupo de aztecas marchó sobre el sitio donde anclaban los bergantines y los destruyó prendiéndoles fuego.

En el camino de regreso Cortés se detuvo brevemente en Tlaxcala; Diversos mensajeros lo mantenían al corriente de la situación en Tenochtitlán.

Los españoles permanecieron en Texcoco solamente el tiempo indispensable para reponer sus fuerzas. Luego prosiguieron hasta Tenochtitlán.

Corría el 24 de junio de 1520 apenas siete meses de la llegada de los españoles.

Los sitiados disponían aún de alimentos pero el agua escaseaba; habían abierto un pozo en uno de los patios pero el agua resultó salada. Después de reprender a Alvarado severamente por sus imprudencias Cortés se esforzó por enmendar la situación. Atribuían la suspensión de alimentos y agua a maquinaciones de Moctezuma y al entrevistarse con él lo trató con frialdad. Luego le mandó decir entre fuertes insultos que reanudara los suministros ó se atuviera a las consecuencias. Parece que Moctezuma se tragó nuevamente esta humillación y aconsejó a Cortés que pusiera en libertad a su hermano Cuitláhuac para que fuera él quien transmitiera a los rebeldes la orden de volver a la normalidad.

Cuitláhuac antiguo rey de Iztapalapa se encontraba preso por suponerse cómplice de Cacamatzin en su abortada rebelión. Una vez libre se colocó a la cabeza de los amotinados y el movimiento antes informe, encontró un caudillo que lejos de tener a los españoles anhelaba vengar la prolongada humillación del pueblo azteca.

Mientras tanto Cortés seguía confiado de que los tenochcas no sabían atacarlo y olímpicamente envió un mensajero rumbo a la Villa Rica para informar a sus compañeros que no se preocuparan por él. A los pocos minutos el mensajero regresó bañado en sangre y con la noticia de que había sido interceptado por una multitud de guerreros que marchaban sobre el cuartel español.

En el palacio de Axayácatl sonó el clarín de alarma. Pronto los patios y los corredores hervían de españoles y tlaxcaltecas listos para el combate. Masas enormes de Guerreros aztecas rodeaban ya el palacio; la nube de flechas que lanzaban era tan cerrada que por la noche los españoles recogieron 40 carretadas de proyectiles que debieron ser quemadas para despejar los corredores y los patios.

La artillería de los arcabuceros abría amplios claros en el mar de atacantes, pero los espacios siempre se volvían a llenar. El fuego de los cañones desconcertó de momento a los aztecas pero pronto reanudaron el ataque; la muerte había dejado de preocuparles y la sed de venganza los poseía.

Circundaba el palacio de Axayácatl un muro de altura poco mayor que la de un hombre; los aztecas trataron infructuosamente de derribarlo utilizando como ariete un grueso tronco.

Al ver que no podían salvar el muro muchos aztecas fueron a instalarse en lo alto de la pirámide cercana al baluarte español y de ahí causaron estragos tremendos con sus hondas. Por la noche los aztecas

suspendieron el ataque, sus muertos eran muchos, pero quedaban en pie muchos más. Los del bando español atareados en prepararse para el ataque de la mañana siguiente apenas tuvieron tiempo de lamentar sus bajas.

La furia azteca era incontenible. Los españoles fueron obligados a retroceder. Luego avanzaron nuevamente abriéndose paso a tajos de espada y lograron incendiar algunas casas situadas en las cercanías de su cuartel general. El día transcurrió en una serie de avances y retrocesos. Los españoles sufrieron gran número de bajas y él, Cortés mismo, resultó con una herida en el brazo, a consecuencia de la cual perdería para siempre el uso de los dedos de la mano izquierda.

Por fin los españoles convencieron a Moctezuma de que aplacara a la multitud; éste se presentó ataviado por un gran penacho y todos los ropajes propios de su condición; marchó hasta un sector del palacio de Axayácatl donde había dos pisos, instalado en lo alto, sus compatriotas lo podrían ver con facilidad. Varios nobles aztecas y una guardia española lo acompañaban; la ostentosa presencia del monarca no tardó en ser advertida por la muchedumbre tenochca; prontamente se hizo un silencio total.

La voz de Moctezuma resonó en la plaza; explicó que no estaba preso sino de visita. Tenía libertad de marcharse de ahí cuando quisiera —dijo—, y aseguró que no hacía falta seguir combatiendo, ya que los españoles le habían prometido abandonar Tenochtitlán en cuanto cesaran las hostilidades. Para que volviera la paz bastaba con que los tenochcas depusieran las armas y regresaran a sus casas.

“¡Cobarde!” gritó uno de la multitud.

Instantáneamente llovieron insultos y muchas piedras y flechas sobre el infeliz monarca. Los guardias españoles no tuvieron tiempo de interponer sus escudos para protegerlo y Moctezuma rodó al suelo por efectos de una pedrada que recibió en la cabeza. Cayeron también otros nobles aztecas que lo acompañaban.

Todavía durante los dos días siguientes Cortés llevó a cabo salidas sorpresivas, sus hombres ganaban algunas posiciones y luego se veían obligados a retroceder según los cálculos de más confianza, en las diversas divisiones murieron 200 españoles y 2000 indígenas.

Entonces se produjo otro desastre: Moctezuma murió. Al decir de Cortés, la muerte fue consecuente a la pedrada que recibió el monarca

al dirigirse a su pueblo. Había caído víctima de un ataque de melancolía; se negó a dejar que lo curaran y la vida se le escapó. Según otras fuentes, Moctezuma fue asesinado; los españoles lo mataron tal vez por haberse negado a hacer a sus súbditos un nuevo llamamiento a la paz.

La muerte de Moctezuma despejó el camino para que Cuitláhuac fuera designado como su sucesor. El príncipe Cuauhtémoc sobrino de Moctezuma.

La muerte del principal aliado involuntario que habían tenido los españoles decidió a Cortés emprender la huida. Mientras Cuitláhuac y Cuauhtémoc consultaban a sus hechiceros sobre la mejor forma de proseguir al combate, Cortés pidió su parecer a un soldado astrólogo que lo acompañaba; por consejos de éste y de sus allegados resolvió huír de noche, a través de la calzada de Tacuba, que era la más corta (3 kilómetros) y la más cercana al palacio de Axayácatl. Para reemplazar los puentes que habían destruido los aztecas se emplearía un puente portátil hecho de tablones . . . Llegó la noche del 30 de junio al 1.º de julio, la cual se presentó excepcionalmente oscura. En medio del silencio general las puertas del palacio de Axayácatl fueron abiertas y por ellas comenzaron a deslizarse sigilosamente los fugitivos.

Una llovizna incesante caía sobre la ciudad, lo que contribuía a amortiguar el ruido que necesariamente tenía que hacer la columna, compuesta de unos 5000 individuos. Los aztecas dormían en sus hogares; la ruta estaba desierta.

Encabezaba la columna Gonzalo de Sandoval, con 50 jinetes y 200 infantes españoles encargados de proteger a 400 Tlaxcaltecas que cargaban el enorme puente portátil y otros 250 que llevaban los cañones y otros bultos pesados.

Poco atrás, al cuidado de 30 españoles y 30 indios marchaba la Malinche y las 2 hijas de Moctezuma y concubinas de Cortés, así como los personajes náhuas prisioneros, entre ellos, Cacamatzin, rey de Texcoco. Cortés, iba al centro, con los cargadores del tesoro y la artillería pesada, y Alvarado en la retaguardia con el grueso de la infantería.®

Avanzaron sin contratiempos hasta el lugar donde ahora se levanta el edificio del Correo Mayor. El puente fue colocado y lo cruzaron Sandoval y sus hombres. Comenzaba a pasar el núcleo comandado por Cortés cuando una mujer Tenochca salió por casualidad de su casa a llenar un cántaro de agua, vio lo que sucedía y sus gritos atrajeron a varios guerreros. Pronto se escuchó en lo alto de la gran pirámide el

tambor utilizado para dar toques de alarma.

Sonaron los caracoles de guerra y el lago se cubrió de canoas, repletas de arqueros tenochcas que disparaban contra los fugitivos.

Sandoval y su grupo habían avanzado cosa de 200 metros hasta encontrar otro puente destruido; desesperadamente pidieron el portátil para proseguir su marcha, pero el artefacto se atoró y fue imposible llevarlo adelante.

El tramo de calzada situado entre ambos puentes estaba ya repleto de fugitivos y los de la retaguardia ni siquiera habían tenido ocasión de salvar el primer obstáculo; eran éstos alrededor de 400 españoles y un millar de tlaxcaltecas; desordenadamente trataron de regresar al Palacio de Axayácatl y sin excepción fueron muertos en combate o sacrificados poco después; acosados por los arqueros de las canoas los que estaban en la calzada, fueron presos del pánico y atropelladamente empujaron a los de la vanguardia tratando de forzarlos a seguir adelante. Después de la tercera cortadura la calzada estaba intacta y los españoles pudieron seguir casi sin contratiempos, pues los ataques cesaron y en las cortaduras murieron 400 españoles y 2000 aliados indígenas, sumando éstos a las víctimas de los primeros combates y los del contingente que trató de regresar al Palacio de Axayácatl se obtiene un total de 1000 españoles y 500 indígenas muertos que constituye el cálculo más aceptado. Al salir el sol, los fugitivos llegaron al término de la calzada en las inmediaciones de Tacuba; Cortés sintió algún alivio al ver que varios de sus principales colaboradores habían conservado la vida, entre ellos estaba Alvarado, quien según versiones que lo persiguieron hasta el fin de sus días. Salvó una de las cortaduras dando un salto prodigioso de esos que sólo se dan cuando se tiene mucho miedo. Cortés vio también el resto de su maltrecho ejército, sus hombres llenos de sangre y lodo y desesperados por salvarse y según la leyenda, se sentó bajo un árbol a llorar.

Cuando se hubieron ido los españoles, se pensó que para siempre se habían ido, que nunca jamás regresarían, por tanto otra vez se compuso la casa de Huitzilopochtli, fue barrida y se recogió bien la basura y se sacó la tierra; mientras tanto, Cortés proseguía a su marcha hacia Tlaxcala; al hacer recuento notó que habían muerto varios de sus oficiales más valiosos y las dos hijas de Moctezuma que habían sido dadas a él; se conformó al ver a Sandoval, Alvarado y la Malinche. Cacamatzin había muerto; no se sabe con exactitud si perdió la vida en el combate o los españoles lo asesinaron. En medio de atmósfera tan deprimente, Cortés cabilaba acerca de lo que sucedería al llegar a Tlax-

cala; la derrota sufrida suponía la liquidación definitiva del mito de los teules (dioses), miles de hogares tlaxcaltecas se encontrarían de luto por culpa de los extranjeros y no parecía del todo improbable que los tlaxcaltecas quisieran vengarse, aniquilando a los indefensos españoles.

Cortés se refugió en Tlaxcala, ahí se reorganizó y el día 28 un enorme ejército de españoles y aliados indígenas abandonó Tlaxcala; marchaban sobre Texcoco en la primera etapa de un plan cuyo objetivo final era la conquista de Tenochtitlán, en Tlaxcala quedó Martín López con 20,000 indígenas y un reducido grupo de españoles encargados de construir trece bergantines que serían empleados en el ataque.

A seis meses escasos de la noche triste, Cortés había logrado consumir su prodigiosa y casi increíble recuperación; además del espíritu indomable de Cortés y de su activencia incensante y hábil, el factor clave de la recuperación había sido la actitud de los tlaxcaltecas; cuando éstos vieron a los vencidos de regreso en Tlaxcala, lejos de aniquilarlos como temía Cortés después de la noche triste, los recibieron fraternalmente y le reintergraron decisión de seguir combatiendo hasta el final; había predominado sobre ellos el odio hacia los Aztecas, además el temor a sus represalias y la certeza de que solos resultarían exterminados, mientras que los aliados de ejércitos españoles tenían por lo menos la esperanza de resistir.

Explican en parte la determinación, contó además las circunstancias de que muchos indígenas habían renegado ya de las deidades mesoamericanas para adoptar fervientemente el catolicismo; entre los primeros bautizados estuvo Xicoténcatl el viejo, quien por todas partes se presentaba orgullosamente con su nuevo nombre de Don Lorenzo de Vargas.

Cholula y Huejotzingo habían reiterado su decisión de permanecer aliados a Cortés; dueños así de las llanuras de Puebla, los españoles podían interceptar el paso de los ejércitos aztecas que fueron enviados sobre los totonacas del Golfo y a los distintos grupos que poblaban Oaxaca; muchos pueblos del rumbo se sometieron pacíficamente movidos por el deseo de vengarse de los Aztecas o seducidos por la idea de participar en el pillaje.

La recuperación de los españoles se consumó prácticamente sin oposición; sólo hubo choques esporádicos con las avanzadas aztecas, combates sumamente disparejos en los que cada Tenochca tenía ante sí tres enemigos por lo menos y en ocasiones hasta diez; invariablemen-

te los combates se decidían a favor de los españoles, la aparente pasividad de los aztecas era explicable, al huir los españoles de Tenochtitlán, Cuitláhuac advirtió que la sociedad estaba llena de partidarios de Cortés, entre ellos varios hijos y hermanos de Moctezuma que encabezaron una rebelión armada para apoderarse del gobierno, Cuitláhuac concentró sus esfuerzos en liquidar a los colaboracionistas, conseguido esto tras ser una serie de purgas y pequeñas revueltas sangrientas, Cuitláhuac se apresuró a atender la cuestión militar, durante la batalla de la noche triste, muchos pueblos sometidos se le habían revelado creyendo que los aztecas perderían, Cuitláhuac mandó sus ejércitos para darles un escarmiento, pero la misma severidad con que fueron tratados los vencidos, acabó por orillarlos a ver en los españoles su tabla de salvación. En septiembre Cuitláhuac envió mensajeros a Tlaxcala para ofrecer a sus gobernantes amistad y riqueza a cambio de que la abandonaran el bando europeo, aunque Xicoténcatl el joven, se mostró partidario de aceptar la oferta, los viejos caciques permanecieron leales al bando español y fracasada la misión, los aztecas regresaron a su ciudad.

Especial importancia en el debilitamiento azteca tuvo una especie de "bomba bacteriológica" que Cortés sin saberlo dejó en Tenochtitlán, uno de los soldados de Narváez enfermó de viruela, enfermedad desconocida en México, los indígenas carecían de defensas naturales contra ella y cundió una mortandad de tintes apocalípticos, ya nadie podía andar, nomás estaban acostados tendidos en la cama; gran parte de la siembra de maíz se estropeó por falta de brazos para levantarla, la epidemia se extendió del Golfo al Pacífico y perecieron centenares de miles de individuos; entre los muertos que dejó la viruela en Tenochtitlán estaba Cuitláhuac, fallecido a principios de diciembre después de terrible agonía; su desaparición determinó que otro hijo de Moctezuma, partidario de Cortés intentara dar un golpe de estado; fue necesario ahogar en sangre la rebelión para que Cuauhtémoc, soberano de Tlatelolco, pudiera ser elevado a Rey de Tenochtitlán. Cuauhtémoc tenía entre 20 y 25 años de edad; además de ser monarca de Tlatelolco, había desempeñado por encargo de Cuitláhuac los puestos de sumo sacerdote de Tenochtitlán y jefe de los ejércitos de la triple alianza. Guerrero formidable, imponía tal respeto a sus subordinados que muchos temblaban ante su presencia, a estos merecimientos añadía otro mayor: era hijo de Ahuizotl, el implacable antecesor de Moctezuma; el nombre de este monarca todavía llenaba de pavor a los pueblos mesoamericanos y el hecho de que los electores escogieran descendiente suyo como gobernante constituía una advertencia muy clara; al asumir el mando, Cuauhtémoc dedicó sus esfuerzos más empeñosos a la labor diplomática, sus embajadores visitaron diversos pueblos tributarios para ofrecer paz y libertad a cambio de apoyo y entusiasmo.

Desprovisto de los alimentos que antes le llegaban de Veracruz, de Oaxaca y del sureste, Cuauhtémoc enfocó sus miras a la costa del Pacífico, hacia el territorio de los tarascos; pero el cacique tarasco era un anciano rencoroso que se sentía ufano de las glorias de su pueblo, era el único que había sido capaz de derrotar a los aztecas en una batalla, "ustedes defiéndanse solos, cuando los extranjeros ataquen nuestras tierras nosotros seremos lo suficientemente hombres para defenderlos", fue la contestación del cacique de los tarascos. Semanas después, la epidemia de viruela llegó a Michoacán y el viejo cacique murió.

La mala noticia llegó junto con otras no menos alarmantes, los débiles ejércitos que Cuauhtémoc mandó contra los españoles habían sucumbido una y otra vez por su desventaja numérica, viendo que se quedaba solo, Cuauhtémoc mandó abrir pozos y levantar barricadas para mejorar las fortificaciones de Tenochtitlán. Como última medida, ordenó que evacuaran la ciudad las mujeres, los ancianos y los niños, inútiles para la lucha; los dueños de barcos, en las barcas colocaron a sus niños, anotó un cronista indígena, los llevaban remando, los conducían remando afanados; nada tomaban consigo; por el miedo de dejar abandonado todo lo suyo y su pequeña hacienda la dejaron perder, según un cronista indígena.

La evacuación quedó suspendida en la primera semana de 1521; la noticia de que el enemigo se había posesionado de Texcoco paralizó momentáneamente la actividad de Tenochtitlán; Texcoco, capital espiritual del Valle de México, había caído sin luchar, su monarca, instalado por los tenochcas después de la noche triste en sustitución de otro que Cortés había impuesto cuando tuvo prisionero a Cacamatzin, se consideró incapaz de enfrentarse al poderoso ejército que Cortés traía de Tlaxcala, y acompañado por muchos de sus allegados huyó para refugiarse en Tenochtitlán.

Dueño absoluto del lago, Cortés prosiguió el avance; al finalizar la primera semana de julio ya tenía en su poder toda la calzada del sur y procedió a atacar las orillas de la ciudad en los mismos sitios de su primer encuentro con Moctezuma, convencidos de que la victoria española estaba próxima, Xochimilco y los demás pueblos del Sur del Valle, se acercaron a Cortés para jurar obediencia y ofrecer guerreros.

La decisión de defender Tenochtitlán hasta el último instante, era fruto de una serie de conferencias celebradas entre Cuauhtémoc y sus principales consejeros; decidido el curso de acción, el monarca anunció que todo aquel que se atreviera a hablar de abandonar la lucha sería ejecutado; Cuauhtémoc alentaba esperanzas de salir victorioso del

trance; los españoles atacando simultáneamente por las calzadas, en ocasiones llegaron a dominar más de la mitad de la ciudad, pero Cuauhtémoc siempre encontraba la manera de rechazarlos en los laberintos de calles, canales, trincheras, pozos y empalizadas; los aztecas disponían de muchos sitios seguros y propicios para causar graves daños al agresor; los canales del islote constituían un obstáculo muy serio para la invasión, pues eran demasiado estrechos para permitir el paso de los bergantines y prácticamente imposible el tránsito de los caballos; presionados por la necesidad, los aztecas abandonaron su hábito secular de combatir solamente de día y aprovechando su mejor conocimiento del terreno, realizaron por sorpresa innumerables ataques nocturnos; aprendieron a usar las espadas y picas, los yermos y escudos de hierro que tomaban en la lucha y con sus propios elementos fabricaron lanzas de cinco metros de largo destinados a detener el avance de la caballería, según un cronista advirtieron que los tiros de cañón y arcabuz iban derechos, por lo cual evitaban agruparse caminando en zig zag y se echaron por tierra ante un disparo inminente; inclusive se las ingeniaron para hacer frente a los bergantines; unas cuantas flechas y se hacían perseguir hasta lugares donde tenían trampas, estacas, lodo y paja bajo el agua para que cayeran las naves. Sin embargo, nada de esto era suficiente para detener el avance de los españoles, el cual se realizaban inexorablemente.

Llegó así el 30 de junio, primer aniversario de la noche triste, Cortés se impacientaba y deseoso de acabar de una vez con el enemigo, decidió emprender un asalto general, algunos oficiales, entre ellos el tesorero de Carlos I, opinaron que debía procederse a la toma del mercado Tlatelolco deseoso de congraciarse con el representante real, Cortés aceptó.

Los contingentes de Alvarado y Sandoval debían avanzar en grupos cerrados en sus respectivas posiciones, al principio todo prometió una rápida victoria, los poderosos ejércitos españoles no hacían sino avanzar; muy pronto Cortés recibió noticias de que el escuadrón mandado por el tesorero real, estaba ya en posición del mercado; aquello parecía demasiado fácil para ser verdad y temeroso de una celada, Cortés marchó a investigar mediante un reducido grupo de sus hombres; sus temores estaban bien fundados, como pudo comprobarlo en cuanto llegó a un canal de diez metros de ancho que cortaba una amplia avenida, contra lo convenido la cortadura había sido rellenada muy toscamente, los Tenochcas habían retirado además la mayor parte del relleno; Cortés dió la orden de reparar la falla y atacó furiosamente.

Según parece, los aztecas aliviaron un tanto el hambre que padecían como consecuencia del bloqueo, devorando la carne de sus vícti-

mas; practicaron el canibalismo con sus enemigos, pero no entre ellos mismos. Lluvias intensas que cayeron esos días solucionaron momentáneamente el problema de la sed que los acosaba desde la destrucción del acueducto de Chapultepec.

La victoria azteca cada vez parecía más lejana; Cortés vivió momentos de angustia al pensar que podrían ser abandonados a merced de un enemigo más valeroso y resistente de lo que había supuesto; para colmo, sus oficiales le informaron que la pólvora y las municiones estaban a punto de agotarse, pero tuvo la inspiración de decirles a los desertores que obraran con calma y esperarían en las cercanías que terminara el plazo fijado por los sacerdotes Tenochcas; los indígenas aceptaron el trato, Cortés regresó a resistir tras las fortificaciones el ataque azteca y gracias a la artillería, la posición resultó inexpugnable. Mientras los aztecas realizaban desesperados intentos por expulsar a los españoles, Cortés mandó una columna de soldados sobre los Matlazincas en las cercanías de Toluca; aliados de los Tenochcas que, según se decía, alistaban un poderoso ejército para atacar a los invasores por la retaguardia.

El capitán español reanudó la ofensiva convencido de que debía emplear una nueva estrategia; la experiencia le había revelado que las casas y edificios de la ciudad ofrecían una protección excelente a los guerreros aztecas. En adelante no dejaría ningún edificio en pie, tampoco dejaría canales abiertos para que no circularan por ellos las canoas enemigas. En otras palabras, arrasaría a la ciudad. La tarea de demolición sistemática se inició a fines de julio y participaron en ella 100,000 indígenas aliados que portaban picas, hachas de piedra y otros utensilios; los escombros servían para segar pozos y canales, se trabajaba simultáneamente en todos los sectores: el de Alvarado, el de Sandoval y el de Cortés.

El dilema de los aztecas era terrible: si se cruzaban de brazos, los invasores proseguían inminentemente la demolición de la ciudad; si atacaban en grupos reducidos, un ejército incomparablemente superior los hacía trizas, y si lo hacían en grupos grandes el enemigo se rehusaba a presentar frente, sabedor de que el tiempo estaba de su parte.

Todo el pueblo desfallecía de hambre, no bebían agua potable, agua limpia, sino agua de salitre; muchos hombres murieron; todo lo que comían era lagartijas, golondrinas, la envoltura de las mazorcas; andaban masticando semillas de colorín, lirios acuáticos y relleno de construcción, cuero y piel de venado, lo asaban, lo requemaban, lo tostaban, lo chamuscaban y lo comían. Poco a poco los hicieron retroceder, dice un cronista indígena.

Al principio los Tenochcas enterraban muertos con toda las solemnidades habituales; después se limitaban a esconder los cadáveres en las casas. Hacia el 27 de julio, Cortés, Alvarado y Sandoval habían avanzado lo suficiente por sus respectivos sectores, para que las tres fuerzas se unieran, los tenochcas estaban apiñados en el centro cívico y en unos cuantos barrios de Tlatelolco, que constituían aproximadamente la octava parte del islote; el resto era un páramo de ruinas denominado por un enemigo cada vez más numeroso. Cortés no cesaba de pedir tropas de refuerzo; a pesar de todo, Cuauhtémoc rechazó todas las ofertas para negociar la capitulación, los aztecas pasaban el día poniendo estacas, recogiendo piedras, guardando un poco de lluvia para beber, y en su mayoría dormían en canoas o a cielo abierto, pues los lugares techados donde no habían cadáveres estaban reservados para el reposo de los guerreros más distinguidos. El sitio se prolongaba como pesadilla: un encuentro en una parte de la ciudad, una escaramuza en otra, otras emboscadas y retiradas en las que morían algunos aztecas, algunos españoles ó algunos indígenas.

Cortés concertó varias entrevistas para tratar la paz con Cuauhtémoc y en cada ocasión el monarca faltó a la cita, a pesar de la repugnancia que sentía de seguir luchando contra aquel puñado de infelices. Cortés tuvo que dar órdenes de proseguir el avance sin miramientos, seres famélicos, verdaderos esqueletos armados seguían ofreciendo resistencia; millares de ellos fueron hechos prisioneros o muertos; el día 12 Cortés estuvo a punto de concluir la toma de la ciudad, pero el hedor de los cadáveres resultaba insoportable y los invasores tuvieron que retirarse cubriéndose la nariz.

El 13 de agosto, día frío y nublado, los bergantines de Sandoval terminaron la ocupación de una lagunilla ubicada en el norte del islote; Cortés al mando de la artillería, decidió emplear la poca pólvora que le quedaba en derribar a cañonazos las últimas casas que continuaban en pie, a mediodía, vencida prácticamente la resistencia se emprendió el avance final; el espectáculo dantesco aguardaba a los invasores; el suelo estaba totalmente tapizado de cadáveres y solo encima de los cuerpos se podía caminar. Los guerreros aztecas, vestidos con todas sus galas aguardaban recargándose en las paredes para no caer de debilidad, los que conservaban fuerzas para levantar una macana o arrojar una piedra, lo hacían con la esperanza de que los mataran en represalia. Resonaba por todas partes el llanto de niños, mujeres y viejos; los indígenas del bando cristiano, del bando español, convencidos por fin de que los aztecas no tenían escapatoria, saciaron sus viejos odios llevando a cabo una matanza espantosa. Mientras tanto Cuauhtémoc celebraba una última conferencia con sus principales allegados; después

de escuchar las distintas opiniones, resolvió huír rumbo a las tierras del norte, donde creía posible encontrar gentes fieles a su causa que le ayudaría a reiniciar la lucha.

Acompañado por su esposa y algunos de sus colaboradores principales, Cuauhtémoc abordó una canoa; las aguas eran patrulladas constantemente por los bergantines y la presencia de la embarcación no tardó en ser advertida; después de una breve persecución, el caudillo azteca cayó prisionero; su captor fue un español apellidado Olguín, que capitaneaba uno de los bergantines de Sandoval. No tardó en llegar a oídos de Cortés la noticia de la captura; en medio de júbilo resultante, se improvisó un escenario decorado con tapices y terciopelos para que sirviera de fondo a la ceremonia de rendición. Cuando Cuauhtémoc llegó al lugar, Cortés lo esperaba sentado en una lujosa silla y con la malinche sentada a su lado; el capitán se puso de pie al ver a su rival, durante unos instantes ambos caudillos se miraron sin decir palabra, luego Cuauhtémoc entregó a Cortés un puñal y le pidió que lo matara; el caudillo español admiraba el valor aún en el enemigo y por supuesto se negó hacer semejante cosa; pidió a Cuauhtémoc y a su esposa que lo acompañaran a comer y todos pasaron un buen rato hablando como si fueran viejos amigos.

Moría la tarde, todo era ruinas en torno al sitio donde se celebró la rendición.

El hedor de los cadáveres resultaba insoportable, ¡cuántos enfermaron a consecuencia de esto! Cortés y otros españoles decidieron trasladar al campamento a Coyoacán, por gestiones de Cuauhtémoc, Cortés accedió a que también los vencidos evacuaran el islote. Se desarrolló entonces un desfile de espectros como pocas veces se ha visto en la historia, los supervivientes de 5,000 a 20,000, según las diversas fuentes, formaron largas filas para marchar resignados a su nuevo destino de esclavos; a pesar de las órdenes de Cortés para que los vencidos no fueran objeto de malos tratos, los indígenas aliados se divertían golpeándolos o apedreándolos; los españoles no se andaban con miramientos cuando se trataba de registrarlos para que no se llevaran nada de valor; los cronistas indígenas relataron la escena de manera incomparable.

Unos van por el agua, otros van por el camino grande, aún ahí matan a algunos. Están irritados los españoles porque aún llevan algunos su macana y su escudo; los españoles al borde de los caminos están requisando a la gente; buscan oro, y también se apoderan de las mujeres, las de piel trigueña, las de buen cuerpo, y algunas mujeres a la hora del saqueo se untan de lodo la cara y se ponen como ropa andrajós, hila-

chas como camisa; las mujercitas llevan las carnes de la cadera casi desnudas, y por todos lados hacen rebusca los españoles, también son separados algunos varones: los valientes y los fuertes.

Cuatro días demoró la tarea de enterrar a los muertos. A continuación viene el momento de celebrar la victoria con un banquete que organizó Cortés en Coyoacán; como invitados asistieron los miembros principales de las tres fuerzas victoriosas; el hecho de que unos días antes hubiera atracado en Veracruz un barco cargado de barricas de vino, las que inmediatamente fueron llevadas a Coyoacán, contribuyó ampliamente a desatar la alegría.

Destruída Tenochtitlán aguardaba a los españoles la tarea de someter al resto de los pueblos mesoamericanos poderosos: los tarascos, los huastecas, los mixtecas, los zapotecas y los mayas. Constituían el mayor peligro los tarascos: dueños de todo Michoacán y parte de Guanajuato, Querétaro y el Estado de México, además de una cadena de territorios aislados que iban por la costa del Pacífico desde Guerrero hasta Sinaloa, poseían un ejército considerable y provisto de abundantes armas de cobre en cuya fabricación sobresalían entre todos los pueblos vecinos. El alzamiento de los tarascos, con seguridad alentaría la rebelión de los otros pueblos importantes, deseosos de saber a qué atenerse.

Cortés envió mensajeros a Tzintzuntzan, la capital tarasca, para preguntar al monarca cuáles eran sus intenciones; a su vez el monarca quiso cerciorarse de que fuesen ciertos los informes que le habían llegado acerca de la destrucción de Tenochtitlán y envió a embajadores con regalos, para que ofrecieran amistad a Cortés y aprovecharan la oportunidad de investigar; Cortés dió a los enviados una pomposa recepción y después de asombrarlos con los lujos que se rodeaba, los invitó a presenciar un simulacro de guerra, en el que sus soldados dispararon en abundancia cañonazos de salva; luego los llevó a ver el páramo donde había estado la ciudad de Tenochtitlán y los embajadores quedaron paralizados por el terror.

El monarca tarasco se negó todavía a dar crédito a los informes, envió una nueva embajada que encabezó su hermano favorito y cuando éste regresó con las mismas noticias, el monarca optó por hacer personalmente el viaje, Cortés lo recibió con las demostraciones habituales y el monarca tembloroso de miedo, sin tardanza mostró su misión, su sometimiento fue tan abyecto, que los aztecas le pusieron el apodo de "Caltzonzin" que significaba huarache viejo.

Los tarascos se llaman a sí mismo michoacanos o purépechas; el nombre de tarasco que significa "yerno" le quedó porque acostumbraban llamar así a los españoles, al entregarles como obsequio a sus hijas. Bastante distinto fue el comportamiento de los huastecas, de los mixtecas, de los zapotecas, mayas y pueblos nómadas del norte que seguían en plan de insurgencia. La colonia iniciada por Hernán Cortés llegó a tener una extensión que superaba los cuatro millones de kilómetros cuadrados. No se dispone de una cifra exacta al respecto, pero la frontera del sur, ubicada en los límites de Oaxaca y Chiapas, donde comenzaba la capitanía general de Guatemala, era sumamente imprecisa y la del norte lo era muchísimo más por no haberse fijado los límites de California, Texas y restantes provincias septentrionales; ese inmenso territorio comenzó a integrarse el 13 de agosto de 1521, cuando Cuauhtémoc, prisionero de Hernán Cortés, dejó al conquistador en posesión de los dominios aztecas, que comprendían la mayor parte del centro de México, las tierras totonacas del Golfo y algunas fajas de Guerrero y Oaxaca.

Unos meses después de la fecha citada, el rey tarasco se presentó ante Cortés y el espanto que experimentó al contemplar la destrucción total de la metrópoli azteca, determinó que de inmediato jurara vasallaje al rey español y le entregara sus dominios; además de Michoacán, éstos abarcaban parte de Guanajuato y Querétaro y diversos enclaves de la costa del Pacífico, desde Atoyac, Guerrero, hasta el Sur de Sinaloa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE: LA ERA VIRREINAL.

ORGANIZACIÓN ECONOMICA, POLITICA Y SOCIAL DE LA COLONIA.

La era virreinal es el periodo que abarca desde 1521, con la caída de Tenochtitlan hasta la proclamación de la independencia en 1821.

A este periodo se le ha llamado también época colonial o virreinal, por el establecimiento de la Nueva España como colonia española y por la presencia de los virreyes.

Para comprender la era virreinal es necesario partir de varias características:

PRIMERA.

En España a partir del descubrimiento comercial con Oriente, se empezaron a producir los primeros mapas por los que se pudo conocer el mundo y se inició el primer boom de capitalismo, o sea el capitalismo mercantil.

SEGUNDA PARTE
LA ERA VIRREINAL

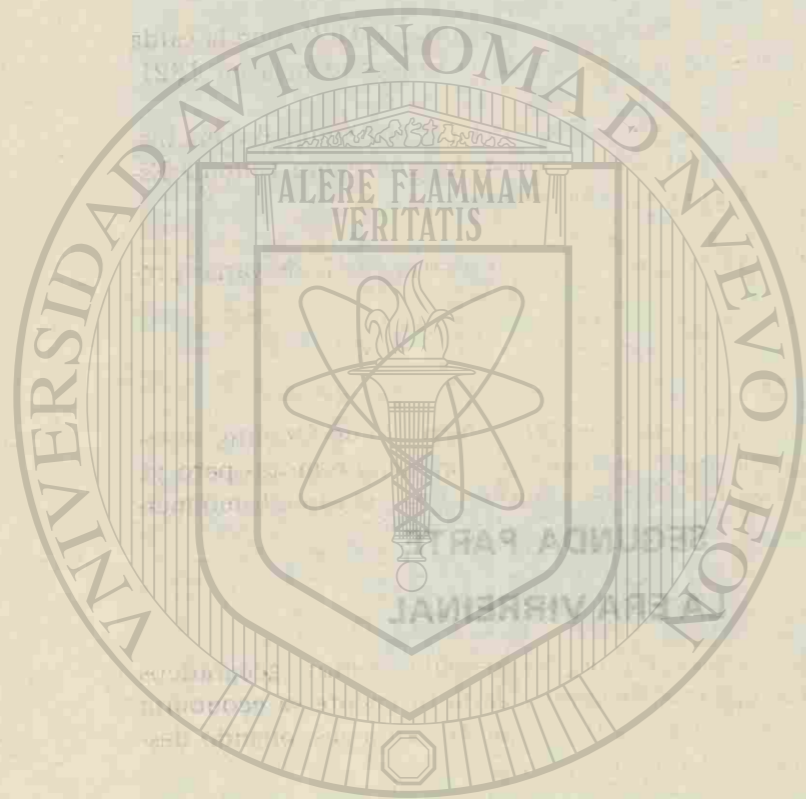
La colonización americana se realizó fundamentalmente por las ciudades mercantiles españolas, que buscaban el oro y el comercio de especias, que se vendían a precios elevados en Europa.

TERCERA.

Según las necesidades de los países que iniciaron el descubrimiento de América, se crearon las Indias Occidentales, que se dividieron en cuatro virreinos: Nueva España, Nueva Granada, Perú y Brasil.

CUARTA.

El primer virreinato fue el de Nueva España, que se creó en 1511 y se extendió por el territorio que hoy ocupa México, Centroamérica y el Caribe. Su primer virrey fue Juan de Ovando, que se ocupó de la explotación de las minas, las Indias y la Real Audiencia para controlar el comercio indígena.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEGUNDA PARTE: LA ERA VIRREINAL.

1.- ORGANIZACIÓN ECONÓMICA, POLÍTICA Y SOCIAL DE LA COLONIA.

La era virreinal es el período que abarca desde 1521, con la caída de Tenochtitlán hasta la consumación de la Independencia en 1821.

A este período se le ha llamado también época colonial o era hispánica; por el establecimiento de la Nueva España como Colonia Española y por la expansión del lenguaje castellano.

Para comprender la era virreinal es necesario partir de varias premisas básicas:

PRIMERA:

En Europa a partir del intercambio comercial con Oriente, se estructuraron las primeras bases, por cierto demasiado remotas pero ya presentes de la primera forma de capitalismo, o sea el capitalismo mercantil.

SEGUNDA:

La consecuencia inmediata de los descubrimientos geográficos fue que las ciudades medievales rompen definitivamente su economía de auto-consumo o suficiencia; este cambio se venía gestionando desde el intercambio comercial antes mencionado.

TERCERA:

España fue uno de los principales países que inician los descubrimientos geográficos; por lo tanto, entra de lleno al capitalismo mercantil, pero conservando el sistema centralista de gobierno; hay que recordar que a raíz de la expulsión de los moros se establece la monarquía absoluta, como primera forma del estado moderno.

CUARTA:

España conserva también el sistema semifeudal de los grandes latifundios con ciertos matices del capitalismo mercantil, pero no pudo desarrollar ampliamente debido al sistema centralista de gobierno y al sistema semi-feudal de producción agrícola, que se agrava con la expulsión de los judíos, los únicos en España preparados para desarrollar al capitalismo incipiente.

QUINTA:

La conquista del mundo indígena, y el establecimiento de la colonia solamente pudo determinarse con modelos económicos y políticos de la metrópoli, asociados a circunstancias específicas con el contacto con las tierras e indígenas conquistados.

SEXTA:

En México, por último el enfrentamiento de las dos culturas y civilizaciones diferentes, se dió en lapsos que los sociólogos llaman acomodación y asimilación. Los Sociólogos distinguen procesos disyuntivos o disociativos, entendiendo por éstos el conflicto, como la guerra, la oposición y la competencia; pero también los procesos conjuntivos: la acomodación y la asimilación. La acomodación; es el proceso en que grupos actúan entre ellos para reducir o eliminar un conflicto; se trata de una colaboración mínima que permite a los grupos continuar sus actividades aunque no exista adhesión ni plena armonía de unos con otros; es un proceso que tiene que realizarse también después de un conflicto; los que sobreviven, se ajustan y adaptan unos a otros para continuar viviendo. La asimilación es un proceso en que los grupos aceptan y ejecutan los modelos de conducta de otros grupos. El proceso de asimilación no es unilateral, sino un proceso recíproco en el que las dos partes actúan, aunque una de ellas quede más influenciada que la otra.

SEPTIMA:

Se realizó una acomodación y asimilación sociológica entre los conquistadores y los pueblos indígenas, imponiéndoles a los conquistadores el modelo económico y político que conocían, pero adaptándolo a las nuevas circunstancias; es decir, respetando algunas formas de asociación indígena.

Tendremos que concluir que la estructura económica, política y social del Virreinato no fue idéntica a la de la metrópoli al adaptarse a las circunstancias particulares de los pueblos conquistados, sin embargo los aspectos fundamentales siguieron siendo los mismos.

Desde los Reyes Católicos, España carecía de recursos financieros para la inversión que las conquistas y exploraciones geográficas exigían (la misma Reina Isabel empeñó sus joyas para financiar el viaje a Colón); por lo tanto se permitió que los conquistadores de hecho realizaran toda clase de componendas para recuperar la inversión, que en

la mayoría de los casos fue de saqueo, pillaje y una codicia desmedida que se tradujo desgraciadamente en un trato inhumano al indígena, en los campos y las minas.

De los tres siglos de virreinato, en el primero los conquistadores se dedicaron a tres actividades: rescatar oro, aprisionar esclavos indígenas, y conquistar nuevas tierras.

En este siglo los conquistadores mediante contratos llamados capitulaciones, se establecieron las condiciones de las empresas de conquista entre la corona y los jefes de las expediciones, que recibieron el nombre de adelantados. Además en un aspecto importante, la conquista fue una empresa militar en la que sus miembros a las órdenes del jefe o adelantado, contribuían voluntariamente y obtenían como recompensa una participación en los beneficios logrados, que los convertía en socios de la empresa porque también aportaban en ella armas y provisiones, sin perder la propiedad individual de unas y otras.

Fue pues la conquista, también y esencialmente, una empresa económica inspirada fundamentalmente y desde su origen, por su afán de riqueza.

En esta época, el dinero actuaba como uno de los factores más poderosos en el seno de la sociedad europea, contribuyendo decisivamente a disolver y destruir las antiguas relaciones feudales. Además de haberse asignado a los metales preciosos el carácter de moneda —rasgo importantísimo de la economía capitalista moderna—, el dinero, muy escaso hasta entonces en Europa en manos de la naciente clase burguesa desempeñaba una función trascendental en la lucha de ésta y de los mornarcas en contra de la nobleza y de las instituciones feudales.

Esta propiedad de los metales preciosos y del dinero fue un elemento determinante de los descubrimientos y conquistas realizadas por los europeos en tierras americanas.

“El nuevo mundo —afirma Cue Cánovas— en esta época, se convierte en el escenario de luchas constantes entre conquistadores, que culminan en actos de violencia para destruirse unos a otros y lograr territorios y títulos que no satisfacen su codicia desmedida y su insatisfecho afán de poderio”.

Sin embargo, no puede ignorarse que toda conquista antigua o reciente, se ha realizado mediante prácticas de brutal fuerza de crimi-

nal destrucción. Además en la época de la conquista española la sed de oro estaba incrustada profundamente en el espíritu de los hombres y su acumulación en grandes cantidades era un punto esencial en los programas de los gobiernos y en las doctrinas económicas imperantes. El mercantilismo, teoría económica del capitalismo mercantil incitaban a hombres, naciones y gobiernos a obtener las mayores cantidades de metales preciosos, como signo de prosperidad y de grandeza. El dinero tenía un valor supremo y su acumulación en masa era necesaria para organizar expediciones de colonización, armar ejércitos, crear flotas e impulsar y extender nuevas fuentes de producción y de riqueza.

Los conquistadores buscaban oro; primero despojando de él a los indígenas; más tarde, condenándolos a la esclavitud de minas y plantaciones.

Conquistado el Reino Mexicano en 1521, se inició la etapa de expediciones por el territorio que comprendió la Nueva España, hasta las últimas colonizaciones en California en 1697 cuando se establecieron definitivamente en la península los jesuitas, encabezados por el padre Juan María de Salvatierra, y al territorio de Nuevo México y Texas que llena casi todo el Siglo XVII.

De las expediciones solamente destacaremos algunas:

La expedición de Nuño de Guzmán en 1529 a Michoacán, Jalisco, Zacatecas, Tepic y Sinaloa. Llegó posteriormente hasta Sonora, uno de sus capitanes, Cristóbal de Oñate, quien funda la Ciudad de Guadalajara.

La última expedición de Cortés en 1535, exploró la Costa del Pacífico, llegó a lo que es hoy La Paz, Baja California.

Francisco de Montejo y Alfonso Dávila después de 15 años de dificultades lograron fundar la Ciudad de Mérida, tras vencer al caudillo Maya Nachi Cocom.

Juan de Tolosa que funda El Real de Minas de Zacatecas en 1548. Francisco de Ibarra descubrió y pobló los actuales territorios de Durango, Coahuila, San Luis Potosí, Nuevo León: La Nueva Vizcaya, Francisco de Urdiñola conquista el territorio de San Luis Potosí. En 1579 el Nuevo Reino de León fue poblado por Don Luis Carvajal y en 1583 fundó la capital de la provincia en Cerralvo y después estableció La

Villa de San Luis, que desde 1596 se conoció con el nombre de Monterrey.

Por último las expediciones a California, Nuevo México y Texas.

El conquistador despojó el oro y la plata que encontraba en los indígenas; hay que recordar cuando Nuño de Guzmán llegó a Michoacán y fue recibido jubilosamente por el cacique Zinzicha (llamado Calzontzin por los mexicanos); rescató grandes cantidades de oro y plata que entregó al conquistador; no conforme con esas riquezas, Guzmán dio tormento al rey tarasco para lograr más oro; como ya no había, Zinzicha fue quemado vivo; esta inhumana crueldad la repitió por todos los pueblos que pasaba pero llegó un momento que el despojo de los indígenas fue insuficiente, pues, el oro y la plata se agotó y a pesar de tormentos y toda clase de crueldades el indígena no podía entregar algo de que carecía. Así conforme aumentaban las expediciones y se establecía la colonización, el conquistador se transformó en colono.

Según las actividades económicas más productivas fueron el comercio, la minería, la agricultura, la industria (manufacturera) y la ganadería, utilizando la mano de obra indígena, que la mayoría de las veces utilizó sin misericordia, con trato inhumano.

“La política económica seguida por España —apunta C.E. Blackaller y L. Guevara Ramírez— en la colonia, se caracterizó por obstaculizar el progreso lógico en todos sus aspectos: estableció el régimen de propiedad privada de la tierra e impulsó el latifundio en sus formas laica y eclesiástica; implantó un sistema de prohibiciones con respecto a ciertos cultivos; favoreció el monopolio, la alcabala y el estanco como medios de impedir el libre comercio; protegió a la industria metropolitana evitando la creación de una industria colonial, y monopolizó el tráfico del comercio en el extranjero”.

El modelo político y económico español fue implementado en La Nueva España con las características antes señaladas.

El conquistador ahora colono se aprovechó de la mano de obra indígena que pasó por la encomienda, el repartimiento o cuatequil, y el trabajo a jornal o peonaje.

La encomienda teóricamente tenía como fines la protección defensiva y cristianización del indígena. Los colonizadores españoles contraían el compromiso de cristianizar a los indios que a ellos se encomendaran y protegerlos, a cambio de tributos y servicios; de estos últimos en las tierras y minas propiedad de aquéllos.

2.- EL REGIMEN LABORAL

Hernán Cortés fue el que estableció por primera vez la encomienda; sin embargo, en 1523 el rey prohibía la utilización de la encomienda. A pesar de la prohibición en 1526, se autoriza a Francisco de Montejo, futuro conquistador de Yucatán, para encomendar indios y así estimular las conquistas y la colonización.

La encomienda era un premio concedido a los colonizadores que se extendió hasta cinco vidas, es decir, el permiso de explotar la mano indígena hasta cinco generaciones de los descendientes de los primeros conquistadores.

Morían millares de indígena por el trato inhumano que recibían; y en caso de muerte de indios encomendados, los caciques estaban obligados a restituir las pérdidas a medida que ocurriese. Por lo tanto el indígena carecía de todo valor en la encomienda, por esto fue sustituido en gran parte por la mano de obra del negro africano.

La encomienda fue desapareciendo a medida que las relaciones de producción fueron concentrándose en intereses de la Colonia, ésta queda abolida definitivamente en 1720.

No hay que dejar pasar que el maltrato de la encomienda provocó leyes protectoras ("Nuevas Leyes") que solamente confirmaron la segunda vida. A pesar de los esfuerzos realizados por el Benemérito Fray Bartolomé de las Casas en auxilio de indígenas, poco se remedió la situación de los indígenas.

La encomienda como régimen de trabajo, que utilizaba la mano indígena gratuita y sin la obligación mínima de proporcionarle alimentos, caía en desuso, pues la expansión de las tierras de españoles y las relaciones de producción obedecían cada vez más a intereses regionales (español y criollo).

La sustitución de la encomienda fue implementada por un régimen de trabajo más cruel e injusto, todavía más que el anterior, llamado repartimiento o cuatequil. El repartimiento o cuatequil consistía en la facultad que tenían ciertas autoridades como los aislados alcaldes mayores, de permitir sacar de los pueblos indígenas a éstos, para llevarlos al sitio de trabajo. Los lugares de trabajo a veces quedaban muy distantes, y sin consideraciones de ninguna clase, realizaban largas y durísimas jornadas aparte del esfuerzo que en sí el trabajo significaba.

En 1632 se ordeó la suspensión de los repartimientos por su crueldad e injusticia.

El último régimen de trabajo que se utilizó en la era virreinal fue el trabajo a jornal o peonaje que subsiste hasta la Independencia.

El peonaje se incrementó como consecuencia de la expansión de la propiedad privada de los españoles, como resultado del despojo de las tierras comunales o pequeña propiedad indígena. Los indígenas despojados se unieron al ejército jornalero, representado por trabajadores asalariados llamados gañanes, naboríos, peones y tlaquehuals.

Se calcula que principios del siglo XVII, como consecuencia de la encomienda, el repartimiento y el peonaje, por los tratos crueles, enfermedades, epidemias solamente quedaban 1,200,000 indígenas.

Además de lo anterior, este régimen de trabajo inicia las deudas y pago de tributos; el peonaje por último se desarrolló al parejo con el sistema comercial, con la utilización de la moneda y con los cambios en el sistema de producción agrícola y minera.

3.- SISTEMA DE GOBIERNO

En el siglo XV, España establece la primera forma de estado moderno o sea la monarquía absoluta, al unirse los dos reinos de Castilla y Aragón, mediante el matrimonio de los Reyes Católicos y la expulsión de los moros. En la monarquía absoluta el poder se centraliza en tal forma que el soberano es irresponsable de los delitos cometidos y toda la función administrativa recae en el rey. Esta forma de gobierno impidió que el capitalismo mercantil como primera forma del capitalismo, se desarrollase plenamente, además la expulsión de los judíos, contribuyó, pues, eran los únicos en España capaces de impulsar el nuevo sistema económico. España en los siglos XV, XVI, conserva un sistema económico semifeudal, y un sistema de gobierno monárquico que va a trasladar a la Nueva España.

Poco antes de que Cortés conquiste el reino mexicana, en 1521, se había creado el Real Consejo de Indias, para asesorar al Rey en los asuntos del nuevo mundo. Este consejo realizaba decisiones importantes respecto a la Colonia, expedía nombramientos para las colonias; promulgaba las leyes; resolvía litigios entre autoridades, además realizaba funciones hacendarias, promovía el comercio terrestre y marítimo, el ejército y las exploraciones y hasta las misiones.

El Consejo de Indias centralizaba todas las decisiones importantes de las colonias en un organismo dependiente absolutamente del rey.

Poco después se establecieron las Reales Audiencias y posteriormente los Virreyes.

El régimen virreinal abarcó desde 1523 hasta la consumación de la guerra de Independencia, es decir se inició a solo dos años de la Conquista.

Los virreyes tenían el gobierno supremo; tenían atribuciones ejecutivas y judiciales y algunas Legislativas. El virrey era el representante directo del emperador, por lo tanto sus facultades eran casi absolutas, pues en negocios importantes estaban obligados a consultar a la Real Audiencia y dar cuenta de su administración a los "Visitadores Reales". El virrey era en la Nueva España una figura parecida al absolutismo real.

4.- LA POBLACION NOVOHISPANA.

En el poblamiento inicial de la Nueva España intervinieron tres grupos raciales: Indios, blancos y negros.

Después estos grupos fueron mezclándose: euromestizos, afro-mestizos e indomestizos.

En consecuencia, las castas sociales de la época Colonial se clasifican genéricamente así:

- a). Blancos o europeos.
- b). Indígenas.
- c). Africanos.
- d). Euromestizos (criollos o mestizos preponderantemente blancos).
- e). Afro-mestizos (población multa).
- f). Indomestizos (mestizos).

Con todas estas características políticas, económicas y sociales del virreinato, se conservan hasta el Siglo XIX.

Se piensa que la época Colonial fue apacible, sin embargo en tres siglos llegó haber un ciento de rebeliones. A continuación transcribimos de la Historia Social y Económica de México, de Agustín Cue Conavas lo antes mencionado: "Las rebeliones de españoles, criollos y euromestizos, castas, indios y negros de que tenemos noticia hasta ahora y ocurridas entre 1521 y la época en que se realizó la consumación de la independencia nacional, son las siguientes:

1. Oposición de encomenderos a la real cédula de 1523 que prohibió las encomiendas.
2. Sublevación de indígenas en la región de Pánuco (1523), dominada por el capitán don Gonzalo de Sandoval.
3. Rebelión de los indios zapotecas y mixes (1523).
4. Sublevación de los indios de Chiapas (1528), dominada por Diego de Mazariegos.
5. Rebelión de los indios aztecas en la ciudad de México (1531)
6. Insurrección de los indios opiloncos en Chiapas (1531).
7. Conjunción de negros en 1537.

8. Rebelión de indios en la villa de San Jerónimo de los Corazones, Sinaloa.
9. Insurrección de indígenas en Sinaloa contra don Diego de Proaño, dirigida por el cacique Ayapín a fines de 1538.
10. Rebelión de los indios cascates desde Nayarit a Zacatecas, dominada en 1542 por el virrey Mendoza y Cristóbal de Oñate.
11. Oposición de encomenderos a las Nuevas Leyes (1543-44).
12. Conjuración de españoles (1549).
13. Rebelión de los indios zapotecas en el Obispado de Oaxaca, dominada por don Tristán de Arellano.
14. Conjuración de Don Martín Cortés (1565-66).
15. Rebelión de los cuachichiles en Zacatecas (1570).
16. Sublevación de los indios del río Fuerte en Sinaloa.
17. Sublevación de los indios de Nueva Galicia (1584), dominada por el capitán Juan de Salas.
18. Insurrección de los acaxes en Durango y Zacatecas (1590).
19. Rebelión de los guasaves en la provincia de Sinaloa (1598).
20. Insurrección de los indios de las minas de Topia (1598).
21. Nueva rebelión de los guasaves, sofocada por el capitán Diego Martínez de Hurdaide (1600).
22. Sublevación en la Nueva Galicia (1600-1601).
23. Guerra del capitán Diego Martínez de Hurdaide en Sinaloa, contra zuaques, tehuecos y ocoronis.
24. Rebelión del negro Yanga en Orizaba (1609).
25. Insurrección de los yaquis dirigida por Lautaro y Babilonio (1609-10) y combatida por el capitán Diego Martínez de Hurdaide.
26. Expediciones de Diego Martínez de Hurdaide contra los yaquimís, y derrota de aquél (1610).
27. Rebelión de los indios de Tekax, Yucatán (1610).
28. Sublevación de los xiximes de la Nueva Vizcaya, dominada por don Francisco Ordóñez.
29. Rebelión de los tepehuanes en la región de Topia.
30. Insurrección de negros en 1612.
31. Nueva rebelión de tepehuanes (1616), vencida por don Gaspar de Alvear.

32. Levantamiento de los nebomes (pimas bajos) en Sonora.
33. Nueva rebelión de los guasaves en Sinaloa, derrotada por el capitán de Perea.
34. Tumulto en la ciudad de México contra el virrey Gelves (1624).
35. Rebelión del cacique Tzo en Sinaloa y su derrota por Martínez de Hurdaide (1625).
36. Rebelión de indígenas en el noroeste (1632).
37. Insurrección de los indios guasapares en el noreste de Sinaloa, sofocada por el capitán Perea (1632).
38. Sublevación de los indios de Bakalal, Yucatán (1639).
39. Rebelión de los tarahumaras (1650).
40. Conspiración de don Guillén de Lampart (1659).
41. Insurrección de los indios de Tehuantepec (1660).
42. Nueva rebelión de los tarahumaras (1662).
43. Rebelión de los indios tobosos (1667).
44. Nueva rebelión de los indios de Tehuantepec.
45. Alzamiento de indios en el Nuevo México (1680), reconquistado por el gobierno español hasta 1692.
46. Sublevación de indios en Oaxaca (1681).
47. Rebelión de tarahumaras (1668).
48. Nueva rebelión de tarahumaras (1693).
49. Tumulto popular en la ciudad de México (1692).
50. Rebelión de los pimas de las misiones de Caborca y Tubutama (1695), concluida con la intervención del padre jesuita Eusebio Kino.
51. Sublevación de los indios de Tuxtla, Chiapas, en 1695.
52. Insurrección de los pueblos de Tarahumara y Sonora (1696).
53. Rebelión de los pimas de Sonora (1697).
54. Motín popular en la ciudad de México (1697).
55. Rebelión de los indios de la Pimería Alta en Sonora.
56. Ataque de indios al pueblo de acaponeta (1706).
57. Rebelión de los indios del Nuevo Reino de León (1709), concluida hasta 1715.
58. Insurrección de los indios tzendales en Chiapas (1712).
59. Rebelión de indios seris en 1724.
60. Sublevación de los indios de Nayarit.
61. Insurrección de los indios de las misiones en el sur de la Baja California (1733).
62. Rebelión campesina en la jurisdicción de las villas de San Felipe y San Miguel el Grande, dirigida por el indio otomí Nicolás Martín (1734-35).
63. Protesta de indios yaquis contra los mayordomos de las misiones jesuitas en la provincia de Ostímuri, Sonora (1735).
64. Rebelión de los esclavos de las haciendas vecinas a Córdoba (1735).

65. Insurrección de los yaquis y mayos contra los mayordomos de las misiones jesuitas (1737).
66. Ataque de indios al presidio de Sinaloa (1740).
67. Nueva insurrección de yaquis en Ostímuri (1740) dirigida por Calixto, el Muni y Bernabelillo, concluida en 1745 y asesinado su jefe en el presidio de Buenavista después que la rebelión había sido vencida.
68. Pacificación de la Nueva Santander iniciada por don José de Escandón en 1748.
69. Alzamiento de los seris en Sonora (1748).
70. Rebelión de los pimas altos, sobas y pápagos que atacaron las misiones y reales de minas del noreste de Sonora y dirigida por el indio Luis de Sario (1751).
71. Ataque de indios pápagos a la misión de San Marcelo (1751).
72. Sublevación de los indios californianos (1751).
73. Guerra contra los seris realizada por el gobernador don Juan de Mendoza (1755).
74. Rebelión de los seris de la Pimería Baja (1755-59).
75. Insurrección de apaches y comanches.
76. Rebelión de seris y pimas (1760).
77. Sublevación de los pimas bajos de Tecoripa, Suaqui y pueblos vecinos.
78. Insurrección de indios mayas en Yucatán dirigida por Jacinto Canek (1761).
79. Campaña del capitán Vildósola contra los indios seris de Cerro Prieto (1762).
80. Rebeliones en Yautepec, Guanajuato, Puebla, etc.
81. Alzamiento de seris, pimas y sububapas en el pueblo de Suaqui, Sonora (1766), provocado por la pena de azotes que se aplicó al indio gobernador del pueblo, por orden del padre jesuita de Suaqui.
82. Tumulto de mineros en Real del Monte (1766).
83. Guerra contra los seris desde Pitic, Hermosillo en 1767 y que culminó con la creación de la Villa de Seris en el Pitic.
84. Sublevación del indio Juan Cipriano en Guanajuato (1767).
85. Tumulto de más de tres mil mineros del Cerro de San Pedro y del Pueblo de San Nicolás en San Luis Potosí, contra los dueños de las minas y el alcalde mayor don Andrés de Urbina y Eguluz a fines de abril de 1767. Los insurrectos se dirigieron a la ciudad para reclamar el pago de las deudas con ellos contraídas, recibiendo el ofrecimiento de que serían cubiertas como en efecto tuvo que hacerse por intervención de las autoridades.
86. Motines contra la expulsión de los jesuitas, en Valladolid, Uruapan, Pátzcuaro, Guanajuato, San Luis de la Paz y San Luis Potosí (1767).

87. Alzamiento de los indios sububapas (1770).
88. Rebelión de los indios de la misión de Todos Santos en Baja California.
89. Ataque de apaches al presidio de Tubac (1774).
90. Rebelión de los indios de la misión de San Diego de Alcalá, California (1775).
91. Rebelión de trabajadores mineros en Guanajuato (1776).
92. Motín de trabajadores mineros en Pachuca (1776).
93. Rebelión de Izúcar, Puebla.
94. Conspiración de los Machetes, dirigida por don Pedro de la Portilla (1799).
95. Rebelión del indio Mariano de Tepic (1801).
96. Conspiración de Valladolid (1809).
97. Conspiración de Querétaro (1810).
98. Insurrección de campesinos, trabajadores de las minas y miembros del bajo clero, acaudillada por don Miguel Hidalgo e iniciada en la población de Dolores en la intendencia de Guanajuato (1810).
99. Rebelión de ópatas y mayor (1822).
100. Rebeliones de indios yaquis en 1825-26 y en 1832.

Estas numerosas y constantes rebeliones y alzamientos principalmente de indígenas y hombres de casta ocurridas durante la época colonial, crearon en grandes masas de población explotada un espíritu revolucionario vigoroso, como no ocurrió en ninguna otra colonia de España en América, antecedente y factor determinante del gran movimiento de emancipación iniciado en el año de 1810.

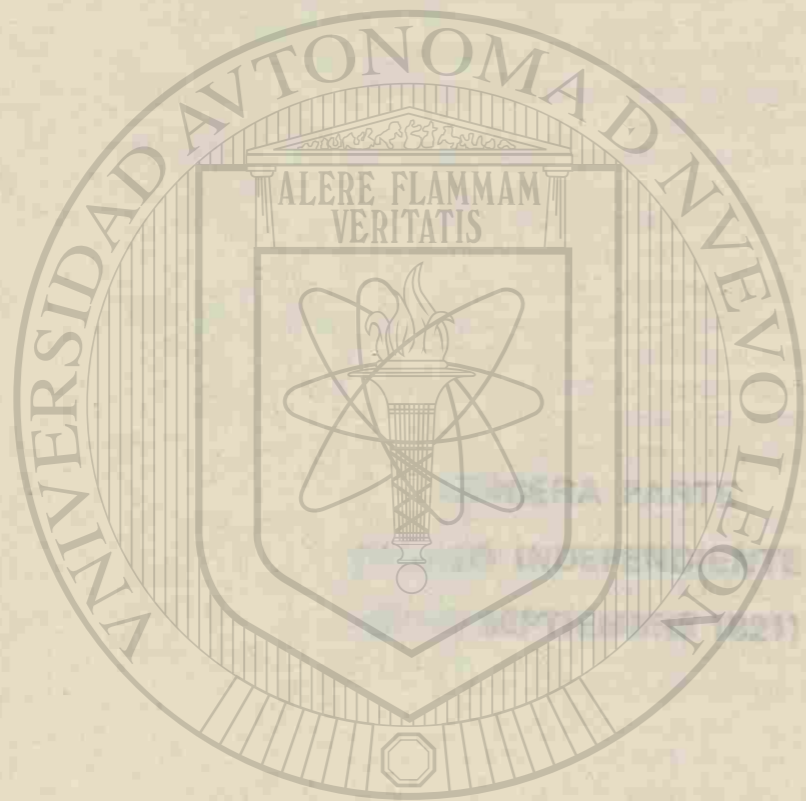


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE

MEXICO INDEPENDIENTE (27 SEPTIEMBRE 1821)

1.- ANTECEDENTES DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

Las causas de la guerra de Independencia, pueden ser estudiadas desde la división de factores externos e internos.

Como factores externos podríamos mencionar:

- 1.- La revolución Industrial Inglesa.
- 2.- La Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, así como su expansión mercantil y territorial.
- 3.- El pensamiento europeo; el enciclopedismo Francés y las ideas de la Ilustración.
- 4.- La revolución Francesa.
- 5.- La invasión de Napoleon I en España.

Podríamos dedicar muchas líneas en el comentario de estos factores, por ser tan importantes no solo para México sino de repercusión mundial.

La revolución Industrial Inglesa, se inició aproximadamente en 1760, donde se desarrolla y se establece el advenimiento de la producción capitalista en gran escala.

El progreso de las manufacturas, fabricas, invención de instrumentos mecánicos de trabajo, realizó la producción para el mercado y lo más importante la nueva clase social; el obrero, que después viene a transformar al mundo.

La Revolución Francesa en 1789, movimiento revolucionario que por su trascendencia y repercusión mundial, marca el inicio de la época Contemporánea. Establece el sistema republicano, el liberalismo, el constitucionalismo, como expresión teórica del capitalismo.

La Ilustración y el Enciclopedismo; la universalidad de la ciencia, y su aplicación en la tecnología.

Por ultimo la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, que demuestra en la práctica las ideas y teoría emanados de la revolución francesa.

La invasión de Napoleón I en España, que interrumpe el gobierno virreinal en la Nueva España, permitiendo el fomento de las ideas independientes.

Como Factores Internos podríamos considerar:

- 1.- Los españoles comprendían un décimo del total de la población, sin embargo eran los dueños de casi toda la propiedad y riquezas del reino.
- 2.- El derecho de los Criollos, hijos de peninsulares españoles nacidos en la Nueva España.
- 3.- La explotación inhumana a los Indios y demas Castas. Durante la época colonial hubo cien rebeliones como lo apuntamos en el capítulo anterior. Hasta 1783 todo el continente americano estuvo gobernado y explotado por las naciones europeas; ese año las colonias inglesas que iban a formar el núcleo original de los Estados Unidos obtuvieron reconocimiento de su independencia; como apuntó un historiador, una fruta madura se Había desprendido de su árbol.

Alarmado por esos acontecimientos, deseoso de servir a la corona y dando una prueba de su clara visión del futuro, el embajador de España en Francia Pedro Pablo Abarca de Olea, conde de Aranda, escribía al rey extensa carta sobre el peligro de que cundiera en los dominios españoles el ejemplo independentista y sobre todo de que se creara una incómoda situación geopolítica, si como parecía inevitable, los nacientes Estados Unidos llegaban a convertirse en una nación poderosa. Engrandesida dicha potencia angloamericana, "apunto proféticamente el conde" debemos creer, que sus miras primeras se dirigen a la posesión entera de la Florida para dominar el (Golfo de México), dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio, el cual no podremos defender dede Europa.

La Revolución Francesa que estalló en 1789 y sus proclamas libertarias inflamaron la mente de los criollos ilustrados que les leían desafiando las prohibiciones de la inquisición; los partidarios del colonialismo se alarmaron y en la América española se engendró una histeria, tanto o más intensa como la provocada en este siglo por los avances del comunismo.

En la Nueva España había individuos convencidos de que la única manera de asegurar la fidelidad del virreinato a la metrópoli, era suavizar la situación que pesaba sobre los habitantes. En textos destacaron los jerarcas del cabildo eclesiástico de Valladolid, hoy Morelia, quienes

en 1799 dirigieron al rey un extenso memorial que contenía los siguientes párrafos: "La población de Nueva España se compone de tres clases de hombres a saber; de blancos o españoles, de indios y de castas, los españoles componen la décima parte de la masa total. Casi todas las propiedades y riquezas del reino están en sus manos, los indios y las castas cultivan la tierra, sirven a la gente acomodada y sólo viven del trabajo de sus brazos; de ello resulta entre los indios y los blancos esta oposición de intereses, este odio recíproco que tan fácilmente nace entre los que poseen todo y los que nada tienen, entre los amos y los esclavos". Como remedio se proponía lo siguiente: "quítese el odioso impuesto del tributo personal, cese la infamia de derecho con que han marcado unas leyes injustas a la gente de color, decáreseles capaces de ocupar todos los empleos civiles que no exijan un título especial de nobleza, ditribúyaseles los bienes comunales e indivisos entre los naturales, concédase una porción de las tierras que por lo común están sin cultivo, a los indios y a las castas, hágase para Nueva España una ley Agraria semejante a la de Asturias y Galicia" . . .

Gobernaba España Carlos IV, que no solamente le tocó soportar los cuernos que le ponían la ninfómana reina María Luisa, amante de Godoy, sino que le tocó soportar también las repercusiones de la revolución francesa y el subsecuente paso por la guillotina de los reyes de Francia, tras fracasar en un intento por restablecer la monarquía que en ese país cayó en la ignominiosa condición de satélite de la república francesa y yugo de Napoleón Banaparte.

Era Manuel de Godoy un exguardia de Corpus que había ascendido a generalísimo, a la riqueza y a los honores, mediante el recurso de convertirse en amante de la reina María Luisa de Borbón. Godoy autoriza a Napoleón la introducción de un poderoso ejército en España para lanzarlo contra Portugal que se había aliado a Inglaterra archienemiga de Francia en 1808, en la creencia de que Carlos IV era más un estorbo que una ayuda; Napoleón decidió deshacerse de él y rescatar España del fanatismo y la mugre con ayuda del ejército que ya había introducido.

Carlos IV, que era un tonto de alto registro, por falta de energía deja que se desate una guerra interescuadras de su corte; los enemigos políticos de Godoy se las arreglaban para convertir al favorito en chivo expiatorio de la abyección del monarca y presionaron a Carlos IV para que abdicara el trono en favor de su ambicioso hijo Fernando de Asturias, quien adoptó el título de Fernando VII, el cual serviría de motivo para que el Cura Hidalgo, posteriortmente, maniobrara con los criollos haciéndoles creer que la independencia de México serviría para dar a Fernando VII un trono que había perdido, ya que a la sazón ocupa-

ba el mando de España el hermano de Napoleón Bonaparte llamado José Bonaparte, a quien apodaban los españoles por su afición desmedida a empinar el codo, como Pepe Botellas.

Bajo la dinastía de los Habsburgo los virreyes nuevohispanos fueron invariablemente aristócratas de altos rangos y bajo la de los borbones, militares o marinos de carrera; destacaron: el primero Antonio de Mendoza de 1535 a 1550, el segundo Luis de Velasco de 1550 a 1564, quienes forjaron la estructura política original de la colonia. En el siglo XVIII se haría notable por su dinamismo Antonio María de Bucareli que fué de 1771 a 1779 quien construyó muchas obras públicas y dio un impulso a las exploraciones marítimas, Juan Vicente de Güermes Pacheco y Padilla conde de Revillagigedo de 1789 a 1794, quien hizo levantar un admirable censo de la colonia, embelleció la capital con reformas urbanas, estimuló la actividad cultural y puso en marcha la nueva organización política decretada por Carlos III a base de intendencias estilo francés que sustituyeron a los antiguos reinos y provincias.

Hubo sobre todo, muchos bribones y pillos que sólo se preocuparon por enriquecerse en el puesto; entre éstos destacó el 56avo. virrey José de Iturrigaray, quien gobernaba la Nueva España cuando Napoleón colocó a su hermano en el trono español; Iturrigaray tenía el grado de teniente general y consiguió su puesto por formar parte de la Camarilla de Godoy.

El 28 de Julio de 1808 se anunció en México el estallido de rebeliones antibonapartistas en España, la noticia provocó júbilo, gente de todas las clases sociales se echó a la calle delirante de alegría, los desconocidos se abrazaban, todos reían y lloraban de contentos y juraban dar hasta la vida por preservar sus dominios a Fernando VII; el repique de las campanas en todas las iglesias rubricaba el entusiasmo, la discordia sólo hizo su aparición cuando surgió el problema de dar a la colonia una organización política que permitiera hacer frente a la emergencia; los criollos comprendieron que se les había presentado una oportunidad de oro para ganar mayor autonomía frente a los gachupines. El cura Hidalgo que por algo lo apodaban el zorro, maniobraba entre las logias masónicas, entre los grupos de gachupines, los grupos de comerciantes que temían verse menoscabados en sus intereses, los grupos de clérigos descontentos, ya que ellos habían tenido el amago de que Carlos IV, echaría mano de los caudales del rico clero de la colonia para seguir su guerra suicida en contra de Inglaterra, eso hizo crear divisiones entre ellos que todavía persistían, el cual aprovechó el Zorro para dividirlos y capitalizar ese descontento en su propio provecho.

Encontramos también otros precursores como a Gabriel de Yermo, el cual encabezó a los comerciantes y los ricos gachupines y que resolvieron deponer al virrey, tenemos también entre otros, a Primo Verdad, Síndico del Ayuntamiento de México, el cual opinó que la colonia debía recobrar su soberanía. Mientras esto ocurría, Fray Melchor de Talamantes, Primo Verdad y media docena de correligionarios eran presos, los seguidores del arzobispo y varios comerciantes ricos se reunieron para declarar a Iturrigaray separado del mando y nombrar como sustituto al mariscal de campo Pedro Garibay. Iturrigaray fue enviado con su familia a España para que allá se le siguiera juicio, y Primo Verdad a la casa del arzobispado, donde murió tres semanas después, aparentemente envenenado. A Fray Melchor lo mandaron a San Juan de Ulúa el 10 de Abril de 1809, lo metieron en una de las pavorosas tinajas del castillo y murió un mes más tarde víctima de la fiebre amarilla, no le retiraron las cadenas sino hasta que el notario lo llamó 3 veces por su nombre sin recibir contestación, lo que demostraba legalmente que había muerto, este método posiblemente es mucho más efectivo que el utilizan los médicos del Seguro Social actualmente.

2.- LA GUERRA DE INDEPENDENCIA:

Con todos estos antecedentes, llegamos al 16 de Septiembre de 1810. Eran las dos de la mañana y el subteniente Juan de Aldama se apeó de un jadeante caballo frente a la casa del Cura de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla, llamó al portón y pidió a los criados que despertaran al capitán Ignacio Allende, quien se encontraba de visita en el curato, reclamó después la presencia del dueño de casa y no tardó éste en acudir en compañía de otros dos huéspedes, un hermano suyo llamado Mariano y el primo de ambos Don José Santos Villa, Aldama expuso apresuradamente el motivo de su visita: la conspiración de la que formaban parte había sido descubierta; traía la noticia de San Miguel el grande, el pueblo cercano a cuyo regimiento pertenecían Allende y él. Los acontecimientos se precipitaron después de que el corregidor de Querétaro, el criollo Miguel Domínguez, recibió orden de investigar la ola de denuncias llegadas a las autoridades acerca de una conspiración que se estaba organizando en esta ciudad, Domínguez, miembro activísimo de la conspiración, se vió obligado a simular que cumplía con tales órdenes cateando los domicilios de la docena de criollos queretanos, a los que se consideraba comprometidos en el movimiento, para su desgracia un funcionario español que lo acompañaba, descubrió un cargamento de armas en una de las casas registradas y Domínguez no tuvo más remedio que encarcelar a varios de sus compañeros. Enterada del caso la esposa del corregidor, Doña Josefa, envió a un mozo a San Miguel el grande para que pusiera sobre aviso a Allende, uno de los elementos principales de la conspiración, pero como éste se encontraba ausente, fue Aldama quien recibió el aviso y de inmediato marchó hacia Dolores para transmitirlo.

Aldama, un hombre de 35 años de edad y de carácter reposado, opinaba que debían rendirse y pedir clemencia a las autoridades, como miembro de una familia acomodada de San Miguel, podía atenerse a que lo tratarán con suavidad; los conspiradores reunidos en el curato de Dolores, pertenecientes también a familias criollas de desahogada posición, podían abrazar las mismas esperanzas.

El primero en oponerse fue el capitán Allende, hombre de 40 años, hijo de un acaudalado comerciante español, heredero de una magnífica casona ubicada a un costado de la iglesia pseudogótica de San Miguel y de una fortuna considerable, aunque en proceso de venir a menos, apuesto y vigoroso y con fama de valentón, excelente caballista, aficionado a los toros, al juego y a las mujeres.

Allende tenía psicológicamente dominado al timorato Aldama; rendirse, según observó, era exponerse a correr la suerte de Talamantes y de Verdad, el momento era muy propicio para iniciar las hostilidades, aunque la fecha del levantamiento era fijada para el 2 de Octubre, ya se contaba con gran cantidad de lanzas, cuchillos y machetes, fabricados por un grupo de obreros bajo la dirección del cura Hidalgo; no había sido posible conseguir armas de fuego, pero el capitán criollo Mariano Abasolo comandante de las milicias de Dolores, estaba dispuesto a secundar la rebelión con los 36 hombres que comandaba y Allende había ganado para el movimiento al medio millar de milicianos que había en San Miguel. Todos estos elementos servirían de núcleo para formar un ejército poderoso, al que los oficiales criollos, así como los soldados mestizos, negros y mulatos del país, se apresurarían a unirse y una vez que triunfara el movimiento, crearían una junta nacional para gobernar a la Nueva España en nombre de Fernando VII. Don Mariano y Don José se concretaron a dejarse llevar por los acontecimientos; el cura secundó con vigor al capitán Allende; por sus relaciones con sus feligreses, tenía la certeza de que el país estaba listo para estallar; confiaba en que durante la misa de ese mismo día, que era Domingo, lograría convencer a un buen número de individuos de que se unieran a la revuelta.

Aquella noche histórica, Hidalgo tenía entre 56 y 58 años; era un hombre vigoroso, de estatura más que mediana, piel aceitunada y ojos verdes; entre los abuelos de su madre, Doña Ana María Gallaga de Villaseñor, se contaba Juan de Villaseñor Orozco, fundador de Valladolid y Michoacán, el padre Don Cristóbal había sido administrador de la hacienda de Corralejo Guanajuato y disfrutaba una posición económica desahogada. En 1764 hizo una declaración de bienes y dijo poseer un clavicordio, cuatro caballos, 338 cabezas de ganado y cinco esclavos negros.

A los 12 años de edad, Hidalgo viajó a la ciudad fundada por su remoto abuelo para estudiar en el colegio Jesuita de San Francisco Javier, dos años después fue trasladado al colegio de San Nicolás Obispo, dos años después fue trasladado al colegio de San Nicolás Obispo, también en Valladolid; ahí pasó 12 años estudiando Teología, Física aristotélica, Gramática, Literatura Latina, Lógica, Ética, y los idiomas Italiano, Francés, Otomí, Tarasco y Náhuatl; pero no solamente estudiaba eso, sino a escondidas leía a los enciclopedistas; como estudiante ganó fama de brillante, alegre y astuto, por lo que sus compañeros le apodaban el Zorro, precedió diversas asociaciones estudiantiles y sociedades literarias, tocaba varios instrumentos musicales y en mas de una ocasión se escapó del colegio para correr aventuras galantes,

se ordenó sacerdote a los 26 años. Consagrado a la enseñanza se distinguió como uno de los maestros más brillantes de San Nicolás y escribió una magnífica disertación sobre el verdadero método de estudiar Teología escolástica; ocupó luego varios puestos importantes: tesorero, vicerector y secretario del colegio. En 1790 cuando tenía 37 años lo nombraron rector, los curas de la época se distinguían por mujeriegos e Hidalgo distaba mucho de ser una excepción, parece que en Valladolid se hizo amante de una muchacha, Guadalupe, quien después fue monja Carmelita; sin duda vivió con Manuela Ramos Pichardo de quien tuvo dos hijos; en un viaje a Guanajuato procreó otro hijo con Viviana Lucero, más adelante se amancebó con Josefa Quintana, que le dió dos nuevos retoños y al parecer también anduvo en amoríos con otra mujer llamada María Manuela Herrera.

El padre de Hidalgo murió en el año de 1790 y con la herencia recibida y su sueldo de rector que ascendía a la importante suma de quinientos ducados anuales, Hidalgo pudo comprar tres haciendas: Jaripeo, Santa Rosa y San Nicolás, todas en Michoacán. El juvenil rector brillaba en las fiestas de sociedad y en el mundo intelectual de Valladolid, sin embargo, repentinamente en 1792 Hidalgo abandonó la rectoría para pasar al obscuro puesto de cura en Colima; los motivos que determinaron el cambio no están muy claros, podría tratarse de una renuncia arrancada tras un desfalco en el que Hidalgo incurrió ó bien podía deberse a intrigas para desterrarlo, ya que su destacada actuación no era vista con buenos ojos por la camarilla de eclesiásticos españoles que dominaban el obispado de Michoacán. Lo cierto es que en Colima sólo permaneció ocho meses y en 1793 cuando estaba por cumplir los 40 años, lo trasladaron a la alejada parroquia de San Felipe Torres Mochas, Guanajuato.

Indudablemente sus enemigos deseaban arrumbarlo en el desolado pueblecito para deshacerse definitivamente de él. En Agosto de 1803 cuando ya había cumplido 50 años, Hidalgo se mudó a Dolores, un pueblo de mayor importancia que San Felipe; tenía 15,000 habitantes y el curato redituaba la cuantiosa suma de ocho mil a nueve mil pesos anuales. Con la mudanza se acabaron los apuros económicos, Hidalgo volvió a organizar tertulias, bailes y paseos, aunque con menor entusiasmo que antes, para atender estos asuntos y librarse de las tareas eclesiásticas, consiguió que un vicario, el padre Francisco Iglesias, se encargara de todo el trabajo a cambio de la mitad de lo que producía el curato, entonces Hidalgo abrió una alfarería, espectacularmente dinámico, aunque desorganizado en extremo, Hidalgo pasaba gran parte del día con sus obreros, lo que le permitió conocer más íntimamente sus anhelos y sus privaciones, no por ello se desconectó de su antiguo

medio pues hacía frecuentes viajes a Guanajuato, donde tenía estrecha amistad con el principal funcionario de la ciudad el intendente Juan Antonio Riaño, con el Marqués de San Juan de Rayas, un rico minero y con la acaudalada familia Alamán.

En uno de esos viajes se metió a la Biblioteca para documentarse sobre las técnicas de fabricación de cañones y pólvora, también viajaba con frecuencia a Querétaro donde conoció a Allende en 1800, año en que éste hizo un viaje a San Felipe y fue quien lo convenció de que sumara a la conspiración Queretana. Aparentemente en un principio Hidalgo se mostró tímido, sabía que los criollos, tan buenos para echar pestes contra el gobierno de los gachupines, adolecían de una enfermedad debilidad de carácter y se acobardaban ante el primer obstáculo, pero los mestizos, la población negroide y los indígenas tenían poco que perder y mucho que ganar en la revuelta, seguramente Hidalgo pensaba en ellos cuando dejó a los hombres que se hallaban reunidos en el Curato. "Caballeros, no queda otra cosa que lanzarse contra los gachupines".

Horas antes del amanecer, el mismo día 16, Hidalgo convocó a sus obreros más fieles, para anunciarles que había llegado el momento de tomar las armas: los obreros, en número de catorce, fueron enviados a la cárcel del pueblo donde aprehendieron a los vigilantes y pusieron en libertad a los presos, que se incorporaron a la lucha. Mientras tanto Allende y Aldama encabezaban grupos pequeños que irrumpían en cada uno de los domicilios del medio centenar de españoles residentes en Dolores, los sorprendieron en la cama, los hicieron conducir a las celdas recién desocupadas y ahí los encerraron, todo se llevó a cabo con tal exactitud y silencio, que cuando amaneció, el resto de la población ignoraba todavía lo ocurrido. Los rancheros llegaban del campo a la misa dominical y sólo cuando pasó largo tiempo sin que sonaran las campanas llamando a ceremonia comenzaron a inquietarse. Hacia las ocho de la mañana se habían congregado frente a la iglesia unos 600 hombres a pie, a caballo o en burro; Hidalgo no se dejó ver sino hasta esas horas; en medio de la expectación que había producido la espera, el cura hizo a los ahí reunidos un anuncio sensacional: los aliados gachupines había decidido entregar la nueva España al hereje Napoleón. ®

El reino y la iglesia necesitaban ser defendidos por sus hijos como premio a sus esfuerzos en la lucha, los indios y las castas ya no tendrían que pagar tributo personal y además percibirían sueldo de un peso diario los que se alistaran con todo y caballo y de cuatro reales los que se incorporaran a la infantería, medio millar de hombres aceptaron entre aclamaciones el llamamiento; se le unieron a Abasolo y sus mili-

cianos y hacia las nueve de la mañana, todos marchaban ya por el camino de San Miguel el Grande; a medio día pasaron por el venerado santuario de Atotonilco; ahí tomó Hidalgo el estandarte de la virgen de Guadalupe que dió como insignia a su ejército y a partir de entonces el grito de guerra de los insurgentes había de ser: "Viva la virgen de Guadalupe y mueran los gachupines", lo que equivalía decir; mueran los herejes entregados al ateo Napoleón. El astuto cura identificó así la lucha política como una pretendida lucha religiosa.

A la hora del crepúsculo del mismo día 16, el ejército insurgente llegó a las afueras de San Miguel. La milicia que debía defender la ciudad, preparada por Allende, se unió a los rebeldes y las autoridades se rindieron sin luchar; los españoles residentes en el pueblo fueron tomados prisioneros y sus fortunas confiscadas para ayudar a la manutención del ejército insurgente. Hasta entonces había duda de quién era el jefe del movimiento si Hidalgo ó Allende? La personalidad del cura acabó por imponerse y el día 22 el ejército en masa lo aclamó como generalísimo; Allende fue nombrado teniente general, o sea, segundo en el mando.

El objetivo final de la marcha era la ciudad de México. Ir directamente hacia allá, implicaba pasar por Querétaro donde había una fuerte concentración militar y por ello Hidalgo decidió lanzarse primero sobre Guanajuato, ya que en aquella rica ciudad podría conseguir los recursos que necesitaba. A las nueve de la mañana del 28 de septiembre, Hidalgo estaba en las afueras de Guanajuato con 20,000 infantes mestizos e indios armados de garrotes, lanzas y ondas, 5,000 rancheros de a caballo que llevaban lazos y machetes y alrededor de un millar de milicianos de tropa, pues la mayoría de los oficiales criollos habían desertado, violando su promesa de sumarse al movimiento. Hasta entonces la marcha se había realizado sin derramamiento de sangre; Hidalgo levantaba a su paso tan grandes masas de gente, que las autoridades se convencían de la inutilidad de oponérsele y se le rendían; probablemente creyó que en Guanajuato iba a repetirse la historia pero a las once de la mañana, su antiguo amigo el intendente Riaño le comunicó su decisión de defender a sangre y fuego la ciudad; Riaño actuaba sensatamente, se había refugiado en la Alhóndiga de Granaditas, un formidable edificio fortaleza, donde se almacenaba alimentos para el consumo local. Concentró en el interior a más de medio millar de hombres de los cuales la mitad eran soldados bien armados y adiestrados y la otra mitad españoles con fusiles y dispuestos a defender sus fortunas hasta la muerte.

Poco después del mediodía comenzó la lucha, multitudes enormes

llenaron gradualmente las calles que desembocan en Granaditas, los sonderos lanzaron una granizada de piedra que llegó a formar una gruesa capa sobre la azotea de la Alhóndiga, los milicianos, confundidos entre la masa humana dispararon sus armas cobraron algunas víctimas entre las que se contaba Riaño, muerto de un tiro en el ojo izquierdo casi al iniciarse la batalla, pero los realistas ocupaban las mejores posiciones y hacia las cinco de la tarde ya habían dado muerte como a 2,000 insurgentes, enfurecidos por la matanza de sus compañeros, los sitiadores lograron quemar el portón principal de la Alhóndiga, una leyenda de problemática comprobación sostiene que el autor de la hazaña un minero apodado el Pípila, un gentío sediento de venganza penetró en el edificio, 300 españoles y soldados que trataron de presentar oposición o defenderse perecieron degollados, los demás quedaron prisioneros y sus fortunas fueron confiscadas, la turba saqueó todas las casas de los españoles residentes en la ciudad.

Difícilmente se podría exagerar la importancia de la toma de Granaditas; con ella puso Hidalgo en evidencia la fragilidad del gobierno virreinal, cuyo poder se asentaba en tres siglos de haber inculcado en los novohispanos la creencia de que eran cobardes, abyectos e incapaces de enfrentarse a sus dominadores; la gente veía en el cura un enviado de Dios con la misión de castigar a los tiranos, oleadas humanas se apresuraban a seguirlo y cuando se presentó en las afueras de Valladolid con 60,000 hombres (esto ocurrió el 17 de Octubre, un mes y un día después del Grito de Dolores), la aterrorizada ciudad se le rindió sin combatir a pesar de que en ella había una guarnición militar de cuatro a cinco veces mayor que la de Guanajuato. Hidalgo había marchado sobre Valladolid para evitar un enfrentamiento con el fuerte ejército virreinal que protegía Querétaro, de Valladolid pensaba continuar hasta la ciudad de México por la mal fortificada vía de Toluca; lo único que no marchaba bien eran sus relaciones con Allende:

El capitán trataba con excesiva severidad a los individuos de la turba insurgente que saqueaban los domicilios de los españoles y dio muestras de sentirse más indignados por la degollina de los 300 defensores de Granaditas que por la muerte de más de los 2,000 insurgentes acribillados durante la batalla. Con su sensibilidad de criollo se hallaba a disgusto entre la chusma de indios y mestizos que seguían fanáticamente al cura y a menudo se quejaba de que la revolución no se ciñera a más, a los cánones de una guerra militar; como Allende, pensaba la mayoría de los criollos, de los cuales muy pocos se incorporaban a la lucha y más aún, la mayoría veían con pavor que la revuelta autonomista se estuviera transformando en una gran insurrección popular. Por su parte, Hidalgo sabía que la experiencia militar de su teniente general se redujo a ha-

ber participado en algunas maniobras y que era más que todo un soldado de opereta, el cura cifraba todas sus esperanzas del triunfo en atizar el entusiasmo de la plebe y provocar un levantamiento general ante cuya magnitud los españoles no pudieran sino doblegarse; consecuentemente en Valladolid hizo público un decreto de abolición de la esclavitud, primero de su género en América y suprimió los odiados tributos personales y los impuestos al consumo del pulque.

Otro punto de fricción entre los jefes insurgentes era que Allende seguía siendo fiel a Fernando VII, en tanto que Hidalgo no atacaba al monarca, ni siquiera mencionaba su nombre en las proclamas.

Hidalgo definió al movimiento que acaudillaba nada menos que como una reconquista, no se sabe qué tipo de gobierno pensaba implantar al triunfo de la revuelta, pues por algo lo apodaban el Zorro, pero diversos indicios hacen suponer que pretendía erigirse en soberano, aunque estaba dispuesto a compartir el poder con un congreso.

El poder que Hidalgo había alcanzado era pasmoso; el cabildo eclesiástico de Valladolid respondió mansamente cuando aquel cura, relegado un día a las parroquias de Colima, San Felipe y Dolores, ordenó nulificar un decreto de excomunión expedido en contra suya y de sus correlegionarios por el obispo Abad y Queipo.

El 20 de Octubre entre aclamaciones el cura abandonó Valladolid al frente de 100,000 hombres, las filas insurgentes presentaban un espectáculo similar al que un siglo después ofrecerían los zapatistas, con el ribete de que los insurgentes eran mucho más numerosos y carecían casi por completo de armas de fuego; hombres en harapos a quienes frecuentemente acompañaban sus mujeres e hijos, que se ponían los ricos sombreros y capas que hurtaban en las casas que saqueaban y que solían llevar al hombro grandes trozos de animales que destazaban a su paso por las haciendas y hasta puertas y mesas que levantaban aquí y allá, unos catorce mil iban a caballo y confundidos entre la masa, marchaban los 3,000 milicianos negroides y mestizos que se incorporaron a la revuelta.

Los criollos odiaban igual que siempre a los gachupines, pero la perspectiva que los arrollaran las clases inferiores bastaba para hacerlos preferir el yugo español; entre las naturales excepciones se encontraba un puñado de abogados con ánimo de conseguir algún puesto importante en el gobierno que esperaba formar Hidalgo. Sobresalía en este grupo el abogado llamado Ignacio López Rayón, quien se incorporó en Valladolid y fue nombrado secretario de Hidalgo.

El 29 de Octubre los insurgentes ocuparon Toluca sin encontrar resistencia, el 30 marcharon a la ciudad de México y a medio camino fueron interceptados por un ejército de 2,000 realistas, unos cuantos jefes y voluntarios gachupines, un puñado de oficiales criollos y tropas formadas por negros y mestizos que se parapetaron en la cima del monte de las cruces; representaban éstos casi la totalidad de las fuerzas con que contaban el virrey para defender la capital; su derrota significaría dejar la ciudad de México inerme y a merced de los insurgentes.

A la distancia de muchos años es fácil sentenciar lo que debió haber hecho Hidalgo en aquellas circunstancias, dejar en el monte de las cruces un grupo pequeño que inmovilizara a los realistas y marchar con el grueso del ejército sobre la capital, pero la historia no se hace con opiniones extemporáneas y en aquellos momentos, Hidalgo creyó razonable conceder a Allende la oportunidad de demostrar sus habilidades como militar. Con Allende como jefe, los insurgentes libraron una batalla de nueve horas de duración, en la cual obtendrían una victoria pírrica. En efecto, si bien los realistas perdieron alrededor de un tercio de sus fuerzas entre muertos y heridos, los dos tercios restantes pudieron replegarse hacia la capital, donde encontrarían nuevos elementos para la defensa. Por su parte, los insurgentes resintieron una espantosa matanza de cinco mil a veintemil hombres, según las distintas cifras que consignan los historiadores, pues al principio de la batalla, Allende los mandó cuesta arriba en compactas masas que ofrecían un blanco ideal a los tiradores realistas, pero aún, los insurgentes se aterrorizaron al constatar la dificultad de luchar con lazos, machetes y ondas, contra un contingente disciplinado con armas de fuego y buenos oficiales; desertaron en cantidades tan grandes que el ejército insurgente se redujo a la mitad, con todo, los insurgentes se acercaron todavía más a la capital hasta el pueblecillo de Guajimalpa, mientras tanto se reorganizaban y se preparaban en la capital.

Hidalgo iba perdiendo poco a poco la fe en su aparato militarista y volvió a la estrategia original de provocar un levantamiento popular. Para este fin, envió patrullas de agitadores a pueblos como Coyoacán, San Angel y Tlalpan. Comprobó la inmensidad del atolladero en el que se habían metido cuando sus emisarios fueron aprehendidos por los mismos lugareños y entregados a la autoridad virreinal. Al paso que tomaban medidas para la defensa militar de la ciudad, las autoridades habían echado mano de diversos recursos psicológicos: por principio de cuenta la inquisición sacó a la luz el juicio seguido contra Hidalgo en 1800, afirmando falsamente que el cura había sido condenado y el arzobispo capitalino reconfirmó el decreto de excomunión firmado por el Obispo de Valladolid: desde cientos de pulpitos, Hidalgo fue exhibido

como un agente de Napoleón y un hereje; para los capitalinos era él y no los españoles, la especie de anticristo que intentaba entregar el reino a los ateos y masones franceses.

Para neutralizar a los criollos revoltosos bastó con atizar su natural temor de que la chusma de mestizos, indios, negros y mulatos los despojara de sus bienes y sus privilegios.

Los miembros de las numerosas corporaciones literarias de la ciudad escribieron docenas de panfletos en los que llenaban de impropios a Hidalgo y lo presentaban como agente de Napoleón, los empleados públicos se encargaban de leer esos escritos a los analfabetos que eran la mayoría, quienes para tal objeto eran obligados a congregarse en las esquinas, esto empezó a ser mella y como prueba de que las cosas marchaban bien para las autoridades virreinales, los criollos y españoles y buscando arrebatarse a Hidalgo la bandera de libertador de los oprimidos, el 5 de Octubre de 1810, el virrey hizo público un decreto de las cortes en el que se abolían los tributos personales, a las clases bajas se les decía además que Hidalgo solo deseaba emplearlos como carne de cañón y procuraba que fueran exterminados, para así poder decretar la libertad de creencia bonapartista. El lavado de cerebros tuvo un éxito clamoroso, infinidad de indígenas, entre los que destacaban los patéticos tlaxcaltecas reafirmaron su fidelidad al virrey; como siempre los tlaxcaltecas daban la nota discordante en este contexto.

Las pequeñas partidas de agitadores que enviaba Hidalgo eran recibidas invariablemente con hostilidad; el cura tuvo que convencerse de que se había equivocado al pensar que los capitalinos, en masa, se levantarían para apoyar su movimiento, una vez que comprobó la veleidad de la masa. Mientras sospechaba Hidalgo la gravedad de la situación, recibió noticias de que se acercaba a Cuajimalpa un poderoso ejército realista procedente de Querétaro.

Algunos historiadores afirman que la retirada obedeció al temor que abrigaba Hidalgo de que la chusma de insurgentes se entregara a una degollina general, pero esto es obviamente falso, porque lo de Guanajuato no fue ni saqueo ni degollina.

Otra corriente de historiadores sostiene que Hidalgo se abstuvo de entrar a la capital por miedo al triunfo que padece el mexicano por su repugnancia a ejercer el poder y su capacidad para conquistarlo. Referidas a un hombre del temple de Hidalgo, estas afirmaciones resultan demasiado ridículas para merecer un comentario.

El 9 de Noviembre Hidalgo llegó de regreso a Valladolid; de hecho andaba fugitivo, había perdido hasta su tropa personal y por toda compañía llevaba un puñado de anónimos partidarios.

La retirada de Cuajimalpa tuvo los efectos previsibles: desmoralizadas las filas insurgentes, se redujeron todavía más por las deserciones en masa. De ahí fueron a Toluca y seguidamente a Iztlahuaca; iban en penosa marcha rumbo a Huichapan, cuando cerca del pueblito de Aculco los interceptó el ejército realista que se movilizaba en defensa de la capital; 7,000 hombres magníficamente pertrechados cuya sola presencia hizo que cundiera el pánico entre las filas insurgentes.

Algunos millares entre los que se hallaba Hidalgo, Allende y Aldama consiguieron llegar a Celaya; en esa ciudad hizo crisis lo que hasta entonces había sido una pugna sorda entre Allende y el cura bribón, como el capitán había dado en llamar a Hidalgo el militar culpó al sacerdote del desastre y por su cuenta resolvió marchar a Guanajuato con los restos del ejército, para defender a esa importante ciudad del ataque realista que seguramente no tardaría en producirse. Hidalgo por su parte se había convencido de que las masas sin armas de fuego y sin entrenamiento militar serían derrotadas en un choque frontal con el ejército realista; así, mientras Allende se dirigía a Guanajuato, el caudillo se desprendió de la columna de insurgentes con un puñado de seguidores y tomó el camino de Valladolid. El 17 de Noviembre el ejército realista atacó Guanajuato; Allende derrotado tras nueve luchas, se puso en fuga rumbo a San Luis Potosí, una plaza que estaba en poder de los insurgentes; ahí se le reunió Aldama, Abasolo y algunos otros compañeros. Tanto en Guanajuato como en Aculco, el general victorioso fue Félix María Calleja, un digno enemigo de Hidalgo a quien se ha dado merecidamente el título de segundo de Hernán Cortés. Cruel, astuto e infatigable, Calleja había logrado el milagro de infundir valor y fe en el triunfo, al desmoralizado ejército realista; lo organizó, aumentó sus efectivos a base de criollos, mestizos y castas y finalmente conservó a la Nueva España sometida durante varios años más a la corona española.

Hijo de una familia acomodada de Castilla, Calleja llegó a la Nueva España en 1789 con el grado de capitán, a base de eficiencia ganó ascensos hasta llegar a general y ser nombrado comandante de las fuerzas de San Luis Potosí; en esa ciudad se casó con una rica heredera criolla, y comenzó a acumular latifundios hasta convertirse en cacique de la región. más que por el título de general la gente lo conocía por el amo Don Félix. En contraste con la mayoría de los españoles, Calleja se identificó perfectamente con su tierra adoptiva y sus costumbres, al grado de que llegó a ser un buen bebedor de pulque; de esta manera co-

noció las virtudes y sobre todo los defectos de los nuevohispanos, cosa que le permitió combatir a los insurgentes mejor que nadie. Al recibir noticias del Grito de Dolores, Calleja procedió a formar un pequeño ejército reclutado entre los vecinos de San Luis; mientras Hidalgo sufría el tropiezo del Monte de las Cruces, Calleja unió sus fuerzas a las que guarnecían Querétaro y al frente de todas ellas marchó en auxilio de la capital amenazada. Después de provocar las desbandadas de Aculco y el abandono de Guanajuato por parte de Allende, Calleja comenzó a hacer aprestos para lanzarse sobre la presa mayor: Hidalgo.

En Valladolid el astuto cura se condujo como si la buena fortuna jamás lo hubiera abandonado; tomó las riendas de la ciudad y notó con satisfacción que el pueblo seguía aclamándolo como un héroe. Consecuentemente se hizo de la vista gorda cuando sus partidarios empezaron a cometer desmanes contra la gente acomodada y ni siquiera intervino para evitar que una turba degollara criminalmente a 60 prisioneros españoles, de esta manera, al cabo de unos cuantos días reunió otro ejército de 7,000 hombres. La fortuna parecía seguir favoreciendo al cura, en Valladolid tuvo noticias de los magníficos frutos que comenzaban a rendir algunas medidas que tomó en las semanas anteriores, cuando en su marcha triunfal habilitó nuevos caudillos para que llevaran a la revolución a otras partes; al pasar por Irapuato rumbo a la batalla de Granaditas, había despachado hacia Jalisco a un administrador de hacienda llamado José Antonio Torres; de Guanajuato envió rumbo a Zacatecas a un antiguo escribiente de Calleja llamado Rafael Iriarte y a San Luis Potosí a un lego apellidado Herrera; poco antes de abandonar Valladolid despachó hacia la tierra caliente de Michoacán y a la costa de Acapulco al cura José María Morelos y Pavón. Iriarte tomó Zacatecas el 8 de Noviembre y Herrera se apoderó de San Luis Potosí el 10 de esas fechas; Morelos ponía sitio a Acapulco, Torres capitalizando el pismo que causó la caída de Granaditas, se apoderó de un pueblecillo Jalisciense trz; otro, sin lamentar más que una docena de muertos y otros tantos heridos.

El 1° de Noviembre, la segunda ciudad del virreinato, Guadalajara, se le rindió sin disparar un tiro. Una vez en Guadalajara y para acrecentar sus efectivos comenzó a repartir liberalmente grados de generales, mariscales y coroneles, inclusive inventó extraños grados como el de coronel de coroneles y capitán de capitanes.

El ejército insurgente se había preparado mejor, eso hizo que Hidalgo volviera a sentirse a punto de ganar las riendas del país y cambió sus hábitos y un poco de personalidad insurgente; asistía a un sinnúmero de bailes dados en su honor y a menudo se le veía acompañado de

una hermosa tapatía, el aroma del triunfo comenzó a subírsele a la cabeza, usaba ropas lujosas, andaba siempre rodeado de pajes y guardias de cortes y sus subalternos le daban el tratamiento de alteza serenísima. Mientras tanto, Calleja y sus lugartenientes procuraban reforzar sus posiciones, esparciendo el terror arrasaban pueblos sospechosos de alimentar ideas independentistas y escogían a uno de cada 10 habitantes de tales pueblos para pasarlo a cuchillo, simultáneamente seguían acrecentando su ejército, las noticias de los desmanes de Calleja enardecieron a los insurgentes, quienes en atroz venganza degollaron a 350 prisioneros españoles sin que Hidalgo levantara un dedo para impedirlo, esta matanza distanció todavía más a los criollos del movimiento independentista, pero Hidalgo no se preocupó gran cosa, pues ya se había convencido de que jamás contaría con el apoyo masivo de sus congéneres.

Después de andar huyendo por Aguascalientes y Zacatecas al principio de Enero de 1811, Allende y Aldama se presentaron en Guadalajara; como era de esperarse Allende se escandalizó por la actuación del cura, especialmente por las medidas de carácter social ya dictadas y por la degollina de españoles, pero para evitar que se hablara de divisiones de su bando, Hidalgo recibió con fingido beneplácito a su antiguo compañero.

Mientras tanto Calleja y otros realistas se preparaban para atacar Guadalajara, la estrategia a seguir fue motivo de una nueva disputa entre el capitán Allende y el cura de Dolores: Allende insistía en la imposibilidad de enfrentarse al bien armado y disciplinado ejército de Calleja y sugirió abandonar Guadalajara y dividir las filas insurgentes en varios grupos que después acosarían a Calleja con operaciones guerrilleras; Hidalgo impuso su criterio de interceptar la marcha del enemigo en un terreno favorable para los insurgentes y ahí entablar batalla abierta, a regañadientes Allende obedeció y fue puesto al mando de la operación. El 17 de Enero de 1811 tuvo lugar la gran batalla; el ejército insurgente parapetado en lo alto de las colinas y cerros cercanos al puente de Calderón a 45 Kms. del noreste de Guadalajara, combatió durante seis horas contra las fuerzas de Calleja, la batalla terminó con una desbandada general de los patriotas, tras el desastre, miles de fugitivos atravesaron la sierra con el pensamiento fijo en Zacatecas, donde esperaban acogerse a la protección de Iriarte.

En el camino, en la hacienda del Pabellón, Aguascalientes, Allende arrebató a Hidalgo el mando de las menguadas tropas que se habían salvado; en vista de la popularidad del cura, el militar se cuidó de hacer pública la destitución, pero Hidalgo fue obligado a marchar con el ejército en calidad de prisionero y bajo amenaza de muerte en caso de que

intentara fugarse. En Zacatecas, Iriarte y Abasolo se hicieron sospechosos de traición y también quedaron en calidad de prisioneros de Allende, éste se sentía muy inseguro en la ciudad, por lo que ordenó continuar al norte hacia Saltillo y las tierras del noreste, que pocos días antes había ocupado el insurgente Mariano Jiménez; la marcha se realizó a través de Charcas y Matehuala, S. L. P., a principios de Marzo todos se hallaban en Saltillo; para entonces los realistas iban de triunfo en triunfo. Allende decidió huir a Estados Unidos cruzando el desierto de Coahuila y Texas, sólo el abogado Ignacio López Rayón aceptó volver al sur, al frente de 3,000 hombres que tratarían de reavivar una vez más la revolución.

El 16 de marzo Rayón marchó al sur y Allende al norte; el contingente de este último estaba formado por una avanzada de 75 hombres y catorce coches, en los que viajaban los principales jefes y muchas mujeres que llevaban para su disfrute, en la retaguardia iban 1,500 hombres con artillería, equipajes y un gran número de mulas que transportaban barras de plata con valor de medio millón de pesos; la caravana debía pasar por Acatita de Baján, Coahuila, un polvoroso pueblecillo de tres docenas de casas miserables, cuyos habitantes viven hoy día de la explotación de ixtle y de la candelilla.

Unas norias con agua abundante, hacían del pueblo una especie de base; el capitán de milicias Francisco Ignacio Elizondo, un criollo que se había pasado al bando insurgente, tenía instrucciones de esperar ahí a la caravana para rendirle honores y proporcionarle auxilio; los insurgentes ignoraban que en una nueva defección Elizondo había regresado al bando realista. A unos 5 Kms. del caserío del sur, existe una loma que constituye el único lugar prominente en aquel terreno plano y polvos: Elizondo hizo que se ocultaran tras la loma 50 de sus hombres, hacia el sur formó en filas cerca de 350 soldados y un buen número de indígenas comanches y mezcaleros que daban la impresión de estar esperando a los fugitivos para aclamarlos; en cuanto daban vuelta al recodo de la loma, los fatigados hombres de la vanguardia eran hechos prisioneros; los coches venían muy separados uno del otro, por lo que los de atrás no se dieron cuenta de lo que ocurría; al llegarles su turno, Allende intentó defenderse pero fue fácilmente inmovilizado; minutos después Hidalgo caía en la trampa, seguidamente, los hombres del traidor atacaron por sorpresa a los de la retaguardia, quienes huyeron o fueron hechos prisioneros.

Corría el 21 de Marzo de 1811 y habían transcurrido apenas seis meses y cinco días desde la iniciación de la revuelta. De Baján condujeron a los prisioneros a Monclova y posteriormente a Chihuahua, don-

de se les sometió a juicio, aunque Allende, Aldama y Jiménez declararon hasta lo último ser partidarios leales de Fernando VII, fueron encontrados culpables del delito de rebelión y fusilados y decapitados en distintas fechas, Abasolo conservó la vida a cambio de declarar contra sus compañeros, pero fue deportado a España, Hidalgo aceptó plenamente su responsabilidad, fue el único con hombría suficiente entre todos nuestros héroes para históricamente quedar limpio; con ese sólo hecho Hidalgo se salva para la historia; los fusilaron el 30 de Julio y posteriormente los decapitaron, las cabezas de los cuatro caudillos principales, metidas en jaulas de hierro, fueron colocadas en cada una de las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas y ahí permanecieron en terrorífica exhibición por espacio de 10 años.

3.- SEGUNDA ETAPA DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

Nace Morelos en Valladolid el 13 de Septiembre de 1765 y ahí vivió hasta la edad de 14 años cuando la muerte de su padre, el humilde carpintero Manuel Morelos, hizo necesario que se trasladara a Apatzingán, en la tierra caliente, para trabajar con su tío llamado Felipe Morelos y obtener algún dinero para ayudar a su madre; en Apatzingán, además de haber sido ayudante del tío, desempeñó el trabajo de arriero en jefe de una recua de mulas que transportaban mercadería de Acapulco a la ciudad de México por la vía de Chilpancingo y Cuernavaca; el trabajo resultó bastante productivo, José María ganó lo suficiente para comprarse su recua propia, pero aquella vida no le satisfizo y a la edad de 25 años tomó la sorprendente decisión de regresar a su ciudad natal y estudiar para sacerdote.

Corría el año de 1790 cuando José María Morelos y Pavón ingresó al colegio de San Nicolás de Valladolid; en ese tiempo Miguel Hidalgo y Costilla acababa de ser nombrado Rector del colegio y mientras cabalgaba de Carácuaro a Morelia ya en 1810, Morelos probablemente se preguntó si el popular maestro se acordaría de él, probablemente sí. Morelos destacaba en el colegio de lo avanzado de su edad y su dedicación a los estudios, tenía que trabajar más que otros alumnos, ya que su educación se reducía a las primeras letras que le enseñó su madre Juana Pavón, hija de un maestro de escuela y a lo que él pudo aprender leyendo libros por su cuenta en los ratos libres que tenía en Apatzingán. Hidalgo fue trasladado tiempo después a la parroquia de Colima, Morelos siguió en Valladolid y la vida de los dos hombres se separó. En 1797 Morelos recibió por fin las órdenes sacerdotales, lo destinaron al ínfimo pueblo de Churumuco en la tierra caliente; a este tipo de pueblos se enviaba siempre a los curas pobres, especialmente cuando tenían color y razgos negroides como Morelos, pero no estaba mal, por su origen racial Morelos debió haber seguido de arriero durante toda su vida, pues las leyes prohibían muy claramente que los negroides recibieran instrucción escolar, no digamos que se ordenaran sacerdotes.

Morelos pudo mejorar su nivel social gracias a que en su boleta de bautismo lo clasificaron como español. En el virreinato era frecuente entregar a los sacristanes o sacerdotes una módica mordida para que diesen a los recién nacidos una categoría más alta en la escala racial, lo cual nos viene a demostrar que la corrupción en México se pierde en la noche de los tiempos, pero hay que hacer hincapié en que a los grados a que ha llegado en los últimos doce años posiblemente no se ha visto ni en toda la galaxia. En realidad Morelos no vivía de su sueldo que le daba el curato, sino de un negocio de compra-venta de granos que formó en

Carácuaro; las utilidades que producía el negocio le permitieron adquirir un rancho ganadero y una amplia y céntrica casona en Valladolid a la que le añadió un segundo piso; esta casa, ahora museo, estaba ocupada por una hermana casada de Morelos; con sus fondos personales Morelos construyó también una sólida iglesia en Nocupétaro; once años pasó Morelos en Carácuaro y acabó por adaptarse a la vida del cura chocolatero y persiguidor de indígenas; tuvo demasiadas, varias de ellas de su parroquia; una de las cuales Brígida Almonte le dió un hijo llamado Juan Napomuceno Almonte, que con el tiempo alcanzó el generalato y fue uno de los partidarios más decididos de Maximiliano de Habsburgo.

A Carácuaro sólo llegaban noticias fragmentadas de los acontecimientos que sacudían el virreinato: de la abdicación de los borbones en favor de José Bonaparte, el golpe de estado contra Iturrigaray y el constante cambio de virreyes, el fracaso de la conspiración de García de Obeso y Michelena, el levantamiento de Hidalgo, de la toma de Granaditas y del avance de los insurgentes, sólo se enteró Morelos el 10 de octubre por informes de un rancharo de su parroquia que había estado en Valladolid.

En esos días Morelos recibió el edicto del obispo Abad y Queipo sobre la excomunió de Hidalgo y sus partidarios; en lugar de hacerlo público Morelos decidió trasladarse a Valladolid, para investigar personalmente lo que estaba pasando. Hidalgo lo invitó a acompañarlo a un pueblecito cercano y ahí mientras cenaban le explicó sus planes para acabar con la injusticia social y establecer un congreso que resolviera la forma como debía gobernarse el país. Perseguido por un deseo irresistible de participar en aquella lucha que también se acomodaba a sus intereses, Morelos solicitó su incorporación a las filas insurgentes en calidad de capellán, pero Hidalgo que ya no necesitaba más gente a su lado, lo persuadió de que regresara a Carácuaro y allí viese la manera de continuar hacia la costa para apoderarse de Acapulco.

Tras una breve escala en Carácuaro el 25 de octubre, Morelos salió a campaña con 16 campesinos reclutados entre sus feligreses; tres semanas después, el 12 de noviembre atacaba acapulco con mil hombres armados de machetes, arcos y flechas, ondas y unos cuantos fusiles, Morelos permaneció cerca de seis meses frente a Acapulco sin lograr que la plaza magníficamente artillada y armada se le rindiera, en cambio durante ese lapso consiguió la adhesión de varios pueblos costeros. Tras varios pueblos que tomó, el 15 de agosto fue atacado por una columna enemiga y tras derrotarla ocupó el pueblecillo de Chilapa, además de una buena cantidad de armas y municiones, la batalla de Chilapa determinó la incorporación a la lucha de un grupo de in-

surgentes notables que estaban escondidos en las cuevas de la comarca esperando la ocasión de sumarse a alguna facción importante, los hermanos Leonardo, Miguel, Víctor y Máximo Bravo y un hijo de Leonardo llamado Nicolás, los Bravo eran mestizos y como los Galeana, rancheros acaudalados; también por esos días se unió a las filas de Morelos un corpulento mulato llamado Vicente Guerrero.

El júbilo de Morelos por sus pequeños triunfos quedó empañado por la noticia del fusilamiento de su maestro el cura Hidalgo, la que recibió en secreto y a nadie comunicó por temor a que cundiera el desánimo y provocara deserciones; en medio de su soledad, tal vez hasta se alegró que apareciera en escena el Lic. Ignacio López Rayón.

Como jefe del ejército traído de Saltillo y en su calidad de antiguo secretario de Hidalgo, Rayón se consideraba heredero legítimo de la jefatura del movimiento y a mediados de Julio de 1811, escribió a los diversos cabecillas que luchaban aisladamente en varias partes del país para señalarles la urgencia de unificarse, quería aprovechar la experiencia y no caer en los excesos populistas de Hidalgo, que seguían apartando del movimiento insurgente, los criollos.

Rayón anunció su propuesta de crear una suprema junta Gubernativa de América, en la que se asignaba el desorbitado título de capitán general de todos los ejércitos americanos, la junta funcionaría sobre las mismas bases que la propuesta por el Padre Talamantes y Primo Verdad, o sea que el movimiento perdería su carácter populista para hacerse más aceptable a los criollos.

La popularidad de Rayón, así como sus frecuentes referencias a su alteza Fernando VII molestaron instintivamente a los nuevos cabecillas insurgentes, hombres rudos que sentían repugnancia por las actitudes ceremoniosas, típicas de tales reacciones fue la del guanajuatense Albino García, quien contestó a Rayón "yo no reconozco más junta que la de dos ríos, ni más alteza que la de un cerro".

Sólo Morelos el menos rústico de los nuevos cabecillas, advirtió la importancia de que se unificara el movimiento para evitar tantos males por los que nada hemos progresado, como hasta entonces sus merecimientos bélicos eran mínimos y carecía de recursos, consideró natural someterse a la jefatura de Rayón. Como premio Rayón designó a Morelos para ocupar uno de los tres puestos de vocales que dirigirían la junta, los otros dos eran Rayón y José María Liceaga, su segundo en el mando desde Saltillo, pero Morelos prefirió seguir al frente de sus tropas y designó vocal sustituto al cura de Tuzantla, José Sixto Verduz-

co, quien desde luego se trasladó a Zitácuaro, Morelos sustentaba la opinión de que había que quitarle la máscara de Independencia y olvidarse de Fernando VII, pero Rayón lo calmó asegurándole que la medida era un subterfugio para atraerse a los criollos, que aún se sentían ligados al monarca por sus juramentos de fidelidad, aunque resultaba sumamente improbable que el "deseado" volviese a reinar en España; el objetivo a final de cuentas que alcanzaría el movimiento de insurgentes sería la independencia absoluta del país. Por un momento la alianza con Rayón resultó provechosa para Morelos, pues el jefe de la junta fue considerado por las autoridades virreinales como el enemigo más peligroso y todos los esfuerzos se concentraron en destruirlo; de este modo Morelos tuvo mayor libertad de movimiento, pues secretamente alentó a Rayón para que él se erigiera como jefe supremo, pues Morelos también tenía lo suyo como político; no en vano había sido discípulo del Zorro.

En noviembre después de tomarse un descanso de más de dos meses, las fuerzas del cura abandonaron Cilapa, divididos en tres cuerpos: el de Miguel Bravo que marchó a la Mixteca baja, el de Hermenegildo Galeana enviado a apoderarse del territorio limítrofe entre los actuales estados de México y Guerrero y el de Morelos cuyo objetivo a largo plazo era la toma de la ciudad de Puebla. Mientras tanto Rayón demostraba su incapacidad como militar: el 1.º de enero de 1812 atacado en Zitácuaro por 5,000 realistas al mando de Félix María Calleja, opuso breve resistencia y huyó hacia la sierra abandonando la ciudad que fue destruida e incendiada; en cambio Morelos cosechaba nuevas victorias, los días 23 y 24 de enero sus fuerzas derrotaron a un fuerte ejército realista y se apoderaron del pueblo de Tenancingo cercano a Toluca; el 4 de febrero Morelos tomó Cuernavaca sin encontrar resistencia y el día 9 penetró por segunda vez en Cuautla, que había abandonado momentáneamente para reforzar la oposición de Galeana en Taxco, esto bastó para convertir a Morelos en el enemigo más peligroso del régimen virreinal.

A los pocos días el terrorífico Calleja marchaba sobre Cuautla dispuesto a hacerle frente, Morelos mandó reforzar la defensa de la ciudad, abrió trincheras, acumuló provisiones y anunció que mandarían fusilar a todo el que le hablara de rendición; a las 7:30 de la mañana del día 19 de febrero se inició el ataque realista a Cuautla; pensando que la batalla terminaría con triunfo suyo en el espacio de unas cuantas horas, Calleja ni siquiera se tomó la molestia de bajar de su carruaje, su seguridad se fundaba en que disponía de los mejores 5,000 hombres del ejército colonial, entre ellos varios profesionales llegados recientemente de España; poseía además nuevo y mejor armamento, en cambio Morelos

sólo había logrado reunir 4,500 hombres con unos cuantos fusiles y cuatro cañones pequeños y viejos; lo auxiliaba su plana mayor, Hemenegildo Galeana, Nicolás, Víctor y Leonardo Bravo y el cura Mariano Matamoros que se incorporó en Izúcar y ya comenzaba a distinguirse como soldado; la batalla en Cuautla duró 72 dramáticos días, Fracasadó en su intento de tomar la ciudad por asalto, Calleja le puso sitio con la esperanza de rendirlo por hambre; al efecto recibió municiones y miles de hombres de refuerzos en proporción tal que la operación costó a la autoridad virreinal la enorme suma de dos millones de pesos. En Cuautla no sólo se agotaron las provisiones, sino también las ratas, los gatos y las lagartijas, que devoraban los hambrientos defensores, pero lejos de capitular, Morelos organizaba fiestas y bailes a la vista de los sitiadores para infundir ánimos a sus hombres y mofarse del enemigo, el fanatismo de los insurgentes dejó perplejo a Calleja, quien en su despacho equiparó a Morelos con un nuevo Mahoma.

Con el paso de los días llegaron las lluvias, que no sólo calmaron la sed de sitiados, sino que convirtieron en un lodazal el terreno realista, la artillería se mojó al grado de quedar inservible, los hombres de Calleja fueron diezmados por una epidemia de disentería; durante la última noche de abril Calleja comprendió que su situación era insostenible y escribió al virrey una histórica carta en la que le comunicaba su propósito de levantar el sitio; paradójicamente esa misma noche Morelos se convencía de la imposibilidad de seguir resistiendo; el hambre y las enfermedades también habían causado estragos terribles en su bando y decidió evacuar la plaza a las dos de la mañana; Morelos no sabía que veces el éxito está en aguantarse cinco minutos más.

A la vanguardia marchaba Galeana con un millar de hombres, Morelos y los Bravo iban al centro con 200 de caballería y varios escuadrones de gente armada de lanzas y ondas, en la retaguardia mandada por un capitán apellidado Ansures. Marchó la escasa artillería y algunos centenares de infantes; la salida fue silenciosa, pero fue atacada violentamente por fugitivos a través de 20 Kms. dejando el camino regado de cadáveres, no todos los cuales eran insurgentes; debido a la tremenda confusión que se produjo en la oscuridad los realistas dispararon en ocasiones contra sus propios compañeros.

Morelos llegó a Izúcar con dos costillas rotas, pero vivo; con excepción de Leonardo Bravo segundo de Morelos en el mando quien cayó prisionero y fue fusilado, toda la plana mayor había logrado salvarse; el virrey pensó que Morelos estaba deshecho y con esto vio llegar la ocasión de librarse de Calleja, error garrafal del virrey, pues lo cambiaba por la mediocridad entre la oficialía del ejército realista. Entre tanto

Morelos abandonaba Izúcar para marchar rumbo a Chiautla donde permaneció dos meses restableciéndose y renovando sus cuadros; luego volvió a la lucha para anotarse un espectacular serie de triunfos y apoderarse de Huajuapán, Oaxaca; Tehuacán Puebla, Orizaba, Veracruz y muchos pueblos de la comarca, lo que le permitió entorpecer las comunicaciones entre México y Veracruz. El placer de la victoria daba nuevos bríos a los insurgentes; sólo surgió un problema al plantearse la necesidad de nombrar segundo jefe de ejército, desairando a los partidarios de Galeana, Morelos escogió para el cargo al cura Matamoros su favorito de última hora, Morelos calmó el malestar señalando a los desairados, que Galeana, aunque valiente y leal era analfabeto.

La mañana del 25 de noviembre, Morelos atacó Oaxaca y tras horas de lucha tomó la plaza mientras la guarnición realista huía; abandonando sobre el terreno, gran cantidad de armas y municiones; con esto, exceptuando a Acapulco que continuaba sitiado por los insurgentes, Morelos quedó dueño de todo el litoral novohispano del Pacífico; de los límites de Guatemala hasta Colima, la totalidad de las provincias de Oaxaca y Michoacán y lo que ahora es Guerrero estaba en su poder, así como parte de Puebla y los valles de Cuernavaca, Cuautla y Toluca; la situación era inmejorable para que Morelos se lanzase sobre la ciudad de Puebla y luego sobre la capital del virreinato.

La victoria de Oaxaca, registrada unos cuantos meses después que el virrey anunciara la completa destrucción de Morelos en Cuautla, desprestigió al gobierno y acrecentó enormemente la fama de Morelos; de la noche a la mañana el cura fue aclamado como el terror de los gachupines; en México le escribieron que la clase media se le uniría en masa en cuanto se presentara en la capital y que lo mismo haría la plebe, acostumbrada a seguir automáticamente el primer grito que escucha.

En Oaxaca Morelos entró también en posesión de tres millones de pesos, la mayor suma de dinero que llegó a manejar jefe insurgente alguno; esto contribuiría poderosamente a su ruina, ya que el triunfo y el dinero convirtieron al rústico cura en gran distribuidor de empleos burocráticos, canonjías y pronto lo arrolló una nube de abogados, que se deshacían por colocarse al lado del nuevo poderoso; los aduladores organizaron una orgía de fiestas populares, desfiles con lluvias de flores, bailes musicales en honor de Morelos; en innumerables discursos adulaban a Morelos, la escapatoria de Cuautla, el triunfo de Oaxaca, fueron equiparados a las mayores hazañas militares de todos los tiempos, tal vez en esos días fue cuando algún adulador puso en circulación la patraña que todavía repiten algunos maestros desorientados y zopencos que se saben la tonada pero no la letra, de que Napoleón ha-

bía dicho; con dos generales como Morelos dominaría yo el mundo.

Acapulco era un pueblecillo pestilente habitado por cuatro mil o cinco mil individuos de condición miserable; en nada perjudicaba a Morelos el hecho de que siguiera en poder de los realistas, ni muy poco podía beneficiarle su posición, pero los aduladores aplaudieron al Caudillo por su decisión de tomarla; descollaba entre ellos el Lic. Juan Nepomuceno Rosain, un escritorzuelo que actuaba como secretario de Morelos y como tal, ejercía gran influencia sobre él.

Morelos abandonó Oaxaca el 9 de febrero después de disipar en fiestas dos meses y medio del valioso tiempo y marchó a la toma de Acapulco; ésta se prolongó por más de cuatro meses y trajo más sinsabores que beneficios a la causa insurgente. Sin embargo la fortuna todavía no lo abandonaba por completo, pues el 20 de agosto, después de muchas peripecias, los defensores negociaron por fin la capitulación aunque militarmente no valiera gran cosa; la posesión de Acapulco representaba de todas maneras un triunfo, que Morelos pudo aprovechar para lanzarse a batallas más ventajosas, ya que él había empezado a deshacerse de todos los aduladores que lo habían rodeado.

El 28 de junio había expedido un decreto para que el próximo septiembre se reunieran en Chilpancingo un congreso nacional que daría validez jurídica al movimiento independiente. Carlos Bustamante como muchos otros, sostenía que era de extrema urgencia convocar cuanto antes a congreso, ya que por falta de un cuerpo semejante, los gobiernos de Londres y Washington no habían podido llegar a los insurgentes, sustentaba además la tesis de que a Hidalgo le había sido muy perjudicial el haber pasado por alto las formas jurídicas de la guerra revolucionaria; en consecuencia Morelos pasaría a ser un caudillo de rango mayor que el propio Hidalgo si observaba dichas formas.

El día 14 en la iglesia parroquial de Chilpancingo, el secretario Rosain dió lectura a Los Sentimientos de la Nación, un documento clave de la historiografía mexicana en el que se declara la independencia de América respecto de España, el acatamiento de la religión católica sin tolerancia de ninguna otra, la soberanía de la nación como dimanada del pueblo, la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial, la obligación de reservar los empleos burocráticos a los nativos del país, etc.

El día 15 se procedió a la elección del generalísimo jefe del ejecutivo, los electores, los diputados y los principales jefes de su ejército eligieron a Morelos, pero éste se mostró sorprendido de lo que ocurría

y diciendo que no se consideraba capaz de desempeñar el puesto, modestamente renunció. Después de un par de horas de nuevas deliberaciones, los diputados le reconfirmaron a Morelos su cargo, en un arranque de modestia Morelos aceptó el nombramiento con la condición de que le dieran el título de siervo de la Nación, en lugar de Alteza Serenísima, que ya los lambizcones le había adjudicado. Siguió entonces varias semanas de calma parlamentaria, apenas turbada el 5 de Octubre con un decreto en el que por enésima vez se declaró abolida la esclavitud.

Bailes y fiestas ayudaban a los diputados a distraer a sus ocios; con el tiempo llegaron por fin al Congreso, Cossío y Bustamante; Morelos se mostraba irritado con las repetidas excusas que daban Rayón y Liceaga para no presentarse en Chilpancingo. Finalmente ante la perspectiva de que se prescindiera de ellos, Rayón y Liceaga ocuparon su Curul. A principios de noviembre, sin darles tiempo para adentrarse, Morelos reanudó las sesiones y el 6 del mismo mes se aprobó el acta de Independencia del país, en la que contraviniendo los postulados de la junta de Zitácuaro, se declaraba rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español. Rayón acorralado firmó el acta, pero poco después se retractaría y por escrito solicitó a Morelos que se retirara el juramento de fidelidad a Fernando VII; según él, la declaración independentista constituía un mal ejemplo para los indios, quienes seguramente se inspirarían para hacer el intento de restaurar sus antiguas monarquías, Morelos no le hizo caso.

Después de haber disipado casi un año en buscar la victoria inútil de Acapulco y en las no muy provechosas deliberaciones de Chilpancingo, comprendió la urgencia de procurarse un nuevo triunfo bélico, para reavivar el entusiasmo en sus filas; al día siguiente de la firma del Acta de Independencia, abandonó Chilpancingo dispuesto a tomar Valladolid.

Morelos iba a encontrarse con una situación mucho más difícil de lo que esperaba, la toma de Oaxaca por los insurgentes desprestigió por completo al virrey Venegas y las clases dirigentes exigieron su sustitución por un individuo de mano más dura. El implacable Félix María Calleja fue sacado de su retiro y convertido en nuevo Virrey; fiel a su renombre, Calleja empezó por acrecentar su ejército y en unas cuantas semanas dispuso de 88,000 individuos bien armados y relativamente bien adiestrados, gracias a la colaboración de los sacerdotes realistas quienes iniciaban las confesiones preguntando a las mujeres si sus maridos o sus hijos tenían armas ocultas, gran número de levantamientos abortaron y Calleja empezó a hacer estragos en todos los simpatizantes del movimiento insurgente.

El 22 de diciembre de 1813, Morelos amenazaba Valladolid con 19,000 hombres, el mayor ejército que llegó a reunir, la ciudad defendida por sólo 800 soldados, rechazó las intimidaciones a la rendición y Morelos inició el ataque sin saber que se acercaban a Valladolid dos columnas realistas al mando de Ciriaco de Llano y Agustín de Iturbide con un total de 3,000 hombres. Tomados por sorpresa los insurgentes retrocedieron en medio de una tremenda confusión y los realistas entraron a la ciudad en triunfo, en las afueras, Morelos reagrupó sus fuerzas y se propuso emprender un segundo ataque, pero antes de que lo iniciara, fue sorprendido por las fuerzas de Iturbide, tras una nueva desbandada de pánico los restos del ejército insurgente llegaron a la hacienda de Poruarán, 80 Kms. al sureste de Valladolid; ahí fueron atacados el 5 de enero de 1814 por las fuerzas de Ciriaco De Llano; con media hora de lucha los insurgentes huyeron en todas direcciones dejando sobre el campo cientos de muertos.

Matamoros cayó prisionero y fue fusilado poco después, Morelos consiguió llegar a Coyuca y posteriormente se trasladó a Ajuchitlán donde solo pudo reunir un millar de hombres, entonces nombró como segundo en el mando al intrigante Rosain y así enfureció al fiel Galeana, desplazado por segunda vez. Mientras tanto los realistas atacaban Chilpancingo y el Congreso se veía forzado a ir a Tlacotepec, unos días después Morelos compareció ante sus diputados quienes lo declararon responsable de los desastres y lo despojaron del poder ejecutivo, aunque se respetó el título de generalísimo; el mando de las tropas le fue quitado y el ejército quedó dividido en tres grupos que encabezaban los diputados Rayón, Coss y Rosain.

El 24 de febrero los realistas atacaron Tlacotepec, el Congreso huyó y sus archivos cayeron en poder del enemigo, que también cosechó allí un simbólico trofeo, el retrato al óleo de Morelos vestido de general, pintado apenas un año atrás durante sus días de gloria.

En los meses siguientes Morelos anduvo a salto de mata entre Acapulco y Michoacán, mientras tanto Rayón, Coss y Rosain riñeron a muerte y fueron aplastados por los realistas, Galeana se quedó en Tecpan, donde fue atacado el 27 de junio y murió en combate, Morelos mismo sintetizó su situación con una frase célebre "Ya no soy nada, se acabaron mis brazos". En esa época según Rosain, cada jefe insurgente se erigió en amo de su territorio, fijó impuestos, distribuyó empleos burocráticos, usurpó derechos de propiedad y cegó vidas, las pasiones se desataron, la libertad fue confundida con el libertinaje y el territorio insurgente se sumió en el caos y el horror.

En marzo de 1814 después de que los patriotas españoles arrojaron de su país al ejército napoleónico, Fernando VII fue reinstaurado en el trono de España; una vez en su puesto, "el Deseado", como le llamaban los lambizcones, encarceló a los liberales de la corte de Cádiz, derogó la Constitución y proclamó la vuelta al absolutismo, simultáneamente decretó una amnistía general para los insurgentes, muchos de los cuales ante el caos que imperaba en sus filas abandonaron la lucha. En medio del desastre el congreso se reunió en Apatzingán, Michoacán, para llevar a cabo otro de sus proyectos: redactar una Constitución, refrito de la Cádiz y de las francesas de 1791 y 1795 que en ese entonces ni nunca llegaría a aplicarse; para elaborar este documento se aumentó a 16 el número de diputados con derecho a cobrar las dietas.

Se pensó que tras la vuelta del absolutismo en España, la Constitución de Apatzingán atraería gran número de liberales criollos al bando insurgente, esto no ocurrió. De aquellos meses trágicos sólo quedaría un hecho positivo, el nombre de México, aplicable en adelante a toda la nación y no solo a la capital.

En junio de 1815 el abatido Gobierno Insurgente expidió un manifiesto en el que se usaba por primera vez el título de Supremo Congreso Mexicano; a fin de cuentas el Congreso eligió a uno de sus miembros José Manuel de Herrera para ir a Estados Unidos como ministro plenipotenciario y solicitar ayuda militar y económica y el reconocimiento del Congreso como gobierno legítimo del país.

Cuán equivocados estaban nuestros insurgentes respecto a nuestros malos, más que buenos vecinos; la historia todavía no les enseñaba lo nocivo de nuestros patones primos y la tragedia del fatalismo geográfico como llamara a nuestra vecindad en una ocasión el intelectual neoleonés Juan Manuel Elizondo, pues, ignorantes de que en Washington habían sido mal recibidos los decretos de abolición de la esclavitud y otros medios de carácter social propugnados por Hidalgo y Morelos, los insurgentes creían tener en el vecino país un amigo. Además de un gran error de apreciación, esta medida constituyó el antecedente directo de la captura y muerte de Morelos.

Michoacán estaba muy alejado de la costa del Golfo para recibir noticias de Estados Unidos que normalmente llegaban a Veracruz por la vía de Nueva Orleans; el Congreso decidió trasladar su sede a la mejor situada ciudad de Tehuacán que estaba en poder de los insurgentes y se vió entonces en la necesidad de encontrar quien capitaneara una escolta para el viaje; Liceaga rechazó el puesto ya había traicionado a sus compañeros y Quintana Roo y Rosain andaban haciendo ges-

tiones para indultarse y para lograrlo, Quintana Roo delató a sus compañeros, casi por eliminación la jefatura de la escolta fue conferida a Morelos. La salida de Uruapan, donde por entonces radicaba el Congreso, tuvo lugar a fines de septiembre de 1815, tras una penosa marcha por tierra caliente el 3 de noviembre la caravana llegó al pueblo de Tlamalaca, cercano a Iguala; ahí lo sorprendió una fuerza realista; los diputados lograron escapar gracias a que Morelos con su arrojo y valentía acostumbrada, distrajo al enemigo con los 500 maltrechos soldados que llevaba, los insurgentes ya habían perdido el espíritu combativo y en la tarde de ese mismo día se desbandaron a la primera acometida de los realistas; Morelos cayó prisionero; la inquisición, el arzobispado y el gobierno lo sometieron a agobiantes interrogatorios y a tormentos sin fin; ahí fue sometido Morelos a los más crueles tormentos. No quedaron conformes sus verdugos con llevar a Morelos a sufrimientos más allá de lo humano, sino que fue fusilado a temprana hora del 22 de diciembre de 1815 en el pueblo de San Cristobal de Ecatepec Estado de México. Con Morelos moría el héroe más limpio que hemos tenido a través de nuestra historia.

En la historia de México hay personajes oscuros, difusos y confusos, uno de ellos es Agustín de Iturbide considerado por unos como el consumidor genuino de la Independencia y calificado por otros como oportunista y traidor, Iturbide es el representante de las fuerzas políticas que lograron imponerse y aprovechar ventajosamente el movimiento emancipador del pueblo mexicano, iniciado por Hidalgo y continuado valerosa y patrióticamente por José María Morelos, quien a mi juicio es el verdadero Padre de la Patria.

Iturbide fue un militar criollo que primero combatió con toda saña a los insurgentes y posteriormente les propuso una alianza conciliatoria para así consumir la Independencia, fue el primero que puso de moda aquello de "La Unidad Nacional", frase demagógica que no se han cansado de utilizar y repetir los gobiernos emanados de la Revolución. Sus proyectos políticos pretendían unificar todas las tendencias e intereses contrapuestos que había surgido y cobrado cierta fuerza a raíz del movimiento independentista (hay momentos en que nuestro subconsciente os hace jugarretas y al escribir esto me viene a la memoria un manifiesto a la democracia en boga ahora que hacemos este modesto trabajo). Sin embargo Iturbide era solo el emisario de los grupos más fuertes política, económica y militarmente, gracias al apoyo de éstos pudo encumbrarse y alcanzar una posición muy por encima de sus cualidades personales.

Ahora conozcamos algunos datos biográficos de Don Agustín de

Iturbide, el personaje más polémico de nuestra historia. Agustín de Iturbide nació el 27 de septiembre de 1783 en la ciudad de Valladolid en el Estado actual de Michoacán, fue un criollo por los cuatro costados, pues su padre José Joaquín de Iturbide era español aunque otros aseguran que era Vasco; su madre Josefa de Arámburu era criolla.

Agustín de Iturbide no se preocupó por hacer grandes estudios, pues contaba en todo momento con la herencia familiar, a los 15 años abandonó casi por completo los estudios para dedicarse a la administración de una hacienda de la familia llamada la Hacienda de Qurio. Cuentan sus detractores que era un poco sádico, pues según los susodichos detractores, tenía una extraña afición a cortar los dedos a los pollos de su corral, para deleitarse sádicamente viéndolos cojear, según cuentan ellos, cosa creíble, por la gran saña y la crueldad que posteriormente manifestó en contra de los insurgentes, pues hay muchas características de Iturbide que denotan una personalidad paranoide; llevado por su inclinación vocacional a las armas, ingresó tan pronto pudo al regimiento de infantería providencial de Valladolid y tiempo después, el 27 de Febrero para ser más exactos de 1805, contrajo matrimonio con Ana María Huarte, belleza de 19 años, hija del intendente Isidro Huarte, el burócrata de mayor jerarquía en la provincia. Agustín de Iturbide tenía en ese tiempo el grado de subteniente. Agustín de Iturbide no solamente se llevaba una guapa y bella chica, sino que además lograba los cien mil pesos de dote que llevaba Ana María, este matrimonio fomentó su desmesurada ambición y egolatría, posteriormente se trasladó con su regimiento a la ciudad de Jalapa, donde permaneció hasta el año de 1808, y volvió después a su natal Valladolid. Se dice que su odio y su crueldad desmesurada contra los insurgentes fue motivada por la quema de la hacienda que hizo el cura Hidalgo a su paso por Valladolid, es decir la hacienda de su padre.

Sus triunfos sangrientos le valieron continuos ascensos y en 1813 cuando Calleja ascendió a virrey, Iturbide acrecentó sus merecimientos expulsando de Salvatierra a los hermanos Rayón y fue nombrado Coronel al mando del regimiento de Celaya que constaba de 1200 hombres, luego lo pusieron al frente de todas las fuerzas realistas de Guanajuato y en septiembre fue nombrado intendente provincial; en diciembre cuando Morelos atacó Valladolid Iturbide marchó en auxilio de los defensores de la ciudad y fue uno de los principales factores de la aplastante derrota que sufrió el cura.

Durante la calma de 1814, Iturbide aprovechó su puesto de intendente de Guanajuato para convertirse en una especie de cacique provincial. Los desmanes de Iturbide que llegaron a convertirlo en el enemigo

de los insurgentes más sanguinarios que tuvieron, dió lugar a que el virrey recibiera frecuentes quejas contra su favorito, pero se desentendía de ellas arguyendo que si anduviera con melindres, pronto quedaría sin oficiales que lo auxiliaran y es como dice el historiador Lucas Alamán: Iturbide deslució sus triunfos con mil actos de crueldad y con el ansia de enriquecerse por todos los medios.

Varios notables guanajuatenses pidieron a Calleja que iniciara una investigación de los desmanes cometidos por Iturbide, entre ellos los acusadores destacaba un cura llamado Antonio de Labarrieta y el 10 de abril de 1816, Iturbide recibió orden de entregar el mando de sus tropas a otro coronel y trasladarse a la capital a contestar las acusaciones.

Calleja que distaba mucho de ser ajeno a la corrupción y hasta participaba aparentemente en los negocios ilegales de Iturbide, dió muestras de querer dar largas a la investigación para que se olvidara el asunto, pero en septiembre fue relevado de su cargo y sustituido por un nuevo virrey; Juan Ruiz de Apodaca. La situación de Iturbide cambió, Apodaca destituyó a Iturbide de sus cargos de Intendente y en enero de 1817 Iturbide se mudó a la capital con toda su familia anunciando que permanecería en la ciudad hasta que su honor fuera reivindicado.

Poco después el 18 de abril la calma de la Nueva España se vió otra vez interrumpida por el arribo a Soto La Marina, Tamaulipas, de una expedición rebelde que comandaba Francisco Javier Mina, una especie de Che Guevara del Siglo XIX. Mina había sido uno de los guerrilleros españoles que más se distinguieron en la lucha contra Napoleón; con el regreso a España de Fernando VII, había caído en desgracia por sus ideas liberales y tuvo que huir a Inglaterra, ahí se relacionó con el inquieto fraile mexicano Fray Servando Teresa de Mier, nuestro ilustre paisano y entre los dos convencieron al gobierno Inglés de que les proporcionara secretamente recursos para emprender una expedición bélica a la Nueva España; Mina obraba en la creencia de que en la colonia existían condiciones propias para desatar una insurrección general que liquidara de una vez por todas el absolutismo de Fernando VII, error mortal. Lo acompañaban alrededor de 300 aventureros europeos y norte y sudamericanos con experiencia en el oficio bélico, es decir, eran mercenarios, después de desembarcar en Soto la Marina cruzó la selva de la huasteca en las áridas tierras de Zacatecas y tras librar exitosamente varias batallas, llegó al corazón de la colonia, en la provincia de Guanajuato, sólo había logrado que se le uniera un millar de nuevohispanos, pero de todas formas representaba un peligro para el régimen; el guerrillero fue capturado el 27 de octubre en la Hacienda del Venadito, cerca de Guanajuato y fusilado el 11 de noviembre sin que hubiera sembrado

la más ligera inquietud en la Colonia. El Che Guevara olvidó lo que le pasó a Mina (posiblemente nunca lo supo). ¡Si se hubiera dado cuenta de que si en un país no imperan las condiciones propias no se puede efectuar el cambio!

Entre tanto Iturbide era bien recibido en sociedad, constantemente participaba en fiestas y francachelas, y así conoció a María Ignacia Rodríguez de Velasco, la célebre "Güera Rodríguez", quien no obstante de encontrarse al borde de los 40 años despertó en él una pasión que lo obligó a derrochar la mayor parte de su fortuna.

Iturbide fue mandado a Chalco donde el gobierno solía arrumbar los personajes molestos. Posiblemente Iturbide hubiera terminado sus días en Chalco si otros acontecimientos alarmantes no hubieran sucedido en la península.

Así como la invasión napoleónica en la España de 1808 fue el antecedente directo de los fracasados movimientos independentistas de Verdad y Tlaxiaco, Micholena, Hidalgo y Morelos, otro hecho registrado en Europa iba a ser el determinante de que la Nueva España acudillada por Agustín de Iturbide se separara por fin de su metrópoli. Todo comenzó el 1.º de enero de 1820 cuando los oficiales de un batallón acantonado en Cádiz iniciaron una rebelión liberal que rápidamente se propagó a otras unidades: al triunfo de los rebeldes Fernando VII fue obligado a descartar el absolutismo que había impuesto a su regreso a España en 1814 y a poner nuevamente en vigor la Constitución liberal de 1812; los liberales impusieron asimismo varios decretos para llevar a la práctica su filosofía: suprimieron la inquisición y el fuero eclesiástico, redujeron a la mitad el monto de los diezmos, abolieron las ordenes monásticas y tomaron medidas para evitar que la Iglesia siguiera acaparando bienes raíces, decretaron además la libertad de prensa y de la noche a la mañana los antiguos perseguidores absolutistas se transformaron en perseguidos.

Los altos jerarcas de la iglesia nuevohispana tenían motivos especiales para alarmarse por el cambio, casi todos formaban parte de la Camarilla de los serviles que aplaudieron la implantación del absolutismo y justamente temían que los liberales vengaran en ellos las persecuciones de que los habían hecho objeto antes de promover la autonomía, pero no sobre las bases de corte semiliberal que engrimieron en 1808 Tlaxiaco y Verdad, sino sobre lineamientos absolutistas.

Estos grupos tradicionales estaban compuestos no solamente por el alto Clero, sino también participaban los grandes hacendados, los

propietarios de minas, los comerciantes, las autoridades y los jefes militares.

Estos grupos perseguían primordialmente revertir en conservador el sentido radical que había adquirido el movimiento de independencia, sobre todo en Morelos.

Durante la guerra de Independencia se hicieron tres tendencias o posiciones contrapuestas fincadas en interés contrario: la primera pedía la introducción de una serie de reformas en la producción agrícola del país, pero negaba toda independencia respecto de la Colonia Española, para llevar adelante esta tendencia se postulaba dos métodos opuestos e irreconciliables, la violencia o los cambios pacíficos, los cambios pacíficos por medio de decretos reales era una tendencia mantenida por el Obispo Manuel Abad y Queipo, los cambios violentos logrados por la lucha liberadora del pueblo era la tendencia que abanderaba Don Miguel Hidalgo. Segundo, esta posición pedía la independencia del país respecto a la Madre Patria y una revolución en la vida económica y Política, esta posición la mantuvieron José María Morelos y su colaborador Vicente Guerrero. La tercera posición pedía la independencia de España pero se negaba a introducir cambios en la vida social del país. Esta era precisamente la posición dentro de la cual estaba sumido Agustín de Iturbide y por la cual lucharía; esta tendencia conservadora fue la respuesta a la tendencia revolucionaria que sostuvieron tanto Morelos como el Congreso de Chilpancingo; los grupos tradicionalistas, pues, querían la Independencia pero bajo su control defendiendo sus intereses particulares y sometiendo a los grupos revolucionarios.

Con el pretexto de que celebraban unos ejercicios espirituales, varios clérigos e individuos importantes se reunieron en el templo capitulino de la Profesa para elaborar y aprobar un plan que declarararía que el Rey estaba privado de su libertad cuando juró la Constitución y que por lo tanto la medida carecía de validez y mientras el monarca quedara libre nuevamente, el virrey Apodaca se encargaría del gobierno sujetándose a las viejas leyes y haciendo caso omiso de la Constitución. Los conspiradores, inclusive llegaron a pensar que asqueado por la ingratitude de sus súbditos peninsulares, el propio Fernando VII vendría a establecer su trono en México.

Sólo Iturbide resultó beneficiado por la conspiración de la profesa. Como renunciara por esas fechas el comandante del ejército del Sur que tenía su base en Teloloapan, hoy Estado de Guerrero, el Virrey se vió en la necesidad de nombrarle sustituto y a falta de mejor candidato concedió el nombramiento a Iturbide, después de todo el puesto care-

cía de importancia en comparación con los desempeñados anteriormente por el turbulento coronel, las tierras a las que fue destinado eran calurosas e insalubres y en ellas merodeaba uno de los últimos grupos insurgentes que continuaban activos en el país: el de los 2000 pintos de Vicente Guerrero, el corpulento mulato semialfabeto que heredó las guerrillas de Hermenegildo Galeana.

4.- CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA (27 DE SEPTIEMBRE DE 1821).

El 24 de febrero de 1821 ante su ejército reunido en Iguala, Iturbide ofreció poner en práctica, medidas para beneficiar a la inmensa mayoría de los habitantes de la Nueva España: al Clero, la conservación y fueros de sus propiedades y la seguridad de que no se toleraría ninguna religión que no fuera la católica, a los liberales, el establecimiento de una monarquía moderada y constitucional; a la casta dominante, el reconocimiento de Fernando VII o del Príncipe que él designara como soberano de la Nueva España; a los criollos en general, la igualdad de derechos frente a los españoles para ocupar los puestos burocráticos; a los gachupones, la seguridad de que no se les molestaría en sus empleos ni en sus propiedades, a los indios, mestizos y negroides, la igualdad jurídica frente a los españoles y los criollos.

El ejército de Iturbide recibió el nombre de Trigarante por presentarse como defensor de 3 garantías: Religión, Independencia y Unión; en realidad Independencia significaba autonomía; por Unión se entiende la de españoles y americanos. Un sastre de Iguala confeccionó la bandera del movimiento en color verde, blanco y rojo que simbolizaba cada una de las 3 garantías.

Iturbide recibe el encargo del virrey Apodaca de sofocar el movimiento insurgente comandado por Guerrero. Acometió contra el caudillo del sur, pero Vicente Guerrero demostró que los insurgentes todavía podían dar batalla, las tropas realistas fueron derrotadas 2 veces por las de Guerrero y Pedro Ascencio, primero en Tlatlaya en diciembre de 1820, la segunda ocasión fue en Zapotepéc en enero de 1821. Convencido definitivamente Iturbide de que el ejército insurgente aún estaba fuerte, Iturbide cambió entonces de táctica: inició las gestiones para negociar con Guerrero un plan que beneficiaría a ambos y así fue como nació el célebre Plan de Iguala, la Independencia; para confirmar lo acordado se reunieron ambos caudillos por primera vez en Acatempan el 10 de febrero de 1821; ahí se realizó el famoso abrazo de Acatempan; una vez aliado con su principal opositor, Iturbide se encaminó a proclamar la Independencia de México pidiendo diversas adhesiones.

Así con la adhesión de altos mandatarios eclesiásticos, los principales jefes militares, Iturbide lanza la proclama para que todo el país se levante contra España, es entonces cuando lee el Plan de Iguala que contenía las bases sobre las cuales sería erigida la nueva nación, una vez emancipada.

El programa político conocido como convenio de las 3 garantías fue dado a conocer el 24 de febrero de 1821; los tres puntos propues-

tos eran la independencia de México, cuyo gobierno se convertiría en monarquía desempeñando el cargo de emperador el rey de España o cualquier miembro de la familia real española, la confesionalidad católica del estado mexicano y por último la igualdad total de derechos para mexicanos y europeos. Otros jefes insurgentes entre quienes destacaban Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria, siguieron el ejemplo de Guerrero y también se incorporaron a las fuerzas de Iturbide.

Entre la proclamación del Plan de Iguala y la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la ciudad de México, transcurrió medio año, lo que con cierta reserva podría llamarse lucha armada duró escasos tres meses; en esas condiciones llegó a Veracruz a principios de Agosto un nuevo virrey, nombrado en la metrópoli para sustituir a Apodaca: el General Juan "O" Donojú.

Un simple vistazo a la situación imperante convenció a O'donojú de la inutilidad de seguir luchando y la conveniencia de negociar la paz, a este efecto se trasladó a Córdoba, el día 23 firmó un tratado en el que aceptaba el Plan de Iguala en el añadido de que sin ningún príncipe o borbón aceptaba el trono de México, y el congreso mexicano designaría al monarca sin especificar que tuviera que ser Europeo o siquiera pertenecer a una familia reinante.

El astuto Iturbide despejó así el camino para su propio encumbramiento. Así el 27 de septiembre de 1821, tres siglos un mes y dos semanas después de la caída de Tenochtitlán once años y once días después de que resonara el Grito de Dolores y fecha en la que Iturbide cumplía 38 años, el Ejército Trigarante con el caudillo a la cabeza, hizo su entrada triunfal a la ciudad de México. Al día siguiente de la entrada triunfal de Iturbide, se publicó el acta de Independencia del Imperio Mexicano, la cual comenzaba diciendo: "La nación mexicana que por 300 años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido". El lenguaje era muy distinto ya del adoptado en el Plan de Iguala que en uno de sus primeros párrafos proclamó: "300 años lleva la América septentrional de estar bajo la tutela de la nación más católica y piadosa, heroica y magnánime".

Las comunidades indígenas y los pueblos remotos no participaron parejamente del júbilo independentista, más aún, algunos recibieron con indiferencia y hasta con hostilidad las noticias de lo ocurrido. Según apuntó un escrito, los pueblos callaron y obedecieron como han obedecido y callado siempre sin que estímulo alguno pudiese sacarlo de la fría indiferencia con que ven pasar y repasar tantas revoluciones en las cuales jamás les cabe parte ni provecho.

Pero muy pocos parecieron darse cuenta del abismo en que había caído el país, con sus puentes y caminos en ruinas, sus ciudades destruidas y su gente hambrienta por el efecto de las guerras constantes, la mayor parte de las minas estaban abandonadas y la producción apenas llegaba a la tercera parte de lo que había sido en 1809, las haciendas semidestruidas con el abandono, registraban una baja de 50% de su producción, muchos magnates españoles habían huído al extranjero llevándose sus fortunas y el país estaba descapitalizado, cualquier parecido con la época actual es mera coincidencia.

Así comenzaría lo que un historiador llamó la serie de extraordinarios acontecimientos que hicieron del territorio mexicano un campo de batalla sobre el cual no quedó: venganza por intentar o consumar, absurdos por discutir, teorías políticas, administrativas o sociales por enseñar y desmanes ó crímenes por cometer.

De conformidad con lo establecido en el tratado de Córdoba, el país comenzó a gobernarse por una regencia que ejercía el poder ejecutivo a cuyo frente fue puesto Iturbide, una junta gubernativa que integraron 38 notables y tenía como misión principal convocar elecciones para formar un congreso constituyente que redactaría la ley fundamental del país. En la junta predominaban los individuos de la oligarquía tradicional que por supuesto trataron de proteger sus intereses, pero también lograron colarse varios individuos de la clase media pobre.

5.- EL PRIMER IMPERIO.

El Congreso Constituyente quedó instalado el 24 de enero de 1822 y lo formaban una mayoría de criollos pobretones, la vieja oligarquía parecía no darse cuenta de que en ese momento perdía el poder. La misión principal del Congreso Constituyente era la de redactar una ley fundamental (una constitución), en la que de acuerdo con el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba debería decretarse la separación de poderes; pero los congresistas jamás redactaron ni siquiera una línea de la futura constitución y en cambio adjudicaron al Congreso la calidad de depositario de la soberanía del país. El poder ejecutivo y el judicial estarían así subordinados al legislativo, de manera que el Congreso se adjudicaba el poder absoluto; de hecho los diputados constituyentes dieron así un golpe de estado, mediante el cual Iturbide pasaba a ser un simple empleado de los diputados constituyentes. De Iturbide los diputados comenzaron a discutir la conveniencia de que las fuerzas armadas dependieran directamente del Congreso y no del Ejecutivo, sus actos equivalían a declararse sustitutos del rey y no de un rey constitucional ssino absoluto.

Los viejos insurgentes fueron los primeros en chocar abiertamente con Iturbide, el caudillo decía que los ascensos a general que concedió para Guerrero, Bravo y Victoria, eran más que recompensas suficiente por los modestos servicios que los insurgentes prestaron a la revuelta. Los insurgentes contestaron, que sin el clima político que ellos crearon en sus largos años de lucha, la victoria de Iturbide habría resultado sencillamente imposible; a los dos meses de que entrara en México el ejército trigarante, Nicolás Bravo ya estaba en la cárcel y Guerrero y Victoria se mostraban desilusionados por la actuación de Iturbide.

España negó validez al tratado de Córdoba, arguyendo que O'donjú carecía de facultades para tomar ese tipo de decisiones; para entonces O'donjú había muerto aparentemente de pulmonía; no sólo se negó Fernando VII a enviar un príncipe español al trono de México, sino que declaró a los países que reconocieran la independencia mexicana, que estarían violando los tratados vigentes con España, y pidió que ningún otro rey católico de Europa enviaría alguno de sus príncipes a México, Iturbide pidió al congreso que resolviera lo que se decidiera hacer en esas circunstancias y jamás se le dió contestación; el congreso se había dividido en tres fracciones principales, la de los borbónicos, individuos a sueldo al servicio de la vieja monarquía, que deseaban pedir perdón a Fernando VII y regresar al "Status Quo", la de los iturbidistas que aconsejaban al caudillo en el sentido de deshacerse del congreso, y proclamarse emperador y la de los republicanos,

cuya debilidad era tanta que ni siquiera se atrevían a proclamar en público su filosofía política.

Iturbide renunció a su cargo el 15 de mayo de 1822, declarando que los traidores se habían apoderado del congreso, como era de prever, los militares se apresuraron a revalidar la lealtad jurada a su jefe; la plebe capitalina también se puso al lado de su ídolo, al que amaba por sus glorias militares, por su forma en que desafiaba a la alta sociedad, presentándose en teatros y peleas de gallos acompañando a la guera Rodríguez.

El día 18 por la noche, un sargento llamado Pío Marcha I se lanzó a la calle encabezando un grupo de soldados que gritaban, Viva Agustín; a esto se unió pronto una turba de andrajosos, los edificios públicos fueron iluminados y una multitud se congregó en las afueras de la residencia que ocupaba Iturbide en la actual calle de Madero. Iturbide salió al balcón y recomendó a sus partidarios que conservaran la calma, su rostro reflejaba la delicia de verse nuevamente convertido en el amo de las circunstancias; antes del alba, todos los regimientos de la ciudad le habían manifestado su apoyo.

La coronación de Agustín I, tuvo lugar el domingo 21 de julio de 1822 en la catedral capitalina, tomaron el juramento de rigor los obispos de Puebla, Durango, Oaxaca y Guadalajara, pues el arzobispo de México pretextando enfermedad, estuvo ausente en la ceremonia, en realidad el prelado tendía un puente político con los adversarios del emperador.

Un año después de la entrada triunfal del Ejército Trigarante a México, Iturbide conservaba sólo unos cuantos partidarios; las ideas republicanas se propagaron con rapidez pasmosa y el número de quienes las sustentaron creció espectacularmente; los republicanos seguros de que no existía ni la menor probabilidad de que se pudiera instalar en México un monarca borbón, estrecharon su contubernio con los borbónicos, los cuales pensaban que la anarquía creciente idearía el clima político adecuado para que los mexicanos reclamaran la vuelta al club español.

El 4 de marzo de 1823, el patético emperador reinstaló el Congreso y como ya nadie respetaba su autoridad, el 20 del mismo mes se vió obligado a abdicar, la renuncia le fue aceptada con la condición de que marchara en exilio de Europa, para entonces los republicanos ya formaban la mayoría del Congreso, declaraban nulos el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba y ante el estupor de los borbónicos, procedie-

ron a instalar una parodia de república en sustitución de la parodia de imperio.

El 11 de mayo, once meses después de su coronación, el efímero emperador abordó en Veracruz un barco mercante inglés Rawilins que lo llevaría a su nueva residencia del Lierna Italia; lo acompañaron su mujer, sus ocho hijos, familiares y sirvientes. Sin embargo Iturbide suspiraba por volver a México a ocupar el mando otra vez, no logró interesar a España, ni a ninguna otra nación, sólo Inglaterra interesada en sustituir a España en el monopolio comercial con las antiguas colonias hispanoamericanas, se mostró dispuesto a proporcionar ayuda de trasmano al exiliado. Y el 10. de enero de 1824 el caudillo llegó a Londres y el 11 de mayo partió secretamente de México, no llevaba ejército y solamente le acompañaba su familia, al parecer imaginó que su presencia en tierra mexicana, iba a desatar una revuelta popular que lo devolvería al poder.

El 17 de julio desembarcó en Soto la Marina, Tamaulipas, y ante su sorpresa fue hecho prisionero; dos días más tarde lo fusilarían; ignoraba que el Congreso en una manera típicamente absolutista, lo había declarado traidor y ordenado que lo fusilaran en caso de volver a México. Así termina la vida de uno de los personajes más contrarrestados de nuestra historia.

La desaparición de la parodia del imperio condujo al establecimiento de una parodia de república, inicialmente el gobierno estuvo ejercido por un triunvirato que integraban los generales Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Pedro Celestino Negrete; pero de algún modo las ideas republicanas y populistas, cundieron arrolladoramente y a nadie se le ocurrió dudar que los diputados electos al redactar la Constitución del país, erigirían un régimen republicano. Las diferencias se reducían al carácter que adoptaría la nueva república centralista o federalista; los borbónicos, los españoles y los ricos de la sociedad colonial, mostraron una marcada preferencia por el centralismo, un sistema que ofrecía bastantes puntos de contacto con el antiguo régimen; en cambio los pobretones, los tinterillos, los curas de parroquias pobres, las legiones de periodistas que surgieron gracias a la nueva libertad de prensa, presintieron que el federalismo se acomodaba mejor a sus intereses, pues implicaría la creación de gran número de puestos burocráticos en los nuevos gobiernos estatales y las nuevas legislaturas.

El Congreso Constituyente adoptó el régimen federalista, con libertad de prensa y legislatura bicameral y sólo entonces las antiguas

provincias se unieron jurídicamente a la federación. Las legislaturas estatales eligieron por unanimidad a Guadalupe Victoria como Presidente de la República, para asumir sus funciones el 10 de octubre del mismo 1824; nativo de Durango, mestizo, habilitado de criollo, exseminarista, de origen modesto, valeroso, ardientemente patriota e inmaculadamente honesto, Victoria poseía un carácter que algunos consideraban tolerante en exceso y sus enemigos lo calificaban de simple estupidez; de ribete siguen diciendo sus críticos que sufría a menudo ataques epilépticos.

La vicepresidencia recayó en Nicolás Bravo, quien se había constituido en el preferido de la oligarquía colonial, porque era blanco y heredero de una hacienda y según se decía, en la lucha de 1814 perdonó la vida a 300 prisioneros realistas en lugar de ahorcarlos como venganza. El régimen virreinal, acababa de fusilar a su padre Don Leonardo, lugarteniente de Morelos; las esperanzas de que bajo la república el país iniciara su marcha hacia un destino glorioso, pronto se desvanecieron. A la caída de Iturbide el gobierno tenía en caja cuarenta y cuatro pesos, el presupuesto de egresos de 1824 sumaba quince millones y se pedía un ingreso inferior a los diez millones, para 1825 se presupuestaba un egreso por siete millones y los ingresos se estimaron en sólo diez millones.

Victoria se lanzó desesperadamente a conseguir préstamos extranjeros y para su fortuna y para desgracia de México, Inglaterra acababa de transformarse de país deudor en inexperto país prestamista, disponía de fuertes capitales que necesitaba colocar en el exterior y como México conservaba su fama de ser uno de los países más ricos del orbe, se apresuró a sacar de apuros a Victoria. De esa desdichada circunstancia se derivó el apodo que hasta la fecha se sigue dando a los cobradores los ingleses.

El primer gran préstamo se obtuvo a través de la casa Goldschmidt, que colocó en la Bolsa de Londres, bonos por un valor nominal de dieciséis millones y de ahí hasta la fecha hemos seguido pidiendo prestado.

Para agudizar nuestra situación, se desata una guerra entre escoceses y yorquinos, es decir, estos dos rucos grupos masónicos se apresuraban a dar la pelea para el control de aquella incipiente y tan valiente nación. En uso de la libertad de prensa, ambas sectas publicaban periódicos y panfletos en los que menudearon los ataques personales, las calumnias y las falsedades más groseras, para los escoceses, los yorquinos eran simplemente una pandilla de ambiciosos,

que no escatimarían bajezas para lograr puestos burocráticos y apropiarse de los fondos públicos. Los escoceses eran presentados por los yorquinos como traidores embozados, borbonistas que ocultaban el designio de sujetar nuevamente a México al yugo español. A medida que se acercaba el fin del régimen de Victoria, los escoceses se desesperaban pensando que el próximo Presidente sería inevitablemente un yorquino en previsión de la catástrofe que iniciaron en Tulancingo; un cuartelazo encabezado por el vicepresidente Nicolás Bravo.

Corrieron los primeros días de 1828; Vicente Guerrero recibió el encargo de aplastar la rebelión; marchaba rumbo a Tulancingo cuando se topó con Antonio López de Santa Anna quien al frente de 150 hombres se apresuraba a tomar parte en las hostilidades; Guerrero se sorprendió cuando Santa Anna se puso mansamente a sus órdenes; Santa Anna advirtió que lo único que podía hacer era sumarse al bando gubernamental; en la batalla que se libraría poco después contribuía de manera importante al triunfo del gobierno.

Bravo fue deportado a Guayaquil, Ecuador y Santa Anna recibió como premio al nombramiento de Gobernador de Veracruz. Entonces el problema de la sucesión presidencial pasó a ocupar el primer plano, la perspectiva de que Guerrero, un mulato casi iletrado incapaz de alternar con los altos círculos de la sociedad, pasara a ocupar la primera magistratura, angustió tanto a los escoceses y los yorquinos moderados y a los independentistas que gozaban de buena posición social, para evitar lo que consideraban una catástrofe, lanzaron la candidatura de ministro de la guerra General Manuel Gómez Pedraza, quien era culto, blanco y rico, no mostraba predilección ni por los escoceses ni por los yorquinos, ya había revelado buenos dotes de administrador; por el momento Guerrero era Edolo de los yorquinos y de la plebe y su elección se daba por segura.

Santa Anna, comprometió públicamente su apoyo insurgente, pero calladamente los Gómez Pedracistas lograron controlar la legislatura y al celebrarse las elecciones en septiembre, once estados votaron por Gómez Pedraza y solo nueve por Guerrero.

Santa Anna pronunció en contra de las legislaturas estatales, pues las acusaba de que habían violado la voluntad del pueblo y se sitió con 800 hombres la fortaleza de Perote no quiso seguir Guerrero ni aprobó ni se pronunció en contra de la revuelta; el caudillo yorquino Zavala, a la sazón de Gobernador del Edo. de México, se declaró neutral en el conflicto, pero nadie le creyó. A principios de octubre, la legislatura estatal dominada por escoceses, logró que se le declarara rebelde y se giraron órdenes para su aprehensión.

Victoria y Gómez Pedraza había disputado duramente acusándose uno a otro de ineptitud y no lograron reunir un pequeño ejército para sofocar la escuálida rebelión, más aún, Gómez Pedraza se trasladó a Guadalajara y presentó su dimisión al ministro de guerra.

Victoria conferenció con Zavala y aceptó nombrar ministro de guerra a Vicente Guerrero; el 9 de diciembre el Congreso declaró nula la elección presidencial, argumentando que en efecto, las legislaturas que votaron por Gómez Pedraza habían contrariado los deseos de la ciudadanía. Gómez Pedraza renunció a la presidencia y huyó a Estados Unidos. Guerrero fue electo presidente y decretó una amnistía general, con la cual Santa Anna que había estado al borde de la capitulación, se salvó otra vez.

Tras el encumbramiento de Guerrero, Zavala tuvo la mala fortuna de ser nombrado ministro de hacienda; el gobierno de Victoria había dilapidado el tesoro nacional y dejado al nuevo gobierno la angustiosa tarea de torear a los prestamistas ingleses. Zavala encontró la oficina de hacienda en una situación terrorífica, que él mismo pintó así: sólo un cúmulo de papeles sin orden, la tesorería sin dinero, el erario empeñado con anticipaciones hechas, deudas a varios cuerpos del ejército, a muchos empleados; vivió rodeado de acreedores, tanto más inoportunos, cuanto que sólo esperaban el pago para alimentar y callar los llantos de sus familias enfermas.

Guerrero vacilaba entonces sus providencias y desaprobaba al día siguiente lo que había resuelto el anterior; escribió Zavala: creía que con la conciencia de su pureza de su intención, conservaría su popularidad, contentaría al ejército y acallaría a sus enemigos, también pretendió congraciarse con la plebe a la que pertenecía y con este fin, decretó la enésima abolición de la esclavitud en el país, Hidalgo la bolió dos veces, Morelos otras dos, el Plan de Iguala implícitamente una y Victoria otra, pero los ordenamientos jamás se aplicaron por entero; con su abolición Guerrero causó furor en Texas, donde los colonos norteamericanos con permiso del gobierno de México, perseguían varios centenares de esclavos; entonces para apaciguar a los colonos, Guerrero violó su propio decreto y por escrito dio permiso, para que, como un privilegio especial los texanos pudieran seguir en posesión de sus esclavos.

6.- EL SANTANISMO.

Un acontecimiento inesperado vino a dar una tregua al angustiado Guerrero el 29 de julio, 3,500 soldados españoles, jefaturados por el general Isidro Barradas, desembarcaron en Cabo Rojo a unos 75 Kms. al Sur de Tampico; los invasores habían sido enviados a recibir el arrepentimiento de los mexicanos, quienes según informes recibidos en la corte de Madrid, estaban ya universalmente hastiados de la aventura independentista y no deseaban otra cosa más que volver a "beneficiarse con la protección española". Sólo el gobernador de Veracruz, general Antonio López de Santa Anna, había solicitado y obtenido permiso de atacar al invasor donde quiera que desembarcase. Con decisión de apostador de casta, Santa Anna había decidido jugarse la vida en aquella lucha; sabedor de que el premio, si sobrevivía, iba ser el convertirse en el héroe máximo de la nación.

Santa Anna salió victorioso, pero no gracias a sus grandes dotes militares, pues así como los militares rusos siempre han contado con el auxilio del general "Invierno", él podía contar con la invaluable ayuda del General Enfermedad y no se equivocó, pues a los pocos días, Enfermedad contaba 500 y luego 1,000 enfermos entre sus hombres por efecto del ambiente mal sano de la costa y el agua contaminada que bebían. Los españoles regresaron a su país, excepto Enfermedad, quien temeroso de que le formaran consejo de guerra, se exilió en Nueva Orleans; México estalló de júbilo, la gente creía con fe que los soldados mexicanos eran los mejores del mundo y el triunfo sobre Enfermedad lo confirmó en esta creencia; el razonamiento que seguía era el siguiente: los soldados mexicanos derrotaron a los españoles, que a su vez habían derrotado a los franceses, como en tiempo de Napoleón, los franceses tuvieron fama de ser los mejores del mundo, el título había pasado a sus vencedores españoles y finalmente a los victoriosos mexicanos.

El triunfo convirtió a Santa Anna en el héroe máximo de los mexicanos a su regreso en Veracruz lo pasearon en hombros y se resolvió levantar un monumento en el lugar en donde fue vencido Barradas y Tampico pasó a llamarse Santa Anna; todo mundo empezó a titular "el Napoleón Mexicano" al afortunado general; un estado lo declaró benemérito de la patria, otro lo hizo su hijo predilecto, otro lo nombró salvador de la nación y otro más le regaló una espada con un puño de oro, mientras el congreso le otorgaba una cruz con la inscripción "Abatió en Tampico el orgullo español". Entre tanto en Jalapa se contaba un ejército de 300 hombres que tenían la misión de contener a los españoles en caso de que derrotaran a Santa Anna. El jefe de este ejército era el vicepresidente de la república general Anastasio

Bustamante, que con un grupo de varios oficiales adictos a él, proclamó el plan de Jalapa.

Guerrero que disponía aún de la mayor parte del ejército, abandonó la capital anunciando que saldría a enfrentarse a los sublevados en armas, pero en lugar de dirigirse a Jalapa se fue al sureste del estado de México y luego con un puñado de hombres escondió a sus familiares en cerro del pueblo de Tixtla cerca de Chilpancingo.

El Congreso declaró que Guerrero se encontraba incapacitado para gobernar; con base a tal declaración entregó el poder al vicepresidente y jefe de la revuelta Anastasio Bustamante; en total, Guerrero estuvo en la presidencia solamente nueve meses y diecisiete días.

Anastasio Bustamante asumió el poder el primer día del año de 1830; tenía entonces 49 años de edad, era michoacano, hijo de españoles, en un tiempo ejerció sin título la medicina, durante la guerra de independencia se alistó en el ejército realista y participó en varias batallas contra los insurgentes distinguiéndose sobre todo por la fidelidad con que cumplía las órdenes de sus jefes; en cuanto Bustamante anunció su gabinete, empezó el descontento, todos los ministros formaban parte de la oligarquía tradicional, la eminencia gris del gobierno era el Secretario de Relaciones Lucas Alamán, un guanajuatense de inteligencia superior, aristocratizante y de afiliación centralista.

Alamán, conocía bien la política mexicana para meterse en el problema que representaría anular el federalismo; simplemente estableció un régimen centralista de facto, para lo cual le bastó con amañar elecciones, derrocar gobiernos y legislaturas estatales y hacer elegir diputados, senadores y gobernadores que acataran las consignas transmitidas por el poder central.

En especial Alamán se esforzó por devolver su poderío a la antigua oligarquía para reforzarla; intentó forjar una nueva generación de industriales y un banco de Avío, antecedente directo de la Nacional Financiera que proporcionaba créditos para el establecimiento de industrias nuevas o necesarias; reorganizó la burocracia, eliminó robos y desbarajustes, mejoró el cobro de impuestos, trató de restablecer el crédito de la nación renegociando la deuda para ser liquidada a plazos más cómodos y pagó puntualmente los réditos; la burocracia militar y civil cobró puntualmente sus sueldos y aún así, a fines de 1831 Alamán, pudo hacer el asombroso anuncio de que los presupuestos de ingresos y egresos estaban equilibrados por primera vez.

En cambio en el terreno político del régimen de Bustamante, Alamán resultó un fracaso monumental, para establecer firmemente la autoridad del gobierno, se tomaron medidas de feroz corte policíaco.

Entre las víctimas del régimen se contaría Vicente Guerrero; desde la Sierra del estado que hoy lleva su nombre, el caudillo llevaba a cabo débiles ataques contra las fuerzas del gobierno; su paisano, Nicolás Bravo fue enviado a liquidarlo: fracasó; ante ese hecho se recurrió a la tracción; a principios de 1831 un italiano llamado Francisco Picaluga, capitán del Gergantín Colombo, estaba anclado en Acapulco; invitó a Guerrero a visitar la embarcación y comprado previamente en cincuenta mil pesos que le dieron los secuaces de Bustamante, tomó prisionero al caudillo y lo condujo al puerto Oaxaqueño de Huatulco; allí los bustamantistas sometieron al caudillo a una farsa de juicio, lo condenaron a muerte y lo fusilaron el 14 de febrero de 1831.

Y así nuestra patria se regaba nuevamente con sangre de sus hijos más distinguidos; que si habían tenido errores, habían ofrendado sus vidas por un México mejor.

Este frío y cruel asesinato desprestigiaría para siempre el régimen bustamantista; en menor grado, también contribuyó a desprestigiarlo lo obcecado con que se condujo frente al clero.

Santa Anna reiteró su fidelidad a Bustamante pero éste no tragó la patraña y ordenó atacar a los rebeldes, incluyendo a Santa Anna. En marzo se libró una sangrienta batalla en el pueblo de Tolomé y Santa Anna sufrió una derrota aplastante, por lo cual regresó a Veracruz, ahí se hizo fuerte y resistió el ataque de los bustamantistas, que fueron derrotados, pero no por Santa Anna, sino por una epidemia de cólera desatada en sus filas, las que causó un millar de muertos, ante tal contra-tiempo Bustamante aceptó la renuncia de su gabinete, pero ni aún así depusieron los rebeldes las armas.

El inesperado triunfo hizo subir los bonos de Santa Anna; nuevos grupos de militares fueron adhiriéndose al pronunciamiento de Veracruz; entre las exigencias que presentaron entonces, destacaba nada menos que la vuelta a la legalidad: Gómez Pedraza, el hombre legalmente electo y violentamente derrocado por Guerrero, debía asumir la presidencia hasta que terminara el período para el cual fue elegido, tras esa extraña petición existía el hecho de que las nuevas elecciones presidenciales debían celebrarse el 1o. de septiembre; las legislaturas estatales estaban dominadas por los conservadores y difícilmente darían la presidencia a Santa Anna. Su candidato era Nicolás Bravo; Santa

Anna necesitaba que regresara Pedraza y formase un nuevo congreso dispuesto a votar por él.

A mediados de agosto, Bustamante tomó la jefatura del ejército y salió a combatir a los rebeldes; obtuvo algunas victorias de importancia, pero el 9 de diciembre, luego de una gran batalla contra las fuerzas de Santa Anna, capituló y aceptó, reconocer como presidente a Gómez Pedraza cuyo mandato terminaría el 1o. de abril del siguiente año, así como convocar elecciones de legisladores de modo que el Congreso se instalara el 15 de febrero, a tiempo para elegir nuevo presidente.

Santa Anna fue electo para desempeñar la presidencia por un período de cuatro años, que empezaría el 1o. de abril de 1833, pero sabedor de cataclismo que se avecinaba, el día de la toma de posesión, prefirió quedarse en su rancho bajo el pretexto de que no podría viajar a la ciudad de México por encontrarse delicado de salud, al frente del gobierno quedó el vicepresidente Valentín Gómez Farías.

El ascenso de Gómez Farías a la presidencia estuvo acompañado de varios fenómenos; hubo un intenso temblor de tierra y en el cielo apareció una espectacular aurora boreal. Eso dió lugar a que la Iglesia dijera que la ira divina se estaba desatando como castigo por las impiedades que se pretendían cometer.

Gómez Farías fue presentado como una especie de anticristo Nativo de Jalisco con 52 años de edad al asumir la vicepresidencia, ex-masón del rito yorquino y médico de profesión, radicaba en Zacatecas y había destacado en la burocracia estatal gracias a la amistad que lo ligaba con el Gobernador, aunque era católico devoto, se indignó por las medidas teocratizantes que adoptó el régimen bustamantista y de acuerdo con el Gobernador quiso poner remedio a la situación.

Como primera medida Gómez Farías, convocó a todos los escritores del país a un concurso para que opinaran si el gobierno civil estaba facultado para dictar leyes tendientes a regular la adquisición y la administración e inversión de toda clase de rentas o bienes eclesiásticos. La Iglesia poseía la tercera parte de todos los bienes inmuebles del país, era dueño de los capitales más cuantiosos y colocándolos a rédito, monopolizaba casi toda la estructura financiera, el ganador del concurso resultó ser el ex-clérigo y diputado guanajuatense José María Luis Mora; un hombre de 49 años y al decir de la gente, era tuberculoso; había estado afiliado a las logias escocesas y se había enemistado con sus com-

pañeros clérigos y sentía tal aversión por el populismo yorquino, que se retiró de la política cuando Guerrero tomó el poder.

Mora y Gómez Farías eran liberales moderados; estaban de acuerdo con que permanecieran en la Constitución los párrafos relativos a la intolerancia de toda religión que no fuera la católica, pero querían sujetar la Iglesia a los dictados del gobierno, como en la Colonia y emplear sus bienes terrenales para amortizar la deuda pública; pretendían establecer un régimen obligárquico de clase media; alentaban un deseo piadoso de que los pobres mejoraran su situación y consideraban a éstos perfectibles si se les educaba en buenas escuelas; pero tenían la convicción de que, salvo en casos excepcionales, los pobres no podían tener virtud, por ser ésta privativa de las clases propietarias.

Los radicales jefaturados por Lorenzo de Zavala pretendían confiscar las propiedades del Clero y venderlas al mejor postor. Gómez Farías contuvo a los radicales zavalistas, pero de todas maneras decretó (en uno de los países más creyentes del mundo), una conmocionante

serie de leyes que pesaban: supresión de la coacción civil para el pago de bienes y diezmos y primicias, creación de escuelas laicas, (lo que equivalía a romper el monopolio eclesiástico sobre la educación), reivindicación por parte del gobierno del derecho del patronato, supresión de la Universidad pontificia (baluarte del clero), ocupación de algunos hospitales y misiones (para emplear en obras materiales los fondos que se destinaban a su manutención y para obligar a los frailes, que hacían la vida contemplativa a trabajar como curas comunes y corrientes), destierro del Obispo de Puebla (que hacía oposición abierta al gobierno).

Según Alamán, Santa Anna sabía que los liberales intentaban una parodia de la Revolución Francesa; taimadamente dejó que Gómez Farías, desempeñara el papel de Robespierre para que sobre él cayera toda la impopularidad que forzosamente le crearían las medidas que planeó adoptar; al finalizar la farsa Santa Anna aparecería como la tabla de salvación de los conservadores y con ayuda de éstos impondría una dictadura.

Santa Anna dejó a Gómez Farías al frente del ejecutivo durante cuatro períodos; Santa Anna ocupaba el puesto cuando su instinto le indicaba que debería hacerse cargo personalmente del gobierno; y cuando deseaba evitar una situación comprometida, sencillamente regresaba a su rancho llamado Manca de Clavo, pretextando con monotonía y notable falta de imaginación, que se encontraba delicado de salud.

Al verse amenazados eclesiásticos y militares en sus bienes y privilegios (y al principio que no se mostraban particularmente amigables los unos frente a los otros), comprendieron que debían trabar una alianza para defenderse de los liberales. Pronto estallaron las rebeliones cobijadas bajo el lema de "Religión y Fueros" y surgió un clamor de que Santa Anna proclamara dictador y declarara nulas todas las legislaciones impuestas por Gómez Farías.

El 24 de abril de 1834, Santa Anna volvió a la presidencia y se hizo el desentendido, cuando Gómez Farías por presiones de sus enemigos optó por marchar al exilio. La legislación anticlerical fue declarada inexistente, excepto la relativa a la supresión de la coacción civil para el pago de diezmos, que había sido recibida con tal alegría por los hacendados y los agricultores, que Santa Anna no se atrevió a restablecerlas. Pronto se empezaron a fincar las bases para derogar la constitución de 1824 y establecer un régimen centralista, que funcionaría bajo un paquete jurídico conocido como Las Siete Leyes. A Santa Anna no le tocó instaurar el régimen centralista, pues debió pedir permiso para abandonar la presidencia y ponerse al frente de un ejército que marchó hacia Zacatecas, para combatir al Gobernador Francisco García, un personaje que gozaba de amplia popularidad, por haber reanimado la actividad minera de su estado.

Tata Pachito, como lo llamaban sus seis mil cívicos, había decidido poner resistencia armada al centralismo. El 11 de mayo de 1835, Santa Anna logró aplastar la rebelión; la ciudad de Zacatecas fue entregada al saqueo y como castigo se ordenó deslindar una parte de su territorio, que pasó a convertirse en Estado de Aguascalientes; luego Santa Anna se trasladó a Texas, donde los colonos norteamericanos también se habían revelado contra el centralismo.

7.- LA GUERRA DE TEXAS.

En mayo anterior tras aplastar la rebelión de los liberales zacatecanos, Santa Anna había despachado a Coss rumbo a Texas con instrucciones de restablecer el orden, pero luego de hacerlo, Coss había sido expulsado del territorio con sus hombres y en Texas no quedaba ya ni un soldado mexicano.

Los primeros antecedentes de la catástrofe se remontaban a 1820, años en que Moisés Austín, norteamericano que había recibido en la Luisiana cuando ésta formaba parte del imperio español, solicitó y obtuvo del comandante realista de Texas, la autorización para establecerse con 300 colonos norteamericanos en las desoladas tierras de las comarcas. Moisés Austín murió en junio de 1821, sin llevar a cabo sus proyectos, pero un hijo suyo, Esteban, heredó los derechos de colonización, y logró que le fueran reconfirmados sucesivamente por el imperio iturbidista y por la recién nacida república.

El negocio de la colonización prometió ser muy lucrativa para Austín; en premio por su iniciativa se le dieron veintidos leguas cuadradas de terreno de pastoreo y doscientas hectáreas de tierras de labor y se le autorizó a quedarse con el producto de la venta de parcelas; no le fue difícil hallar compradores; en Estados Unidos los terrenos baldíos costaban tres dólares la hectárea y se pagaban al contado. En Texas, Austín vendió la hectárea a treinta centavos de dólar y a crédito; rápidamente reunió las primeras trescientas familias de colonos y solicitó y obtuvo autorización para traer varios millares más, lo mismo, aunque en escala mucho menor hicieron otros empresarios extranjeros.

En Texas vivían solamente seis mil mexicanos, de los que tres mil se concentraban en el pueblecillo de San Antonio y por lo general eran contrabandistas ó se dedicaban a atrapar caballos salvajes, los mesteños o mustangs, para venderlos en Estados Unidos.

Los burócratas mexicanos, como de costumbre, al sospechar las oportunidades de lucro que la colonización ofrecía para ellos, una vez que los colonos empezaron a hacer producir sus tierras, las colindantes alcanzarían gran valor, apoderándose mediante concesiones de las tierras vecinas, a su debido tiempo se les podía vender a precio elevado y sin invertir dinero, ni esfuerzos.

Iturbide se adjudicó 700,000 hectáreas, Lorenzo de Zavala obtuvo casi el medio millón y otros políticos mucho más. No cabe duda en México es el país donde la historia se repite continuamente.

Victoria y Gómez Pedraza había disputado duramente acusándose uno a otro de ineptitud y no lograron reunir un pequeño ejército para sofocar la escuálida rebelión, más aún, Gómez Pedraza se trasladó a Guadalajara y presentó su dimisión al ministro de guerra.

Victoria conferenció con Zavala y aceptó nombrar ministro de guerra a Vicente Guerrero; el 9 de diciembre el Congreso declaró nula la elección presidencial, argumentando que en efecto, las legislaturas que votaron por Gómez Pedraza habían contrariado los deseos de la ciudadanía. Gómez Pedraza renunció a la presidencia y huyó a Estados Unidos. Guerrero fue electo presidente y decretó una amnistía general, con la cual Santa Anna que había estado al borde de la capitulación, se salvó otra vez.

Tras el encumbramiento de Guerrero, Zavala tuvo la mala fortuna de ser nombrado ministro de hacienda; el gobierno de Victoria había dilapidado el tesoro nacional y dejado al nuevo gobierno la angustiosa tarea de torear a los prestamistas ingleses. Zavala encontró la oficina de hacienda en una situación terrorífica, que él mismo pintó así: sólo un cúmulo de papeles sin orden, la tesorería sin dinero, el erario empeñado con anticipaciones hechas, deudas a varios cuerpos del ejército, a muchos empleados; vivió rodeado de acreedores, tanto más inoportunos, cuanto que sólo esperaban el pago para alimentar y callar los llantos de sus familias enfermas.

Guerrero vacilaba entonces sus providencias y desaprobaba al día siguiente lo que había resuelto el anterior; escribió Zavala: creía que con la conciencia de su pureza de su intención, conservaría su popularidad, contentaría al ejército y acallaría a sus enemigos, también pretendió congraciarse con la plebe a la que pertenecía y con este fin, decretó la enésima abolición de la esclavitud en el país, Hidalgo la bolió dos veces, Morelos otras dos, el Plan de Iguala implícitamente una y Victoria otra, pero los ordenamientos jamás se aplicaron por entero; con su abolición Guerrero causó furor en Texas, donde los colonos norteamericanos con permiso del gobierno de México, perseguían varios centenares de esclavos; entonces para apaciguar a los colonos, Guerrero violó su propio decreto y por escrito dio permiso, para que, como un privilegio especial los texanos pudieran seguir en posesión de sus esclavos.

6.- EL SANTANISMO.

Un acontecimiento inesperado vino a dar una tregua al angustiado Guerrero el 29 de julio, 3,500 soldados españoles, jefaturados por el general Isidro Barradas, desembarcaron en Cabo Rojo a unos 75 Kms. al Sur de Tampico; los invasores habían sido enviados a recibir el arrepentimiento de los mexicanos, quienes según informes recibidos en la corte de Madrid, estaban ya universalmente hastiados de la aventura independentista y no deseaban otra cosa más que volver a "beneficiarse con la protección española". Sólo el gobernador de Veracruz, general Antonio López de Santa Anna, había solicitado y obtenido permiso de atacar al invasor donde quiera que desembarcase. Con decisión de apostador de casta, Santa Anna había decidido jugarse la vida en aquella lucha; sabedor de que el premio, si sobrevivía, iba ser el convertirse en el héroe máximo de la nación.

Santa Anna salió victorioso, pero no gracias a sus grandes dotes militares, pues así como los militares rusos siempre han contado con el auxilio del general "Invierno", él podía contar con la invaluable ayuda del General Enfermedad y no se equivocó, pues a los pocos días, Enfermedad contaba 500 y luego 1,000 enfermos entre sus hombres por efecto del ambiente mal sano de la costa y el agua contaminada que bebían. Los españoles regresaron a su país, excepto Enfermedad, quien temeroso de que le formaran consejo de guerra, se exilió en Nueva Orleans; México estalló de júbilo, la gente creía con fe que los soldados mexicanos eran los mejores del mundo y el triunfo sobre Enfermedad lo confirmó en esta creencia; el razonamiento que seguía era el siguiente: los soldados mexicanos derrotaron a los españoles, que a su vez habían derrotado a los franceses, como en tiempo de Napoleón, los franceses tuvieron fama de ser los mejores del mundo, el título había pasado a sus vencedores españoles y finalmente a los victoriosos mexicanos.

El triunfo convirtió a Santa Anna en el héroe máximo de los mexicanos a su regreso en Veracruz lo pasearon en hombros y se resolvió levantar un monumento en el lugar en donde fue vencido Barradas y Tampico pasó a llamarse Santa Anna; todo mundo empezó a titular "el Napoleón Mexicano" al afortunado general; un estado lo declaró benemérito de la patria, otro lo hizo su hijo predilecto, otro lo nombró salvador de la nación y otro más le regaló una espada con un puño de oro, mientras el congreso le otorgaba una cruz con la inscripción "Abatió en Tampico el orgullo español". Entre tanto en Jalapa se contaba un ejército de 300 hombres que tenían la misión de contener a los españoles en caso de que derrotaran a Santa Anna. El jefe de este ejército era el vicepresidente de la república general Anastasio

Bustamante, que con un grupo de varios oficiales adictos a él, proclamó el plan de Jalapa.

Guerrero que disponía aún de la mayor parte del ejército, abandonó la capital anunciando que saldría a enfrentarse a los sublevados en armas, pero en lugar de dirigirse a Jalapa se fue al sureste del estado de México y luego con un puñado de hombres escondió a sus familiares en cerro del pueblo de Tixtla cerca de Chilpancingo.

El Congreso declaró que Guerrero se encontraba incapacitado para gobernar; con base a tal declaración entregó el poder al vicepresidente y jefe de la revuelta Anastasio Bustamante; en total, Guerrero estuvo en la presidencia solamente nueve meses y diecisiete días.

Anastasio Bustamante asumió el poder el primer día del año de 1830; tenía entonces 49 años de edad, era michoacano, hijo de españoles, en un tiempo ejerció sin título la medicina, durante la guerra de independencia se alistó en el ejército realista y participó en varias batallas contra los insurgentes distinguiéndose sobre todo por la fidelidad con que cumplía las órdenes de sus jefes; en cuanto Bustamante anunció su gabinete, empezó el descontento, todos los ministros formaban parte de la oligarquía tradicional, la eminencia gris del gobierno era el Secretario de Relaciones Lucas Alamán, un guanajuatense de inteligencia superior, aristocratizante y de afiliación centralista.

Alamán, conocía bien la política mexicana para meterse en el problema que representaría anular el federalismo; simplemente estableció un régimen centralista de facto, para lo cual le bastó con amañar elecciones, derrocar gobiernos y legislaturas estatales y hacer elegir diputados, senadores y gobernadores que acataran las consignas transmitidas por el poder central.

En especial Alamán se esforzó por devolver su poderío a la antigua oligarquía para reforzarla; intentó forjar una nueva generación de industriales y un banco de Avío, antecedente directo de la Nacional Financiera que proporcionaba créditos para el establecimiento de industrias nuevas o necesarias; reorganizó la burocracia, eliminó robos y desbarajustes, mejoró el cobro de impuestos, trató de restablecer el crédito de la nación renegociando la deuda para ser liquidada a plazos más cómodos y pagó puntualmente los réditos; la burocracia militar y civil cobró puntualmente sus sueldos y aún así, a fines de 1831 Alamán, pudo hacer el asombroso anuncio de que los presupuestos de ingresos y egresos estaban equilibrados por primera vez.

En cambio en el terreno político del régimen de Bustamante, Alamán resultó un fracaso monumental, para establecer firmemente la autoridad del gobierno, se tomaron medidas de feroz corte policiaco.

Entre las víctimas del régimen se contaría Vicente Guerrero; desde la Sierra del estado que hoy lleva su nombre, el caudillo llevaba a cabo débiles ataques contra las fuerzas del gobierno; su paisano, Nicolás Bravo fue enviado a liquidarlo: fracasó; ante ese hecho se recurrió a la tracción; a principios de 1831 un italiano llamado Francisco Picaluga, capitán del Gergantín Colombo, estaba anclado en Acapulco; invitó a Guerrero a visitar la embarcación y comprado previamente en cincuenta mil pesos que le dieron los secuaces de Bustamante, tomó prisionero al caudillo y lo condujo al puerto Oaxaqueño de Huatulco; allí los bustamantistas sometieron al caudillo a una farsa de juicio, lo condenaron a muerte y lo fusilaron el 14 de febrero de 1831.

Y así nuestra patria se regaba nuevamente con sangre de sus hijos más distinguidos; que si habían tenido errores, habían ofrendado sus vidas por un México mejor.

Este frío y cruel asesinato desprestigiaba para siempre el régimen bustamantista; en menor grado, también contribuyó a desprestigiarlo lo obcecado con que se condujo frente al clero.

Santa Anna reiteró su fidelidad a Bustamante pero éste no tragó la patraña y ordenó atacar a los rebeldes, incluyendo a Santa Anna. En marzo se libró una sangrienta batalla en el pueblo de Tolomé y Santa Anna sufrió una derrota aplastante, por lo cual regresó a Veracruz, ahí se hizo fuerte y resistió el ataque de los bustamantistas, que fueron derrotados, pero no por Santa Anna, sino por una epidemia de cólera desatada en sus filas, las que causó un millar de muertos, ante tal contra-tiempo Bustamante aceptó la renuncia de su gabinete, pero ni aún así depusieron los rebeldes las armas.

El inesperado triunfo hizo subir los bonos de Santa Anna; nuevos grupos de militares fueron adhiriéndose al pronunciamiento de Veracruz; entre las exigencias que presentaron entonces, destacaba nada menos que la vuelta a la legalidad: Gómez Pedraza, el hombre legalmente electo y violentamente derrocado por Guerrero, debía asumir la presidencia hasta que terminara el período para el cual fue elegido, tras esa extraña petición existía el hecho de que las nuevas elecciones presidenciales debían celebrarse el 1o. de septiembre; las legislaturas estatales estaban dominadas por los conservadores y difícilmente darían la presidencia a Santa Anna. Su candidato era Nicolás Bravo; Santa

Anna necesitaba que regresara Pedraza y formase un nuevo congreso dispuesto a votar por él.

A mediados de agosto, Bustamante tomó la jefatura del ejército y salió a combatir a los rebeldes; obtuvo algunas victorias de importancia, pero el 9 de diciembre, luego de una gran batalla contra las fuerzas de Santa Anna, capituló y aceptó, reconocer como presidente a Gómez Pedraza cuyo mandato terminaría el 1o. de abril del siguiente año, así como convocar elecciones de legisladores de modo que el Congreso se instalara el 15 de febrero, a tiempo para elegir nuevo presidente.

Santa Anna fue electo para desempeñar la presidencia por un período de cuatro años, que empezaría el 1o. de abril de 1833, pero sabedor de cataclismo que se avecinaba, el día de la toma de posesión, prefirió quedarse en su rancho bajo el pretexto de que no podría viajar a la ciudad de México por encontrarse delicado de salud, al frente del gobierno quedó el vicepresidente Valentín Gómez Farías.

El ascenso de Gómez Farías a la presidencia estuvo acompañado de varios fenómenos; hubo un intenso temblor de tierra y en el cielo apareció una espectacular aurora boreal. Eso dió lugar a que la Iglesia dijera que la ira divina se estaba desatando como castigo por las impiedades que se pretendían cometer.

Gómez Farías fue presentado como una especie de anticristo Nativo de Jalisco con 52 años de edad al asumir la vicepresidencia, ex-masón del rito yorquino y médico de profesión, radicaba en Zacatecas y había destacado en la burocracia estatal gracias a la amistad que lo ligaba con el Gobernador, aunque era católico devoto, se indignó por las medidas teocratizantes que adoptó el régimen bustamantista y de acuerdo con el Gobernador quiso poner remedio a la situación.

Como primera medida Gómez Farías, convocó a todos los escritores del país a un concurso para que opinaran si el gobierno civil estaba facultado para dictar leyes tendientes a regular la adquisición y la administración e inversión de toda clase de rentas o bienes eclesiásticos. La Iglesia poseía la tercera parte de todos los bienes inmuebles del país, era dueño de los capitales más cuantiosos y colocándolos a rédito, monopolizaba casi toda la estructura financiera, el ganador del concurso resultó ser el ex-clérigo y diputado guanajuatense José María Luis Mora; un hombre de 49 años y al decir de la gente, era tuberculoso; había estado afiliado a las logias escocesas y se había enemistado con sus com-

pañeros clérigos y sentía tal aversión por el populismo yorquino, que se retiró de la política cuando Guerrero tomó el poder.

Mora y Gómez Farías eran liberales moderados; estaban de acuerdo con que permanecieran en la Constitución los párrafos relativos a la intolerancia de toda religión que no fuera la católica, pero querían sujetar la Iglesia a los dictados del gobierno, como en la Colonia y emplear sus bienes terrenales para amortizar la deuda pública; pretendían establecer un régimen obligárquico de clase media; alentaban un deseo piadoso de que los pobres mejoraran su situación y consideraban a éstos perfectibles si se les educaba en buenas escuelas; pero tenían la convicción de que, salvo en casos excepcionales, los pobres no podían tener virtud, por ser ésta privativa de las clases propietarias.

Los radicales jefaturados por Lorenzo de Zavala pretendían confiscar las propiedades del Clero y venderlas al mejor postor. Gómez Farías contuvo a los radicales zavalistas, pero de todas maneras decretó (en uno de los países más creyentes del mundo), una conmocionante

serie de leyes que pesaban: supresión de la coacción civil para el pago de bienes y diezmos y primicias, creación de escuelas laicas, (lo que equivalía a romper el monopolio eclesiástico sobre la educación), reivindicación por parte del gobierno del derecho del patronato, supresión de la Universidad pontificia (baluarte del clero), ocupación de algunos hospitales y misiones (para emplear en obras materiales los fondos que se destinaban a su manutención y para obligar a los frailes, que hacían la vida contemplativa a trabajar como curas comunes y corrientes), destierro del Obispo de Puebla (que hacía oposición abierta al gobierno).

Según Alamán, Santa Anna sabía que los liberales intentaban una parodia de la Revolución Francesa; taimadamente dejó que Gómez Farías, desempeñara el papel de Robespierre para que sobre él cayera toda la impopularidad que forzosamente le crearían las medidas que planeó adoptar; al finalizar la farsa Santa Anna aparecería como la tabla de salvación de los conservadores y con ayuda de éstos impondría una dictadura.

Santa Anna dejó a Gómez Farías al frente del ejecutivo durante cuatro períodos; Santa Anna ocupaba el puesto cuando su instinto le indicaba que debería hacerse cargo personalmente del gobierno; y cuando deseaba evitar una situación comprometida, sencillamente regresaba a su rancho llamado Manca de Clavo, pretextando con monotonía y notable falta de imaginación, que se encontraba delicado de salud.

Al verse amenazados eclesiásticos y militares en sus bienes y privilegios (y al principio que no se mostraban particularmente amigables los unos frente a los otros), comprendieron que debían trabar una alianza para defenderse de los liberales. Pronto estallaron las rebeliones cobijadas bajo el lema de "Religión y Fueros" y surgió un clamor de que Santa Anna proclamara dictador y declarara nulas todas las legislaciones impuestas por Gómez Farías.

El 24 de abril de 1834, Santa Anna volvió a la presidencia y se hizo el desentendido, cuando Gómez Farías por presiones de sus enemigos optó por marchar al exilio. La legislación anticlerical fue declarada inexistente, excepto la relativa a la supresión de la coacción civil para el pago de diezmos, que había sido recibida con tal alegría por los hacendados y los agricultores, que Santa Anna no se atrevió a restablecerlas. Pronto se empezaron a fincar las bases para derogar la constitución de 1824 y establecer un régimen centralista, que funcionaría bajo un paquete jurídico conocido como Las Siete Leyes. A Santa Anna no le tocó instaurar el régimen centralista, pues debió pedir permiso para abandonar la presidencia y ponerse al frente de un ejército que marchó hacia Zacatecas, para combatir al Gobernador Francisco García, un personaje que gozaba de amplia popularidad, por haber reanimado la actividad minera de su estado.

Tata Pachito, como lo llamaban sus seis mil cívicos, había decidido poner resistencia armada al centralismo. El 11 de mayo de 1835, Santa Anna logró aplastar la rebelión; la ciudad de Zacatecas fue entregada al saqueo y como castigo se ordenó deslindar una parte de su territorio, que pasó a convertirse en Estado de Aguascalientes; luego Santa Anna se trasladó a Texas, donde los colonos norteamericanos también se habían revelado contra el centralismo.

7.- LA GUERRA DE TEXAS.

En mayo anterior tras aplastar la rebelión de los liberales zacatecanos, Santa Anna había despachado a Coss rumbo a Texas con instrucciones de restablecer el orden, pero luego de hacerlo, Coss había sido expulsado del territorio con sus hombres y en Texas no quedaba ya ni un soldado mexicano.

Los primeros antecedentes de la catástrofe se remontaban a 1820, años en que Moisés Austín, norteamericano que había recibido en la Luisiana cuando ésta formaba parte del imperio español, solicitó y obtuvo del comandante realista de Texas, la autorización para establecerse con 300 colonos norteamericanos en las desoladas tierras de las comarcas. Moisés Austín murió en junio de 1821, sin llevar a cabo sus proyectos, pero un hijo suyo, Esteban, heredó los derechos de colonización, y logró que le fueran reconfirmados sucesivamente por el imperio iturbidista y por la recién nacida república.

El negocio de la colonización prometió ser muy lucrativa para Austín; en premio por su iniciativa se le dieron veintidos leguas cuadradas de terreno de pastoreo y doscientas hectáreas de tierras de labor y se le autorizó a quedarse con el producto de la venta de parcelas; no le fue difícil hallar compradores; en Estados Unidos los terrenos baldíos costaban tres dólares la hectárea y se pagaban al contado. En Texas, Austín vendió la hectárea a treinta centavos de dólar y a crédito; rápidamente reunió las primeras trescientas familias de colonos y solicitó y obtuvo autorización para traer varios millares más, lo mismo, aunque en escala mucho menor hicieron otros empresarios extranjeros.

En Texas vivían solamente seis mil mexicanos, de los que tres mil se concentraban en el pueblecillo de San Antonio y por lo general eran contrabandistas ó se dedicaban a atrapar caballos salvajes, los mesteños o mustangs, para venderlos en Estados Unidos.

Los burócratas mexicanos, como de costumbre, al sospechar las oportunidades de lucro que la colonización ofrecía para ellos, una vez que los colonos empezaron a hacer producir sus tierras, las colindantes alcanzarían gran valor, apoderándose mediante concesiones de las tierras vecinas, a su debido tiempo se les podía vender a precio elevado y sin invertir dinero, ni esfuerzos.

Iturbide se adjudicó 700,000 hectáreas, Lorenzo de Zavala obtuvo casi el medio millón y otros políticos mucho más. No cabe duda en México es el país donde la historia se repite continuamente.

Bustamante, que con un grupo de varios oficiales adictos a él, proclamó el plan de Jalapa.

Guerrero que disponía aún de la mayor parte del ejército, abandonó la capital anunciando que saldría a enfrentarse a los sublevados en armas, pero en lugar de dirigirse a Jalapa se fue al sureste del estado de México y luego con un puñado de hombres escondió a sus familiares en cerro del pueblo de Tixtla cerca de Chilpancingo.

El Congreso declaró que Guerrero se encontraba incapacitado para gobernar; con base a tal declaración entregó el poder al vicepresidente y jefe de la revuelta Anastasio Bustamante; en total, Guerrero estuvo en la presidencia solamente nueve meses y diecisiete días.

Anastasio Bustamante asumió el poder el primer día del año de 1830; tenía entonces 49 años de edad, era michoacano, hijo de españoles, en un tiempo ejerció sin título la medicina, durante la guerra de independencia se alistó en el ejército realista y participó en varias batallas contra los insurgentes distinguiéndose sobre todo por la fidelidad con que cumplía las órdenes de sus jefes; en cuanto Bustamante anunció su gabinete, empezó el descontento, todos los ministros formaban parte de la oligarquía tradicional, la eminencia gris del gobierno era el Secretario de Relaciones Lucas Alamán, un guanajuatense de inteligencia superior, aristocratizante y de afiliación centralista.

Alamán, conocía bien la política mexicana para meterse en el problema que representaría anular el federalismo; simplemente estableció un régimen centralista de facto, para lo cual le bastó con amañar elecciones, derrocar gobiernos y legislaturas estatales y hacer elegir diputados, senadores y gobernadores que acataran las consignas transmitidas por el poder central.

En especial Alamán se esforzó por devolver su poderío a la antigua oligarquía para reforzarla; intentó forjar una nueva generación de industriales y un banco de Avío, antecedente directo de la Nacional Financiera que proporcionaba créditos para el establecimiento de industrias nuevas o necesarias; reorganizó la burocracia, eliminó robos y desbarajustes, mejoró el cobro de impuestos, trató de restablecer el crédito de la nación renegociando la deuda para ser liquidada a plazos más cómodos y pagó puntualmente los réditos; la burocracia militar y civil cobró puntualmente sus sueldos y aún así, a fines de 1831 Alamán, pudo hacer el asombroso anuncio de que los presupuestos de ingresos y egresos estaban equilibrados por primera vez.

En cambio en el terreno político del régimen de Bustamante, Alamán resultó un fracaso monumental, para establecer firmemente la autoridad del gobierno, se tomaron medidas de feroz corte policíaco.

Entre las víctimas del régimen se contaría Vicente Guerrero; desde la Sierra del estado que hoy lleva su nombre, el caudillo llevaba a cabo débiles ataques contra las fuerzas del gobierno; su paisano, Nicolás Bravo fue enviado a liquidarlo: fracasó; ante ese hecho se recurrió a la tracción; a principios de 1831 un italiano llamado Francisco Picaluga, capitán del Gergantín Colombo, estaba anclado en Acapulco; invitó a Guerrero a visitar la embarcación y comprado previamente en cincuenta mil pesos que le dieron los secuaces de Bustamante, tomó prisionero al caudillo y lo condujo al puerto Oaxaqueño de Huatulco; allí los bustamantistas sometieron al caudillo a una farsa de juicio, lo condenaron a muerte y lo fusilaron el 14 de febrero de 1831.

Y así nuestra patria se regaba nuevamente con sangre de sus hijos más distinguidos; que si habían tenido errores, habían ofrendado sus vidas por un México mejor.

Este frío y cruel asesinato desprestigiaba para siempre el régimen bustamantista; en menor grado, también contribuyó a desprestigiarlo lo obcecado con que se condujo frente al clero.

Santa Anna reiteró su fidelidad a Bustamante pero éste no tragó la patraña y ordenó atacar a los rebeldes, incluyendo a Santa Anna. En marzo se libró una sangrienta batalla en el pueblo de Tolomé y Santa Anna sufrió una derrota aplastante, por lo cual regresó a Veracruz, ahí se hizo fuerte y resistió el ataque de los bustamantistas, que fueron derrotados, pero no por Santa Anna, sino por una epidemia de cólera desatada en sus filas, las que causó un millar de muertos, ante tal contra-tiempo Bustamante aceptó la renuncia de su gabinete, pero ni aún así depusieron los rebeldes las armas.

El inesperado triunfo hizo subir los bonos de Santa Anna; nuevos grupos de militares fueron adhiriéndose al pronunciamiento de Veracruz; entre las exigencias que presentaron entonces, destacaba nada menos que la vuelta a la legalidad: Gómez Pedraza, el hombre legalmente electo y violentamente derrocado por Guerrero, debía asumir la presidencia hasta que terminara el período para el cual fue elegido, tras esa extraña petición existía el hecho de que las nuevas elecciones presidenciales debían celebrarse el 1.º de septiembre; las legislaturas estatales estaban dominadas por los conservadores y difícilmente darían la presidencia a Santa Anna. Su candidato era Nicolás Bravo; Santa

Anna necesitaba que regresara Pedraza y formase un nuevo congreso dispuesto a votar por él.

A mediados de agosto, Bustamante tomó la jefatura del ejército y salió a combatir a los rebeldes; obtuvo algunas victorias de importancia, pero el 9 de diciembre, luego de una gran batalla contra las fuerzas de Santa Anna, capituló y aceptó, reconocer como presidente a Gómez Pedraza cuyo mandato terminaría el 1o. de abril del siguiente año, así como convocar elecciones de legisladores de modo que el Congreso se instalara el 15 de febrero, a tiempo para elegir nuevo presidente.

Santa Anna fue electo para desempeñar la presidencia por un período de cuatro años, que empezaría el 1o. de abril de 1833, pero sabedor de cataclismo que se avecinaba, el día de la toma de posesión, prefirió quedarse en su rancho bajo el pretexto de que no podría viajar a la ciudad de México por encontrarse delicado de salud, al frente del gobierno quedó el vicepresidente Valentín Gómez Farías.

El ascenso de Gómez Farías a la presidencia estuvo acompañado de varios fenómenos; hubo un intenso temblor de tierra y en el cielo apareció una espectacular aurora boreal. Eso dió lugar a que la Iglesia dijera que la ira divina se estaba desatando como castigo por las impiedades que se pretendían cometer.

Gómez Farías fue presentado como una especie de anticristo Nativo de Jalisco con 52 años de edad al asumir la vicepresidencia, ex-masón del rito yorquino y médico de profesión, radicaba en Zacatecas y había destacado en la burocracia estatal gracias a la amistad que lo ligaba con el Gobernador, aunque era católico devoto, se indignó por las medidas teocratizantes que adoptó el régimen bustamantista y de acuerdo con el Gobernador quiso poner remedio a la situación.

Como primera medida Gómez Farías, convocó a todos los escritores del país a un concurso para que opinaran si el gobierno civil estaba facultado para dictar leyes tendientes a regular la adquisición y la administración e inversión de toda clase de rentas o bienes eclesiásticos. La Iglesia poseía la tercera parte de todos los bienes inmuebles del país, era dueño de los capitales más cuantiosos y colocándolos a rédito, monopolizaba casi toda la estructura financiera, el ganador del concurso resultó ser el ex-clérigo y diputado guanajuatense José María Luis Mora; un hombre de 49 años y al decir de la gente, era tuberculoso; había estado afiliado a las logias escocesas y se había enemistado con sus com-

pañeros clérigos y sentía tal aversión por el populismo yorquino, que se retiró de la política cuando Guerrero tomó el poder.

Mora y Gómez Farías eran liberales moderados; estaban de acuerdo con que permanecieran en la Constitución los párrafos relativos a la intolerancia de toda religión que no fuera la católica, pero querían sujetar la Iglesia a los dictados del gobierno, como en la Colonia y emplear sus bienes terrenales para amortizar la deuda pública; pretendían establecer un régimen obligárquico de clase media; alentaban un deseo piadoso de que los pobres mejoraran su situación y consideraban a éstos perfectibles si se les educaba en buenas escuelas; pero tenían la convicción de que, salvo en casos excepcionales, los pobres no podían tener virtud, por ser ésta privativa de las clases propietarias.

Los radicales jefaturados por Lorenzo de Zavala pretendían confiscar las propiedades del Clero y venderlas al mejor postor. Gómez Farías contuvo a los radicales zavalistas, pero de todas maneras decretó (en uno de los países más creyentes del mundo), una conmocionante

serie de leyes que pesaban: supresión de la coacción civil para el pago de bienes y diezmos y primicias, creación de escuelas laicas, (lo que equivalía a romper el monopolio eclesiástico sobre la educación), reivindicación por parte del gobierno del derecho del patronato, supresión de la Universidad pontificia (baluarte del clero), ocupación de algunos hospitales y misiones (para emplear en obras materiales los fondos que se destinaban a su manutención y para obligar a los frailes, que hacían la vida contemplativa a trabajar como curas comunes y corrientes), destierro del Obispo de Puebla (que hacía oposición abierta al gobierno).

Según Alamán, Santa Anna sabía que los liberales intentaban una parodia de la Revolución Francesa; taimadamente dejó que Gómez Farías, desempeñara el papel de Robespierre para que sobre él cayera toda la impopularidad que forzosamente le crearían las medidas que planeó adoptar; al finalizar la farsa Santa Anna aparecería como la tabla de salvación de los conservadores y con ayuda de éstos impondría una dictadura.

Santa Anna dejó a Gómez Farías al frente del ejecutivo durante cuatro períodos; Santa Anna ocupaba el puesto cuando su instinto le indicaba que debería hacerse cargo personalmente del gobierno; y cuando deseaba evitar una situación comprometida, sencillamente regresaba a su rancho llamado Manca de Clavo, pretextando con monotonía y notable falta de imaginación, que se encontraba delicado de salud.

Al verse amenazados eclesiásticos y militares en sus bienes y privilegios (y al principio que no se mostraban particularmente amigables los unos frente a los otros), comprendieron que debían trabar una alianza para defenderse de los liberales. Pronto estallaron las rebeliones cobijadas bajo el lema de "Religión y Fueros" y surgió un clamor de que Santa Anna proclamara dictador y declarara nulas todas las legislaciones impuestas por Gómez Farías.

El 24 de abril de 1834, Santa Anna volvió a la presidencia y se hizo el desentendido, cuando Gómez Farías por presiones de sus enemigos optó por marchar al exilio. La legislación anticlerical fue declarada inexistente, excepto la relativa a la supresión de la coacción civil para el pago de diezmos, que había sido recibida con tal alegría por los hacendados y los agricultores, que Santa Anna no se atrevió a restablecerlas. Pronto se empezaron a fincar las bases para derogar la constitución de 1824 y establecer un régimen centralista, que funcionaría bajo un paquete jurídico conocido como Las Siete Leyes. A Santa Anna no le tocó instaurar el régimen centralista, pues debió pedir permiso para abandonar la presidencia y ponerse al frente de un ejército que marchó hacia Zacatecas, para combatir al Gobernador Francisco García, un personaje que gozaba de amplia popularidad, por haber reanimado la actividad minera de su estado.

Tata Pachito, como lo llamaban sus seis mil cívicos, había decidido poner resistencia armada al centralismo. El 11 de mayo de 1835, Santa Anna logró aplastar la rebelión; la ciudad de Zacatecas fue entregada al saqueo y como castigo se ordenó deslindar una parte de su territorio, que pasó a convertirse en Estado de Aguascalientes; luego Santa Anna se trasladó a Texas, donde los colonos norteamericanos también se habían revelado contra el centralismo.

7.- LA GUERRA DE TEXAS.

En mayo anterior tras aplastar la rebelión de los liberales zacatecanos, Santa Anna había despachado a Coss rumbo a Texas con instrucciones de restablecer el orden, pero luego de hacerlo, Coss había sido expulsado del territorio con sus hombres y en Texas no quedaba ya ni un soldado mexicano.

Los primeros antecedentes de la catástrofe se remontaban a 1820, años en que Moisés Austín, norteamericano que había recibido en la Luisiana cuando ésta formaba parte del imperio español, solicitó y obtuvo del comandante realista de Texas, la autorización para establecerse con 300 colonos norteamericanos en las desoladas tierras de las comarcas. Moisés Austín murió en junio de 1821, sin llevar a cabo sus proyectos, pero un hijo suyo, Esteban, heredó los derechos de colonización, y logró que le fueran reconfirmados sucesivamente por el imperio iturbidista y por la recién nacida república.

El negocio de la colonización prometió ser muy lucrativa para Austín; en premio por su iniciativa se le dieron veintidos leguas cuadradas de terreno de pastoreo y doscientas hectáreas de tierras de labor y se le autorizó a quedarse con el producto de la venta de parcelas; no le fue difícil hallar compradores; en Estados Unidos los terrenos baldíos costaban tres dólares la hectárea y se pagaban al contado. En Texas, Austín vendió la hectárea a treinta centavos de dólar y a crédito; rápidamente reunió las primeras trescientas familias de colonos y solicitó y obtuvo autorización para traer varios millares más, lo mismo, aunque en escala mucho menor hicieron otros empresarios extranjeros.

En Texas vivían solamente seis mil mexicanos, de los que tres mil se concentraban en el pueblecillo de San Antonio y por lo general eran contrabandistas ó se dedicaban a atrapar caballos salvajes, los mesteños o mustangs, para venderlos en Estados Unidos.

Los burócratas mexicanos, como de costumbre, al sospechar las oportunidades de lucro que la colonización ofrecía para ellos, una vez que los colonos empezaron a hacer producir sus tierras, las colindantes alcanzarían gran valor, apoderándose mediante concesiones de las tierras vecinas, a su debido tiempo se les podía vender a precio elevado y sin invertir dinero, ni esfuerzos.

Iturbide se adjudicó 700,000 hectáreas, Lorenzo de Zavala obtuvo casi el medio millón y otros políticos mucho más. No cabe duda en México es el país donde la historia se repite continuamente.

Al verse amenazados eclesiásticos y militares en sus bienes y privilegios (y al principio que no se mostraban particularmente amigables los unos frente a los otros), comprendieron que debían trabar una alianza para defenderse de los liberales. Pronto estallaron las rebeliones cobijadas bajo el lema de "Religión y Fueros" y surgió un clamor de que Santa Anna proclamara dictador y declarara nulas todas las legislaciones impuestas por Gómez Farías.

El 24 de abril de 1834, Santa Anna volvió a la presidencia y se hizo el desentendido, cuando Gómez Farías por presiones de sus enemigos optó por marchar al exilio. La legislación anticlerical fue declarada inexistente, excepto la relativa a la supresión de la coacción civil para el pago de diezmos, que había sido recibida con tal alegría por los hacendados y los agricultores, que Santa Anna no se atrevió a restablecerlas. Pronto se empezaron a fincar las bases para derogar la constitución de 1824 y establecer un régimen centralista, que funcionaría bajo un paquete jurídico conocido como Las Siete Leyes. A Santa Anna no le tocó instaurar el régimen centralista, pues debió pedir permiso para abandonar la presidencia y ponerse al frente de un ejército que marchó hacia Zacatecas, para combatir al Gobernador Francisco García, un personaje que gozaba de amplia popularidad, por haber reanimado la actividad minera de su estado.

Tata Pachito, como lo llamaban sus seis mil cívicos, había decidido poner resistencia armada al centralismo. El 11 de mayo de 1835, Santa Anna logró aplastar la rebelión; la ciudad de Zacatecas fue entregada al saqueo y como castigo se ordenó deslindar una parte de su territorio, que pasó a convertirse en Estado de Aguascalientes; luego Santa Anna se trasladó a Texas, donde los colonos norteamericanos también se habían revelado contra el centralismo.

7.- LA GUERRA DE TEXAS.

En mayo anterior tras aplastar la rebelión de los liberales zacatecanos, Santa Anna había despachado a Coss rumbo a Texas con instrucciones de restablecer el orden, pero luego de hacerlo, Coss había sido expulsado del territorio con sus hombres y en Texas no quedaba ya ni un soldado mexicano.

Los primeros antecedentes de la catástrofe se remontaban a 1820, años en que Moisés Austín, norteamericano que había recibido en la Luisiana cuando ésta formaba parte del imperio español, solicitó y obtuvo del comandante realista de Texas, la autorización para establecerse con 300 colonos norteamericanos en las desoladas tierras de las comarcas. Moisés Austín murió en junio de 1821, sin llevar a cabo sus proyectos, pero un hijo suyo, Esteban, heredó los derechos de colonización, y logró que le fueran reconfirmados sucesivamente por el imperio iturbidista y por la recién nacida república.

El negocio de la colonización prometió ser muy lucrativa para Austín; en premio por su iniciativa se le dieron veintidos leguas cuadradas de terreno de pastoreo y doscientas hectáreas de tierras de labor y se le autorizó a quedarse con el producto de la venta de parcelas; no le fue difícil hallar compradores; en Estados Unidos los terrenos baldíos costaban tres dólares la hectárea y se pagaban al contado. En Texas, Austín vendió la hectárea a treinta centavos de dólar y a crédito; rápidamente reunió las primeras trescientas familias de colonos y solicitó y obtuvo autorización para traer varios millares más, lo mismo, aunque en escala mucho menor hicieron otros empresarios extranjeros.

En Texas vivían solamente seis mil mexicanos, de los que tres mil se concentraban en el pueblecillo de San Antonio y por lo general eran contrabandistas ó se dedicaban a atrapar caballos salvajes, los mesteños o mustangs, para venderlos en Estados Unidos.

Los burócratas mexicanos, como de costumbre, al sospechar las oportunidades de lucro que la colonización ofrecía para ellos, una vez que los colonos empezaron a hacer producir sus tierras, las colindantes alcanzarían gran valor, apoderándose mediante concesiones de las tierras vecinas, a su debido tiempo se les podía vender a precio elevado y sin invertir dinero, ni esfuerzos.

Iturbide se adjudicó 700,000 hectáreas, Lorenzo de Zavala obtuvo casi el medio millón y otros políticos mucho más. No cabe duda en México es el país donde la historia se repite continuamente.

En Texas para los 20,000 norteamericanos con 3,000 esclavos negros, las tierras se revelaron como insuperables para el cultivo del algodón y la prosperidad se cernía sobre el territorio.

Los colonos estaban felices, lejos de querer incorporarse a Estados Unidos ó independizarse, temían, según Austin, que los expulsaran de la Federación Mexicana, pues gracias a los elevados rendimientos agrícolas que estaban obteniendo, pronto se colocarían en magnífica situación para inundar con sus productos los mercados del sur de México, donde los lerdos hacendados serían incapaces de hacer frente a la competencia, Austin decía verdad, si bien, suspiraba de cuando en cuando por su país de origen; alterar la situación política ofrecía inconvenientes muy serios a los colonos: En Estados Unidos tendrían que pagar fuertes impuestos y en México no pagaban ninguno. Inglaterra, en represalia por los impuestos que Washington había decretado para las manufacturas inglesas, daba pasos para grabar fuertemente la importación de algodón norteamericano y si esto llegaba a ocurrir, los algodoneiros de Texas podrían sustituir a los Estados Unidos como proveedores de la industria británica, ya que por formar parte de México, las represalias inglesas no les afectarían.

Erigirse en nación independiente resultaba para los colonos un proyecto rayado en la locura. en caso tendrían que pagar impuestos para sostener un presidente, un cuerpo diplomático, una marina y un ejército, infinidad de burócratas, etc. etc., y además tendrían que vivir bajo la amenaza constante de que México intentara recuperar su territorio. La mayoría de los colonos eran hombres industriales, honestos y alérgicos al desorden; estos eran los únicos norteamericanos que vivían en Texas, pero con el tiempo atraídos por el éxito de los colonos, millares de malvivientes y aventureros del vecino país se habían trasladado al territorio para instalarse como paracaidistas en los terrenos y medrar a la sombra de los colonos legítimos, los malvivientes a quienes llamaban rufianes en la vecina Kansas y que también se habían convertido en una plaga social, seran eran quienes habían hecho circular los proyectos de adherirse a Estados Unidos o erigirse en nación independiente.

En la capital mexicana nadie parece haber captado los matices del problema en 1825 el presidente Guadalupe Victoria, incitado por el Embajador británico en México H.G. Ward, estudió la conveniencia de mandar una comisión encargada de investigar lo que ocurría en Texas.

Victoria escogió al general Manuel Mier y Terán, un viejo y honrado insurgente, para que se trasladara a investigar pero no fue sino

hasta 1827, cuando Mier y Terán recibió los fondos necesarios para emprender el viaje.

Al triunfar el cuartelazo de Anastacio Bustamante, la Eminencia gris del régimen, Lucas Alamán, leyó el informe: Mier y Terán y su alma de burócrata español se estremeció al describir párrafos en los cuales se decía, que los colonos de Texas por su aislamiento del resto de México, practicaban la tolerancia religiosa y se gobernaban a sí mismos mediante instituciones de corte democrático, temeroso de que el mal ejemplo cundiera en el resto del país, históricamente mandó publicar una serie de decretos que agravarán la situación en vez de mejorarla. Mier y Terán solo pudo mandar establecer una aduana y puestos militares, los texanos de origen mexicano y norteamericanos, por igual se indignaron al verse en la necesidad de pagar elevados impuestos a la importación de los artículos que necesitaban para sobrevivir, o adquirir tales artículos en México. A pesar de que por falta de caminos y carestía de los fletes, la harina que costaba en Saltillo diez pesos fanega, debía pagarse a veintiocho pesos en San Antonio y Cuarenta y tres pesos en Austin.

Los aduaneros llegaron al extremo de exigir el pago adelantado de las mordidas, que, a fin de cuentas permitían a los colonos adquirir mercancía de contabando, luego un coronel se erigió en monopolista, prohibiendo a los texanos que ejercieran el comercio al menudeo y abriendo sus propias tiendas en las que vendía artículos de contrabando al precio que le daba la gana. Como Mier y Terán no recibía fondos para pagar a los soldados, muchos acabaron en ladrones ó mendigos y cuando llegó a Texas la noticia relativa al derrocamiento de Bustamante, los soldados en masa abandonaron sus puestos para trasladarse al centro de la república, anhelosos de exigir su tajada en la repartición del botín, desesperado Mier y Terán se suicidó.

La tarea de ganar el territorio de Texas para la esclavitud fue encomendada a Andrew Jackson, un acaudalado negrero de Tennessee que con el apoyo de los surianos en 1828 se convirtió en presidente de Estados Unidos. Inicialmente Jackson se limitó a ofrecer a México orimero un millón y luego cinco millones de dólares por el territorio y sólo cuando sus ofertas fueron rechazadas, decidió tomar medidas para liberar a Texas del yugo mexicano. Su principal instrumento para esta tarea fue el exgobernador de Tennessee, Samuel Houston, un politicastro, cómplice suyo, que necesitaba trabajo. El mejor aliado de Houston iba ser el desbarajuste político de México; cada cambio de gobierno provocaba desconcierto y agitación en Texas. Austin el jefe de los colonos, había tenido que ir a la ciudad de México para informar-

se de lo que pasaba; sólo Gómez Farias partidario entusiasta de la colonización de México para extranjeros trabó estrecha amistad con Austin y acogió favorablemente sus proyectos. Inicialmente la relación de Austin con Santa Anna fue favorable, ya que los milicianos de Austin se habían pronunciado contra Bustamante en el último cuartelazo, pero a medida que Santa Anna maniobraba para deshacerse de Gómez Farias, Austin se daba cuenta de que tal cosa significaría un triunfo del centralismo y la implantación del despotismo militar en Texas, Austin comunicó sus temores a los colonos y los previno que se alistaran para pronunciarse en favor de la Constitución de 1824.

Después de salir de la capital y al pasar por Saltillo, Austin fue hecho prisionero y trasladado a un calabozo de la inquisición de la ciudad de México, poco después se le impuso solamente arresto domiciliario pero no fue sino hasta mediados de 1835, cuando obtuvo permiso para regresar a Texas, llegó a su destino en septiembre para enterarse de los cambios habidos durante su ausencia, luego se presentó en Texas Lorenzo de Zavala, llegó procedente de París, donde había estado actuando como embajador de México y aseguró tener noticias de que Santa Anna intentaba erigirse en dictador, tal cosa que proclamó Zavala, significaba el retiro de las autoridades civiles para sustituirlas por déspotas militares que despojaría a los colonos de sus tierras; los colonos empezaron a organizarse para la defensa. Zavala pidió a sus amigos de la capital que siguieran el ejemplo de los texanos, lo que permitiría liquidar de una vez por todas el yugo de la dictadura, pero nadie le hizo caso pensando que lo único que perseguía Zavala era proteger sus propiedades.

La situación se tornó cada vez más difícil, pues llegó el momento en que cada medio millar de colonos con Austin de comandante, tomaron sus rifles y procedieron a atacar a las reducidas guarniciones mexicanas de González y Goliad, que se rindieron casi sin luchar, entregando dos pequeños cañones y nada más; el éxito atrajo mucha gente nueva al ejército rebelde, en los primeros de noviembre, Austin puso sitio con 1,200 hombres al pueblo de San Antonio, lugar que en el que desde el 9 de octubre se encontraba el General Coss con 800 soldados. Coss, uno de los hombres más cobardes e ineptos que han militado en el ejército mexicano, permitió que Austin estableciera tranquilamente su campamento a dos kilómetros de las orillas del pueblo; durante tres semanas consecutivas, Austin emprendió diversos ataques, pero la victoria decisiva parecía lejana, esto desanimó a muchos colonos y para fines de noviembre sólo quedaron a Austin 500 hombres, de los que la mitad eran colonos y la otra mitad rufianes.

No se sabe cuantos insultos soportó Coss al recibir a Santa Anna en Saltillo, desde luego éste le ordenó incorporarse con todos sus hombres al nuevo ejército, que se encargaría de exterminar a los rebeldes y echarlos de vuelta a su país de origen, según se anunció.

Santa Anna había dejado en la presidencia un pelele, el General Miguel Barragán, la campaña en Texas revestía para él una importancia de primer orden, ya que un triunfo de los texanos podría provocar rebeliones contra la dictadura en otros estados, pero confiado en sus cualidades napoleónicas, Santa Anna llegó a decir que no sólo dominaría a los texanos, sino que continuaría su marcha al norte para plantar el pabellón tricolor en el capitolio de Washington y liquidar la amenaza en su raíz.

El 17 de febrero de 1836, terminaron de concentrarse en Monclova cosa de 6,000 hombres. Un número excesivo de generales, coroneles y capitanes y oficiales de menor grado, abultaban la columna, a la cual se unieron varios comerciantes que llevaban las carretas con alimentos y licores para vender a los soldados.

Santa Anna nombró su segundo, al general Filisola y contra la opinión de éste, ordenó marchar de Saltillo a Monclova, entrar a Texas por un punto cercano de Piedras Negras en vez de tomar la más benigna ruta de Laredo. Cruzaron el Río Bravo después de una fuerte nevada que resistieron las tropas, cruzaron el sureste de Piedras Negras por el pueblecillo de Guerrero, el último asentimiento humano que hallarían hasta llegar a San Antonio. Más al norte encontraron aguajes con líquido sucio, pero que evitó muertes por la sed.

La vanguardia del ejército llegó a San Antonio el 22 de febrero; tomados por sorpresa los sublevados abandonaron la ciudad y se refugiaron en el fuerte del Alamo; los rebeldes estaban jefaturados por Travis y en total sumaban 188, eran rufianes y 154 llegados recientemente de Estados Unidos; destacaba entre éstos, otro célebre exponente del hampa política norteamericana: el pistolero y legislador D. Crockett; sólo 32 colonos acudieron al llamamiento de los rufianes. El fuerte del Alamo dista mucho de ser estructura defensiva de primera categoría, pero resistió admirablemente la fuerza de cañonazos que en la madrugada del día 26 empezaron a lanzar los mexicanos; los sitiados disponían de considerable artillería y respondieron peligrosamente al fuego enemigo; las hostilidades cesaron por la tarde con escasas bajas de ambos bandos. Hasta el 5 de marzo la lucha se redujo a inefectivos intercambios de cañonazos y disparos.

Santa Anna decidió emprender un asalto general a la madrugada siguiente en previsión de que se materializaran las noticias que tenía Santa Anna, en el sentido de que los rebeldes estaban por recibir refuerzos. El Alamo fue rodeado por 5,000 hombres divididos en cuatro columnas. El fuego se inició a las cuatro de la mañana del día seis; una oleada de mexicanos trató de pasar los gruesos muros del fuerte, pero los inoportunos alaridos que lanzaron antes de iniciar el ataque, pusieron en estado de alerta a los rebeldes, lo que hicieron funcionar los cañones de donde causaron estragos enormes. La defensa fue tan vigorosa que por un momento los atacantes dieron señales de retroceder. Los mexicanos llegaron al pie de los muros e instalaron escalas para pasar al otro lado; a pesar de la gran cantidad de bajas que sufrieron, primero decenas, después de centenares y finalmente millares lograron introducirse a los patios, siguió la lucha cuerpo a cuerpo mientras las cornetas, por orden de Santa Anna, daban el espeluznante toque de adeguello acostumbrado por los ejércitos de formación hispánica de aquellos tiempos como herencia de las sanguinarias guerras entre moros y españoles; pronto fueron muertos uno a uno de los 186 defensores, sus cadáveres fueron amontonados en la plaza de armas de la fortaleza y con ellos se prendió una gigantesca hoguera.

Santa Anna reportó al ministro de defensa que sólo había tenido 70 muertos, pero fuentes más dignas de confianza hacen ascender la cifra a 300. Al ordenar la matanza de los vencidos, Santa Anna obraba de acuerdo con un decreto gubernamental que declaraba piratas y por lo tanto acreedores a la pena de muerte a todos los extranjeros que se introdujeran al país armados y con el propósito de lesionar la soberanía nacional, este decreto no afectaba a los colonos que eran ciudadanos mexicanos por naturalización.

El general José Urrea quien había sido enviado a patrullar al rumbo de Matamoros en previsión de un ataque texano, sostuvo un combate con los rebeldes; el 10. de marzo dio muerte a cuarenta sin sufrir bajas, varios encuentros de menor envergadura les hicieron las compañías de Nueva Orleans en toque móvil y para 27, Urrea tenía en su campamento nada menos que 445 prisioneros, todos ellos rufianes, pues los colonos ya se habían puesto casi completamente al margen de la lucha. Al enterarse de la captura, Santa Anna recordó al General Urrea que la guerra que libraba era de exterminio; aunque muchos de los prisioneros se había rendido con la condición de que se les respetara sus vidas, todos fueron degollados en el pueblo de Goliad.

Santa Anna comenzó a hacer planes para regresar a México en triunfo, no podía dejar de tomar en cuenta una sorpresa desagradable, pero aun cuando sufrieran una derrota sus subordinados, él podía acha-

cársela a ellos por incompetentes. Además Santa Anna quería averiguar qué terreno pisaba políticamente, el presidente interino General Miguel Barragán había fallecido de tifoidea y desde el 27 de febrero, un abogado llamado José Justo Corro, desempeñaba la presidencia por designación del Congreso; Santa Anna desconfiaba de los abogados.

El 2 de marzo mientras los defensores del Alamo vivían sus últimas horas, en el pueblecillo de Nuevo Washington llega a su término una convención en la que Texas fue declarada república independiente. La medida se justificó argumentando la falta de libertad que padecía México, pero en la Constitución redactada ahí mismo, se especificó que la esclavitud se permitiría para siempre en Texas.

Houston manejó la convención a su antojo y así comenzó su regreso a México, Santa Anna llegó a la bahía Galveston el 18 de abril y el 20 encontró al enemigo que se guarnecía en un tupido bosque situado a orillas del arroyo del búfalo, en su confluencia en los ríos San Jacinto cerca de donde hoy está la ciudad llamada muy apropiadamente Houston.

Por orden del general en jefe, el ejército mexicano estableció su campamento en una loma desprotegida a escasos 200 metros del bosque donde se escondía Houston y sus rufianes, a la retaguardia; Santa Anna tenía agua, a la izquierda una extensa llanura y en las demás direcciones el bosque enemigo, como se vería muy pronto la elección del terreno no pudo haber sido más disparatada. A las cuatro de la tarde de ese mismo día 21, la mayor parte del ejército mexicano dormía plácidamente en lo alto de la loma, entre los durmientes, acostado bajo la sombra de un árbol y en ropa interior, estaba el propio Santa Anna, las patrullas de vigilancia andaban por todas partes, menos donde debían estar, mientras a escasos 200 metros del campamento mexicano, Houston y sus hombres iniciaban sigilosamente el ataque; no hubo tiempo de despertar a los que dormían, ni siquiera los despiertos alcanzaron a tomar sus armas; Houston y 800 hombres cayeron sobre los mexicanos antes de que éstos se dieran cuenta de lo que ocurría o tuvieran ocasión de defenderse; la batalla o más bien dicho la carnicería, duró escasos dieciocho minutos, al final habían muerto 400 mexicanos, 200 estaban heridos y 700 prisioneros; los atacantes solo tuvieron 3 muertos y 18 heridos. Únicamente 70 mexicanos lograron escapar, entre ellos Santa Anna, quien se disfrazó con la ropa de un soldado, pero a la mañana siguiente mientras caminaba rumbo al campamento, fue tomado prisionero. Santa Anna en el cautiverio asumió una actitud humillante, reconoció de inmediato, para no perder la vida, la independencia de Texas y ordenó el retiro de las tropas mexicanas.

Pero la mañana siguiente, mientras caminaba rumbo al campamento del General Filisola (situado a 75 Kms. del sitio del desastre), una patrulla enemiga lo capturó; las ropas que vestía evitaron que lo reconocieran sus captores y así se salvó de ser muerto al instante.

Sólo al llegar al campamento de Houston las voces de asombro de los prisioneros mexicanos revelaron a los captores la identidad del caudillo. Inmediatamente se formó un motín; los rufianes exigían la entrega de Santa Anna para lincharlo en venganza de las matanzas del Alamo y Goliad, pero Houston comprendía que Santa Anna iba a serle más útil vivo que muerto y desbarató el linchamiento; Santa Anna le imploró perdón diciéndole "usted puede ser generoso, usted no es un cualquiera, usted ha derrotado al Napoleón Mexicano".

La noticia del desastre llegó al campamento de Filisola dos días después. Las columnas dispersas recibieron órdenes de reconcentrarse en el campamento y así Filisola pudo reunir cerca de 2,500 hombres teóricamente necesarios para enfrentarse a los dos de Houston,

Los víveres que llevaba el ejército mexicano estaba a punto de agotarse y en aquellas soledades era muy poco lo que los campos ofrecían en materia de comestibles; los colonos habían desaparecido y los pocos mexicanos de la comarca no encontraban alicientes para auxiliar a sus compatriotas. Al principiarse la campaña un individuo apellidado Segura regaló 300 cargas de maíz al jefe de un batallón para que los distribuyera entre sus soldados. Como se enteró de que el militar había vendido todo el grano a un comerciante de San Antonio quien luego lo revendería a precios elevadísimos, Segura denunció el hecho al general comandante y por toda respuesta le apalearon hasta dejarlo medio muerto. De rivete se le advirtió que como siguiese esparciendo rumores que desmoralizaran a la tropa y beneficiaran al enemigo, sería fusilado por traidor a la patria.

Los oficiales santanistas recibían mordida de los comerciantes por aceptar menor cantidad de alimentos de los consignados en las notas de revisión de manera que según Filisola, barriles que marcaban un peso de 4 arrobas no traían ni 2 1/2. Los militares acaparaban los víveres y vendían a los hambrientos soldados a 2 pesos un pan duro y un piloncillo a 4; para colmo los escasos alimentos disponibles estaban casi podridos por lo que muchos soldados padecían disentería.

Poco tiempo necesitó Houston para hacer que Santa Anna firmara (14 de mayo), dos tratados, uno público y otro secreto, en los cuales a cambio de su libertad, el caudillo se comprometió a no volver a tomar

armas contra la república de Texas (lo que implicaba reconocer la existencia de tal nación y hacer que el ejército mexicano evacuase el territorio) y a gestionar que se celebrara un tratado de límites con México "no debían extenderse al territorio de Texas más allá del Río Bravo".

La última cláusula aparecía solamente en el tratado secreto y con buenas razones aunque los límites de Texas nunca habían sido fijados oficialmente, en la práctica se le situaba a orillas del río Nueces que desemboca en Corpus Christi; y las tierras existentes, dicho punto y Valle del Bravo eran asignadas a Tamaulipas y a Coahuila. De esta manera Houston dio el primer paso para anexarse una comarca en donde jamás había habido colonos extranjeros y en cambio abundaban los ranchos y pueblos habitados desde mucho tiempo atrás por mexicanos.

Luego el gobierno mexicano declaró que no reconocería validez a ningún trato que el presidente cautivo celebrase con los insurrectos; tal actitud acarreó nuevas dificultades a Santa Anna. Desde luego so pretexto de un motín, real o fabricado de los rufianes que pedían al caudillo para lincharlo, Houston se manifestó obligado a guardarlo más tiempo consigo, violando su promesa de permitirle regresar a Veracruz. De rivete, Santa Anna llevó a partir de entonces una cadena sujeta a cada tobillo y atada a una bala de cañón cuando no lo amarraban a un arma.

En Washington el presidente Jackson presionó al congreso para que aprobara la anexión de Texas, pero los norteamericanos acaudillados por el moralista John Queens y Adams torpedearon la maniobra. Entonces Jackson puso en marcha el siniestro proyecto de obligar a México mediante humillaciones a declarar la guerra; una vez que ésta sucediera el congreso tendría que aprobar el envío de fuerzas norteamericanas para repeler la agresión.

Santa Anna representaba en la estrategia de Jackson el papel de peón de reserva; Zavala y Austin serían quienes parecen haber estado encargados de sacar el máximo provecho. Al caudillo lo visitaban con frecuencia en prisión. Persuadido por esto Santa Anna dirigió a Jackson una carta en la que le suplicaba interponer sus altos respetos para que lo dejaran en libertad para llegar a México a moderar las pasiones. En una segunda carta dirigida a Jackson se comprometió a hacer que los límites entre Estados Unidos y México se fijasen en el Río Nueces, el Bravo o en cualquier otra línea como llegase a ser decidido en Washington.

El desembarco de Santa Anna en Veracruz tuvo lugar el 21 de febrero, 10 meses después de ocurrir la catástrofe de San Jacinto. Los tri-

pulantes de la corbeta norteamericana temiendo que su pasajero fuera linchado por traidor en cuanto abordara tierra de México, estaban listos para protegerlo pero les fue innecesario intervenir porque Veracruz recibió a Santa Ana con salva, repiques, arcos triunfales y un gentío que lo ovacionaba.

En el banquete de rigor corro declaró que la presidencia era todavía de Santa Anna (no terminaba aún el período legal), y quiso devolvérsela. Pero Santa Anna adivinaba la conveniencia de hacer mutis y anunciaba su retiro a Manga de Clavo. Allí podía esperar cómodamente a que se olvidara su ineptitud y sus traiciones para después retomar las riendas de la nación; con la misma intensidad con que el heroínómano necesita la droga, necesitaba creer que tenía un héroe redentor.

Pasemos ahora a lo que los historiadores han llamado jocosamente la Guerra de los Pasteles.

8.- LA GUERRA DE LOS PASTELES

Hacia 7 meses y 11 días desde el 16 de abril anterior, que una escuadra francesa de 26 pequeños barcos de vela y 2 de vapor bloqueaban Veracruz. A este episodio como ya lo dijimos se le llama la Guerra de los Pasteles en todos los libros de historia patria para dar a entender que los franceses despegando una mezquidad repelente habían despachado su flota con objeto de cobrar 60,000 pesos, según ciertos autores, o 30,000 según otros, o solamente 800.00 según otros, que reclamaba un pastelero francés avecindado en México (pastelero que hasta la fecha no se sabe si existió o no), como indemnización por el saqueo de unos soldados mexicanos borrachos, cosa no muy rara entre los mexicanos.

En realidad los franceses no reclamaban 60 mil pesos, sino 600 mil, la suma total de diversas indemnizaciones de perjuicios causados a franceses residentes en México. Muchas reclamaciones eran fraudulentas pero muchas otras no; entre estas últimas se contaba el asesinato de una familia de franceses llevado a cabo por una turba que movilizó la autoridad de una aldea poblana al anunciar que los extranjeros estaban envenenando el agua de beber; el asesinato de un médico francés radicado en Guadalajara por un militar mexicano que acribilló a su víctima como castigo por haberle cobrado una vieja deuda; la imposición de préstamos forzosos a varios residentes franceses, etc. Hacia 13 años que Francia venía gestionando sus reclamaciones y el gobierno mexicano invariablemente contestaba que ya las estaba estudiando, o no contestaba, o se refugiaba en gran variedad de dilatorias burocráticas.

Como resultado, los diplomáticos franceses comenzaban a ser vistos con sorna por sus colegas ingleses y americanos. Los franceses habían visto la mansedumbre con que México reaccionó a la presentación de las listas de reclamaciones fraguadas 2 años antes por el presidente norteamericano Andreus Jáckson, ésta sí casi completamente fraudulenta y no por una bicoca, sino por 12 millones de pesos y se convencieron de que México era un deudor tracalero de lo que sólo pagan a la fuerza.

Al general Anastasio Bustamante, quien ocupaba la Presidencia de la República desde el 19 de abril de 1837 después de unas elecciones manipuladas por sus amigos conservadores, le tocó enfrentar la crisis; tanto él como sus correligionarios se daban cuenta de lo absurdo de la situación pero se reconocieron incapaces de solucionarla pasionalmente para lo cual había bastado con someter las reclamaciones a una comisión mixta, como les sugirieron los mismos franceses, ya que después de la derrota de Texas lo que pasaba por opinión pública exigía al ejér-

pulantes de la corbeta norteamericana temiendo que su pasajero fuera linchado por traidor en cuanto abordara tierra de México, estaban listos para protegerlo pero les fue innecesario intervenir porque Veracruz recibió a Santa Ana con salva, repiques, arcos triunfales y un gentío que lo ovacionaba.

En el banquete de rigor corro declaró que la presidencia era todavía de Santa Anna (no terminaba aún el período legal), y quiso devolvérsela. Pero Santa Anna adivinaba la conveniencia de hacer mutis y anunciaba su retiro a Manga de Clavo. Allí podía esperar cómodamente a que se olvidara su ineptitud y sus traiciones para después retomar las riendas de la nación; con la misma intensidad con que el heroínómano necesita la droga, necesitaba creer que tenía un héroe redentor.

Pasemos ahora a lo que los historiadores han llamado jocosamente la Guerra de los Pasteles.

8.- LA GUERRA DE LOS PASTELES

Hacia 7 meses y 11 días desde el 16 de abril anterior, que una escuadra francesa de 26 pequeños barcos de vela y 2 de vapor bloqueaban Veracruz. A este episodio como ya lo dijimos se le llama la Guerra de los Pasteles en todos los libros de historia patria para dar a entender que los franceses despegando una mezquidad repelente habían despachado su flota con objeto de cobrar 60,000 pesos, según ciertos autores, o 30,000 según otros, o solamente 800.00 según otros, que reclamaba un pastelero francés avecindado en México (pastelero que hasta la fecha no se sabe si existió o no), como indemnización por el saqueo de unos soldados mexicanos borrachos, cosa no muy rara entre los mexicanos.

En realidad los franceses no reclamaban 60 mil pesos, sino 600 mil, la suma total de diversas indemnizaciones de perjuicios causados a franceses residentes en México. Muchas reclamaciones eran fraudulentas pero muchas otras no; entre estas últimas se contaba el asesinato de una familia de franceses llevado a cabo por una turba que movilizó la autoridad de una aldea poblana al anunciar que los extranjeros estaban envenenando el agua de beber; el asesinato de un médico francés radicado en Guadalajara por un militar mexicano que acribilló a su víctima como castigo por haberle cobrado una vieja deuda; la imposición de préstamos forzosos a varios residentes franceses, etc. Hacia 13 años que Francia venía gestionando sus reclamaciones y el gobierno mexicano invariablemente contestaba que ya las estaba estudiando, o no contestaba, o se refugiaba en gran variedad de dilatorias burocráticas.

Como resultado, los diplomáticos franceses comenzaban a ser vistos con sorna por sus colegas ingleses y americanos. Los franceses habían visto la mansedumbre con que México reaccionó a la presentación de las listas de reclamaciones fraguadas 2 años antes por el presidente norteamericano Andreus Jáckson, ésta sí casi completamente fraudulenta y no por una bicoca, sino por 12 millones de pesos y se convencieron de que México era un deudor tracalero de lo que sólo pagan a la fuerza.

Al general Anastasio Bustamante, quien ocupaba la Presidencia de la República desde el 19 de abril de 1837 después de unas elecciones manipuladas por sus amigos conservadores, le tocó enfrentar la crisis; tanto él como sus correligionarios se daban cuenta de lo absurdo de la situación pero se reconocieron incapaces de solucionarla pasionalmente para lo cual había bastado con someter las reclamaciones a una comisión mixta, como les sugirieron los mismos franceses, ya que después de la derrota de Texas lo que pasaba por opinión pública exigía al ejér-

cito mexicano una demostración definitiva de que era el mejor del mundo.

Bustamante se puso a implorar pero nadie se dió de alta en el ejército voluntariamente y nadie dio un peso para financiar la campaña. El general Manuel Rincón, jefe de operaciones militares de Veracruz solamente tenía bajo sus órdenes un millar de vagos elevados al soldado mediante la leva y un millar de civiles veracruzanos que fueron los únicos de todo el país en alistarse voluntariamente para la lucha.

Al escuchar en Manca de Clavo el sonido de los cañonazos Santa Anna supo que el río estaba revuelto y salió a pescar montado en su mejor caballo blanco; sea porque se demoró en el camino o sea porque se retrasó intencionalmente para dar tiempo de que pasara el peligro, no fue sino hasta las 9 de la noche, hora en que el cañoneo ya había cesado, cuando se presentó en el cuartel del general Rincón en la ciudad de Veracruz a ofrecer sus servicios.

Rincón lo puso al tanto de lo ocurrido. Al vencer el último plazo dado por los franceses para que el gobierno mexicano satisficiera sus pretensiones la flota enemiga había empezado a cañonear San Juan de Ulúa. El ataque había cesado desde las 8 de la noche pero el Estado de Veracruz ignoraba aún la suerte corrida por los defensores de la fortaleza. Rincón encomendó al recién llegado la tarea de ir a investigar.

Como a las 10 de la noche Santa Anna llegó a Ulúa donde fue recibido por el comandante su antiguo compañero el general Antonio Gaona, el mismo que no alcanzó a prestarle ayuda en Texas por la lentitud con que marchaban sus carretas sobrecargadas con los artículos del motín tomados en las casas de los colonos. Gaona refirió que el cañoneo había durado 4 horas y media y causado a los defensores; sesenta y siete muertos y 142 heridos.

Por otra parte los franceses no habían logrado abrir brecha en los muros del fuerte y Gaona aún contaba con 1000 hombres buenos y sanos además de que Rincón podía enviar a corto plazo refuerzos para ponerlo en pie de igualdad y aun superioridad con dos mil 500 a los atacantes franceses. Lo malo era que la guarnición según se consignó en el patio oficial, tenía el espíritu militar notablemente decaído, o sea que estaban temblando de miedo. Por este motivo Gaona y sus oficiales consideraban necesario evacuar el fuerte y capitular.

Santa Anna estuvo de acuerdo y así fue comunicado al comandante de la plaza. La capitulación fue aprobada, Rincón y Gaona firmaron

el acta reglamentaria mientras que Santa Anna si bien reiteró verbalmente su apoyo a la capitulación se excusó de firmar arguyendo que carecía de autoridad; en la historia naval de todos los tiempos no se conoce ningún otro caso de una fortaleza que haya capitulado por el puro miedo de los defensores como sucedió en el caso de Ulúa.

En México las estrategias de taberna estallaron en ira al conocer la noticia de la capitulación; según ellos Ulúa era inexpugnable y los soldados mexicanos seguían siendo los mejores del mundo, había que pensar lo peor: Ulúa no fue tomada por balas de plomo sino de plata, sentenció un periódico.

También podía ser que Rincón fuese un inepto pero todo; se solucionarían sustituyéndolo por Santa Anna; las estrategias de taberna no podían saber que éste había aprobado la capitulación.

Surgió entonces un clamor nacional para que se entregase a Santa Anna el mando de las fuerzas mexicanas de Veracruz y corrió el rumor de que Bustamante sentía envidia por Santa Anna y no le permitiría actuar. La sorpresa fue general cuando Bustamante destituyó a Rincón y ordenó comparecer mediante una corte marcial y anunció que había nombrado como comandante militar de Veracruz a Santa Anna. Por supuesto Bustamante pretendía quemar a su rival. Si la defensa de Ulúa había sido imposible, la defensa del puerto lo era más aún. Con unas cuantas horas de cañoneo el jefe de la escuadra y plenipotenciario francés, el contralmirante Charles Baudín podía reducir en escombros la ciudad sin que sus rivales, carentes de fuerza naval y ya sin los cañones del fuerte, pudieran hacer algo por impedirlo.

Solo que Baudín no consideró necesario llegar todavía al extremo de arrasar con una ciudad indefensa. En cambio urdió un plan para tomar prisionero a Santa Anna y llevarlo al barco principal de la flota francesa, para que de ahí gestionara la aceptación por parte del gobierno mexicano de todas las exigencias del invasor.

En la madrugada del 5 de diciembre, protegidos por una espesa neblina, 1500 soldados franceses desembarcaron en Veracruz. Como de costumbre a Santa Anna se le había olvidado dejar vigilantes; los invasores no encontraron resistencia al cruzar la muralla en que en aquel tiempo rodeaba la ciudad y tomar los 2 baluartes principales cuyas guarniciones dormían y no se dieron cuenta de los avances del enemigo hasta que lo tuvieron encima.

Tampoco encontraban los franceses obstáculo que les impidiera

llegar hasta la puerta misma de la casa donde se alojaba Santa Anna. Sólo en el último momento fueron vistos por un centinela, el cual disparó y con el ruido hizo saltar de su cama al general en jefe. Los franceses inmovilizaron a los centinelas y se pusieron a registrar la casa. Nuevamente una suerte increíble favoreció a Santa Anna en uno de los cuartos los franceses encontraron al general Mariano Arista a quien el Gobierno había enviado con tropas de refuerzo y por haberse quedado conversando con Santa Anna hasta muy avanzada la noche, Arista se vió obligado a dormir en casa de aquél. Los franceses creyeron que se trataba de Santa Anna, lo tomaron prisionero y felices regresaron a sus barcos mientras el hombre que buscaban huía con toda la potencia de sus piernas. Santa Anna no paró a correr hasta que llegó a un bosquecillo situado en las afueras de la ciudad; por el camino rebasó a varios grupos de soldados que con sus oficiales al frente huían en todas direcciones y sólo de vez en cuando miraban hacia atrás para ver si los seguían.

Una vez que recuperó la compostura Santa Anna recabó informes del desastre. Supo así que en un cuartel el de la Merced las tropas mexicanas habían reaccionado y tirotearon al enemigo, el cual ya comenzaba a retirarse; Santa Anna reunió a 300 hombres y al frente de ellos replegado a la muralla se acercó a los muelles; la mayor parte de los franceses ya había vuelto a sus barcos después de haber destruído varias obras defensivas e inutilizando todo el armamento de los baluartes. Sólo quedaban 70 u 80 en el muelle. La ocasión se mostraba ideal para demostrar valentía; Santa Anna mandó a su gente sobre los invasores, éstos previsoramente tenían un cañón con metralla apuntando hacia la calle donde podían ser atacados y lo dispararon para demostrar el avance. Varios soldados mexicanos perdieron la vida, Santa Anna sufrió una herida de metralla en la pierna izquierda. La tropa huyó en todas direcciones y los franceses regresaron tranquilamente a sus barcos.

Santa Anna fue conducido a un hospital donde el cirujano consideró necesario amputarle la pierna herida. La operación se llevó a cabo sin complicaciones. Santa Anna se entristeció al verse mutilado pero en cuanto supo que ya no corría peligro de muerte dictó el parte bélico reglamentario; 15 páginas dignas de una telenovela en donde anunció que las fuerzas mexicanas habían repelido heroicamente y a punto de balloneta a un traicionero ataque francés.

Las fuerzas mexicanas habían obtenido un triunfo esplendoroso mientras que él, con el amor de siempre estaba a punto de ofrendar su vida a la patria. Pidió que lo enterraran en los médanos de la costa ja-

rocha y terminó diciendo: "los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de buen mexicano".

No cabe duda de que Santa Anna en un momento dramático como el que era haber perdido la pierna lo rollero no se le quitaba.

Entonces sí, Baudín cañoneó Veracruz; los estragos fueron terribles al grado de que la población abandonó la ciudad. Pero el país no se rindió; Baudín, carente de elementos para emprender una invasión en toda forma dentro del territorio mexicano, se desesperaba pensando qué hacer.

Para fortuna del contralmirante los liberales trataban de aprovechar la intervención francesa en su lucha incesante contra el régimen conservador. El general Urrea, caudillo de un levantamiento liberal, se apoderó de los puertos de Soto La Marina, Tampico y Tuxpan y solicitó a Baudín ayuda para derrocar al gobierno. El contralmirante repuso que no deseaba inmiscuirse en las pugnas internas del país pero informó a todas las naciones que había levantado el bloqueo a los puertos ocupados por los liberales. Ahí podían desembarcar todas las mercancías que deseasen mientras que en Veracruz continuaría el bloqueo.

Bustamante ya había dejado de percibir 6 millones de pesos en derechos de importaciones de artículos que no pudieron llegar a causa del bloqueo. Ahora las naves extranjeras podrían atacar en los puertos controlados por Urrea; éste cobraría los derechos respectivos, materia de contrabando; los artículos al resto del país y los liberales obtendrían mucho dinero para proseguir la guerra. Aparentando negociar, en obsequio de las amistosas gestiones de paz que realizaba el gobierno británico, Bustamante capituló. Los franceses obtuvieron todo lo que habían exigido y Baudín pudo regresar con su flota a la base de la Martinica.

Bustamante pidió licencia para separarse de la presidencia y tomar la jefatura del ejército en la lucha contra Urrea. Antonio López de Santa Anna fue designado para sustituirlo interinamente el 18 de marzo de 1839; recuperado a medias de la herida, inició su quinta gestión presidencial.

Por esos días una partida federalista atacaba la ciudad de Puebla y Santa Anna cosechó aplausos al derrotarla. En cambio Bustamante no tenía más que fracasos en su campaña. Vio que le resultaba más conveniente quedarse en la ciudad de México y anunció su regreso; para no tener que esperarlo, Santa Anna instaló en la presidencia a Nicolás

Bravo a fin de que fuese el viejo insurgente el encargado de entregarle la presidencia a Bustamante cuando estuviese de vuelta en la capital. Los santanistas rugían de entusiasmo al ver a su héroe como en sus mejores tiempos y siguieron trabajando por instalarlo permanentemente en la silla presidencial.

Torner; santinista de hueso colorado, pensaba que todos los problemas se reolverían con solo entregar la presidencia a su caudillo. Por su parte José Ma. Gutiérrez de Estrada un acaudalado político campechano ofreció otra panacea publicada en una carta abierta dirigida a Bustamante en la que se señalaba que los mexicanos habían demostrado ya su incapacidad para gobernarse a sí mismos, por consecuencia debía de buscarse en Europa un príncipe para fundar en México una monarquía que rigiera al país y lo defendiese de la amenaza siempre latente de los Estados Unidos. La carta provocó tal escándalo que Gutiérrez Estrada se vió obligado a exilarse en Europa.

Los liberales tampoco perdían oportunidad en presentar sus proyectos salvadores; en esencia se reducían a poner en vigor nuevamente la Constitución de 1824. El general Urrea y Valentín Gómez Fárías estaban presos en la capital. A mediados de julio de 1840 lograron fugarse, reunieron un grupo de soldados adictos y se posesionaron del Palacio Nacional.

Bustamante cayó preso de los liberales pero logró escapar y durante 12 días se enfrentaron en la capital tiroteos en los que morían principalmente civiles pues los militares se parapetaban muy bien tras los muros de cuarteles e iglesias.

La lucha debilitaba por igual a Bustamante y los liberales en tanto que la influencia de Santa Anna crecía notablemente. No tardó en correr el rumor de que Santa Anna se alistaba para intervenir en la pugna y sabedores de que él sería el único ganancioso, los bustamantistas y los liberales pusieron término a la nueva lucha mediante un convenio secreto en el que según parece se acordó respetar la legislación centralista vigente a cambio de que los liberales dejaran de ser perseguidos y obtuvieran algunos puestos importantes en el gobierno.

A esas alturas el país estaba casi paralizado. Yucatán rechazó el régimen centralista y de hecho se independizó de la capital. Los militares a quienes no se habían pagado los sueldos por falta de dinero anhelaban otro cuartelazo salvador. En agosto de 1841 en Guadalajara el general Mariano Paredes y Arrillaga inició la primera de una serie de sublevaciones para exigir la instalación de un hombre de confianza o

sea de Santa Anna en la presidencia; Bustamante dejó el cargo presidencial a Francisco J. Echeverría y se puso al frente de las tropas leales, pero las sublevaciones se multiplicaron y Bustamante tuvo que exiliarse en Europa. El 10 de octubre de 1841 por designación del sumo poder conservador, un novedoso organismo al que la ley asignaba la tarea de designar cuál era la voluntad de la nación, Santa Anna recuperó la presidencia.

En ésta su sexta incursión presidencial Santa Anna pudo sentirse finalmente dueño absoluto del país. Todos debían de saber quién era el amo y para recalcarlo estuvo esperando 45 min. al arzobispo metropolitano, quien con un nutrido grupo de altos funcionarios y público en general aguardaba la llegada del caudillo para iniciar el te deum con que celebraron su regreso al poder. Luego en una concurrida recepción y ante los ojos del gentío, Santa Anna ordenó al prominente conservador Lucas Alaman que le diera el sombrero y acató la orden de inmediato.

Los 30 mil hombres del ejército pasaron a ser otros tantos lacayos particulares de Santa Anna. Mientras él comía, media docena de coroneles o generales esperaban siempre de pie y a sus espaldas cualquier insinuación. Varias veces Santa Anna fue visto abofeteando oficiales que por algún motivo contrariaban sus deseos. En compensación escribió centenares de nombramientos de coroneles y generales. Habilitó como a oficiales a docenas de galleros, taberneros y lenones amigos suyos y a docenas de amáceas de éstos las hizo pasar por viudas de generales y coroneles para que cobrasen pensión y el gobierno los mantuviera; a los burócratas les daba frecuentemente días de asueto.

Pagar los sueldos de los militares, condición indispensable para mantener su lealtad, representaba un serio problema; además de las decenas de millones de la deuda interna a Inglaterra se le debía cerca de 20 millones de pesos. A Estados Unidos se le debían 2 millones cifra que un tribunal internacional redujo a los 10 millones que fraguó el presidente Jackson durante el conflicto de Texas. A Francia se le seguirían debiendo los 600 mil pesos de la Guerra de los Pasteles.

Santa Anna enfrentó el problema dando largas a los acreedores y aumentando los impuestos. Decretó que se pagara una cuota por cada canal que tuviera una casa y por el número de ruedas que llevara cada carruaje o carromato; creó un impuesto individual de 1.50 anuales a cada varón entre los 16 y 60 años de edad, puso a la venta títulos de médicos y abogados (quién había de decir que muchos años después de una Universidad de provincia un ex-cartero recibiría el título de li-

cenciado en ciencias jurídicas sin más mérito que el haber recibido el beso de los dioses del olimpo de la política mexicana). Algún día la situación tenía que hacer crisis pero para entonces Santa Anna y sus secuaces ya dispondrían de una cuantiosa fortuna personal.

Para ahogar el descontento corrompió a infinidad de periodistas (él exclama: ese gallo quiere maíz, decía cuando leía algún ataque) o si no se dejaba corromper lo mandaba encarcelar o mandaba que le dieran terribles palizas. Emprendió asimismo un espectacular programa de obras públicas que deslumbraban al populacho: hizo construir una plaza cerca del zócalo metropolitano, varias escuelas, un ferrocarril que iba a México a San Angel y un enorme teatro que por supuesto se llamó teatro Santa Anna.

La culminación del programa de obras públicas consistió en la elección de un aparatoso monumento en el cementerio capitalino de Santa Paula para señalar el lugar donde estaba sepultada la pierna amputada de Santa Anna; el hueso fue desenterrado de Manga de Clavo donde se encontraba y llevado a México y vuelto a inhumar entre ceremonias de gran pompa. Con esto Santa Anna se ganó el apodo de "El Inmortal", "Tres un Cuarto" para adular a sus raterías lo llamaban "Quince Uñas" en las elecciones del 5 de marzo de 1842 convocadas para formar un cuerpo legislativo que redactara un nuevo instrumento constitucional, triunfó una mayoría de antisantanistas. Había que suprimirla por supuesto pero sería más conveniente que no lo hiciera el caudillo sino un testaferrero; entregó por lo tanto la presidencia a Nicolás Bravo y se retiró otra vez a Manca de Clavo.

Bravo disolvió el congreso; el 19 de diciembre instaló una junta de notables y la pasó a redactar en el nuevo instrumento constitucional en los términos que deseaba su amo. La impopularidad que el viejo insurgente ganó con todo esto fue tal que Santa Anna comprendió la necesidad de volver a tomar directamente las riendas del gobierno. El 5 de marzo de 1843 inició su séptima gestión presidencial.

Esta vez pretendió sostenerse atizando la patriotería. En septiembre del año anterior había enviado contra los texanos una columna militar jefaturada por el general Adrián Woolf; éste cayó por sorpresa sobre San Antonio y tomó prisioneros a varias docenas de individuos de la localidad que lueo gueron encerrados en la fortaleza de Perote. Texas seguía siendo para Santa Anna la llaga más enconada. Pero celoso de los laureles que lograba Woolf le dió órdenes de regresar al centro de la república.

Se acercaban las nuevas elecciones legislativas. Para asegurar que fueran electos exclusivamente los candidatos santanistas el 4 de octubre el caudillo entregó el poder a Valentín Canalizo, de aquí de Nuevo León y testaferrero incondicional, uno de los generales más sanguinarios y abyectos del ejército; vaya gloria para nuestro estado tal Valentín Canalizo. El 4 de junio de 1844 Santa Anna tuvo que regresar a la capital a tomar por octava vez las riendas del gobierno; la situación era agresiva y Canalizo carecía de la habilidad necesaria para hacerle frente. Faltaba dinero para pagarle a la tropa; de no conseguirlo la sublevación sería inevitable; Santa Anna exigió 4 millones al congreso dizque para emplearlo en una expedición a Texas, pero los legisladores en un inesperado acto de rebeldía negaron la suma tajantemente.

Doña Inés la esposa de Santa Anna murió el 23 de agosto. El 12 de septiembre Santa Anna pidió licencia al congreso dizque para retirarse a Lencero a llorar su dolor. El presidente del Congreso general José Joaquín Guerrero quedó al frente del gobierno 10 días, término para que volviera a la presidencia el incondicional Canalizo.

Unas cuantas semanas después el 3 de octubre Santa Anna dejó estupefacto al país al contraer segundas nupcias con una muchacha de 15 años llamada María Dolores Tosca. Eso a los pocos días que habían mandado decir mil misas por el descanso del alma de Doña Inés cuya pérdida él había llamado irreparable; esto reveló a la gente la burla del caudillo.

Para colmo el dinero se agotó y los militares vieron pasar semana tras semanas sin cobrar el sueldo; el general Mariano Paredes y Arrillaga resentido porque Santa Anna le negó un cargo de relieve como premio por haber iniciado la sublevación que llevó al caudillo al poder, aprovechó la coyuntura para desatar una nueva revuelta.

Santa Anna interrumpió su luna de miel para trasladarse a Querétaro, plaza fuerte de los rebeldes. Mientras tanto estallaba la furia del populacho capitalino. Un día apedrearon y destruyeron el teatro Santa Anna y escribieron "Un tonto de capirote" y una sogá de ahorcado a la estatua que apuntaba con el índice al norte, es decir, la de Santa Anna. Varios individuos marcharon hacia el cementerio de Santa Paula y exhumaron la pierna sepultada y derribaron el monumento correspondiente y se pusieron a arrastrar el hueso por las calles.

El 6 de diciembre la legislatura arrojó del poder a Canalizo y confió la primer magistratura al moderado Herrera. Santa Anna no pudo permanecer en Querétaro por oposición de las autoridades civiles. Mar-

chó entonces hacia Puebla. Tomó la ciudad el 2 de enero de 1845 pero al ver que los militares sin sueldo despertaban por legiones, mientras que Herrera reuniera un ejército de 8 mil hombres decidió huir.

Partió hacia la costa disfrazado de arriero y acompañado solamente de 3 ayudantes; al pasar por el pueblo de Zico cerca de Jalapa, su grupo fue atacado por una partida de indígenas. Los ayudantes se ocultaron en la espesura del bosque mientras Santa Anna, incapaz de correr con su pata de palo, cayó preso.

Entregado después al gobierno de Herrera, Santa Anna estuvo preso en la fortaleza de Perote hasta el 3 de junio de 1845 cuando lo pusieron en un barco que lo conduciría desterrado a la Habana. Por sobre todas las cosas Herrera deseaba ahorrarse dificultades en aquellos momentos en que él y todo mundo presentían que estaba a punto de estallar la guerra con los Estados Unidos.

9.- INVASION NORTEAMERICANA

Desde marzo de 1845 el presidente norteamericano John Tiller en el último día de su régimen había logrado la aprobación del congreso para extender a los texanos una invitación para que anexaran su territorio a los Estados Unidos. En Texas seguía funcionando la república independiente a la que Jackson otorgó el reconocimiento diplomático pero repetidas iniciativas anexionistas habían fracasado por la valiente oposición de los grupos que jefaturaban John Queense Adams y Abraham Lincoln y otros.

Inicialmente la anexión de Texas interesaba en especial a los del sur. Cuando pasaron años sin que México hiciera nada efectivo por recuperar la provincia, muchos empresarios y políticos del norte que vislumbraron la posibilidad de lucrar con las tierras conquistadas, así como muchos que se ilusionaron por obtener en Texas una parcela barata, también se volvieron partidarios acérrimos de la anexión hasta que la lendaria agrupó a la mayor parte de norteamericanos. El sucesor de Tiller, James K. Polk, basó su exitosa campaña electoral en la promesa de anexar a Texas.

En México el presidente José Joaquín de Herrera pretendió desbaratar las maniobras de Polk, ofreciendo a último momento, la independencia de los texanos con la condición de que permanecieran separados de los Estados Unidos; fracasó rotundamente y cuando la anexión fue decretada tuvo que tragarse la humillación de ordenar una simple ruptura de relaciones diplomáticas, mientras que todos los gobiernos mexicanos anteriores habían declarado que considerarían la anexión como un acto de guerra.

Herrera, el antiguo oficial realista que logró la incorporación de Antonio López de Santa Anna al mando de Agustín de Iturbide, tenía fama de ser un administrador bastante apto y de una honestidad a prueba de todas las tentaciones. Políticamente se contaba entre los moderados, una facción repudiada tanto por los liberales como por los conservadores. Inclinado por naturaleza a las transacciones y convencido de que México sería derrotado en la guerra con los Estados Unidos, Herrera comunicó a Polk sus deseos por negociar la cuestión de límites entre los dos países; ya sabía que los norteamericanos además de Texas codiciaban Nuevo México y California y pensó en salvar estos últimos territorios, cediendo el primero Polk quiso ahorrarse las dificultades que acarrearían todas las contiendas bélicas, inclusive las que son fáciles de ganar y lograr su objetivo, por medios pacíficos; de manera que envió a México un agente diplomático con instrucción de aprove-

chó entonces hacia Puebla. Tomó la ciudad el 2 de enero de 1845 pero al ver que los militares sin sueldo despertaban por legiones, mientras que Herrera reuniera un ejército de 8 mil hombres decidió huir.

Partió hacia la costa disfrazado de arriero y acompañado solamente de 3 ayudantes; al pasar por el pueblo de Zico cerca de Jalapa, su grupo fue atacado por una partida de indígenas. Los ayudantes se ocultaron en la espesura del bosque mientras Santa Anna, incapaz de correr con su pata de palo, cayó preso.

Entregado después al gobierno de Herrera, Santa Anna estuvo preso en la fortaleza de Perote hasta el 3 de junio de 1845 cuando lo pusieron en un barco que lo conduciría desterrado a la Habana. Por sobre todas las cosas Herrera deseaba ahorrarse dificultades en aquellos momentos en que él y todo mundo presentían que estaba a punto de estallar la guerra con los Estados Unidos.

9.- INVASION NORTEAMERICANA

Desde marzo de 1845 el presidente norteamericano John Tiller en el último día de su régimen había logrado la aprobación del congreso para extender a los texanos una invitación para que anexaran su territorio a los Estados Unidos. En Texas seguía funcionando la república independiente a la que Jackson otorgó el reconocimiento diplomático pero repetidas iniciativas anexionistas habían fracasado por la valiente oposición de los grupos que jefaturaban John Queense Adams y Abraham Lincoln y otros.

Inicialmente la anexión de Texas interesaba en especial a los del sur. Cuando pasaron años sin que México hiciera nada efectivo por recuperar la provincia, muchos empresarios y políticos del norte que vislumbraron la posibilidad de lucrar con las tierras conquistadas, así como muchos que se ilusionaron por obtener en Texas una parcela barata, también se volvieron partidarios acérrimos de la anexión hasta que la lendaria agrupó a la mayor parte de norteamericanos. El sucesor de Tiller, James K. Polk, basó su exitosa campaña electoral en la promesa de anexar a Texas.

En México el presidente José Joaquín de Herrera pretendió desbaratar las maniobras de Polk, ofreciendo a último momento, la independencia de los texanos con la condición de que permanecieran separados de los Estados Unidos; fracasó rotundamente y cuando la anexión fue decretada tuvo que tragarse la humillación de ordenar una simple ruptura de relaciones diplomáticas, mientras que todos los gobiernos mexicanos anteriores habían declarado que considerarían la anexión como un acto de guerra.

Herrera, el antiguo oficial realista que logró la incorporación de Antonio López de Santa Anna al mando de Agustín de Iturbide, tenía fama de ser un administrador bastante apto y de una honestidad a prueba de todas las tentaciones. Políticamente se contaba entre los moderados, una facción repudiada tanto por los liberales como por los conservadores. Inclinado por naturaleza a las transacciones y convencido de que México sería derrotado en la guerra con los Estados Unidos, Herrera comunicó a Polk sus deseos por negociar la cuestión de límites entre los dos países; ya sabía que los norteamericanos además de Texas codiciaban Nuevo México y California y pensó en salvar estos últimos territorios, cediendo el primero Polk quiso ahorrarse las dificultades que acarrearían todas las contiendas bélicas, inclusive las que son fáciles de ganar y lograr su objetivo, por medios pacíficos; de manera que envió a México un agente diplomático con instrucción de aprove-

char la proposición de Herrera, y exigirle el pago inmediato de 2 millones de dólares que México adeudaba a ciudadanos norteamericanos como indemnización por perjuicios que supuestamente habían sufrido en México.

El enviado norteamericano ni siquiera alcanzó a hablar con Herrera; el escándalo que se armó en cuanto fue conocida la noticia de su arribo a Veracruz fue tal, que Herrera debió prohibirles continuar el viaje hasta la capital de este país.

Como represalia por el desaire hecho a su diplomático, Polk envió al general Zacarías Taylor con un ejército de 4 mil hombres al que establecieron un campamento en Corpus Christi al sur del río Nueces, o sea fuera del territorio texano, en pleno Tamaulipas, según los límites fijados por México a la provincia. Cuando Santa Anna estuvo prisionero en Houston aprobó que los límites de Texas se trasladaran arbitrariamente hasta el río Bravo, pero este acto no podía comprometer ni jurídicamente ni moralmente a México. Al enviar sus tropas al sur del río Nueces, Polk cometía una invasión descarada de territorio mexicano. La patriotería nacional exigió vengar la afrenta.

La transacción pasó a ser un imposible y Herrera se vio obligado a mandar un ejército con el encargo de proteger las tierras del noroeste, otra vez desguarnecidas porque los militares se negaban a abandonar la plaza donde se gestaban los cuartelazos y se repartían los ascensos.

A la cabeza de este ejército fue puesto al turbulento Mariano Paredes y Arriaga. Era éste un individuo de origen muy humilde y aspecto de gendarme pueblerino, que debido a su matrimonio con una encofetada dama de Guadalajara, había adquirido ideas de la aristocracia criolla, de su esposa y de su familia entera, a la incapacidad de los mexicanos para gobernarse a sí mismo y ansiaba la venida a México de un príncipe europeo que estableciera una monarquía, lo único que en su concepto podría salvar al país de la absorción por partes de los norteamericanos a quienes odiaba, no tanto por invasores, sino por sus ideas democráticas.

En lugar de continuar hacia el noroeste, Paredes se declaró en rebelión al pasar por San Luis Potosí. Secundado rápidamente por la mayoría de los militares, el 4 de enero de 1846 pudo instalarse en el Palacio Nacional como presidente; justificó la traición con el argumento de que Herrera no había hecho nada por impedir el avance de los norteamericanos. Polk decidió tomar medidas más drásticas y ordenó a Taylor que avanzara hasta la desembocadura del Río Bravo. Sólo cuando se

encontraban a unos 75 kilómetros de su punto de destino en las orillas del arroyo Colorado, el ejército de Taylor fue interceptado por un débil escuadrón de mexicanos cuyo jefe notificó al invasor que si se atrevía a dar un paso más, irremisiblemente sería aplastado.

Taylor cruzó el arroyo y los mexicanos retrocedieron sin disparar un tiro. Siguió avanzando y poco después el comandante mexicano en Matamoros desde la orilla del río, le dió 24 horas para regresar a Corpus Christi; Taylor no sólo no se movió sino que inició un fuerte en terrenos de la actual Brownsville y el comandante mexicano se tragó sus amenazas. Y aun muchos desertaron del bando de Taylor (poco más de un centenar de soldados irlandeses que entonces eran tratados casi como negros en el ejército norteamericano) y decidieron pasarse al lado de sus correligionarios católicos y mexicanos.

Paredes envió refuerzos a Matamoros y nombró como comandante de la plaza al general Mariano Arista. Más decidido aunque no más capaz que sus antecesores en el cargo, Arista mandó el 24 de abril un piquete de caballería que cruzó el Bravo hacia el norte; al toparse con otro piquete de norteamericanos se entabló una balacera que produjo varias docenas de muertos en ambos bandos.

Poco después Arista mismo cruzó el Bravo al frente de 6,000 hombres; en un par de batallas contra los 4,000 de Taylor perdió un millar contra doscientos de los invasores y tuvo que regresar a Matamoros.

El primer encuentro dio a Polk el pretexto que necesitaba para declarar la guerra. El 11 de mayo anunció al congreso que los mexicanos habían derramado sangre de norteamericanos en territorio de Estados Unidos y que por lo tanto existía un estado de guerra con México. El congreso lo autorizó a reclutar 50,000 mil nuevos soldados.

Taylor cruzó el Bravo hacia el sur. Arista tenía órdenes de conservar Matamoros a toda costa, pero la demoralización general que paralizaba a sus soldados les obligó a entregar la plaza sin combatir. En Linares, N. L. a donde se replegó; Arista fue privado del mando, que se trasladó al general Francisco Mejía. A su vez éste fue destituido y por el general Pedro Ampudia. Los constantes cambios de mando originados por intrigas burocráticas acentuaban la desmoralización de la tropa.

Taylor reanudó sus avances los primeros días de junio para ocupar las plazas de Reynosa y Camargo que se rindieron sin resistencia; a mediados de agosto pasó a Cerralvo y comenzó a preparar el avance a Monterrey, entonces un pueblo de 15,000 habitantes. Atacó el 21 de

diciembre. La plaza defendida por Ampudia y otros 7,000 hombres cayó el día 25 tras una serie de sangrientas batallas que culminaron con una huída general de los mexicanos.

En sus intentos por justificar sus derrotas los militares mexicanos invariablemente presentaron una larga lista de infortunios que aquí van; los rifles no servían, la pólvora tampoco, los cañones menos, el enemigo atacó por sorpresa, los caballos estaban sin comer, un oficial determinado se negó a cumplir ciertas órdenes, etc. éstas eran parte de una larga lista de justificaciones. En realidad, con excepción de Arista y un puñado de jefes (honestos pero inútiles), la espantosa cadena de derrotas que habían sufrido las tropas mexicanas se debió a ineptitud de sus jefes a su ambición, a su cobardía o algunas otras cosas más.

Santa Anna había establecido como principio invariable para ascender en el ejército, que los militares le demostraran una sumisión sin límites; de esta manera los hombres dignos quedaron postergados en tanto que los más ineptos y corrompidos acaparaban los mandos. Un ejército con estas características sólo podía ser empujado a luchar si lo mandaba su amo natural al que todos temían. Esta verdad incontestable no tardó en apoderarse de los ánimos de la mayor parte del país. Su misma labor de corrupción había hecho de Santa Anna aquel hombre indispensable.

Todavía no zarpaba de Veracruz el barco que condujo al caudillo en desgracia al exilio cubano, cuando surgieron liberales importantes que tramaban su regreso; ilusamente creyeron posible atraérselo a su mando y convertirlo en instrumento suyo para imponer al país sus doctrinas. Enterado de lo que pasaba, Santa Anna captó la posibilidad de apoyarse en ellos para recuperar el poder.

Al santón Valentín Gómez Farías le comunico en especial por medio de una serie de cartas en las que juró estar convencido del grave error que había cometido en 1834 al traicionar a los liberales, muy pronto Gómez Farías transmitió a sus correligionarios la convicción de que Santa Anna se había arrepentido de su vida anterior y que ya sólo deseaba combatir por la integridad de la patria amenazada. El fracaso de Paredes había hecho madurar un cuartelazo más. El 28 de julio Paredes entregó el poder al comodín presidencial Nicolás Bravo y una semana después, el 4 de agosto, éste lo traspasó al general moderado Mariano Salas, cabecilla junto con Gómez Farías de la nueva revuelta; por insistencia del propio Gómez Farías, la proclama de rigor llevó un párrafo en donde se exigía la vuelta de Santa Anna.

Mientras tanto, Santa Anna jugaba otras cartas; en febrero de 1843, 3 veces antes de la declaración de guerra, un secuaz suyo, un español llamado Alejandro Atocha, se entrevistó en Washington con el presidente Polk para informarle que el caudillo estaba dispuesto a promover la firma de un tratado mediante el cual México cedería a Estados Unidos los territorios situados al norte del Bravo, así como los de California y Nuevo México, a cambio de una indemnización de 30 millones de dólares, de los cuales debían entregarse de inmediato medio millón para que Santa Anna los empleara en menesteres especiales.

En julio llegó a la Habana un oficial enviado por Polk a conversar con Santa Anna. Existe constancia escrita de que éste le dió cuenta de los malos ojos con que eran vistos en Washington las quimeras monarquistas de Paredes, por lo cual se consideraba mejor para ambos con tendientes, que Santa Anna regresara a México. Para esas fechas la guerra ya tenía dos meses de haber sido declarada y una escuadra norteamericana bloqueaba Veracruz, pero a fin de facilitar el regreso de Santa Anna, desde el 13 de mayo anterior se habían girado instrucciones al comandante de la escuadra para que permitiese el paso de la nave donde viajaba el caudillo.

Santa Anna ya tenía noticias de que los días de Paredes estaban contados y para apresurar el fin, aconsejó a Polk que ordenara a Taylor que avanzara a Saltillo y bloqueara cuanto antes Tampico. Así aumentaría el número de clamores que exigían el regreso del caudillo. Este planeó desembarcar ocultamente en Veracruz y decirles pues que había burlado el bloqueo pero la maniobra se frustró. El vapor inglés en que viajaba sufrió una avería poco antes de llegar a su destino y a causa de esto debió ser remolcado por uno de los barcos norteamericanos que bloqueaban el puerto, el Santa Mary; sólo en el último tramo avanzó por sus propios medios.

Fermín y Benito Gómez Farías hijos de Valentín se contaban entre los liberales que presenciaron la maniobra de Santa Anna el cual los tranquilizó diciéndole que había engañado como un tonto a Polk para que le permitiera llegar a Veracruz; le había prometido negociar la paz, pero en realidad deseaba formar un ejército invencible y aplastar a los invasores. Con ingenuidad equiparable a la de los historiadores modernos que siguen tragándose esta patraña, Fermín y Benito felicitaron al caudillo por su proeza, digna de los mejores ingenios mexicanos.

Desde luego Santa Anna conocía como nadie la imposibilidad de engañar a Polk, pues no ignoraba que éste podía obligarlo a cañonazos

en un momento determinado a cumplir con lo pactado. Polk declaró que el permitido regreso de Santa Anna perseguía el objetivo de debilitar aún más el enemigo atizando las fricciones partidistas; por supuesto no podía renunciar al traidor que iba a prestarle un servicio.

A la luz de las actuaciones de Santa Anna y después de sus tratos con Polk, quizá lo más sensato que se puede conjeturar a falta de pruebas documentales es que el caudillo simplemente se vendió o que por lo menos trató de apostar a dos cartas.

Se pondría al frente del ejército y si triunfaba quedaría nuevamente como dueño de México; en caso de perder informaría a Polk que se había dejado derrotar para facilitar la cesión de territorios a Estados Unidos. En cualquiera de los dos casos él resultaría ganando.

Santa Anna hizo su entrada triunfal en la ciudad de México el 15 de septiembre de 1846; poco antes sus nuevos amigos liberales habían hecho restituir a su sitio los innumerables retratos y estatuas del caudillo que habían sido retirados cuando cayó en desgracia.

El general Salas seguía en la presidencia mientras se celebraba la elección, pero para que no quedase duda de que su actuación era temporal, se contó entre los primeros que dieron una dispuesta y entusiasta recepción al caudillo.

Santa Anna vestido de civil subió a un carruaje abierto en el que también iba Farías; hizo el viaje hasta el centro de la ciudad llevando en la mano un ejemplar de la Constitución de 1824; Gómez Farías se veía conmovido hasta las lágrimas. Poco después terminaba el régimen centralista y se restablecía el federal. El 6 de diciembre se contaron los votos electorales: Santa Anna resultó electo presidente, pero declinó el cargo para ponerse al mando de las tropas; el gobierno recayó así en el vicepresidente Gómez Farías.

Santa Anna marchó con 3 mil hombres a San Luis Potosí. Allí lo esperaban otros 4 mil en que se contaba entre los frustrados defensores de Monterrey. Se propuso reunir un ejército de 20 mil hombres para lanzarlos sobre Taylor; la tarea se complicó por la vuelta del federalismo que se volvió al mando directo de los estados a los viejos caciques, de los cuales 13 se negaban a proporcionar tropas diciendo que las necesitaban para defensa de sus propios territorios. Francisco García, cacique liberal de Zacatecas, inclusive trató de formar una liga de estados norteros para aprovechar la presencia de los invasores y derrocar al gobierno. Los liberales de Yucatán declararon su neutra-

lidad en la contienda y enviaron representantes diplomáticos propios, a Washington con el cargo de gestionar ayuda para sofocar una sangrienta rebelión de los mayas.

Juan Alvarez, cacique liberal de Acapulco, aceptó prestar sus contingentes sólo a cambio de que las comarcas que dominaba, entonces incorporadas a los estados de México, Puebla y Michoacán, fueran erigidas en el estado libre y soberano de Guerrero. Únicamente siete estados, entre los que sobresalían Jalisco y Guanajuato, proporcionaron elementos a Santa Anna.

Después fue necesario afrontar la crónica escasez de dinero. Santa Anna hipotecó teatralmente en 180 mil pesos sus propiedades de Veracruz que pasó a disposición del ejército; luego se repuso saqueando caudales públicos e imponiendo préstamos forzosos que en buena parte iban a parar a sus bolsillos.

La noticia de los tratos secretos de Santa Anna con Polk ya se había divulgado por toda la República y corría el rumor de que el caudillo trataba de enfrentar un ejército débil a Taylor para facilitar con su derrota la celebración de las negociaciones de paz. Santa Anna negó curiosamente las acusaciones pero su comportamiento de los días siguientes parece confirmarlo.

güentes parece confirmarlo.

A fines de enero de 1847 Santa Anna tuvo noticia de que Estados Unidos reunía un nuevo ejército para lanzarlo sobre Veracruz y a continuación por la ruta de Cortés hasta los palacios de Moctezuma, como decían los periodistas norteamericanos; era vital pues defender la capital desprotegida ya que Taylor representaba en ese momento un peligro menor; en Washington se había resuelto que no debía exponerse a los peligros de cruzar el desierto y llegar por esa vía a la ciudad de México, inclusive parte de sus contingentes fueron enviados como refuerzos a los invasores de Veracruz.

A pesar de esto, o quizá por eso, Santa Anna ordenó la marcha al norte que se inició el 28 de enero. El caudillo viajó en un vistoso carruaje tirado por ocho mulas. Su ejército estaba formado por 18 mil individuos harapientos. Algunos no habían recibido ni siquiera la instrucción militar más rudimentaria. Padecían una grave escasez de alimentos y tuvieron que recorrer a pie 400 kilómetros de desiertos barridos; por los vientos del invierno en el camino murieron, desertaron o quedaron incapacitados para seguir la marcha, alrededor de 4 mil.

El 22 de Febrero estuvieron frente a frente los dos ejércitos. El de Taylor formado por 4 mil hombres estaba fortificado en un sitio llamado la Angostura, sobre el camino a San Luis Potosí un poco al sur de Saltillo; por el oeste los invasores tenían protección de zancas y barrancas formidables y por el éste las últimas lomas de la sierra. Su posición era inmejorable; Santa Anna inició la lucha a las 3 p.m. del mismo día 22; los mexicanos lucharon como demonios y ya entrada la noche suspendieron las hostilidades dejando muy maltrecho al enemigo.

Al día siguiente ¡después de misa!, se reanudó el ataque mexicano; Taylor experimentó muy serias dificultades para soportar la primera carga. A mediodía los mexicanos volvieron con tal denuedo al ataque, que el enemigo estuvo a punto de desalojar sus posiciones. Un contraataque de Taylor devolvió las líneas a su posición original. Hacia la tarde se desató un nuevo ataque mexicano por el centro de la artillería enemiga, la cual lo contuvo con muchas dificultades. Taylor había mandado traer refuerzos de Saltillo, pero según lo reconoció años después ya tenía decidido retroceder cuando para su sorpresa se enteró de que los mexicanos abandonaban el campo para dirigirse hacia San Luis Potosí.

Santa Anna diría más tarde apoyado por varios oficiales amigos que la razón por la cual ordenó la retirada fue que ya había sufrido muchas bajas y se le habían agotado los víveres al grado de que muchos de los soldados tenían hasta 48 horas sin probar bocado.

Esto tenía mucho de verídico pero Santa Anna ignoraba que por el camino del sur era más difícil conseguir alimentos que en la cercana Saltillo y que si bien, la toma de esa plaza había de costarle 3 mil hombres como afirmó, de todos modos serían menos que los que morirían en la fatídica marcha de regreso por el desierto.

Al abandonar la lucha los mexicanos dejaron en el campo de batalla infinidad de muertos y moribundos (la mitad de los que salieron de San Luis Potosí). La retirada al sur ha sido descrita como una procesión fúnebre de la que sólo brotaban quejidos y lamentos. Santa Anna marchaba silencioso e inaccesible a sus subordinados. No es difícil que iría pensando en lo bien que pagaría Polk en aquella derrota tan heroica.

También parece haber obrado en el ánimo del caudillo las noticias que recibió el de la enésima crisis política que sacudía a la capital.

Fiel a su trayectoria de revolucionario trancero, Gómez Farías ha-

bía tratado de arrebatarse al clero los fondos que se necesitaban para pagar el costo de la guerra y a poco de asumir el mando obtuvo la aprobación Legislativa de un decreto mediante el cual se autorizó al gobierno de disponer de bienes eclesiales hasta por un valor de 15 millones de pesos, para venderlos, hipotecarlos o rentarlos y financiar con el producto la manutención del ejército.

El ascenso al poder de Gómez Farías horrorizó desde el primer momento al clero y a los conservadores. El decreto confiscatorio fue tachado de sacrílegos con excepción de los obispos liberalófilos de Zacatecas y Oaxaca, el clero se negó a acatarlo; Gómez Farías mandó piquetes de soldados a los arzobispados de México y Puebla para que se apoderaran de las cajas fuertes. Pero los obispos fueron avisados a tiempo y sacaron el dinero antes de que pudieran actuar los soldados.

En medio de la crisis llegaron noticias de la inminente invasión de Veracruz por parte del nuevo ejército norteamericano. Gómez Farías quiso aprovechar la ocasión para deshacerse de enemigos molestos y ordenó el traslado al puerto de un grupo de guardias nacionales capitalinos integrado por individuos de clase media y alta a la que la gente llamaban los polkos, no se sabe si por la afición por bailar polkas o en alusión al presidente Polk.

Desde luego los Polkos interpretaron la orden como una vil venganza de Gómez Farías y se negaron a marchar; mucho se divulgó la noticia de que el credo proporcionó los fondos para que compraran a varios militares que desde luego hicieron estallar en sublevación. Lo que no se sabría hasta muchos años después es que un tal Moses y Breach, (especie de precursores de los agentes de la CIA) también proporcionó a los rebeldes, con la aduquiescencia de los altos dignatarios del clero (quienes se volvieron así colaboracionistas de sus odiados norteamericanos), 50 mil dólares para que pudiera sostener la rebelión una semana más, explicó Beach.

Como el general Scott apenas había desembarcado su artillería en Veracruz y tenía ahí que detenerse algún tiempo; estimó que cualquier erogación se encontraba plenamente justificada. En el efecto la rebelión de los polkos ocupó durante 23 días a la atención de 5 mil soldados y provocó un gran consumo de municiones y pertrechos.

Mientras se desarrollaba la lucha Santa Anna proseguía su avance a la capital con algunos restos de su ejército. Por todo el camino se le presentaron comisiones de los dos bandos en pugna para ganarse su apoyo e inevitablemente decidir el curso de los futuros acontecimientos.

Gómez Farías ofreció al caudillo mantenerse inflexible en la prosecución de los objetivos liberales. El clero le prometió 2 millones 500 mil pesos si lo libraban de Gómez Farías y nulificaban la legislación anticlerical.

Por supuesto Santa Anna optó por el clero y el 22 de marzo arrojó al santón liberal del gobierno y asumió la presidencia por novena vez.

En esta ocasión ocupó el caudillo la primera magistratura solamente una semana, el tiempo indispensable para finiquitar sus tratos con el clero y traspasar la presidencia al manejable general Pedro María Anaya. En seguida marchó a su hacienda en el Lencero a trazar los planes para enfrentarse al segundo gran ejército invasor norteamericano.

El 9 de marzo 10 mil hombres al mando del general Scott habían desembarcado en los terrenos situados frente a la isla de Sacrificios sin que la guarnición mexicana de 4 mil hombres en el puerto de Veracruz y 1200 en el castillo de San Juan de Ulúa, les hicieran baja alguna, desaprovechando el magnífico blanco que presentaban al bajar amontonados en los endebles bote de desembarco. Los militares mexicanos habían optado por su tradicional estrategia defensiva de encerrarse en lo que suponían plazas fuertes y esperar el ataque.

Entre los días 17 y 22 los invasores rodearon tranquilamente la ciudad para ponerle sitio. El 22 iniciaron un terrible cañoneo que duró 48 horas consecutivas y dejó la ciudad en ruinas. Los soldados mexicanos abandonaron tras esgrimir los pretextos de costumbre: que la pólvora no explotaba, que los fusiles y cañones no apuntaban bien, que se les estaban acabando las provisiones, etc. etc.

Dueño de Veracruz, Scott se dio a la tarea de recorrer los 450 kilómetros de Páramo serranías de vértigo y poblaciones hostiles que lo separaban de su objetivo final: la Cd. de México. Tras un breve respiro prosiguió la marcha con 8 mil hombres; en el puerto dejó una guarnición de 2 mil.

El 17 de abril tuvo su primera batalla con algunos reclutas que capturó en territorio veracruzano y con los restos del ejército del norte; Santa Anna en dos meses los hizo caminar de San Luis Potosí hasta la Angostura y de ahí hasta su hacienda; había reunido 10 mil hombres que supuestamente debían interceptar el avance enemigo en un abrupto terreno dominado por el Cerro Gordo cerca de el Lencero.

Santa Anna colocó 3500 hombres al lado del camino del Veracruz

y a los demás en la retaguardia. A las primeras horas del día, Scott emprendió ataques de engaño mientras enviaba el grueso de sus tropas por veredas ocultas para que cayeran sobre el flanco izquierdo de los mexicanos. La sorpresa paralizó a los defensores quienes, por un tiempo brevísimo fueron arrollados; quienes no murieron en la acción huyeron despavoridos hacia todos los rumbos con Santa Anna por delante.

Al otro día Scott ocupó Jalapa sin encontrar resistencia; el 15 de mayo entró a Puebla otra vez sin disparar un tiro.

El 20 de mayo Santa Anna hizo a un lado al general Anaya y por décima vez volvió a hacerse cargo de la presidencia. Se corrieron los rumores de que no había abandonado la senda de la tracción pero el congreso no se atrevió a retirarle el mando.

Sólo un general, Gabriel Valencia, trabajó abiertamente para que destituyeran al caudillo pero éste lo apaciguó otorgándole la jefatura de un importante cuerpo del ejército.

Scott pasó 3 meses en Puebla; aparte de una partida de guerrilleros que surgieron en la sierra no tuvo ningún problema serio. Los poblanos mismos le vendían a un precio elevado los alimentos que necesitaba. Al lado de Scott viajaba un importante diplomático representante de Polk, Nicholas Petris, quien pasó la estancia en Puebla celebrando pláticas secretas de paz.

Por informes de Petris se sabe que Santa Anna solicitó un millón de pesos por gestionar que el gobierno se sometiera a las pretensiones de Polk y que se le adelantaran 10 mil dólares para suavizar a unos diputados recalcitrantes. En el congreso los partidarios de Gómez Farías, quienes adoptaron el nombre de "puros", hacían una violenta oposición a toda medida conducente a terminar la guerra mediante negociaciones.

Petris dió a los puros el calificativo "partido de la guerra" hasta la anexión. En lo que sigue, por la jugarreta de Santa Anna, Gómez Farías y los suyos pretendían forzar a Estados Unidos a ocupar todo México, pues suponían que como buenos federalistas y partidarios de la separación de la Iglesia y el Estado los invasores impondrían el sistema federal y dejarían a los puros al frente del gobierno.

Algunos gobernadores puros iban más allá: deseaban que el país se desmembrara hasta convertirse en otra Centroamérica de minúsculas satrapías regidas por un cacique sometido a la protección de Estados

Unidos; la feria del Vendepatrismo cobijaba a todos los partidos inclusive varios jercas eclesiásticos (convencidos por Beach de que les iría bien con la invasión, pues los norteamericanos jamás molestaban a la Iglesia y le permitían disfrutar de magníficos privilegios), empezaron a ver con disimulada simpatía a los invasores.

Santa Anna y varios militares deseaban que las negociaciones de paz les produjera succulentas mordidas.

En esas circunstancias los moderados se erigieron como los más patriotas entre las clases de dirigentes mexicanos a pesar de que su programa declarado era el derrotista de negociar el cese de hostilidades a cualquier costo.

Mientras se desarrollaba el drama, Santa Anna volvía a reunir 25 mil hombres y los colocó en el Peñón a orillas del sitio por donde pasaba el camino de Puebla, cerca del actual aeropuerto central y rodeó la prominencia con sus mejores cañones para convertirla en una fortaleza inexpugnable; por el rumbo de Chalco además había alrededor de 200 mil 800 pintos de la costa jefaturada por el cacique acapulqueño Juan Alvarez que tenían instrucciones de hostilizar al enemigo por el frente y la retaguardia.

Es difícil precisar lo que Santa Anna tramaba a esas alturas. La cuestión es que el 7 de agosto, rotas las negociaciones de paz y después de recibir refuerzos, Scott abandonó Puebla al frente de 9 mil hombres. En el peñón se hicieron los últimos preparativos para la defensa y el día 11 se pasó revista. Un escritor describió así la escena "el campamento tiene el aire de un festín".

Al día siguiente, el doce, se supo que el enemigo ocupaba los cercanos pueblos de Ayotla, Chalco y Chimalpa. Los hombres de Alvarez nos lo habían hostilizado aún, pero no importa. Entre la multitud del Peñón, oficiales y sargentos se lucían dando órdenes a los soldados y jurando dar la vida por la patria. A la distancia se veía la polvareda que levantaba el enemigo por los caminos. Los curiosos regresaban a sus hogares tras acampar por última vez y los soldados que hacían los preparativos para combatir.

Pero el enemigo no llegó al Peñón, Scott no era tan incauto como para atacar un punto tan bien fortificado. Envío a sus ingenieros a localizar otra ruta y cortó camino para caer sobre Tlalpan. El punto estaba desprotegido y Scott lo ocupó sin problemas el día 17.

Mientras tanto, Santa Anna empezó a tomar medidas y a actuar más desconcentrantemente. Cuando un ejército inferior tiene que atacar a uno superior, como era el caso de Scott, lo primero que se tiene que hacer es esperar a que el enemigo se disgregue en varios grupos pequeños para batirlo en detalle, es decir, por grupo. Esto lo dice hasta el más rudimentario texto de estrategia y lo aconseja a gritos el más elemental sentido común; Santa Anna le hizo el trabajo a Scott dispersándose en varios grupos. El día 18 desde Tlalpan, Scott mandó a través del pedregal de San Angel 6 mil hombres con órdenes de atacar a una guarnición de 3 mil a 4 mil mexicanos que estaban en el rancho de Pavierna, un sitio cercano al pueblecillo de San Jerónimo.

El rebelde general Valencia estaba al frente de las tropas de Pavierna; con firmeza resistió el ataque del día 19. Santa Anna se encontraba con 6 mil hombres en la Loma del Toro, un sitio en el que se veían perfectamente las posiciones de Pavierna. Un ataque suyo pudo muy bien desbaratar a los invasores, pero en lugar de atacar ordenó a Valencia que abandonara el campo.

Valencia ya se sentía héroe y desobedeció las órdenes efectuando un ataque sorpresivo que tuvo lugar al día siguiente hizo que los defensores de Pavierna junto con su general a la cabeza se desbandaran en todas direcciones. Santa Anna contempló impávido el desastre desde la Loma del Toro y se afirma que comentó "que se lleve el diablo a ese tal por cual para que se le quite lo penitente".

El mismo día 20 los invasores ocuparon San Angel, Coyoacán y Churubusco. En las dos primeras plazas no encontraron resistencia importante; En Churubusco tuvo lugar una breve batalla, ahí quedaron varios millares de mexicanos encargados de proteger la retirada de Santa Anna que ya había ordenado concentrar la defensa en la ciudad de México.

Refugiados en el convento de Churubusco, los defensores se rindieron tras una lucha en la que destacaron sobre todo los irlandeses que desertaron del ejército de Taylor.

De los mexicanos murieron 5 oficiales y 131 mexicanos y clases; 3 mil salieron sin un rasguño; se dice que el general Anaya, segundo en el mando en el convento, sufrió quemaduras en las manos y justificó la derrota diciendo: "si hubiera parque usted no estaría aquí".

Después de esto ambos bandos acordaron una tregua para atender a sus heridos y darle un respiro a sus hombres. Scott estableció

su cuartel general en Tacubaya, entonces un pueblecillo separado de la capital. Durante dos semanas los parlamentarios de ambos bandos celebraron pláticas de paz que fueron torpedeadas por los puros.

El día 6 de septiembre terminó la tregua y el 8 Scott inició su avance hacia la capital atacando el Molino del Rey, una recia construcción que se encontraba en los terrenos en donde hoy se levanta la residencia presidencial de Los Pinos.

Los mexicanos se defendieron excepcionalmente bien y desde el castillo de Chapultepec que domina el terreno, cañonearon constantemente a los atacantes. Estos sufrieron gran número de bajas pero el mismo día 8 quedaron en posición de sitio.

El día 12 los invasores realizaron la maniobra lógica de atacar Chapultepec (el castillo no era el que existe hoy producto de la remodelación dirigida por arquitectos italianos ordenada por Maximiliano de Habsburgo), sino una pesada construcción española donde funcionó una fábrica de pólvora en las últimas décadas del siglo XVIII; fue habilitada como residencia para los virreyes. Al establecerse la República el edificio se transformó en albergue del Colegio Militar. Durante la época prehispánica la colina fue asiento de un adoratorio consagrado a Tláloc; en algunas peñas había efigies labradas de Axayácatl y otros emperadores aztecas, que fueron destrozadas por los cañonazos norteamericanos.

La guarnición del castillo al mando de Nicolás Bravo constaba de 800 soldados y un puñado de cadetes; Santa Anna llegó varias veces hasta la puerta del castillo para conversar con Bravo y comunicarle que el ataque a Chapultepec era de engaño y que en realidad el enemigo intentaba tomar las garitas de la ciudad (donde Santa Anna había colocado el grueso de sus tropas), y sólo proporcionó a Bravo un refuerzo de 500 hombres del batallón de San Blas comandados por el teniente general Santiago Zicotécatl.

Los invasores cañonearon el castillo. Entre los muertos mexicanos que sucumbieron en la batalla, muchos fueron ultimados por sus propios compañeros cuando desertaban. El campeonato de deserciones lo ganó el batallón de Toluca que constaba de 450 hombres y del que sólo quedaron 27 a pelear. En cambio muchos hombres del batallón de San Blas, con Xicotécatl lucharon valientemente hasta morir.

De los seis niños héroes al ver perdido el castillo uno se envolvió en una bandera mexicana y se suicidó lanzándose de lo alto del edifi-

cio a las peñas del cerro. No aparecen tales héroes mencionados en los partes de Bravo, ni de Santa Anna, ni de otro jefe mexicano o norteamericano. Tampoco lo señalan los 15 redactores de la primera crónica mexicana de la contienda, ni los apuntes para la historia de México y de los Estados Unidos, quienes en cambio detallan con exceso hasta el último movimiento de oscuros capitanes y coroneles.

Investigaciones posteriores han revelado que los cadetes no eran realmente niños, solamente había uno de 13 años, todos los demás fluctuaban entre los 17, 18, 19 y 20 años, todos murieron combatiendo, cosa que los libra del monstruoso cargo de suicidas con el que absurdamente se ha pretendido glorificarlos y no juntos sino en diversos lugares del campo de batalla. Su heroicidad no fue más ni menos encomiable que la de los reclutas muertos en la lucha.

En los días 15 y 16 de septiembre del 37 aniversario del grito de Dolores, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en el palacio nacional; Santa Anna dejó entrar al enemigo hasta el centro de la ciudad sin ofrecerle resistencia.

Solo un puñado de hombres y mujeres del pueblo, armados de cuchillos o piedras, obstaculizaron brevemente la marcha victoriosa del invasor, pidieron armas para defenderse y Santa Anna se las negó.

El caudillo se había ido con los restos de su ejército a la villa de Guadalupe. Si todavía pensaba vender su derrota a Polk la maniobra se le estropeó el mismo 16 de septiembre cuando se vió presionado a renunciar a la presidencia de la República. El cargo recayó por breve tiempo en el presidente de la Suprema Corte de Justicia Manuel de la Peña y Peña y el 14 de noviembre fue traspasado al general Pedro M. Anaya, cuyas gravísimas quemaduras sufridas en Churubusco no le impidieron participar en la rebatiña por el puesto. El gobierno paralizó por la desesperación y los lamentos se habían trasladado a Querétaro.

Seis mil norteamericanos únicamente; trescientos murieron o quedaron heridos en la batalla del valle de México y los otros ocuparon la capital. Santa Anna, quien conservó la comandancia y general del ejército debió enfrentarseles y marchó sobre Puebla ocupada por 500 norteamericanos. El ataque a esa ciudad fracasó por haberle desertado a Santa Anna la mayoría de los soldados. El 15 de octubre Santa Anna renunció también al mando del ejército y se retiró casi solo a Tehuacán.

Aparentemente Santa Anna intentaba trasladarse a Guatemala no

se sabe a qué, para esto tenía que pasar por Oaxaca y el gobernador del estado Don Benito Juárez le prohibió por decreto entrar a tierra oaxaqueña. En Tehuacán Santa Anna permaneció inactivo varias semanas para finalmente huir cuando le avisaron que se acercaban un escuadrón de texanos deseosos de vengar las matanzas del Alamo y Goliad. Anduvo escondiéndose por varios pueblecillos hasta el 9 de abril de 1848 se le permitió embarcarse en la antigua cerca de Veracruz y trasladarse al exilio en la colonia inglesa de Jamaica.

El 18 de enero anterior por enredos jurídicos Anaya había devuelto la presidencia a Peña y Peña quien cargó con la amarga tarea de negociar el tratado de Guadalupe por medio del cual México entregó 2,000,000 de kilómetros de territorios norteros a Estados Unidos y recibió como indemnización 15 millones de dólares en efectivo y la cancelación de los 2 millones de dólares que adeudaba por concepto de las reclamaciones fraguadas por Jackson.

Los negociadores mexicanos solo pudieron resistir las exigencias de ceder la Baja California y otorgar derecho de libre tránsito a Estados Unidos por el Istmo de Tehantepec algo muy valioso en aquella época en que no existía el Canal de Panamá. Un consuelo muy pobre en aquella guerra en que se perdió todo, especialmente el honor de los políticos y de los militares mexicanos.

Los 'puros' de Gómez Farías fueron puestos al frente del Ayuntamiento de la ciudad de México gracias a la presión de los invasores. Agradecieron el favor felicitando en público a los norteamericanos por su triunfo.

El agresor tampoco quedó indeble. La guerra costó a Estados Unidos 130 millones de dólares una cifra astronómica para la época.

Necesito movilizar un total de 90 mil hombres de los cuales murieron en México 12,500, 1,500 en combate y 11 mil por efecto del general enfermedades el gran aliado que lamentablemente no fue puesto a trabajar más (no hay cálculos dignos de confianza de las bajas mexicanas). Sobre todo la absorción de los territorios mexicanos alteró el equilibrio político que existía de esclavistas antiesclavistas norteamericanos con el resultado directo de que pocos años después estallaba la guerra de Secesión en la que los moralistas siempre han visto un castigo divino.

20.- EL JUARISMO

Indiscutiblemente Juárez sigue siendo motivo de controversia que en determinados períodos de agudiza; pero habrá que situar a Juárez en el momento histórico de su gestión en relación con las condiciones políticas nacionales e internacionales imperantes. En una ocasión, el Profesor Alfredo González Treviño, profundo conocedor de nuestra historia, a raíz de regalarme la obra de Bulnes "El Verdadero Juárez", esternaba que Bulnes a pesar de sus críticas, entre líneas deja entrever que Juárez cumplió con su misión histórica y que lo que hizo era lo único que debido a las condiciones imperantes se podía hacer.

A fines de julio de 1855 en Acapulco, un harapiento indígena de 49 años de edad, penetró a la rústica oficina del coronel Diego Alvarez y solicitó ser incorporado al movimiento subversivo de Ayutla. Faltaban sólo tres semanas para que Antonio López de Santa Anna abandonase el poder; los revolucionarios marchaban de triunfo en triunfo y constantemente aumentaba el número de oportunistas que se les unía, pero aún así, Alvarez no estaba en condiciones de desdeñar la ayuda de nadie y, desde luego, aceptó la incorporación del nuevo y estafalario elemento; el indígena dijo llamarse Benito Juárez, lo cual no significaba nada para el coronel, quien desconocía los nombres de los exgobernadores de Oaxaca. Sólo cuando Juárez fue presentado a Don Juan Alvarez, cacique de Guerrero, padre del coronel y jefe Máximo de la revuelta, se revelaría la importancia del nuevo recluta y se sabría que formaba parte de un grupo de exiliados mexicanos que vivían en Nueva Orleans. Ignacio Comonfort, segundo jefe de la revuelta, había escrito a los exiliados invitándolos a trasladarse a Guerrero y participar en la lucha, ya que el movimiento carecía de letrados capaces de organizar las tareas políticas. El cacique Alvarez se mostró muy complacido por la idea de Juárez y por lo pronto le encargó revisar los textos del pequeño periódico que editaban los revolucionarios; nadie imagino que en aquel momento y lugar, Juárez iniciaba su ascenso a la Presidencia de la República.

Juárez ya sabía lo que era comenzar desde muy abajo, menos de 37 años antes, cuando contaba doce años de edad y vestía calzón blanco y sombrero de palma, había llegado impestivamente a Oaxaca buscando la casona del acaudalado comerciante italiano Antonio Maza y una vez que la localizó, había tocado el portón para preguntar por su hermana María Josefa, la cocinera, cuando por fin estuvo frente a su hermana, relató que había huído de su pueblo Guelatao, pues desde tiempo atrás Benito había pasado muchas horas soñando con abandonar la pequeña parcela de su tío, para irse a Oaxaca y conseguir traba-

se sabe a qué, para esto tenía que pasar por Oaxaca y el gobernador del estado Don Benito Juárez le prohibió por decreto entrar a tierra oaxaqueña. En Tehuacán Santa Anna permaneció inactivo varias semanas para finalmente huir cuando le avisaron que se acercaban un escuadrón de texanos deseosos de vengar las matanzas del Alamo y Goliad. Anduvo escondiéndose por varios pueblecillos hasta el 9 de abril de 1848 se le permitió embarcarse en la antigua cerca de Veracruz y trasladarse al exilio en la colonia inglesa de Jamaica.

El 18 de enero anterior por enredos jurídicos Anaya había devuelto la presidencia a Peña y Peña quien cargó con la amarga tarea de negociar el tratado de Guadalupe por medio del cual México entregó 2,000,000 de kilómetros de territorios norteros a Estados Unidos y recibió como indemnización 15 millones de dólares en efectivo y la cancelación de los 2 millones de dólares que adeudaba por concepto de las reclamaciones fraguadas por Jackson.

Los negociadores mexicanos solo pudieron resistir las exigencias de ceder la Baja California y otorgar derecho de libre tránsito a Estados Unidos por el Istmo de Tehantepec algo muy valioso en aquella época en que no existía el Canal de Panamá. Un consuelo muy pobre en aquella guerra en que se perdió todo, especialmente el honor de los políticos y de los militares mexicanos.

Los 'puros' de Gómez Farías fueron puestos al frente del Ayuntamiento de la ciudad de México gracias a la presión de los invasores. Agradecieron el favor felicitando en público a los norteamericanos por su triunfo.

El agresor tampoco quedó indeble. La guerra costó a Estados Unidos 130 millones de dólares una cifra astronómica para la época.

Necesito movilizar un total de 90 mil hombres de los cuales murieron en México 12,500, 1,500 en combate y 11 mil por efecto del general enfermedades el gran aliado que lamentablemente no fue puesto a trabajar más (no hay cálculos dignos de confianza de las bajas mexicanas). Sobre todo la absorción de los territorios mexicanos alteró el equilibrio político que existía de esclavistas antiesclavistas norteamericanos con el resultado directo de que pocos años después estallaba la guerra de Secesión en la que los moralistas siempre han visto un castigo divino.

20.- EL JUARISMO

Indiscutiblemente Juárez sigue siendo motivo de controversia que en determinados períodos de agudiza; pero habrá que situar a Juárez en el momento histórico de su gestión en relación con las condiciones políticas nacionales e internacionales imperantes. En una ocasión, el Profesor Alfredo González Treviño, profundo conocedor de nuestra historia, a raíz de regalarme la obra de Bulnes "El Verdadero Juárez", esternaba que Bulnes a pesar de sus críticas, entre líneas deja entrever que Juárez cumplió con su misión histórica y que lo que hizo era lo único que debido a las condiciones imperantes se podía hacer.

A fines de julio de 1855 en Acapulco, un harapiento indígena de 49 años de edad, penetró a la rústica oficina del coronel Diego Alvarez y solicitó ser incorporado al movimiento subversivo de Ayutla. Faltaban sólo tres semanas para que Antonio López de Santa Anna abandonase el poder; los revolucionarios marchaban de triunfo en triunfo y constantemente aumentaba el número de oportunistas que se les unía, pero aún así, Alvarez no estaba en condiciones de desdeñar la ayuda de nadie y, desde luego, aceptó la incorporación del nuevo y estafalario elemento; el indígena dijo llamarse Benito Juárez, lo cual no significaba nada para el coronel, quien desconocía los nombres de los exgobernadores de Oaxaca. Sólo cuando Juárez fue presentado a Don Juan Alvarez, cacique de Guerrero, padre del coronel y jefe Máximo de la revuelta, se revelaría la importancia del nuevo recluta y se sabría que formaba parte de un grupo de exiliados mexicanos que vivían en Nueva Orleans. Ignacio Comonfort, segundo jefe de la revuelta, había escrito a los exiliados invitándolos a trasladarse a Guerrero y participar en la lucha, ya que el movimiento carecía de letrados capaces de organizar las tareas políticas. El cacique Alvarez se mostró muy complacido por la idea de Juárez y por lo pronto le encargó revisar los textos del pequeño periódico que editaban los revolucionarios; nadie imagino que en aquel momento y lugar, Juárez iniciaba su ascenso a la Presidencia de la República.

Juárez ya sabía lo que era comenzar desde muy abajo, menos de 37 años antes, cuando contaba doce años de edad y vestía calzón blanco y sombrero de palma, había llegado impestivamente a Oaxaca buscando la casona del acaudalado comerciante italiano Antonio Maza y una vez que la localizó, había tocado el portón para preguntar por su hermana María Josefa, la cocinera, cuando por fin estuvo frente a su hermana, relató que había huído de su pueblo Guelatao, pues desde tiempo atrás Benito había pasado muchas horas soñando con abandonar la pequeña parcela de su tío, para irse a Oaxaca y conseguir traba-

jo de mozo en algún lugar donde le permitieran asistir a la escuela en sus horas libres, hablaba zapoteca y ansiaba aprender bien el español; su tío le había enseñado a reconocer las letras en tediosas secciones de estudio que tenían lugar por las tardes, al terminar las labores del campo, pero el chiquillo estaba perseguido por el deseo de adquirir una educación amplia, pidió a María Josefa que le consiguiera empleo de mozo en casa de sus patrones.

Corría el 17 de diciembre de 1818, apenas cinco años antes José María Morelos y Pavón había trastornado la vida oaxaqueña con la irrupción de su ejército, la autoridad virreinal que había sido restablecida plenamente, pero la situación económica era difícil aun la servidumbre abundaba y no deseaban emplear a nadie más. Por fortuna existía en cambio una ocupación muy dura y más renumerada: la recolección de cochinilla, el trabajo más esclavizante que se conocía en Oaxaca en que nunca faltaban las vacantes y a esa ocupación fue destinado Benito Juárez.

Benito Juárez se liberó de la recolección de cochinilla, gracias a que un lego franciscano de apellido Salanueva, quien se ganaba la vida como encuadernador, necesitó un mocito para ayudarlo en su trabajo; partidario de que se educara la juventud, Salanueva no solo permitió, sino invitó a Benito a inscribirse en la escuela rural; las clases las tomaba después de cumplir con sus obligaciones cotidianas; en ese plantel el chico fue admitido en el salón para niños pobres, que se distinguía del salón de los niños decentes en que lo atendían un ayudante y un maestro; fuera de eso, en ambos salones se daba la misma ración educativa, consistente en enseñar a los párvulos a medio leer, medio escribir y memorizar el catecismo; tan poco provecho sacaba Benito de la escuela rural, que optó por abandonarla y estudiar en casa por su cuenta. Salanueva lo ayudó a prepararse para que ingresara tiempo después al seminario de Oaxaca; una vez que se ordenara sacerdote lo enviaría de párroco a algún pueblecillo serrano donde hiciesen falta predicadores en Zapoteca.

“Yo sentía instintiva repugnancia por el sacerdocio, pero al mismo tiempo me sentía comprometido con el padre Salanueva, a ordenarme, y por otra parte, no vislumbraba mejor situación para abrirme paso en la vida”, escribía años más tarde Juárez.

El sacerdocio en un poblado indígena, era en efecto a lo que más le permitía aspirar su condición de indígena colonial. La alternativa consistía en quedarse para siempre en Guelatao, desempeñando labores de campo y resignado a que perpetuamente se le considerara menor de

edad ante la ley y sin facultades para contraer deudas superiores a cinco pesos. Juárez fue uno de los pocos indígenas que lograron aprovechar la oportunidad que ofrecía la independencia: en 1827 se estableció en Oaxaca el Instituto de Ciencia y Artes, en el que era posible estudiar la carrera de leyes, creado por la legislatura estatal, el instituto era un establecimiento laico que venía a romper con el monopolio de la educación ejercida por la iglesia, aunque impecablemente católica, la educación que ahí se daba concedía amplia validez a la observación científica de los fenómenos naturales y no mucha a los conocimientos siglo XVI que se impartían en las escuelas del clero. Los directores y principales catedráticos del nuevo instituto eran eclesiásticos de los que ahora serían llamados progresistas, la gente consideraba el plantel una casa de prostitución fabricante de herejes y libertinos; por suerte para Juárez, Salanueva no se opuso a que su sirviente consentido ingresara al instituto y ahí permaneció Juárez hasta 1831, año en que se recibió de abogado. Como estudiante Juárez fue “machetero” y muy respetuoso de sus maestros; todavía en 1829 se le vió de calzón blanco y descalzo, sirviendo la mesa en un banquete oficial. Al año siguiente ya impartía la clase de física en el instituto, y aunque le pagaban una miseria, con esa miseria pudo comprarse la primera de las levitas negras, que ya no se quitaría en el resto de su vida.

Sin perder la religión católica, absorbió las ideas liberales e ingresó a la masonería del rito yorquino; masones con el favor de Dios, se llamaba a los individuos como Benito Juárez, muy comunes en la época.

Tras recibirse de abogado, empezó a trabajar en un bufet, escalón obligado para todos los que deseaban incrustarse en la burocracia, el único camino abierto en un país sin industrias importantes, con agricultura primitiva y comercio raquíctico. Poco después obtuvo un puesto de regidor en el ayuntamiento y seguidamente fue electo diputado a la legislatura local.

Durante los años en que Valentín Gómez Farías dictaba su primera serie de leyes tendientes a reducir el poder del clero, el diputado Juárez fue visitado por unos vecinos del pueblo de Loxicha; se quejaron de que el cura les cobraba a su arbitrio cuotas altísimas por bautismo, bodas y pompas fúnebres, y si protestaban los metía a la cárcel. Juárez tomó a su cargo la defensa de los quejosos ante el antiguo tribunal de la fe. Los vecinos regresaron a su pueblo fueron encarcelados bajo el cargo de revoltosos; Juárez se trasladó al pueblo de Miahuatlan para defenderlos y fue arrestado por órdenes del alcalde conservador, quien lo acusó de vagancia. Al ser puesto en libertad Juárez regresó a Oaxaca anheloso de exigir que se castigara la violación a su fuero de legislador, mas para

entonces, ya había caído Gómez Farías y los conservadores controlaban el gobierno; Juárez fue encarcelado bajo el cargo de incitar a la rebelión. Recuperó la libertad tras nueve días de encarcelamiento; entonces se le cerraron todas las puertas, los conservadores querían expulsar a los levantiscos de la sociedad oaxaqueña; Juárez no tuvo más remedio que trasladarse a Tehuacán, Puebla, donde pasó los años angustiosos de la guerra de Texas, la guerra de los pasteles y los repetidos cuartelazos de Anastasio Bustamante y Santa Anna, no se sabe qué hizo para subsistir en Tehuacán; un día cansado de su aislamiento decidió correr el riesgo de volver a Oaxaca, ya había comprendido que el quijotismo resulta ineficaz frente a las castas dominantes.

Al regresar a su terruño se amoldó a la situación, logró ser perdonado por los conservadores y al poco tiempo lo nombraron juez de primera instancia; su posición social mejoró al grado de que en 1843, pudo solicitar y obtener la mano de la jovial Margarita Maza, hija adoptiva del antiguo patrón de María Josefa, su hermana; al celebrarse el matrimonio de Juárez tenía 37 años y la novia 17.

No cabe duda que Don Benito Juárez ni para eso fue tonto, pues observó la máxima que reza: para gato viejo, ratón tierno. El ventajoso matrimonio permitió trepar un poco más en la escala social y política oaxaqueña. En 1844 el gobernador Antonio León, un general santanista arbitrario, corrompido y feroz, lo nombró su secretario de gobierno; Juárez se resignó a tragarse las amarguras y las humillaciones que llevan consigo los empleados de ese tipo.

El 22 de julio de 1844, firmó un decreto que debe haber repugnado a su conciencia liberal, ordenando a los ayuntamientos que, en testimonio de gratitud por imaginarios favores, colocara en su salón de sesiones un retrato del excelentísimo señor presidente constitucional, general de división y benemérito de la patria Don Antonio López de Santa Anna. Poco después se le presentó a Juárez un problema más grave, el gobernador le obligaba a firmar otro decreto en que se imponía a la gente común, (los hacendados siguieron exceptuados de la medida) la obligación de pagar los diezmos que Gómez Farías, había suprimido en 1833; para librarse de firmar el documento que había sido su sentencia de muerte como liberal, Juárez renunció al puesto de secretario de gobierno y se presentó como aspirante a magistrado del tribunal superior oaxaqueño; la maniobra pasó inadvertida, Juárez obtuvo el puesto, y además en 1845 fue llamado a formar parte de la legislatura estatal. Al ocupar este puesto estalló la guerra con Estados Unidos, cuando Gómez Farías ascendió a la presidencia, los liberales se apoderaron del gobierno de Oaxaca y pusieron al frente a la entidad, un triunvirato del que Juárez

rez formaba parte; más tarde Juárez fue electo diputado del Congreso de la Unión; normalmente explosivo el ambiente del Congreso, alcanzaba características de locura cuando Juárez tomó posesión de su cargo en enero de 1847. El gobierno necesitaba dinero para proseguir la lucha y arguyendo que había que tomarlo de donde lo hubiera, Gómez Farías presentó su famoso proyecto para enajenar bienes del clero por valor de quince millones de pesos; los conservadores acusaban a Gómez Farías de estar introduciendo divisiones artificiales en el país para facilitar la conquista por parte de Estados Unidos; los diputados se acusaban mutuamente de traidores y a menudo llegaban a los golpes. Juárez se distinguió por ser el único legislador que parecía estar por encima de las pasiones, permanecía siempre en su asiento escuchando atentamente a los oradores, muy pocas veces tomó la palabra, cuando lo hizo, fue únicamente para contestar si o no.

A las cuestiones planteadas, sus ojos negros y sin brillo, como carbones y su rostro en el que jamás apareció una sonrisa o una expresión de contrariedad, hacía un contraste vivísimo con la demencia y las actitudes violentas de los demás diputados. Juárez contó entre quienes votaron a favor de la ley propuesta por Gómez Farías. Luego cuando la derrota de México ya estaba por consumarse, Juárez regresó a Oaxaca con nombramiento de gobernador interino; el país, humillado, parecía a punto de disgregarse y la nacionalidad mexicana de desaparecer; la época ya no estaba para andar con radicalismos, sino para curar heridas y tratar de hacer que el futuro fuese lo menos cruel posible; el gobernador Juárez se esforzó por evitar choques con el clero y se puso al frente de las innumerales procesiones que se organizaban para rogar a Dios que aplacara su ira, pues además de la derrota bélica, Oaxaca experimenta los efectos de una epidemia de cólera. En aquella época Juárez asistió devotamente a los Te Deum y siempre se hacía acompañar de un clérigo en las ceremonias de inauguración de obras públicas; sin protestar acató una ley que ordenaba la censura eclesiástica de libros y periódicos y hasta se hizo cargo por medio de sus agentes del cobro de pensiones parroquiales. Su único gesto liberal de aquella época fue hacer sepultar a una hija difunta en el cementerio civil recién inaugurado.

En la medida de sus posibilidades se esforzó en compensación de mejorar el sistema educativo, inaugurando medio centenar de escuelas; abrió un camino hasta la costa del pacífico, empezó a construir otro que llevaba a Tehuacán y esbozó planes para diversificar los cultivos agrícolas e impulsar la minería en el estado; empeñoso de su trabajo llegaba siempre a las nueve de la mañana a vigilar la entrada puntual de sus empleados; en la vida privada se distinguió como padre y esposo ejemplar, vivía con gran sencillez.

Todo indicaba para entonces que Juárez se limitaría a ocupar en la historia provinciana un modestísimo sitio como burócrata honesto y trabajador, pero al iniciarse el interinato en la gubernatura, Santa Anna se había presentado a las puertas de Oaxaca en calidad de fugitivo y víctima de repudio general, había implorado al gobernador que le permitiera refugiarse en el estado y Juárez se lo prohibió terminantemente. En 1853 Santa Anna volvió del exilio y entre sus primeras prohibiciones tomó una encaminada a castigar al insolente indio oaxaqueño que le había negado hospitalidad; desde el año anterior cuando terminó su gestión en la gubernatura, Juárez trabajaba en la dirección del Instituto de Ciencias y Artes oaxaqueño; ya no tenía funciones políticas, pero aun así el 27 de marzo de 1853 fue aprehendido por la policía y llevado a Jalapa, donde pasó tres meses en la cárcel; seguidamente lo trasladaron a San Juan de Ulúa en cuyas mazmorras recidió nueve días, mientras esperaba la llegada de un barco que lo conduciría a la Habana desterrado, Cuba era una colonia española, la vida resultaba allí casi imposible para los liberales y Juárez se vio obligado a continuar el viaje hasta Nueva Orleans, en esa pequeña ciudad radicaba una pequeña colonia de desterrados políticos mexicanos que subsistían desempeñando tareas miserables, Juárez trabajó como mozo de una imprenta y ayudante de torcedor en una fábrica de puros; el jefe reconocido en el grupo era el exgobernador de Michoacán, Melchor Ocampo, un ferviente naturista y lector atento de los filósofos revolucionarios franceses. Ocampo era hijo de una desenvuelta aristócrata michoacana, que después de un prolongado viaje a la capital del país apareció en la pequeña ciudad con el pequeño Melchor, de brazos y lo presentó como hijo adoptivo.

Huérfano a muy corta edad Ocampo malbarató en su juventud la fortuna heredada y su tutor lo mandó a Europa para formar su carácter; en Roma al ver al populacho hambriento y degradado junto a las clases opulentas que nadaban en riquezas, adquirió sus ideas reformistas; regresó a Morelia en 1842 dispuesto a ingresar a la carrera política que inició con un puesto de diputado. En 1851, siendo gobernador de Michoacán, se enteró que el cura de Maravatio se había negado a dar sepultura en el camposanto a un pobre cuya viuda carecía de dinero para pagar la cuota reglamentaria, y al preguntarle la viuda qué debía hacer con el cadáver, el cura le contestó que lo salara y se lo comiera. (según la versión liberal de los sucesos).

Ocampo pagó la suma reclamada y lleno de indignación solicitó a su legislatura que fijara un límite al monto de las obviaciones; la legislatura rechazó la propuesta, pero la actitud de Ocampo fue aplaudida por los gobiernos estatales y vecinos y el gobernador michoacano quedó señalado desde entonces como un revoltoso peligrósísimo;

por supuesto Santa Anna lo desterró al volver a hacerse cargo del poder.

A Nueva Orleans llegaban una tras otra nueva de los desmanes que cometía Santa Anna en su último y peor período presidencial; sus intentos de establecer un régimen cuartelario formando un ejército de 90,000 hombres importando de Europa un cuerpo de mercenarios suizos, su adjudicación del título de alteza serenísima, sus medidas para llevarse dinero decretando el pago de un impuesto especial por cada puerta o ventana que tuvieran las casas y vendiendo al mejor postor los títulos de médico e ingeniero, la entrega a Estados Unidos del Valle de la Mesilla, la corrupción en aumento, todo propiciaba que los liberales de Nueva Orleans se regocijaran, pensando, que tan inconcebibles desmanes a corto plazo tenían que producir un estallido que derribara al dictador; efectivamente, estallaron rebeliones en Puebla, Guanajuato, Yucatán y Veracruz; Santa Anna los sofocó rápidamente, pero su régimen se debilitaba más y más. Llevado al poder conjuntamente por los conservadores, los liberales y los santanistas puros, en cuanto tuvo las riendas del gobierno en sus manos, procedió a refundir a los liberales en puntos sin importancia y gradualmente redujo la influencia que ejercían los conservadores sobre él; para llenar su gobierno con santanistas puros, que no tenían más ideología que la de obedecer servilmente a su amo y robar a discreción. Para concentrar más aún el poder en sus manos, Santa Anna hizo desaparecer los gobiernos estatales y en su lugar creó departamentos, sujetos enteramente al gobierno central. La burocracia estatal fue desplazada por capitalinos enviados por Santa Anna, en cada departamento instaló comandantes militares, que trataban despóticamente a las autoridades regionales. Trastornado con el poder, Santa Anna ni siquiera se preocupó por privilegiar a los caciques más poderosos, el de Guerrero, Don Juan Alvarez, uno de los que más entusiastamente apoyaron el retorno de Santa Anna, le había pedido que lo liberara del comandante militar que le estaba haciendo imposible la vida; Santa Anna no accedió a la petición y como resultado Alvarez se puso al frente de una revuelta anti santanista que estalló en el pueblecillo guerrerence de Ayutla el 10 de marzo de 1854.

Antiguo insurgente que militó a las órdenes de Vicente Guerrero, Alvarez era un hombre rústico y de inclinaciones populares; tenía un ejército particular compuesto por indios, negros y mulatos, a los que se conocía por el apodo de los pintos, en alusión a una repelente enfermedad de la piel que padecían a menudo.

El principal aliado de Alvarez era Ignacio Comonfort, un pobla-

no de 42 años que en 1854 militaba en las filas de los liberales moderados y tenía el grado de teniente coronel en las milicias de su estado, desempeñaba el puesto de jefe de la aduana de Acapulco y Santa Anna lo había despedido acusándolo falsamente según parece, de malversación de fondos; en realidad Santa Anna pretendía instalar en la aduana a uno de sus incondicionales. Alvarez ya contaba con 65 años de edad y no podía combatir, por lo que la jefatura militar del movimiento recayó en Comonfort; la revuelta preocupó tanto a Santa Anna, que personalmente encabezó al ejército destinado a sofocarlo, Comonfort se encerró en Acapulco y resistió durante más de un mes el ataque. Santa Anna, al verse fracasado regresó a la capital, para declarar que los rebeldes habían sido destruidos prácticamente y dejó al General Félix Zuloaga al mando del ejército. Comonfort derrotó a Zuloaga y tanto éste como sus hombres se incorporaron a la rebelión; para mayo de 1855 se había trasladado a Michoacán, donde con ayuda del gobernador liberal Santos Degollado, Zuloaga con otros jefes, derrotó fulminantemente a los santanistas; luego pasó a Zapotlán Jalisco, que tomó tras un combate bastante duro, Colima se le rindió a fines de julio y marchó sobre Guadalajara cuando recibió noticias de que la guarnición de la capital se había adherido a la revuelta; a partir de entonces sus problemas fueron políticos básicamente; en San Luis Potosí el ultraconservador Antonio de Haro y Tamares habían proclamado su propio plan antisantanista y lo mismo hicieron en Nuevo León Santiago Vidaurri y en Guanajuato el cacique Manuel Doblado; tras una conferencia Doblado acabó sumándose al Plan de Ayutla, lo mismo hizo Haro y Tamares, quien renunció a sus pretensiones de que se incorporara al plan una modificación para ofrecer garantías a la propiedad y a los privilegios del clero y del ejército.

11.- LA REVOLUCION DE AYUTLA

Fundamentalmente el Plan de Ayutla solo propugnaba derrocar a Santa Anna para sustituirlo por un presidente provisional encargado de convocar a corto plazo un congreso constituyente; aunque Comonfort y Alvarez eran liberales conocidos, el plan carecía de una definición ideológica clara, al punto de que unos conservadores creyeran posible desviar el movimiento en su favor; los exiliados mexicanos de Nueva Orleans fueron víctimas de la misma confusión, desde 1854 habían recibido la invitación para adherirse al movimiento, pero por mucho tiempo no les pareció conveniente dar este paso.

Los demás exiliados de Nueva Orleans creyeron conveniente sondear el movimiento de Ayutla y para representarlos ante Alvarez y Comonfort; eligieron a Benito Juárez; entre todos reunieron los pasajes de barco, para que Juárez se trasladase a Acapulco por la vía de Panamá; Santa Anna renunció a la presidencia el 11 de agosto de 1855 y se marchó del país, Juárez llevaba tres semanas de haberse incorporado a la revolución, pero ya se las había ingeniado para hacerse útil al movimiento y gozaba gran influencia ante Alvarez; después que los últimos santanistas abandonaron la capital, Alvarez se trasladó a Cuernavaca y asumió la presidencia interinamente. De acuerdo con el Plan de Ayutla, nombró su consejo con representantes de todos los estados; a Juárez le tocó representar su estado natal. Ocampo también viajó a Cuernavaca y Alvarez lo designó secretario de gobernación en el gabinete provisional. A Juárez le tocó la cartera de Justicia y a Comonfort la de Guerra; según parece, Ocampo le calentó la cabeza al viejo cacique, diciéndole que se encontraba ante la última oportunidad de pasar a la historia como gran benefactor de la patria. Para aprovechar esa oportunidad, bastaría con deshacerse de los moderados y privar al clero de su poder; sin fijarse en las consecuencias, Comonfort se desesperaba haciendo ver que ése no era el programa anunciado en el Plan de Ayutla y en buena medida logró contener al anciano cacique. Ocampo renunció a su secretaría enfurecido, al despedirse criticó a Juárez por permanecer en su puesto.

El 20 de noviembre de 1855, Alvarez entró a la capital de la república encabezando su ejército: los "pintos", que causaban horror a los capitalinos, pues hasta la banda de léperos se mofaban de los estrafalarios guerrerenses y los trataban con menosprecio; la gente decente formó un vacío en torno a Alvarez, el viejo cacique asistió a una función teatral y la gente decente se puso de acuerdo para faltar en masa a la representación. Comonfort mismo, se abstuvo de asistir, lo que constituía un velado reproche a Alvarez, por su acercamiento a los

no de 42 años que en 1854 militaba en las filas de los liberales moderados y tenía el grado de teniente coronel en las milicias de su estado, desempeñaba el puesto de jefe de la aduana de Acapulco y Santa Anna lo había despedido acusándolo falsamente según parece, de malversación de fondos; en realidad Santa Anna pretendía instalar en la aduana a uno de sus incondicionales. Alvarez ya contaba con 65 años de edad y no podía combatir, por lo que la jefatura militar del movimiento recayó en Comonfort; la revuelta preocupó tanto a Santa Anna, que personalmente encabezó al ejército destinado a sofocarlo, Comonfort se encerró en Acapulco y resistió durante más de un mes el ataque. Santa Anna, al verse fracasado regresó a la capital, para declarar que los rebeldes habían sido destruidos prácticamente y dejó al General Félix Zuloaga al mando del ejército. Comonfort derrotó a Zuloaga y tanto éste como sus hombres se incorporaron a la rebelión; para mayo de 1855 se había trasladado a Michoacán, donde con ayuda del gobernador liberal Santos Degollado, Zuloaga con otros jefes, derrotó fulminantemente a los santanistas; luego pasó a Zapotlán Jalisco, que tomó tras un combate bastante duro, Colima se le rindió a fines de julio y marchó sobre Guadalajara cuando recibió noticias de que la guarnición de la capital se había adherido a la revuelta; a partir de entonces sus problemas fueron políticos básicamente; en San Luis Potosí el ultraconservador Antonio de Haro y Tamares habían proclamado su propio plan antisantanista y lo mismo hicieron en Nuevo León Santiago Vidaurri y en Guanajuato el cacique Manuel Doblado; tras una conferencia Doblado acabó sumándose al Plan de Ayutla, lo mismo hizo Haro y Tamares, quien renunció a sus pretensiones de que se incorporara al plan una modificación para ofrecer garantías a la propiedad y a los privilegios del clero y del ejército.

11.- LA REVOLUCION DE AYUTLA

Fundamentalmente el Plan de Ayutla solo propugnaba derrocar a Santa Anna para sustituirlo por un presidente provisional encargado de convocar a corto plazo un congreso constituyente; aunque Comonfort y Alvarez eran liberales conocidos, el plan carecía de una definición ideológica clara, al punto de que unos conservadores creyeran posible desviar el movimiento en su favor; los exiliados mexicanos de Nueva Orleans fueron víctimas de la misma confusión, desde 1854 habían recibido la invitación para adherirse al movimiento, pero por mucho tiempo no les pareció conveniente dar este paso.

Los demás exiliados de Nueva Orleans creyeron conveniente sondear el movimiento de Ayutla y para representarlos ante Alvarez y Comonfort; eligieron a Benito Juárez; entre todos reunieron los pasajes de barco, para que Juárez se trasladase a Acapulco por la vía de Panamá; Santa Anna renunció a la presidencia el 11 de agosto de 1855 y se marchó del país, Juárez llevaba tres semanas de haberse incorporado a la revolución, pero ya se las había ingeniado para hacerse útil al movimiento y gozaba gran influencia ante Alvarez; después que los últimos santanistas abandonaron la capital, Alvarez se trasladó a Cuernavaca y asumió la presidencia interinamente. De acuerdo con el Plan de Ayutla, nombró su consejo con representantes de todos los estados; a Juárez le tocó representar su estado natal. Ocampo también viajó a Cuernavaca y Alvarez lo designó secretario de gobernación en el gabinete provisional. A Juárez le tocó la cartera de Justicia y a Comonfort la de Guerra; según parece, Ocampo le calentó la cabeza al viejo cacique, diciéndole que se encontraba ante la última oportunidad de pasar a la historia como gran benefactor de la patria. Para aprovechar esa oportunidad, bastaría con deshacerse de los moderados y privar al clero de su poder; sin fijarse en las consecuencias, Comonfort se desesperaba haciendo ver que ése no era el programa anunciado en el Plan de Ayutla y en buena medida logró contener al anciano cacique. Ocampo renunció a su secretaría enfurecido, al despedirse criticó a Juárez por permanecer en su puesto.

El 20 de noviembre de 1855, Alvarez entró a la capital de la república encabezando su ejército: los "pintos", que causaban horror a los capitalinos, pues hasta la banda de léperos se mofaban de los estrafalarios guerrerenses y los trataban con menosprecio; la gente decente formó un vacío en torno a Alvarez, el viejo cacique asistió a una función teatral y la gente decente se puso de acuerdo para faltar en masa a la representación. Comonfort mismo, se abstuvo de asistir, lo que constituía un velado reproche a Alvarez, por su acercamiento a los

puros; quizás con ánimo de venganza, el día 25, Alvarez ordenó a Juárez expedir una ley para limitar la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos y militares; la medida fue interpretada como un claro presagio de la próxima abolición de los fueros y los conservadores empezaron a prepararse para la lucha. En Zacapoactla, Puebla, estalló una rebelión que Comonfort tuvo que dominar, Alvarez se vió envuelto en una maraña de intrigas y recriminaciones; pronto se reconoció incapaz de manejar la situación y el 11 de diciembre regresó con los pintos a la placidez de sus latifundios de la costa, tras haber renunciado a la presidencia interina en favor de Comonfort.

Comonfort nombró secretario de hacienda a Miguel Lerdo de Tejada, quien el 25 de junio decretó la desamortización de los bienes de las corporaciones eclesiásticas y civiles a los que se llamaba de manos muertas, (porque nunca o rara vez eran objeto de operaciones de compra-venta). Fundamentalmente la ley afectaba las propiedades de la Iglesia, quien incluía enormes haciendas y ranchos, la mitad de las casas y edificios de Puebla, el 40^o/o de las de la ciudad de México y una infinidad de fincas urbanas de todo el país.

Con la ley Lerdo el gobierno procuraba beneficiarse percibiendo el impuesto que se debía pagar en todas las transacciones; además, de acuerdo con la doctrina económica liberal, trataba de promover el desarrollo del país creando un mayor número de propietarios y estimulando la circulación de la riqueza.

La nueva constitución fue proclamada el 5 de febrero de 1857, para presidir la solemne sesión de la proclama, los legisladores desarrumbaron al anciano y casi moribundo Gómez Farías.

Los empleados públicos fueron llamados a jurar la nueva constitución: si lo hacían quedaban excomulgados y si se negaban a hacerlo se les despedía de sus trabajos; la conmoción social estaba en la familia, en el hogar, en las terribles angustias del empleado, vacilando entre su deber religioso y la miseria. Eso no era lo que Comonfort había pretendido cuando hizo triunfar el Plan de Ayutla; aunque enemigo de las tiranías y partidario de las garantías individuales, le parecía absurdo crear conflictos tajantes que empujarían al clero a la rebelión y sumirían al país en la anarquía; también consideraría posible moralizar al ejército para convertirlo en guardián del orden y sostén del gobierno, y además la suspensión abrupta del fuero militar, había convertido a los hombres de armas que no se distinguían por su religiosidad en aliados del clero.

Comonfort desarrolló una actividad febril en el terreno administrativo: implantó el sistema métrico decimal, reorganizó las aduanas para que el gobierno federal recibiese más dinero, hizo impulsar la minería, el comercio y la pesca, dedicó mucho tiempo a mejorar las comunicaciones y a poner en marcha una escuela de agricultura.

Fue electo presidente en unos comicios en que participaron muy pocos votantes, el abstencionismo ya era manifiesto en el pueblo de México. El cuadragésimo octavo jefe de estado que tuvo al país en sus primeros 37 años de vida independiente, tendría como colaborador destacado a Benito Juárez; en los comicios el gobernador de Oaxaca resultó electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, un cargo que de acuerdo con la nueva constitución, confería el doble carácter de vicepresidente; Comonfort necesitaba apoyo, aunque viniese de los puros y quiso ganárselo dando a Juárez, además de lo anterior, el nombramiento de secretario de gobernación y jefe de la policía. El período constitucional se inició el 1^o de Diciembre de 1857. Once días después de haber asumido el mandato constitucional, Comonfort dió su curioso golpe de estado: suspendió el congreso y se erigió en dictador; Juárez fue aprehendido y encarcelado en una pequeña pieza del palacio nacional; la reacción al golpe fue adversa en todo el sector liberal y hasta los moderados abandonaron a Comonfort, Doblado, Gutiérrez, Zamora y los demás gobernadores se pronunciaron en contra del gobierno; los conservadores, por su parte, temían que Comonfort entregara el gobierno.

El 11 de enero de 1858 Zuloaga derrocó a Comonfort y se instaló en la presidencia por voluntad del clero y del ejército.

Poco antes de que lo derrocaran Comonfort había puesto en libertad a Juárez; éste se trasladó a Guanajuato, sin que Zuloaga se preocupara mucho por su fuga; Doblado recibió de buen modo a Juárez en su feudo, lo reconoció como Presidente por la defección de Comonfort, pero no porque creyere que Juárez tuviera estatura suficiente para asumir el primer puesto, sino porque le resultaba útil para tener un puente constitucional cuando él Doblado, el hombre fuerte de la liga de gobernadores, asumiese la presidencia a la que creía tener derecho por encima de todos los mexicanos.

En Guanajuato, según se cuenta, la gente del pueblo comentaba "ha llegado a la ciudad un indio apellidado Juárez, que dice ser Presidente de la República". Juárez permaneció pocos días en Guanajuato; el General Anastasio Parrodi, Gobernador de Jalisco, fue declarado jefe supremo de la liga por ser el único militar entre los dirigentes y pidió

que la sede del gobierno se mudase a Guadalajara; Juárez tuvo que trasladarse allá a mediados de febrero.

Un mes después, Parrodi era derrotado en una gran batalla librada cerca de Salamanca, Guanajuato; el cacique jalisciense capituló poco después ante los conservadores, lo que automáticamente lo despojó de su calidad de nuevo presidenciable; el giro seguramente resultaba grato para Juárez, pero por otra parte Guadalajara dejó de ser terreno seguro y el presidente decidió trasladar su gobierno a la más confiable plaza de Veracruz; de Guadalajara, tras disiparse un pelotón de desleales que pretendía detenerlo, pasó a Manzanillo; ahí tomó un barco hacia Panamá, el 4 de mayo desembarcó finalmente en el puerto veracruzano; el gobernador Gutiérrez Zamora no se alegró precisamente por la llegada de Juárez y el corto número de burócratas capitalinos que lo seguían ya resultaba odioso para los gobernadores, Juárez representaba la legalidad y era necesario protegerlo, pero Gutiérrez Zamora no quiso excederse en cortesías y en el discurso de bienvenida dijo a Juárez que "le brindaba hospitalidad sólo por camaradería elemental, pero su presencia en Veracruz en nada podía facilitar el triunfo de la causa".

El golpe de estado de Zuloaga marcó el comienzo de una guerra de tres años casi exactos de duración, tan calamitosa que las facciones en pugna llegaron a considerar imposible que el país fuese capaz de gobernarse así mismo y pretendieron entregarlo al extranjero, los liberales, a quienes se llamaba despectivamente chinacos, pusieron los ojos en Estados Unidos y los conservadores, apodados "mochos", sinónimo popular de hipócritas o cangrejos (para sugerir retroceso), en Europa.

Dirigieron la guerra dos facciones de la clase media: la conservadora en la que predominaban los clérigos y los militares profesionales y la liberal integrada básicamente por abogados, periodistas, burócratas cesantes, caciques y políticos estatales; ambas facciones obtenían sus soldados razos de la clase baja, reclutándolos por medio de levás; la clase alta permaneció de hecho al margen de la contienda, aunque por afinidad de intereses sus individuos tendían a conceder apoyo moral, nunca económico, a los conservadores. Los conservadores creían ciegamente que el alto clero y los militares constituían las clases más respetables de la sociedad y además de defender sus privilegios, pretendían erigir un gobierno fuerte, que pacificara al país, impusiera el orden indispensable, según ellos, para generar progreso y bienestar.

Los liberales estaban motivados por la convicción de que el caos y la miseria de México era producto exclusivamente de la avaricia del alto clero y la corrupción de los militares profesionales.

Al abandonar Guadalajara para trasladarse a Veracruz, Juárez nombró jefe de sus ejércitos a un hombrecillo enclenque y paliducho de 47 años de edad, quien durante la revolución de Ayutla había jefaturado gavillas rebeldes que operaban en Michoacán y sucesivamente había sido gobernador interino de Jalisco, Diputado constituyente y gobernador electo de Michoacán; éste era Santos Degollado, el cual era originario de Guanajuato, hijo de un español que al morir dejó a su familia en la miseria, desde muy pequeño vivió arrimado al cura del pueblo michoacano de Quiroga, con quien estaba emparentado; cuando tenía 16 años fue en busca de trabajo a Morelia y ahí gracias a su aceptable ilustración de autodidacta se colocó primero como escribiente y después como contador de la catedral. Las prédicas de Melchor Ocampo lo atraeron al liberalismo y doctrinas que seguía con fervor tan notable que pronto cobró fama de ser una especie de santón. En la facción conservadora destacaron inicialmente dos caudillos militares jóvenes, Luis Osorio y Miguel Miramón; Osorio murió de tifo poco después de la batalla de Salamanca y de este modo el mando se concentró en Miguel Miramón, quien solo contaba 27 años al llegar al generalato; hombre altivo y de porte marcial. Miramón descendía del lado paterno de unos franceses apellidados Miramont; su padre era un viejo militar tan desafortunado que, tras 25 años de participar en cuanto cuartelazo se organizaba en el país, apenas alcanzó el grado de coronel y vivía en la miseria. El futuro caudillo conservador había participado como cadete en la guerra contra Estados Unidos; una vez graduado se distinguió como profesor del colegio militar, en la convicción de que los militares eran seres eligidos por la divina providencia para mandar y ser obedecidos.

Fue ascendido a general de brigada por Comonfort, tan espectacular era la figura de Miramón y tan valiente porte, su comportamiento al frente del ejército, que muy pronto opacó a Zuloaga; el 10. de enero de 1859 la junta de notables conservadores, desconoció a éste y nombró a Miramón presidente de México.

La derrota sufrida en Salamanca por el gobernador jalisciense, Parrodi, desorganizó casi por completo a los liberales del centro; Miramón debió enfrentar entonces a los norteros, a quienes capitaneaba el sombrero Santiago Vidaurri, cacique del noreste de la república; a Vidaurri se le atribuían diversos orígenes: que era comanche y en la infancia había sido adoptado por una familia mexicana; otros decían que era vasco y ocultaba su origen como protección contra la xenofobia; en realidad parece haber sido originario de Lampazos Nuevo León; como dato firme se sabe que hacia 1832, lo metieron a la cárcel por haberle cercenado una mano a un militar con quien riñó; sabía leer y escribir y gracias a esto trabajó de escribano en la cárcel; al recuperar la libertad el goberna-

dor Joaquín García le dio empleo como secretario y luego oficial mayor del gobierno estatal; aunque sus jefes, los sucesivos gobernadores, estaban afiliados al conservadurismo, Vidaurri formó un grupo liberal puro del que formaron parte notabilidades como Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo y Juan Zuazua; entre todos ellos derrocaron al gobernador en funciones cuando Comonfort avanzaba en su lucha contra Santa Anna, pero no se adhirieron al Plan de Ayutla, sino que proclamaron su propio plan de Monterrey, que era de corte liberal y proclamaba la soberanía a utranza de los gobiernos estatales.

Incapacitados para hacer sentir su influencia hasta el noreste del país, tanto Álvarez como Comonfort tuvieron que aceptar la alarma de Vidaurri y tolerarle atentados, como el de haber anexado por sus pistolas Coahuila a Nuevo León; cuando Juárez se proclamó Presidente, Vidaurri declaró su buena disposición para combatir a los conservadores, pero más en calidad de aliado que de subordinado presidencial; Vidaurri formó un ejército de 7,500 rancheros magníficamente equipados con rifles modernos de manufactura norteamericana; con Zuazua como comandante, los norteños tomaron San Luis Potosí y Guanajuato en julio; al saber esto Miramón avanzó contra ellos con 5,000 hombres; por motivos ignorados Vidaurri quitó el mando de sus tropas a Zuazua y se lo dió a Edward H. Jordán, uno de los diversos mercenarios norteamericanos que militaban bajo sus órdenes; a fines de septiembre Miramón derrotó a los norteños en el pueblo de Ahualulco, 50 kilómetros al noreste de San Luis Potosí; Vidaurri se retiró a Monterrey y se negó a seguir combatiendo fuera de su feudo, "que los guachos se rasquen con sus propias uñas", dijo. Esto dejó a Miramón en libertad de concertar su atención en las fuerzas de Santos Degollado; aunque los derrotaba una y otra vez, carecía de elementos para ocupar las plazas y en cuanto las desguarnecían para emprender operaciones en otros puntos, los liberales las recuperaban, en su mejor momento los conservadores sólo alcanzaron a dominar totalmente la ciudad de México y los estados de México, Puebla y San Luis Potosí y parcialmente Aguascalientes, Guanajuato, Jalisco y Zacatecas desde Veracruz, Juárez era reconocido como Presidente en el resto del territorio nacional.

Miramón ansiaba apoderarse de una aduana fronteriza marítima para quedarse con los impuestos que se recaudaban, pero la frontera sur era demasiado pobre y problemática, y al norte dominaba en gran parte por Vidaurri, resultaba sencillamente inatacable.

Desesperado, en 1859 Miramón se arriesgó a sitiar Veracruz con 6,000 hombres reclutados en el altiplano y las únicas 46 piezas de artillería que pudo reunir; el puerto estaba resguardado por 4,000 coste-

ños bien armados y acostumbrados al tórrido clima y a las enfermedades de la región, con víveres en abundancia y 160 piezas de artillería y sobre todo con la protección de San Juan de Ulúa, fortaleza inexpugnable para un ejército sin apoyo naval como el conservador. Miramón inició el sitio a mediados de marzo de 1859 y lo levantó el día 29 al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos; mientras tanto aprovechando que la capital estaba desguarnecida, Degollado la atacó con 6,000 hombres, pero el sanguinario general Leonardo Márquez lugarteniente de Miramón, había reunido para entonces otro ejército de 9,000 hombres y contraatacó fulminando a los liberales; el propio Degollado tuvo que huir abandonando en el campo de batalla hasta su uniforme de general, mientras Márquez celebraba el triunfo con una desenfundada degollina de liberales o sospechosos de serlo; en represalia Degollado mandó fusilar a los oficiales conservadores que tenía prisioneros y la guerra se hizo más sanguinaria. A pesar de los reveses, Miramón no renunció a atacar nuevamente Veracruz y para allegarse fondos tomó en calidad de préstamo grandes cantidades de objetos de oro, plata y joyas destinadas al culto de las iglesias y a fines de octubre en 1859 llegó al extremo de concluir con un banquero suizo un ruinoso contrato que comprometía al gobierno a pagar la astronómica suma de quince millones de pesos, a cambio de un préstamo de 618,927 pesos en efectivo y 848,750 pesos en bonos, créditos y vestuarios para la tropa, con estos fondos Miramón compró en La Habana dos destartados barquichuelos de 400 toneladas, que deberían cañonear Veracruz, mientras él atacaba por tierra; y así el 29 de febrero de 1860, cayó sobre el puerto con 7,000 hombres, pero las naves no alcanzaron a entrar en acción, pues Juárez las declaró piratas y mandó contra ellas a tres poderosos barcos de guerra norteamericanos, que observaron los acontecimientos desde aguas internacionales, los barquichuelos se rindieron y nuevamente Miramón tuvo que levantar el sitio; de vuelta en el altiplano en mayo, Miramón debió hacer frente a una revuelta organizada por Zuloaga para recuperar el mando, así como a ciertas maniobras que ejecutaba Márquez para desplazarlo; la falta de dinero alcanzó extremos angustiosos y Miramón impuso nuevos préstamos a los magnates conservadores y si se rehusaban a cubrirlos los metía a la cárcel, como hizo con los adinerados señores de Coridar Landa y Sánchez Navarro; como resultado surgieron serias divisiones en el bando conservador; mientras tanto los civiles que jefaturaba el ejército liberal adquirían cada vez mayor experiencia, tanto en el aspecto militar como en el de la propaganda.

En el bando liberal habían surgido nuevos caudillos; destacó entre ellos un exseminarista, poeta y periodista zacatecano de 37 años de edad, en 1859; Jesús González Ortega, era el nombre de este incipiente caudillo; aprovechando las oportunidades que le ofreció el Plan de Ayu-

ta, había saltado de secretario de juez de paz de un pueblecillo insignificante San Juan de Teúl, a jefe político de otro pueblo similar Tlaltenango, para luego convertirse en diputado federal suplente, diputado estatal, miembro del consejo del estado zacatecano y finalmente gobernador.

A diferencia de Santos Degollado, quien acostumbraba rezar todas las tardes el rosario con sus soldados, González Ortega se reveló como un comecuras furibundo. Hacía escenificar corridas de toros en las que los animales eran bautizados con el nombre de papas más célebres y gozaba viendo a sus soldados cuando organizaban quemas de santos rapaban y emplumaban a los curas que caían en sus manos. Decretó la muerte para los sacerdotes que pronunciaran sermones adversos a los liberales y expropió todas las propiedades del clero en su territorio. En una incursión a Durango, tomó de la catedral joyas y objetos de metal precioso por valor de ciento ochenta mil pesos.

González Ortega se improvisó como genio militar en 1860, el último de los tres años de guerra, después de una serie de victorias sorprendentes, a principios del año los conservadores lo habían expulsado de Zacatecas; González Ortega recuperó la plaza, sólo para perderla poco después, pero en lugar de desanimarse, atacó Aguascalientes y la tomó para volver nuevamente sobre Zacatecas y ganarla en definitiva.

A mediados de junio triunfó en la importante batalla de la hacienda de Pezueñas, que le franqueó el paso hasta Lagos, Jalisco; ahí se le unieron Ignacio Zaragoza, quien había abandonado a Vidaurri y el Guanajuatense Manuel Doblado; y el 10 de agosto con la ayuda de los nuevos elementos, atacó al propio Miramón en Silao y obtuvo una victoria sensacional, mientras Miramón huía a la ciudad de México, González Ortega ocupó Querétaro, Guanajuato y Celaya; tras esto, Degollado lo nombró general de los ejércitos del centro y del norte.

Juárez continuó en Veracruz, libre de privaciones y molestias, ya sea porque estuviese harto de guerras o porque se daba cuenta que el triunfo militar no bastaría para establecer la paz en la nación; Degollado dirigió al encargado de negocios de Inglaterra, una carta en la que proponía un plan de paz; el diplomático debía reunir a las facciones en pugna para buscar una transacción: a cambio de que se respetara la tolerancia de todas las religiones, y la nacionalización de los bienes del clero, Degollado gestionaría ante sus correligionarios, que reformaran la constitución para hacerla más aceptable a los conservadores y retiraran a Juárez de la presidencia. El diplomático rechazó la responsabilidad que se le quería indalgar y Juárez, al enterarse de la iniciativa,

destituyó a Degollado como secretario de guerra y le ordenó presentarse en Veracruz acusado de alta traición por entablar negociaciones con el enemigo sin autorización de su presidente. A principios de Noviembre, Degollado viajaba hacia la costa, resignado a que lo juzgaran y al pasar por Toluca cayó prisionero de una columna enemiga, que lo llevó a la capital.

Por esos días González Ortega tomó Guadalajara, con el triunfo sus filas crecieron hasta agrupar 20,000 hombres; eufórico marchó sobre la capital de la república; al pasar por el pueblecillo de Calpulapan, México, se topó con Miramón y los últimos 8,000 hombres que le quedaban, éstos se pasaron en masa al ejército liberal, mientras Miramón huía al extranjero. La capital fue abandonada por los conservadores y el 10. de enero de 1861, González Ortega la ocupó con 35,000 hombres; entre la multitud que aplaudía el paso del ejército victorioso, se encontraba Santos Degollado, quien aprovechando la confusión, había huído de la cárcel en que se encontraba; González Ortega descubrió a su antiguo jefe instalado en un balcón del que fuera palacio de Iturbide; hizo alto, detuvo el desfile y pidió a Degollado que lo acompañara hasta el Palacio Nacional; tras hacerse rogar un poco, Degollado bajó a la calle y el flamante héroe militar, puso en sus manos la bandera nacional; ésta equivale a una bofetada en el rostro de Juárez, pues en amplios sectores de la facción liberal, privaba la creencia de que la destitución de Degollado no obedeció tanto a sus fracasados tratos con el enemigo, como a la buena disposición con que propuso despojar a Juárez del cargo presidencial.

Juárez presenciaba una función de ópera; cuando recibió la noticia relativa al triunfo de González Ortega, los asistentes al teatro cantaron la Marselleza en honor del nuevo héroe militar; en cuanto terminó la función, Juárez hizo arreglos para abandonar Veracruz y trasladarse a México, sin que los veracruzanos se entristecieran gran cosa por su partida; a Juárez se le reprochaba que llevase una vida cómoda en Veracruz, lejos del campo de batalla, mientras los pobres soldados comían tortillas y frijoles fríos, vestían harapos y presentaban el pecho a las balas; sobre todo, se le acusaba de apatía y disolución; uno de sus críticos llegó a decir: lo único que le interesa es cobrar puntualmente los cien pesos diarios de su sueldo. En realidad Juárez realizó en Veracruz diversos trabajos de gran trascendencia, como promulgar las seis históricas leyes de reforma, que determinaron: la nacionalización, no sólo desamortización como lo ordenaba la ley Lerdo, de los bienes eclesiásticos; la supresión de las comunidades religiosas masculinas; la creación del matrimonio civil, el registro civil y los cementerios civiles; la supresión de las fiestas religiosas y la libertad de cultos. Pero las leyes

fueron expedidas entre el 12 de julio de 1859 y el 4 de diciembre de 1860, después de mucha insistencia por parte de los colaboradores de Juárez, quienes desde un principio les decían insistentemente, que visto los buenos resultados que arrojó para la causa liberal ley Lerdo, debería expedir cuanto antes otra parte confiscar y nacionalizar los bienes del clero, no sólo desamortizarlos; la venta de esos bienes atraería nuevos partidarios al bando liberal y proporcionaría al gobierno fondos para atender ampliamente las necesidades del ejército; Juárez resistió arguyendo que si la desamortización había causado una guerra, la confiscación acentuaría las divisiones y los conservadores se endurecerían; sólo cuando los gobernadores de Zacatecas y Michoacán en abierto desafío a Juárez, decretaron para sus estados la confiscación, el Presidente se decidió a dar el mismo paso; la expedición de cada una de las seis leyes, era vista como un triunfo por los críticos liberales de Juárez, entre los que destacaba el secretario de hacienda Miguel Lerdo de Tejada.

Lerdo de Tejada era uno de los hombres más despiertos y dinámicos de su grupo; de su padre, español ricachón, había heredado un porte altivo, la actitud de racista, que lo llevaba a proclamar al público sus dudas de que un indígena como Juárez fuese biológicamente capaz de gobernar a la nación. Veracruzano hasta los tuétanos, salpicaba con palabrotas alvaradeñas cada intervención en las juntas de gabinete escandalizando al recatado secretario de relaciones Melchor Ocampo, quien se quejaba además, de que Lerdo pretendiera tratar como criado al presidente de él; entre las discusiones más agrias que hubo en el gabinete de Veracruz, estuvieron las relacionadas con el escandaloso tratado Mac Lane-Ocampo.

Retrocedamos un poco para darnos cuenta en qué consistía y cuáles fueron las condiciones que desembocaron en el tratado de Mac Lane-Ocampo como ha pasado a la historia.

Al producirse el derrocamiento de Comonfort, todos los gobiernos incluyendo el de Estados Unidos, reconocieron a Zuloaga como presidente legítimo del país; a pesar de esto, Juárez despachó un agente a Washington con el encargo de gestionar el reconocimiento para su régimen, sobre la base de que los liberales eran republicanos y de tendencia democrática, en tanto que los conservadores tenían ideas aristocratizantes que chocaban con la tradición norteamericana. Semejante argumento tendría que encontrar oídos sordos y en efecto los encontró. Washington tenía tratos perfectamente satisfactorios con el régimen conservador.

Gobernaba en Estados Unidos el Presidente James Buchanan, par-

tidario de la esclavitud y de acrecentar el territorio norteamericano a expensas de México. Como secretario de estado en 1848 Buchanan había llegado al extremo de negarse a firmar el tratado de Guadalupe, alegando que los dos millones de kilómetros cuadrados de territorio que se arrebataron a México eran una compensación demasiado pequeña por el gasto de sacadoláres que Estados Unidos había hecho en la contienda; faltaba poco para que el norte y el sur norteamericano se enfrascaran en la guerra de Secesión.

A fines de marzo de 1856 el embajador norteamericano dirigió a Zuloaga una nota solicitando la apertura de negociaciones encaminadas a establecer "una frontera más lógica y natural" entre México y Estados Unidos (pretendía comprar Baja California, Sonora y parte de Chihuahua), y el otorgamiento de derechos de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, concesión muy valiosa en aquellos años en que todavía no se abría el Canal de Panamá.

Los conservadores odiaban todo lo relacionado con Estados Unidos y el 5 de abril contestaron negándose rotundamente a negociar preferían entregar el país a una nación europea, para este fin despacharon a Europa a Juan Nepomuceno Almonte.

La negativa de los conservadores enfureció a Buchanan presidente de Estados Unidos.

En junio del mismo 1858 creyó vislumbrar una salida cuando un amigo suyo le recordó que el agente de Juárez llevaba meses implorando ser recibido por las autoridades norteamericanas y le hizo ver que Juárez sí estaba dispuesto a conceder lo que le pidieran. Días después, Whashington rompió relaciones con el gobierno conservador; a principios de 1859 llegó a Veracruz un enviado especial de Buchanan, William M. Churchwell, quien tenía el encargo de sondear la disposición de Juárez; Churchwell se relacionó primeramente con Lerdo de Tejada, y éste le aseguró que Juárez a cambio del reconocimiento, no sólo estaba dispuesto a vender Baja California y dar los derechos de tránsito a perpetuidad por Tehuantepec, sino a hacer cualquier otro tipo de concesiones. Al parecer, Juárez era más cauto que Lerdo y Ocampo pero presionado por éstos decidió ceder en la medida de lo inevitable; la llegada de Churchwell coincidió con una larga serie de triunfos de Miramón sobre las fuerzas de Degollado y los liberales de Veracruz estaban dispuestos a entregar el país a quien fuera, con tal de no dejárselo a los conservadores, Churchwell carecía de facultades para formar parte y otorgó el reconocimiento diplomático.

En marzo de 1859 llegó a Veracruz otro enviado de Buchanan, el senador Robert Mc. Lane, éste sí con poderes para celebrar tratados y reconocer a Juárez; para entonces Miramón ya había fracasado en su primer ataque a Veracruz y Juárez se encontraba relativamente más urgido de reconocimiento norteamericano; arguyendo dudas de que el congreso que llegara a reunirse en México, una vez consumado el triunfo liberal, aprobara la venta de Baja California, se negó a tratar sobre el punto.

Mc. Lane se conformó con discutir otras concesiones que de todas maneras no resultaba despreciables.

El 18 de diciembre de 1859 firmó con Ocampo el tratado que otorgaba a Estados Unidos el derecho de paso a perpetuidad por Tehuantepec y por una ruta que iría de Guaymas a Nogales, así como por otra que se trazaría de un punto cercano a Matamoros Tamaulipas hasta Mazatlán, vía Monterrey. Juárez hizo también concesiones aduaneras que daban a Estados Unidos el derecho de introducir a México la mayor parte de sus mercaderías sin pagar impuestos; a cambio Juárez recibiría 4 millones de dólares; dos en efectivo y dos más que se aplicarían a salvar adeudos relacionados con México por varios ciudadanos norteamericanos, pero más que esa ridícula suma, Juárez parecía interesarse en conseguir el apoyo armado de Estados Unidos para arrojar a los conservadores del poder.

Ese apoyo comenzó a materializarse en la captura de los barquichuelos que Miramón envió contra Veracruz en 1860.

En una sesión celebrada el 20 de mayo de 1860, el senador norteamericano negó su aprobación al tratado. Los antiesclavistas ya no deseaban aprobar ningún medio propuesto por Buchanan, por más ventajosa que ésta le resultara y los partidarios del presidente comprendieron que el pueblo mexicano aprobaría el tratado el 11 de enero.

12.- LA INTERVENCION FRANCESA.

El 11 de enero de 1861, cuando por fin pudo instalarse en el Palacio Nacional, Benito Juárez se encontró sin fondos para hacer hasta los gastos más indispensables y con la generalidad de la población flagelada por el hambre. Ni siquiera había obtenido una victoria militar definitiva, pues el general conservador Leonardo Márquez ya había reunido un pequeño ejército que acosaba peligrosamente a los liberales en el estado de México. Además necesitaba dedicar tiempo y esfuerzos a defenderse de las subfacciones liberales que lo tildaban de intrigante, de inepto, de irresoluto y hasta de ser un estorbo para la realización del programa liberal.

Estaba por terminar el interinato de Juárez y a corto plazo deberían celebrarse elecciones. Los candidatos más populares para sustituirlo eran el arrogante Miguel Lerdo de Tejada y el victorioso general Jesús González Ortega; los partidarios de ambos aprovechaban cualquier ocasión para desprestigiar a Juárez, y encontraron en Santos Degollado un elemento utilísimo para proseguir la tarea demoledora.

Juárez se había dado cuenta del grave error político que cometió al decretar la fulminante destitución y el enjuiciamiento de Degollado. Con el evidente propósito de "echar tierra" al asunto, repetidamente propuso la iniciación del juicio y hasta ofreció al santón el puesto de ministro de guerra, para reintegrarlo al campo de sus partidarios. Pero Degollado no era de los que aceptan componendas y exigió ser rehabilitado o condenado públicamente por un tribunal militar. Los militares se negaron a juzgarlo, y entonces Degollado exigió que el Congreso se erigiera en juez inapelable de la explosiva cuestión. Se esperaba que de un momento a otro el Congreso, repleto de antijuaristas absolvería plenamente a Degollado para infligir con ello una colosal humillación al presidente.

Sólo que Juárez gozaba de la protección divina o tenía pacto con el diablo, según conjetura de un historiador. Por lo menos tenía una suerte fenomenal. El 3 de junio recibió la noticia de que Melchor Ocampo, en viaje de Michoacán a la capital, había sido aprehendido y fusilado por una gavilla conservadora. La noticia conmovió a los liberales. Santos Degollado se presentó abruptamente en el Congreso a solicitar licencia para ponerse al frente de una columna encargada de vengar a Ocampo. La licencia le fue concedida entre atronadoras ovaciones. Degollado se puso en marcha el día 7 y el 15 murió acribillado en un combate con el enemigo. Así se libró Juárez del problema.

En marzo de 1859 llegó a Veracruz otro enviado de Buchanan, el senador Robert Mc. Lane, éste sí con poderes para celebrar tratados y reconocer a Juárez; para entonces Miramón ya había fracasado en su primer ataque a Veracruz y Juárez se encontraba relativamente más urgido de reconocimiento norteamericano; arguyendo dudas de que el congreso que llegara a reunirse en México, una vez consumado el triunfo liberal, aprobara la venta de Baja California, se negó a tratar sobre el punto.

Mc. Lane se conformó con discutir otras concesiones que de todas maneras no resultaba despreciables.

El 18 de diciembre de 1859 firmó con Ocampo el tratado que otorgaba a Estados Unidos el derecho de paso a perpetuidad por Tehuantepec y por una ruta que iría de Guaymas a Nogales, así como por otra que se trazaría de un punto cercano a Matamoros Tamaulipas hasta Mazatlán, vía Monterrey. Juárez hizo también concesiones aduaneras que daban a Estados Unidos el derecho de introducir a México la mayor parte de sus mercaderías sin pagar impuestos; a cambio Juárez recibiría 4 millones de dólares; dos en efectivo y dos más que se aplicarían a salvar adeudos relacionados con México por varios ciudadanos norteamericanos, pero más que esa ridícula suma, Juárez parecía interesarse en conseguir el apoyo armado de Estados Unidos para arrojar a los conservadores del poder.

Ese apoyo comenzó a materializarse en la captura de los barquichuelos que Miramón envió contra Veracruz en 1860.

En una sesión celebrada el 20 de mayo de 1860, el senador norteamericano negó su aprobación al tratado. Los antiesclavistas ya no deseaban aprobar ningún medio propuesto por Buchanan, por más ventajosa que ésta le resultara y los partidarios del presidente comprendieron que el pueblo mexicano aprobaría el tratado el 11 de enero.

12.- LA INTERVENCION FRANCESA.

El 11 de enero de 1861, cuando por fin pudo instalarse en el Palacio Nacional, Benito Juárez se encontró sin fondos para hacer hasta los gastos más indispensables y con la generalidad de la población flagelada por el hambre. Ni siquiera había obtenido una victoria militar definitiva, pues el general conservador Leonardo Márquez ya había reunido un pequeño ejército que acosaba peligrosamente a los liberales en el estado de México. Además necesitaba dedicar tiempo y esfuerzos a defenderse de las subfacciones liberales que lo tildaban de intrigante, de inepto, de irresoluto y hasta de ser un estorbo para la realización del programa liberal.

Estaba por terminar el interinato de Juárez y a corto plazo deberían celebrarse elecciones. Los candidatos más populares para sustituirlo eran el arrogante Miguel Lerdo de Tejada y el victorioso general Jesús González Ortega; los partidarios de ambos aprovechaban cualquier ocasión para desprestigiar a Juárez, y encontraron en Santos Degollado un elemento utilísimo para proseguir la tarea demoledora.

Juárez se había dado cuenta del grave error político que cometió al decretar la fulminante destitución y el enjuiciamiento de Degollado. Con el evidente propósito de "echar tierra" al asunto, repetidamente propuso la iniciación del juicio y hasta ofreció al santón el puesto de ministro de guerra, para reintegrarlo al campo de sus partidarios. Pero Degollado no era de los que aceptan componendas y exigió ser rehabilitado o condenado públicamente por un tribunal militar. Los militares se negaron a juzgarlo, y entonces Degollado exigió que el Congreso se erigiera en juez inapelable de la explosiva cuestión. Se esperaba que de un momento a otro el Congreso, repleto de antijuaristas absolvería plenamente a Degollado para infligir con ello una colosal humillación al presidente.

Sólo que Juárez gozaba de la protección divina o tenía pacto con el diablo, según conjetura de un historiador. Por lo menos tenía una suerte fenomenal. El 3 de junio recibió la noticia de que Melchor Ocampo, en viaje de Michoacán a la capital, había sido aprehendido y fusilado por una gavilla conservadora. La noticia conmovió a los liberales. Santos Degollado se presentó abruptamente en el Congreso a solicitar licencia para ponerse al frente de una columna encargada de vengar a Ocampo. La licencia le fue concedida entre atronadoras ovaciones. Degollado se puso en marcha el día 7 y el 15 murió acribillado en un combate con el enemigo. Así se libró Juárez del problema.

Quedaba en pie el problema electoral. Todo mundo creía que Lerdo de Tejada, con su personalidad avasalladora, iba a derrotar al insignificante zapoteca. Entonces las epidemias originadas por la guerra vinieron en auxilio de Juárez: a poco de consumarse el triunfo liberal, Lerdo enfermó de Tifo y murió.

Ya sólo quedaba González Ortega, nimbado por los laureles de su triunfo sobre Miramón. Para fortuna de Juárez, los civiles que más influían en el proceso electoral desconfiaban instintivamente del improvisado militar zacatecano, y tuvieron que resignarse a dejar que el abogado oaxaqueño siguiese en la presidencia. Pero, con el propósito de restar fuerza al triunfo de Juárez, los políticos elevaron a González Ortega —aun cuando no era abogado— a la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, lo que automáticamente lo convirtió también en vicepresidente de la República.

Los peores enemigos de Juárez formaron un sinnúmero de clubes jacobinos que exigían castigar a los principales dirigentes del bando conservador. Cuando Juárez se limitó a deportar a los obispos más conflictivos —los de México, Nuevo León, San Luis Potosí y Oaxaca, así como al nuncio apostólico— en vez de hacerlos guillotinar o ahorcar, los clubes hicieron llover vitriolo sobre Juárez, acusándolo de débil con ribetes de traidor al liberalismo. Una facción del Congreso encabezada por Ignacio M. Altamirano, publicó una carta firmada por 51 diputados que pedían a Juárez su renuncia. Con grandes esfuerzos el presidente logró reunir a otros 52 diputados que firmaran una segunda carta en la que pedían permanecer en su puesto.

En cambio persistió el problema derivado de la espeluznante situación económica. Por supuesto, era muy poco lo que se podía cobrar de impuestos. Pero en los años anteriores se había dicho y repetido constantemente que la penuria crónica del país se solucionaría de manera definitiva con la nacionalización de los bienes del clero, a los que los amantes de hacer cuentas alegres atribuían un valor hasta de 150 millones de pesos, más que suficientes para hacer nadar a la nación en la opulencia.

En realidad antes de la Guerra de Tres Años los bienes del clero valían cuando mucho 80 millones de pesos; durante la contienda se esfumaron 25 millones entre los fondos que el clero proporcionó a los conservadores, los bienes que confiscaron los liberales y los que el clero tuvo la precaución de vender a prestanombres que se los guardaran. El resto constituía aun una suma respetable. ¿Pero a quién vender? Los únicos individuos con capacidad para adquirirlos eran un puñado de agio-

tistas extranjeros y nacionales que, sabedores de la miseria que agobiaba al gobierno, sólo aceptaban a precio de regalo.

A final de cuentas, muchos agiotistas y no pocos liberales oportunistas se quedaron con las haciendas y las casas nacionalizadas, que darían origen a muchas de las grandes fortunas de época posterior. (Inmediatamente los nuevos propietarios subieron las rentas a los inquilinos). El gobierno sólo recibió poco más de un millón de pesos en efectivo y una montaña de pagarés y bonos de la deuda pública que se podían utilizar por ley para comprar los bienes. Tan devaluados estaban estos documentos que algunos carniceros los utilizaban para envolver su mercancía.

Faltaba dinero para pagar a los burócratas. Ni siquiera los militares cobraban los sueldos con tolerable irregularidad. Como resultado surgieron en todo el país los grupos rebeldes, y Márquez y Zuloaga encontraron más fácil la tarea de incrementar las guerrillas conservadoras (Miramón permanecía en el exilio). Todo indicaba que iba a continuar el horripilante círculo vicioso: los conservadores expulsarían a los liberales, y así sucesivamente, como una pesadilla.

Juárez elaboró un presupuesto por menos de 9 millones de pesos para solventar los gastos más urgentes del gobierno federal durante todo 1861, pero desconfiaba de que el cálculo estuviese bien hecho, pues los antiguos empleados de Hacienda —los únicos que conocían el manejo de la dependencia— habían sido despedidos para que los liberales triunfantes pudieran ocupar sus puestos. Ni siquiera podía estar seguro de recibir los fondos presupuestados: los gobiernos estatales que se crearon al ponerse en vigor la constitución, cobraba las contribuciones de todo tipo y se quedaban con el dinero sin dar la participación reglamentaria al gobierno federal.

Las aduanas —principal fuente de ingresos— tenían comprometido 85 por ciento de sus recaudaciones para pagar los intereses de la deuda exterior, que no había dejado de crecer desde que Guadalupe Victoria obtuvo los primeros empréstitos. Todavía unos años antes era posible colocar préstamos usurarios en el extranjero, lo cual inclusive llegó a constituir un productivo negocio para la burocracia que autorizaba las operaciones (los agiotistas recibían comisiones enormes y concedían participación a los burócratas que los favorecían), aunque los pequeños ahorradores extranjeros que adquirían bonos mexicanos se arruinaran. Pero ante el descrédito universal que resentía el gobierno mexicano después de la Guerra de Tres Años, inclusive ese recurso llegó a ser inasequible. Desesperado, el 17 de julio Juárez decretó la suspensión de pagos a la deuda exterior por espacio de 2 años.

La conmoción que la medida provocó en Europa fue mayor que la causada por el decreto cardenista de la expropiación petrolera. En el siglo XIX los poderes no permitían a los subdesarrollados libertad alguna y menos contra el derecho de propiedad. En todos los periódicos europeos México fue presentado como una afrenta a la civilización, y hasta los menos avezados se dieron cuenta de que el atrevimiento juarista determinaría, a corto plazo, la presencia de las escuadras europeas en la costa mexicana para obligar al país a cumplir con sus compromisos.

Por breve tiempo Juárez se ilusionó pensando que Estados Unidos lo ayudaría a salir del atolladero. La guerra de Secesión estaba en marcha y el poderoso país era gobernado por Abraham Lincoln. Los rebeldes surianos se habían acercado a Juárez para hacerle ver que después de todo, la esclavitud y el peonaje eran instituciones que tenían mucho de parecido; al gobierno mexicano le convenía trabar una alianza con los surianos. Pero las simpatías de Juárez estaban con el norte; los surianos fueron menospreciados y se solicitó ayuda a los nortños.

En un arranque de generosidad, el embajador de Lincoln en México, Thomas Corwin, propuso un tratado: Washington prestaría a México 5 millones de dólares para que pagase los intereses de la deuda, con lo que se evitaría la intervención armada de los europeos; como aval del préstamo, México daría los terrenos baldíos de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, además de los derechos mineros en todos esos territorios. Si México no devolvía los 5 millones de dólares, más intereses, en un plazo de 6 años, las tierras hipotecadas pasarían a poder de Estados Unidos. Juárez aceptó el trato, pero el Senado norteamericano lo rechazó por considerarlo inadecuado, y en esta forma Juárez se salvó nuevamente de consumir un acto de vedepatrismo.

Los conservadores estallaron de júbilo al conocer la noticia de la suspensión de pagos, lo cual les ofreció una oportunidad nunca vista, para realizar por fin su viejo sueño de restaurar en México una monarquía ligada a las de Europa.

Además de altos militares y altos jérfarcas de la iglesia, los conservadores eran descendientes de la vieja oligarquía colonial y de burócratas enriquecidos al amparo de la corrupción desatada por la independencia. En la institución monárquica veían un elemento capaz de garantizarles sus privilegios e intereses, una institución que les permitiría actuar directamente en política.

Lucas Alamán fue uno de los primeros y más influyentes monarquistas que hubo en México, pero nunca se atrevió a proclamar públi-

camente sus aspiraciones, porque comprendió que los que compartían sus puntos de vista eran demasiado pocos e insuficientemente poderosos, en la última incursión de Santa Anna a la presidencia, estuvo a punto de lograr que el caudillo se decidiese a restaurar la monarquía, pero la muerte impidió a Alamán llevar al término su obra.

El más atrevido de los monarquistas era el acaudalado campechano José María Gutiérrez de Estrada, en 1840 había escrito una carta a Anastasio Bustamante, pidiéndole aceptar el hecho de que los mexicanos eran incapaces de gobernarse a sí mismos, por lo que se necesitaba importar un monarca. El escándalo que provocó la carta fue tan grande, que el autor se vió obligado a exiliarse en Europa, allá contrajo matrimonio con una condesa austriaca y estableció una residencia principesca en Roma y por espacio de 20 años mendigó literalmente en todas las puertas europeas, el envío del monarca ansiado, sin lograr que le hicieran caso y hasta pasando a ser visto como un chiflado impertinente.

La hazaña de interesar a una corte europea en la aventura monarquista de México fue obra principalmente de José Manuel Hidalgo, un exburócrata santanista que trabajaba en la delegación diplomática de Madrid, cuando se produjo el derrocamiento del dictador. Adulón ingenioso, apuesto y servicial, Pepe Hidalgo había llegado a ser el alma de las fiestas de la sociedad madrileña; en esas andanzas llegó a convertirse en amigo y parece que hasta amante de una encopetada dama cuya hija, Eugenia de Montijo, contraería al poco tiempo matrimonio con Napoleón III y se transformaría en emperatriz de Francia. En varias ocasiones Hidalgo habló a Napoleón III de sus proyectos monarquistas e introdujo a Palacio a Gutiérrez de Estrada y al General Almonte para que reforzaran sus argumentos, Napoleón sabía bastante de México por ser un ávido lector de Humbolt. Poco después los monarquistas mexicanos hacían gestiones para entrevistarse con Maximiliano, Napoleón preguntó a sus consejeros qué opinaban sobre la conveniencia de emprender la aventura mexicana con el Duque de Forne al frente; los consejeros lo aprobaron con entusiasmo, pero había que cuidarse de los antibonapartistas para no darles motivos de agitación; se resolvió guardar secreto absoluto sobre lo que se tramaba; Inglaterra, y España también afectados por el decreto de la suspensión de pagos, serían invitadas a participar en una expedición de cobranza, similar a la guerra de los pasteles.

El momento era inmejorable, la guerra de secesión, entonces en una fase más aguda, garantizaba que Estados Unidos se abstendría de imponer la famosa doctrina Múnroy.

Y así el 8 de diciembre de 1861 llegaron a Veracruz los primeros contingentes de un ejército intervencionista español, que ascendía en total a 6,200 hombres; sin elementos para resistir las autoridades del puerto hicieron dismantelar las fortificaciones y abandonaron la ciudad, mientras algunos ciudadanos se instalaban en las afueras para organizar guerrillas, entre el 6 y el 8 de enero de 1862, arribaron los contingentes franceses e ingleses que alcanzarían totales de 7,800 hombres respectivamente; tal era la respuesta al decreto juarista de la suspensión de pagos.

Al negociar el convenio para emprender una acción conjunta, España, Inglaterra y Francia pactaron que la medida tendría un carácter exclusivamente punitivo y que ninguna de las tres potencias pretendería adquirir territorio mexicano, ni entrometerse en los problemas internos del país. España reclamaba el pago de 9.5 millones de pesos que se le adeudaban legítimamente, así como el cumplimiento de un tratado en París por Juan Nepomuceno Almonte, cuando representaba a Miramón en Europa; el documento comprometía a cubrir ciertas indemnizaciones reclamadas sin base legal, por varios residentes españoles y hacer a España ciertas reparaciones igualmente injustificadas; por último los españoles exigían que Juárez ofreciera públicamente disculpas por haber expulsado, cuando recuperó la capital, al ministro español en México, partidario abierto de los conservadores; tales eran las reclamaciones ostensibles; secretamente los españoles alentaban la política esperanza de que el pueblo mexicano se levantara en armas contra Juárez, aclamara como libertadoras a las fuerzas de la madre patria y pidiera por rey a un príncipe de la casa reinante en España; equiparaba al jefe de su escuadra con Herán Cortés y a Juárez con un segundo Moctezuma, lo cual explica que se adelantaron un mes a sus socios, pensando que, cuando llegaran éstos, el regreso de México al dominio español ya sería un hecho consumado.

Los ingleses exigían el pago de los intereses correspondientes a los sesenta millones de pesos que les adeudaba México, y como garantía del cumplimiento, reclamaban el control de las aduanas mexicanas y sus ingresos; de pasada abrigaban la intención de pescar en río revuelto en la guerra de secesión norteamericana, que para aquel entonces parecía irse resolviendo a favor de los surianos. La poderosa industria textil inglesa se alimentaba del algodón que le vendían los surianos, el cual era enviado a Europa, vía Piedras Negras y Matamoros Tamaulipas; debido al bloqueo de puertos por los nortños, de interrumpirse esta fuente de abastecimiento, cientos de miles de obreros ingleses quedarían sin trabajo; la presencia de la escuadra británica en México, indudablemente desalentaría cualquier intento nortño de bloquear Matamoros.

Los franceses tenían poco qué reclamar; México les adeudaba menos de tres millones de pesos; para justificar su presencia en la expedición, inflaron las reclamaciones y exigiendo doce millones de pesos como indemnización por desmanes cometidos en perjuicio de los residentes franceses, sin molestarse siquiera en detallar cuáles pudieron haber sido estos desmanes, reclamaron además el pago total de los quince millones de pesos en título de crédito, que el gobierno de Miramón entregó al banquero suizo Jécker, para que Francia pudiera presentar esta última reclamación y el duque de Morny recibiera su tajada en el atraco.

Jecker había sido convertido al vapor en ciudadano francés; tan arbitrarias eran esas reclamaciones que ingleses y españoles se negaron a solidarizarse con ellos.

Los expedicionarios sufrieron mucho por la ausencia de nortes, que ese invierno sencillamente no soplaban sobre Veracruz. El calor infernal del puerto se agravaba con la presencia de nubes densas de mosquitos; a principios de febrero los españoles ya tenían 800 soldados enfermos y los franceses más de 300, a ese paso, el malsano clima de la costa bastaría para aniquilar la expedición. Consecuentemente los aliados anunciaron su propósito de establecer un campamento en el fresco altiplano, con o sin autorización del Gobierno de México, consciente de que carecía de elementos para oponerse. Juárez trató de sacar provecho de su debilidad y haciéndose el generoso, por medio del maquiavélico Manuel Doblado, quien actuaba como secretario de relaciones, les concedió permiso para acampar en las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacán, a cambio de esto los europeos aceptaron iniciar pláticas para negociar el pago de las supuestas deudas.

A cambio de esto, los europeos aceptaron iniciar pláticas para negociar el retiro definitivo de sus fuerzas, reiteraron su compromiso de no amenazar la independencia e integridad del territorio mexicano y convinieron en que, si las negociaciones fracasaban, regresarían a sus posiciones originales en Veracruz antes de iniciar las hostilidades. Los españoles se convencieron muy pronto de que ningún levantamiento popular les daría el control del país y se contagiaron su desgano a los ingleses, en cambio los franceses siguieron creyendo que todo era cuestión de mostrar mayor empeño, un día ante la sorpresa de españoles e ingleses, trajeron de París al exembajador Almonte y burdamente fabricaron un pronunciamiento para declararlo jefe interino del poder ejecutivo, era el gobernante títere que necesitaban para dar apariencia de legalidad a sus maniobras.

El primero en reconocer el error básico de la expedición, fue el plenipotenciario español General Juan Prim, declarando que se retiraba porque los franceses habían violado los convenios

Primero embarcó sus fuerzas hacia Cuba, los ingleses no tardaron en imitarlo, aprovechando la magnífica oportunidad que se les presentaba de salirse decorosamente del atolladero.

El 19 de abril los franceses abandonaron Córdova para lanzarse a la toma de la capital del país, renegaron cínicamente sus promesas de regresar a Veracruz antes de abrir hostilidades; durante varios días prosiguieron la marcha al oeste sin contratiempos de importancia; eufórico el jefe de los franceses general Carlos Fernando Latrille conde de Lorence's, dirigió a su ministro de guerra una parte histórico: "tan superiores somos a los mexicanos en raza en organización, en moralidad y en elevación de sentimientos, que suplico a vuestra excelencia, tenga la bondad de decir al emperador que, a la cabeza de 6,000 soldados ya soy dueño de México".

La confianza de Lorence's descansaba en los informes que le habían proporcionado Almonte y el embajador de Francia, en el sentido de que los poblanos unánimemente conservadores, estaban fabricando a toda prisa guirnalda y arcos triunfales para dar la bienvenida a sus libertadores; todo lo que Juárez podía ponerle eran 4,000 soldados indígenas, armados con rifles de la guerra de independencia, con lanzas de fabricación casera, machetes y jefaturados por un ex-seminarista coahuilense, que había obtenido el generalato en la guerra contra los conservadores: Ignacio Zaragoza; además en cuanto se iniciara el ataque se unirían a los franceses 5,000 mexicanos conservadores comandados por el General Leonardo Márquez.

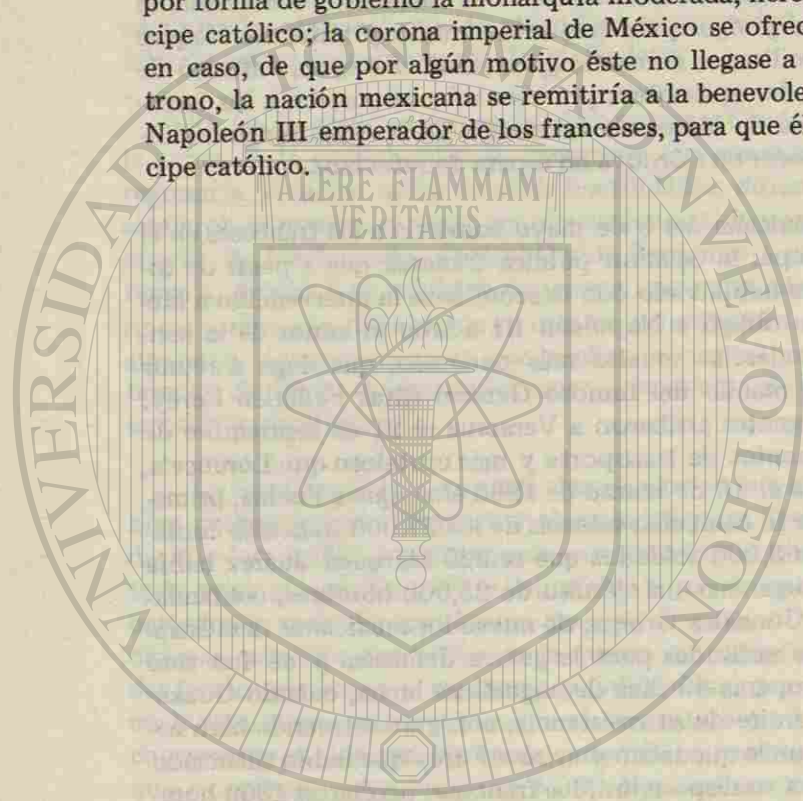
Los movimientos franceses para atacar los fuertes de Loreto y Guadalupe donde estaban concentradas las fuerzas de Zaragoza se iniciaron a las nueve de la mañana del 5 de mayo; para las cuatro de la tarde, después de fracasar repetidos intentos de avance sobre un campo empantanado por un torrente de lluvia y granizo, los franceses tenían 462 bajas en total entre muertos y heridos, contra 230 bajas de los mexicanos, Lorence's tuvo que tragarse sus fanfarronadas y ordenar el retiro de sus fuerzas a Orizaba, mientras que los conservadores poblanos guardaban sus flores y sus actos triunfales para mejor ocasión.

El triunfo del 5 de mayo, provocó en México una euforia rayaba en la locura; los mexicanos, los últimos entre los hombre, según decían los periódicos franceses, habían derrotado al primer ejército del mundo;

pronto se vio la futilidad de entusiasmarse extemporáneamente; Zaragoza sabía que necesitaba sacar a Lorence's de Orizaba para empujarlo hasta Veracruz, donde el calor y la diarrea acabaría definitivamente con los europeos, trató de hacerlo, pero una y otra vez comprobó que los famélicos soldados mexicanos heroicos a la defensiva, sencillamente carecían de arrestos y vigor para tomar la ofensiva y todos los ataques terminaron en humillantes derrotas; para colmo Zaragoza enfermó de tifo y falleció el 8 de septiembre; por esos días se unieron a los imperialistas los soldados de Márquez; Lorence's ya no tuvo ninguna dificultad para permanecer en Córdova en espera de refuerzos.

La victoria mexicana del 5 de mayo convirtió a los franceses en el hazmerreír de Europa; la opinión pública francesa que a pesar de todas las precauciones había visto con desconfianza la intervención a México, prácticamente obligó a Napoleón III a lavar el honor de la bandera, enviando un ejército mucho más poderoso, que llegó a reunir 27,000 soldados al mando del famoso General Elías Federico Forey; los primeros contingentes arribaron a Veracruz el 21 de septiembre de 1862; faltó de elementos de transporte y más cauteloso que Lorence's, Forey demoró hasta el 16 de marzo de 1863 el ataque a Puebla, primero en gran escala de la campaña; además de los 27,000 franceses contaba con el auxilio de 3,000 soldados que reunió Márquez. Juárez había tenido tiempo de organizar un ejército de 23,000 hombres, comandados por el General González Ortega; de nuevo los mexicanos demostraban sus formidables actitudes para la guerra defensiva y no fue sino hasta el 16 de mayo, tras 62 días de angustiosa lucha, cuando González Ortega llegó al límite de su resistencia; con gran estruendo hizo volar las municiones que le quedaban y avisó a Foréy que había silenciado su ejército y estaba a su disposición, los franceses perdieron 1300 hombres según Foréy, 4,000 según observadores mexicanos; los mexicanos tuvieron una infinidad de bajas. Espantados al ver al ejército de esqueletos que les habían estado ofreciendo resistencia, los franceses ni siquiera trataron de contener a los infelices que se lanzaban como lobos hambrientos sobre la comida que veían en alguna parte; alrededor de 5,000 reclutas se pasaron a las filas de Márquez; los oficiales fueron enviados prisioneros a Francia con excepción de los que lograron ocultarse; entre éstos el propio González Ortega y el General Porfirio Díaz; el ejército imperialista entró sin combatir a la ciudad de México el 10 de junio. Juárez se había jugado el todo por el todo en la batalla de Puebla y ante el fracaso, decidió trasladar su gobierno a San Luis Potosí; ya no tenía ni la más remota esperanza de formar otro ejército y por ello basó la lucha en un nuevo plan: les pondremos por ejército a todo nuestro país; la guerra de guerrillas en gran escala estaba a punto de iniciarse; una vez en México, Forrey formó una junta de gobierno con

35 conservadores y un ejecutivo llamado Regente que integraban Almonte, el arzobispo de México Pelagio Labastida y el General Santanista Mariano Salas; en seguida fue creada una asamblea de notables, compuesta por 215 individuos, los cuales declararon que México adoptaba por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria con un príncipe católico; la corona imperial de México se ofrecía a Maximiliano y en caso, de que por algún motivo éste no llegase a tomar posesión del trono, la nación mexicana se remitiría a la benevolencia de su majestad Napoleón III emperador de los franceses, para que él indicara otro príncipe católico.



13.- EL SEGUNDO IMPERIO

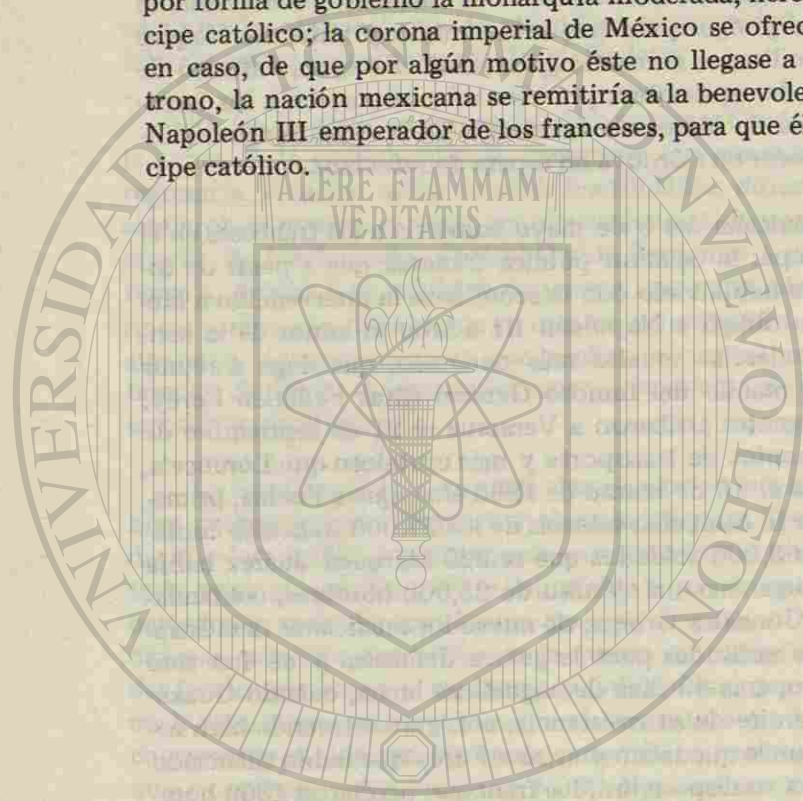
Con notable eficacia el gobierno títere instalado por los franceses organizó toda una cadena de recepciones para los flamantes emperadores de México, el archiduque Maximiliano de Habsburgo y su esposa la princesa Carlota de Bélgica, quienes llegaron a Veracruz el 28 de mayo de 1864 y el 12 de junio entraron a la ciudad de México. "Mexicanos vosotros me habéis deseado", exclamó el emperador al desembarcar en Veracruz; el puerto poblado casi exclusivamente por los liberales lo recibió fríamente, pero Córdoba, Orizaba y Puebla y algunas poblaciones intermedias, compensaron la reserva jarocho con una efusión que se expresó en lluvias de flores y repique de campanas.

En el gran final, miembros de las principales familias de la capital vestidos de charros y al lomo de hermosos caballos, montaron guardias en las afueras de la ciudad para tributar la primera ocasión capitalina de los personajes; la valla humana que se extendía a partir de ese punto, formada por gente de levita lustrosa y una multitud de léperos recién bañados para la ocasión, llegaba hasta los alrededores de la catedral, donde el alto clero entre salvas de cañones y redobles de campanas, aparecía a saludar al nuevo Quetzalcóatl.

Mientras tanto Benito Juárez saltaba de angustia en angustia; el proyecto de establecer su gobierno en San Luis Potosí se le vino abajo en 1863, cuando un ejército colaboracionista encabezado por el general Tomás Mejía, un indígena que había pasado de mozo de un abarrotero español a cacique de la Sierra Gorda, avanzó sobre la capital potosina y Juárez sin elementos para hacerle resistencia, abandonó la ciudad para marchar a Monterrey. Al iniciar el éxodo, Juárez iba acompañado por su familia y gran número de partidarios, muchos de los cuales desertaron en el trayecto; otros, como el General Porfirio Díaz fueron enviados a distintas partes del país con instrucciones de ingeniárselas para propagar o siquiera mantener latente el espíritu de la revelión; el jefe de la pequeña fuerza armada que acompañaba a Juárez, el General José López Uraga defecionó al ver lo difícil de la situación; Manuel Doblado quien acompañaba a Juárez quedó como jefe del llamado ejército del centro y González Ortega fue puesto al frente del casi teórico ejército de oriente. En San Luis Potosí nombró Juárez a los dos colaboradores civiles que más destacarían en los años venideros: Sebastián Lerdo de Tejada, hermano de Miguel, que ocuparía la cartera de Relaciones y José María Iglesias que ocuparía la de Justicia.

Los fugitivos sólo pudieron llegar a Saltillo, pues el cacique Vidaurri se negó a recibirlos en Monterrey; una maraña de intereses turbios

35 conservadores y un ejecutivo llamado Regente que integraban Almonte, el arzobispo de México Pelagio Labastida y el General Santanista Mariano Salas; en seguida fue creada una asamblea de notables, compuesta por 215 individuos, los cuales declararon que México adoptaba por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria con un príncipe católico; la corona imperial de México se ofrecía a Maximiliano y en caso, de que por algún motivo éste no llegase a tomar posesión del trono, la nación mexicana se remitiría a la benevolencia de su majestad Napoleón III emperador de los franceses, para que él indicara otro príncipe católico.



13.- EL SEGUNDO IMPERIO

Con notable eficacia el gobierno títere instalado por los franceses organizó toda una cadena de recepciones para los flamantes emperadores de México, el archiduque Maximiliano de Habsburgo y su esposa la princesa Carlota de Bélgica, quienes llegaron a Veracruz el 28 de mayo de 1864 y el 12 de junio entraron a la ciudad de México. "Mexicanos vosotros me habéis deseado", exclamó el emperador al desembarcar en Veracruz; el puerto poblado casi exclusivamente por los liberales lo recibió fríamente, pero Córdoba, Orizaba y Puebla y algunas poblaciones intermedias, compensaron la reserva jarocho con una efusión que se expresó en lluvias de flores y repique de campanas.

En el gran final, miembros de las principales familias de la capital vestidos de charros y al lomo de hermosos caballos, montaron guardias en las afueras de la ciudad para tributar la primera ocasión capitalina de los personajes; la valla humana que se extendía a partir de ese punto, formada por gente de levita lustrosa y una multitud de léperos recién bañados para la ocasión, llegaba hasta los alrededores de la catedral, donde el alto clero entre salvas de cañones y redobles de campanas, aparecía a saludar al nuevo Quetzalcóatl.

Mientras tanto Benito Juárez saltaba de angustia en angustia; el proyecto de establecer su gobierno en San Luis Potosí se le vino abajo en 1863, cuando un ejército colaboracionista encabezado por el general Tomás Mejía, un indígena que había pasado de mozo de un abarrotero español a cacique de la Sierra Gorda, avanzó sobre la capital potosina y Juárez sin elementos para hacerle resistencia, abandonó la ciudad para marchar a Monterrey. Al iniciar el éxodo, Juárez iba acompañado por su familia y gran número de partidarios, muchos de los cuales desertaron en el trayecto; otros, como el General Porfirio Díaz fueron enviados a distintas partes del país con instrucciones de ingeniárselas para propagar o siquiera mantener latente el espíritu de la revelión; el jefe de la pequeña fuerza armada que acompañaba a Juárez, el General José López Uraga defecionó al ver lo difícil de la situación; Manuel Doblado quien acompañaba a Juárez quedó como jefe del llamado ejército del centro y González Ortega fue puesto al frente del casi teórico ejército de oriente. En San Luis Potosí nombró Juárez a los dos colaboradores civiles que más destacarían en los años venideros: Sebastián Lerdo de Tejada, hermano de Miguel, que ocuparía la cartera de Relaciones y José María Iglesias que ocuparía la de Justicia.

Los fugitivos sólo pudieron llegar a Saltillo, pues el cacique Vidaurri se negó a recibirlos en Monterrey; una maraña de intereses turbios

motivaban la actitud del cacique, gracias a la guerra de secesión, cuando varios regiomontanos hacían magníficos negocios con diversas fábricas de tela burda que abrieron en Nuevo León y que producían vestidos para los esclavos del sur norteamericano; en este negocio se originaron algunas de las grandes fortunas de Monterrey; los sureños seguían embarcando su algodón por Matamoros y Vidaurri recaudaba fuertes cantidades de impuestos por ese concepto; el cacique era incitado por los surianos a establecer la famosa República de la Sierra Madre, en la que él sería amo absoluto.

Los franceses le hacían atractivas ofertas para ligarse a su bando; en cambio Juárez era un fugitivo que nadie le podía ofrecer; mientras él decidía qué camino tomar, los fugitivos de San Luis Potosí fueron obligados a permanecer en Saltillo, algunos de los principales lugartenientes de Vidaurri seguían siendo leales a Juárez; Doblado aprovechó esta circunstancia para acorralar al cacique en una red de maniobras que culminaron exitosamente con la fuga de Vidaurri a Texas y su posterior incorporación a las nóminas del imperio de Maximiliano no fue sino hasta el 3 de abril de 1864 cuando Juárez pudo sentirse seguro en Monterrey; el respiro fue breve; los franceses jefaturados por el General Aquiles Bazaine sustituto de Foréy, ocupaban pueblo tras pueblo y ciudad tras ciudad: Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, Guadalajara, Aguascalientes, Morelia, Campeche, San Luis Potosí, Colima, finalmente marcharon sobre Monterrey; ante el asedio Juárez mandó a su esposa e hijos a Nueva York y ordenó a Doblado que hiciera lo posible por detener el avance enemigo a mediados de mayo, tras sufrir una derrota culminante en Matehuala, San Luis Potosí, Doblado huyó a Estados Unidos; entonces Juárez abordó un destartalado carruaje negro, que cruzando el desierto de Mapimí lo llevaría hasta Durango, donde contaba con la protección de González Ortega y su llamado ejército de oriente; los patriotas fueron derrotados poco después en la cercana hacienda de Mahoma y Juárez se vio en la necesidad de proseguir su fuga; sólo el cacique de Chihuahua, Luis Terrazas y el de Sonora Ignacio Pesqueira, continuaban leales a la República; acompañado por unos cuantos burócratas, Juárez se trasladó a la ciudad de Chihuahua para establecer allí su gobierno errante. Dos años permaneció en esa ciudad sin hacer otra cosa que proteger su persona, que ya empezaba a convertirse en un símbolo invaluable de la resistencia nacional.

La llegada de Juárez a Chihuahua coincidió con los mejores momentos del imperio de Maximiliano, con el arribo de varios regimientos austriacos, belgas y de la región extranjera; el número de invasores llegó a cuarenta mil; además el emperador contaba con el auxilio del ejército conservador mexicano que contaba 10,000 hombres. Maximiliano

fascinó a sectores amplísimos de la población con su porte majestuoso, su simpatía personal y sus esfuerzos demagógicos por convertirse en mexicano cien por ciento; solía vestir sombrero y traje de charro, se declaraba partidario acérrimo de la tortilla de maíz y el mole poblano y deshacía en elogios a la belleza del paisaje y a los encantos de la mujer mexicana; efectivamente tenía debilidad por las morenas, especialmente por la hija de un jardinero de la residencia de descanso que estableció en Cuernavaca, a quien llamaba "La India Bonita".

La emperatriz bellísima, refinada y encantadora, aunque un poco loca, deslumbró a la alta sociedad por la elegancia con que organizaba las recepciones y ganó simpatías entre los pobres por sus visitas y donativos a las instituciones de beneficencia, oficialmente se declaró que Carlota pretendía ser una madre para los mexicanos, lo cual emocionó a buena parte de la población e inspiró al implacable escritor Ignacio Ramírez, el Nigromante, para adjudicarle el apodo de Mamá Carlota. Además de la parte sana de la población, se declararon partidarios del Imperio casi todos los militares profesionales, la mayor parte de los burócratas felices porque Maximiliano empezó pagando puntualmente las quincenas, gran número de comerciantes y mucha gente timorata, que dominada por las intrigas de los conservadores y persuadidas de que el emperador pondría fin a la anarquía reinante en el país desde la guerra de independencia. Sin apremios de ninguna especie; el gobernador y el ejército de Yucatán se proclamaron imperialistas a ultranza, igual que muchos caciques regionales, como el latifundista jalisciense Francisco J. Velarde, apodado el Burro de Oro, quien era célebre porque vestía botas con tacones de oro y sombrero de charro bordado con piedras preciosas, pero sobre todo porque tenía en el pueblo la Barca un auténtico harem con docenas o cientos de mujeres, según la versión popular que a veces se acepta o no.

Muchos indígenas vieron en Maximiliano al mesías que iba a liberarlos de los mestizos y los criollos; los yaquis y los mayas pelearon a u favor y contra Juárez; uno de los imperialistas más entusiastas fue Manuel Lozada, cacique de los coras de Nayarit; por su puesto también se fueron a la cargada muchas personalidades del mundo artístico y literario, como la célebre cantante Angela Peralta, el ruseñor mexicano; Juan de Dios Peza, el poeta del hogar; el escritorzuelo español José Zorrilla autor de la pieza teatral Don Juan Tenorio y muchos otros intelectuales de menos fama. Zorrilla quien residía en México y ya era uno de los amos de la magia literaria de la época, fue nombrado con gran sueldo director del teatro imperial, un organismo inexistente, y Juan de Dios Peza trepó al carro del imperio nada menos que como ministro de guerra.

Fueron los conservadores quienes primero empezaron a desligarse de Maximiliano; el 15 de septiembre de su primer año de estancia en México, el emperador viajó a Dolores Hidalgo, inició de esta manera la tradición de los jefes de estado mexicano, que visitan algunas veces la cuna de la Independencia para participar en la ceremonia del grito; la maniobra agradó a los liberales moderados y disgustó profundamente a los conservadores, para quienes la fiesta nacional por excelencia, no era la relacionada con la actuación de Hidalgo, sino la que recordaba la entrada triunfal de Iturbide a la ciudad de México; poco a poco verían los conservadores que Maximiliano no deseaba gobernar con ellos y para ellos, sino con los liberales; inclusive Juárez fue invitado a incorporarse a la nómina de colaboradores del Imperio como presidente de la suprema corte de justicia; Juárez rechazó indignado la invitación; Maximiliano dejaba traslucir el desprecio que sentía por el rastacuerismo de la parte sana de la población y poco a poco se deshizo de los conservadores; el sanguinario Márquez fue enviado de embajador ante el imperio otomano Miramón, que se encontraba exiliado en Europa, entró secretamente a México y trató de ser admitido en el bando juarista; cuando fue rechazado, ofreció sus servicios a Maximiliano para sufrir primero la humillación de que lo pusieran a las órdenes de un coronel francés, (un oficial francés de cualquier grado, era, según el reglamento del imperio, el superior jerárquico de un general mexicano), y finalmente ser enviado como embajador en Berlín, Almonte acabó en Europa como agente diplomático, en su afán de armarle buenas voluntades al Imperio en 1862; el arzobispo Labastida había conseguido que el Papa Pío IX, resolviera favorablemente una solicitud presentada desde 1627, para que el beato Felipe de Jesús fuera elevado a la santidad, un honor que hasta entonces no había merecido ningún nativo de América; su decepción fue colosal, cuando Maximiliano confirmó en toda su validez las leyes liberales sobre la nacionalización de los bienes de la Iglesia, la libertad de cultos y prácticamente todas las leyes de reforma, además de decretar la censura gubernamental para las bulas y despachos que el Vaticano enviara a México. Antes de Maximiliano, los generales Foréy y Bazaine habían tomado las mismas medidas; de hecho los franceses y Maximiliano, fueron los consumidores de la Reforma en México, pues la parte sana de la población, no osó oponerles más resistencia que las murmuraciones y la queja de que los europeos habían resultado peores que Juárez.

Se ignora de dónde sacaron los imperialistas mexicanos la idea de que la intervención francesa les devolvería sus antiguos privilegios; para Napoleón III y aún más, para el progresista Maximiliano el absolutismo tipo Siglo XVI pero sin españoles (al que los conservadores mexicanos ansiaban regresar), era un sistema indigno de ser practicado por un hombre del Siglo XIX.

Maximiliano tenía la ilusión de crear en México el imperio más rico, culto, moderno y hermoso del planeta; creía firmemente en el mito de que México era el país más rico del orbe, una tierra pródiga donde cualquiera que no fuese un perezoso de remate, encontraría minas de oro y plata, con sólo tomarse el trabajo de rascar el suelo; lo único que faltaba en este edén era un gobierno sabio y capaz de conservar el orden y Maximiliano se creyó llamado a establecer ese gobierno.

Hermano del Emperador de Austria, Hungría y esposo de la hija del rey de Bélgica, Maximiliano distaba mucho de ser un segundón dispuesto a estrar en componendas para obtener una corona cualquiera; antes de aceptar el trono de México, había rechazado el de Grecia por considerarlo demasiado poco para él.

En sus primeras noches en México, Maximiliano y Carlota tuvieron que dormir en una mesa de billar, porque la cama que les instalaron en los reales aposentos del Palacio Nacional, estaba llena de chinches; pero ni aún así perdieron las disparatadas ilusiones que se habían forjado acerca de la riqueza y la potencialidad de México; el espíritu aventurero de Maximiliano y el aún más aventurero de Carlota, quien de además era sumamente ambiciosa, demostraría ser capaz de resistir todas las pruebas.

El agosto de 1865 el avance imperialista alcanzó su punto máximo: cuando los franceses ocuparon la parte sur del estado de Chihuahua nuevamente Juárez tuvo que huir; el día 15 se detuvo en el Paso del Norte, actual ciudad Juárez y temeroso de que el enemigo siguiera avanzando, se puso a indagar cuál sería el cerro más alto de Chihuahua, para instalar en la cumbre su gobierno, para su fortuna los franceses no creyeron prudente continuar al norte; la guerra de secesión ya se estaba disolviendo en favor de los antiesclavistas y a los franceses no les convenía acercarse a los puntos donde algún incidente desafortunado podría provocar encuentros armados entre sus fuerzas y la de los norteamericanos victoriosos.

Entre los liberales abundaban todavía los individuos dispuestos a sustituir a Juárez en la presidencia; inclusive cuando vivían las angustias de Saltillo, Degollado y González Ortega le pidieron que renunciara a favor de alguno de ellos. El 10 de diciembre de 1865, terminaba el período consistucional del gobierno, y González Ortega que todavía era Vicepresidente de la Suprema Corte de Justicia en funciones de presidente, exigió que le fuera entregado el mando; Juárez lejos de acceder, expidió varios decretos para prorrogar su propio período presidencial y convertir a González Ortega en un rebelde y proscrito.

Guillermo Prieto y otros liberales se separaron de Juárez, acusándolo de haber dado un golpe de estado; en realidad los derechos de González Ortega eran sumamente discutibles; su período en la suprema corte terminaba al mismo tiempo que el de Juárez, de manera, que por un error en la Constitución, en cierto momento, México quedaba sin Presidente y sin Vicepresidente a la vez; en circunstancias normales el congreso sería el llamado a deshacer el enredo, pero el congreso se había disuelto con la huída del gobierno y había otorgado facultades extraordinarias al Presidente, así Juárez estaba capacitado legalmente para prorrogar su propio mandato; por otra parte, un cambio de gobierno hubiera sido un disparate descomunal en aquellas circunstancias, con su tesón Juárez ya se había convertido en el símbolo de la resistencia nacional y el único elemento de cohesión entre la infinidad de grupos guerrilleros anónimos que brotaron en el país y que a fines de 1865 comenzaron a convertirse en la pesadilla de los invasores.

Al principio para aumentar su interés por la aventura intervencionista, Almonte aseguró a Napoleón que el fisco mexicano recaudaba cincuenta millones de pesos cada año, que los gastos normales del gobierno podían atenderse cómodamente con veinte millones y que por lo tanto sobraban treinta millones para pagar todas las deudas del pasado y los intereses de cualquier préstamo que bondadosamente se hiciera al gobierno mexicano una vez instalado el Imperio; la quiebra de México se debía única y exclusivamente a los turbios manejos de Juárez y sus compinches. La realidad era otra, en años normales se recaudaban alrededor de quince millones de pesos y en 1861 Juárez recaudó menos de nueve millones; Maximiliano pese a que elevó los impuestos y tuvo la colaboración de los conservadores, recaudó solo dieciocho millones anuales como promedio, una bicoca para el tren de vida que pretendía llevar. Durante el segundo semestre de 1864, Maximiliano ofreció 20 banquetes, 16 bailes, 12 recepciones de corte y 70 comidas íntimas; gastó 424,000 de pesos en reconstruir y redecorar el Castillo de Chapultepec, donde estableció su residencia y se fijó un sueldo de millón y medio de pesos anuales, contra treinta mil que ganaba Juárez; sus funcionarios liberales y conservadores mexicanos, pronto le parecieron una nulidad y dejándolos en condición de firmones, importó de Europa a todo un gabinete particular, que realizara el trabajo efectivo y cobraba sueldos elevadísimos, por otra parte el imperio debía pagar los intereses de las deudas reclamadas por Francia, Inglaterra y España, así como los gastos que ocasionaba mantener en México al ejército francés; Maximiliano trató de hacer economías negando fondos a los ramos de instrucción pública y mejoras materiales, pero inclusive así, gastaba como promedio más de setenta y dos millones al año y aún cuando hubieran sido verídicas las cifras que presentó Almonte, habría sido posible soste-

ner el imperio con los productos del país, para cubrir el colosal déficit se colocaron otros empréstitos en Europa y en un abrir y cerrar de ojos, Maximiliano adquirió deudas cerca de cuatrocientos millones de pesos, que sólo en intereses al seis por ciento, se llevaban veinticuatro millones, casi tres veces lo que en total recaudó Juárez durante 1861.

Resulta asombroso que ni Napoleón III, ni Maximiliano advirtieran que el imperio carecía de viabilidad económica, pues a Francisco Zarco le bastó analizar en su escritorio el tratado de Miramar, que regulaba las relaciones entre los emperadores, para pronosticar hasta en sus últimos detalles el desastre financiero que tenía que arrojar la intervención; el conocimiento perfecto de esta realidad, reforzaba la fe de Juárez en el derrumbe del imperio; del extranjero le llegaban además otras noticias que alegraban su ánimo: en Francia el alto costo de la intervención y los resultados inciertos de las operaciones, hábilmente explotados por los abtibonapartistas (como el escritor Víctor Hugo y el legislador Julio Fabre), redujeron catastróficamente la popularidad de Napoleón III ya muy desgastada por su política de tolerancia a la corrupción y al derroche en el sector obrero, el más afectado por la política gubernativa; surgió muy pronto el sentimiento revolucionario que unos años más tarde, determinaría la liquidación de Bonaparte; por si esto fuera poco, el ambiente internacional se tornaba irrespirable para el mandatario francés. Al producirse la ocupación de Veracruz los norteamericanos se desgarraban en la guerra secesionista y los franceses contaban con el gobierno de Washington no intentarían invocar su famosa doctrina Mónroy; en efecto el régimen de Lincoln puso en práctica una política de neutralidad frente al conflicto mexicano, reconoció a Juárez como mandatario legítimo, pero sin darle permiso para abastecerse de armas norteamericanas; en cambio permitió a los franceses la adquisición de transportes y pertrechos y hasta el reclutamiento abierto de mercenarios; en Estados Unidos, la guerra de secesión terminó en abril de 1865; los norteamericanos se vieron de pronto con un enorme ejército victorioso, que podía cobrar a los franceses los coqueteos secretos que habían tenido con los rebeldes surianos cuando les pareció probable que triunfara el sur y los Estados Unidos quedarán divididos para siempre. No tardaron en enviar a Napoleón una violenta nota, para exigirle que retira en breves plazos sus tropas de México; por añadidura comenzaron hacerse de la vista gorda cuando los juaristas compraban armas de contrabando en Estados Unidos.

Simultáneamente en Europa surgía una gravísima amenaza para Napoleón III al perfilarse Prusia como una gran potencia militar.

En julio de 1866 en la batalla de Sadowa, los prusianos derrotaron

al ejército austro-húngaro aliados a los franceses; y hasta para lo menos enterados pareció inminente el choque entre Francia y Prusia, que desde mucho tiempo atrás se disputaban la posesión de los territorios de Rhin. También en México las cosas marchaban de mal en peor para Napoleón III; sus tropas llegaron a ocupar el noventa por ciento del país, pero el control era ficticio, como escribió un periodista. En realidad el dominio de los franceses no va más allá de la tierra que pisan, y del alcance de sus rifles y sus cañones; a medida que conocieron mejor a los invasores, los campesinos empezaron a desorientarlos dándoles informes falsos, quemando cosechas para privar de alimentos a los europeos y protegiendo a los guerrilleros. Las guerrillas fueron la pesadilla del General Bazaine; atacaban a la hora que menos esperaban y se desvanecían al abrigo de la noche y al cobijo de la sierra; "los ejércitos mexicanos, es inútil preguntar por ellos", escribió el Nigromante, Ignacio Ramírez. "Los ejércitos se forman y se desvanecen como las nubes en una tempestad y sin embargo la tempestad sigue, preguntad más bien, dónde está la guerra; está en las costas con sus enfermedades hostiles para todos los invasores, en las sierras que se levantan a las inmediaciones de ambos mares, en las madres sin hijos, en los huérfanos, en las viudas, en el entusiasmo que forma para la juventud una epopeya de cada triunfo nacional, en la lira del poeta, en la aprobación de la conciencia, en la complicidad del partido liberal en Francia, en España, en Inglaterra, en el aplauso de las demás naciones, en la impaciencia de los Estados Unidos, en la indignación del clero, en nuestros deberes, en nuestras virtudes, en nuestros vicios".

El indio Carvajal en las huastecas, el español archimexicano Nicolás Régules en Michoacán, el viejo Chávez que a sus setenta años sacudió al invasor en Aguascalientes, Nicolás Romero el más famoso de todos, quien luchaba en las fronteras mismas de la ciudad de México, Ignacia Rieche, mujer de 50 años y viuda de un coronel, que vestía de hombre y comandaba un escuadrón de caballería en Michoacán, fueron los guerrilleros más distinguidos.

Como medida defensiva los franceses importaron a un aventurero apellidado Dupín, que formó contraguerrillas auxiliado por mercenarios de varios países. La quema de pueblos y el ahorcamiento de sospechosos medidas favoritas de Dupín, sólo consiguieron aumentar el número de rebeldes; para celebrar la represión, el 3 de octubre de 1865, Maximiliano firmó una ley que ordenaba fusilar a los patriotas o sospechosos de serlo, algo equivalente a "ajústalos y después averiguas" de épocas posteriores; el resultado fue el crecimiento de la rebelión y la muerte de millares de franceses. Cientos de europeos solidarizados con la resistencia mexicana, desertaron de su ejército se pasaron al de los patriotas. La

guerra hizo también surgir caudillos extraordinarios, que poco a poco fueron formando grandes ejércitos; el de occidente, Ramón Corona; en el noreste, Mariano Escobedo, el lugarteniente de Vidaurri y en el sur, Porfirio Díaz. El 31 de octubre de 1866 Díaz tomó Oaxaca, un lugar ideal para actuar militarmente contra el reducto conservador de Puebla; Mazatlán el 13 de noviembre y Guadalajara el 19 de diciembre, cayeron en poder de Corona; Escobedo se apoderó gradualmente de todo el noreste. México fue el Waterloo de Napoleón III; tarde o temprano los patriotas seguramente habrían expulsado del país al ejército intervencionista si la suma de circunstancias adversas no hubiera obligado al emperador de Francia a anunciar el 22 de enero de 1866, el retiro gradual de sus tropas.

Sin el ejército ni la ayuda económica francesa, los únicos apoyos con que Maximiliano podía contar, era el ejército mexicano imperialista, integrado por gentuza que sólo actuaba por la paga y los nada desprendidos conservadores nacionales. Maximiliano pensó en la abdicación, pero la medida lo hubiera hecho aparecer en Europa como un cobarde y un iluso, que había caído en una trampa para bobos; desprestigiados en tal forma, la vida se le haría sencillamente imposible.

Juárez debía dar por lo menos una última batalla; en su afán de procurarse nuevos apoyos, llegó hasta concebir el proyecto de decretar una especie de reforma agraria que lo hiciera popular entre los indios, pero por supuesto los partidarios no iban a permitirle semejante cosa. Se decidió entonces que Carlota marchara a Europa y desplegando su vehemencia y su encanto personal, persuadió a Napoleón III de la conveniencia de reconsiderar su decisión; Carlota salió de Veracruz el 13 de julio de 1866; días antes cuando pasaba por Puebla dió muestras de locura al ponerse a revisar como hinoptizada los cuartos de la casa donde se alojó. En Veracruz actuó históricamente hasta que pusieron en el barco la bandera del imperio mexicano; las causas de la locura de la emperatriz han sido objeto de muchas especulaciones; una de las más notables es que Carlota deseosa de dar a Maximiliano el hijo que no había podido concebir, se sometió al tratamiento de una bruja mexicana que tenía fama de curar la infertilidad; la bruja, juarista eboscada, administró a la princesa unos hongos que gradualmente le hicieron perder el juicio; sea lo que haya sido, Carlota viajó a París y fracasó en sus esfuerzos para conmovier a Napoleón; viajó entonces al Vaticano y ofreció al Papa todos los privilegios que deseara la Iglesia en México a cambio de su apoyo; tampoco consiguió nada y entonces enloqueció por completo.

Desde la salida de la emperatriz los patriotas mexicanos vislumbraban

ron el próximo fin de la aventura imperial; un caudillo de los guerrilleros, el escritor Vicente Riva Palacio, quien consechaba triunfos importantes en Michoacán, compuso entonces la letra de la canción de protesta, que había de convertirse en himno de la lucha chimeca: "alegre el marinero con voz pausada canta y el ancla levanta, con extraño rumor; la nave va en los mares botando cual pelota adiós mamá Carlota, adiós mi tierno amor. de la remota playa te mira con tristeza, estúpida nobleza el mocho y el traidor; el hondo de su pecho ya siente la derrota, adiós mamá Carlota, adiós mi tierno amor".

El 12 de marzo de 1867, abandonaron el país los últimos soldados invasores; en total se embarcaron 1,100 oficiales y 22,234 soldados franceses, 4,500 austríacos y 800 belgas; Maximiliano después de muchos titubeos, optó por permanecer en México entregado a la protección de los conservadores, los cuales veían en el de Habsburgo su tabla de salvación, pues sabían que un triunfo juarista los condenaría a ser víctimas de represalias terribles; dijeron a Maximiliano. "Un Habsburgo no huye ante el peligro; éste ligó su suerte a la de aquellos hombres que tanto despreciaba".

Miramón y Márquez regresaron precipitadamente de sus puestos diplomáticos para hacerse cargo del ejército imperial; ellos no consideraban que la situación fuese tan desesperada; disponían de 15,000 hombres, bastante bien armados y además, dinero que tuvieron al finalizar la guerra de tres años, confiaban en que podrían contener al enemigo y aún así, Maximiliano abandonara la lucha, ellos quedarían como jefes de su facción; Maximiliano quiso tener un gesto de realeza, y decidió abandonar la ciudad de México; para no exponerla a los horrores de un sitio prolongado, al frente de un ejército imperial de 9,000 hombres se estableció en Querétaro. El 29 de febrero acababan de abandonar el país las tropas extranjeras y 21,000 liberales al mando de Escobedo iniciaron el sitio de la ciudad; los liberales sólo tenían que esperar a que los imperialistas se comieran el último kilo de frijoles y tomaron la cosa con calma; a la cuarta semana de sitio, las cosas empezaron a agravarse para los imperialistas, por lo cual Maximiliano decidió ordenar a Márquez que evadiera el cerco y fuese a la capital por refuerzos; acompañaba a éste, el traidor Vidaurri, convertido para entonces en el jefe del gabinete imperial; ya para llegar a la capital, Márquez se enteró de que Porfirio Díaz atacaba Puebla, por lo que decidió ir en auxilio de esa ciudad donde se encontraba el principal almacén de armas y municiones de los conservadores.

El 2 de abril, para ahorrar tiempo a la llegada de Márquez, Díaz decidió tomar Puebla por asalto, lo cual consiguió; Márquez se vió forzado

entonces a organizar la defensa de la ciudad de México que Díaz no tardaría en atacar; en Querétaro la resistencia continuó hasta el 15 de mayo, fecha en que un exfavorito de Maximiliano, el coronel Miguel López, entregó a los sitiadores el convento de la Cruz, a través del cual fue posible penetrar a la plaza. Maximiliano, Miramón y su lugarteniente el cacique Tomás Mejía, cayeron prisioneros; el día 20 Márquez entregó la capital a las fuerzas de Díaz, logró ocultarse seis meses, después huyó a Estados Unidos. Vidaurri, capturado en un intento de fuga, murió fusilado.

A medida que avanzaban sus fuerzas, Juárez mudó su gobierno de Paso del Norte a Chihuahua, después a Durango, luego a Zacatecas, más tarde a Aguascalientes y antes de llegar a la ciudad de México donde pronunciaría su célebre frase "Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz", hizo alto en San Luis Potosí, para dar resolución a un dilema: ¿qué hacer con Maximiliano? En Europa nadie dudaba de que el emperador sería puesto en libertad y devuelto a su país, no se podía ajusticiar a un monarca como si fuese un plebeyo cualquiera; pero Maximiliano fue juzgado y sentenciado a morir ante un pelotón de fusilamiento; el mundo recibió la noticia con estupor; Juárez fue bombardeado con peticiones de amnistía y cuando las desoyó todos los periódicos europeos y muchos norteamericanos lo presentaron como un salvaje asesino. A barruntarse el fracaso de las peticiones, como último recurso del embajador austriaco en Washington, dirigió al departamento de estado una petición de que intercediera en favor de Maximiliano, señalando que Estados Unidos tenía derecho de pedir a Juárez "que respete a los prisioneros de guerra, puesto que los triunfos del partido liberal en México son debido en gran parte al apoyo moral del gobierno americano".

Muchos periódicos de Estados Unidos dieron por cierta la tesis del embajador austriaco y cínicamente sostuvieron, que en realidad la victoria de Juárez se debía casi por entero al apoyo norteamericano; el embajador de Estados Unidos dirigió a Juárez una insolente nota en que le exigía, en nombre de la civilización que perdonara la vida de archiduque.

En el mismo senado norteamericano los legisladores Chandler, Fowler, Nye Howard y otros, protestaron por el envío de la nota; uno de ellos fue más allá, al declararse avergonzado por la política de hipócrita neutralidad que su gobierno había adoptado en dos ocasiones frente al conflicto mexicano: primero, cuando impidió a los patriotas adquirir armas a Estados Unidos y en cambio vendió provisiones y ele-

mentos de transporte a los invasores, y después cuando hizo el gran negocio con la venta clandestina de armas.

“¿Por qué no protestó el mundo civilizado por el asesinato de 10,000 patriotas mexicanos con apego a la ley del fusilamiento y se horroriza en cambio por el ajusticiamiento del que había firmado la monstruosa ley?” clamaron los senadores amigos de México, para luego agregar que “el deudor de gratitud era Estados Unidos, ya que los años críticos de 1862 y 1863 los liberales mexicanos detuvieron el avance de los invasores franceses que hubieran deseado contribuir a que los rebeldes sureños se independizarán.

Juárez por medio de Sebastián Lerdo de Tejada, justificó la negativa a conceder el indulto con estas palabras: “La guerra civil puede y debe terminar con la reconciliación de los partidos, pero para eso es esencial que el gobierno quite los elementos de disturbios probables”. El 19 de junio, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados; una ley, expedida poco después de la llegada a México de la expedición intervencionista, facultaba a Juárez para proceder así; la misma ley, señalaba terribles castigos para los que colaboraran con el imperio; después de recuperar la capital, los juaristas se encontraron una lista de 104,000 individuos que habían solicitado empleo a los invasores, pero no les aplicaron la ley porque, según explicó un funcionario juarista, “si lo hiciéramos nos quedaríamos sin partido liberal”.

En los años siguientes a los de su triunfo sobre el imperio, Juárez gozó de amplio prestigio internacional; la guerra franco prusiana estalló en 1870, el 4 de septiembre del mismo año, Napoleón fue depuesto y un grupo de revolucionarios franceses, envió a Juárez un cargamento de vinos, procedente de las cavas imperiales en reconocimiento por la ayuda que significó para los antibonapartistas la lucha de los patriotas mexicanos.

Como reconocimiento adicional, Juárez fue nombrado diputado honorario al parlamento de Francia; el presidente mexicano correspondió dignamente a las atenciones, lejos de atizar la xenofobia como lo habría hecho Santa Anna, se esforzó por hacer comprender a su pueblo que una cosa era Napoleón III el pequeño y otra el pueblo francés.

En Italia los patriotas de Garibaldi que luchaban por la unificación de su país a la que se oponía Napoleón III, vieron en Juárez un aliado y un símbolo de la libertad; entre la infinidad de niños, hijos de patriotas, que en aquella época fueron bautizados con el nombre de Benito, se contaba el futuro del dictador Mussolini. Un secretario de estado nor-

teamericano declaró que, en su concepto Juárez había sido un hombre más grande que el mismo Lincoln; los subdesarrollados carecían de voz para proclamar sus sentimientos ante el mundo, pero en gran medida consideraban a Juárez un campeón de sus aspiraciones y aplaudieron a la legislatura colombiana que otorgó al caudillo mexicano el título de Benemérito de las Américas. Irónicamente en México la opinión estaba muy dividida, desde luego, los conservadores siguieron considerando a Juárez como la moderna encarnación de Satanás, en tanto que muchos liberales persistieron en acusar a su caudillo de ser poco inteligente y de estar poseído por un ansia incontrolable de poder. Al convocar a elecciones presidenciales después del triunfo sobre el imperio, Juárez organizó un plebiscito tendiente a acrecentar las facultades del ejecutivo y disminuir las del legislativo; obró a espaldas del Congreso y por consecuencia fue tachado de dictador.

Realmente no podría decirse que Juárez haya sido un ideólogo a la altura de la definición clásica; su parte en el proceso creador de las Leyes de Reforma fue sumamente deslucida y en este renglón su mérito se redujo a la firmeza sin venganzas con que aplicó la ley. Ni siquiera el más exaltado de los juaristas, afirmó jamás que su ídolo hubiese sido un hombre ingenioso o de charla brillante, pero en cambio Juárez poseía el don de saber descubrir a los mejores hombres, ponerlos a trabajar y aprovechar al máximo sus chispas de ingenio; la firmeza de su carácter era otra valiosa cualidad, sobre todo, a Juárez debe considerársele autor de la liquidación del vendepatrismo en México, acusarlo ahora de vendepatrias por haber aprobado el tratado de Mc Lane-Ocampo, es tanto como tachar a Lázaro Cárdenas de cómplice de las empresas extranjeras, por haberles permitido explotar vandálicamente la riqueza petrolera mexicana hasta el 17 de marzo de 1938; los expropió el 18.

14.- RESTAURACION DE LA REPUBLICA.

Antes de Juárez el vendepatrismo fue práctica común a todas las facciones políticas y después del triunfo sobre la intervención francesa el recurso de enajenar territorio nacional quedó completamente desprestigiado, al punto de que no ha vuelto a surgir ningún político que se atreva a proclamarlo o utilizarlo.

Igualmente Juárez contribuyó a formar una nación con lo que había sido hacinamiento caótico de grupos humanos dispersos; antes de Juárez los gobiernos mexicanos actuaban como si dudasen de su propia existencia a menos que los países europeos y de Estados Unidos les otorgaran el reconocimiento diplomático; todavía antes de la intervención, el Secretario de Relaciones juarista acudió humildemente a la residencia de los embajadores de Inglaterra y Francia (en lugar de llamarlos a su oficina como se estiliza en los países que no son colonias disfrazadas y hasta en algunas que sí lo son), para poner en sus manos el decreto de suspensión de pago de la deuda extranjera y los diplomáticos se negaron a recibir al Secretario.

Terminada la contienda, lejos de implorar el reconocimiento de los embajadores europeos, Juárez los expulsó del país por su complicidad con los imperialistas y de paso les informó que estaría dispuesto a reanudar las relaciones, solamente que prometieran tener en el futuro un comportamiento más correcto hacia México; Juárez merece el título de gran hombre, por la fe que demostró en el derecho de su patria a conservar la independencia, fue puesto a prueba en las condiciones horrosas de 1861 (en las que cualquier individuo normal hubiera desistido de la lucha, para sentarse en el suelo a llorar sus desventuras) por haber estado a la altura de los mejores hombres de la nación. Pero de ninguna manera fue el ser perfecto que presentan los oradores oficialistas. Con justicia se reprocha a Juárez su sed de poder, que lo llevó a aferrarse a la presidencia, cometiendo los acostumbrados fraudes electorales; la disculpa que Juárez ofreció al respecto, fue, la de que los mexicanos no estaban acostumbrados a votar, y ni en verdad sentían deseos de hacerlo y si el gobierno no hace las elecciones, quién las va a hacer.

Con el licenciamiento de gran parte del ejército, una vez asegurada la paz, surgieron incontables gavillas de bandidos y para combatirlos Juárez creó un cuerpo policíaco que actuaba sin el menor respeto por las garantías individuales; por ello se le ha atribuido al héroe la invención de la ley fuga, tomando en consideración las condiciones imperantes, es explicable, aunque no justificable, esta actitud del glorioso indio de Guelatao.

El fervor con que Juárez proclamaba su respeto a la Constitución y la forma como violaba el espíritu del documento, hacen pensar que ante la ley aplicaba la famosa fórmula del "se acata, pero no se cumple", que conocía también por su condición de indígena colonial.

Por otra parte Juárez respetó muchos aspectos democráticos: el congreso estaba repleto de enemigos suyos y ningún diputado sufrió persecuciones, el Poder Judicial actuaba con absoluta independencia frente al ejecutivo, el federalismo apoyado por caciques como el chihuahuense Terrazas y el sonorese Pesqueira, tuvo plena vigencia, la ruidosa prensa opositora gozó de amplia libertad. Una virtud que reconocen a Juárez, amigos y enemigos por igual, es la de su honradez inmaculada. Vivió con su familia en un entresuelo del Palacio Nacional, su esposa y sus hijas vestían con limpieza y corrección, pero jamás se les vieron alhajas; la gran distracción de la familia Juárez era dar un paseo vespertino por las calles de la ciudad a bordo de un carruaje desvencijado y tirado por caballos flacos, que ni siquiera eran de su propiedad, sino de la presidencia. Vivían con sobriedad y humildad.

El país famélico que Juárez recibió, carecía casi por completo de ferrocarriles y proporcionaba escuela primaria sólo al doce por ciento de sus niños; Juárez puso en marcha la construcción del gran primer ferrocarril mexicano, que iba de Veracruz a la capital y proporcionó escuela acerca del dieciocho por ciento de la población infantil; la modestia de los avances se justifica al tomar en cuenta la pobreza infinita del medio en que se realizaron; la industria, reflejo del país entero, estaba tan atrasada que los veracruzanos importaban hielo de Cuba.

Benito Juárez murió el 18 de julio de 1872 de una afección cardíaca que, según creencia muy extendida, se le agravó por el dolor que le había producido unos meses antes el fallecimiento de su esposa, la vivaz, dinámica y comprensiva Doña Margarita. El 27 de febrero del siguiente año, Antonio López de Santa Anna regresó a México, con permiso del nuevo Presidente Sebastián Lerdo de Tejada; el caudillo contaba 80 años de edad, y llevaba dieciocho en el exilio. Después de la invasión norteamericana, al ser expulsado de México, se había ido a Cuba y luego a Turbaco, para trasladarse posteriormente a la Isla Antillana de Santo Tomás, entonces colonia danesa, que como tal no ponía trabas a los exiliados latinoamericanos que realizaban actividades subversivas; hoy día, Santo Tomás es dependencia norteamericana; a los turistas que visitan la isla se les muestra habitualmente, lo que queda de la gran casa que habitó Santa Anna y se le informa que el caudillo mexicano derrochaba tanto dinero, que provocó una perniciosa inflación en el lugar.

Cuando se produjo la invasión francesa, Santa Anna recibió noticias de que los invasores pensaban nombrarlo duque de Veracruz, y en febrero de 1863 se hizo presente en el puerto, pidió permiso para continuar su viaje hasta la ciudad de México, pidiendo ponerse a las órdenes de Maximiliano, pero los franceses decidieron que su presencia sería más estorbosa que útil y lo obligaron a reembarcarse; más tarde, al ver que naufragaba el imperio de Maximiliano, Santa Anna ofreció su colaboración a Juárez y fue desairado; entonces viajó a Estados Unidos a ofrecer sus servicios a los norteamericanos para el caso de que quisieran poner al frente de México a alguien dispuesto a venderles otro pedazo de territorio, los norteamericanos lo desairaron y Santa Anna viajó a Sisal Yucatán, creyendo que su presencia provocaría un levantamiento general de la población a su favor; lo único que logró fue que lo hicieran prisionero y lo encarcelaron primero en Campeche y luego en San Juan de Ulúa, para después ser condenado por los jueces, a 8 años de destierro que pasó en la isla de Nassau; al regresar a México, Santa Anna estableció su residencia en una casa cómoda, pero relativamente modesta, (que todavía existe en la calle capitalina de Bolívar); ahí le tocó vivir el infierno de los ídolos sin culto, ya no tenía amigos, ni inspiraba odio, ni repulsión, ni siquiera lástima, sino solamente la más gélida de las indiferencias.

Doloritas su esposa, cargó con la tarea de ahuyentar a los vivales que periódicamente se acercaban al anciano, para tratar de venderle huesos de pierna, que afirmaban eran los mismos que en 1845 exhumó la plebe capitalina en el cementerio de San Paulo; cuando los arrastraban burlonamente por las calles de la ciudad, se cuenta que Doloritas contrató a varios individuos para que hicieran antesala en la casa del caudillo y le dijeran que el país lo necesitaba, lo cual daba ánimos al anciano para seguir respirando. Antonio López de Santa Anna falleció la noche del 20 al 21 de junio de 1876 a los 82 años de edad, dicen que no murió de enfermedad, sino de una inmensa tristeza.

15.- EL PORFIRISMO

En 1830, en un cuartucho del mesón de la Soledad, en Oaxaca, su padre José de la Cruz administraba el establecimiento en el que alquilaba pesebres y rincones donde dormir a los arrieros que pasaban a la ciudad; para completar el gasto trabajaba un barco de herrería y brindaba sus servicios de veterinario práctico atendiendo las bestias enfermas de sus huéspedes. Cuando Porfirio tenía tres años de edad, José de la Cruz, murió en una epidemia de cólera que azotó al país; doña Petrona Mory la madre viuda, no pudo administrar eficientemente el mesón, tuvo que abandonarlo e instalarse en una casa de las orillas de la ciudad donde ganaba una miseria tejiendo rebozos en compañía de sus tres hijas; Porfirio se vio obligado a trabajar desde que tenía uso de razón; además de Porfirio, su madre debería mantener tres hijas y otro hijo Félix, el benjamín de la familia.

Tanto don José de la Cruz, como doña Petrona eran indios mixtecos con bellísima mezcla de español; ambos representaban el prototipo del mexicano luchón que se las ingenia para sobrevivir en la más espantosa de las adversidades. Como herencia única e inapreciable, Porfirio recibiría el carácter de sus progenitores. Mientras estudiaba la primaria, Porfirio fue aprendiz de carpintero y zapatero, cuando llegó a la adolescencia, consiguió ser admitido en el seminario de Oaxaca y para ayudar a doña Petrona aprendió a reparar carabinas y pistolas, jugando con pólvora un día le produjo quemaduras en la nariz a su hermano Félix, el cual fue conocido desde entonces con el apodo de el "Chato".

De Porfirio Díaz el joven se decía en Oaxaca, que era un chayote por el modo como espinaba a cuantas personas tomaban contacto con él; alto y fortachón a base de golpes y pedradas se hizo repetir en un medio que lo menospreciaban por pobre. Se dice que llegó a portar machete bajo la capa de seminarista que muy pronto se convirtió el terror de sus compañeros. Cierta día un prominente abogado de Oaxaca lo empleó para que diera clases de latín elemental a su hijo, éste, abogado zapoteca que se había encumbrado en la sociedad oaxaqueña, gracias a sus actividades como dirigente del partido liberal, cobró efecto a Porfirio y en las frecuentes visitas de este último a su casa le transmitió los lineamientos de sus doctrinas políticas que Porfirio abrazó con ardor porque resultaba el mejor medio de abrirse paso en un ambiente dominado por los conservadores. Cuando le faltaba solo un año para ordenarse, Porfirio comunicó a doña Petrona su deseo de abandonar el sacerdocio e inscribirse en el instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca para seguir la carrera de abogado. Tras lloriquear tres días enteros, doña Petrona cedió; Porfirio fue alumno del institu-

Cuando se produjo la invasión francesa, Santa Anna recibió noticias de que los invasores pensaban nombrarlo duque de Veracruz, y en febrero de 1863 se hizo presente en el puerto, pidió permiso para continuar su viaje hasta la ciudad de México, pidiendo ponerse a las órdenes de Maximiliano, pero los franceses decidieron que su presencia sería más estorbosa que útil y lo obligaron a reembarcarse; más tarde, al ver que naufragaba el imperio de Maximiliano, Santa Anna ofreció su colaboración a Juárez y fue desairado; entonces viajó a Estados Unidos a ofrecer sus servicios a los norteamericanos para el caso de que quisieran poner al frente de México a alguien dispuesto a venderles otro pedazo de territorio, los norteamericanos lo desairaron y Santa Anna viajó a Sisal Yucatán, creyendo que su presencia provocaría un levantamiento general de la población a su favor; lo único que logró fue que lo hicieran prisionero y lo encarcelaron primero en Campeche y luego en San Juan de Ulúa, para después ser condenado por los jueces, a 8 años de destierro que pasó en la isla de Nassau; al regresar a México, Santa Anna estableció su residencia en una casa cómoda, pero relativamente modesta, (que todavía existe en la calle capitalina de Bolívar); ahí le tocó vivir el infierno de los ídolos sin culto, ya no tenía amigos, ni inspiraba odio, ni repulsión, ni siquiera lástima, sino solamente la más gélida de las indiferencias.

Doloritas su esposa, cargó con la tarea de ahuyentar a los vivales que periódicamente se acercaban al anciano, para tratar de venderle huesos de pierna, que afirmaban eran los mismos que en 1845 exhumó la plebe capitalina en el cementerio de San Paulo; cuando los arrastraban burlonamente por las calles de la ciudad, se cuenta que Doloritas contrató a varios individuos para que hicieran antesala en la casa del caudillo y le dijeran que el país lo necesitaba, lo cual daba ánimos al anciano para seguir respirando. Antonio López de Santa Anna falleció la noche del 20 al 21 de junio de 1876 a los 82 años de edad, dicen que no murió de enfermedad, sino de una inmensa tristeza.

15.- EL PORFIRISMO

En 1830, en un cuartucho del mesón de la Soledad, en Oaxaca, su padre José de la Cruz administraba el establecimiento en el que alquilaba pesebres y rincones donde dormir a los arrieros que pasaban a la ciudad; para completar el gasto trabajaba un barco de herrería y brindaba sus servicios de veterinario práctico atendiendo las bestias enfermas de sus huéspedes. Cuando Porfirio tenía tres años de edad, José de la Cruz, murió en una epidemia de cólera que azotó al país; doña Petrona Mory la madre viuda, no pudo administrar eficientemente el mesón, tuvo que abandonarlo e instalarse en una casa de las orillas de la ciudad donde ganaba una miseria tejiendo rebozos en compañía de sus tres hijas; Porfirio se vio obligado a trabajar desde que tenía uso de razón; además de Porfirio, su madre debería mantener tres hijas y otro hijo Félix, el benjamín de la familia.

Tanto don José de la Cruz, como doña Petrona eran indios mixtecos con bellísima mezcla de español; ambos representaban el prototipo del mexicano luchón que se las ingenia para sobrevivir en la más espantosa de las adversidades. Como herencia única e inapreciable, Porfirio recibiría el carácter de sus progenitores. Mientras estudiaba la primaria, Porfirio fue aprendiz de carpintero y zapatero, cuando llegó a la adolescencia, consiguió ser admitido en el seminario de Oaxaca y para ayudar a doña Petrona aprendió a reparar carabinas y pistolas, jugando con pólvora un día le produjo quemaduras en la nariz a su hermano Félix, el cual fue conocido desde entonces con el apodo de el "Chato".

De Porfirio Díaz el joven se decía en Oaxaca, que era un chayote por el modo como espinaba a cuantas personas tomaban contacto con él; alto y fortachón a base de golpes y pedradas se hizo repetir en un medio que lo menospreciaban por pobre. Se dice que llegó a portar machete bajo la capa de seminarista que muy pronto se convirtió el terror de sus compañeros. Cierta día un prominente abogado de Oaxaca lo empleó para que diera clases de latín elemental a su hijo, éste, abogado zapoteca que se había encumbrado en la sociedad oaxaqueña, gracias a sus actividades como dirigente del partido liberal, cobró efecto a Porfirio y en las frecuentes visitas de este último a su casa le transmitió los lineamientos de sus doctrinas políticas que Porfirio abrazó con ardor porque resultaba el mejor medio de abrirse paso en un ambiente dominado por los conservadores. Cuando le faltaba solo un año para ordenarse, Porfirio comunicó a doña Petrona su deseo de abandonar el sacerdocio e inscribirse en el instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca para seguir la carrera de abogado. Tras lloriquear tres días enteros, doña Petrona cedió; Porfirio fue alumno del institu-

to de 1849 a 1854, en los últimos meses desempeñó trabajo de bibliotecario y pasante de abogado, es completamente falsa la idea que se tiene, de que era casi analfabeto; todo lo contrario, sabía expresarse vigorosamente por escrito con algunas faltas de ortografía y su hablar era claro y agradable, aunque hasta el fin de sus días siguió pronunciando incorrectamente 'maíz' por maiz.

Sus primeros actos de armas, los hizo al lado de una gavilla liberal que encabezaba un tal Francisco Herrera, al lado de este cabecilla, Porfirio tomó parte en sus primeros combates, acciones de poca monta que no vale la pena detallar. Una vez derrocado Santa Anna, Porfirio ocupa el puesto político del distrito oaxaqueño de Iztlán; por esas fechas Benito Juárez, llegó a Oaxaca como gobernador; el triunfo de los liberales tenía fuera de sí a los militares del ejército federal; para desalentar sus sublevaciones Juárez y otros gobernadores establecieron una Academia estatal, donde la guardia nacional y las milicias sujetas al mando de los gobernadores recibiría adiestramiento especial para ponerla en condición de hacer frente a cualquier sublevación de los militares profesionales.

En los primeros días de 1858 estalló la guerra de Tres Años, Benito Juárez asumió la presidencia, perseguido por el gobierno militar conservador que se apoderó de la capital de la República. Trasladó su gobierno a Veracruz, durante tres años consecutivos el país estuvo envuelto en una guerra si cuartel que hicieron los bandos rivales. Esta terrible lucha dio ocasión a Porfirio Díaz de ganar varios ascensos: a mayor el 12 de abril de 1858, por haber deshecho a una gavilla conservadora; a teniente coronel dos años más tarde y, a coronel, poco después; como premio otra serie de triunfos de mediana envergadura obtenidos en la región de Tehuantepec' en una batalla le metieron una bala que trajo clavada dos años enteros, por falta de un médico competente que se la sacara. Félix se unió a Porfirio en la lucha; el 20 de octubre de 1860, ambos derrotaron a los conservadores que ocupaban Oaxaca y el nombre de Porfirio empezó a adquirir resonancia nacional.

Porfirio quiso continuar su marcha victorioso por el centro de la república pero sus soldados se negaron a seguirlo más allá de los límites de su entidad: Llegó sin embargo, con un puñado de fieles a la ciudad de México a tiempo para participar en el desfile del primero de enero de 1861, con el que los liberales festejaban el triunfo. A mediados de 1861, Porfirio Díaz, fue electo diputado Federal y debía mudarse a la capital de la república; para nada participó en los explosivos debates parlamentarios de la época, pero cuando se recibió en el congreso la noticia de una gavilla conservadora que había matado al caudillo liberal

Santos Degollado, Porfirio tomó la palabra y solicitó en calidad de licencia para separarse de su curul y marchar en persecución de los asesinos. La licencia fue concedida y en premio a su valiente intervención en varias acciones bélicas, Porfirio Díaz fue ascendido a general brigadier; tenía entonces 31 años de edad. Porfirio Díaz entró a la capital el 21 de junio; ese mismo día cometió el infantil error de enfrentarse a Juárez en el terreno de la política. Haciéndola de falso cincinati anunció su propósito de volver a la vida civil, y presentó su renuncia a su cargo y entregando al gobierno 300 mil pesos que le habían sobrado después de pagar todos los gastos de su ejército; con esto último, eminentemente, buscaba hacer quedar mal a otros jefes liberales que en su mayoría eran poco escrupulosos. Por supuesto, un general no puede renunciar al mando de sus tropas antes de que se establezca un gobierno capaz de conservar el orden; Juárez ni siquiera se dignó a contestar la carta-renuncia. Prosiguió su viaje hasta la capital, donde debía hacer su entrada triunfal el 15 de junio; Porfirio Díaz, tuvo que encargarse de garantizar la recepción popular.

El 15 de octubre de 1867 hubo elecciones presidenciales, lanzado como candidato por sus partidarios, Porfirio Díaz, obtuvo 2709 votos contra 7422 de Juárez. La inmensa popularidad del presente en aquellos elementos convenció a Díaz que no podría hacer otra cosa que retirarse por un tiempo de la escena política.

Se refugió así, en la hacienda 'La Noria' —extensa propiedad situada a corta distancia de la capital oaxaqueña, que el gobierno estatal le había regalado como premio de sus servicios—; allí aparentó dedicarse a las labores agrícolas; nacieron sus primeros dos hijos legítimos: Porfirio Germán y Camilo, muertos a poco de nacer igual que la primera hija, Luz, nacida en 1871. La esposa de Porfirio Díaz, Delfinita, era hija de una hermana de él y un abogado oaxaqueño —quien la sedujo y la abandonó—. El matrimonio entre parientes cercanos era usual en la época, pero la consanguinidad de Porfirio y Delfinita causó taras muy notorias a su descendencia.

Mientras esperaba el momento propicio para volver al escenario político, Porfirio Díaz, fabricaba pólvora y fundía cañones en los talleres secretos que levantó en "La Noria". Félix, su hermano, había ascendido a gobernador en su estado y tenía 2 mil hombres bajo su mando; azuzaban a Porfirio Díaz varios políticos para quienes la figura de Juárez les resultaba insoportablemente antipática, o bien, estaban despechados porque el presidente no les dió los puestos que deseaban. El principal de todos ellos era el oaxaqueño Justo Benítez, además el escritor Ignacio Ramírez, "El Nigromante" el periodista Irineo Paz y

los licenciados Protasio Tagle y Manuel M. Zamacona, los generales caciques del noroeste Jerónimo Treviño y Francisco Naranjo, (quienes estaban irritados; porque Juárez les estaba rompiendo el monopolio del contrabando que ejercieron durante la guerra), y los generales caiques, Trinidad García de la Cadena de Zacatecas y Donato Guerra de Durango; ninguno de los arriba mencionados veían a Díaz como su caudillo; en el fondo lo consideraban como un simple instrumento para alcanzar lo que ambicionaban.

En noviembre de 1871, los porfiristas lanzaron su plan de 'La Noria' en el que solicitaban un régimen y presentaban el lema "sufragio libre, no reelección" y terminaba con la frase "que ningún ciudadano se imponga ni perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución"; pero pocos se unieron al movimiento. Entre botella y botella de coñac, el general juarista Sóstenes Rocha, aplastó en el norte a Treviño, Naranjo y García de la Cadena. En Oaxaca, Félix Díaz, tuvo la ocurrencia de meterse a la Sierra de Ixtlán —el terruño de Juárez— donde los indios de la comarca le dieron muerte a palos y pedradas. Porfirio Díaz anduvo a salto de mata disfrazado de arriero y de cura hasta aparecer nada menos que en Nayarit, al pueblo del cacique Manuel Losada, ex-partidario de Maximiliano, quien al frente de sus coras y sus huicholes, pretendía restaurar el imperio azteca. Díaz imploró a Losada que secundara su revuelta, el cacique lo trató con frialdad aunque sin contestar negativamente; luego, el 18 de julio 1872, Juárez murió y Lerdo ascendió automáticamente a la presidencia; entonces, Losada hizo las paces con Lerdo y ordenó a Díaz que abandonara sus dominios.

En Sinaloa, Chihuahua, Durango y Zacatecas, Porfirio Díaz se unió a Donato Guerra y anduvo haciendo esfuerzos desesperados por revivir las revueltas; Lerdo decretó una amnistía general y a poco Díaz se fué quedando solo.

En octubre de 1873, él mismo se acogió a la amnistía. El fracaso se unió a Porfirio Díaz en el desprestigio total; quiso encerrar su desdicha en 'La Noria' pero la hacienda había sido saqueada por las tropas juaristas. Un amigo de Tlacotalpan, Veracruz, le facilitó dinero para alquilar un terreno cerca del Papaloapan y allí pasó Díaz un buen tiempo dedicado al cultivo de la caña. En Tlacotalpan nacieron Porfirito y Aurora Victoria Luz, los primeros hijos de Delfina que lograron sobrevivir.

Lerdo subió a la primera legislatura con la mentalidad de un burócrata que considera logrado su derecho de disfrutar tranquilamente

de una canonjía; por decidía dejó que pasaran los años sin reorganizar su gobierno para desplazar a los juaristas y favorecer a sus partidarios, los que, naturalmente, se sintieron defraudados y lo abandonaron.

Entre sus virtudes, Lerdo tuvo la de haber permitido una libertad de prensa sin límites, los periódicos lo atacaban con saña pero él ni siquiera se daba por aludido considerando que los atacantes eran tan inferiores culturalmente a él, que sólo merecían un desprecio olímpico.

Esa actitud le valió el odio de Vicente Riva Palacio, director del periódico "El Ahuizote" y compositor de la letra "Mamá Carlota" y la enemistad de Filomeno Mata, el director del diario del "Hogar", ambos terminaron incorporándose al porfirismo. Mata ingenuamente creyó que Díaz iba a restituir la libertad democrática mancillada a su juicio por Juárez y Lerdo. Durante el régimen de Lerdo se inauguró el primer gran ferrocarril que hubo en México de la capital a Veracruz. La obra le valió aplausos a Lerdo, aunque Juárez fue quien lo impulsó, pero al mismo tiempo abundaban los críticos que acusaban al presidente Lerdo y decían que impedía la construcción de más ferrocarriles por ser excesivamente anti-yanqui, lo que desalentaba a los inversionistas norteamericanos.

En 1874 Díaz volvió al congreso como diputado, pronunció algunas frases demagógicas y en diciembre de 1875 abandonando en secreto la ciudad de México para reaparecer en Texas, donde aparentemente anduvo gestionando con los coyotes el contrato ferroviario y la entrega de fondos a cambio de la promesa de favorecer sus pretensiones cuando acabara la revuelta. Hacia la primera mitad de enero de 1876, fue publicado el plan de Tuxtepec igual en el fondo al de La Noria con un agravante: las elecciones presidenciales debían de celebrarse en julio; era seguro que Lerdo tratara de reelegirse, pero todavía aun no la había hecho y por lo tanto resultaba una desvergüenza total revelarse contra la reelección antes de que esto ocurriera. Al principio se pensó que el Plan de Tuxtepec correría la misma suerte que el de la Noria; en varias partes del país hubo levantamientos aislados que no llegaron a preocupar al gobierno, el 2 de Abril de 1876, Porfirio Díaz regresó al país ocupando Matamoros; lo acompañaban unos cuantos centenares de partidarios, siguió hacia Monterrey, donde lo acompañaban Treviño y Naranjo, con sus fuerzas y antes de llegar a la capital neoleonesa, al llegar al rancho El Icamole, fue atacado por los soldados lerdistas; se cuenta que Porfirio quedó tan deprimido que lloró en presencia de sus hombres por lo cual le quedaría el apodo del "Llorón de Icamole".

El 26 de octubre el congreso declaró "reelecto a Lerdo de Lejada";

el presidente de la suprema corte, José María Iglesias, declaró ilegal la reelección para que sus funciones de vicepresidente pudieran ascender interinamente un presidente reelecto Lerdo de Tejada, un interino Iglesias y un provisional designado por el plan de Tuxtepec. Porfirio Díaz, el enredo confundió a los hombres de armas; unos creyeron que debieran seguir a Lerdo de Tejada, y otros a Iglesias y Porfirio aprovechó la confusión. Porfirio Díaz entró a la capital el 6 de diciembre, poco después hacía huir a lerdistas e Iglesias por igual; el 12 de febrero del siguiente 1877, se celebraron las elecciones presidenciales que dieron a Díaz las riendas del poder; desde luego la situación del país era poco propicia para alentar esperanzas de que cuajara un gobierno estable; por los gastos extraordinarios que hizo para combatir la rebelión, Lerdo dejó la tesorería en bancarota; no había dinero siquiera para pagar el sueldo al ejército; los caminos hervían de bandidos y militares deseosos de participar en cualquier aventura que les ofrecieran esperanza de llevar algo a sus estómagos vacíos. El País que Porfirio Díaz empezó a gobernar el 23 de Noviembre de 1876 todavía necesitaba mucho para merecer el nombre de nación, por sus regionalismo cerrado y sus guardias nacionales que desafiaban al ejército federal: los gobernadores eran una especie de señores feudales que atendían sólo los negocios propios y los de su entidad. Juárez y Lerdo habían avanzado un trecho apreciable en la dirección de controlarlo, aun así los gobernadores seguían teniendo aduanas estatales en las que cobraban ruinosas alcabalas a cuanta mercancía procedente de otras regiones llegaban a sus dominios; con lo cual crecían catastróficamente los precios e impedían el desarrollo de una industria nacional.

La situación internacional tampoco era tranquilizadora: Juárez había roto relaciones con países europeos que apoyaron la intervención francesa.

América Latina veía a México como un pariente pobre y molesto con el que era preferible no tener tratos íntimos.

Estados Unidos había negado reconocimiento al régimen de Porfirio Díaz; en Washington imperaba Rutherford B. Hayes, un republicano llevado a la presidencia por medio de las elecciones más sucias de la historia norteamericana.

Urgido de ganar popularidad, Hayes no tardó en encontrar la manera de buscar una guerra con México; el recurso lo permitiría apaciguar a los insatisfechos, repartiendo las tierras arrebatadas al vecino débil y distribuyendo contratos para abastecimiento de equipo bélico, así como reducir la desocupación llamando a filas a la infinidad de desem-

pleados que merodeaban en las ciudades norteamericanas.

En los periódicos norteamericanos merodeaban los editoriales del género habitual, esos resaban, palabras más palabras menos, por lo general que México llamaba la puerta de Estados Unidos en demanda de protección contra los bandidos, solicitando ser anexado o convertirlo en protectorado.

Porfirio Díaz, encontró un excelente diplomático en Manuel María de Zamacona, su representante oficioso en Estados Unidos; Zamacona atizó la codicia de los inversionistas, machacando la tesis de que México ofreció oportunidades fabulosas a los empresarios dispuestos a invertir en su suelo. El gobierno mexicano ansiaba darles toda clase de concesiones generosas ¿para qué entonces emprender una guerra que a fin de cuentas tendría que ser pagada con los nuevos impuestos que se arrancaría a los hombres de negocios? un centenar de magnates norteamericanos aceptaron una invitación de Zamacona para visitar México y observar de primera mano la situación, Porfirio Díaz los colmó de atenciones y fiestas, "que inteligente es el general Díaz, apenas acaba de relacionarse con los gringos y ya aprendió a decir "yes" a "todo" —comentó un periódico satírico—, pero Porfirio Díaz sabía lo que estaba haciendo: por falta de relaciones con Europa, necesitaba a los magnates norteamericanos no solo para mermar a Hayes (efectivamente el reconocimiento se produjo en 1878), sino también para desarrollar la economía del país: los norteamericanos estaban acostumbrados a arriesgar sus capitales, y se conformaban con que éstos les redituaran un 6^o/o o un 8^o/o anual; en cambio los ricos mexicanos consideraban ruinoso cualquier negocio que redituara menos del 12^o/o anual. Prácticamente nunca acometían empresas más aventuradas que las de comprar casas o terrenos, con ellos no se podía contar para nada importante.

Zamacona en el campo diplomático, Justo Benítez en el de la maniobra política, Manuel González en Guerra y Marina, fueron los colaboradores más hábiles que consiguió Porfirio Díaz entre sus compañeros del plan Tuxtepec

La paz resultó menos difícil de conservar de lo que parecía; la gente estaba hastiada de revueltas y como Lerdo no inspiraba grandes simpatías, Porfirio tuvo libertad para convertirse en la mano de hierro que anhelaba el país. El general Escobedo acaudilló dos revueltas lerdistas pero fracasó por falta de apoyo y acabó aceptando su reincorporación al ejército, con lo cual sus partidarios se sintieron traicionados y abandonaron la lucha. En el campo, Díaz emprendió una ofensiva re-

lámpago para acabar con el bandidaje; su principal instrumento fue el cuerpo de guardias rurales. Una creación juarista, en este cuerpo dió cientos de empleos a cientos de militares desmovilizados y bandidos puros, pero con deseos de rehabilitarse, lo que pasó redujo la desocupación y entre todos hicieron redadas de bandoleros y sospechosos de serlo.

Se calcula que en el plazo de dos años fueron ahorcados y ejecutados con base en la ley fuga unos 10 mil individuos; entre los muertos hubo con seguridad una infinidad de inocentes pero los rurales justificaban su actitud diciendo "no importa, allá en la otra vida El Señor escogerá a los buenos"; este método permitió establecer a corto plazo una completa seguridad en los caminos.

En junio de 1879 el gobernador de Veracruz comunicó a Díaz que las tripulaciones de un par de barcos de la armada conspiraban para desatar otra revuelta lerdistista, Díaz le contestó telegráficamente con un orden histórica: "Mátalos en caliente". A fin de cuentas los revoltosos no llegaron a atacar, pero el gobernador acabó sus días rematadamente loco. Se puso a detener supuestos cómplices e hizo fusilar a nueve. El crimen sacudió al país. Díaz apoyó a sus secuaces evitando que se les sometiera a juicio político. En última instancia los fusilamientos harían saber a todo mundo que el gobierno no estaba dispuesto a tolerar revoltosos.

En 1878 en cumplimiento del Plan de Tuxtepec, Díaz promovió dos reformas a la Constitución: La primera quitó al presidente de la Suprema Corte de Justicia, la función de Vicepresidente de la república y como tal adversario en potencia del presidente; la segunda prohibió la reelección presidencial pero con un añadido; excepto después de un período de 4 años. Era obvio que Díaz trataría de reelegirse, una vez transcurrido ese período; quedó entonces la interrogante de quién sería su sucesor. Desde luego se pensó en Justo Benítez que pasaba por ser cerebro de Díaz y además controlaba a la mayoría de diputados. Como Díaz no quiso comprometer su apoyo a los benitistas, éstos intentaron dar madrugete y postularon la candidatura de su cabecilla con la esperanza de crear una corriente de opinión suficientemente poderosa como para obligar a Díaz a aceptar el hecho consumado y apoyar a Benítez. Pero Díaz hizo ver a éste que su postulación era prematura; faltaba más de un año para las elecciones y en ese lapso Benítez se podría quemar, consecuentemente la mejor era que marchase a Europa, al regresar se le daría el apoyo oficial a su candidatura.

Benítez obedeció y mientras se hallaba fuera del país estalló una

diabólica campaña de prensa para achacarle todos los errores de Díaz y presentarlo como una influencia nefasta para el caudillo. Furioso Benítez emprendió el regreso a México sólo para enterarse que Díaz ya había declarado candidato a su compadre y secretario de guerra Manuel González. "Manuel es el candidato del ejército, tuve que apoyarlo por que representa la única garantía de paz, (le dijo a Benítez); a tí sólo te apoyan los civiles, pero si te aguantas un poco a tí será el próximo que te toque sentarte en la silla", le dijo Porfirio Díaz.

Benítez le reprochó su traición y llevó adelante sus trabajos como candidato independiente. Pero la mexicana institución de irse a la cargada, hizo sentir sus efectos y en breve tiempo Benítez se quedó sin partidarios. El 1o. de diciembre de 1880 Manuel González asumió el cargo presidencial. Para las camarillas políticas no había duda que se había iniciado un juego cuatrienal en el que Díaz y González se turnarían a la Presidencia, llevando González el papel de títere; las cosas se desarrollaron de manera muy distinta, al finalizar su primer año de gobierno González se encontraría en la tesorería con un superávit nunca visto de un millón de pesos. A él le había tocado cosechar los frutos de la siembra de concesiones ferroviarias hechas por Díaz, de manera que al finalizar su régimen el país tendría 5 mil 732 km. de vías férreas contra 640 que dejó Lerdo; la gente quedó fascinada por la rapidez de la construcción y el rugido de las locomotoras. Millares de hombres encontraban trabajo en las vías.

González dispuso de fondos para pagar puntualmente a militares y burócratas y por un momento su popularidad alcanzó niveles insospechadamente altos.

Nombrado secretario de fomento en el gabinete de González a Porfirio Díaz le tocó estar en la inauguración del ferrocarril México-Cuautla, cuya concesión había dado a su amigote el General Carlos Pacheco y en la que participaría también Delfín Sánchez, el más hábil coyote y prestanombres del régimen porfirista, célebre por su habilidad para conseguir concesiones y venderlas rápidamente a inversionistas extranjeros; la vía estaba pésimamente construída y a los 3 días de funcionar el flamante ferrocarril sufrió un accidente que produjo más de 300 muertes.

Los diputados gonzalistas no tardaron en solicitar que se abriera una investigación para determinar si el desastre era atribuible como se decía, a corruptelas del gobierno de Díaz. González dejó abierta la investigación por espacio de un año, con ello hizo saber a su compadre que los tratos entre ambos se iban a desarrollar sobre la base del tú

por tú y que Porfirio debía suprimir las habladurías que andaba soltando en el sentido de que González no era más que un pelele suyo.

Ocho meses antes de que Porfirio dejara la presidencia, la abnegada Delfina Ortega falleció, dejando a su marido en la condición del viudo más codiciado de México. Esta circunstancia hizo que posteriormente Porfirio Díaz se casara con Carmelita Romero; él tenía 51 años y Carmelita 17. Para entonces ya se había formado una poderosa camarilla gonzalista que hacía todo lo posible por desplazar y nulificar a los partidarios de Díaz; afortunadamente para éste la situación financiera había dado un vuelvo espectacular; el superávit había desaparecido y González experimentaba una angustiada necesidad de fondos; en un país impreparado para recibir inyecciones repentinas de dinero, la inflación hacía terribles estragos en las capas más necesitadas de la población.

Se necesitaba además pagar los subsidios concedidos a las empresas ferroviarias y el gobierno no tenía fondos con qué hacerlo. Los periódicos seguían atacando ferozmente a González; en un arranque de ira, éste hizo aprobar una ley en que se suspendían diversas garantías a la libertad de expresión; hasta en eso trabajaría González involuntariamente para su compadre. Pasado el coraje inicial se olvidó de la ley y en cambio Díaz basó en ella su implacable persecución a los periodistas.

El 10. de diciembre de 1884 tuvo lugar el cambio de gobierno; se cuenta que Porfirio Díaz exclamó: "qué angustias se pasan lejos de esta silla, pero ahora que he vuelto a sentarme en ella no se la soltaría ni a mi madre".

En 1887 el Congreso aprobó la reelección de Porfirio Díaz por un período adicional de 4 años a fin de premiar su gran obra y permitir que siga impulsando el progreso del país. Asegurada así la Presidencia para el período 1888 - 1892, en 1890 los legisladores aprobaron la reelección indefinida al reformar el artículo 79 de la Constitución en el sentido de que simplemente dijera: El presidente entrará a ejercer su función el primero de diciembre y durará en su cargo 4 años; fue ese, palabra por palabra el texto primitivo de la Constitución de 1857 para cuya reforma se había desatado la revuelta de la Noria y Tuxtepec.

Pocas veces un dictador se ha atrevido a proceder tan cínicamente ante un país entero como lo hizo Porfirio Díaz: Para concentrar en sus manos todos los resortes del Poder, Díaz siguió en buena medida el ejemplo de Benito Juárez, quien al ver lo difícil que resultaba gobernar en el marco constitucional de 1857 con un poder ejecutivo sumamente

débil y sometido a la gritería y a las intrigas de un legislativo subdesarrollado, aprovechó el control que ejercía sobre la maquinaria electoral para llenar las cámaras de incondicionales que le permitieron ejercer un régimen tildado de dictatorial sobre los opositores.

Como el país progresaba de manera espectacular y había más oportunidades de empleo y de hacer negocios lucrativos que en ninguna otra época, la mayoría de la nación parece haber estado feliz con lo que hizo Porfirio Díaz; hacia 1890 las líneas ferroviarias ya sumaban cerca de 10 mil kilómetros de longitud. En el campo, según la leyenda circulante, se disfrutaba de tanta seguridad que se podía dejar tirado en los caminos un costal lleno de oro sin que nadie se atreviera a tocarlo.

Los apaches que asolaban Chihuahua y Sonora fueron definitivamente sometidos; hacia 1885 el mismo Porfirio Díaz había progresado, ya sabía comer con cubiertos, cuidaba de la limpieza de sus uñas, se hacía lustrar los zapatos y ya no daba órdenes a gritos, sino empleando la voz pausada del estadista.

La estabilidad de la dictadura de Díaz se basó en la aplicación de una política llamada oficialmente de conciliación y llamada popularmente de Pan y Palo.

En cierta ocasión el dictador pronunció una reveladora frase: "aún cuando le rezen a Dios, los hombres esperan recompensa".

Tradicionalmente en México se había acostumbrado que las camarillas que tomaban el poder arrojaran a los salientes a las calles sin empleo, difamados y perseguidos; los salientes no tardaban en organizar revueltas para echar a la calle a sus enemigos y dar una vuelta más en el círculo vicioso. Porfirio Díaz acabó con esa costumbre; desde luego su suegro y muchos otros lerdistas fueron acomodados en el gobierno junto con gran número de juaristas famélicos; lejos de parar en el bando liberal, Díaz nombró Secretario de Hacienda a Manuel Doblado, un excolaborador de Maximiliano de Habsburgo; esta medida ganó para el caudillo el aplauso de la pseudoaristocracia. El apoyo del Clero se ganó mediante un trato de caballeros: el gobierno contendría a los funcionarios jacobinos que atacaban a los eclesiásticos; permitiría extraordinariamente la reapertura de conventos y se haría de la vista gorda cuando la iglesia organizara procesiones públicas y volviera a adquirir propiedades; a cambio el Clero se abstendría de financiar revueltas y renunciaría a seguir insistiendo en que se le devolviera el monopolio de la educación y que fueran derogadas las leyes de Reforma para no enfurecer a los jacobinos; las leyes seguirían apareciendo en los códigos, pero sin

tener vigencia real. A falta de fondos en la tesorería en 1884 Díaz otorgó a sus partidarios concesiones para abrir casas de juego o de prostitución, permisos para traficar con el contrabando, autorizaciones veladas para que los generales hicieran negocio con los salarios de la tropa y los fondos destinados alimentar la caballada con patente de impunidad. Romero Rubio, su suegro, monopolizó la explotación de los garitos; cada establecimiento pagaba una suma diaria a título de disimulo, el comandante policiaco del sector respectivo, pasaba a su jefe una parte del soborno y éste entregaba otra a Romero Rubio, quien a su vez daba indispensable participación a Porfirio Díaz. El método no era novedoso, se comenzó a aplicar desde los tiempos de Hernán Cortés; lo practicaron asiduamente los virreyes y llegó al México Independiente como una de las herencias más dañinas del régimen colonial. Hacia 1887 mediante la construcción de nuevas vías férreas el país conoció un período de auge; el gobierno obtuvo ingresos por 40 millones de pesos, el doble de 7 años atrás. Además Francia e Inglaterra ya estaban invirtiendo grandes cantidades en México. Díaz, que en el tiempo de Manuel González había declarado el reconocimiento de la deuda externa sería una medida inmoral o injusta, reconoció la deuda sin previo anuncio y sin que nadie se atreviera a oponersele; con esto los valores mexicanos obtuvieron amplia aceptación en Europa. Gracias a los ferrocarriles el valor de las tierras aumentaba prodigiosamente; ahí había materia excelente para elaborar un plan político. Desde 1874 operaba la ley de baldíos, o sea, los terrenos jurídicamente sin dueño cuya extensión y ubicación eran desconocidas para el gobierno; se quería averiguar el dato y como el gobierno carecía de fondos para efectuar los deslindes, se aprobó encomendar la tarea a particulares que, por efectuar los trabajos, se quedaba con un tercio de los terrenos deslindados y podía comprar a precio ínfimo otro tercio; la tercera parte restante, por supuesto la peor, pasaba a ser propiedad del gobierno. Muchos de los baldíos eran en realidad terrenos que las comunidades indígenas venían cultivando desde siglos atrás sin preocuparse por arreglar los documentos que demostraban su propiedad; así fueron arrojados a la mendicidad millares de infelices.

Se cuenta que en una ocasión visitó a Díaz un jefe Quicapú para informarle que los deslindadores de Coahuila estaban avanzando sobre sus terrenos; Porfirio le contestó que eso era posible ya que la ley preveía maneras de protección para los propietarios tradicionales; como el Quicapú insistiera en lo dicho, Díaz le pidió que le dijera cómo podía llevarse a cabo el despojo; el indígena se sentó en la orilla del sillón que ocupaba Díaz y poco a poco fue empujándolo a un lado y cuando cayó al suelo le dijo: así.

De cualquier forma Díaz no concedía importancia a esas pequeñeces. El pan, desde los contratos más jugosos hasta el más insignificante de los empleos burocráticos, estaba reservado para la clase media y alta que por su relativa ilustración y sus tradiciones podían causar problemas al gobierno; para los indígenas y los pelados (el 80% de la población), solamente había palo. También para los opcionistas el castigo era "el Palo" en la forma de encarcelamiento arbitrario, multas juntas excesivas para los comerciantes o profesionistas que osaban expresarse mal del gobierno, despido de ostracismo para los burocratas y en casos extremos, balas disparadas por los rurales de Romero Rubio o por los matones de su policía secreta que asesinaban en duelos a los enemigos del régimen.

Antes de Díaz los gobernantes mexicanos acostumbraban corromper a uno que otro periódico o periodista para que los adulara o enlodara a sus rivales. Díaz, guiado por un proverbio de su propia invención "Pero con hueso en la boca ni ladra ni muerde", incitó a la casi totalidad de todos los periódicos y periodistas a recibir embustes con lo cual en poco tiempo adquirieron un interés concreto en defender al gobierno; cada secretaría daba embutes a determinados periódicos, esto se prestaba para calumniar a los rivales del secretario que los corrompía y en esta forma se creaba una ilusión de pluralidad y de una cierta libertad de prensa. Se podía usar inclusive saña en los ataques de los secretarios pero la persona del dictador era inviolable. Aparentemente la mayoría de los periodistas se sintieron felices de que les pusieran el bozal de oro como se le llamaba al embute; los escasos rebeldes fueron a parar a la sección resevada a los periodistas en la inmundia cárcel de Belén o a las mazmorras de San Juan de Ulúa, como ocurrió en el tuxtepecano Filomeno Mata, el incorruptible Joaquín Calusell y los apostólicos hermanos Flores Magón y algunos más.

Dominar los poderes legislativo y judicial resultó fácil: durante el período de 1884-1888, Díaz dejó a los legisladores en plena libertad para que lo atacaran en las cámaras; ahí conoció a los opositores y tranquilamente borró sus nombres de las listas de las elecciones siguientes; los magistrados de la suprema corte de justicia, los jueces y los agentes del ministerio público acataron hasta las más inmundas consignas mediante simples promesas de ascenso o amenazas de cese.

Al recobrar la presidencia en 1884, Díaz ya tenía de gobernadores a una mayoría de militares mansos o civiles dóciles, sólo quedaban los caciques más turbulentos, a quienes fue necesario dar tratamiento especial; el Zacatecano Trinidad García de la Cadena fue asesinado en 1886, Treviño y Naranjo, los amos del noreste, fueron nulificados me-

dante el envío de sus territorios como comandante militar al implacable general porfirista, Bernardo Reyes, quien los sometió amenazándoles con quitarles sus fortunas y desbaratarles el negocio del contrabando. Esta demostración de fuerza bastó a los caciques poderosos de Hidalgo y Puebla para declararse porfiristas ardientes.

En 1884 Romero Rubio había intentado hacerse pasar por incondicional de Porfirio Díaz, empezó a formar camarillas con la esperanza de llegar a la presidencia en las elecciones de 1888. Las habladurías a oídos de Díaz, quien proclamó "¡Qué va!, a Don Manuel lo tengo para echarle mis pulgas, es mi pararrayos; mi segundo, Justo Benítez, lo tengo para que le achaquen todo lo que hago mal y para que a mí me aplaudan por todo lo bueno".

Sin embargo Romero Rubio siguió politiqueando; Díaz lo enemistó entonces con el secretario de hacienda Dublan, que también se creía presidenciable; en 1886 cuando fue asesinado el general García de la Cadena, Díaz concluyó el proceso de nulificación del suegro indicándole que se fijara muy bien en lo que le pasó a Don Trino; Romero Rubio se dio finalmente por vencido y dejó de grillar y se consagró a sus robos y a beber y a comer a sus anchas en el Jockey Club. Romero Rubio murió en 1895 con la conciencia tranquila por haber entregado a la iglesia limosnas suficientes para lavar sus pecados de saqueador de catedrales. Dublan falleció en 1891; con la muerte de estos personajes concluyó la etapa en que el caudillo estuvo considerado como un hábil, pero vulgar dictador del mundo latinoamericano.

En 1893 año en que José I. Limantour fue nombrado secretario de hacienda se iniciaría una segunda etapa en la cual Porfirio Díaz alcanzó la estatura de procer y estadista de talla universal.

Al finalizar el año fiscal 1894-95 el país recibió la asombrosa noticia de que el gobierno había operado con un superávit de 2 millones de pesos.

En el período de 1895-96 el sobrante todavía fue mayor 5 millones sin excepción. El régimen porfirista arrojaría nuevo superávit en los años siguientes.

El autor de semejante milagro había sido el secretario de Hacienda José I. Limantour y para realizarlo no necesitó elevar desconsideradamente los impuestos ni reducir los gastos habituales. Bajo su dirección se introdujeron sistemas modernos y racionales que dieron mayor eficiencia al aparato burocrático. Las alcabalas fueron suprimidas lo cual

revitalizó al comercio, la industria y la agricultura y la deuda exterior se renegoció a medida en que México pagara réditos menores por los empréstitos menores a liquidar. Lo anterior y la existencia de condiciones internacionales bastante favorables dieron una sólida base financiera que permitió al país adquirir patente universal de respetabilidad.

José I. Limantour nació en la ciudad de México en el año de 1854; su madre fue una francesa de la vida galante llamada Adela Marquet y su padre un ricachón que se había negado reconocerlo como hijo; después del nacimiento del chiquillo, Adela se casó con otro francés, José Limantour, quien había tenido líos en la California con la fiebre de oro, y al ser expulsado de San Francisco, recaló en México donde abrazaría la causa del juarismo; al triunfo de los liberales, Juárez lo premió facilitándole adquirir varias propiedades eclesiásticas que con el tiempo lo convertirían en archimillonario. Limantour dió su apellido al chiquillo José Ives lo matriculó en los mejores colegios y lo envió a Europa a perfeccionar sus estudios. Así adquirió José Ives sólida educación, porte elegante y gustos reginados que lo harían brillar en las tertulias del Jockey Club; una vez reinstalado en México, además fue un brillante profesor de economía y funcionario de las confianzas de Romero Rubio, al casarse con María Cañas, una amiga íntima de Carmelita, su prominencia social quedó incommoviblemente asegurada.

A Limantour le tocó sepultar el período porfirista en que el robo fue descarado, el mangoneo burdo y la administración una cloaca; bajo sugestión desapareció casi por completo la mordida; en los niveles inferiores de la burocracia, en cambio, se introdujeron sistemas refinados de saqueo por lo cual se diría que Limantour simplemente dotó a la antigua cloaca de una fosa séptica. Entre tanto "Romero Rubio reunió a varios jóvenes y formó una asociación política que tomó el nombre de "Unión Liberal"; la unión celebró una convención en la que los miembros cumplieron puntualmente con el encargo de ofrecer la candidatura reeleccionista pero queriéndose pasar de listos redactaron un embrión de programa de gobierno y un proyecto de ley para asegurar la independencia del poder judicial por medio de la inmovilidad de los funcionarios de ese ramo, lo cual equivaldría a quitarle una pata a la dictadura y dejarla coja. Díaz por supuesto aceptó la reelección, dejó que el proyecto de ley elaborada por la unión liberal se apoyara en la cámara de diputados, pero impidió su discusión en la de senadores y a fin de evitarse problemas de ese tipo en los comicios de 1892, 1896 y 1900, otra vez encomendó a su círculo de amigos la realización de la farsa electorera. Los jóvenes de la unión se encogieron de hombros resignadamente; después de todo, ellos la pasaban bien y la dictadura de Díaz les resultaba preferible a la inestabilidad política de épocas anteriores. Por recoge-

miento patriótico, según dirían, seguían colaborando con el dictador, aunque si renunciaban a sus vagas aspiraciones democráticas, se este modo pensaban: Cuando desapareciera el dictador podría asegurarse la trasmisión pacífica del poder a individuos ilustrados, capaces de dirigir al país sabia y civilmente, individuos como ellos mismos, por ejemplo.

Con estas ideas como modelo se forma de amañera espontánea la camarilla a la que el público apodaría de los científicos. Los científicos se enorgullecieron de que se les llamara así. Soberbios, bandidosillos y muy pagados de sí mismos se habían colocado muy por encima de la mayoría de los mexicanos en ilustración e inteligencia y no ocultaban el menosprecio que les inspiraban las burlas del resto de la sociedad. El caudillo de ellos era Romero Rubio; después de que murió éste, la jefatura de la camarilla pasó al secretario de Hacienda Limantour, el científico de más alta categoría; como una especie de subjefe quedó el oaxaqueño Rosendo Pineda, quien empezó a figurar como secretario privado de Romero Rubio y luego ascendió a subsecretario de gobernación encargado de manipular la cámara de senadores; otros científicos prominentes fueron los hermanos Pablo y Miguel Macedo.

Porfirio Díaz reconoció el valor que estos hombres tenían para la buena marcha de su administración y para premiar el reconocimiento patriótico los nombró abogados consultores de diversas secretarías, jefes de comisiones de estudios de proyectos de ley y sobre todo, en gestores de contratos para explotar las riquezas naturales o la construcción de obras públicas; casi todos se enriquecieron de manera escandalosa; las excepciones fueron Pineda, cuyas ambiciones no estaban orientadas hacia la riqueza, sino al poder y los escritores Sierra y Bulnes, quienes murieron siendo pobres de solemnidad porque el dinero nunca les interesó. Típica de las provechosas operaciones que idearon los científicos, fue la compra de los ferrocarriles. Hacia 1898 Limantour presentó un inteligente plan para ampliar la red ferroviaria, retrasarla de acuerdo con los intereses propios de México y no del mercado de exportación de las naciones dueñas de la red y procurar que las empresas pasaran a poder del gobierno mexicano; la conveniencia de estas medidas se encuentra fuera de discusión, cosa que no ocurriría con la manera en que fue revisado el plan. En 1908 se presentaron condiciones favorables para llevar a cabo la adquisición, pues la empresa que operaba el ferrocarril a Cd. Juárez estaba al borde de la quiebra y la de Laredo preveía malos tiempos para un futuro cercano, ambas, las más importantes para el país, estaban magníficamente dispuestas a vender sus acciones a buen precio; decidida la compra fue necesario adquirir fondos para cerrar la operación y con este fin el gobierno mexicano emitió bonos que se colocarían en los mercados de Europa.

Lo honesto habría sido que el gobierno vendiera directamente la emisión para ahorrarse el pago de intermediarios, pero Limantour la entregó al Banco Nacional, en cuyo consejo de Administración figuraban varios científicos para que la vendiera con un fantástico 10% de utilidad. Por otra parte en el momento que se llevó a cabo la compra de los ferrocarriles, las acciones se cotizaban a precio muy bajo, el gobierno pudo haberlas adquirido directamente en las bolsas de valores pero la operación fue concomedada a unas casas de corretajes, propiedad de un hermano de Limantour, quien además obtuvo un préstamo sin garantía para adquirir las acciones; luego el hermano las vendió al gobierno con fuertes recargos. Se calcula que en esta operación se defraudaron al gobierno 50 millones de pesos.

Díaz conoció todos los detalles de estos chanchullos, pero no se atrevió a deshacerlos; ignorante de todo lo que se refiere a finanzas pensaba que su secretario de Hacienda era un mago y se ponía feliz cuando le señalaba los superávits acumulados en las arcas nacionales: 65 millones de pesos en 1910, los cuales jamás debieron quedar improductivos, sino invertidos en promover el desarrollo del país, o por lo menos en reducir la deuda exterior de 440 millones de pesos que dejó el porfirato; el mágico sistema limanturista se reducía a conseguir préstamos para hacer creer al dictador en el superávit. Aún con lo que tenía de engañosa la actitud de Limantour, resultaba infinitamente más útil que la desarrollada por todos los Secretarios de Hacienda anteriores a él. Semejante hazaña determinó que ya para 1896 se le comenzara a dar la calidad de presidenciable; las próximas elecciones se realizarían en 1900, para esas fechas Porfirio cumpliría 70 años y no era improbable que decidiese tomar un merecido descanso; en cambio Limantour estaría en la flor de los 46 años y el país entero aplaudiría que se premiase su brillante actuación instalándolo en la presidencia de la República; antes de que Díaz le hablara al respecto, Limantour se apresuró a jurar que él era ajeno a las murmuraciones y jamás cometería el crimen de aspirar a la primera magistratura, ya que se consideraba sólo un técnico anheloso de servir lealmente a Porfirio Díaz en la tarea de forjar un México de maravilla. Paralelamente, sin embargo, hizo propagar la versión de que llegado a la cúspide de su carrera no le quedaba más remedio que renunciar a su cargo y consagrarse al disfrute de su fortuna.

Díaz necesitaba mantener a Limantour en su gabinete tanto por su eficiencia como porque los inversionistas extranjeros habían llegado a ver en el secretario de Hacienda a su favorito. La garantía más sólida de sus intereses a medida que se acercaba el fin del siglo XIX era Limantour. Díaz informó a Limantour que se preparase para tomar a su

cargo la presidencia, pues él se sentía cansado y necesitaba liberarse de la obligación de seguir conduciendo los destinos del país. Se trataba de una orden amistosa de una decisión convenientemente madurada que Limantour debía acatar en beneficio de la patria. Díaz manifestó que no preveía dificultades para que Limantour pudiera desempeñar convenientemente el cargo presidencial, excepto su falta de apoyo en el ejército. Para subsanar esto, había pensado en dejarle un buen secretario de guerra, por ejemplo el general Bernardo Reyes, jefe militar y gobernador de Nuevo León y cacique del noreste, quien además de ser ampliamente respetado por los soldados era un hombre de confianza absoluta.

Bernardo Reyes tenía 50 años de edad en 1900, era nativo de Guadalajara e hijo de un inmigrante nicaragüense y de una dama tapatía de condición modesta. Luchó en la guerra contra los franceses en el ejército de Ramón Corona y a los 28 años obtuvo el grado de coronel; aunque combatió a los rebeldes del Plan de Tuxtepec, Díaz lo perdonó para enviarlo a Sonora con el encargo de llevar a cabo diversas operaciones de pacificación; una vez demostrada su eficiencia en 1885 fue nombrado comandante militar de Nuevo León, lo que implicaba tener en jaque a los caciques Treviño y Naranjo, que para entonces todavía preocupaban a Díaz. Reyes cumplió cabalmente con su cometido y en premio fue nombrado gobernador de N. L.; hombre excepcionalmente activo y que supo ganarse la simpatía de sus gobernados, Reyes hizo obras públicas notables y dio facilidades para que floreciera la industria, lo que determinó que bajo su imperio Monterrey dejara de ser un pueblucho de 15 mil habitantes, para convertirse en una ciudad de ochenta mil, que además ostentaba el título de centro industrial del país. Aconsejado por Díaz, viajó Limantour a Monterrey para hacerse amigo de Reyes. Este había tenido choques con Romero Rubio y Limantour había heredado la atención; en Monterrey los dos favoritos hicieron las pases.

El gobernador dio al secretario una recepción extraordinariamente cordial y los políticos dieron por hecho que el binomio Limantour Reyes empezaría a gobernar muy pronto el país; poco después Porfirio Díaz en persona hizo el viaje a Monterrey. Reyes le organizó una recepción delirante, le mostró los progresos de la ciudad y de su industria y en un concurrido banquete Díaz creó un segundo presidencialismo muy útil para cuando llegara el momento de hacer uso de la fórmula: "Divide y vencerás" al declarar: "señor gobernador así se gobierna".

Por lo pronto Reyes fue trasladado a la capital de la República como Secretario de Guerra y Marina; en ese puesto adquirió proyección

nacional eliminando las corruptelas más burdas que se cometían en su dependencia y organizando las batidas militares que se dieron para aplastar las viejas rebeliones de los Yaquis y los Mayas; además despejó a los soldados y envió a una segunda reserva integrada por voluntarios de todas las clases sociales que complementaba al ejército profesional y permitía avisorar la liquidación del degradante reclutamiento por medio de levas. Pronto surgieron clamores de que Díaz entregase la presidencia a Reyes en vez de a Limantour; desde luego los militares apoyaban en bloque a Reyes y sentían instintiva desconfianza por el secretario de Hacienda.

Uno de los funcionarios civiles ajenos al carro completo, el maquiavélico Secretario de Justicia e Instrucción Pública Joaquín Baranda, enemigo de los científicos, proporcionó a Díaz el pretexto que necesitaba para renegar de su promesa. Baranda señaló que Limantour, por ser hijo de extranjero y no haber solicitado la ciudadanía mexicana sino hasta que alcanzó la mayoría de edad, estaba incapacitado para ascender a la presidencia, toda vez que un artículo de la Constitución de 1857 señalaba como requisito para obtener tal cargo el de ser mexicano por nacimiento. Díaz no ignoraba esto, pero también sabía que Comonfort, Lerdo de Tejada y Manuel González, hijos de extranjeros los tres, habían llegado a la presidencia sin que nadie objetara su origen; además con sólo expresar un deseo había podido conseguir que la Constitución se reformara en el sentido de librar de obstáculos legales a Limantour, pero siendo otro su designio se hizo reelegir sin previo aviso y para que Limantour no renunciara le aseguró que a fin de evitar polémicas estériles, en breve solicitaría al Congreso una licencia para ausentarse de México y que propondría como sustituto al secretario de Hacienda.

Limantour y Reyes, quienes hasta para entonces aparentaban ser muy amigos, acabaron enemistándose.

Limantour dió por recortar los presupuestos de la secretaría de guerra y vetar cuanta medía proponía el secretario. Reyes se convirtió en ídolo de las plebes urbanas que lo consideraban muy hombre y en cambio sentían aborrecimiento hacia los catrines como Limantour, abandonados de la vieja teoría de que el drama de México era producto de la población indígena y mestiza, lo cual trataban de remediar fomentando la emigración de europeos que mejoran la raza. El mismo Limantour dió pretexto para que la plebe lo rechazara cuando al organizar el 5o. Congreso Panamericano en 1900 ordenó que sólo se contratase para mozos y conserjes a individuos con aspecto de europeos. De pronto Díaz advirtió el inconveniente de permitir que siguiera creciendo la

popularidad de Reyes; más aún, consideró llegado el momento de liquidar a los dos presidenciables de una vez y la pugna que libraban ambos le sirvió de maravilla; un día Limantour presentó al dictador pruebas de que Reyes dirigía personalmente la campaña de prensa contra él y ofreció presentar su renuncia si el ofensor permanecía en el gabinete. Díaz fingiéndose obligado por las circunstancias llamó al general a su despacho y le pidió su renuncia y le ordenó volver a la gubernatura de Nuevo León; por su parte Limantour permaneció en la Secretaría de Hacienda.

16.- EL PORFIRIATO.

Por pura casualidad, o quizá porque se propuso tomar una pequeña venganza, Limantour tuvo ocasión de meter a Díaz en otro aprieto político. En 1903 viajó a Europa a negociar otro empréstito y después de sondear al mundo financiero, como indicó el dictador, que la buena disposición que existía para prestar dinero a México ya había desaparecido pues a los banqueros les preocupaba el hecho de que Díaz hubiera rebasado los 70 años y carecía de un sucesor visible capaz de garantizar la paz y los intereses de los prestamistas; la inquietud por la sucesión distaba mucho de suscribirse en Europa; en México también abundaban los individuos que veían con pánico la posibilidad de que el país cayera nuevamente en la anarquía cuando falleciera el dictador; pero esos no importaban, lo urgente era callar los temores de la banca Europea; después de todo, señaló Limantour, México había sido un país turbulento y aunque era de esperar que la obra civilizadora del dictador se perpetuara, los banqueros tenían la obligación de proteger a quines les confiaban sus fondos y sólo se tranquilizarían si Díaz nombraba un vicepresidente capaz de sustituirlo cuando le llegara el momento de pasar a la inmortalidad.

Díaz había hecho suprimir la vicepresidencia desde su primera reelección por considerar que los vicepresidentes solo servían para dar zancadillas al primer magistrado, pero ante la exigencia de los banqueros comprendió que tenía que restablecerla; ya encontraría la manera de nulificar al vicepresidente, por lo pronto aprovecharía las nuevas circunstancias para suavizar la humillación inflingida a los científicos en la persona de Limantour para que se sintieran otra vez importantes y siguieran colaborando a gusto con el gobierno. Le encomendarían revivir la unión liberal y lanzar su candidatura a la reelección de los comicios de 1904. De acuerdo con los deseos del caudillo la segunda convención de la Unión Liberal se reunió en la Cd. de México en junio de 1903; los científicos estaban furiosos con Limantour por su falta de nervio; les repudiaba pensar que Díaz fuese substituido por otro general

y para dificultar este proceso decidieron emprender una decente y patriótica rebelión como la llamó Francisco Bulnes. A Bulnes le tocó pronunciar el discurso principal de la convención y tras un par de pálidos elogios para el dictador se soltó articulando frases que sacudieron a la nación: "es muy difícil sostener una sexta reelección ante un criterio institucional democrático, dijo, jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección, pero si se prueba que la sexta reelección es necesaria para el país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático, y buscar los argumentos de la reelección en el terreno de la conveniencia.

Desgraciadamente el principal argumento de la reelección recogida en el campo de las conveniencias aterra más bien que alienta, se dice al pueblo: la conservación del general Díaz en el poder es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y el progreso nacional. Nada más propio para acabar pronto que el crédito, para anunciar al orbe que después del general Díaz caeremos en el insodable abismo de miserias de donde hemos salido. Hay peor todavía; decitan que lamentan a esa nación todos los sacrificios han hecho, han sido para que tengas un rato de paz, un rato de crédito, un rato de bienestar, un rato de decencia mientras te vive el General Díaz pero tu destino es el del judío bíblico: errar de noche en noche, de cabo en cabo, de abismo en abismo, de dictadura en dictadura, de anarquía en anarquía, hasta caer desfalleciente, degradada y andrajosa no en las bayonetas por que los esclavos extenuados no saben pelear sino en las carmayolas repletas de sopa; cualquier conquistador, decirle a ese pueblo que responde con su Independencia de los millones de pesos que debe la reelección no es más que la bolsa de oxígeno de tu agonía, tu vida y tu civilización tiene que caer en la misma fosa que la vida humana del General Díaz; francamente señores nada más lúgubre que la reelección.

La reelección debe ser más que una cuestión de gratitud para un esforzado guerrero y colosal estadista, debe ser algo de nacional, y sólo es nacional lo que tiene de porvenir si la obra del general Díaz tiene que perecer con él, no hay que recomendar la reelección, hay que recomendar el silencio como una escena siniestra, hay que proveerse de excepticismo y resignación para ver y saber que el destino de la patria está hecha, ya que es la ruina inevitable, la conquista sin defensa, que es la desaparición en la fosa común de los viles y los esclavos". Nadie presencié el gesto iracundo que Porfirio Díaz debe haber hecho al enterarse que los científicos, esa gentecilla útil pero no indispensable a quien él había rescatado de la miseria, le permitía reelegirse por sexta vez únicamente para que descartara su régimen personalista y encaminara al país por la senda institucional, pero ya verían que él y sólo él, ya encontraría la forma de resolver el problema de la sucesión; en cambio la vicepresidencia sí ha-

popularidad de Reyes; más aún, consideró llegado el momento de liquidar a los dos presidenciables de una vez y la pugna que libraban ambos le sirvió de maravilla; un día Limantour presentó al dictador pruebas de que Reyes dirigía personalmente la campaña de prensa contra él y ofreció presentar su renuncia si el ofensor permanecía en el gabinete. Díaz fingiéndose obligado por las circunstancias llamó al general a su despacho y le pidió su renuncia y le ordenó volver a la gubernatura de Nuevo León; por su parte Limantour permaneció en la Secretaría de Hacienda.

16.- EL PORFIRIATO.

Por pura casualidad, o quizá porque se propuso tomar una pequeña venganza, Limantour tuvo ocasión de meter a Díaz en otro aprieto político. En 1903 viajó a Europa a negociar otro empréstito y después de sondear al mundo financiero, como indicó el dictador, que la buena disposición que existía para prestar dinero a México ya había desaparecido pues a los banqueros les preocupaba el hecho de que Díaz hubiera rebasado los 70 años y carecía de un sucesor visible capaz de garantizar la paz y los intereses de los prestamistas; la inquietud por la sucesión distaba mucho de suscribirse en Europa; en México también abundaban los individuos que veían con pánico la posibilidad de que el país cayera nuevamente en la anarquía cuando falleciera el dictador; pero esos no importaban, lo urgente era callar los temores de la banca Europea; después de todo, señaló Limantour, México había sido un país turbulento y aunque era de esperar que la obra civilizadora del dictador se perpetuara, los banqueros tenían la obligación de proteger a quines les confiaban sus fondos y sólo se tranquilizarían si Díaz nombraba un vicepresidente capaz de sustituirlo cuando le llegara el momento de pasar a la inmortalidad.

Díaz había hecho suprimir la vicepresidencia desde su primera reelección por considerar que los vicepresidentes solo servían para dar zancadillas al primer magistrado, pero ante la exigencia de los banqueros comprendió que tenía que restablecerla; ya encontraría la manera de nulificar al vicepresidente, por lo pronto aprovecharía las nuevas circunstancias para suavizar la humillación inflingida a los científicos en la persona de Limantour para que se sintieran otra vez importantes y siguieran colaborando a gusto con el gobierno. Le encomendarían revivir la unión liberal y lanzar su candidatura a la reelección de los comicios de 1904. De acuerdo con los deseos del caudillo la segunda convención de la Unión Liberal se reunió en la Cd. de México en junio de 1903; los científicos estaban furiosos con Limantour por su falta de nervio; les repudiaba pensar que Díaz fuese substituido por otro general

y para dificultar este proceso decidieron emprender una decente y patética rebelión como la llamó Francisco Bulnes. A Bulnes le tocó pronunciar el discurso principal de la convención y tras un par de pálidos elogios para el dictador se soltó articulando frases que sacudieron a la nación: "es muy difícil sostener una sexta reelección ante un criterio institucional democrático, dijo, jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección, pero si se prueba que la sexta reelección es necesaria para el país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático, y buscar los argumentos de la reelección en el terreno de la conveniencia.

Desgraciadamente el principal argumento de la reelección recogida en el campo de las conveniencias aterra más bien que alienta, se dice al pueblo: la conservación del general Díaz en el poder es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y el progreso nacional. Nada más propio para acabar pronto que el crédito, para anunciar al orbe que después del general Díaz caeremos en el insodable abismo de miserias de donde hemos salido. Hay peor todavía; decitan que lamentan a esa nación todos los sacrificios han hecho, han sido para que tengas un rato de paz, un rato de crédito, un rato de bienestar, un rato de decencia mientras te vive el General Díaz pero tu destino es el del judío bíblico: errar de noche en noche, de cabo en cabo, de abismo en abismo, de dictadura en dictadura, de anarquía en anarquía, hasta caer desfalleciente, degradada y andrajosa no en las bayonetas por que los esclavos extenuados no saben pelear sino en las carmayolas repletas de sopa; cualquier conquistador, decirle a ese pueblo que responde con su Independencia de los millones de pesos que debe la reelección no es más que la bolsa de oxígeno de tu agonía, tu vida y tu civilización tiene que caer en la misma fosa que la vida humana del General Díaz; francamente señores nada más lúgubre que la reelección.

La reelección debe ser más que una cuestión de gratitud para un esforzado guerrero y colosal estadista, debe ser algo de nacional, y sólo es nacional lo que tiene de porvenir si la obra del general Díaz tiene que perecer con él, no hay que recomendar la reelección, hay que recomendar el silencio como una escena siniestra, hay que proveerse de excepticismo y resignación para ver y saber que el destino de la patria está hecha, ya que es la ruina inevitable, la conquista sin defensa, que es la desaparición en la fosa común de los viles y los esclavos". Nadie presencié el gesto iracundo que Porfirio Díaz debe haber hecho al enterarse que los científicos, esa gentecilla útil pero no indispensable a quien él había rescatado de la miseria, le permitía reelegirse por sexta vez únicamente para que descartara su régimen personalista y encaminara al país por la senda institucional, pero ya verían que él y sólo él, ya encontraría la forma de resolver el problema de la sucesión; en cambio la vicepresidencia sí ha-

bía que aceptarla para calmar a los banqueros europeos; Díaz ordenó a los diputados que la restablecieran; para suavizar el trance al dictador, los legisladores aprobaron asimismo que el período presidencial se alargara de 4 a 6 años de manera que el nuevo mandato concluyera en 1910, cuando Porfirio Díaz cumpliera 80 años; con lujo de perfidia, Díaz pidió a Limantour que designara candidato a vicepresidente; seleccionó éste a Ramón Corral, un sonorenses de 50 años de edad en 1904, que había iniciado su vida pública como periodista y formaba con los políticos Rafael Isabal y Luis Torres un triunvirato cacequil que regía la vida de su entidad; en años recientes Corral había sido incorporado a la camarilla científica y desempeñado los puestos de jefe de gobierno del D. F. y Secretario de Gobernación; Díaz aceptó a Corral pero sólo para nulificarlo y librarse de él, únicamente le confiaba misiones insignificantes como el de representarlo en actos públicos de poca monta; en días lluviosos y bajo cuerda lanzó a los periodistas más calumniadores para que emprendieran una campaña de prensa contra Corral presentándolo como bandido, cobarde, codicioso y un tanto cuanto retrasado mental; un hombre de tales características no podría ser sombra del Presidente; apenas cabe dudar de que Díaz sonrió irónicamente la soledad de su despacho cuando vió que una vez más había ganado la partida y que él y sólo él era el amo del país. Los científicos fueron los primeros en celebrar con sonrisitas hipócritas; la ocurrencia de Díaz, la política de "Pan" y "Palo", había conseguido privar de debilidad a todo el país. El propio Bulnes reconoció nada ni nadie, escapó al agachamiento general; los escasos disidentes ocultaban su descontento, tragaban a pasto cobardía, tartamudeaban protestas de sumisión, se proclamaban inofensivos y dejaban entender claramente que pasaban por todo para que nadie pasara sobre ellos.

Los gremios y corporaciones más limpias del pasado se dedicaron a engordar con cieno. Cayeron a los pies del César igualmente las viejas, los niños, los adultos, las damas, los civiles, los eclesiásticos, los militares, todos los humildes y todos los soberbios, aspiraban a ser esclavos absolutos del príncipe. En los discursos, libros, brindis, folletos, etc. los intelectuales de todo tamaño y prostitución gritaban la frase del servilismo extremo: "Me honro de ser amigo incondicional del Sr. General Díaz".

Ante la facilidad con que él imponía su voluntad Díaz empezó a desentenderse cada vez más de lo que pasaba por opinión Pública y su actitud no tardó en contagiarse a gobernadores y jefes políticos; estos últimos eran funcionarios municipales que recibían órdenes del gobierno federal directamente y se comportaban como caciquillos; con frecuencia llegaban al dictador quejas contra tales individuos pero no sólo

las desoía, sino al decir de Bulnes nada le complacía tanto como saber que uno o alguno de los gobernadores de los que había impuesto era abominablemente impopulares; a éstos no les quedaba más recurso para no ser linchados que ser fieles a su amo hasta la ignominia. La autosuficiencia del dictador se acrecentaba al contemplar el desarrollo del país; gracias al pueblo sus optimistas empezaban a dar a México el título del nuevo Japón; con orgullo se hacía ver que bajo el régimen de Díaz se puso en funcionamiento el primer alto horno de América Latina: el de Monterrey, inaugurado en 1903 y para 1910 ya producía la nada despreciable cantidad de 85 mil toneladas de acero. El segundo fue el de Volta Redonda, Brasil, inaugurado durante la 2a. Guerra Mundial. Otro caso único en América Latina era la producción anual de 75 mil toneladas de cemento; México parecía efectivamente convertirse en potencia industrial. Cuando Díaz llegó al poder las industrias se reducían en México a unos cuantos talleres productores de velas, jabón y tela burda; en 1910 ya se contaba con fábricas enormes de calzado, telas de algodón de buena calidad, de cigarrillos, de cerveza y hasta se empezaba a organizar una de carros de ferrocarril y tranvías; el comercio, compuesto por oscuros tendajones y puestos del mercado, en la época de Lerdo se había enriquecido con la aparición de grandes y lujosos almacenes como en París; las importaciones habían crecido de 40 millones de pesos a 288 millones durante la dictadura, de 640 kilómetros de vías férreas que dejó Lerdo; la red llegó a contar 19,280; gracias al ferrocarril la población de Torreón pasó de unos cuantos habitantes en 1883 a 43 mil en 1910 y la de su vecina Gómez Palacio dio otro puñado de 42 mil: el ferrocarril hizo posible producir a precios adecuados el algodón y otros cultivos industriales, como la caña de azúcar y el henequén, mientras en la época de Lerdo sólo se cultivaba maíz, frijol y muy pocas cosas más; también gracias al ferrocarril la minería duplicó su producción durante el régimen Porfirista y en 1910 el grueso de la misma está formado por minerales industriales como el cobre y el hierro; en tiempos de Lerdo sólo se explotaban los metales preciosos; el cobre hizo que Cananea dejara de ser una rancharía de 100 habitantes para transformarse en una ciudad de 14 mil. Con el desarrollo la vida urbana registró notables avances como lo demostraba la gran cantidad de edificios y palacetes de coqueteo estilo francés, que engalanaban los barrios elegantes de México, Guadalajara, Mérida, Puebla y otras ciudades donde sólo había habido incómodas y descuidadas construcciones del viejo estilo español y sin embargo, a medida que se acercaba la conmemoración del primer centenario de la Independencia, no faltaban excépticos que se preguntasen ¿era legítimo vanagloriarse por los logros realizados? El régimen virreinal había sido tan corruptor y la tutela colonial tan degradante que no costaba trabajo contestar en sentido afirmativo, pero sólo en términos generales. Las angustias sufridas por el país

independiente pesaban mucho en el pasivo; el territorio heredado de la colonia se redujo a la mitad, las guerras extranjeras y los incesantes cuartelazos habían causado estragos de pavor, la paz impuesta por Díaz, una paz forzada, era en muchos aspectos casi tan degradante como la virreinal. El paso de la Colonia Española a colonia económica de Estados Unidos distaba de ser totalmente satisfactoria al iniciarse el movimiento independentista; el país era predominantemente indígena (65^o/o de la población) y tenía grupos raciales muy separados el uno del otro 10^o/o de blancos, cosa de 25^o/o de mestizos y una cantidad apreciable de negros y negroides; para 1910 la mayoría de negros y negroides habían sido absorbidos ya por la población mestiza, pero no por la población mestiza de indio y blanco, sino el mestizaje producido por el negro y el indio que dió el zambo.

Los indios ya solo formaban el 30 ó el 35^o/o y los que pasaban por blancos, el resto, la verdaderamente importante fueron los en la clasificación económica; hacia 1810 sólo el 10^o/o de la población podría ser clasificado como gente decente es decir con un modo de vida que trataba de parecerse al Europeo, en tanto que el 90^o/o sufría las terribles archiprivaciones de la indiada y el peladaje; para 1910 se podría calcular en un 20^o/o la gente decente y 80^o/o la indiada y el peladaje, el cambio se fue desarrollando a lo largo de todo el período, pero su mayor aceleración se registró durante el porfiriato; gracias al surgimiento de mayores oportunidades económicas y educativas. La Nueva España tenía 95^o/o de población analfabeta contra un 75^o/o en el México de 1910. La gente decente llegó a ver en el Porfiriato una versión bastante aceptable del paraíso terrenal; integraba este sector tal vez un centenar de ministros, gobernadores, generales, etc., que habían amasado fortunas de uno o varios millones de pesos a las sombras de la corrupción oficial. Medio millar de comerciantes e industriales audaces, en su mayoría inmigrantes extranjeros que aprovecharon las oportunidades del desarrollo económico para reunir fortunas considerables, y un buen número de hacendados que si bien, sólo en contadas ocasiones llegaban a millonarios, tenían una vida cómoda sin tener que trabajar.

El resto de la gente decente estaba compuesta por una minoría de hombres que la pasaban desahogadamente desempeñando sus profesiones o trabajando como empleados de nivel medio y alto en el gobierno o en la actividad privada y por una mayoría de individuos surgidos del peladaje, que después de haber estudiado para oficinistas, abogados, agrónomos, maestros de escuela, habían logrado colocarse en la clase media sólo para darse cuenta de que el ascenso les reportaba muy pocas satisfacciones y en cambio les imponía sacrificios para comprar le-

vita presentable y llevar un tren de vida que no les impusiera a los flagelos del temible "¿qué dirán?". El peladaje y la indiada aventajaron muy poco durante el virreinato; el jornal que ganaban los peones alcanzaba para comprar 33 kg. de maíz y apenas 9 kilos hacia 1910; para personas sin mayor necesidad que casa y vestido, el cambio tuvo que resultar catastrófico a pesar de los derechos políticos que teóricamente les concedió la independencia; si eran peones agrícolas en las haciendas se les sometía a un régimen parecido a un campo de concentración; si escapaban y no tenía caso hacerlo, pues carecían de sitios mejores donde trabajar, los gendarmes los aprehendían con el viejo cuento de que debían dinero a sus amos, después de tenerlos en la cárcel; en otras palabras, un asunto que cuando menos era de deudas o sea civil, y por lo tanto no ameritaba prisión, se transformaba a los peones en delito penal con cárcel.

Los obreros por lo común, trabajaban hasta 14 horas diarias por un salario de hambre, a menudo no les pagaban con dinero sino con vales que solo podían canjear por mercancías en las tiendas de raya que operaba en la empresa, cuyos precios eran demasiado altos. A los obreros se le podía despedir en cualquier momento sin indemnización.

Los sindicatos estaban prohibidos, y aún así sin frente común durante el Porfiriato hubo por lo menos 250 huelgas que fueron sofocadas por hambre más que por el empleo de la fuerza.

Los mineros de Cananea en Junio de 1907 y los textiles de Río Blanco, Veracruz en enero de 1907, asuzados por agistadores Floresmagonistas, llevaron a cabo huelgas que fueron aplastados a sangre y fuego. El total de obreros asesinados ascendió a varios centenares y los líderes aprehendidos y encarcelados en San Juan de Ulúa.

La inversión extranjera siempre contó con el apoyo del Porfiriato, para reprimir a los obreros y permitir el libre juego económico, en 1910 los franceses eran propietarios de las principales tiendas, hoteles y restaurantes y además de las principales empresas textiles del país.

Los alemanes poseían las mejores ferreterías y los españoles eran dueños de las tiendas de abarrotes y de una infinidad de establecimientos comerciales e industriales importantes. Los norteamericanos propietarios de empresas mineras, ferroviarias y agrícolas tenían como política empresarial no permitir a los mexicanos por considerarlos incapaces de desempeñar un puesto de responsabilidad, así ocurrió con los ferrocarriles, los puestos eran desempeñados por norteamericanos hasta los de menor jerarquía como capataces de maleteros.

Por añadidura Díaz concedió a los extranjeros privilegio de colocarlos por encima de las leyes del país y los extranjeros recibían mayor salario por trabajo igual, esa fue una de las causas de la Huelga de Cananea.

Realmente lo que inquietaba a los Inversionistas Norteamericanos debido a la avanzada edad del Presidente, la incógnita de la Sucesión ya que tenían invertidos más de mil millones de dólares en México. Sin tampoco conocer al sucesor preocupaba ¿Quién les iba a proteger sus intereses? Un periodista de la revista The Pearson's Magazine, de Nueva York, James Ceelman en 1908, obtuvo del dictador una histórica entrevista en la que el Presidente declaró que el pueblo mexicano estaba preparado para ejercer la democracia y él no aceptaría su postulación aunque se lo pidiesen todos sus seguidores juntos. Más aún vería con buenos ojos el surgimiento de partidos políticos y entregaría el poder aquel que surgiera triunfador en las elecciones. Los motivos que impulsaron al viejo dictador a proceder en esa forma mentirosa constituyen un enigma tal vez, al sentirse observado por el enorme público extranjero que leería la entrevista el dictador tuvo un arranque delirio senil y quiso exhibirse como un hombre desinteresado y generoso que después de haber pacificado y engrandecido a su patria, renunciaba al poder para dejar a sus compatriotas un bien más su libertad. Semejante actitud sería aplaudida y vista con admiración por las naciones extranjeras cuya opinión preocupaba tanto al dictador.

El Porfirismo termina al renunciar Porfirio Díaz a la Presidencia de la República cuando sale al destierro a bordo del barco alemán Ipiranga.

El porfiriato es el conjunto de tesis filosóficas, políticas, económicas, etc. Como fueron el positivismo de los científicos, la justificación de la dictadura, y el sostenimiento de una oligarquía territorial que provocan la Revolución Mexicana.

CUARTA PARTE LA REVOLUCION MEXICANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por añadidura Díaz concedió a los extranjeros privilegio de colocarlos por encima de las leyes del país y los extranjeros recibían mayor salario por trabajo igual, esa fue una de las causas de la Huelga de Cananea.

Realmente lo que inquietaba a los Inversionistas Norteamericanos debido a la avanzada edad del Presidente, la incógnita de la Sucesión ya que tenían invertidos más de mil millones de dólares en México. Sin tampoco conocer al sucesor preocupaba ¿Quién les iba a proteger sus intereses? Un periodista de la revista The Pearson's Magazine, de Nueva York, James Ceelman en 1908, obtuvo del dictador una histórica entrevista en la que el Presidente declaró que el pueblo mexicano estaba preparado para ejercer la democracia y él no aceptaría su postulación aunque se lo pidiesen todos sus seguidores juntos. Más aún vería con buenos ojos el surgimiento de partidos políticos y entregaría el poder aquel que surgiera triunfador en las elecciones. Los motivos que impulsaron al viejo dictador a proceder en esa forma mentirosa constituyen un enigma tal vez, al sentirse observado por el enorme público extranjero que leería la entrevista el dictador tuvo un arranque delirio senil y quiso exhibirse como un hombre desinteresado y generoso que después de haber pacificado y engrandecido a su patria, renunciaba al poder para dejar a sus compatriotas un bien más su libertad. Semejante actitud sería aplaudida y vista con admiración por las naciones extranjeras cuya opinión preocupaba tanto al dictador.

El Porfirismo termina al renunciar Porfirio Díaz a la Presidencia de la República cuando sale al destierro a bordo del barco alemán Ipiranga.

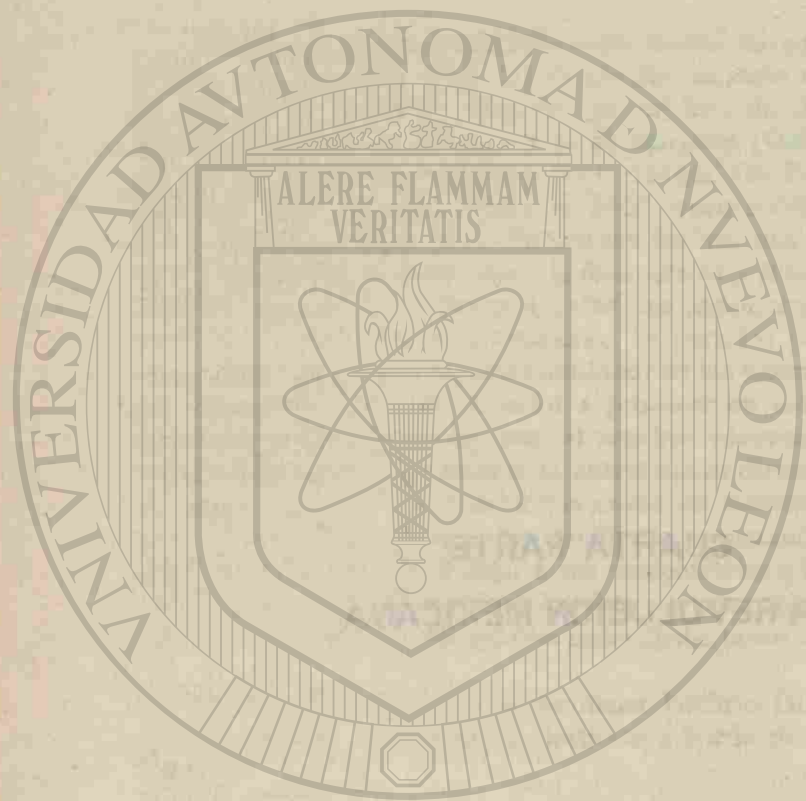
El porfiriato es el conjunto de tesis filosóficas, políticas, económicas, etc. Como fueron el positivismo de los científicos, la justificación de la dictadura, y el sostenimiento de una oligarquía territorial que provocan la Revolución Mexicana.

CUARTA PARTE LA REVOLUCION MEXICANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUARTA PARTE. LA REVOLUCION MEXICANA

1.- CAUSAS DE LA REVOLUCION MEXICANA.

La Revolución Mexicana fue un movimiento armado que se inició en 1910; encabezado y sostenido por la pequeña burguesía en contra de al alta burguesía Latifundista. La Revolución Mexicana fue una revolución burguesa (profesionistas, profesores, artesanos, empleados, pequeños comerciantes, intelectuales, etc), atrayendo también al campesino y al obrero con la promesa de las reivindicaciones sociales proclamadas en los diferentes planes que se dieron en el transcurso de la Revolución (San Luis Potosí, Ayala, Guadalupe, etc.), y que efectivamente fueron consagradas en la Constitución Mexicana de 1917, en los artículos 27 y 123 respectivamente.

A pesar de que la Revolución Mexicana fue una revolución burguesa cuya finalidad consistió en destruir las estructuras económicas semifeudales y latifundistas, la participación del proletariado mexicano en la misma trajo resultados eminentemente sociales como la Reforma Agraria y los derechos de los obreros.

Entre las causas económicas podemos apuntar las siguientes:

- a). El Latifundismo: (Oligarquía territorial)
- b). La penetración capitalista extranjera.
- c). La situación precaria y casi esclavista del campesino (Las tiendas de raya).
- d). La situación en las condiciones de vida de los trabajadores (las jornadas de trabajo alcanzaron hasta catorce, dieciséis y más horas por día).
- e). Las precarias condiciones de la pequeña burguesía mexicana.

Las causas políticas fueron:

- a). Las constantes reelecciones de Don Porfirio Díaz.
- b). La ausencia de partidos políticos.
- c). El poder político monopolizado por el grupo de los científicos.
- d). La falta de libertad para desarrollar la democracia como sistema de vida.

No hay que olvidar que poco antes de iniciarse la Revolución en 1910, tuvo lugar las huelgas de los obreros textiles de Río Blanco, y los obreros del mineral de Cananea por vez primera el proletariado mexicano hizo acto de presencia en la historia de México. Los personajes históricos hay que situarlos desde la clase social que pertenecen para explicarnos sus intereses, fines en el acontecimiento histórico.

2.- ETAPAS DE LA REVOLUCION MEXICANA.

La Revolución Mexicana fue un acontecimiento histórico extraordinariamente importante porque transformó nuestro país; destruyó y cambió las estructuras económicas de la sociedad mexicana, de una estructura semifeudal, Latifundista en una sociedad con bases económicas industriales y capitalista. Efectivamente México inicia ya de lleno su etapa industrial después de la revolución mexicana.

Para poder comprender mejor este significativo acontecimiento podemos estudiarlo por etapas:

- a). De 1906, con la huelga en el mineral de Cananea hasta la caída de ciudad Juárez (Renuncia de Porfirio Díaz).
- b). El gobierno de Francisco León de la Barra.
- c). El gobierno de Don Francisco I. Madero.
- d). El gobierno del traidor Victoriano Huerta.
- e). La escisión revolucionaria. La convención de Aguascalientes.
- f). Triunfo de Ejército Constitucionalista. El gobierno de Don Venustiano Carranza.
- g). Gobiernos postrevolucionarios.

3.- LOS INICIADORES DE LA REVOLUCION MEXICANA.

La Revolución Mexicana comenzó a incubarse en París, una mañana de 1891 en que Francisco I. Madero, rico joven mexicano de 18 años de edad, que estudiaba en Francia, Administración de Empresa, leyó por casualidad un ejemplar de la Revue Espirituel una célebre publicación fundada por Alán Cardel. En esta época hacía furor en Europa y Estados Unidos el espiritismo, la doctrina basada en la creencia que los seres de ultratumba se comunican con los vivos a través de médiums o de golpes en los muebles. Francisco I. Madero antiguo alumno de una escuela Jesuita de Saltillo y otra de Baltimore, Estados Unidos, había renunciado a sus creencias católicas al grado de que cambió su segundo nombre Ignacio (en referencia al de Loyola), por el de Indalecio, y necesitaba encontrar una nueva fe para restablecer la perdida paz interior; las doctrinas de Cardel le entusiasmaron.

En 1892, después de estudiar cinco años en París, Francisco I. Madero regresó a su nativa Parras, Coahuila y al año siguiente se trasladó a San Pedro de las Colonias, donde tenía el encargo de administrar algunas haciendas de su familia, inquieto y emprendedor introdujo el cultivo del algodón en la zona baja del Nazas construyó sistemas de riego, importó maquinaria y semillas, implantó tantas innovaciones, que algunos lo consideran como el principal promotor de la hasta entonces marginada comarca lagunera. Se hizo notable además por pagar magníficos salarios a sus peones y empleados con las diversas obras de caridad que mantenía y por las becas que instituyó para los hijos de sus peones para que estudiaran carreras técnicas y comerciales.

Algunas versiones señalan que la familia Madero era de origen español, mientras que otras le atribuyen ascendencia judío-portuguesa; poseía haciendas, industrias, viñedos, bancos, plantaciones de Guayule, casas edificios y muchos otros bienes más. Al patriarca de la familia y abuelo de Francisco, Don Evaristo, se le calculaba una fortuna de treinta millones (equivalentes a cientos y cientos de millones de pesos actuales), que empezó a formar en el corto período de 1880 a 1884 en que fue gobernador de Coahuila Don Francisco, el padre de Panchito, como llamaban familiarmente al futuro apóstol había amasado por su propia cuenta otra fortuna no inferior a los quince millones de pesos de la época.

Las mujeres de la familia Madero eran altas y guapas; los hombres eran gigantones y fornidos; Panchito quien apenas levantaba 1.60 metros del suelo y durante su su infancia fue muy enfermizo, consistía la excepción: desde chico mostró tendencia al misticismo y un fuerte

2.- ETAPAS DE LA REVOLUCION MEXICANA.

La Revolución Mexicana fue un acontecimiento histórico extraordinariamente importante porque transformó nuestro país; destruyó y cambió las estructuras económicas de la sociedad mexicana, de una estructura semifeudal, Latifundista en una sociedad con bases económicas industriales y capitalista. Efectivamente México inicia ya de lleno su etapa industrial después de la revolución mexicana.

Para poder comprender mejor este significativo acontecimiento podemos estudiarlo por etapas:

- a). De 1906, con la huelga en el mineral de Cananea hasta la caída de ciudad Juárez (Renuncia de Porfirio Díaz).
- b). El gobierno de Francisco León de la Barra.
- c). El gobierno de Don Francisco I. Madero.
- d). El gobierno del traidor Victoriano Huerta.
- e). La escisión revolucionaria. La convención de Aguascalientes.
- f). Triunfo de Ejército Constitucionalista. El gobierno de Don Venustiano Carranza.
- g). Gobiernos postrevolucionarios.

3.- LOS INICIADORES DE LA REVOLUCION MEXICANA.

La Revolución Mexicana comenzó a incubarse en París, una mañana de 1891 en que Francisco I. Madero, rico joven mexicano de 18 años de edad, que estudiaba en Francia, Administración de Empresa, leyó por casualidad un ejemplar de la Revue Espirituel una célebre publicación fundada por Alán Cardel. En esta época hacía furor en Europa y Estados Unidos el espiritismo, la doctrina basada en la creencia que los seres de ultratumba se comunican con los vivos a través de médiums o de golpes en los muebles. Francisco I. Madero antiguo alumno de una escuela Jesuita de Saltillo y otra de Baltimore, Estados Unidos, había renunciado a sus creencias católicas al grado de que cambió su segundo nombre Ignacio (en referencia al de Loyola), por el de Indalecio, y necesitaba encontrar una nueva fe para restablecer la perdida paz interior; las doctrinas de Cardel le entusiasmaron.

En 1892, después de estudiar cinco años en París, Francisco I. Madero regresó a su nativa Parras, Coahuila y al año siguiente se trasladó a San Pedro de las Colonias, donde tenía el encargo de administrar algunas haciendas de su familia, inquieto y emprendedor introdujo el cultivo del algodón en la zona baja del Nazas construyó sistemas de riego, importó maquinaria y semillas, implantó tantas innovaciones, que algunos lo consideran como el principal promotor de la hasta entonces marginada comarca lagunera. Se hizo notable además por pagar magníficos salarios a sus peones y empleados con las diversas obras de caridad que mantenía y por las becas que instituyó para los hijos de sus peones para que estudiaran carreras técnicas y comerciales.

Algunas versiones señalan que la familia Madero era de origen español, mientras que otras le atribuyen ascendencia judío-portuguesa; poseía haciendas, industrias, viñedos, bancos, plantaciones de Guayule, casas edificios y muchos otros bienes más. Al patriarca de la familia y abuelo de Francisco, Don Evaristo, se le calculaba una fortuna de treinta millones (equivalentes a cientos y cientos de millones de pesos actuales), que empezó a formar en el corto período de 1880 a 1884 en que fue gobernador de Coahuila Don Francisco, el padre de Panchito, como llamaban familiarmente al futuro apóstol había amasado por su propia cuenta otra fortuna no inferior a los quince millones de pesos de la época.

Las mujeres de la familia Madero eran altas y guapas; los hombres eran gigantones y fornidos; Panchito quien apenas levantaba 1.60 metros del suelo y durante su su infancia fue muy enfermizo, consistía la excepción: desde chico mostró tendencia al misticismo y un fuerte

deseo de servir a la humanidad. En los años de su infancia alguien llevó a su casa una tabla Guija y cuando le llegó el turno de interrogarla, Panchito le preguntó si de grande llegaría a ser Presidente de la República; en cuanto obtuvo una respuesta afirmativa comenó a forjar proyectos que redundarían en beneficio del pueblo mexicano.

Por esas fechas Porfirio Díaz había concedido una entrevista al reportero norteamericano James Creelman, en la que el dictador anunció al mundo, que los mexicanos ya estaban preparados para ejercer la democracia; que veían con buenos ojos el sufrimiento del partido de oposición y que no aceptarían reelegirse en 1910, aun cuando se lo imploraran sus amigos y partidarios.

José, un espíritu que a menudo se ponía en comunicación con Madero, hizo comentarios sobre el despotismo Porfirista, aconsejó a Madero a escribir un libro sobre el tema que conmovía al país. "La Sucesión Presidencial". El principal obstáculo que encontró Madero para publicar su libro fue la oposición de su familia, la cual veía claramente el peligro que representaba para su comunidad el hecho de que uno de sus miembros demostrara excesiva independencia política. Madero, a pesar de que ya había cumplido 35 años, obedecía cuanto le ordenaban sus mayores y antes de lanzar el libro a la luz pública, pidió a su padre autorización.

Para lograr que Panchito desistiera de la familia, Don Evaristo, y Panchito envió un ejemplar del libro para que lo juzgara él mismo. El abuelo le contestó: "te diré la verdad, que no te considero capaz de escribir tal libro y quiero saber quién te ayudó a escribirlo. Cada vez que reflexiono sobre tu conducta, creo que has perdido la razón, ya no consultas las opiniones de las personas sensatas, debes saber que los reventores terminan crucificados" y así por el estilo.

El 22 de enero de 1909, el padre envió a Madero un telegrama en el que lo bendecía y lo autorizaba a poner a la venta el libro, la primera edición de 3,000 ejemplares se agotó en un par de meses, rápidamente fueron publicadas otras dos, el libro fue ninguneado por los críticos y los políticos importantes, pero gracias a él, Madero empezó a ser conocido en la mayor parte del país.

Francisco I. Madero, un hombre que tal vez habría sido calificado de hippie y que en lo personal no tenía motivos de queja contra la dictadura, iba a ser la chispa que hizo estallar el polvorín.

Una paradoja más es el hecho de que el polvorín lo formaron dos

camarillas netamente porfiristas, la de los reyistas y la de los científicos, las cuales, en la época en que se publicó el libro de Madero, libraban el episodio más encarnizado en la lucha por establecerse como herederos políticos de su amo y con sus pugnas resquebrajaron hasta los cimientos la estructura del régimen dictatorial. En el proceso se incluyeron también los enemigos tradicionales de Díaz, hombres notables por su valentía, su vehemencia, su honestidad y su ineficacia pasmosa; entre éstos descollaron los anarquistas capitaneados por el volcánico Ricardo Flores Magón.

Ricardo Flores Magón se inició en la política en 1902, cuando era estudiante de leyes y participó en una serie de disturbios que tuvieron como objeto protestar contra la tercera reelección de Porfirio Díaz; el régimen aplacó la agitación distribuyendo becas y chambitas entre los líderes estudiantiles, pero el joven Ricardo no se dejó corromper y lejos de convertirse en instrumento del gobierno, juró dedicar su vida a luchar contra la dictadura.

Los Flores Magón vivían en una de las vecindades más inmundas de la ciudad de México; el padre de Ricardo era un indígena oaxaqueño que seguía a Porfirio Díaz como coronel en la Revolución de Tuxtepec, cuando el caudillo ensangrentó al país pretextando que ansiaba dar plena vigencia a la constitución de 1857 e implantar el principio del sufragio efectivo y la no reelección cuando Díaz hizo exactamente lo contrario de lo prometido, el coronel pidió su baja del ejército y prefirió ganarse la vida desempeñando trabajos miserables. Casi analfabeto pero dotado de una notable inteligencia natural, el coronel hizo sacrificios para que sus hijos cursaran estudios superiores; en los ratos de ocio los hacía escuchar peroratas contra la injusticia del régimen. Su ideal, según escribió uno de sus hijos, era el de difundir por todo México el comunismo primitivo de su tribu oaxaqueña, donde todo es de todos, menos las mujeres.

Ricardo encontró en el periodismo político un excelente vehículo para desenvolverse, trabajó como redactor en el notable periódico opositor "El Demócrata" y luego fue director de "Regeneración"; sus "artículos eran fuego puro y ni la autoridad de Porfirio Díaz escapaba a sus ataques", dijo de él un contemporáneo.

A veces el gobierno ejercía represalias contra Ricardo, encarcelándolo por lapsos breves, pero luego lo dejaban libre y en condiciones de seguir agitando. Los mexicanos de principios del siglo XX estaban embobados ante los progresos materiales que impulsaba el Porfirismo, no prestaban oídos a las prédicas de la oposición y el gobierno se daba el

lujo de tolerar ataques de volumen tan alto, que serían inconcebibles en épocas posteriores. En su lucha contra la apatía general, Ricardo Flores Magón buscaba coyunturas para entusiasmar a la gente, y siguiendo un valor suicida, en 1901 se le presentó una magnífica oportunidad al reunirse en San Luis Potosí una convención de viejos liberales comecuras que creyeron necesario señalar las desviaciones psicológicas del Porfirismo, pero concretándolas prudentemente a la política de conciliación hacia la iglesia, un tema que perturbaba el sueño del dictador. Ricardo asistió a la convención como delegado por el Distrito Federal, y cuando le tocó tomar la palabra dijo abruptamente que las críticas no debían reducirse al aspecto religioso, sino abarcar todos los vicios del Porfirismo; como viera que sus oyentes se inquietaban rugió: "señores, la administración de Porfirio Díaz es una cueva de bandidos", en la sala se hizo un silencio de horror, que interrumpido por los siseos de los más prudentes. Ricardo Flores Magón repitió: "sí, señores, la administración de Porfirio Díaz es una cueva de bandidos", hubo nuevo silencio, seguido de siseos más fuertes, pero el orador repitió a gritos la misma frase: "sí, la administración de Porfirio Díaz es una cueva de bandidos", entonces quedó envuelto en aplausos atronadores.

El desplante fue castigado con el encarcelamiento de Ricardo y la clausura de "Regeneración", en abril de 1902, pusieron al revoltoso nuevamente en libertad y Porfirio Díaz le hizo saber: que si bajaba un poco el volumen de sus críticas, podría aspirar a recibir subsidios y obtener un puesto productivo en el gobierno, como respuesta Ricardo se convirtió en director del furibundo periódico "El Hijo del Ahuizote" y redobló sus ataques. El periódico fue clausurado y Ricardo y sus redactores pasaron otra temporada en la cárcel, se prohibió a todos los diarios del país que publicaran artículos de cualquiera de los Flores Magón; en 1904 Ricardo y su hermano menor Enrique huyeron a Texas, donde esperaban encontrar un ambiente menos hostil para las actividades políticas. En noviembre, desde San Antonio renovaron la publicación de "Regeneración". gracias a la ineficiencia de las autoridades mexicanas, el periódico llegaba por correo a miles de suscriptores de todo el país, pero el régimen Porfirista sobornando policías y jueces texanos, logró que los Flores Magón fuesen hostilizados, golpeados y encarcelados varias veces; los quijotes vivían a salto de mata, inclusive se trasladaron con todo y periódico a Canadá; aún allá los alcanzó la influencia porfirista, por lo que regresaron a Estados Unidos.

Al iniciarse julio de 1906, Ricardo tuvo un momento de respiro y junto con varias docenas de exiliados mexicanos, fundó en San Luis Missouri el partido liberal mexicano, un organismo en el que se descartó el tradicional "quítate tú para ponerme yo", y se pugnó por realizar

cambios sociales profundos; Ricardo Flores Magón fue designado presidente. Para esas fechas se había convertido en fanático de las doctrinas anarco-socialistas en boga y el cambio quedó nítidamente reflejado en el programa del partido, entre cuyos puntos básicos destaca: no reelección, clausura de las escuelas del clero, jornada de trabajo máxima de 8 horas, (en unos estados era de 12), horario mínimo que hasta entonces, con excepción de Nueva Zelandia, era desconocido en todo el mundo; abolición de las deudas de los peones agrícolas, recuperación por el Estado, de los terrenos de las haciendas cuyos dueños no las tuvieran en producción, para cedérselas a los campesinos desposeídos (pero no saqueo de las haciendas productivas, ni robo de terrenos sembrados, como hicieron los revolucionarios de época posterior); prohibición de la inmigración de chinos finalmente confiscación de los bienes de los funcionarios enriquecidos en el poder. A continuación Ricardo orquestó una larga serie de actividades sediciosas en México, agitadores enviados por él, promovieron las huelgas de mineros de Cananea Sonora el 1o. de junio de 1906 y la de obreros textiles de Río Blanco, Veracruz el 7 de enero de 1907; el gobierno sofocó a sangre y fuego, encarcelamientos y masacre tales movimientos.

En mayor importancia para el estallido de la revolución, fue la pugna de la aristocracia burocrática de la dictadura, los científicos contra la burocracia reyista, como hijos a quienes se les agudiza la codicia por la herencia, a medida que el padre llega a la senectud. Las dos poderosas camarillas maniobraban suciamente para ganar posesiones y quedarse con el botín presupuestal una vez que muriera el dictador; ya en 1900, cuando Díaz cumplió 70 años, habían librado una batalla cada trampa por lograr que el dictador designara para sucederlo a uno de sus respectivos caudillos: el Secretario de Hacienda, José Ives Limantour por parte de los científicos y el Secretario de Guerra, general Bernardo Reyes, por el de los reyistas.

Después de numerosas escaramuzas entre reyistas y científicos, llegamos al 18 de febrero de 1908 en que se publica la famosa entrevista Creelman, en la que Díaz declaró que entregaría el poder a quien el pueblo eligiera libremente, invitando a formar partidos políticos que participaran en la campaña electoral de 1910: pero ni científicos, ni reyistas creyeron en las palabras de Díaz; inmediatamente empezaron a pedir al dictador que se reeligiera y al mismo tiempo maniobraron para colocar como vicepresidente a un individuo de su camarilla respectiva.

Para Luis Cabrera (abogado que en 1908 tenía 32 años de edad y era un ejemplar acabado de reyistas, pues era hijo de campesinos muy pobres de Zacatlán de las Manzanas, Puebla, había sido mandadero y

pasante en el bufet del Lic. Reyes, hijo, y encontraba dificultades insuperables para abrirse paso en la sociedad porfiriana y descubrió un recurso que a la fecha se sigue usando en el ambiente político mexicano, "el retrato hablado", dijo Cabrera:) "la política del General Díaz, salvo pequeños lunares es la que ha producido mejores resultados para nuestro progreso nacional y para la conservación de la paz y consiguiente es indudable que el sucesor del General Díaz debe escogerse entre sus colaboradores, prefiriendo a aquél que mejor haya entendido su política y que haya demostrado mayor capacidad para ponerla en práctica y reuna además, mayor prestigio, mayores dotes de gobierno, mejor conocimiento de nuestras necesidades nacionales y más acrisolado patriotismo". Se pretendía convertir a Reyes en vicepresidente para que fuese él quien recibiera la herencia presidencial, Reyes dejó actuar a sus partidarios pero sin aceptar la postulación, declaró en cambio que debía dejarse a Díaz la tarea de designar sucesor; los reyistas interpretaron esto como una incitación a seguir adelante con sus trabajos políticos y rápidamente fundaron docenas de clubes reyistas en gran parte de la república, se calcula que en cierto momento las 3/4 partes de la población activa del país vieron con simpatía la candidatura de Reyes, esto llegó a hacer dudar de la capacidad de discernimiento de la población activa del país.

Ciertamente, los científicos no constituían una opción más atractiva; funcionarios públicos de alta jerarquía, aristocratizantes, mundanos, cultos y refinados, los científicos parecían creer que un país de pelados como México no los merecía, pero que ellos, por generosidad condescendían a poner sus luces al servicio de la dignificación de la que por desgracia era su patria. De las dos opciones malas que se presentaban, el pueblo mexicano eligió la peor, en tanto que los científicos agrupados en un partido reeleccionista sufrían agresiones verbales y físicas al recorrer el país celebrando mítines, los reyistas eran aclamados y vitoreados en todas partes; tal cosa resultó demasiado para el dictador, quien comenzó por privar a Reyes del mando militar en Nuevo León como advertencia de los que podía pasarle; después cuando ni aun así desautorizó Reyes la actividad de sus partidarios incorregibles, el dictador lo puso ante la disyuntiva de marcharse a Europa a estudiar los sistemas del reclutamiento para el ejército o continuar la campaña política o incorporarse al grupo de los enemigos de Porfirio Díaz.

Simultáneamente al lanzamiento de su libro, Francisco I. Madero se dió a la búsqueda de un personaje conocido en el país para incitarlo a presidir una agrupación política independiente que proyectaba formar; encontrar a ese hombre era una cuestión importantísima, pues Madero reconocía su falta de prestigio para ocupar el cargo, ninguno de los invitados aceptó.

Sin desanimarse Madero siguió buscando, y en mayo de 1909 logró que se fundara en la ciudad de México un centro antireeleccionista llamado Centro, porque había sido pretencioso llamarlo partido, Madero anunció que el Centro perseguía la gradual realización del principio del Sufragio Efectivo y la no Reelección y que le invitaría a su lucha en el terreno político porque consideraba criminal lanzar al país a una revuelta armada. Para presidir el Centro, Madero reclutó a un astuto político porfirista: el Lic. Emilio Vázquez Gómez; según se sabría mas tarde, el licenciado trabajaba en realidad en pro del gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, de quien mucho se esperaba que fuese escogido por Díaz para ocupar la vicepresidencia, pues en aquellos días, Corral aún no había sido favorecido con el dedazo. Los antireeleccionistas convenientemente manipulados, según el plan de Vázquez Gómez, serían para Dehesa un apoyo más.

Poco después de fundado el Centro, Madero inició una gira para exponer los temas contenidos en su libro sin meterse gran cosa en la labor electoral; visitó Orizaba, Veracruz, Progreso, Mérida, Campeche, Tampico y Monterrey y el público que reunió era tan escaso que las autoridades lo dejaban en paz. Más que a las prédicas de Madero, el explosivo crecimiento que experimentó el maderismo en los primeros meses de 1910 se debió al exilio del general Reyes y a la designación del científico Ramón Corral como candidato a la vicepresidencia. Dejados en la orfandad y sin protección por la huída de su jefe, desde fines de 1909, los reyistas empezaron a afiliarse en masa al maderismo; algunos para resistir luchando la venganza científica; otros con la esperanza de que el gobierno los comprara para desincrustarlo de la oposición, según táctica habitual de la dictadura, y una minoría porque simpatizaban con Madero.

Ni Limantour, ni ningún otro funcionario importante mostró interés en aceptar el apoyo de Madero para la vicepresidencia, pero cuando los reyistas en masa se sumaron al antireeleccionismo, el prócer se vió en la posibilidad de avanzar solo y decidió transformar el Centro, en Partido y participar en la elección con candidatos propios a la vicepresidencia y a la presidencia; para lograrlo, tuvo que vencer la oposición del Lic. Vázquez Gómez, quien ya propugnaba la tesis de que la manera más eficaz de implantar la no reelección, era apoyar la reelección de Porfirio Díaz. La convención constitutiva del Partido Antireeleccionista inició sus trabajos en la ciudad de México el 15 de abril de 1910, Madero, el único que tenía tiempo y dinero para participar en la campaña, resultó electo candidato presidencial; por sugerencia de él mismo, el Dr. Francisco Vázquez Gómez fue designado candidato a la vicepresidencia a pesar de la aversión que le inspiraba Re-

yes, Madero establecía una diferencia entre el General y los reyistas de buena fe.

Las elecciones primarias se celebrarían el primer domingo de junio; Madero inició su campaña electoral el 5 de mayo con una manifestación en el Distrito Federal a la que acudieron aproximadamente 7,000 individuos; pasó por segunda vez a Guadalajara donde reunió 10,000 y luego se trasladó a Puebla para ser aclamado por 25,000 almas que lo vitoreaban al tiempo que lanzaban mueras contra el universalmente odiado gobernador. En Orizaba, repleto de huelguistas humillados y desesperados, la muchedumbre ascendió a 25,000; cuando celebró un segundo mitin en la ciudad de México 30,000 almas ovacionaron a Madero. El mesías de la barba punteaguda fascinaba a las multitudes; su voz chillona que clamaba contra la injusticia y su figurilla que desafiaba abiertamente a los esbirros de la dictadura, hacían que las masas sintiera vergüenza de su mansedumbre frente al régimen. El gobierno comenzó a inquietarse y docenas de opositores fueron encarcelados; lejos de disminuir con la represión, el entusiasmo siguió en aumento y multitudes enormes aplaudieron a Madero en San Luis Potosí y Saltillo, en Monterrey la ciudad entera se echó a la calle burlándose de la policía que antes prohibía el mitin; para el gobierno esto resultó demasiado; al día siguiente de su llegada a Monterrey, Madero fue arrestado bajo el cargo de impedir, cuando estaba en San Luis Potosí, el arresto de uno de sus partidarios; luego lo trasladaron secretamente a la capital potosina, donde quedó radicada su causa.

Dos días después del arresto de Madero, tuvieron lugar las elecciones primarias en las que de acuerdo con el sistema imperante, la ciudadanía nombró 20,145 electores que el 10 de julio debían elegir al presidente; a plena luz del día se cometieron los fraudes más desvergonzados y muchos maderistas fueron puestos en prisión. Paradójicamente, según algunas opiniones desapasionadas, el dictador seguramente habría ganado la elección jugando limpio, pues la mayoría de los ciudadanos seguían mirándolo con una mezcla de miedo y veneración. A instancias de la familia Madero. Limantour y el obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca, obtuvieron del dictador que el candidato antireeleccionista fuera puesto en libertad una semana después de celebradas las elecciones secundarias; Madero volvió a la calle bajo fianza y con San Luis Potosí por cárcel, para el dictador y la mayoría de sus allegados, el problema del antireeleccionismo había terminado.

Madero por su parte decidió llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias; a diario daba largas caminatas por San Luis Potosí

acercándose cada vez más a la estación ferroviaria y el 5 de octubre se ocultó en la casa de un partidario, se disfrazó de rielero y huyó hasta Laredo Texas escondido en un vagón de carga; se trasladó luego a San Antonio y desde allí expidió un plan declarando fraudulentas las elecciones e ilegítimo el gobierno de Díaz y convocando a la revolución armada para el 20 de noviembre próximo. El plan fue fechado en San Luis Potosí el 5 de octubre, último día que Madero permaneció en la ciudad texana, por considerar indecoroso lanzar proclamas revolucionarias desde el extranjero. Madero convocó a la revolución como quien invita a una tamalada, deportivamente sin hacer grandes preparativos, "casi al aventón", dijo un crítico, algo hubo de eso, pero además Madero invirtió cantidades importantes de su fortuna personal y de la de su hermano Gustavo, para refaccionar a varios correlegionarios que necesitaban adquirir armas y municiones.

Al llegar la hora de pruebas se dejaron ver los clásicos desertores, entre quienes destacarían los hermanos Vázquez Gómez; el doctor, a quien correspondía el puesto de vicepresidente en el gobierno provisional, rechazó una invitación para trasladarse a Texas y advirtió a Madero que no lo comprometiera mencionándolo en sus proclamas, pues de lo contrario el propio doctor declararía a la prensa que Madero había dejado de ser su amigo. Otro reyista prominente, el exsenador Venustiano Carranza, también renegó por un tiempo de sus recientes juramentos de lealtad. Sin preocuparse demasiado, Díaz ordenó hacer preparativos para sofocar la sublevación; dos días antes de la fecha clave la policía de Puebla cercó la casa del comerciante zapatero Aquiles Serdán, un fervoroso maderista auténtico que había reunido armas para distribuir las; el día de la revuelta se produjo una terrible balacera en la que Don Aquiles, su familia y algunos correlegionarios se defendieron heroicamente y mataron a muchos soldados y policías, pero la sublevación abortó con la muerte de los heroicos maderistas.

Excepto en Chihuahua, donde hubo levantamientos minúsculos, la familia Madero fue hostilizada al grado de verse en la necesidad de huir en masa a Estados Unidos, sus propiedades fueron confiscadas o intervenidas, lo que equivalía a dejar sin fondos a la revolución, casi todos los maderistas con el padre de la cabeza presionaban a Don Francisco para que se dejara de locuras y se marchara a Europa. El optimismo de Madero no tardó en encontrar justificación, pues en Chihuahua un puñado de hombres había logrado sostener el foco revolucionario; los acaudillaba Abraham González, un hombrón que en 1911 cumpliría 47 años de edad; más que antiporfirista Abraham González era enemigo de los Terrazas, los caciques que señoreaban en la vida política y económica de Chihuahua; era hijo de una familia de caciques regiona-

les y hacendados de ciudad Guerrero, que un día tuvo la mala fortuna de enfrentarse a los Terrazas; Abraham estudiaba administración de empresas en la Universidad Norteamericana de Notredam, cuando le avisaron que tenía que regresar a su tierra porque su familia estaba arruinada; el joven Abraham trató de levantarse explotando una mina, pero una serie de desventuras que él achacaba a maquinaciones de los Terrazas, lo hicieron fracasar y así cayó a la condición de empleado modesto, cajero de un banco, inspector de una línea de tranvías, traductor en un periódico pequeño, y mecanógrafo del consulado norteamericano de Chihuahua; cuando estalló la revolución trabajaba como agente de compras de una gran empresa ganadera de Kansas. Movido por su animadversión hacia los Terrazas, González estaba predispuesto a escuchar cualquier grito de rebeldía; en un tiempo fue inclusive Floresmagonista, pero abandonó el movimiento por no simpatizar, ni con su filosofía ni con sus métodos en cambio se identificó plenamente con Madero, fundó los clubes antireeleccionistas de Chihuahua e hizo una eficaz propaganda política, que los Terrazas en su autosuficiencia no consideraron necesario bloquear; cuando Madero proclamó el Plan de San Luis Potosí, González fue de los primeros en secundarlo; para la lucha armada reclutó a varias docenas de vaqueros, mineros, artesanos, pequeños comerciantes y aventureros; Madero le proporcionó los fondos que le permitieron armar a los principales cabecillas: Pascual Orozco en ciudad Guerrero, Guillermo Vaca en Parral, Toribio Ortega en Cuchillo Parado, José de la Luz Blanco en Temosachit y Cástulo Herrera en San Andrés; bajo las órdenes de este último militó el después legendario Pancho Villa.

El más importante de esa etapa, Pascual Orozco, era en 1910 un gigantón correoso huesudo de 28 años de edad, 1.90 de estatura, que podía levantar costales de mineral como si estuvieran rellenos de plumas; originario de un rancho de Ciudad Guerrero, poseía una pequeña mina y trabajaba de arriero con su propia recua de mulas, lo cual le permitió conocer todos los laberintos de la Sierra; parecía en camino de labrarse una fortuna considerable, cuando un capitán llamado Joaquín Chávez protegido de los Terrazas, empezó a hacerle una competencia desleal y estuvo a punto de hundirlo en la quiebra; al igual que Don Abraham, Orozco se dejó entusiasmar en un tiempo por las prédicas de Flores Magón, pero acabó por pasarse al maderismo, cuya ideología se acomodaba mejor a su temperamento. Pancho Villa otro hombrón de 1.80 de estatura, tenía 32 años de edad en 1910, era originario de la Hacienda de Gorgojitos, Durango y según contarían años más tarde, abandonó el solar nativo por haber dado muerte al hacendado en cuya propiedad él trabajaba de mediero, debido a que el hacendado trató de seducir a una hermana suya; otras fuentes rechazan

la versión, señalando que Villa era desde los 12 años un consumado ladrón de gallinas y que a los 17 mató a un compañero de juego, por lo que se vió obligado a huir de Gorgojitos.

Como quiera que haya sido, en la adolescencia se incorporó a una gavilla capitaneada por Pancho Villa, un legendario bandido; Villa, el futuro guerrillero revolucionario se llamaba originalmente Doroteo Arango, pero a la muerte de su jefe adoptó por razones sentimentales el nombre de éste. El segundo Villa reunió una fortuna considerable en el abigeato; deseoso de librarse de la explotación de los intermediarios y de obtener el máximo beneficio de sus robos, abrió en Chihuahua un gran expendio de carnes, donde vendía directamente al público las reses robadas. Lo que no alcanzaba a vender en la carnicería lo traspasaba a tratantes de ganados que no preguntaban por el origen de los animales; al parecer, uno de esos tratantes era el jocosó Abraham González; lo cierto es que Don Abraham platicaba a menudo con Villa y para traérselo, le hizo ver que su vida había tomado el curso que tomó sólo por la injusticia del régimen porfirista, que amparaba a los ricos y oprimía a los pobres; la sociedad y no Villa era la culpable de los delitos del abigeo, pero la revolución lo rehabilitaría. Después de amasar su pequeña fortuna, Villa anhelaba convertirse en persona respetable y las peroratas de Don Abraham lo entusiasmaron: sus habilidades como jinete y tirador serían extremadamente útiles, pero como su persona podía desprestigiar el movimiento, González lo llevó a segundo plano, poniéndolo bajo las órdenes de Cástulo Herrera el caudillo de San Andrés.

El 20 de noviembre, los cabecillas llevaron a cabo sus ataques respectivos; Orozco, al frente de un puñado de hombres tomó el pueblillo de Miñaca y asaltó la casa de su enemigo el capitán Chávez, quien tenía una guardia personal de 40 tarahumaras, las armas de los indios engrosaron el arsenal rebelde.

El comienzo fue fácil, al día siguiente Orozco sitió ciudad Guerrero, defendida por 65 federales, después de cinco días de batalla el gobierno mandó refuerzos y Orozco, avisado por los lugareños, salió a interceptarlos, les puso una emboscada y los derrocó; seguidamente volvió sobre ciudad Guerrero que tomó a principios de diciembre; el gobierno envió una poderosa columna de 1,200 hombres a recapturar Ciudad Guerrero; Orozco, quien ya tenía 800 guerrilleros bajo su mando, decidió hacerle frente en un lugar llamado Cerro Prieto; antes de que se iniciaran las hostilidades se le unió Pancho Villa con una veintena de hombres; ya se había visto que Cástulo Herrera no mandaba nada y el exbandolero había tomado la jefatura de la gavilla de San Andrés;

los rebeldes fueron derrotados y huyeron tras un combate de tres horas. Los federales tomaron una veintena de prisioneros y los fusilaron sin pérdida de tiempo. esto agudizó el odio que sentían los chihuahuenses hacia los militares porfiristas; los rebeldes eran bien recibidos en los ranchos, en tanto que los militares sólo encontraban hostilidades.

Días más tarde los cabecillas chihuahuenses celebraron una junta para elegir jefe y el nombramiento recayó en Orozco, quien a pesar de la derrota de Cerro Prieto seguía destacando entre sus compañeros como el organizador más eficaz y valiente; el acierto de tal nombramiento pudo apreciarse el 2 de enero de 1911, cuando Orozco sorprendió en el cañón de Mal Paso a un poderoso contingente federal; Orozco dejó que los federales se internaran en la barranca y desde las alturas. Por ambos lados, sus hombres los acribillaron hasta destruirlos; para celebrar la victoria Orozco mandó reunir las gorras y los uniformes de los federales muertos y según se cuenta se los mandó a Porfirio Díaz con una nota que decía: "ahí te devuelvo las hojas, mándame más tamales". Un asalto al tren Kansas City-México-Oriente, reportó a Orozco abundantes provisiones, el gobierno federal comenzó a tomarlo en serio y pretendió ganárselo, destituyendo al gobernador Terrazitas, de Chihuahua, quien fue sustituido por un individuo independiente y moderado que se mostró conciliador y ofreció la amnistía a Orozco y a sus hombres; Orozco rechazó el ofrecimiento, hizo preparativos para tomar Ciudad Juárez el 5 de Febrero, fecha en que se esperaba el regreso de Madero al país; pero Madero no llegó, el gobierno reforzó la guarnición fronteriza y el ataque fue suspendido.

De Nueva Orleans Madero se había trasladado a Dallas y luego a El Paso; frecuentemente cambiaba de residencia, pues recibía informes de que se habían girado órdenes para su aprehensión, bajo el cargo de violar las leyes norteamericanas de neutralidad; finalmente el 14 de Febrero se internó en territorio mexicano por una rancharía situada a 26 kilómetros al este de Ciudad Juárez.

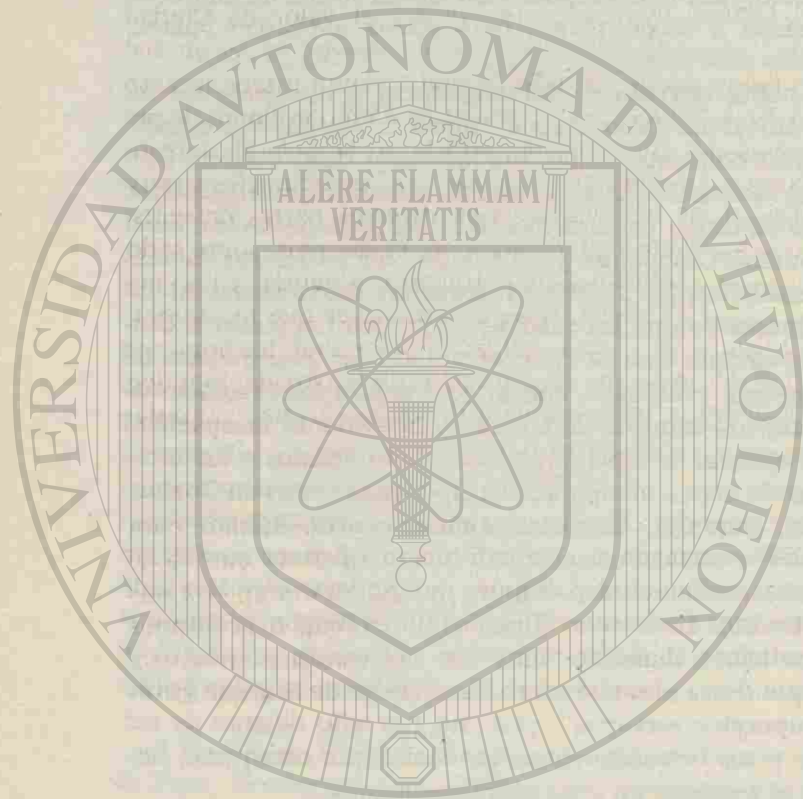
Los maderistas aprovecharon la coyuntura para reclutar combatientes y abastecerse de armas y parque en Texas; cuando cruzó la frontera acompañaban a Madero 130 hombres, 50 de los cuales eran aventureros norteamericanos y europeos, a quienes encabezaba Giuseppe Garibaldi, descendiente del libertador italiano; la columna cruzó el desierto y a fines de febrero llegó a Villa Ahumada sin encontrar resistencia, a principios de marzo entró el pueblo de San Buenaventura, cuyos habitantes recibieron a Madero con una lluvia de flores; confiándose demasiado, el 6 de marzo Madero ordenó atacar Casas Grandes, la plaza estaba casi desvanecida, pero al desarrollarse la batalla llega-

ron refuerzos federales y los revolucionarios se vieron obligados a huir; Madero mismo escapó milagrosamente. Convencido de que no servía para general y de que Garibaldi no era el genio militar que pretendía ser, Madero y su columna se retiraron a la Hacienda de Bustillos; Orozco y Villa se reunieron allí con un poco más de un millar de hombres; enseguida comenzaron a trazar planes para atacar a Ciudad Juárez.

El gobierno había enviado 6,000 soldados a Chihuahua; los rebeldes planearon lanzar un falso ataque contra la capital del estado, para que el gobierno concentrara ahí sus fuerzas y desprotegiera Ciudad Juárez; no fue necesario llevar a cabo la maniobra, Porfirio Díaz se había encargado de dirigir personalmente la campaña desde la ciudad de México, no conocía Chihuahua y en vez de concentrar sus fuerzas para un ataque demoledor, las dividió en pequeños destacamentos; engañado por los rumores de que los rebeldes se proponían atacar la Ciudad de Chihuahua, ordenó que se concentrara ahí las guarniciones de Casas Grandes, Jiménez y Ojinaga, con lo cual dejó a los revolucionarios el camino libre; los triunfos de Orozco y la evidente incapacidad del gobierno para aplastar la rebelión, habían dado ánimos a los indecisos y para el mes de marzo ya operaban grupos maderistas en Coahuila, Sonora, Sinaloa, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, Jalisco, Veracruz y Morelos; los Floresmagonistas habían tomado algunas rancharías de Sonora, Chihuahua y Veracruz y después de apoderarse de Mexicali quedaron dueños de Baja California. Ricardo Flores Magón prohibió a sus correligionarios hacer causa común con "el enano policastro y vulgar ambicioso que desea elevarse sobre las espaldas de la gente pobre para cobrar por supuestos servicios", pero no por ello dejaron de ser útiles para Madero y sus levantamientos, los cuales, por otra parte, fueron aplastados por el gobierno en unas cuantas semanas.

A fines de marzo, Madero y sus hombres abandonaron Bustillos y sin encontrar resistencia, poco después ocupaban Casas Grandes, prosiguieron la marcha hacia la frontera, en el camino se les unían cientos de rancharos, sumaban ya 2,500 el 15 de abril, cuando ante la impotencia de los 700 federales que guarnecían Ciudad Juárez, rodearon la plaza por todos lados, excepto por el norte, limitado por el Río Bravo; para asegurarse de que el gobierno no enviara refuerzos, los revolucionarios cortaron las vías férreas hacia el sur; aunque Ciudad Juárez era un poblacho de pequeñas casas de adobe de apenas 8,000 habitantes, su posesión reportaría a Madero ventajas inapreciables: una base segura de aprovisionamiento, un territorio inmejorable situado para solicitar a Estados Unidos el reconocimiento como deliberante, etc., pero cuando la plaza inerme estuvo rodeada, Madero ordenó suspender el ataque; en el ánimo del caudillo obraba fundamentalmente el hecho de que

Washington había declarado no estar dispuesto a sufrir perjuicios por la guerra entre mexicanos y para reforzar la declaración había concentrado 20,000 soldados en la frontera de Texas y enviado su flota a patrullar los litorales mexicanos del Golfo de México.



4.- CAIDA DE CD. JUAREZ. RENUNCIA DE P. DIAZ.

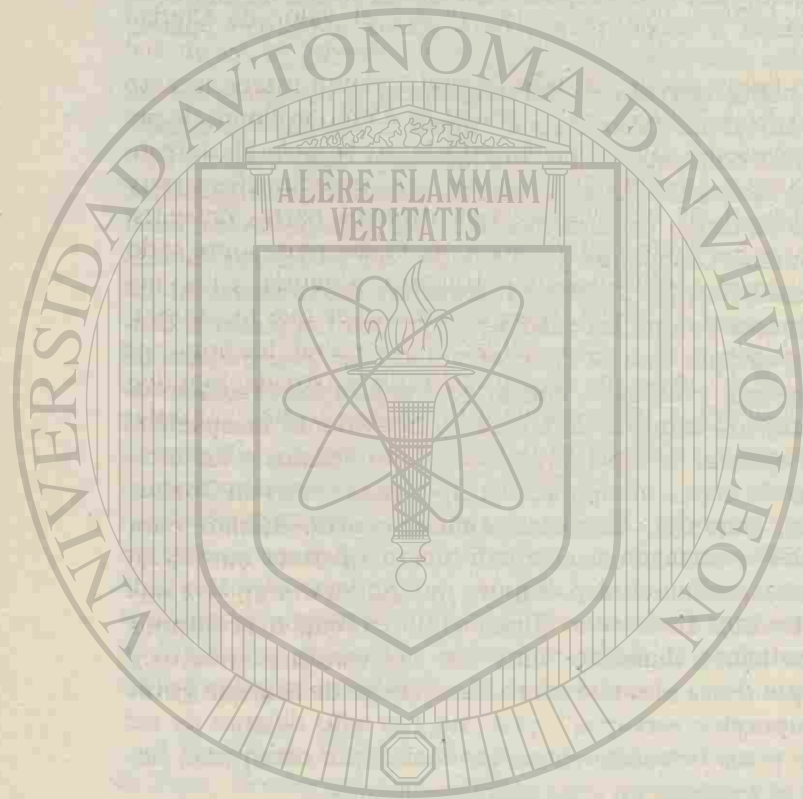
Contrariando las órdenes de Madero, los revolucionarios atacaron a la guarnición porfirista en Ciudad Juárez y triunfaron después de una dura lucha. En el terreno estrictamente militar, el valor de Ciudad Juárez era reducido y la caída de la plaza distaba mucho de ser un mal irreparable para el gobierno. El ejército federal todavía estaba intacto y la tesorería de la nación contaba con sesenta y cinco millones de pesos para sostener una guerra prolongada, pero la caída de la plaza fronteriza, infundió ánimo a los timoratos, alentó a los oportunistas y muy pronto se multiplicaron las sublevaciones en diversas partes del país, sobre todo las fuerzas morelenses en diversas partes del país, sobre todo las fuerzas morelenses de Emiliano Zapata tomaron Cuautla y los guerrerenses de los hermanos Figueroa, Cuernavaca, al ver que los revolucionarios se encontraban a las puertas del Distrito Federal, los hombres del régimen se convencieron de que habían perdido la partida; lo único que les quedaba era procurar una rendición decorosa, no una capitulación incondicional; al fin lo consiguieron.

Entre el 20 de Noviembre de 1910, la fecha que fijó Madero para que estallase la rebelión armada y el 21 de mayo de 1911 en que se firmó el convenio de paz de ciudad Juárez, transcurrieron apenas seis meses, un día, el dictador firmó su renuncia el 25 y pocos días después abandonó definitivamente el país en un plazo asombrosamente corto. Madero había realizado la hazaña de derrocar a un gobierno que parecía inconvencible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Washington había declarado no estar dispuesto a sufrir perjuicios por la guerra entre mexicanos y para reforzar la declaración había concentrado 20,000 soldados en la frontera de Texas y enviado su flota a patrullar los litorales mexicanos del Golfo de México.



4.- CAIDA DE CD. JUAREZ. RENUNCIA DE P. DIAZ.

Contrariando las órdenes de Madero, los revolucionarios atacaron a la guarnición porfirista en Ciudad Juárez y triunfaron después de una dura lucha. En el terreno estrictamente militar, el valor de Ciudad Juárez era reducido y la caída de la plaza distaba mucho de ser un mal irreparable para el gobierno. El ejército federal todavía estaba intacto y la tesorería de la nación contaba con sesenta y cinco millones de pesos para sostener una guerra prolongada, pero la caída de la plaza fronteriza, infundió ánimo a los timoratos, alentó a los oportunistas y muy pronto se multiplicaron las sublevaciones en diversas partes del país, sobre todo las fuerzas morelenses en diversas partes del país, sobre todo las fuerzas morelenses de Emiliano Zapata tomaron Cuautla y los guerrerenses de los hermanos Figueroa, Cuernavaca, al ver que los revolucionarios se encontraban a las puertas del Distrito Federal, los hombres del régimen se convencieron de que habían perdido la partida; lo único que les quedaba era procurar una rendición decorosa, no una capitulación incondicional; al fin lo consiguieron.

Entre el 20 de Noviembre de 1910, la fecha que fijó Madero para que estallase la rebelión armada y el 21 de mayo de 1911 en que se firmó el convenio de paz de Ciudad Juárez, transcurrieron apenas seis meses, un día, el dictador firmó su renuncia el 25 y pocos días después abandonó definitivamente el país en un plazo asombrosamente corto. Madero había realizado la hazaña de derrocar a un gobierno que parecía inconvencible.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

5.- GOBIERNO CONTRAREVOLUCIONARIO DE FRANCISCO LEÓN DE LA BARRA.

Pero de acuerdo con el convenio de paz, el dictador no entregó el gobierno a los revolucionarios, sino a un presidente interino constitucional: el Secretario de Relaciones exteriores, Francisco León de la Barra, un aristocratizante diplomático de carrera, que se comprometió a convocar a elecciones presidenciales en un plazo breve.

Feliz con sus logros, el apóstol emprendió viaje a la ciudad de México y en cada estación del camino era recibido con lluvias de flores, confeti y torrentes de cariñosas ovaciones que le tributaba el pueblo; el 7 de junio llegó a la capital donde lo aclamaban 100,000 almas; al día siguiente de su llegada a la capital de la república, Madero recibió en su casa al taciturno Caudillo revolucionario de Morelos, Emiliano Zapata. Aparentemente Zapata manifestó que el único móvil que había llevado a sus hombres a participar en la lucha armada, era la promesa de reintegrarles las tierras usurpadas por los poderosos de su estado; ¿con qué cara se les iba a decir que siempre no se les devolverían de inmediato? Madero ofreció visitar Morelos antes de una semana para explicar lo ocurrido y prometer solemnemente a los campesinos que se les haría justicia en cuanto la revolución llegara al gobierno.

El transcurso del interinato de León de la Barra fue un período de sobresaltos constantes para Madero, pues tuvo que enfrentarse a los reyistas, a las intrigas de los hermanos Vázquez Gómez, a la insubordinación del turbulento Juan Andrew Almazán, que capitaneaba un grupo de revolucionarios y que publicó un manifiesto exigiendo a De la Barra que se cumpliera en todas sus partes el denominado Plan de San Luis, al descontento de Zapata, etc.

Y así llegamos al 1o. de octubre cuando se celebran las elecciones primarias y las secundarias el día 15; según lo reconocieron todos los observadores imparciales, los comicios habían sido los más limpios de la historia de México.

Madero obtuvo 119,997 votos contra 89 mil de De la Barra y 16 mil de Emilio Vázquez Gómez; Reyes habiéndose autoeliminado, no recibió ninguno. Para la vicepresidencia, Pino Suárez ganó 10,245 votos contra 5,564 De la Barra y 3,373 de Francisco Vázquez Gómez. Entre la aclamación popular, Madero asumió la Presidencia el 6 de noviembre de aquel agitado 1911; para esas fechas el zapatismo había surgido en Morelos, al grado de que los zapatistas atacaban algunos poblados del sur del Distrito Federal.

6.- GOBIERNO DE FRANCISCO I. MADERO.

Especialmente notable fue la decisión con que Madero enfrentó el problema del campo; aunque recaló que él solo había prometido devolver a los campesinos las tierras que les habían usurpado y que de ninguna manera se comprometió a planear expropiar los latifundios, tenía plena conciencia de que la Revolución había incubado esperanzas de que se realizara una especie de reforma agraria y quiso satisfacerlas.

Con Madero, los trabajadores dejaron de sufrir las persecuciones de que fueron víctimas en tiempos de Porfirio Díaz y gozaron de amplia libertad para organizarse en sindicatos; estallaron cientos de huelgas y los patrones ya sin la protección gubernamental tuvieron que ceder en buena medida a las peticiones obreras. Los dueños de 150 fábricas textiles, los más duros del sector patronal, aceptaron contractualmente establecer un salario mínimo, reducir de 12 a 10 horas la jornada de trabajo y dar diversas pretensiones a los huelguistas.

Fue excesivamente vulnerable a la presión y a las súplicas familiares; Madero incorporó a las nóminas del gobierno a más de medio centenar de parientes que ocuparon cargos desde Secretario de Estado hasta Administración del timbre. La orgía de nepotismo, se veía magnificada por las actividades de Gustavo, un hermano del Presidente, a quien los opositoristas apodaban Ojo Parado por tener un ojo de vidrio. Fueron tantos los desmanes de Gustavo A. Madero, que el Presidente le dió una comisión que era ir a Tokio a dar las gracias al emperador por su participación en las fiestas del centenario de la Independencia.

Madero también fue obstaculizado por los antiguos porfiristas. Madero quiso aplicar el principio democrático de la división de poderes y creyó que para hacerlo bastaría con liberar al judicial y al legislativo del dominio ejercido por el ejecutivo durante la dictadura; el resultado fue un nuevo desequilibrio de poderes, esta vez en perjuicio del ejecutivo; el Presidente se abstuvo de dictar al poder judicial las consignas habituales en tiempo de Porfirio Díaz, pero los corrompidos jueces siguieron vendiendo sus fallos al mejor postor, especialmente en casos en que perjudicaban al ejecutivo; al legislativo integrado durante la dictadura por eunucos que jamás osaron contrariar la voluntad del sultán, fue dejado también en absoluta libertad, aunque los partidarios del gobierno obtuvieron mayoría de escaños en las elecciones de 1912, se mostraron impotentes para lograr la pronta aprobación de las leyes reformistas que solicitaba Madero, su inexperiencia en las tácticas par-

lamentarias y las divisiones en que se fragmentaron por falta de conciencia política fueron aprovechadas por la habilidosa minoría opositora y el programa presidencial naufragó en el caos.

También el cuarto poder fue liberado de la tutela del ejecutivo, pero como Madero suprimió al mismo tiempo los embustes que distribuía la dictadura, los periodistas respondieron "mordiéndole la mano que les quitó el bozal", como dijo un crítico.

Otro problema era el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza; Carranza había sido Secretario de Guerra en el gobierno provisional de Ciudad Juárez y contra lo que pensaban los políticos, Madero no lo llevó a su gabinete constitucional, sino que lo alentó a ganar la gobernatura de Coahuila; obviamente quería alejarlo de la capital por haber sido Carranza porfirista manso, hasta que el dictador quiso sacarlo del presupuesto y por el reyismo subido que demostró hasta 1909.

La pugna abierta entre los dos coahuilenses estalló a principios de 1912; el gobierno de Coahuila disponía de un millar de soldados irregulares, antiguos revolucionarios, cuya manutención costaba alrededor de doscientos cincuenta mil pesos mensuales; el gobierno federal venía pagando esta suma y Madero no creyó conveniente seguir haciéndolo, por lo cual puso a Carranza entre la disyuntiva de mantener a los irregulares con fondo del estado de Coahuila, o colocarlos bajo el mando del gobierno federal.

La disputa se prolongó a lo largo de 1912 en una serie de cartas en las que Carranza se expresaba invariablemente con altanería, señalando que los irregulares servían para salvar la revolución y por lo tanto debía pagarlos el gobierno federal. En diciembre, Carranza viajó a la capital y conferenció ampliamente con Madero sobre el tema; se ignora los detalles del encuentro, pero se sabe que Madero rechazó violentamente la protección forzosa que trataba de imponerle Carranza y los dos coahuilenses se separaron en desacuerdo completo; cuando Carranza abandonó el despacho Presidencial, un ayudante militar señaló a Madero que lo único que buscaba Carranza, era ser nombrado Secretario de Gobernación, bastaría con darle el nombramiento para que se aplacara, Madero contestó: "no, hombre, como voy a hacer eso; Carranza es un viejo pachorrudo que le pide permiso a un pie para adelantar el otro".

El régimen presidencial de Madero duró 15 meses y 2 semanas, tiempo que se antoja extraordinariamente largo, si se toma en cuenta la peligrosidad de los obstáculos que el prócer encontraba a cada paso; "Madero sólo ha cometido un crimen: no haber traído a su gobierno a

todos los buitres y charlatanes que durante la dictadura lamieron los pies del tirano", dijo uno de los pocos políticos que defendían al gobierno a principio de 1913; en realidad lo que podía llamarse el crimen de Madero, consistió en haber liberado al país de un tirano imponente, sólo para dejarlo a merced de una jauría de tiranuelos.

Reyes se trasladó a Nueva Orleans a Texas, para organizar en territorio norteamericano una revuelta armada; planeaba iniciar la lucha al día siguiente de la toma de posesión de Madero.

El 25 de noviembre de 1911, a las dos semanas de que Madero asumió la presidencia, Zapata expidió su histórico Plan de Ayala en el que se acusaba a Madero de no tener otras miras que satisfacer sus ambiciones personales, sus desmedidos instintos de tirano y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes, así como evadir el cumplimiento de las promesas que hizo a la nación en el Plan de San Luis Potosí.

Tras desconocer a Madero como jefe de la nación, se nombraba jefe de la revolución libertadora, a Pascual Orozco o en caso de no aceptar éste el puesto, a Emiliano Zapata; Orozco ni aceptó ni rechazó el nombramiento.

El mes de enero de 1912 fue de triunfos para Zapata, cuyas fuerzas llegaron inclusive a tomar Cuernavaca y amenazar desde allí al Distrito Federal; Madero contrató nombrando comandante militar de Morelos; al implacable coronel Juvencio Robles, famoso por las matanzas de indios que llevó a cabo en el norte durante el régimen de Porfirio Díaz; por principio de cuentas, Robles tomó presas como rehenes, a la suegra, la hermana y dos cuñadas de Zapata, fusiló sin miramientos a un centenar de sospechosos y puso en práctica el sistema de recolonización, inventado por los españoles durante la guerra de Independencia de Cuba y readaptado por los norteamericanos en Vietnam.

Mucho más grave que la rebelión de Zapata, fue la que encabezó en el norte Pascual Orozco; después de la toma de Ciudad Juárez, Orozco se había convertido en un ídolo popular, el soldado revolucionario que había luchado desinteresadamente por el pueblo; le compusieron corridos, un cerro de Chihuahua fue bautizado Monte Orozco, en El Paso, los comerciantes hacían gran negocio vendiendo Orozco-souvenirs y hasta en Alemania, un industrial el Rein sacó al mercado un vino Orozco especial. La rebelión de Orozco causó pánico en el gobierno; para restarle apoyo moral, Madero ofreció implantar todas las reformas que propugnaba el Plan Orozquista a cambio de que los rebeldes depusieran las armas; por supuesto Orozco rechazó la oferta, tenía fuertes

sumas de dinero a su disposición y con el sueldo de pagarles el entonces fabuloso sueldo de dos pesos diarios, en breves días reunió un ejército de 8,000 hombres; tan grave era la situación que el Secretario de Guerra, el intachable general José González Salas, renunció a su puesto para hacerse cargo personalmente de la campaña; los orozquistas se apoderaron de la casi totalidad del Estado de Chihuahua; inclusive avanzaron sobre Mapimi, Durango, y varios poblados de la Sierra de Sonora. El 23 de marzo, el ejército federal libró su primera gran batalla con los orozquistas, en Rellano, un punto situado poco kilómetros al sureste de Ciudad Juárez; los rebeldes se anotaron un triunfo total y los federales se retiraron deshechos; incapaz de soportar la vergüenza de la derrota, el general González Salas se suicidó. Enfrentando en la angustiosa necesidad de designar sustituto para el fiel González Salas, Madero convocó a su gabinete a sesión de emergencia y por recomendaciones del general Angel García Peña, nuevo Secretario de Guerra, aceptó nombrar al General Victoriano Huerta; Madero no había olvidado la actitud sospechosa de Huerta en la primera campaña contra los zapatistas, pero la firme recomendación de García Peña, quien conocía mejor que nadie la elevada capacidad estratégica y táctica de Huerta, lo obligó a ceder.

Realmente Huerta parecía un candidato inmejorable para desempeñar el cargo, aunque era un geógrafo, topógrafo y matemático militar muy competente, sus ascensos en el ejército los había obtenido aplastando a la gente incorregible que osaba oponerse a los designios de Porfirio Díaz.

Huerta de 58 años de edad en 1912, nacido en un jacal de Colotlán; Jalisco e hijo de padre mestizo, agricultor muy pobre y de madre huicola, Victoriano Huerta se inició en la carreta militar por un golpe de suerte. En 1869, el famoso general Donato Guerra pasó casualmente por Colotlán y como necesitara los servicios de un secretario, rescató de su ocupación de lustrador de calzado al joven Victoriano, quien era uno de los pocos muchachos del pueblo que sabía leer y escribir; en premio a sus buenos servicios, el general Guerra influyó posteriormente para que Victoriano ingresara al Colegio Militar. Hacia 1890, después de graduarse en el Colegio, como alumno distinguido y tras haber participado en una serie de tareas como la de ayudar a la reorganización del Estado Mayor y hacer un reconocimiento topográfico de la República, así como pasar una corta temporada en Sinaloa donde conoció al general Bernardo Reyes, Huerta alcanzó el coronelato; en 1893 lo trasladaron a Guerrero para que ayudase a aplastar la rebelión que encabezaba el general Canuto Neri contra el gobernador Porfirista; Neri se rindió al poco tiempo y el gobierno decretó una amnistía para sus partidarios; muchos de éstos se rindieron y Huerta ordenó

fusiliarlos para hacer un escarmiento; en premio lo nombraron comandante militar de Guerrero, puesto en el que permaneció hasta 1895; después de la disputa que tuvo con Madero por la conducción de la campaña contra Zapata ordenada por De la Barra, Huerta quedó privado del mando de tropas y estaba en la semi-inactividad, cuando la emergencia causada por Orozco hizo necesario volver a utilizar sus servicios; Madero seguía sin tenerle confianza y para que lo vigilase, nombró a su hermano comandante de la cuarta brigada de irregularidades que se incorporó a la división del norte; otro hermano del Presidente, Raúl, ya se encontraba en Chihuahua; también Pancho Villa, cuya fidelidad hacia Don Abraham González y Madero era total, fue sacada de su retiro en San Andrés y desde antes que Huerta llegara a Chihuahua ya combatía a Orozco al frente de 400 irregulares. Tres espectaculares batallas fueron suficientes para deshacer a Orozco; Conejos el 12 de mayo, segunda de Ojinaga del 22 al 23 de mayo y Bachimba el 3 de julio; privado de las armas baratas que conseguía en Estados Unidos antes del embargo, Orozco huyó a Arizona y sus hombres se desbandaron o quedaron reducidos a pequeñas guerrillas que se desplazaron a la Sierra de Sonora; Huerta se convirtió en el héroe de la lumpen burocracia, el hombre de hierro que hacía falta en el país para poner término a la locura democrática de Madero. Madero ascendió a Huerta a General de División, pero le ordenó regresar a la capital, donde lo dejaron nuevamente sin mando de fuerzas; el 16 de octubre estalló en Veracruz una nueva rebelión encabezada por el general Félix Díaz; Félix Díaz era sobrino del dictador don Porfirio y padecía una especie de locura dinástica que lo llevó al convencimiento de que le correspondía suceder a su tío en la silla presidencial. En el plan revolucionario que proclamó el 16 de octubre de 1912 declaró, "prometo sólo paz, todos los beneficios materiales y el ejército de la libertad vendrán por sí mismos, como el fruto natural de la paz y el orden" con semejante programa, el apoyo popular que logró tenía que ser mínimo, pero esto no le preocupaba, había distribuido generosas sumas de dinero entre varios oficiales y esperaba ser secundado por el ejército en masa. Al último momento, sin embargo, sólo se le unieron mil hombres del veintinueve batallón y parte del diecinueve; no logró controlar la ciudad, que siguió siendo fiel a Madero.

Madero envió a 2,000 hombres a sofocar la rebelión; tras un ataque por sorpresa los maderistas capturaron Veracruz y aprehendieron a Félix y a sus cómplices. Félix Díaz fue condenado a la pena capital, pero la culta sociedad se escandalizó de que fuesen a fusilar a uno de sus miembros más ilustres.

Madero fue sometido a fuertes presiones para que perdonara la

vida a Félix Díaz, el Prócer se mantuvo firme en su decisión, en cambio los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los mismos que durante decenios habían acatado servilmente hasta las consignas más inmundas del dictador depuesto, creyeron necesario hacer una demostración de su rectitud y suspendieron la ejecución en juicio de amparo, bajo el artificioso argumento de que Félix Díaz se encontraba en situación de retiro y por lo tanto no debió ser juzgado por un consejo de guerra, Félix Díaz fue trasladado a la penitenciaría del Distrito Federal; éste fue el preludio de la cadena de traiciones y bajezas que culminaron con el asesinato de Madero.

Al iniciarse 1913, solo unas cuantas guerrillas dispersas de zapatistas y orozquistas se oponían con las armas al gobierno de Francisco I. Madero; en Coahuila el gobernador Venustiano Carranza proseguía sus trabajos para formar una especie de liga de gobernadores que socababa la autoridad presidencial, pero ninguno de estos movimientos constituía una amenaza seria para la estabilidad del gobierno; sería posible que Madero lograra consolidar su régimen y asentar la política mexicana. Entre los nuevos conspiradores se hallaba un general llamado Manuel Mondragón, quien tenía fama de ser un genio militar por haber plagiado ciertas mejoras introducidas por los artilleros franceses en la fabricación de cañones.

Entre los primeros aliados de Mondragón, destacaba el Lic. Rodolfo Reyes, hijo del general preso, quien se encargó de conseguir el dinero (qué es el nervio de la guerra), jamás reveló la identidad de quienes financiaron el movimiento, pero ahora se sabe que entre éstos, destacaba el sinientro hacendado morelense, Ignacio de la Torre y Mier; Mondragón reconoció su falta de prestigio para encabezar el cuartelazo, de manera que cedió el papel principal al general Reyes y el segundo a Félix Díaz primo político de De la Torre y Mier; el hacendado tenía el apoyo de los grandes magnates y del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson; inclusive parece haber intentado aprovechar su influencia personal sobre Zapata.

Paradójicamente Victoriano Huerta se negó a participar en la conjura, expresando a un empleado de Mondragón que el momento era inoportuno para dar cuartelazos.

7.- LA DECENA TRAGICA

En la madrugada del 9 de febrero de 1913, mientras el presidente dormía en su alcoba del Castillo de Chapultepec, la revuelta estalló; Madero había recibido informes precisos de lo que se tramaba, pero, o no quiso hacerles caso, o pensó que al fracasar inevitablemente el cuartelazo, le proporcionaría una útil coyuntura para cortar algunas cabezas.

Iniciaron el movimiento 300 jóvenes corrompidos que estudiaban en la escuela de aspirantes, una especie de colegio militar de segunda en sus cuarteles de Tlalpan; marcharon hacia el Palacio Nacional que tomaron sin resistencia. Esto por que la guardia había sido previamente comprada; simultáneamente jefaturados por Mondragón, del cuartel de Tacubaya salieron 700 soldados rumbo a la prisión de Tlatelolco; en el camino se le unieron 100 militares más. Al llegar a Tlatelolco, Mondragón pidió al carcelero en jefe la libertad de Reyes, la cual obtuvo sin dilación; Reyes ya había comprado a la guardia, a varios oficiales de planta en la prisión y al escuadrón de caballería que vigilaba el establecimiento.

Gracias a la abundante distribución de mordidas, Félix Díaz también recuperó la libertad; ya juntos los conjurados, prosiguieron la marcha hacia el Palacio Nacional, donde Reyes debería proclamar el triunfo del cuartelazo; para esas alturas la situación había dado un vuelco sensacional: aunque gran parte del ejército sabía del cuartelazo y sólo esperaban que la situación se aclarase para lanzarse a la cargada, un elevado número de oficiales y jefes en proporción tal vez mayor que la de los civiles que servían al gobierno, (según se apreciaría poco después), eran leales al gobierno; entre éstos hombres que mucho diluyeron la horrorosa mancha que iba a caer sobre las fuerzas armadas, se encontraba el comandante militar de la plaza general Lauro Villar; en los momentos en que Díaz era liberado, Villar llegó al Palacio Nacional con escasos 60 hombres e imponiendo su autoridad penetró al edificio sin que nadie osara interceptarlo; luego con una arenga en que les reprochó su traición, logró que los jóvenes aspirantes se rindieran y recuperó el puesto antes de que Madero supiese que había llegado. La noticia del acontecimiento llegó a oídos de Reyes, Díaz y Mondragón; mientras marchaban de Lecumberri al Palacio Nacional, pensaron que se trataba de un rumor infundado, pero como medida de precaución decidieron enviar un cuerpo exploratorio, comandado por otro general traidor, Gregorio Ruiz; Villar se limitó dejarlo entrar al Palacio Nacional y una vez adentro lo hizo prisionero. Posteriormente con autorización presidencial, Ruiz y 15 aspirantes fueron fusilados.

vida a Félix Díaz, el Prócer se mantuvo firme en su decisión, en cambio los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los mismos que durante decenios habían acatado servilmente hasta las consignas más inmundas del dictador depuesto, creyeron necesario hacer una demostración de su rectitud y suspendieron la ejecución en juicio de amparo, bajo el artificioso argumento de que Félix Díaz se encontraba en situación de retiro y por lo tanto no debió ser juzgado por un consejo de guerra, Félix Díaz fue trasladado a la penitenciaría del Distrito Federal; éste fue el preludio de la cadena de traiciones y bajezas que culminaron con el asesinato de Madero.

Al iniciarse 1913, solo unas cuantas guerrillas dispersas de zapatistas y orozquistas se oponían con las armas al gobierno de Francisco I. Madero; en Coahuila el gobernador Venustiano Carranza proseguía sus trabajos para formar una especie de liga de gobernadores que socababa la autoridad presidencial, pero ninguno de estos movimientos constituía una amenaza seria para la estabilidad del gobierno; sería posible que Madero lograra consolidar su régimen y asentar la política mexicana. Entre los nuevos conspiradores se hallaba un general llamado Manuel Mondragón, quien tenía fama de ser un genio militar por haber plagiado ciertas mejoras introducidas por los artilleros franceses en la fabricación de cañones.

Entre los primeros aliados de Mondragón, destacaba el Lic. Rodolfo Reyes, hijo del general preso, quien se encargó de conseguir el dinero (qué es el nervio de la guerra), jamás reveló la identidad de quienes financiaron el movimiento, pero ahora se sabe que entre éstos, destacaba el sinientro hacendado morelense, Ignacio de la Torre y Mier; Mondragón reconoció su falta de prestigio para encabezar el cuartelazo, de manera que cedió el papel principal al general Reyes y el segundo a Félix Díaz primo político de De la Torre y Mier; el hacendado tenía el apoyo de los grandes magnates y del embajador norteamericano, Henry Lane Wilson; inclusive parece haber intentado aprovechar su influencia personal sobre Zapata.

Paradójicamente Victoriano Huerta se negó a participar en la conjura, expresando a un empleado de Mondragón que el momento era inoportuno para dar cuartelazos.

7.- LA DECENA TRAGICA

En la madrugada del 9 de febrero de 1913, mientras el presidente dormía en su alcoba del Castillo de Chapultepec, la revuelta estalló; Madero había recibido informes precisos de lo que se tramaba, pero, o no quiso hacerles caso, o pensó que al fracasar inevitablemente el cuartelazo, le proporcionaría una útil coyuntura para cortar algunas cabezas.

Iniciaron el movimiento 300 jóvenes corrompidos que estudiaban en la escuela de aspirantes, una especie de colegio militar de segunda en sus cuarteles de Tlalpan; marcharon hacia el Palacio Nacional que tomaron sin resistencia. Esto por que la guardia había sido previamente comprada; simultáneamente jefaturados por Mondragón, del cuartel de Tacubaya salieron 700 soldados rumbo a la prisión de Tlatelolco; en el camino se le unieron 100 militares más. Al llegar a Tlatelolco, Mondragón pidió al carcelero en jefe la libertad de Reyes, la cual obtuvo sin dilación; Reyes ya había comprado a la guardia, a varios oficiales de planta en la prisión y al escuadrón de caballería que vigilaba el establecimiento.

Gracias a la abundante distribución de mordidas, Félix Díaz también recuperó la libertad; ya juntos los conjurados, prosiguieron la marcha hacia el Palacio Nacional, donde Reyes debería proclamar el triunfo del cuartelazo; para esas alturas la situación había dado un vuelco sensacional: aunque gran parte del ejército sabía del cuartelazo y sólo esperaban que la situación se aclarase para lanzarse a la cargada, un elevado número de oficiales y jefes en proporción tal vez mayor que la de los civiles que servían al gobierno, (según se apreciaría poco después), eran leales al gobierno; entre éstos hombres que mucho diluyeron la horrorosa mancha que iba a caer sobre las fuerzas armadas, se encontraba el comandante militar de la plaza general Lauro Villar; en los momentos en que Díaz era liberado, Villar llegó al Palacio Nacional con escasos 60 hombres e imponiendo su autoridad penetró al edificio sin que nadie osara interceptarlo; luego con una arenga en que les reprochó su traición, logró que los jóvenes aspirantes se rindieran y recuperó el puesto antes de que Madero supiese que había llegado. La noticia del acontecimiento llegó a oídos de Reyes, Díaz y Mondragón; mientras marchaban de Lecumberri al Palacio Nacional, pensaron que se trataba de un rumor infundado, pero como medida de precaución decidieron enviar un cuerpo exploratorio, comandado por otro general traidor, Gregorio Ruiz; Villar se limitó dejarlo entrar al Palacio Nacional y una vez adentro lo hizo prisionero. Posteriormente con autorización presidencial, Ruiz y 15 aspirantes fueron fusilados.

Aunque volvieron a informarle detalladamente lo que había ocurrido, Reyes se negó a creerlo y a modificar sus planes en consecuencia estaba como fascinado, escribió Rodolfo Reyes, el horror de hacer nuevamente el papel de cobarde, tanto fracaso, se impuso a su instinto de supervivencia; "que se detenga la columna, yo lo haré", rugió; y espoleando el caballo prosiguió junto con algunos soldados hacia la llamada puerta mariana, donde los hombres de Villar aguardaban tras las ametralladoras que pronto empezaron a funcionar, eran las 8:45 de la mañana cuando Bernardo Reyes cayó muerto sobre el piso del Zócalo; buscó el sacrificio como la única solución para su propia personalidad; escribió Rodolfo Reyes. Sus cómplices huyeron en todas direcciones sin saber qué hacer, herido de gravedad en el pequeño combate, el general Villar no pudo darse a la persecución de los traidores; éstos se reagruparon poco después para refugiarse en el cuartel de la ciudadela donde tenían más cómplices; la muerte de Reyes había dejado un vacío de autoridad y Félix Díaz procedió a llenarlo.

Al ser informado de que el Palacio Nacional estaba nuevamente en poder de las fuerzas leales, Madero abandonó su residencia en Chapultepec y se trasladó al despacho presidencial, donde su presencia contribuiría a demostrar al país que el gobierno estaba firme.

Victoriano Huerta también fue enterado de los sucesos; la muerte de Reyes parecía indicar que el cuartelazo había fracasado; Huerta, temeroso de que salieran a la luz sus tratos con los conspiradores, marchó hacia el Palacio; por una pasmosa coincidencia, el automóvil de Huerta se cruzó con la columna de Madero que se dirigía también al Palacio Nacional; Huerta bajó del automóvil y respetuosamente se acercó a Madero, "precisamente iba a ponerme a sus órdenes, señor Presidente" dijo; ignorante de los verdaderos motivos de Huerta, Madero se dejó impresionar e invitó al general a sumarse a su columna. Continuaba hacia el Zócalo y después de salvarse de un ataque sorpresivo llevado a cabo por francotiradores, llegaron a la plaza que estaba cubierta por centenares de cadáveres, en su mayoría civiles curiosos. En Palacio Nacional, el heroico general Villar estaba imposibilitado para moverse por las heridas que sufrió; urgía nombrarle sustituto y sin reflexionarlo suficientemente, Madero designó ahí mismo a Victoriano Huerta nuevo comandante militar de la plaza. Varios oficiales hicieron ver a Madero que Huerta no era digno de confianza, pero el Secretario de Guerra aprobó el nombramiento recién hecho y el Presidente creyó posible volver a utilizar la indudable habilidad militar de Huerta. Si tan sólo volviera a instalar cerca de él a algún hombre de confianza que lo vigilara, con este propósito a las tres de la tarde del mismo día 9, salió en busca del general Felipe Angeles, quien se encontraba en Cuer-

navaca. La ausencia de Madero fue astutamente aprovechada por los traidores, un enviado de Félix Díaz visitó al embajador norteamericano Henry Lane Wilson y le pidió que exigiera al presidente la renuncia para evitar mayor derramamiento de sangre.

Madero regresó a México la tarde del mismo Lunes acompañado de Angeles y un millar de hombres de tropa; ya habían llegado a la capital varios escuadrones de irregulares y rurales enviados por los gobernadores leales de Estados vecinos. El Presidente fue cabalmente informado de la escandalosa entrevista de Félix Díaz con el compadre de Huerta y quiso nombrar comandante de la plaza a Felipe Angeles, pero como éste era de menor grado que Huerta, los asesores militares se opusieron a la medida; tal vez Madero pensó que sería fácil para Angeles vigilar a Huerta, pero éste ordenó al subordinado que se situara en una posición desde la cual ni podía hacer daño a los rebeldes, ni estaba en condiciones de observar las maniobras del comandante; aunque la lealtad de Angeles está fuera de toda discusión no se sabe por qué cayó tan fácilmente en la trampa. Toda la semana fue de pesadilla para los habitantes de la ciudad; Huerta lanzaba ataques calculados para no aplastar a los sublevados, inclusive los dejó que surtieran abundantemente provisiones; por lo menos dos veces se reunió secretamente con Félix Díaz, mientras tanto su compadre entraba y salía de la ciudadela, esforzándose por llegar a un acuerdo con Díaz, pero como éste seguía rechazando las pretensiones de Huerta, la lucha continuó. Huerta lanzaba a los irregulares, los más fieles a Madero en cargas suicidas, de caballería que eran exterminados por los cañones y las ametralladoras de la ciudad. La matanza de civiles alcanzó grandes proporciones y los cadáveres se pudrían en el piso o eran apilados para luego empaparlos de petróleo y prenderles fuego. Por fin Madero llamó a Huerta a su presencia y le preguntó la causa de que no hubiera tomado aún la ciudadela; el traidor pretextó que si bien, podría destruir el edificio a cañonazos el ataque desbarataría una amplia zona de la ciudad y morirían muchos inocentes.

A pesar del cúmulo de pruebas que le presentaban, Madero no acababa de convencerse de la traición. Las angustias de Madero habían venido creciendo minuto a minuto; Lane Wilson aliado de los embajadores de Inglaterra, Alemania y España, le hizo llegar una petición de que renunciara para evitar el derramamiento de sangre y posibles complicaciones internacionales, lo que implicaba una amenaza de invasión por parte de Estados Unidos. Lane Willson obró por cuenta propia, ya que el gobierno norteamericano adoptó una actitud de neutralidad.

El día 18 terminó por fin el período que los historiadores cono-

cen como la decena trágica. Por la mañana de ese día, Huerta hizo que sus tropas, que supuestamente estaban listas para iniciar el ataque general, desfilaran frente al Palacio Nacional; cuando Madero terminó de pasarles revista, Huerta convocó a una junta con los principales funcionarios del gobierno, ante quienes, los senadores felixistas repitieron que el sentir general de su cámara se orientaba a exigir la renuncia de Madero. Seguidamente Huerta se trasladó al restaurant donde se había citado con Gustavo Madero para la comida de reconciliación; Gustavo lo esperaba sentado a la mesa, los dos hombres se abrazaron y empezaron a comer; minutos después, Huerta dijo que tenía que hacer una llamada telefónica urgente y se levantó, por teléfono le informaron que Madero, Pino Suárez, Angeles y la mayoría de los miembros del gabinete, ya estaban presos. Huerta salió a la calle, hizo una señal y un pelotón de soldados procedió a aprender a Gustavo; un año después, las campanas de catedral repicaban para anunciar que el país tenía nuevos amos; el hermano del presidente, con la cara ensangrentada y deforme por los golpes y culatazos que recibió, fue llevado a la ciudadela donde el general Mondragón lo entregó a una chusma de 100 soldados civiles borrachos; Gustavo imploró piedad, recordando que tenía mujer e hijos; "cobarde", le gritó un soldado y con la bayoneta le sacó el ojo bueno, le dieron "pamba" de culatazos y bayonetazos hasta que alguien le disparó un tiro y lo mató, luego le quitaron el ojo de vidrio y los asesinos se pusieron a jugar con el objeto, usándolo como pelota. Por la tarde del mismo día, Huerta lanzó un manifiesto en el que anunciaba a la nación que había asumido el poder ejecutivo, el cuartelazo había tenido éxito pero solo a medias, Félix Díaz se negaba a colocarse en segundo término y por un momento pareció que la lucha entre los dos bandos renacería esta vez de veras. Lane Wilson llamó a su embajada a los dos generales para ajustarles cuentas y a la sombra del pabellón de las barras y de las estrellas los dos firmaron un histórico pacto mediante el cual se resolvió que Huerta asumiría interinamente la Presidencia; tendría un gabinete con mayoría de felixistas y en un plazo no fijado convocaría a unas elecciones en las que Félix Díaz sería el candidato oficial a la presidencia. Para llenar las formalidades del caso, sólo faltaba que renunciara Madero y Pino Suárez, y el presidente se negaba a hacerlo; el Congreso fue convocado a sesión de emergencia para que legitimara en alguna forma la usurpación; el principal ejecutor de la maniobra fue el diputado Porfirista Querido Moheno.

Para apaciguar a la opinión pública norteamericana y para obtener el reconocimiento del usurpador; Moheno quería que los diputados invistieran a Huerta con la primera magistratura, a pesar de que Madero negándose a renunciar; probablemente notó que en la sala flotaba cierta oposición, porque enseguida hizo uso del último recurso de lum-

pen burocracia mexicana; "el antiyanquismo falso, mentirosamente dijo, hoy mismo las cuadrillas de los barcos americanos han profanado las aguas Veracruzanas trayendo a bordo 6,000 hombres de desembarque, listo para profanar, no ya las aguas tranquilas, sino el mismo suelo sagrado de la patria, si la anarquía, como parece, se asienta en nuestro país; yo pido a todos los señores diputados que acudamos con una suprema buena voluntad, sin atender más que a lo que es urgente y que lleguemos a una solución práctica, el nombramiento de un presidente interino que salve la situación", Moheno aparentemente no se contaba con que en aquella Cámara de Diputados hubiera un leal maderista, pero sí lo había, se trataba del jalisciense Francisco Escudero, quien contestó, "entiendo que cuando se nos llamó a esta sesión, ha sido para deliberar; si no ha dicho vamos a deliberar, pero bajo qué base?, uno de los jefes militares que ahora regentean el poder ejecutivo, ha dicho que, o se hace lo que él desea, o está dispuesto a hacer que se haga; bajo esa base, ¿cuál deliberación podemos tener? hemos de obedecer por patriotismo lo que los jefes militares quieran, entonces sale sobrando la deliberación, no nos dejan facultades para deliberar, entonces sale sobrando la amenaza y si quisieran reservar las cosas en una forma decorosa para nosotros, yo podía aconsejarles el camino; disolvémoslos y volvémoslos a nuestras casas".

En la cárcel del Palacio Nacional, Madero era sometido a fuertes presiones para que firmara su renuncia; inclusive se la pidieron los miembros de su gabinete, quienes a cambio de este servicio recobraron la libertad. De común acuerdo Madero y Pino Suárez aceptaron renunciar bajo la condición de que los gobernadores estatales siguieron en sus puestos y los amigos y partidarios de Madero no fueran molestados y que Madero, Pino Suárez, Angeles y sus familias fueran transportadas hasta Veracruz, en tren especial bajo la custodia de los embajadores de Chile y Japón, cuya presencia desalentaría cualquier atentado; luego el embajador de Cuba ofreció proporcionar un barco que transportara a los prisioneros a la Habana; Huerta aceptó; Madero ignoraba todavía lo relativo al asesinato de su hermano, abrigaba esperanzas de organizar desde el exilio una nueva revolución; el Presidente y el Vicepresidente firmaron las renunciaciones la noche del mismo 19 de febrero, ya con este documento los legisladores pudieron consumir una farsa jurídica; en las nuevas condiciones de acuerdo con la Constitución, la Presidencia recayó en el Secretario de Relaciones Exteriores, un grisáceo burócrata llamado Pedro Lascuráin; éste nombroó a Huerta, Secretario de Gobernación a quien correspondía la primera magistratura en caso de que faltara el Secretario de Relaciones Exteriores; luego Lascuráin fue jefe de la nación 56 minutos en total, renunció a la presidencia y a las 23:20 horas del 19 de febrero de 1913, el cargo recayó en Victoriano Huerta.

8.- EL GOBIERNO DE VICTORIANO HUERTA.

Una vez que los legisladores legitimaron la usurpación, la Suprema Corte de Justicia envió sus felicitaciones a Huerta; con esto, los militares neutrales pudieron jurar lealtad al nuevo amo de México sin incurrir jurídicamente en el delito de traición. Aparentemente los traidores dominaban la situación y Victoriano Huerta preguntó al embajador Henry Lane Willson, qué debía hacer con Madero; dejarlo libre o meterlo en un manicomio. El diplomático, tras aclarar que no deseaba inmiscuirse en la política interna de México, respondió: "Señor general, haga usted lo que crea conveniente para el país".

El 21, un par de días después de haber asumido el poder, Huerta convocó a una junta de gabinete para comunicar a los Secretarios la enigmática respuesta del embajador y preguntarles qué era en las circunstancias reinantes lo más conveniente para el país; los Secretarios opinaron que desde luego Madero no debía ser puesto en libertad; había que olvidarse de las promesas que se le hicieron; pues un loco como el presidente depuesto podría encender nuevamente la mecha de la rebelión y el país sufriría grandes perjuicios por su causa. Los más convenientes era conservarlo preso y entablarle juicio por delitos políticos.

Madero estaba recluso en una oficina del Palacio Nacional junto con Pino Suárez y Angeles; a eso de las 10:00 de la noche del 22 de febrero, los presos se acostaron en sus catres, Angeles recordaría que Madero se tapó con las cobijas y sollozó un rato, quizá porque se había enterado de la muerte de su hermano. A las 22:30 cuando los tres ya estaban dormidos, un mayor de rurales llamado Francisco Cárdenas y un mayor del ejército apellidado Chucharro entraron a la oficina y los despertaron, Cárdenas informó a Madero y Pino Suárez que se había dispuesto su traslado a Lecumberri, ya que en la penitenciaría existían mayores facilidades para vigilarlos; debían acompañarlo; Angeles debía permanecer donde estaba; Madero recogió un portafolio con sus apuntes y acompañado de Pino Suárez marchó con sus guardianes hasta el patio mayor del Palacio Nacional; en el lugar se encontraban dos automóviles con sus respectivos choferes y pistoleros. Madero y Cárdenas se instalaron en el asiento trasero; los vehículos enfilaron por las calles desiertas hacia Lecumberri; eran las 23:00 horas cuando llegaron a la entrada principal del cavernoso edificio; un guardia indicó a Cárdenas que prosiguieran hacia la puerta trasera, en ese instante se apagaron las luces de lo alto de la prisión, de manera que todo estaba en tinieblas cuando los autos llegaron a su destino final y Cárdenas ordenó a Madero que bajara, mientras Pimienta daba las mismas instrucciones a Pino

Suárez; Madero no tuvo tiempo ni de quejarse, pues en cuanto bajó del vehículo, Cárdenas le puso en la nuca su pistola y disparó, en el mismo instante Pimienta o un capitán llamado Agustín Figueroa quien lo acompañaba, asesinaba a Pino Suárez; después que los cadáveres recibieron los tiros de gracia, los asesinos rociaron de balas los vehículos; al día siguiente los periódicos publicaron la noticia de que Madero y Pino Suárez habían muerto en una balacera provocada por una banda de maderistas que trataban de rescatarlos; casi nadie se tragó la patraña y desde entonces el crimen ha sido achacado exclusivamente a Huerta, con el añadido de que Lane Willson fue cómplice moral del asesinato.

Huerta y Lane Willson indudablemente tuvieron una responsabilidad moral en los hechos, pero no fueron los únicos. El caso de Cárdenas, el asesino material de Madero permite deslindar mejor las responsabilidades. En 1911 cuando era comandante del cuerpo de rurales de Linares, Nuevo León, Cárdenas tuvo la fortuna que se le rindieran sorpresivamente al general Reyes tras el fracaso de la revuelta organizada en Texas y con esto ganó una breve notoriedad; posteriormente fue trasladado a la capital de la república y de algún modo acabó incorporándose al grupo de pistoleros que servían al hacendado Ignacio De la Torre y Mier; en varias ocasiones Cárdenas viajó a Morelos para hablar con De la Torre en su hacienda. El auto en el que viajó Pino Suárez fue alquilado por Ignacio de la Torre y Mier en el garage inglés que funcionaba en la avenida Juárez de la Ciudad de México; el otro carro era propiedad de un ricachón llamado Alberto Murphy y fue conseguido en calidad de préstamo por Cecilio Ocón, un correveidile de Félix Díaz; antes de entregar el carro a Cárdenas el mismo día del atentado, Ocón visitó por lo menos dos veces la residencia de Félix Díaz; todo hace suponer que Félix Díaz y De la Torre figuraron entre los asesinos intelectuales de Madero y Pino Suárez; Cárdenas conocía muchos pormenores del asunto, pero siempre los ocultó con declaraciones contradictorias; llevaba un diario de sus actividades y estos documentos se encuentran en la sección dedicada a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Guatemala en el archivo de Centro América; Cárdenas se exilió en Guatemala y allí mismo se suicidó en 1920 como consecuencia de un lío de faldas; por alguna razón misteriosa el gobierno guatemalteco sigue considerando como confidencial el diario. Apenas dos años, siete meses y una semana antes de la noche en que murió Madero, Porfirio Díaz había estado presidiendo la más fastuosa del centenario de la Independencia; en ese período brevísimo, México había visto desplomarse al dictador que parecía inmovible y había presenciado los esfuerzos de Madero por enseñar a los mexicanos a vivir con dignidad. Madero no llegó a

consumar su obra y por tal motivo debe considerársele un héroe frustrado, máxime cuando su fracaso dejó al país en manos de los porfiristas incapaces y corrompidos, los reyistas; pero no se puede aceptar el argumento que esgrimen algunos historiadores en el sentido de que la prueba más clara de la ineptitud de Madero como gobernante, fue la manera tan infantil como se dejó traicionar por Huerta; con semejante razonamiento habría que aceptar que se hiciese el mismo cargo a Jesucristo, ya que él también se dejó traicionar por Judas. Tal vez la equivocación de Madero consistió en no entender la contrarrevolución que se gestó desde el gobierno anterior.

El 18 de febrero de 1913; Victoriano Huerta telegrafió a los gobiernos de todos los estados de la república para informar que el presidente Francisco I. Madero, el vicepresidente Pino Suárez y la totalidad de los miembros del gabinete eran sus prisioneros; a continuación añadió: autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo; este mensaje se recibió en Saltillo, Coahuila, el mismo 18 de febrero; el gobernador Venustiano Carranza le leyó con inquietud, no que le preocupase la suerte de Madero, todo mundo sabía que desde el año anterior, Carranza organizaba una especie de liga de gobernadores para enfrentarla al régimen maderista, pero el gobernador de Coahuila conocía perfectamente bien al general Huerta, por haber sido compañero suyo cuando ambos militaban en la camarilla política del general Bernardo Reyes y sabía lo difícil que iba a resultarle llevar una buena relación con el nuevo amo de México.

Legiones de escritores carrancistas han hecho circular la versión e que, mientras la república entera se sometía a los dictados de Huerta, Carranza condenaba gallardamente la traición y se ponía al frente como reformador social de la Revolución que ha derramado bienaventuranzas sobre el pueblo. En realidad la rebelión de Carranza más a la conveniencia personal que al patriotismo, ¡gallardía, en el régimen de Madero! Carranza había sido uno de los políticos más destacacos, en tanto que los usurpadores no parecían estar muy dispuestos a llamarlo a primera fila, en todo caso a Carranza le convenía negociar desde una posición de fuerza y para esto ordenó que volvieran a sus bases las milicias coahuilenses que se encontraban fuera del estado. Unos centenares de hombres que jefaturaba su hermano Jesús se encontraban cerca de Torreón y otros más que comandaba el Coronel Pablo González y combatían en Chihuahua contra las gavillas antimaderistas de Pascual Orozco.

9.- EL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA. EL PLAN DE GUADALUPE.

Carranza sabía que le faltaba estatura política para encabezar una rebelión nacional; por ello intentó ponerse a las órdenes del anciano general Jerónimo Treviño, comandante militar de la región de Monterrey, quien en los primeros momentos demostró intenciones de enfrentarse a los usurpadores, pero en último instante, Treviño flaqueó y Carranza se vió en la necesidad de maniobrar solo, aprovechando las divisiones que resentían los principales autores del cuartelazo.

Carranza representaba para huerta una preocupación menor. aparte de Coahuila, sólo Chihuahua y Sonora se habían abstenido de someterse a la usurpación. El problema de Chihuahua se solucionó momentáneamente asesinando al gobernador maderista Abraham González e instalando en su lugar a un Huertista; Sonora daba señales de querer negociar la paz; a Huerta le convenía inclusive que Carranza se lanzara a la rebelión, pues mientras anduviera luchando le ofrecería un pretexto para aplazar las elecciones; una vez eliminado políticamente Félix Díaz, Huerta podría concentrar en Coahuila las fuerzas de la federación y aplastar a Carranza con facilidad.

el 25 de febrero, Carranza se sobresaltó al recibir informes erróneos en el sentido de que el Presidente Norteamericano saliente William H. Taft había otorgado el reconocimiento al régimen de Huerta. De todos modos Carranza se cuidó de romper su política con Huerta; varios jóvenes coahuilenses la mayoría ligados a la milicia estatal, asediaban a Carranza pidiéndole que se lanzara a la rebelión; Carranza los contenía con el argumento de era necesario esperar el momento oportuno. Según un periódico coahuilense en aquellos días Carranza era una veleta, pues tan pronto reconocía como desconocía al gobierno.

Por fin, el 3 de marzo, al siguiente día Woodrow Wilson ascendió a la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica; Carranza dió un paso decisivo al imponer a los bancos de Coahuila un préstamo por setenta y cinco mil pesos; Huerta recibió oportuno aviso de lo que pasaba, obviamente Carranza se estaba aprovisionando de fondos para lanzarse a la lucha; Huerta telegrafió al gobernador de Coahuila pidiéndole explicaciones y la ruptura definitiva se produjo con el mensaje de respuesta: "no es a usted a quien debo rendirle cuentas".

Carranza se movía por casi todo Coahuila sin encontrar enemigo al frente; el día 21 atacó Saltillo creyendo que la plaza estaba desguarnecida, pero ya se había concentrado allí un millar de federales y tras

consumar su obra y por tal motivo debe considerársele un héroe frustrado, máxime cuando su fracaso dejó al país en manos de los porfiristas incapaces y corrompidos, los reyistas; pero no se puede aceptar el argumento que esgrimen algunos historiadores en el sentido de que la prueba más clara de la ineptitud de Madero como gobernante, fue la manera tan infantil como se dejó traicionar por Huerta; con semejante razonamiento habría que aceptar que se hiciese el mismo cargo a Jesucristo, ya que él también se dejó traicionar por Judas. Tal vez la equivocación de Madero consistió en no entender la contrarrevolución que se gestó desde el gobierno anterior.

El 18 de febrero de 1913; Victoriano Huerta telegrafió a los gobiernos de todos los estados de la república para informar que el presidente Francisco I. Madero, el vicepresidente Pino Suárez y la totalidad de los miembros del gabinete eran sus prisioneros; a continuación añadió: autorizado por el Senado he asumido el Poder Ejecutivo; este mensaje se recibió en Saltillo, Coahuila, el mismo 18 de febrero; el gobernador Venustiano Carranza le leyó con inquietud, no que le preocupase la suerte de Madero, todo mundo sabía que desde el año anterior, Carranza organizaba una especie de liga de gobernadores para enfrentarla al régimen maderista, pero el gobernador de Coahuila conocía perfectamente bien al general Huerta, por haber sido compañero suyo cuando ambos militaban en la camarilla política del general Bernardo Reyes y sabía lo difícil que iba a resultarle llevar una buena relación con el nuevo amo de México.

Legiones de escritores carrancistas han hecho circular la versión e que, mientras la república entera se sometía a los dictados de Huerta, Carranza condenaba gallardamente la traición y se ponía al frente como reformador social de la Revolución que ha derramado bienaventuranzas sobre el pueblo. En realidad la rebelión de Carranza más a la conveniencia personal que al patriotismo, ¡gallardía, en el régimen de Madero! Carranza había sido uno de los políticos más destacacos, en tanto que los usurpadores no parecían estar muy dispuestos a llamarlo a primera fila, en todo caso a Carranza le convenía negociar desde una posición de fuerza y para esto ordenó que volvieran a sus bases las milicias coahuilenses que se encontraban fuera del estado. Unos centenares de hombres que jefaturaba su hermano Jesús se encontraban cerca de Torreón y otros más que comandaba el Coronel Pablo González y combatían en Chihuahua contra las gavillas antimaderistas de Pascual Orozco.

9.- EL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA. EL PLAN DE GUADALUPE.

Carranza sabía que le faltaba estatura política para encabezar una rebelión nacional; por ello intentó ponerse a las órdenes del anciano general Jerónimo Treviño, comandante militar de la región de Monterrey, quien en los primeros momentos demostró intenciones de enfrentarse a los usurpadores, pero en último instante, Treviño flaqueó y Carranza se vió en la necesidad de maniobrar solo, aprovechando las divisiones que resentían los principales autores del cuartelazo.

Carranza representaba para Huerta una preocupación menor. aparte de Coahuila, sólo Chihuahua y Sonora se habían abstenido de someterse a la usurpación. El problema de Chihuahua se solucionó momentáneamente asesinando al gobernador maderista Abraham González e instalando en su lugar a un Huertista; Sonora daba señales de querer negociar la paz; a Huerta le convenía inclusive que Carranza se lanzara a la rebelión, pues mientras anduviera luchando le ofrecería un pretexto para aplazar las elecciones; una vez eliminado políticamente Félix Díaz, Huerta podría concentrar en Coahuila las fuerzas de la federación y aplastar a Carranza con facilidad.

el 25 de febrero, Carranza se sobresaltó al recibir informes erróneos en el sentido de que el Presidente Norteamericano saliente William H. Taft había otorgado el reconocimiento al régimen de Huerta. De todos modos Carranza se cuidó de romper su política con Huerta; varios jóvenes coahuilenses la mayoría ligados a la milicia estatal, asediaban a Carranza pidiéndole que se lanzara a la rebelión; Carranza los contenía con el argumento de era necesario esperar el momento oportuno. Según un periódico coahuilense en aquellos días Carranza era una veleta, pues tan pronto reconocía como desconocía al gobierno.

Por fin, el 3 de marzo, al siguiente día Woodrow Wilson ascendió a la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica; Carranza dió un paso decisivo al imponer a los bancos de Coahuila un préstamo por setenta y cinco mil pesos; Huerta recibió oportuno aviso de lo que pasaba, obviamente Carranza se estaba aprovisionando de fondos para lanzarse a la lucha; Huerta telegrafió al gobernador de Coahuila pidiéndole explicaciones y la ruptura definitiva se produjo con el mensaje de respuesta: "no es a usted a quien debo rendirle cuentas".

Carranza se movía por casi todo Coahuila sin encontrar enemigo al frente; el día 21 atacó Saltillo creyendo que la plaza estaba desguarnecida, pero ya se había concentrado allí un millar de federales y tras

55 hrs. de lucha. Carranza se retiró con fuertes pérdidas hasta la cercana hacienda de Guadalupe; para restablecer el entusiasmo entre sus hombres, proclamó el plan revolucionario que lleva el nombre de la hacienda. El Plan de Guadalupe es un típico "quítate tú para ponerme yo"; se limita a desconocer a Huerta y a los gobernadores que se adhirieron al cuartelazo; propugna la vuelta al orden constitucional y otorga a Carranza el nombramiento del primer jefe del ejército constitucionalista, con obligación de convocar a elecciones nacionales una vez pacificado el país, o sea en un futuro incierto.

Por principio de cuentas el plan constitucionalista violaba la constitución vigente (1857), pues de acuerdo con ésta, el sucesor de Huerta tendría que ser el Secretario de Relaciones exteriores y no un presidente electo en comicios convocados por un primer jefe que no tiene lugar alguno en la Constitución; firmaron el documento apenas un puñado de hombres derrotados y cubiertos por el polvo que levantarán en su huída al través del desierto y sin embargo el plan acabaría por convertir a Carranza en amo de México.

Hagamos una breve semblanza de el llamado "Barón de Cuatro Ciénegas". Al proclamar su rebelión Venustiano Carranza era un hombre de 1.85 de estatura y 53 años de edad, de tupida barba blanca con destellos rojizos, adusto, jamás sonreía y dueño de una tenacidad invencible que muchos calificaban de tozudez, había nacido el 29 de diciembre de 1859 en el pueblo coahuilense de Cuatro Ciénegas, hijo de Jesús Carranza, un célebre caudillo regional y de Doña María de Jesús Garza, ama de casa; la familia Carranza poseía varios latifundios en los que inclusive se utilizaban camellos para atender problemas de abastecimiento y transporte. Don Jesús había obtenido los latifundios en premio a su actuación como coronel juarista en la guerra de Reforma y luego por haber organizado y equipado por su cuenta con lo que producían los latifundios, uno de los primeros núcleos de soldados coahuilenses que lucharon contra la intervención francesa. Venustiano Carranza hizo sus primeros estudios en Cuatro Ciénegas; luego cursó dos años de instrucción superior y dos de latinidad en el Ateneo Fuentes de Saltillo; como correspondía a un muchacho de la clase acomodada, pasó al Colegio de San Ildefonso en el Distrito Federal; pensaba estudiar medicina, pero destripó a causa de lo que sus Biógrafos llaman; su afección de la vista. En México según se cuenta, Venustiano Carranza fue novio de una hermana del libertador cubano José Martí, cuya familia vivía por entonces en el Distrito Federal; la muchacha murió de una enfermedad y al regresar a Coahuila después de abandonar los estudios, el joven Venustiano se hizo novio de la agraciada Virginia Salinas, de quien se convertiría en fiel esposo de toda la vida.

Esto es a grandes rasgos la semblanza del primer jefe del Ejército Constitucionalista. En otra situación el título de primer jefe del ejército constitucionalista que se adjudica a Carranza en el Plan de Guadalupe, habría pasado a engrasar la colección de extravagancias anecdóticas que abultan la historia mexicana.

El ejército que trató de formar el primer jefe de Coahuila, nunca sobrepasó el millar de individuos; por la impopularidad de Carranza, los coahuilenses rechazaban la invitación aunque se ofreció a los reclutas, el atractivo salario de 1.50 pesos diarios, por la escasa importancia que Huerta atribuía a la sublevación de Carranza, Coahuila permaneció largo tiempo libre de federales, excepto la comarca lagunera; de modo que el gobernador y su ejército podían trasladarse sin problemas de un lado a otro; aún así, Carranza se reveló incapaz de expulsar a los pocos federales que guarnecían su identidad; como tal cosa pareciera importarle, Carranza expidió diversos decretos: "en uso de las facultades extraordinarias de que me hallo, expido los siguientes decretos", decía el Barón de Cuatro Ciénegas.

Con base de tales decretos empezó a cobrar impuestos federales como los aplicables a la exportación de minerales y ganado, y ordenó la confiscación de varias propiedades de individuos señalados como huertistas.

Carranza justificaba sus actos con la frase "La revolución es la revolución" que había acuñado su antiguo correligionario reyista, Luis Cabrera. Según Carranza, era deber de todos los mexicanos contribuir en forma proporcional a financiar el ejército constitucionalista hasta que vuelva el orden constitucional. Y para tal efecto el 26 de abril de 1913, autorizó la emisión de billetes en respaldo, los famosos bilimbiques que provocarían el mayor desastre financiero de la historia mexicana, (aparte de la actual). Sólo en 1813 Carranza emitió por su cuenta 30 millones de pesos en bilimbiques, varios otros jefes revolucionarios lanzaron emisiones propias por un monto que nunca se precisará, algunas emisiones salieron sin la firma de quien las autorizaba.

Desde el primer momento Carranza actuó tan autoritariamente como un sultán.

El 4 de mayo de 1913 declaró vigente una ley expedida por Benito Juárez el 25 de enero de 1862, en la que se decretaba la pena de muerte para todos aquellos individuos que colaborasen con los invasores franceses. Carranza equiparó a los huertistas con los partidarios de Maximiliano de Habsburgo y los cabecillas revolucionarios tradujeron el decreto

a la popular frase "primero mátalos y después viriguas; como resultado vino una gran fusilata de huertistas reales o supuestos, ya sea tras un juicio sumarísimo; criminales, los huertistas no necesitaban de ningún decreto para llevar a cabo sus propias fusilatas de revolucionarios y así la guerra adquirió tintes de salvajismo espeluznante.

El 10 de julio, un corto número de federales sorprendió la guarnición de Monclova donde los revolucionarios coahuilenses habían establecido su cuartel general; Carranza se vió en la necesidad de huir a un sitio más seguro. Sin embargo la suerte siguió favoreciéndole, en abril anterior y se había reunido con él en Monclova; varios políticos chihuahuenses y sonorenses integrantes de un enjambre de juntas revolucionarias que surgieron al conocerse la noticia del asesinato de Madero. La necesidad de unificarse resultaba obvia para todos; Carranza era el revolucionario de mayor prestigio, y sin gran resistencia todos firmaron el Plan de Guadalupe y reconocieron a Carranza como primer jefe. En contraste con la ineptitud de los coahuilenses, los revolucionarios de Chihuahua se venían anotando una cadena de victorias sensacionales. Enardecidos por el asesinato del Gobernador Abraham González, los maderistas chihuahuenses, hombres rudos, valerosos y guiados por impulsos en que se mezclaba el idealismo más puro con la codicia bandolera, organizaron por su cuenta guerrillas para atacar a los pueblos de su comarca. Tomás Urbina y Manuel Chao tomaron Santa Rosalía desde el 28 de febrero; Maclovio Herrera se apoderó de mamiquipa el 3 de marzo, para el 5 del mismo mes, Chao ya había reunido 1,500 hombres y al frente de ellos atacó la importante ciudad de Parral, aunque fue rechazado, los huertistas resintieron daños de consideración. Pancho Villa se incorporó a la lucha el 8 de marzo, tras cruzar la frontera desde Texas, donde residía; además del ansia de vengar a sus venerados Francisco I. Madero y Abraham González, lo impulsaba el odio que sentía por Victoriano Huerta, el causante de su desgracia.

En 1912 al estallar la revuelta del exmaderista Pascual Orozco, el entonces coronel Villa había firmado su lealtad a Francisco I. Madero incorporándose al ejército; enviado a Chihuahua contra el rebelde ejército que jefaturaba Victoriano Huerta, Villa participó en un par de batallas dirigidas por Huerta mismo y se maravilló al observar la organización de un ejército en forma, la distribución de los combatientes, los sistemas de apoyo, la selección de lugares ventajosos para iniciar la lucha, etc., adquirió de este modo algunos recursos de militar profesional y fue ascendido a General honorario. Huerta despreciaba a todos los revolucionarios y al exforajido Villa más que a ningún otro; para deshacerse de él urdió una intriga. Villa se le insubordinó y como re-

sultado lo condenaron a muerte tras un juicio militar, por gestiones de Madero la sentencia fue conmutada por la cárcel y Villa pasó a ocupar una celda en la prisión de Santiago Tlatelolco en el Distrito Federal. Durante su confinamiento Villa aprendió a leer y a escribir, a la primera oportunidad se fugó de la prisión disfrazándose de abogado con bombín y abrigo negro, se fue a Toluca; luego a Manzanillo, después a Mazatlán y finalmente a Estados Unidos, Don Abraham González consideró imprudente que regresara a México por el momento; se encontraba en Estados Unidos cuando recibió la noticia del asesinato de Don Abraham; allá mismo se relacionó con los maderistas sonorenses, José María Maytorena y Adolfo de la Huerta, quienes les proporcionaron novecientos dólares para que se trasladara a Chihuahua y se sumara a luchar; al cruzar la frontera lo acompañaban solo ocho hombres reclutados en Texas. Pancho Villa contaba entonces 35 años de edad y era sólo un guerrillero más entre el montón, le informaron que Venustiano Carranza había sido reconocido como primer jefe del ejército constitucionalista y él no ofreció ningún reparo; la fiebre revolucionaria de Chihuahua se trasladó al vecino estado de Durango gracias a la actividad de los guerrilleros Orestes Pereyra, Calixto Contreras, Domingo y Mariano Arrieta; luego llegó a Zacatecas, el territorio de Pánfilo Natera. A fines de junio, los duranguenses tomaron la capital de su estado y se trasladaron a la comarca lagunera, que en parte pertenece al estado de Durango, entre el 21 y 23 de julio los duranguenses atacaron Torreón; Carranza, recién expulsado de Monclova, se les unió; los federales rechazaron el ataque y Carranza se replegó hasta el pueblo de Pedriceña y luego tomó un tren hasta la ciudad de Durango, la impetuosidad de los guerrilleros chocaba con el burocratismo de Carranza, por lo que éste decidió trasladar su cuartel general al apartado pueblo duranguense de Canatlán; en este pueblo recibió noticias de que, salvo ciudad Juárez y la capital, los chihuahuenses controlaban ya todo el territorio de su estado.

Jubilosamente Carranza se trasladó a Parral, donde Herrera y Chao lo recibieron cortés pero secamente; los guerrilleros sentían una desconfianza instintiva hacia el exporfirista Carranza, por fortuna para éste, los revolucionarios de Sonora le ofrecieron la oportunidad de instalarse en un ambiente más agradable.

Cuando Carranza llegó a Parral los sonorenses ya controlaban todo su estado con excepción del Puerto de Guaymas al que habían puesto sitio; como en Coahuila, en Sonora el gobierno federal tenía pocas fuerzas y además encontraba muy difícil reforzar sus efectivos por la deficiencia de la comunicación ferroviaria; los sonorenses se apoderaron fácilmente de su estado e inclusive pudieron avanzar sobre Sinaloa que,

excepto Mazatlán y Culiacán, ocupaban desde las primeras semanas de septiembre. Los sonorenses hicieron un angustioso llamado a Carranza: dos camarillas se disputaban los puestos públicos y las enormes sumas que ingresaban a las arcas estatales desde los revolucionarios sonorenses se hicieron cargo de cobrar los impuestos de la federación, así como de vender al otro lado los objetos confiscados a los simpatizantes del huertismo; por momentos las dos camarillas parecían querer dividir a tiros la disputa; se daban cuenta de que la arrebatiña podía nublar los triunfos militares sin beneficiar ninguno de los dos bandos, y llamaron a Carranza en calidad de árbitro; Carranza se apresuró a responder al llamado, el arbitraje de problemas surgidos fuera de Coahuila reforzaría indudablemente su discurible autoridad como primer jefe, además ya se podía viajar sin peligro de parral al Pacífico sin peligro, pero con terribles incomodidades.

Un mes después de abandonar Parral, llegó al puerto de Mazatlán, Sin., donde los esperaba una comitiva de sonorenses encabezada por un hombre de 31 años de edad, el amable, apuesto y valiente coronel Alvaro Obregón. Independientemente del movimiento acaudillado por Carranza, en Morelos se rebeló Emiliano Zapata, al triunfar el cuartelazo de la ciudadela, Zapata llevaba muchos meses de andar fugitivo y sin esperanzas firmes de recuperación, pues el ejército maderista lo había obligado a huir hasta la sierra. Con el derrocamiento de Madero muchos cabecillas zapatistas encontraron muy natural adherirse al cuartelazo y así lo hicieron; después de todo, los usurpadores eran tan antimaderistas como ellos. Zapata decidió explorar calmadamente la situación, para el efecto participó en negociaciones tan tortuosas como las que Carranza sostuvo con Huerta.

Zapata se había rebelado contra Madero dos semanas después de que éste asumió la presidencia; dos semanas le bastaron para convenirse de que Madero intentaba traicionar a los campesinos violando las promesas del Plan de San Luis; en cambio a pesar de que sabía perfectamente quienes eran Victoriano Huerta y Félix Díaz no podía ignorar que a éstos, la suerte de los campesinos les importaba mucho menos que a Madero. Zapata esperó diez días para hacer público su rompimiento con los usurpadores; las pruebas documentales acerca del contenido de las negociaciones entre Zapata y los enviados de Huerta han desaparecido; los historiadores zapatistas afirman que su héroe se limitó a alargar las pláticas para ganar tiempo y rehacer sus fuerzas, pero un cúmulo de hechos probables obligan a dudar de esta versión. En efecto, el Plan de Ayala que Zapata publicó originalmente reconocía como jefe del movimiento antimaderista al chihuahuense Pascual Orozco, de quien no cabe duda que fue manipulado y estuvo al servicio de la obligarquía de su en-

tividad. La relación entre Orozco y Zapata fue establecida aparentemente por un íntimo amigo de los obligarcas norteros, el hacendado morelense Ignacio De la Torre y Mier, quien antes de que cayera Porfirio Díaz, tuvo en Zapata uno de sus caballerangos consentidos. De la Torre y Mier quien estaba casado con una hija de Don Porfirio, era primo político de Félix Díaz y aparentemente hizo valer su ascendiente sobre Zapata para ligarlo a Orozco. En la estrategia de los oligarcas, Orozco y Zapata desempeñaban el papel de peones encargados de desprestigiar y debilitar a Madero, a fin de que preparase el camino para el triunfo de la rebelión militar que organizaba Félix Díaz.

El padre de Pascual Orozco formó parte de la comitiva enviada por Huerta a negociar la paz con Zapata; tras cien días de pláticas, Zapata retiró a Orozco la jefatura del movimiento abanderado por el Plan de Ayala y desconoció a Huerta, luego asesinó a Orozco padre; la probable causa del vuelco, Pascual Orozco había tomado partido por Huerta en su pugna subterránea contra Félix Díaz y Zapata; por instrucciones de De la Torre y Mier rompió con el chihuahuense para quedar en calidad de reserva al servicio de los felixistas.

Ni la rebelión de Zapata, ni la más peligrosa de Carranza, inquietaron mayormente a Victoriano Huerta en las primeras semanas de su gestión presidencial; en cambio lo obsesionaban los términos del pacto de la embajada que firmó con Félix Díaz por exigencia del embajador norteamericano Henry Lane Wilson; de acuerdo con el pacto, Huerta debía ser sólo una figura transitoria en la presidencia destinada a servir de puente para que se celebrasen unas elecciones en las que Félix Díaz figurara como candidato presidencial y ganador seguro; Huerta aceptó el pacto sólo porque Félix Díaz contaba con el apoyo de la mayor parte del ejército, pero una vez sentado en la silla presidencial ganó a multitud el lado militar y astutamente procedió a deshacerse de los felixistas. Los términos del pacto permitieron a Félix Díaz nombrar la totalidad de los integrantes del primer gabinete de Huerta.

Se pretendió rodear al mañoso general para que no hiciera otra de las suyas, pero él se las ingenió para librarse de sus guardianes; comenzó atizando la ambición de sus secretarios, fabricándoles tentaciones por medio de los tratos de obras públicas y embajadas que les ofrecía a cambio de que abandonaran a Félix Díaz; procuraba enemistarlos entre sí, para que se despedazaran mutuamente y al mismo tiempo los aterrizaraba haciéndolos vigilar por matones que seguían todos sus pasos.

A escasos dos meses de haber asumido su puesto reventó el anciano

no Secretario de Gobernación Alberto García Granados; Huerta lo mandaba despertar a altas horas de la noche, dizque para consultas urgentes y luego lo obligaba a hacer antesalas de varias horas de duración. Al renunciar fue sustituido por el Doctor Aureliano Urrutia, incondicional y compadre de Huerta; enseguida sucumbió el Secretario de Guerra, general Manuel Mondragón, un hombre cuya incapacidad se puso en evidencia por la forma en que dejó crecer las sublevaciones de Coahuila, Chihuahua y Sonora; además de inepto, Mondragón era de una veracidad ilimitada: Era agente del Mercuri, un consorcio de banqueros franceses que trataba de colocar un fuerte empréstito a elevado interés proporcionando al Secretario de Guerra una jugosa comisión; en cuanto el gobierno mexicano cerraba las operaciones, el negocio fue rechazado por la Cámara de Diputados, pero Huerta convenció a Mondragón de que el fracaso era producto de las intrigas de Félix Díaz. Mondragón rompió con su excómplice y renunció a la Secretaría; fue sustituido por el siniestro general Aureliano Blanquet, exfelixista recién seducido por Huerta. El Secretario de Justicia, Rodolfo Reyes era un hombre de vanidad monumental y para reventarlo, bastó con desautorizar algunas de sus declaraciones a los periódicos y hacerle desaires en público.

Huerta tuvo 32 secretarios de estado para las nueve secretarías en los 17 meses que ocupó la presidencia; en poco tiempo el gabinete quedó libre de felixistas.

Para forjarse una camarilla política que tampoco tenía cuando asumió la presidencia, Huerta se atrajo a los diputados Querido Moreno, Nemecio García Naranjo de Lampazos, Nuevo León, José María Lozano y Francisco M. Blaguibel integrantes de un cuadrilátero parlamentario que se hizo famoso por su habilidad para manipular las discusiones del Congreso por medio de manipuleo y triquiñuelas de oratoria.

Con diversos pretextos Huerta aplazó los comicios hasta el último domingo de octubre de 1913; participaron en la campaña 26 partidos que lanzaron media docena de candidatos, entre quienes no se contaba con Félix Díaz, porque Huerta lo mandó primero a una misión diplomática a Japón y luego lo rodeó de obstáculos que lo obligaron a retirar su candidatura; muy pocos votantes se prestaron a participar en la farsa electoral; ninguno de los candidatos obtuvo el 51% de los sufragios exigidos por la Constitución de 1857 para triunfar y por falta de sustituto, Huerta se quedó en la presidencia.

A partir de junio de 1913, cuando Blanquet se hizo cargo de la Secretaría de Guerra, Huerta dedicó sus mejores esfuerzos a la cuestión en formar un ejército de 200,000 hombres (el mayor de la historia de

México), para lanzarlos contra los 30,000 revolucionarios que actuaban en el norte; con el fin de entusiasmar a los oficiales, entre junio y septiembre de 1913 nombró nada menos que 6,000 generales y sin número de oficiales de menor grado; los ascensos se ganaban intrigando en más cantinas y prestíbulos o haciendo gala de huertismo gritando en la calle. A cada gobernador se le fijó un contingente de sangre, o sea una cuota de reclutas que debía reunir por medio de leva; sacaban maleantes de la cárcel esperaban a los vagos que salían de las cantinas, prostíbulos, pulquerías y corridas de toros y sin más ni más le daban un rifle y lo enrolaban en el ejército. Mil curiosos fueron reclutados entre la multitud que presenció un espectacular incendio registrado en la tienda capitalina El Palacio de Hierro.

Por supuesto, los soldados huertistas capturados en la leva, no mostraban deseos de combatir y desertaban a la primera oportunidad. Los oficiales se distinguían por sus arrestos bélicos y empleaban la mayor parte de su tiempo en hacer los típicos negocios del ejército mexicano: traficar con los alimentos, los uniformes, las armas y el forraje. Financiar este inútil aparato consumió cantidades inmensas de dinero. Huerta dilapidó muy pronto los treinta y tres millones de pesos dejados por Madero en la Tesorería; contrató empréstitos emitió bonos sin respaldo, duplicó algunos impuestos y redujo la garantía en metálico del papel moneda para fabricar billetes a su antojo; así la cotización del peso mexicano bajó de 45 a 14 centavos de dólar entre junio de 1913 y marzo de 1914; pues aún así estábamos mejor que en la época actual. Las levas provocaron una guda escasez de mano de obra y muchas cosechas se estropearon por falta de brazos que las levantarán; en tanto que la desarticulación de las comunicaciones impedían enviar los productos al mercado, los ricos no tardaron en perder su entusiasmo por huerta y sacaron del país buena parte de sus capitales. La historia se vuelve a repetir.

Huerta cavaba su propia tumba con los disparates y arbitrariedades que cometió; el problema se le complicaría por la situación internacional; estaba por estallar la primera guerra mundial; Inglaterra, cuya flota marítima necesitaba desesperadamente el petróleo de las empresas inglesas que explotaban en México, se apresuró a reconocer a Huerta y lo mismo hicieron la mayoría de los países europeos y latinoamericanos; pero E.U. presentó un serio problema al usurpador: desde el 4 de marzo de 1913 en que asumía la presidencia Woodrow Wilson, moralista con mucho de fariseo a diferencia de su antecesor William H. Taft; Wilson negó el reconocimiento diplomático a Huerta y retiró de México a su embajador Henry Wilson.

El intervencionista que contribuyó decisivamente el asesinato de Madero, el presidente Wilson, quería dar clases de moral a los corrompidos morenitos del sur de la frontera. Sinpatizaba vagamente con el libertario de los pobres y sin medir las consecuencias envió a México un emisario encargado de presentar a Huerta un ultimátum que en síntesis exigió el cese de hostilidades y la convocatoria a unas elecciones presidenciales en las que Huerta no podía participar como candidato. Huerta rechazó el ultimátum invocando el principio de la autodeterminación de los pueblos en respuesta Willson prohibió el comercio de armas con México, medida que perjudicaba muy poco a los revolucionarios ya que éstos controlaban la mayor parte de la frontera norte y podían introducir las armas de contrabando, en tanto que debilitaba a Huerta y a su ejército equipado con pertrechos norteamericanos; además, los revolucionarios disfrutaban de amplias facilidades para vender el ganado en E.U. y los objetos valiosos que confiscaban o robaban en México. Como defensa Huerta hizo publicar un proyecto de ley en el que se le autorizaba nacionalizar el petróleo y se le otorgaban facultades para favorecer a los ingleses en perjuicio de las empresas norteamericanas.

Pensó que los ingleses le pagarían el favor proporcionándole armas pero los diplomáticos de Washington hicieron prometer a los de Londres que no negociarían con el gobierno mexicano sin antes consultar y obtener de ellos autorización para cualquier arreglo.

Huerta quedó al garete; tenía que valerse de triquiñuelas para obtener armas norteamericanas; adquirió 200 ametralladoras y 15 millones de cartuchos por intermedio de un agente ruso que envió el cargamento de E.U.; ahí lo hizo expedir a Hamburgo donde fué puesto a bordo del barco alemán Ipiranga que debía transportarlo finamente hasta Veracruz; para evitar que el cargamento fuese desembarcado y a las 11 de la mañana del 21 de abril de 1914, los marinos norteamericanos atacaron Veracruz por sorpresa y se apoderaron de la plaza tras un par de horas de una lucha que le opusieron un par de civiles Veracruzanos y algunos jóvenes cadetes de la escuela naval; en el combate murieron 300 patriotas y 19 marinos; el ejército huertista no sufrió bajas ya que se retiró estratégicamente al cercano pueblo de Tejería. La rebatiña burocrática que llevó a Venustiano Carranza hasta Sonora fue producto del telegrama en que Huerta comunicó su ascenso a la presidencia autorizado, el senado al igual que Carranza el gobernador Sonorense José Ma. Maytorena recibió el telegrama titubeó antes de declararse en rebelión y fue acusado por los militares estatales que le exigían iniciar inmediatamente las hostilidades.

Maytorena, un hombre rechoncho y bajo de estatura que contaba

con 46 años en 1913, era hijo de una prominente familia terrateniente de Guaymas, Sonora y siguiendo sus ideas democráticas se adhirió entusiastamente al Maderismo desde la primera hora. Fue incapaz de dominar a sus militares; éstos hablaban inclusive de derrocarlo y por momentos Sonora estuvo al borde de una guerra local; entre los enemigos de Maytorena sobresalían Salvador Alvarado, Juan G. Cabral, y Benjamín Gil. Alvarado, de 33 años en 1913 había sido pequeño comerciante la mayor parte de su vida; recién salido de la adolescencia abrió una tiendita en el pueblecillo de Pótam, luego estableció una botica en Guaymas por lo que le apodaban el boticario y finalmente se puso a regentear una tienda en Cananea.

Sus mudanzas se debían a que los raquíticos comercios apenas dejaban para malvivir, especialmente el de Cananea donde la poderosa empresa minera que dominaba la vida económica de la región mantenía tiendas propias, e hizo una competencia ruinosa a Alvarado.

En Cananea Alvarado se relacionó con Juan G. Cabral, un hombre muy discreto que era hijo de un portugués pobretón y trabajaba de cajero en una maderería; ambos amigos se indignaron por el aplastamiento de la famosa huelga de los mineros de Cananea en 1908 y se afiliaron en maderismo. Perseguido por las autoridades, Cabral emigró a Arizona donde volvió a encontrarse con el también exiliado Alvarado.

Maytorena se encontraba en Arizona organizando la Revolución y proporcionó fondos para que ambos amigos lo llevaran a los pequeños grupos armados que operaban en Sonora; en febrero de 1911 Cabral ya mandaba una guerrilla propia que tomó el pueblo de Fronteras en mayo; conjuntamente con Alvarado se apoderó de Cananea y Agua Prieta.

Gil de 40 años en 1913 nativo de Sinaloa y vecindado desde niño en Navajoa, era un personaje novelesco que fue enviado por su familia a estudiar música en Europa y en el viaje adquirió ideas románticas socializantes; era hijo de un célebre Doctor Gil.

Gil uno de tantos confederados norteamericanos que se refugiaron en Sonora después de la guerra de Secesión e hijo de un legendario güero Gil que amasó una fortuna considerable acaparando los juegos de azar en las principales ferias de la república.

Benjamín Gil no avanzó mucho en sus estudios artísticos pero de Europa se trajo como esposa a una bella italiana dizque condesa, la cual falleció poco después de vecindarse en la desolada Sonora.

A pesar de que durante el régimen Porfirista fue síndico del ayuntamiento de Navajoa, dueño de un molino de trigo y de un rancho de 400 hectáreas, Gil proclamó en sus ideas políticas, en violentos discursos y escribía artículos antigubernamentales en los periódicos de la comarca. Se afilió al maderismo y lo encarcelaron a principios de 1911 cuando organizaba una guerrilla; en mayo lo dejaron en libertad creyendo que ya lo habían asustado pero lejos de sosegarse reagrupó a sus hombres y alcanzó a tomar Navajoa antes de que renunciara Porfirio Díaz.

Los 3 personajes tenían mando de tropas cuando se produjo la caída de Madero: Alvarado era jefe de la línea del Yaqui, Carvajal je-facturaba la gendarmería fiscal con sede en Magdalena y Gil era prefecto de Arizpe. Maytorena no podía desentenderse de las exigencias de ellos ni tampoco se atrevía a romper con Huerta; para evitar un enfrentamiento armado se estructuró una farsa legalista: Maytorena pediría licencia con el pretexto de que necesitaba trasladarse a Estados Unidos para recibir atención médica y el congreso local nombraría un gobernador interino que se echaría a cuestras la responsabilidad de romper con el gobierno federal antes de marcharse, Maytorena tomó una pequeña venganza al expedir nombramiento de coronel y por lo tanto superior jerárquico de los mayores Alvarado, Cabral y Gil, a un advenedizo en las filas revolucionarias; Alvaro Obregón.

En una nota autobiográfica Obregón anotaría años más tarde la vergüenza que sintió al presenciar en su pueblo la entrada triunfal de los maderistas y pensar que él en nada les había ayudado; sus enemigos dirían en cambio que lo que sintió fue envidia al ver que se estaba integrando una nueva casta gobernante de la que él había perdido la oportunidad de formar parte.

Como quiera que hubiera sido, Obregón se afilió rápidamente al maderismo y se le acogió con gusto. Los maderistas necesitaban captar más dirigentes locales y Obregón parecía ser un magnífico candidato. Nacido en 1880 en Siquisiva en una hacienda perteneciente al municipio de Navajoa, desde pequeño dió muestras de ser muy luchón. Inició su vida de trabajo como aprendiz de mecánico en un ingenio y a los 20 años ya era gerente de un molino de trigo. Con sus ahorros compro 230 hectáreas de tierras de cultivo, inventó una notable máquina sembradora de garbanzo y pensaba producirlo en masa.

Era pues un empresario en pequeño con gran futuro y además gozaba de simpatías generales por ser muy simpático y guasón.

En 1911 lo eligieron presidente municipal de H. Huatabampo gracias al apoyo que le proporcionó el Chito Cruz, cabecilla de los indios Mayas y el respaldo de varios hacendados que mandaron a sus peones a votar por él, pero los revolucionarios originales siguieron sin aceptarlo plenamente. Su primo Benjamín Gil le decía que no era más que un caciquillo; la oportunidad de reivindicarse se les presentó en 1912 cuando Pascual Orozco amenazaba con llevar su rebelión hasta Sonora. El gobernador Maytorena pidió hombres a todos los presidentes municipales de su entidad y Obregón presentó reclutas en tanto que los demás municipios ofrecieron y por lo general no presentaron 100 hombres; como premio Obregón recibió el grado de teniente coronel de las fuerzas estatales con sueldo de \$6.60 pesos diarios. Tras recibir un breve entrenamiento militar, Obregón fue enviado a la Sierra de los límites entre Sonora y Chihuahua se le nombró jefe de la caballería de un ejército de 2,700 hombres compuesto por 600 Sonorenses y el resto de soldados federales.

A fines de julio combatió contra una columna orozquista que fue obligada a desbandarse y seguidamente se trasladó a Casas Grandes Chihuahua a unirse a los federales de Victoriano Huerta que acababan de triunfar en Bachimba.

10.- EL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA DEL NOROESTE.

Al recibir a Carranza en el fuerte el 14 de septiembre de 1913, Obregón se apresuró a darle su versión sobre la rebatiña burocrática que sacudía a Sonora. Carranza estaba enterado de algunos detalles pero no de todos; lo que no ignoraba era que iba a resultarle muy provechoso servir de árbitro en la rebatiña, pues el hecho de que sus decisiones fuesen acatadas en un estado ajeno al suyo se significaba un claro afianzamiento de su autoridad como primer jefe y esta autoridad la permitiría entrar en posesión de los impuestos federales que venían cobrando los sonorenses.

Por nombramiento del congreso local el diputado Ignacio L. Pesqueira actuaba como gobernador interino; desde un principio éste se había rodeado de una camarilla que se había apoderado del botín burocrático revolucionario y no quiso soltarlo. Cuando Maytorena al terminar los seis meses de licencia que le concedieron volvió a Sonora y le reclamó que se le devolviese la gubernatura, además de la letra de la Constitución, Maytorena apoyaba su reclamación en el hecho de que varios jefes militares no lograron medrar con Pesqueira y le manifestaron su lealtad; además Maytorena contaba con el apoyo de los temibles indios Yaquis de quienes su familia había sido amiga tradicional.

Carranza falló a favor de Maytorena y Pesqueira tuvo que retirarse a intrigar por su cuenta; paralelamente Carranza aplicó la fórmula de divide y vencerás, nombrando colaboradores de la primera jefatura a varios amigos de Pesqueira en tanto que los de Maytorena quedaban marginados. Por su parte Obregón rompió con ambos caudillos sonorenses para declararse carrancista puro, esto le valió el grado de general y el cargo de comandante del ejército noroeste.

Después de pasar un corto tiempo en Hermosillo, Carranza trasladó la sede de su gobierno a Nogales. Carranza esperaba el momento de levantar la cosecha definitiva, pues los revolucionarios marchaban de triunfo en triunfo; en esos días llegó a Nogales el joven escritor Martín Luis Guzmán, quien describió en varios párrafos la vida que llevaba el primer jefe. El joven escritor cuidaba de no acercarse demasiado a Carranza pues nada inquietaba tanto a los más inmediatos servidores del primer jefe como la presencia de revolucionarios nuevos desprovistos de funciones propias; les sobrecogía el terror de verse arrancados como por escamoteo por los puestos que desempeñaban, para ellos importantísimos y prometedores.

Durante las comidas Carranza imponía sus opiniones, inclusive

absurdos tópicos de hombre ignorantón que era, opinaba sobre cuestiones militares o jurídicas, sobre las que apenas tenía nociones muy vagas y nadie se atrevía a contradecirlo.

“Don Venustiano saboreaba a pequeños tragos el placer del mandar hasta nuestras ideas, acaso se recreaba en nuestro servilismo, en nuestra cobardía” escribió Guzmán y se preguntó si todo aquello no sería Porfirismo.

En efecto lo era y del corriente, el reyista.

Un prestigiado ex-Reyista Luis Cabrera, obtuvo el título de cerebro de la revolución por la influencia que ejercía sobre Carranza en los meses anteriores a la caída de Porfirio Díaz. Cabrera había mencionado a Don Venustiano como Vicepresidenciable en un gobierno de transición y gracias a esto jamás se le reprochó que después de producir el asesinato de Madero y Pino Suárez, Cabrera hubiera hecho publicar en El Imparcial un llamamiento a aceptar los hechos consumados sin tratar de enmendarlos, tomando la situación actual como punto de partida para sus futuros trabajos dentro de las vías constitucionales. En cambio los maderistas puros, los que no procedían de las filas del reyismo, como los hermanos Roca y Federico González Garza, eran humillados y tratados con desdén; cuando se presentaban en Sonora a ofrecer sus servicios Carranza no ocultaba su odio hacia el presidente mártir al rechazar una iniciativa para que se declarara luto nacional en el aniversario de Madero y Pino Suárez, Carranza contestó: “no seré yo quien contribuya a glorificar a quienes no lo merecen”.

Especialmente notable fue el caso del ex-federal Felipe Angeles, quien a causa de su lealtad a Madero fue aprehendido por los huertistas y deportado a Europa; en cuanto tuvo oportunidad Angeles viajó a Sonora para ponerse a las órdenes de Carranza; inicialmente se le dió el cargo de Secretario de Guerra pero las intrigas de Obregón lo obligaron a renunciar. En seguida Angeles solicitó y obtuvo autorización para trasladarse a Chihuahua a combatir bajo las órdenes de Francisco Villa, el revolucionario que más estaba destacando en ese momento. Raúl Madero hermano del presidente asesinado y muchos maderistas puros también buscaron refugio en territorio chihuahuense. Así empezó a gestarse la pugna entre las facciones villistas, maderistas y carrancistas reyistas, que una vez vencido Huerta iba a ensangrentar el país en grado jamás visto.

La revolución atrajo gran número de periodistas extranjeros al norte de México.

Venustiano Carranza con su séquito de politicastro intrigantes y suntuosos inspiraron una repugnancia intuitiva a los periodistas y este sentimiento nunca dejó de transparentarse en los artículos que escribían. En cambio Francisco Villa los fascinó con su primitivismo, valentía y astucia; los reporteros se solayaban escribiendo cómo el guerrillero se colocaba al frente de las espectaculares cargas de caballería, que era el sello personal de sus hazañas bélicas, como se acercaba en el campamento a los soldados y tomaba una tortilla de la canasta para aderezarla con una cucharada de frijoles de la olla común (temía ser envenenado con alimentos y el recurso le servía de protección) y en fin, el era la encarnación del machismo 100% mexicano.

Consecuentemente a principios de 1914 Villa se había convertido ya en una figura de fama mundial en tanto que el primer jefe era un don nadie para la mayor parte del público extranjero, cuando Villa cruzaba la frontera los altos militares y las autoridades texanas se desvivían por atenderlo y hacerse retratar en su compañía. Washington consideraba tan importante al guerrillero que mandó un agente diplomático exclusivamente dedicado a negociar con él.

Por aclamación de todos los jefes chihuahuenses, Francisco Villa había sido nombrado comandante del ejército revolucionario en su Estado, mientras en Sonora los revolucionarios consagraban su tiempo a las intrigas burocráticas. Villa había dado brillantes batallas para expulsar a los federales de Cd. Juárez, Chihuahua y Ojinaga y a principio de 1914 la totalidad del Estado se encontraba ya en poder de las fuerzas villistas.

Carranza consideró necesario hacerse cargo personalmente de la situación; en marzo tomó el tren de Nogales-Agua Prieta y ahí con una guardia de honor integrada por 100 sonorenses montó a caballo para cruzar la Sierra Madre por el famoso Cañón del Pulpito y llegar por fin a Cd. Juárez, antes de hacer su entrada triunfal se bañó, se recortó la barba y se puso un uniforme bien planchado y botas recién lustradas, pero al llegar al centro de la ciudad se encontró con que nadie lo esperaba ni nadie lo aclamaba al paso de su comitiva; más aún la gente del pueblo los veía con indiferencia absoluta.

Para entonces Villa estaba cruzando el desierto rumbo a Torreón con el ejército más poderoso que se había visto en México. Con el asesoramiento de Angeles las bandas de guerrilleros fueron disciplinadas y aprendieron a utilizar un magnífico armamento que incluía cañones y ametralladoras; Villa portaba uniforme y había dotado a sus hombres de sombreros y zapatones adquiridos en Texas.

Se disponía de un excelente servicio médico. A Villa le sobraba el dinero ya que además de poseer su propia fábrica de billetes tomó a su cargo el cobro de impuestos, obtenía préstamos forzosos de los ricos y controlaba la venta en el paso de ganado y objetos robados y confiscados.

A fines del año anterior Villa había tomado y perdido Torreón. Huerta envió sus mejores hombres y elementos a esa plaza que en la estrategia del gobierno venía a ser una especie de dique para contener el avance al sur, de los nortños. El ataque Villista se inició el día que celebraba el primer aniversario de la promulgación del Plan de Guadalupe. La plaza cayó en poder de los villistas después de una batalla muy sangrienta. Villa informó a Carranza por telégrafo acerca del triunfo obtenido y le pidió ordenar a los revolucionarios de Coahuila que cortasen la retirada de los federales expulsados de Torreón, los cuales se replegaron a Saltillo "Yo no le ordené que atacara Torreón y así que no veo porqué debo felicitarlo", dijo Carranza a uno de los licenciadillos que lo rodeaban y que le pidió enviar el telegrama de felicitación rutinario y por supuesto el primer jefe se abstuvo de girar a los coahuilenses las órdenes que Villa le solicitaba. En eso se produjo la invasión Yanqui a Veracruz; Carranza protestó ante Washington por la violación de territorio y la intromisión en los asuntos internos de México. Villa se puso feliz por la ventaja momentánea que representaba para los revolucionarios la invasión y aprobó la medida ante el agente diplomático norteamericano que lo acompañaba; reiteró su amistad hacia los norteamericanos y dijo: "Por mi parte no vamos a pelear por un borracho: Huerta".

Carranza desautorizó a Villa y dijo a un periodista: "Villa carece de autoridad para opinar; yo soy su jefe, "él es mi subordinado y me tiene que obedecer como el último de los soldados razos", Villa se tragó la reprimenda; aparte de la cuestión internacional había disputado con Carranza por el nombramiento del gobernador civil de Chihuahua a quien Villa consideraba su enemigo. En un esfuerzo por suavizar la tirantez Villa invitó a Carranza a visitar Torreón; el primer jefe fue recibido con fiestas y desfiles; inclusive Villa prometió enmendarse cuando Carranza le recomendó moderación en el trato a las poblaciones conquistada, ya que los villistas habían cometido innumerables actos de crueldad y salvajismo contra los torreoneses. Mansamente Villa reiteró su buena disposición para desempeñar el papel de soldado y solicitó permiso de proseguir hacia el sur y atacar la plaza fuerte de Zacatecas; además de negar el permiso, Carranza ordenó a Villa que se trasladara a Saltillo para auxiliar al comandante de la división de Norreste general Pablo González que se encontraba en aprietos.

Al general González le apodaban "Pablo Carreras" por su ineptitud como militar. Contaba con 34 años en 1913, era un hombre con tendencia a la obesidad que usaba anteojos de notario con bigotes de cepillo que hacían las delicias de los caricaturistas. Nativo de Lampazos, N. L., desde los 3 años quedó huérfano de padre y madre y estuvo al cuidado de una tía que pasaba estrecheces económicas. Después de cursar el cuarto de primaria solicitó una beca para ingresar al colegio militar; como se la negaron él se convenció de que lo habían menospreciado para favorecer al hijo de algún influyente y desde entonces adquirió fuerte resentimiento social; luego trabajó de aprendiz de mecánico en un molino, de obrero en Chihuahua y de superación así que por las noches estudiaba inglés, matemáticas y telegrafía en Morse. En Estados Unidos oyó las prédicas anarquistas de los hermanos Flores Magón y empezó a volverse revolucionario. En enero de 1911 respondiendo al llamado de Madero, tomó Cuatro Ciénegas, el pueblo de Carranza; al tiempo de la revolución ingresó a las milicias estatales de Coahuila y llegó a comandante de la división del noreste por haber muerto Jesús Carranza, que había sido eliminado por intrigas políticas de un hábil general; Lucio Blanco. González estaba a punto de sufrir otra ignominiosa derrota en Saltillo cuando llegó Villa y en menos que canta un gallo como acostumbraba decir eliminó a los federales. La hazaña ensombreció a Villa; había enseñado al primer jefe y a sus politiquillos perfumados y chocolateros que ni siguiera de la capital de su propio estado de Coahuila habían sido capaces de apoderarse sin la ayuda de él. Ahora marcharía sobre Zacatecas con la autorización de Venustiano Carranza o sin ella.

Sólo que antes de que Villa estuviera en condiciones de ponerse en marcha, el primer jefe había ordenado a los revolucionarios Pánfilo Natera y hermanos Arrieta enemigos de Villa los últimos, proceder a la ocupación de Zacatecas, plaza que ya habían tomado y desocupado el año anterior; una vez que alcanzaron este objetivo según los planes de Carranza se formaría una división del centro que continuaría el avance hasta el centro de la república sin participación de Villa.

Natera y los Arrieta contaban apenas con 6,000 hombres. Huerta sabedor de que Zacatecas era la puerta de entrada al centro del país había concentrado ahí a sus mejores hombres: 12,000 soldados con 11 grandes cañones y noventa ametralladoras; naturalmente los duranguenses fueron rechazados con fuertes pérdidas; huyeron a refugiarse hasta Fresnillo, 60 km. al norte y desde ese punto lanzaron un angustioso llamado de auxilio a Carranza.

Campanudamente Carranza telegrafió entonces a Villa ordenándo-

le que enviase 3,000 hombres de su división en auxilio de los duranguenses. Villa se hizo del desentendido y Carranza repitió su orden añadiendo que mejor mandase 5,000 hombres; sarcásticamente Villa preguntó que si no quería también que él se pusiera bajo las órdenes de los Arrieta. Presentó a continuación su renuncia y Carranza se la aceptó para inmediatamente pedir a los demás generales villistas que propusiesen candidatos a comandantes de la División del Norte a fin de que él pudiera seleccionar al elegido. Los indignados generales villistas contestaron al primer jefe con un telegrama repleto de insultos, al que uno de ellos hizo añadir como posdata y bajo la firma una mentada de madre.

Villa marchó sobre Zacatecas no con 5,000 hombres, sino con la totalidad de sus fuerzas; Nateras se le incorporó y el 23 de junio 25,000 revolucionarios con 50 cañones iniciaron la batalla más sangrienta de aquella etapa de la que sólo pudieron escapar unos cientos de federales; los demás murieron o quedaron heridos o fueron capturados. La población civil fue víctima de una orgía de violaciones, asesinatos, saqueos y desmanes en escala descomunal. Villa había roto la espina dorsal al ejército huertista y anunció que proseguiría hacia el sur hasta Aguascalientes y luego hasta la Capital de la República, sólo que nuevamente Carranza lo contuvo. Para el avance, Villa tenía que esperar un cargamento de municiones que le había llegado a Tampico y sobre todo el carbón imprescindible para alimentar sus locomotoras. El carbón le llegaba habitualmente de las minas de Coahuila que controlaba González; así mismo González controlaba Tampico. Villa tuvo que quedarse en Zacatecas por falta de elementos. Mientras tanto Obregón había iniciado su avance hacia el sur por la costa del Pacífico. Después de la toma de Saltillo también Pablo González pudo marchar hacia la Capital de la República. Al principio la marcha de Obregón fue casi un paseo turístico a diferencia de la línea central por la que avanzaba Villa; la costa occidental estaba libre de Federales, sólo al llegar a Jalisco en la hacienda de Orendáin y luego en Guadalajara las desmoralizadas fuerzas federales le ofrecieron resistencia importante.

Obregón comandaba un ejército en el que destacaba por su bravura y temeridad los guerreros yaquis a quienes el caudillo se atrajo con la promesa de devolverles sus tierras en litigio. Los federales fueron destrozados y tras ocupar Guadalajara, los sonorenses avanzaron hasta Irapuato sin encontrar resistencia; Pablo González también marchaba de victoria en victoria; sin luchar había ocupado San Luis Potosí, Guanajuato y luego derrotó en una sangrienta batalla a los orozquistas que ocupaban León; en seguida avanzó hasta la desprotegida Querétaro, mientras Obregón terminaba de ocupar Irapuato.

Huerta sabiéndose perdido dejó la presidencia a un Francisco Carrvajal el 10 de julio de 1914 y se trasladó a Coatzacoalcos para tomar un barco que lo conduciría al exilio en Europa. Obregón exigió al presidente interino la rendición incondicional de los restos del ejército huertista, el cual fue desbandado. El 15 de agosto Obregón entró a la capital al frente de unos yaquis, los cuales tocaban monótonas canciones tradicionales en sus tamborcillos; 5 días más tarde Carranza llegó desde Saltillo para hacer una entrada triunfal. Parecía como si Carranza no se preocupase por los problemas pendientes. Villa se había quedado en el norte bufando de rabia y jurando vengarse del infecto burócrata que se había burlado de él. Mucho más cerca en Xochimilco los zapatistas merodeaban en actitud hostil; poco después de romper con Huerta, Zapata había sido atacado por los federales y obligado a refugiarse en las montañas de Guerrero; para su fortuna los triunfos de Villa obligaron a Huerta a mandar rumbo al norte la mayor parte de sus hombres y con esto tuvo que dejar desprotegido a Morelos. Zapata recuperó sin dificultad sus antiguos territorios y seguidamente avanzó hasta el sur del D.F. con sus guerrilleros indígenas harapientos y enclenques; Zapata no fue tomado muy en cuenta por Carranza; únicamente le mandó decir que prometiera acatamiento al Plan de Guadalupe y Zapata contestó que por el contrario, Carranza se sometiese al Plan de Ayutla. El rompimiento vendría poco después; la lucha contra Huerta había producido tal vez 50,000 muertos, al menos hizo posible el derrocamiento del tirano más repugnante que ha aparecido en México.

La lucha de facciones revolucionarias estaba por iniciarse; causarían la muerte de 200,000 hombres en los campos de batalla y tal vez medio millón más que fallecieron de hambre o como resultado de las terribles epidemias que brotarían por efecto de la guerra.

11.- LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES.

Al ver el abismo que se estaba abriendo en las filas revolucionarias varios generales villistas y gonzalistas advirtieron la urgencia de reestablecer la paz entre el primer jefe y el comandante de la División del Norte; al efecto celebraron pláticas en Torreón y redactaron un documento que como bases para la reconciliación contenía las siguientes cláusulas:

- 1o. Villa reconocería a Carranza como primer jefe y conservaría la jefatura de la División del Norte al que los carrancistas se comprometerían a proporcionar el carbón y los pertrechos que necesitaban.
 - 2o. Carranza asumiría la presidencia interinamente formaría su gabinete con igual número de carrancistas y villistas y reuniría una convención de representantes de las fuerzas constitucionalistas para fijar la fecha de las elecciones y formular un programa de gobierno.
 - 3o. Carranza conservaría la facultad de nombrar y cesar a los funcionarios de los estados que controlaban los constitucionalistas.
 - 4o. Carranza implantaría un régimen democrático encargado de favorecer a los trabajadores y atender el problema agrario mediante la distribución de tierras a los campesinos desposeídos.
- Villa aceptó en su totalidad los términos del documento.

Los generales Gonzalistas se trasladaron a Saltillo donde se encontraba Carranza; aún no había sido ganada la Ciudad México y tras presentar los resultados de la junta de Torreón, le pidieron que Villa fuese ascendido a general divisionario como ya lo habían sido Obregón y González y que se entregara la División del Norte al rango de ejército, como ya se había hecho con las antiguas divisiones del noreste y del noroeste.

Para garantizar más firmemente la paz, los jefes constitucionalistas debían comprometerse a no participar como candidatos en las elecciones presidenciales. "Todo esto, señalaron los generales conciliadores, reflejaba nítidamente el espíritu del plan de Guadalupe pero el primer jefe se había erigido en intérprete único del plan y la vaguedad con que se redactó el documento permitía atribuirle el significado que le viniese en gana. Contestó a los generales conciliadores que aceptaba las disculpas ofrecidas por Villa pero que no podía atender las demás cuestiones, ya que éstas eran de tal trascendencia que sólo podían ser discutidas y resueltas en una conferencia de jefes a la que en breve se pretendía convocar.

Huerta sabiéndose perdido dejó la presidencia a un Francisco Carrvajal el 10 de julio de 1914 y se trasladó a Coatzacoalcos para tomar un barco que lo conduciría al exilio en Europa. Obregón exigió al presidente interino la rendición incondicional de los restos del ejército huertista, el cual fue desbandado. El 15 de agosto Obregón entró a la capital al frente de unos yaquis, los cuales tocaban monótonas canciones tradicionales en sus tamborcillos; 5 días más tarde Carranza llegó desde Saltillo para hacer una entrada triunfal. Parecía como si Carranza no se preocupase por los problemas pendientes. Villa se había quedado en el norte bufando de rabia y jurando vengarse del infecto burócrata que se había burlado de él. Mucho más cerca en Xochimilco los zapatistas merodeaban en actitud hostil; poco después de romper con Huerta, Zapata había sido atacado por los federales y obligado a refugiarse en las montañas de Guerrero; para su fortuna los triunfos de Villa obligaron a Huerta a mandar rumbo al norte la mayor parte de sus hombres y con esto tuvo que dejar desprotegido a Morelos. Zapata recuperó sin dificultad sus antiguos territorios y seguidamente avanzó hasta el sur del D.F. con sus guerrilleros indígenas harapientos y enclenques; Zapata no fue tomado muy en cuenta por Carranza; únicamente le mandó decir que prometiera acatamiento al Plan de Guadalupe y Zapata contestó que por el contrario, Carranza se sometiese al Plan de Ayutla. El rompimiento vendría poco después; la lucha contra Huerta había producido tal vez 50,000 muertos, al menos hizo posible el derrocamiento del tirano más repugnante que ha aparecido en México.

La lucha de facciones revolucionarias estaba por iniciarse; causarían la muerte de 200,000 hombres en los campos de batalla y tal vez medio millón más que fallecieron de hambre o como resultado de las terribles epidemias que brotarían por efecto de la guerra.

11.- LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES.

Al ver el abismo que se estaba abriendo en las filas revolucionarias varios generales villistas y gonzalistas advirtieron la urgencia de reestablecer la paz entre el primer jefe y el comandante de la División del Norte; al efecto celebraron pláticas en Torreón y redactaron un documento que como bases para la reconciliación contenía las siguientes cláusulas:

- 1o. Villa reconocería a Carranza como primer jefe y conservaría la jefatura de la División del Norte al que los carrancistas se comprometerían a proporcionar el carbón y los pertrechos que necesitaban.
 - 2o. Carranza asumiría la presidencia interinamente formaría su gabinete con igual número de carrancistas y villistas y reuniría una convención de representantes de las fuerzas constitucionalistas para fijar la fecha de las elecciones y formular un programa de gobierno.
 - 3o. Carranza conservaría la facultad de nombrar y cesar a los funcionarios de los estados que controlaban los constitucionalistas.
 - 4o. Carranza implantaría un régimen democrático encargado de favorecer a los trabajadores y atender el problema agrario mediante la distribución de tierras a los campesinos desposeídos.
- Villa aceptó en su totalidad los términos del documento.

Los generales Gonzalistas se trasladaron a Saltillo donde se encontraba Carranza; aún no había sido ganada la Ciudad México y tras presentar los resultados de la junta de Torreón, le pidieron que Villa fuese ascendido a general divisionario como ya lo habían sido Obregón y González y que se entregara la División del Norte al rango de ejército, como ya se había hecho con las antiguas divisiones del noreste y del noroeste.

Para garantizar más firmemente la paz, los jefes constitucionalistas debían comprometerse a no participar como candidatos en las elecciones presidenciales. "Todo esto, señalaron los generales conciliadores, reflejaba nítidamente el espíritu del plan de Guadalupe pero el primer jefe se había erigido en intérprete único del plan y la vaguedad con que se redactó el documento permitía atribuirle el significado que le viniese en gana. Contestó a los generales conciliadores que aceptaba las disculpas ofrecidas por Villa pero que no podía atender las demás cuestiones, ya que éstas eran de tal trascendencia que sólo podían ser discutidas y resueltas en una conferencia de jefes a la que en breve se pretendía convocar.

Mientras tanto Obregón avanzaba inconteniblemente hacia la cd. de México. Villa amortiguó su rabia comprando en El Paso enormes cantidades de pertrechos militares y carbón para sus locomotoras. Por lo pronto permaneció en Chihuahua como los gavilanes volando muy alto y sin hacer ruido pero listo para caer sobre la gallina según frase de uno de sus allegados.

Al día siguiente de la entrada de Carranza a la Ciudad de México, Obregón solicitó permiso para trasladarse a Chihuahua y hacer un intento para aplacar a Villa; por supuesto el primer jefe no tendría que rebajarse a negociar con el díscolo. El viaje se haría con el pretexto de liquidar otra rebatiña.

burocrática que como nueva pesadilla había brotado en Sonora y en realidad serviría para que Obregón observara personalmente los elementos con los que contaba el caudillo Chihuahuense. En Sonora el gobernador Maytorena disputaba violentamente los beneficios del poder con el comandante militar del Estado; El Coronel Plutarco Elías Calles. Aprovechándose de que contaba con el apoyo de casi todos los jefes militares de Sonora, Calles había establecido su territorio, lo que el cónsul norteamericano de Nogales calificó de un régimen militar. Maytorena impedido para ejercer la autoridad efectiva luchaba contra Calles apoyado en la mayor parte de los burócratas civiles de la identidad y de un gran número de guerreros Yaquis que lo obedecían ciegamente. Las paredes de Sonora estaban tapizadas de letreros en los que se insultaba a la madre de Carranza. Por órdenes del primer jefe, había llegado al extremo de sitiarse el palacio de gobierno en Hermosillo en un intento de obligar a Maytorena de entregar sus armas; la oportuna intervención del general yaqui Francisco Urbalejo con sus tropas hizo huir a Calles rumbo a la frontera llevándose en su fuga todas las oficinas federales tan productivas en impuestos. Brevemente Calles se instaló en Cananea pero los mineros Maytorenistas en su mayoría lo obligaron con una huelga a replegarse al pueblo de Agua Prieta único territorio que controlaba ya en los días que Obregón ocupó la Ciudad de México.

En 1914 cuando se desarrollaban estos acontecimientos Plutarco Elías Calles era un hombrón rubicundo y de rostro rudo que jamás sonreía, contaba con 37 años de edad y ya entonces se esforzaba por esconder sus orígenes que de divulgarse podían perjudicar su carrera política. Nativo de Guaymas e hijo natural de Plutarco Elías Lucero un agricultor acomodado que descendía de un judío originario de Almazán de Soria, España. Plutarco Elías Calles pasó sus primeros años en Hermosillo a donde su madre se trasladó tras desposarse con el cantinero Juan B. Calles el futuro jefe máximo adoptó como segundo apellido el de su padrastro y descartó el materno. En la infancia

al terminar las clases se dedicaba a trabajar en la cantina de su padrastro. A los 17 años obtuvo empleo de maestro en una escuela en Guaymas ya para entonces era un individuo osco que escandalizaba a los vecinos por las tormentosas y frecuentes borracheras que solía ponerse. Varias veces cambió de trabajo ya sea por renuncia o por despido.

A principios del siglo un pariente paterno le consiguió un trabajo de oficinista en la tesorería del ayuntamiento de Guaymas; lo despidieron al descubrirse un desfalco que las distintas versiones propagadas por sus enemigos cuantifican en 325 y 6000 pesos.

Un medio hermano lo rescató de la desgracia poniéndolo al frente de un hotel y cantina de su propiedad en Guaymas. El hotel se incendió y Calles debió trasladarse a las cercanías de Cananea donde fue administrador de una hacienda del Padre. Luego se colocó de gerente de un molino de trigo y en 1909 regresó a Guaymas porque los Elías entraron en conflicto según parece por un pleito de aguas con el Presidente municipal del pueblo de Fronteras y no obtuvieron protección del régimen federal a pesar de haberse declarado en un documento gente de propiedades y trabajo, amigos incondicionales del gobierno.

En Guaymas Plutarco Elías adquirió una tienda al producirse la agitación solía dar permiso a sus conocidos de que se metieran a la trastienda a beber bacanora y echar pestes contra Porfirio Díaz. Tales méritos le valieron el empleo de Comisario en Agua Prieta cuando triunfó el Maderismo.

Al consumarse el cuartelazo de la Ciudadela, Calles fue uno de los que insistieron más firmemente en guerrear contra Victoriano Huerta. Luego al establecerse el gobierno constitucionalista fue jefe de los broqueros que vendían en Arizona las reses coras o robadas a los objetos que se avanzaban los revolucionarios. En un tiempo tuvo disputas con Obregón pero acabó ligándose indisolublemente a él. Obregón lo llamaba el Turco Borracho y le daba trato de pistolero común y corriente. En Chihuahua Obregón fue bien recibido aunque villa pretendió amedrentarlo enseñándole la abundancia de hombres y armamento que tenía. Maytorena y Villa se habían aliado, reunido sus fuerzas les había sido sumamente fácil expulsar a Calles de Agua Prieta y apoderarse de todo Sonora para después aplastar a los Carrancistas. Obregón tenía que ganarse a Villa haciéndose el simpático y para este fin empezó a darle la noticia de que ya había sido aprobado su ascenso de general de División. Luego con salemas y prodigios de labia convenció a Villa para que lo acompañase a Sonora para liquidar pacíficamente el conflicto. Villa y Obregón lograron que Maytorena suspendiera un ata-

que contra Agua Prieta a cambio se le daría mando sobre todas las fuerzas armadas del Estado. Aunque nacionalmente quedaría subordinado en lo militar a Obregón.

Poco después Maytorena renegó del trato y Villa y Obregón le impusieron los términos de otro arreglo; Maytorena entregaría la gobernatura al respetado Juan G. Cabral y Calles se trasladaría a Chihuahua donde iba a estar bajo las órdenes del Jefe de la división del Norte. Villa y Obregón regresaron a Chihuahua donde redactaron y firmaron una carta que Obregón debía entregar a Carranza en el cual después de declarar la confianza que tenía en el patriotismo del primer jefe a quien reiteraba sus respetos y pedían a Carranza que asumiera cuanto antes el cargo de Presidente interino y convocase a elecciones en las que los interinos estarían incapacitados para participar como candidatos.

Se les pedía además establecer en cada Estado comisiones encargadas de estudiar el problema agrario. Obregón fue recibido fríamente en México por Carranza. Arguyó éste que de ninguna manera podía asumir el cargo de Presidente Interino ya que ello sería sujetarlo a los frenos constitucionales y le impediría poner en marcha un ambicioso programa de Reforma Social. El poder dictatorial que le ofrecía el cargo de primer Jefe resultaba indispensable para asegurar el triunfo efectivo de la Revolución, sin embargo, las únicas reformas sociales de las que habló Carranza se referían a reorganizar el servicio de correos y mejorar los sistemas de control presupuestario. En cambio sistemáticamente se venía negando a discutir el problema agrario que le afectaba personalmente en su calidad de latifundista y en repetidas ocasiones renunció dialogar con los obreros que le solicitaban protección. Por parte añadió Carranza él no tenía inconveniente en asumir la presidencia interina como lo deseaban sus subordinados. Más la cuestión revestía una importancia tan grande que no debía ser resuelta por 3 individuos. Por ello había convocado ya una junta encargada de discutir ampliamente el problema. Se reuniría en la Cd. de México el 1 de octubre es decir en territorio carrancista y participarían en ella los jefes militares y la totalidad de los gobernadores de los estados; todos carrancistas químicamente puros ya que sin excepción debían su nombramiento al primer Jefe. De algún modo Carranza convenció a Obregón de que viajara nuevamente a Chihuahua y mostrase a Villa la conveniencia de asistir a la junta de la Ciudad de México cuando llegó a su destino Obregón encontró a Villa hecho una fiera. Juan G. Cabral no había sido enviado a Sonora y Calles aprovechaba la tregua para atacar nuevamente a Maytorena. En un arranque de ira Villa tomó preso a Obregón y estuvo a punto de hacerlo fusilar. El enviado de Carranza se salvó únicamente por la intervención de Angeles, Raúl Madero y otros generales Villistas civilizados quienes

hicieron ver a su jefe lo impropio de privar la vida a un emisario inerme. Aún entonces había bastado unas cuantas palmaditas de Carranza a nombre de Villa junto con algunos honores para que el ex-bandido que por encima de todas las cosas deseaba rehabilitarse ante la sociedad se apaciguara y dejara de ser un problema pero los sultanes no se rebajan a tanto y Carranza se negó a tener un gesto conciliador. La famosa junta de jefes y generales se reunió en la Capital en la fecha prevista con Villa ausente por supuesto. Carranza la inauguró con un golpe teatral. Carranza presentó su renuncia al cargo de primer Jefe. Los convencionistas no aceptaron ni rechazaron la renuncia y en cambio decidieron celebrar otra convención que tuviera lugar en Aguascalientes a medio camino entre los territorios de Carranza y Villa para buscar la forma de poner punto final a las dificultades e imprimir un rumbo constructivo a la marcha del país. La convención de Aguascalientes se reunió a mediados de Octubre los generales participantes comenzaron la deliberación declarando que la convención era soberana es decir, que no obedecía órdenes de Carranza anhelosos de liquidar la pugna entre el primer jefe y Villa; así como trazar la política que debía seguir el futuro gobierno Constitucional quisieron dar máxima solemnidad al compromiso que iba a consertarse y para tal efecto se consiguió una bandera tricolor y todos los generales firmaron en la franja blanca como constancia de la promesa empeñada de acatar sin discusión las órdenes que emanen de la convención. Villa firmó sin titubear, Obregón después de estampar su firma tuvo un arranque lírico y declaró: Todos los que hemos firmado en esta bandera someteremos al que se declare rebelde y no solo eso yo prometo que me quitaré los galardones de General e iré de Sargento a abatir al que se rebele contra esta convención. Con todos los principales facciosos hacían sentir su poderío. Villa instaló 11 mil hombres en Guadalupe, Zacatecas a menos de 200 kilómetros al norte de Aguascalientes y Carranza mandó que Pablo González se acampara en Querétaro con 20,000. Zapata solo envió la convención un grupo de observadores sin facultades para aceptar compromisos. Los zapatistas insistieron en que la Convención se adoptara el Plan de Ayala como condición para que se contase con ellos. Villa norteño que procedía en un estado donde no existía problema de tierra como el denunciado por el plan Zapata aceptó inmediatamente la exigencia. Los carranzistas hicieron notar la incongruencia de que Zapata sin comprometerse a nada comenzase por imponer condiciones a la convención pero procuraron evitar el enfrentamiento abierto. Desde la ciudad de México, Carranza seguía el curso de las deliberaciones no reconocía autoridad a la convención pero ante el poderío que ésta representaba envió a Aguascalientes una carta en la que decía estar dispuesto a renunciar a la primera jefatura si se establecía un gobierno Pre-Constitucional que llevase a cabo las reformas políticas y sociales necesarias y al mismo que se separará él, Villa

y Zapata renunciaban al mando de sus ejércitos; finalmente si la convención ordenaba a Carranza a marchar al extranjero, Villa y Zapata deberían recibir igual orden.

Para implementar esta atinada propuesta se tropezó desde luego con el problema de Zapata cuyos observadores carecían de facultades para negociar el alejamiento de su jefe. A fin de avanzar en las deliberaciones, se resolvió pedir a Zapata su renuncia y confiado en que, aun en caso de que se negara a darla se le podría someter a la voluntad general.

Los Zapatistas eran guerrilleros rudimentarios, hábiles para detener emboscadas pero incapaces de presentar batalla abierta o de tomar por asalto una plaza bien fortificada del tamaño de Cuernavaca para no hablar de la ciudad de México. Por lo pronto fueron aceptadas las renunciaciones de Villa y Carranza. Villa recibió estóicamente la noticia de que debía separarse de la división que tantos esfuerzos y tanta sangre le había costado formar. Es más dijo: "propongo que nos fusilen a mí y al viejo barbón para acabar con las dificultades". Lamentablemente no se le tomó la palabra. Obregón fue comisionado para trasladarse a la Ciudad de México y comunicarle a Carranza la aceptación de su renuncia pero Carranza en vez de esperar al enviado se trasladó primero a Toluca, después a Tlaxcala y Puebla, finalmente a Orizaba, Obregón anduvo siguiéndolo por todos esos lugares, a pesar del acoso de Pablo González. Por fin el 8 de noviembre alcanzó a Carranza en Orizaba y pudo platicar con él. Después de la entrevista lejos de arrancarse los galones para combatir como Sargento contra quien desafiara las órdenes de la convención. El caudillo sonoreño salió a hacer los preparativos para luchar contra los convencionistas. Con el paso del tiempo incorporando historiadores a la nómina del gobierno y manipulando los medios de información los obregonistas impondrían la leyenda de que el trato de Orizaba fue producto de los dotes de clarividencia que poseían Carranza y Obregón, dotes que le permitieron adivinar que Villa no iba a someterse a nadie y seguiría matando gente hasta apoderarse del gobierno nacional. Se ignora qué promesas hizo Carranza a Obregón o qué carta del triunfo mostró para inducirlo a reflexionar tan burdamente. Una probable carta de triunfo es el apoyo de Washington que aparentemente ya había conseguido Carranza. La Guerra Mundial sacudía a Europa desde julio anterior y los norteamericanos pensaron que el ex-senador porfirista; Carranza cuidaría los intereses en México mucho mejor que Villa o Zapata por lo cual decidieron favorecerlo. Aislado, indefenso como se encontraba en Orizaba, Carranza había de sucumbirlo ante el ataque de una simple facción del ejército Villista. Le era vital trasladar su gobierno a Veracruz donde podía cobrar fuertes sumas por

concepto por derechos de importación, así como recibir armas para el puerto seguía ocupado por las fuerzas norteamericanas. Bastaría con que los invasores permaneciesen donde estaban para que Carranza se quedara sin sitio a donde ir pero las fuerzas norteamericanas evacuaron convenientemente Veracruz y Carranza entró sin problemas a la plaza el 23 de noviembre.

La Convención declaró rebelde a Carranza e reinstaló a Villa en la jefatura de la División del Norte con órdenes de ocupar la Capital. Villa realizaría su avance a Veracruz como si diera un paseo ni siquiera se molestó en bajar de su vagón cuando su columna fue interceptada por los escasos hombres de Pablo González que le ofrecieron resistencia.

Encargaba a su gobierno la tarea de poner en fuga a los Carrancistas y aún así los 20,000 hombres con los que contaba Pablo González se redujeron muy pronto a 3,000 por las deserciones el propio González huyó hacia la sierra. Villa pasaba el tiempo en su vagón comiendo cantidades prodigiosas de nueces, un alimento al que atribuía poderes especiales.

La desbandada Carrancista dejó la Capital sin protección. Zapata aprovechó la oportunidad para que los guerrilleros morelenses ocupasen la ciudad antes de que llegase Villa. El pánico sacudía a los capitalinos cuando llegaron las ordas de la fila del sur como los llamaban los periodistas. Si los hombres de Carranza que por lo menos eran mestizos y blancos habían cometido una orgía de saqueos, borracheras, balaceos, violaciones y robos qué desmanes no cometería la indiada zapatista y ocurrió lo que nadie imaginaba, los zapatistas no se apoderaron de las mansiones de la pseudoaristocracia porfiriana como lo habían hecho los carrancistas, sino que se conformaban con alojarse en sordidos Mesones, el propio Zapata se alojaría en un hotelucho cercano a la estación ferroviaria a San Lázaro. Los Zapatistas comían en fondas del mercado y pagaban religiosamente su consumo. Ocuparon el Palacio Nacional pero dejaron el sitio escrupulosamente limpio, el único incidente violento que se cometió ahí, fue protagonizado por Eugenio Zapata, hermano de Emiliano quien anduvo buscando la silla presidencial para quemarla. Le habían causado la desgracia de incontables generaciones de mexicanos y quiso deshacerse de ella por considerarla un objeto mágico cuyo maleficio cesaría al serla destruida, pero como no la encontró ni siquiera la silla sufriría daños. Villa ocupó el suburbio de Tacuba el primero de diciembre. No quiso entrar hasta el centro de la ciudad sin su hermanito Moreliense el cual se había retirado a Morelos después de una breve estancia en la capital. Villa ardía en deseos de conocerlo y solicitó una entrevista que Zapata aceptaría con la condición

de que el encuentro tuviese lugar en Xochimilco o sea en terreno dominado por los Morelenses. La entrevista se llevó el día 4 los amos de México se cohibían en presencia uno de otro no se atrevían a proliferar palabras ni sabían que decir, hasta que Villa comenzó a expresarse soesmente en contra de Carranza, Zapata duplicó los atropellos y la comunicación se estableció por fin. Para celebrar el entendimiento Zapata ofreció a su colega un trago de aguardiente ignorando que Villa era abstemio, por no despreciar al compañero, Villa bebió unas gotas que luego escupiría entre juramentos de no volver a probar licor. La convención de Aguascalientes había elegido como presidente y por lo tanto el jefe político de Villa y Zapata, al zacatecano Eulalio Gutiérrez. Villa y Zapata establecieron a Eulalio Gutiérrez en el Palacio Nacional pero el hombre fue incapaz de dominarlos, Villa reiteraba a cada paso su subordinación a Gutiérrez y al mismo tiempo trataba directamente con los diplomáticos extranjeros sin consultar a nadie hacia declaraciones que comprometían al gobierno de la convención y conservaba el control de los ferrocarriles y telégrafos. Se había agudizado a tal grado que Eulalio hacía preparativos para huir de la capital, Villa fue a verlo y a punta de pistola lo amenazó que no le permitiría desertar. Eulalio no negó la acusación y nuevamente exigió a Villa que se comportase con un mínimo de decencia. Villa se marchó, creía haber amedrentado al Presidente. Tétricamente empezó 1915 el 5 de enero, Villa regresó al norte, pues Maytorenistas y Callistas habían vuelto a tirotearse en Agua Prieta algunas balas iban a dar al otro lado de la frontera y el general L. Scott, pidió a su amigo Francisco Villa que fuese a restablecer el orden. Eulalio aprovechó la ausencia del caudillo para huir de la capital, llevándose unos 10 millones de pesos que había en el tesoro al llegar a Pachuca lanzó un manifiesto lleno de recriminaciones para Villa, Zapata y Carranza, por igual destituyó a sus comandancias a Villa y a Zapata e invitó a los Carranzistas a unirse a la convención. Llegó a San Luis Potosí donde creía tener partidarios y no encontró ninguno. Luego se trasladó a Nuevo León y como no tenía ante quién presentar su renuncia simplemente declaró disuelta la convención.

El 5 de enero de 1915 fue un día histórico en Veracruz, Venustiano Carranza, promulgó un decreto que incorporaba el Plan de Ayala a su programa social aunque sin mencionar el documento Zapatista. En el desamparo que se encontraba necesitó revestir de algo más que anhelos burocráticos, el Plan de Guadalupe. Para ganarse algún apoyo campesino arrastrar atractivos al Zapatismo que cundía no solo en Morelos sino también por Guerrero, Puebla, Edo. de México y algunos puntos de Michoacán. Exactamente Alvaro Obregón llegó con su nuevo ejército a la ciudad de Puebla y los Zapatistas que guarnecían la plaza le entregaron sin combatir; el Carranzismo había resurgido. Mientras

se encontraba con Carranza en el Puerto Veracruzano, Obregón había planeado trasladarse a Salinas Cruz, para embarcar ahí los restos de su ejército hasta Manzanillo y reunirse después con las tropas carranzistas que seguían activas en Jalisco. Carranza lo contuvo ordenándole primero que reforzara las defensas de Jalapa y Perote en un ataque combinado de Villistas y Zapatistas contra Veracruz. La lógica rudimentaria hacía ver como seguro tal ataque el cual difícilmente resistirían las tropas carranzistas pero Villa había celebrado un trato con Zapata para dividirse el país en dos zonas: la Norte para él y la Sur para los zapatistas; fiel a su compromiso dejó a Zapata la tarea de liquidar a Carranza, por Angeles, en el sentido que los zapatistas carecían de elementos por completo para realizar operaciones bélicas de importancia.

Al tiempo que reforzaban las defensas de Jalapa y Perote, Obregón recibió noticias de que Villa había marchado al norte con su ejército; luego le llegó un mensaje de Eulalio Gutiérrez en el que le pedía unirse a la convención de aplastar a Zapata y Villa por igual; como prueba de buena voluntad se le anunció que las armas y municiones que debían recibir los zapatistas de acuerdo con el trato acordado con Villa no serían entregados a su destinatario; Obregón rechazó tajantemente la invitación de Eulalio, pero el mensaje le hizo ver que las decisiones forzosamente entorpecerían al enemigo y decidió aprovechar la oportunidad para marcharse sobre la Ciudad de México. Los zapatistas justificaron su huída de Puebla con base en el cumplimiento convencionista. Este fue propiamente un factor en el triunfo de Obregón, pero no el principal; en cuanto huyó Eulalio Gutiérrez, los zapatistas se apoderaron de la convención e impulsaron como presidente del organismo al antiguo maderista Roque González Garza; correspondía a éste meter orden en las facciones, pero apenas pudo actuar por los obstáculos que se le interpusieron; por principio de cuentas, el intelectual Antonio Díaz Soto y Gama impuso la tesis de que la convención debía regirse por el sistema y diariamente pronunciaba inacabables discursos, con citas de Robespierre, Marx, Bakumin, Kripotquin, etc.; todavía cuando Obregón se estaba acercando a las puertas de la capital, Soto y Gama impidió que se discutieran las mediadas para detenerlo porque estaba lanzando una perorata sobre la etimología de la palabra "boicot" que otro orador había usado incorrectamente.

La convención huyó de la capital para instalarse en Cuernavaca; González Garza reconoció su incapacidad para lidiar con los zapatistas y fue cesado; el sustituto Francisco Lagos Cházaro era un hombre que constantemente estaba preocupado; y en poco tiempo se convenció de la imposibilidad de establecer el orden y huyó a diversas ciudades de la república hasta que acabó exiliándose en América Central. Nadie volvió a ocuparse ya de la convención.

12.- LA BATALLA DE CELAYA

Los capitalinos llamaron el año del hambre al de 1915; el 28 de enero Obregón entró a una ciudad que parecía muerta: los vehículos no circulaban por falta de combustible; antes de abandonar la plaza los zapatistas habían destruido el sistema de bombeo de Xoxhimilco y la población carecía de agua y tampoco había comida debido a la interrupción de las comunicaciones; la ciudad no recibía abastecimientos, los perros, los gatos y hasta las ratas desaparecieron devorados por la gente famélica; no había carbón, hacía frío y pronto surgieron individuos que derribaban los ahuhuehetes de Chapultepec para convertirlos en leña; circulaban 26 tipos diferentes de bilimbiques que en el mejor de los casos se recibían a centavo por peso. Solamente los soldados de Obregón estaban bien alimentados. El general invitó a los capitalinos a enrolarse en su ejército pero ni siquiera por los privilegios que tal cosa otorgaría encontró quien quisiera unírseles. Los capitalinos mostraban una clara preferencia por los zapatistas sobre los carrancistas y Obregón se propuso castigarlos. Carranza exportaba la producción agrícola de Veracruz; para comprar armas los miembros de las colonias extranjeras importaron cargamentos de comida para socorrer a los pobres de la capital y Obregón no sólo se negó a prestar trenes para el transporte sino que confiscó los alimentos que luego vendieron el mercado negro, los cabecillas obregonistas. Mañosamente Obregón convirtió a los abarroteros españoles en chivos expiatorios de la ira popular encarcelándolos y obligándolos a barrer las calles porque ocultaban su existencia de alimentos y no querían venderlas por bilimbiques. El clero se negó a entregar medio millón de pesos que se le impuso como préstamo; en represalia Obregón aprehendió a 168 sacerdotes y les ordenó marchar con el ejército constitucionalista en calidad de rehenes; surgieron protestas en el sentido de que algunos sacerdotes estaban enfermos y Obregón respondió presentando certificados médicos en que se consignaba que la única enfermedad que presentaban era gonorrea. Tras permanecer 6 semanas en aquella ciudad que lo rechazaba, Obregón decidió abandonarla y salir en persecución de Villa; requiso todas las vendas y medicinas que había en los hospitales, se dejó crecer la barba y juró que no se rasuraría hasta derrotar a su enemigo. Los zapatistas recuperaron la capital donde la abandonó Obregón; pronto fueron desalojados por los hombres de Pablo González, quienes más adelante volverían a abandonarla por la necesidad de perseguir a unos atacantes villistas; los zapatistas volvieron sólo para ser arrojados nuevamente a su terruño por otros carrancistas; hubo días en que la capital cambiara de manos cinco veces.

A principios de abril Obregón estableció su campamento en Celaya y a los pocos días, Villa llega a Irapuato, distante 50 kilómetros; ahí se

empezó a gestar la serie de batallas más sangrientas que se han librado jamás en territorios mexicanos.

En su retorno al centro de la República Villa perseguía el objetivo de liquidar definitivamente el problema carrancista; había desoído los consejos de Angeles, quien le hizo ver lo inconveniente de extender demasiado su línea de abastecimiento y le resultaría mejor esperar a Obregón mas al norte, donde Villa podía recibir auxilio rápido en caso de necesitarlo, en tanto que para Obregón le sería muy difícil surtirle de lo que necesitaba. Angeles no pudo acompañar a Villa por encontrarse convaleciendo por una caída de caballo, pero Villa estaba convencido de que el perfumado Obregón no era rival digno de ser tomado en cuenta... quizás hasta huiría cuando se viese frente a frente con el invencible Pancho Villa. Obregón había estudiado muy bien las tácticas de su rival; sabía que iba a mandar una carga de caballería tras otra, las que muy machamente avanzarían sobre las líneas de fuego enemigas sin preocuparse por la cantidad de bajas que sufrirían; Obregón abrió líneas de trincheras con ametralladoristas para dar un digno recibimiento a cada oleada de jinetes; el 6 de abril tuvo lugar el primer encontronazo; Villa disponía de 10 a 12 mil hombres contra otros tantos de Obregón. Los villistas lograron llegar al primer centro de Celaya y hacer replicar las campanas de una iglesia, pero al día siguiente Obregón contratacó y Villa tuvo que replegarse a Irapuato; para el día 13, Villa había recibido abundantes refuerzos hasta sumar 30 mil hombres, según Obregón. Por espacio de 24 horas tanto a la luz del día, como en la oscuridad de la noche, el caudillo envió cargas de caballería que los ametralladoristas de Obregón bien situados en sus trincheras derribaban una tras otra. Luego de sufrir tal vez 4 mil bajas, Villa se replegó más allá de Irapuato hasta León. Angeles abandonó su lecho de enfermo para entrevistarse con Villa y hacerle ver que carecía de elementos para continuar la lucha, lo ideal en su situación era ya retirarse a Chihuahua, ocupar sonora y ocupar la costa del Pacífico hasta Guadalajara como antes lo había hecho Obregón. Villa no estaba para escuchar consejos y ordenó avanzar desde León hasta el campamento carrancista de Silao. La batalla de León duró 40 días y arrojó decenas de miles de muertos por ambas partes; en el curso de la misma, Obregón perdió el brazo derecho destrozado por una granada; con la mano restante Obregón sacó una pistola para suicidarse, pero un oficial lo contuvo. El comando del ejército carrancista pasó a Benjamín Gil; dos días más tarde la línea de Villa fue rota y los carrancistas ocuparon León; Villa tuvo que retroceder hasta Aguascalientes, luego a Zacatecas, Torreón y Chihuahua.

El compadre Tomás Urbina, también había sido derrotado por los carrancistas en El Ebano, S. L. P. y se había refugiado en su hacienda

de Las Nieves, donde estaba escondiendo su tesoro que formó por el producto de sus robos; según rumores que llegaron a oídos de Villa se sospechaba además que intentaba pasarse al bando de Carranza, Villa ordenó al archiasesino Rodolfo Fierro quien a la sazón era ya su hombre de confianza que matara a Urbina poco después de cumplir la orden moriría el propio Fierro cuando cruzaba un pantano cerca de Casas Grandes, Chih. Se cayó del caballo y al no poderse incorporar por el peso del oro que llevaba en las bolsas, según cuentan, se ahogó.

Apenas unos meses antes Villa había hecho su entrada triunfal en la ciudad de México en adelante privado del auxilio de Urbina y Fierro inclusive del de Angeles, quien convencido de que su jefe era incorregible lo abandonó para trasladarse a E.U.

Villa dejaría de presentar un problema serio en el aspecto militar; al llegar el mes de octubre el día 19 Villa recibió otro golpe demoledor. Washington entregó el reconocimiento diplomático al régimen de Carranza, lo cual significaba de que Villa no podría abastecerse legalmente de pertrechos de guerra de E.U. Quedó desconcertado: hasta unos días antes, él era el favorito de los norteamericanos, quienes apreciaban el cuidado que ponía en evitar perjuicios a los norteamericanos residentes en Chihuahua; en la cabeza de Villa empezó a dar vuelta día y noche una pregunta ¿qué había prometido Carranza a los norteamericanos para que le otorgaran el reconocimiento?

Sin esperarse a dilucidar el problema, Villa decidió actuar en la medida de sus posibilidades; el 10. de noviembre del mismo 1915 llegó a las afueras de Agua Prieta con 6 mil desarrapados que aún lo acompañaban. Intentaba expulsar de la plaza a Plutarco Elías Calles para apoderarse de Sonora y reemprender las hostilidades contra Carranza por la costa del Pacífico como lo aconsejó Angeles. Pero Calles tenía consigo 6 mil 500 hombres muy bien armados y además el gobierno norteamericano permitió el tránsito por su territorio y otros 6 mil soldados que Carranza enviaba como refuerzos para Agua Prieta. De todos modos Villa atacó, era de noche y según se quejarían más tarde, desde el lado norteamericano enfocaban fuertes reflectores sobre sus tropas a fin de deslumbrarlas y el mismo tiempo facilitar a los hombres de Calles la localización de sus blancos. Villa tuvo que suspender el ataque y trasladarse a Hermosillo de donde los carrancistas lo expulsaron poco después para obligarlo a regresar a Chihuahua con unos cuantos hombres. Sonora quedó en manos del carrancismo de un extremo al otro. Luego los carrancistas ocuparon Chihuahua y recibieron la rendición de 44 generales, 347 jefes, 3468 oficiales y 11,118 villistas.

Para Villa, los norteamericanos habían sido los principales causantes de su derrota en sus cavilaciones de las semanas anteriores llegó a convencerse de que para obtener un apoyo tan abierto y decidido, Carranza había tenido que hacer promesas muy importantes al gobierno de Washington. Armando las diversas propuestas que le hacían a los cabecillas mexicanos e inclusive algunas que le habían hecho al mismo Villa, tuvo la certeza de que Carranza había accedido ni más ni menos que a convertir a México en protectorado norteamericano. Como carecía de elementos para difundir sus opiniones a todo el país, Villa decidió desbandar su ejército y ocultarse en la sierra durante 6 meses; un plazo en el que según sus cálculos saldría a la luz pública hechos que demostraban la traición de Carranza. El dividía un ejército en bandas guerrilleras y cada jefe llegaba a cada parte del país que considere apropiada por un período de 6 meses; ese es el tiempo que hemos fijado para reunirnos en el estado de Chihuahua con todas las fuerzas que hemos reclutado.

Mientras tanto la primera guerra mundial seguía causando estragos en Europa y se acercaba el momento en que E.U. entrara en el conflicto. Para evitar esto o para reducir la ayuda que los norteamericanos proporcionaban a los aliados, los alemanes trataban de hacer que Estados Unidos interviniera militarmente en México.

Primero tomaron contacto con Victoriano Huerta quien vivía en Barcelona, soñando con recuperar el poder. Hoy se sabe que los alemanes le proporcionaron 12 millones de dólares para que volviese a México junto con sus ex-compinches también exiliados Pascual Orozco y Félix Díaz. Huerta llegó a Nueva York en los días en que Villa y Obregón combatían en Chihuahua. A fines de junio se trasladó a Texas donde inmediatamente se le uniría a Pascual Orozco; Félix Díaz estaba en la Habana y debía atacar por Veracruz. El gobierno norteamericano detuvo a los conspiradores, aunque después se les concedió la libertad bajo fianza; Orozco trató de volver subrepticamente a México e interceptado por los "rangers" cayó muerto en un tiroteo. Huerta reducido a la impotencia moriría el 13 de enero del siguiente 1916, en El Paso, aparentemente de cáncer. Un día las autoridades norteamericanas descubrirían frecuentemente pasaban de El Paso a Ciudad Juárez, gran número de ataúdes con el tiempo se pondría en claro que éstas contenían armas enviadas por los alemanes a Pancho Villa. Los alemanes también proporcionaron a Villa sumas de dinero que algunos hacen ascender a 5 millones de dólares.

A mediados de enero de 1916 Villa mandó asaltar un tren que pasaba por Santa Isabel, Chihuahua, capturó a 16 norteamericanos que

iban entre el pasaje y sin más trámite los hizo fusilar. En Estados Unidos surgió un clamor para que se mandara al ejército que vengara los asesinatos. Washington se cuidó de caer en una provocación, tal vez por eso a las 4:00 de la mañana del 9 de marzo, 5 mil villistas atacaron el poblado de Columbus, Nuevo México, vitoreando a Pancho Villa, saqueando las tiendas y asesinando a los vecinos que se asomaban a curiosear, repelió el ataque un regimiento de caballería destacado en las inmediaciones de Columbus y se libró una batalla de 6 horas de duración, en el que, según parte rendida a Washington, murieron cerca de 4 mil villistas y sólo 17 americanos. Esta vez Washington no pudo soportar las presiones de la opinión pública y a la semana de registrado el ataque, entró a México una expedición punitiva de 4800 hombres que después fueron aumentados a 10 mil los comandaba el general John R. Pershing y tal como lo esperaba Villa, Carranza no hizo nada por impedir la invasión ni siquiera pudo presentar una protesta sincera por la invasión del territorio nacional, ya que en este caso los norteamericanos le contestarían señalándolo que ellos también le habían permitido el paso de sus soldados a través de Texas cuando necesitó auxiliar a Calle, Carranza salió del aprieto haciendo circular la versión de que los soldados de Pershing habían entrado a México en base a un tratado del siglo XIX que autorizaba a los soldados de ambos países a atravesar la frontera en persecución de bandoleros e indios bárbaros. Carranza declaró que los extranjeros sólo podían desplazarse a lo largo del camino sin ir más allá de los límites de Chihuahua. El 21 de junio de 1916 una corta fuerza norteamericana intentó avanzar al sur del pueblecillo de Carrizal, a lo que se opuso el comandante de la guarnición Carrancista; como resultado se libró un combate en el que triunfaron los mexicanos a pesar de haber sufrido 24 muertos y 42 heridos contra 12 muertos y 42 heridos de los invasores; en cualquier momento podría saltar la chispa que hiciera saltar la guerra en toda forma. Tras hacer sus cálculos los norteamericanos, quienes ni siquiera habían establecido contacto con Villa, se dieron cuenta de que necesitarían 1/2 millón de hombres para ocupar todo México; antes de que la situación se complicara optaron por volver a su país. De acuerdo con el Plan de Guadalupe, Carranza debió haber asumido la presidencia provisional para convocar a elecciones y devolver la normalidad constitucional al país. Lejos de hacer esto primero se quedó una larga temporada en Veracruz y luego pasó 6 meses recorriendo la república recibiendo homenajes en los que se le llamaba literalmente árbitro del destino nacional. Ningún periódico lo criticaba, Carranza confiscó los primeros diarios del país se los regaló a sus incondicionales restableció además los sistemas de control periodístico ideados por Porfirio Díaz el embute prácticamente eliminado por Madero y usado con discreción y Huerta quien prefería tratar a culatazos con los periodistas rebeldes, alcanzó niveles nunca vistos en la época

ca carrancista y además se alentó el sufrimiento de una nueva industria consistente en escribir acarameladas biografías del primer jefe y las que los secretarios de prensa pagaban 25 mil pesos a los periódicos débilmente oposesionistas que subsistían a pesar de todo. Carranza les aplicaba un impuesto en especie del 30% del papel que importaban; los rollos que se obtenían de esa manera eran entregados gratuitamente a los órganos oficialistas. No fue sino a mediados de abril de 1916 cuando Carranza se instaló finalmente en la ciudad de México. Llegó sin previo aviso y sin el aparato acostumbrado con el evidente propósito de evitar toparse con impertinentes que le recordaran sus obligaciones de volver al orden constitucional.

13.- GOBIERNO DE VENUSTIANO CARRANZA. LA CONSTITUCION DE 1917.

La inflación seguía haciendo estragos, el desempleo aumentaba por la quiebra y el cierre de incontables fuentes de trabajo y el poder adquisitivo del salario obrero era mucho menor de lo que fuera en los peores tiempos de Porfirio Díaz. Por desesperación en junio los sindicatos del D.F. decretaron una huelga general que paralizó la ciudad; Carranza ordenó aprehender a los líderes para aplicarles la famosa ley del 25 de enero de 1862 y hacerlos fusilar. A último momento y por gestión de sus consejeros, Carranza suspendió las ejecuciones pero en cambio decretó la pena de muerte para quienes instararan a la huelga en industrias y servicios públicos. Al mismo tiempo Carranza atizaba el odio entre Obregón y Pablo González. El Congreso Constituyente se reunió en Querétaro. Inició sus sesiones el 10. de diciembre de 1916 Carranza quiso participar en la sesión inicial y viajó desde México montado a caballo pues (por ignorarse los motivos) no quiso usar el tren. El extraño viaje demoró 6 días y los aduladores se aseguraron de que en cada pueblo del trayecto los espectadores arrojaran flores y confeti. En Querétaro, Carranza fue recibido con demostraciones de entusiasmo indescriptibles, según el servil Félix F. Palavicini, quien por supuesto no aclaró que se había fijado una multa de 50 pesos para los queretanos que no adornaran su casa. El proyecto constitucional presentado por Carranza a los diputados legalizaba de hecho el Porfiriato, reduciendo a su mínima expresión los poderes legislativo y judicial y aumentaba en niveles rayanos en la dictadura las del ejecutivo; dominaba los poderes rivales hasta nulificarlos lo que Porfirio Díaz había hecho legalmente; gracias a la nueva constitución, el ejecutivo podía hacer lo mismo por la vía legal; con el inmenso poder así obtenido, el presidente podría imponer gobernadores a su antojo; igual que Porfirio Díaz, de los 20 gobernadores electos durante el régimen de Carranza por lo menos 17 fueron impuestos burdamente. Los legisladores de dedo aprobaron completo el proyecto carrancista y en seguida continuaron adelante por su cuenta. Obregón la andaba haciendo de protector de los pobres y redentor social para ganar popularidad y los diputados de sus facciones quienes formaba la mayoría, lograron incorporar a la Constitución diversos artículos de corte populista, inspirado principalmente en las prédicas de los legendarios hermanos Flores Magón. Para comenzar, los oradores obregonistas, a quienes se titulaba los jacobinos, dedicaron gran parte en su tribuna lanzando ataques anticlericales o creían que la iglesia católica era en el organismo poderoso que fue antes de la guerra de Reforma o fingía creerlo para ganar prestigio de valientes atacando una corporación impotente para defenderse del asedio burocrático. Como quiera que hubiera sido los jacobinos

nos hicieron aprobar el artículo 3o. que decreta la educación laica y otorga al gobierno facultad de fijar planes de estudios a las escuelas particulares y el 130 que establece una larga serie de restricciones.

El artículo 27o. según lo hicieron aprobar los obregonistas era una bomba, gracias a este artículo, el gobierno podía expropiar los latifundios para fraccionarlos y repartir las tierras entre los campesinos despedidos. En teoría la medida tuvo mucho de encomiable pero en la práctica carecía de validez pues en justicia los primeros latifundios que debieron ser expropiados eran los centenares de haciendas que los generales revolucionarios adquirieron mediante el robo y esto resultaba punto menos que imposible; el artículo permitía asimismo retirar los títulos de propiedad obtenidos en condiciones leoninas por las empresas extranjeras que explotaban las minas y el petróleo, pero había sido necesario que México contase con el ejército más poderoso del mundo para imponer su ley a las naciones cuyos ciudadanos fueran afectados por la aplicación de tales disposiciones. El artículo 123, otorgó el derecho de huelga, fijó en 8 horas la jornada de trabajo, estableció salario mínimo y la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas. Para armarlo, los diputados obregonistas, juntaron los beneficios que otorgaron a los obreros las leyes laborales más avanzadas del mundo y les añadieron el detalle relativo de las participaciones de utilidades; Una modalidad Mexicana 100^o/o. La nueva constitución fue promulgada el 5 de febrero de 1917, exactamente después de 60 años que se promulgara la de 1857 que en su tiempo fue presentada como una panacea para todos los males de México y que tampoco funcionó, por las múltiples violaciones de que fue objeto Obregón, entonces secretario de guerra, viajó a Querétaro para presenciar la ceremonia de promulgación. Encontró a Carranza visiblemente irritado por las adiciones que los obregonistas habían hecho en su proyecto constitucional y molesto por su excesivo apego que los obregonistas demostraban hacia su caudillo. A ojos de Carranza las adiciones constituían un delito de esa primera jefatura. Las elecciones presidenciales debían celebrarse el próximo 11 de marzo y Carranza quería tener la seguridad de que Obregón no intentaría alguna treta como lanzarse a la contienda en calidad de candidato libre. Encargó al sonoreense Adolfo de la Huerta la tarea de sondear a Obregón y conseguir que permaneciera al margen de la política electoral. A resultas de las presiones del mismo Carranza, Obregón renunció a la secretaría de guerra y se trasladó a Sonora a cultivar sus tierras. Se le veía furioso y para ese entonces cuando acuñó una de sus célebres frases: "En México, si Caín no hubiera matado a Abel; Abel habría matado a Caín". Además los caudillos anticarrancistas no dejaban tiempo libre para gobernar; varios de ellos establecieron cacicazgos regionales donde la única ley que imperaba era la suya. En

la Huasteca, un oscuro general llamado Manuel Peláez fue contratado por las empresas extranjeras para que les cuidase sus campos de petróleo y acabó convertido en cacique de toda la región en la que nombraba autoridad a su antojo; paradójicamente Peláez gozaba de amplia popularidad en la zona, ya que la gente prefería su régimen al carrancista.

En Oaxaca el gobernador Guillermo Meiseuro desligó a su Estado de la federación hasta que no se restableciera la carta constitucional de 1857. Félix Díaz desembarcó en Veracruz para capitalizar la revuelta oaxaqueña y trabó una alianza con el exsecretario de guerra, general Aureliano Blanquet; éste último fue muerto en abril de 1919 durante un encuentro con fuerzas carrancistas, pero Félix Díaz continuó actuando.

Por el norte Francisco Villa asaltaba con frecuencia pueblos y ciudades; sólo era seguido por 500 hombres como máximo pero siempre escapaba a los ejércitos carrancistas empeñados en su persecución. Felipe Angeles regresó de E.U. para reunirse con Villa y los dos juntos se apoderaron de Ciudad Juárez; creían haber establecido una base por fin para iniciar la lucha en grande, pero fueron obligados a desalojar la plaza por tropas norteamericanas que cruzaron la frontera, sin que Carranza protestara por semejante violación a la soberanía nacional. Presa de arranques místicos, angustiado por la impotencia a que se le había reducido, Angeles se dejó capturar y fue fusilado, pero Villa prosiguió la lucha. En el estado de Morelos tan cercano a la capital, Carranza debía enfrentar el problema zapatista que ya había adquirido nuevos perfiles. Carranza envió a Morelos una comisión encargada de negociar la paz; el Plan de Ayala había quedado incorporado a la Constitución y Zapata ya no podía engrimirlo como motivo para seguir el plan de lucha, pero las negociaciones fracasaron y como respuesta el gobierno envió a Morelos un ejército de 30 mil hombres, jefaturado por Pablo González.

En una operación relámpago los invasores expulsaron a los zapatistas de ciudades y pueblos y los obligaron a ocultarse en los cerros; González y sus hombres acabaron con todo lo que quedaba de valor en Morelos e inclusive se llevaron la maquinaria de los ingenios para venderla como hierro viejo en la capital de la República. Tanta gente maltrataron y asesinaron que según los viejos zapatistas empezaron a suspirar ya no por los tiempos de Don Porfirio, sino por los de Huerta. La situación sanitaria en Morelos era atroz y de pronto surgieron epidemias de paludismo y enfermedades gastrointestinales que provocaron la muerte de la cuarta parte del ejército invasor. Pablo González

se vió en la necesidad de evacuar Morelos porque, según afirmaría más tarde, Obregón todavía secretario de guerra les negaba pertrechos y medicinas; además según González, Obregón proporcionaba secretamente armas y municiones a los zapatistas ya que estaba tramando alianzas que le serían muy útiles al incrementar sus proyectos para el futuro.

Zapata fue obligado a refugiarse en las montañas. Zapata se volvió un amargado que maltrataba a sus hombres con cualquier pretexto, bebía cantidades prodigiosas de alcohol y de plano dejó hasta de hablar del Plan de Ayala; más aún Zapata descendió a la categoría de cacique oportunista y vulgar; trabó una confusa relación con Félix Díaz, tan estrecha que en diversas ocasiones las fuerzas zapatistas y felixistas realizaron ataque combinados contra los carrancistas.

Además Zapata aceptó la jefatura del siniestro exreyista y madeirista Francisco Vázquez Gómez, el cual obtenía dinero en las empresas petroleras norteamericanas para organizar ataques que tuviesen la virtud de desalentar cualquier pensamiento gubernamental y aplicarles el artículo 27 de la Constitución. González pensaba obtener una gran cosecha política en su campaña morelense; creyó que Carranza lo prefería a él, un hombre dócil, sobre el ambicioso Obregón cuando llegara el momento de elegir candidato oficial para las elecciones presidenciales de 1920; y para acrecentar sus méritos urdió una maniobra que desembocaría en el asesinato de Zapata. Su auxiliar armado fue el coronel Jesús Ma. Guajardo, un norteño blanco y racista que sentía un odio demencial por la indiada y lateralmente ansiaba exterminarla para llegar a su presa. Guajardo se soltó un día echando pestes contra González y Carranza acusándolos de ingratitud mañosamente procuró ser escuchado por un prisionero zapatista, a quien poco después dió ocasión de huír; el fugitivo como si lo odiaran pronto llegó hasta Zapata para contarle lo que sabía; el caudillo se desilusionó pensando que Guajardo iba a ser uno de los nuevos aliados que tanta falta le hacían; pronto lo invitó a unirse a su bando. Luego de prolongar negociaciones en las que Guajardo mandó asesinar a varios exzapatistas que se habían pasado al carrancismo; para dar la prueba de firmeza de intenciones que le exigió Zapata, el norteño invitó al morelense a sellar la nueva alianza en un banquete que tendría lugar el 10 de abril de 1919 en la hacienda de Chinameca. Zapata temía una traición y tomó precauciones, pero Guajardo le sacó la delantera, cuando Zapata cruzaba el portón de la hacienda al entrar al patio, un clarín dejó de lanzar el saludo de ritual y los 10 soldados que esperaban a Zapata representando armas, le dispararon simultáneamente; Zapata cayó muerto al suelo sin haber tenido tiempo

de desenfundar la pistola. Guajardo fue ascendido a general y recibió 50 mil pesos como premio a sus servicios, pero lo que más le satisfizo fue pasar a la categoría de consentido de Pablo González, el hombre a quien Carranza parecía favorecer en aquellos momentos para dejarle la presidencia. Tanto más que los enemigos, los generales constitucionales, eran motivo de constante preocupación para Carranza. Un caso notable fue el del sonoreense Salvador Alvarado a quien Carranza impuso como gobernador de Yucatán. Alvarado representó un problema único era honrado hasta la exageración y no se dejó tentar por las oportunidades para enriquecerse, que por sistema y superando los niveles establecido por Porfirio Díaz, ofrecía Carranza a sus generales; creía que éstos se conformarían con las fortunas amasadas a la sombra de su autoridad y que por temor a perderlas preferían someterse. Los demás generales, en cambio, no parecían ocuparse más que en aprovechar los nuevos privilegios que les otorgó Carranza; poseían cantinas, prostíbulos y casas de juego o por lo menos obtenían elevadas sumas gestionando por encargo de un tercero las licencias de funcionamiento para esos negocios. También gestionaban a cambio de comisiones la devolución de propiedades incautadas u obtenían concesiones mineras o de tala de bosques, para luego venderlas a particulares que las explotaran. El General Francisco Murguía descubrió un filón en cobrar cuotas especiales para permitir el alquiler de furgones ferroviarios; entre tanto Obregón, lejos de devolverle a los yaquis las tierras prometidas, les robó 35000 hectáreas para formar un latifundio en el que empleaba más de 1500 peones, monopolizó las exportaciones de garbanzo en toda la costa del Pacífico y se cree que en un solo año obtuvo una utilidad de millón y medio de dólares; además adquirió unas minas y puso en marcha un negocio de exportación de cueros.

Como no creía en las promesas de Carranza ni tomaba en cuenta sus exhortaciones de permanecer tranquilo en la seguridad de que la presidencia le sería entregada en momento oportuno, Obregón procuró estrechar las relaciones con sus antiguos compañeros de armas y tramó una alianza con los sonorenses Adolfo de la Huerta, todavía gobernador del Estado Plutarco Elías Calles, Benjamín Gil y otros.

El primero de junio de 1919 convencido de la inutilidad de esperar publicó un manifiesto en el que además de lanzar su candidatura criticaba indirectamente al régimen carrancista. Carranza respondió presentado su candidato propio, Ignacio Bonillas, un oscuro ingeniero sonoreense que se había desempeñado como embajador en Washington, obviamente Carranza pretendía nuevamente imitar una vez más a Porfirio Díaz.

Obregón recorrió gran parte de país en una vigorosa campaña electoral en la que gradualmente aumentaba el volumen de las críticas al régimen. Sus partidarios eran acosados se les encarcelaba, se les maltrataba y se les daba citas donde celebrar sus mitines.

Obregón sabía que su vida estaba en peligro y escribió a su esposa, (Obregón había contraído segundas nupcias), cuando aún estaba en la ciudad de México, para recomendarle que si la aprehendían, por ningún motivo pidiera clemencia a sus enemigos ya que solamente se reirían de ella.

Al iniciarse 1920 también Pablo González lanzó su candidatura por cuenta propia; aparentemente pensaba que ante la manifiesta impopularidad de Bonilla, Carranza se vería obligado a retirar su apoyo al intruso y favorecer al dócil General González. Carranza respondió declarando que de todos los candidatos González era el más incapaz moral y civilmente de gobernar el país. Tanto Obregón como González eran vigilados por los esbirros carrancistas. Para atemorizar a Obregón, Carranza lo acusó ante un juez de haber proporcionado armas a un cómplice: Félix Díaz, El juez obligó a Obregón que se presentara en la ciudad de México a declarar; aparentemente se creyó que Obregón tenía miedo de meterse en las fauces del enemigo y huiría del país, pero se presentó al juzgado y el juez sólo le ordenó permanecer en la capital en caso de que necesitara emplear alguna de sus declaraciones.

Obregón urdió una arriesgada maniobra para escapársele y empezar la lucha armada. El 13 de abril de 1920 a la 1:00 a.m., salió un automóvil de la casa donde estaba alojado, llevaba puesto un sombrero de Panamá y viajaba en el asiento trasero en compañía de un amigo. A corta distancia lo recibieron 5 motociclistas, cuando el automóvil dió vuelta en una esquina, Obregón saltó para ocultarse tras unos arbustos previamente había dado su sombrero al compañero del automóvil. La prenda confundió a los pistoleros que vigilaban a distancia y pensando que su presa seguía a bordo continuaron siguiendo al vehículo mientras Obregón escapaba; una vez libre Obregón tomó otro auto para dirigirse a la casa de una colonia pobre donde vivía el ferrocarrilero Margarito Ramírez, un partidario suyo; se disfrazó de garrotero y el compañero Ramírez pudo ocultarlo en un carro express del tren de Iguala. Al llegar a Guerrero se puso en contacto con sus partidarios que eran la mayoría de los militares del país. Los zapatistas que sobrevivieron en Morelos bajo el mando de Genovevo de la O., fueron invitados a unirse a la revuelta que luego estalló. Pablo González también había estado vigilando por los pistoleros carrancistas y también escapó de la capital para organizar su revuelta propia.

Por su parte el gobernador Adolfo de la Huerta, junto con Calles y Gil, proclamó el plan de Agua Prieta que propugnaba el derrocamiento de Carranza apoyándose en el pretexto de que el mandatario pretendía violar la soberanía de Sonora. El 5 de mayo de 1920 después de participar desganadamente en la tradicional fiesta patria Carranza recibió la noticia de que ya se combatía a 50 kilómetros de la capital y reaccionó ordenando llevar a cabo el éxodo burocrático más espectacular de la historia de México.

Benjamín Gil avanzaba sobre la ciudad de México al frente de las tropas zapatistas que se sumaron al cuartelazo y tras él venía Obregón; con los soldados de Guerrero, Pablo González se había apoderado de Puebla y se apresuraron a marchar sobre la capital de la República.

El general Francisco Murguía jefe de las tropas leales a Carranza reconoció que la ciudad de México era indefendible. Carranza deseaba trasladar su gobierno a Veracruz donde contaría con la ayuda de su yerno, el general Cándido Aguilar, recientemente instalado ahí como gobernador. El general Guadalupe Sánchez, quien daba a Carranza el tratamiento de presidente y padre, era el jefe de las tropas leales a Veracruz. Carranza no dudó que con la ayuda de estos dos hombres y de Murguía, desde el puerto podría intentar un nuevo ataque y someter a obregonistas y pablistas con la misma eficacia con que antes había aplastado a los villistas.

En los andenes ferroviarios se formaron inmensas filas con los nuebajes del gobierno y los enseres de los burócratas. Reinaba en el sitio una confusión infernal. Nadie sabía en qué tren la tocaba subirse; el éxodo se iba a realizar en más de 70 convoyes, pero entre los tripulantes abundaban los obregonistas que a última hora no se presentaron a su trabajo, por lo cual fue necesario reemplazar a maquinistas, a fogoneros y a conductores con revisores de boletos, Carranza, elegantemente vestido, se paseaba entre el gentío sin denotar intranquilidad o emoción alguna con su pachorra de siempre como dirían los retractores.

A final de cuentas sólo fue posible poner en marcha 23 trenes que marcharían a razón de uno por Km. formando una fila de 23 de largo. Relucía en el conjunto el tren dorado en el que Carranza hizo amueblar y decorar lujosamente para su uso personal; en vagones especiales viajarían varios miles de soldados (no hubo tiempo de contarlos), y los cadetes del colegio militar. El convoy iría escoltado por dos aviones. La ciudad de México fue abandonada; Pablo González fue el primero en entrar a la cd. de México y por un momento existió el peligro de que Obregón lo atacara para adueñarse de la plaza clave del poder;

no ocurrió tal cosa porque Obregón con zalamerías y falsedades convenció a González de que dejara en manos del Congreso a la cuestión de elegir presidente interino de la República; así pudo entrar Obregón a la capital sin combatir significativamente; a su lado iba el general Peláez.

Mientras tanto, Carranza, tras una semana de marcha en ferrocarril, inició 6 días de cabalgatas de pesadilla, de ascenso a la sierra por veredas tan estrechas y resbalosas que varios caballos cayeron al abismo con todo y jinete.

En el camino encontraban indígenas que no hablaban español ni sabían quién era Venustiano Carranza y que sólo a regañadientes aceptaban venderles comida. Al pasar por Acatempan, Carranza comprendió que de nada le serviría seguir sacrificando a los cadetes y les ordenó regresar a la cd. de México; ya sólo le quedaba un centenar de hombres cuando llegó a la Unión, donde le dió la bienvenida el general Rodolfo Herrero; en un tiempo el general Herrero había formado parte de las gavillas que mandaba el general Peláez; por encargo de las empresas petroleras apenas en marzo anterior se había unido al carrancismo con la condición de que le respetaran su cargo de general. Años más tarde se descubrió que poco antes de toparse con Carranza, Obregón le había hecho llegar un telegrama que rezaba "ataque a Carranza y rinda parte de que murió en el combate". Zalmeramente Herrero sugirió a los fugitivos que se trasladaran a Tlaxcalatongo, Puebla; un caserío situado en una profunda barranca y flanqueado en el lado opuesto por una alta montaña; según Herrero ahí estarían seguros y podrían descansar mientras llegaba el momento de reanudar la marcha. Los pobladores del caserío habían huído cuando llegaron los fugitivos; Herrero señaló a Carranza una choza grande que según dijo por esa noche serviría de Palacio Nacional; luego Huerrero se alejó protestando que debía trasladarse a un lugarejo donde se encontraba un hermano suyo muy enfermo. Después de medio cenar, los rendidos fugitivos se durmieron en distintas chozas; llovía intensamente, poco después de la media noche un indígena llegó a expiar donde se encontraba Carranza y la vió acostado sobre una cobija tendida en el suelo de la choza grande y usando como almoahada una silla de montar; como a las 4 de la mañana se oyeron gritos de viva Obregón, muera Carranza y un grupo de individuos protegidos por las sombras dispararon sus pistolas; Carranza quedó muerto al recibir un balazo en la pierna izquierda 3 en el pecho y abdomen y uno en la mano izquierda.

Sus partidarios huyeron o fueron aprehendidos por los hombres de Herrero; sólo sus familias y un puñado de colaboradores demasiado comprometidos con él para abandonarlo, lamentaron la muerte de Ca-

rranza, el hombre que habló mucho de la Revolución, pero obstruyó los cambios revolucionarios y que inconscientemente provocó las matanzas más grandes de la historia de México. Herrero, su asesino material, fue conducido a la ciudad de México por un obregonista en ascenso, el general Lázaro Cárdenas; tras someterse a una pantomima de juicio y pasar una semana en la prisión de Santiago Tlatelolco, el asesino fue reincorporado al ejército con su grado de general.

Horrorosa había sido la suerte de los mexicanos que al sacudirse el despotismo ilustrado de Porfirio Díaz cayeron en las garras del despotismo burdo que practicaba la facción reyista-carrancista. No parecía razonable ni justo suponer que el triunfo del plan de Agua Prieta empeorase la situación, pero así ocurrió, pues el nuevo régimen al que se conoce como el cacicazgo del Manco y el Turco, superó en crímenes, robos y arbitrariedades, no sólo a los reyistas, sino también a los santanistas de la peor época.

Los reyistas de Carranza eran generalmente civiles de clase media famélica. Entre los obregonistas, en cambio, predominaba el peladaje militar, semianalfabeto, brabucón, vicioso, matrero, alevoso y ventajoso. Los reyistas gracias al ligero barniz cultural de que estaban dotados, al menos hacían el esfuerzo de ocultar hipócritamente sus desmanes; en tanto que los obregonistas robaban y asesinaban a la vista de todo el mundo, autojustificándose con el argumento de que la revolución tenía que hacerles justicia e indemnizarlos con una patente de impunidad por la humillación y las privaciones que habían sufrido en su condición de pelados. El ejército santanista surgió de la guerra de Independencia, el porfirista, de la guerra de Reforma y el obregonista de la rebatiña que lleva el nombre de Revolución Mexicana. En los tres casos los ejércitos eran de militares improvisados que se consideraban merecedores de todos los privilegios por haber sido salvadores de la patria. Ese junio de 1920 cuando el Congreso nombró Presidente interino de la República a Adolfo de la Huerta otorgándole 224 votos, contra 29 emitidos contra el burlado carrancista independiente Pablo González.

Con excepción de su chinofobia (pues en 1919 como gobernador de Sonora había expedido un decreto prohibiendo los matrimonios entre mexicanas y chinos un acto racista especialmente grotesco en un mestizo de India Yaqui y Español como de la Huerta), el nuevo Presidente sobresalía por su decencia entre todos los participantes del cuartelazo de Agua Prieta. Era un hombre sencillo que descartó la ampulosidad carrancista, vestía trajes baratos, vivía modestamente y recibía a todo el mundo sin protocolos. Aunque su mandato iba a ser breve se esforzó por actuar desinteresada e independientemente; de la Huerta

quiso ser un pacificador; declaró que podían volver al país todos los desterrados y se abstuvo de perseguir a los centenares que se acogían a la amnistía. Félix Díaz, quien después de la muerte de Carranza rindió sus fuerzas a las del gobierno, fue dejado en libertad para exiliarse voluntariamente. Contra las opiniones de Obregón y Calles, de la Huerta negoció la rendición de Francisco Villa, quien aun comandaba 700 forajidos y que a los pocos días de que de la Huerta asumiera la presidencia, había tomado a sangre y fuego el pueblo de Sabinas, Coah. Villa conservaba afecto por su amigo "Fito", el cual financió su regreso a México después del asesinato de Abraham González.

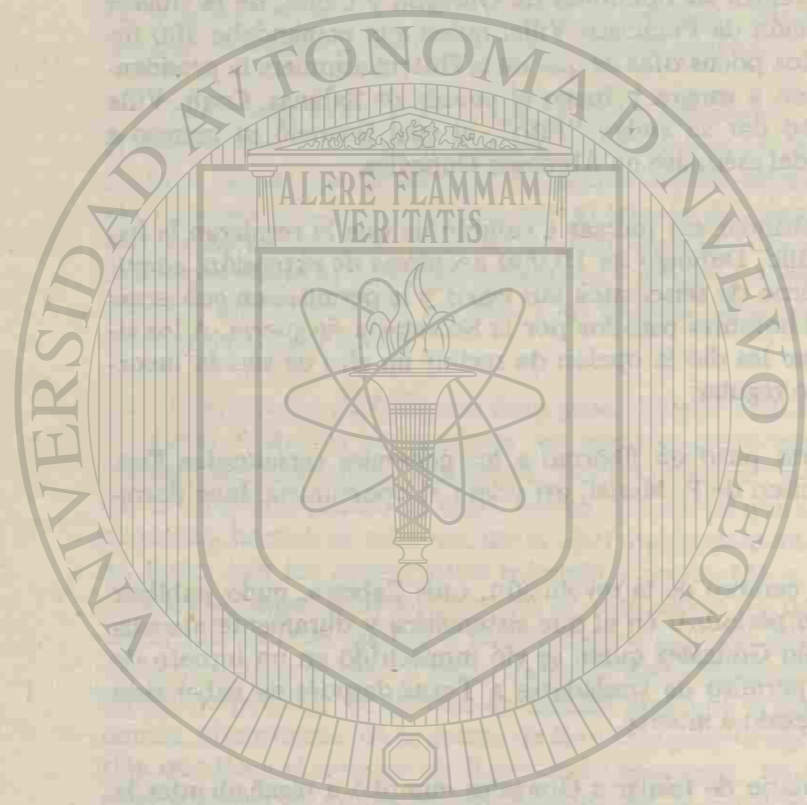
Aceptó desbandar sus fuerzas a cambio de que le regalaran la hacienda de Canutillo, Durango de 10,000 hectáreas de extensión, adquirida por el gobierno de seiscientos mil pesos y le permitiesen conservar la guardia de 50 hombres pagados por la Secretaría de guerra. A los villistas restantes se les dió la opción de recibir un año de sueldo incorporarse al ejército regular.

De la Huerta puso en libertad a los generales carrancistas Fco. Murguía y Francisco de P. Mariel, así como el oportunista Juan Barragán.

El llamado cerebro de la revolución, Luis Cabrera, pudo publicar sin problemas un periódico en el que sistemática y duramente atacaba al gobierno. Pablo González quien se vió inmiscuído en un intento de cuartelazo tuvo permiso de trasladarse a Texas después de haber sido juzgado y sentenciado a muerte.

Calles partidario de fusilar a González cumplió a regañadientes la orden de liberarlo.

Guajardo el asesino de Zapata fue fusilado en Monterrey, N. L.

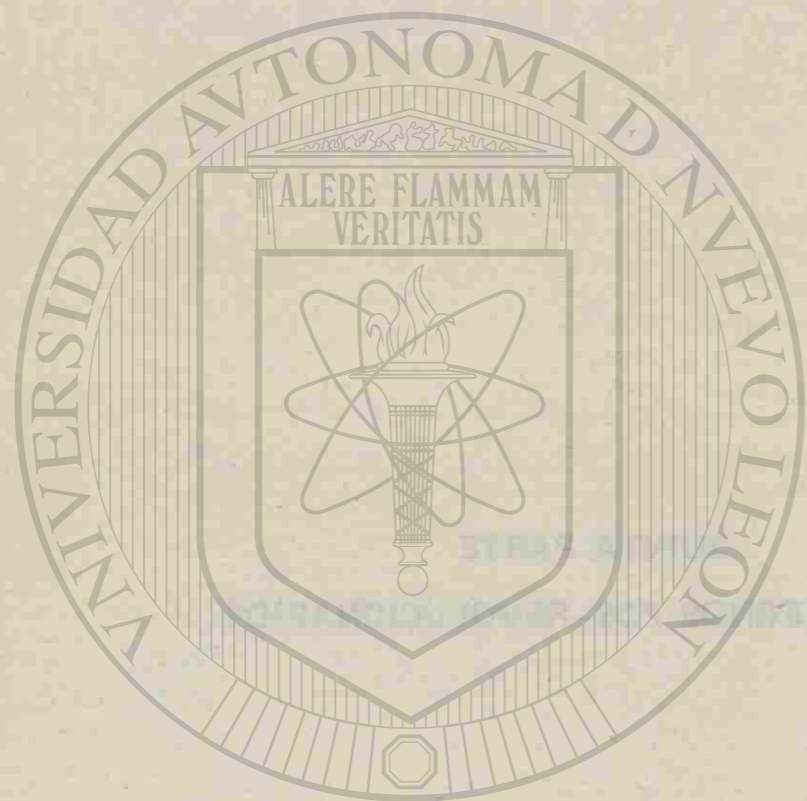


QUINTA PARTE
LOS GOBIERNOS POS-REVOLUCIONARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





QUINTA PARTE

LOS GOBIERNOS POST-REVOLUCIONARIOS

Alvaro Obregón (1920 a 1924).
Plutarco Elías Calles (1924 a 1928)
Emilio Portes Gil (1928 - 1o. de diciembre a 5 de febrero de 1930)
Pascual Ortíz Rubio (1930 - 5 de febrero a 2 de septiembre de 1932)
Abelardo L. Rodríguez (1932 - 2 de septiembre a 30 de noviembre de 1934).

Lázaro Cárdenas (1934 a 1940).
Manuel Avila Camacho (1940 - 1946).
Miguel Alemán V. (1946 - 1952)
Adolfo Ruiz Cortines (1952 - 1958)
Adolfo López Mateos (1958 - 1964)
Gustavo Díaz Ordaz (1964 - 1970)
Luis Echeverría Alvarez (1970 - 1976)
José López Portillo (1976 - 1982)
Miguel de la Madrid H. (1982 -

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS